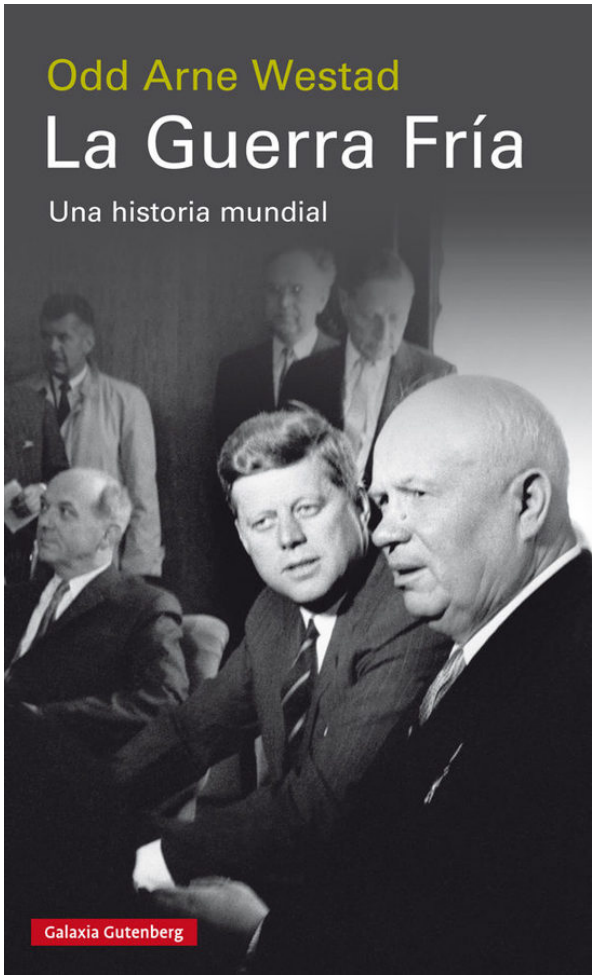
Odd Arne Westad

La Guerra Fría

Una historia mundial

Galaxia Gutenberg


Odd Arne Westad
La Guerra Fría
Una historia mundial
Galaxia Gutenberg

Odd Arne Westad es catedrático S.T. Lee de Relaciones Estados Unidos-Asia en la Escuela de Gobierno John F. Kennedy de la Universidad de Harvard. Ha publicado más de quince libros sobre historia internacional moderna y contemporánea, entre ellos *The Global Cold War*, ganador del premio Bancroft, y *Restless Empire*. Es coautor de *History of the World*, publicado por Penguin.

Tras la rendición de Alemania y luego de Japón en 1945 se abrigaron grandes esperanzas de poder crear un mundo nuevo y mucho mejor a partir de las ruinas morales y físicas de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, la combinación del enorme poder de Estados Unidos y la URSS, y el hundimiento prácticamente total de la mayor parte de sus rivales crearon un nuevo y sombrío entorno: la Guerra Fría.

Durante más de cuarenta años las exigencias de la Guerra Fría conformaron la vida de casi todos nosotros. No había parte alguna del mundo donde Oriente y Occidente no requirieran una lealtad ciega y absoluta. Países tan alejados entre sí como Corea, Angola y Cuba se definieron por el bando que acabaron escogiendo. Casi todas las guerras civiles se convirtieron en guerras de poder para las superpotencias. Al parecer, Europa se había dividido en dos indefinidamente.

Este libro es el primero en analizar con la suficiente distancia estos acontecimientos y crea un relato convincente y con enorme fuerza de la Guerra Fría. Tiene un alcance auténticamente global y capta los dramas y las agonías de un periodo siempre ensombrecido por el horror de la guerra nuclear y que, para millones de personas, no fue «frío» en absoluto: un periodo de inmensa violencia, oportunidades desperdiciadas y fracaso moral.

Lo habitual es contemplar la primera mitad del siglo XX como una pesadilla y la segunda mitad como un respiro, pero Westad muestra que para una gran parte del mundo la segunda mitad fue aún peor en casi todos los sentidos.

Odd Arne Westad

La Guerra Fría

Una historia mundial

Traducción de
Alejandro Pradera e Irene Cifuentes

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original: *The Cold War: A World History*
Traducción del inglés: Irene Cifuentes de Castro y Alejandro Pradera Sánchez

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© Odd Arne Westad, 2017
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Irene Cifuentes de Castro y Alejandro Pradera Sánchez, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018
Imagen de portada: © Cornell Capa
© International Center of Photography/Magnum Photos/Contacto

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17088-13-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A la memoria de Oddbjørg Westad (1924-2013)
y Arne Westad (1920-2015)

Índice

Un mundo por hacer

1. Puntos de partida
2. Las pruebas de la guerra
3. Las asimetrías de Europa
4. Reconstrucciones
5. La nueva Asia
6. Tragedia coreana
7. Esferas orientales
8. La creación de Occidente
9. El azote de China
10. Imperios rotos
11. Las contingencias de Kennedy
12. Encuentro con Vietnam
13. La Guerra Fría y América Latina
14. La era de Brézhnev
15. Nixon en Beijing
16. La Guerra Fría e India
17. Vorágines en Oriente Medio
18. El fracaso de la distensión
19. Malos presagios en Europa
20. Gorbachov
21. Transformaciones globales
22. Realidades europeas

El mundo que nos dejó la Guerra Fría
Criterios y agradecimientos
Notas

Un mundo por hacer

A mediados de la década de 1960, en Noruega, cuando yo era niño, el mundo en el que crecí estaba delimitado por la Guerra Fría. La Guerra Fría dividía familias, ciudades, regiones y países. Propagaba el miedo y no poca confusión: ¿podía uno estar seguro de que la catástrofe nuclear no fuera a ocurrir mañana? ¿Qué podría desencadenarla? Los comunistas –que eran un grupo minúsculo en mi ciudad natal– padecían la desconfianza de los demás por tener un punto de vista diferente y acaso –como se repetía bastante a menudo– una lealtad distinta, no a nuestro propio país, sino a la Unión Soviética. En un lugar que había sido ocupado por la Alemania nazi durante la Segunda Guerra Mundial, la segunda cuestión era un asunto grave: implicaba traición, en una región que era muy recelosa de los traidores. Mi país limitaba con la Unión Soviética por el norte, y ante el mínimo aumento de la temperatura de los asuntos internacionales, también escalaba la tensión a lo largo del río, helado casi en su totalidad, donde se había delimitado la frontera. Incluso en la apacible Noruega el mundo estaba dividido, y a veces cuesta recordar lo intensos que eran sus conflictos.

La Guerra Fría fue una confrontación entre el capitalismo y el socialismo que alcanzó su punto álgido entre 1945 y 1989, aunque sus orígenes se remontan a una época muy anterior, y sus consecuencias aún pueden sentirse hoy en día. En su apogeo, la Guerra Fría llegó a constituir un sistema internacional, en el sentido de que las principales potencias del mundo basaban su política exterior en algún tipo de relación con ella. Los pensamientos y las ideas antagónicos que contenía dominaban la mayor parte de los discursos de ámbito nacional. No obstante, incluso en los

momentos de máxima confrontación, la Guerra Fría no era el único juego de moda –aunque sí era el predominante; durante los últimos años del siglo XX asistimos a muchos acontecimientos históricos que no habían sido ni creados ni determinados por ella. La Guerra Fría no lo decidía todo, pero influía en la mayoría de las cosas, y a menudo a peor: la confrontación contribuía a consolidar un mundo dominado por las superpotencias, un mundo donde el poderío y la violencia –o la amenaza de violencia– eran las varas de medir de las relaciones internacionales, y donde las creencias tendían a lo absoluto: el único sistema bueno era el de uno. El otro sistema era intrínsecamente maligno.

Gran parte del legado de la Guerra Fría se centra en ese tipo de absolutos. En su peor vertiente pueden reconocerse en las guerras de Estados Unidos en Irak y Afganistán: las certezas morales, la evitación del diálogo, la fe en las soluciones puramente militares. Pero también pueden apreciarse en la creencia doctrinaria de los mensajes sobre el libre mercado, o en el enfoque que pretende solucionar desde arriba los males sociales o los problemas generacionales. Algunos regímenes todavía reivindican modalidades autoritarias de legitimidad que se remontan a la Guerra Fría: China, por supuesto, es el mejor ejemplo, y Corea del Norte el más pavoroso, pero también hay docenas de países, desde Vietnam y Cuba hasta Marruecos y Malasia, que incorporan en sus sistemas de Gobierno elementos significativos de la Guerra Fría. Muchas regiones del mundo siguen viviendo con amenazas medioambientales, con divisiones sociales o con conflictos étnicos fomentados por el último gran sistema internacional. Algunos críticos afirman que el concepto de crecimiento económico indefinido, que a largo plazo podría poner en riesgo el bienestar de la Humanidad, o incluso su supervivencia, fue –en su forma moderna– una creación de las rivalidades de la Guerra Fría.

Para ser justos (por una vez) con un sistema internacional, la Guerra Fría, o al menos la manera en que se terminó el conflicto, también tuvo otros aspectos menos perjudiciales. Muy pocos europeos occidentales o asiáticos del sudeste habrían preferido vivir en el tipo de Estados comunistas que se crearon en las regiones orientales de sus respectivos

vecindarios continentales. Y, aunque habitualmente se condena rotundamente el legado de las intervenciones estadounidenses en Asia, una mayoría de europeos estaba y está convencida de que la presencia militar de Estados Unidos dentro de sus fronteras contribuyó al mantenimiento de la paz y al desarrollo de las democracias. Y por supuesto, el hecho mismo de que la confrontación de la Guerra Fría entre las superpotencias concluyera pacíficamente fue de suma importancia. Con un arsenal de armas nucleares suficiente para destruir el mundo varias veces, todos dependíamos de la moderación y la sabiduría para evitar un apocalipsis atómico. Puede que la Guerra Fría no fuera la larga paz que algunos historiadores han querido ver en ella.[1] Pero en los niveles superiores del sistema internacional –entre Estados Unidos y la Unión Soviética– se evitó la guerra durante el tiempo suficiente para que se produjeran cambios. Para nuestra supervivencia todos dependíamos de ese largo aplazamiento.

Así pues, ¿cuán especial fue la Guerra Fría como sistema internacional en comparación con otros sistemas de ese tipo a lo largo de la historia? Aunque la mayoría de los órdenes mundiales suelen ser multipolares –están formados por muchas potencias rivales– hay algunas comparaciones posibles. Por ejemplo, la política europea entre mediados del siglo XVI y principios del XVII estuvo profundamente condicionada por una rivalidad bipolar entre España e Inglaterra, que tenía algunas características en común con la Guerra Fría. Sus orígenes eran profundamente ideológicos, ya que los monarcas de España estaban convencidos de que representaban al catolicismo, y los de Inglaterra, al protestantismo. Cada uno de ellos formaba alianzas con sus hermanos ideológicos, y las guerras tenían lugar lejos de los centros de los imperios. La diplomacia y las negociaciones eran limitadas –cada potencia consideraba a la otra como su enemigo natural y reconocido. Las élites de cada uno de los países creían fervientemente en su causa, y estaban convencidas de que el curso de los siglos venideros dependía de quién ganara la contienda. El descubrimiento de América y el avance de las ciencias en el siglo de Kepler, Tycho Brahe y Giordano Bruno

elevaron mucho la apuesta; existía la convicción de que quien saliera vencedor no solo iba a dominar el futuro, sino a tomar posesión de él para sus propios fines.

Sin embargo, al margen de la Europa del siglo XVI, la China del siglo XI (el conflicto entre los Estados de las dinastías Song y Liao) y, por supuesto, la muy estudiada rivalidad entre Atenas y Esparta en la Antigüedad griega, los ejemplos de sistemas bipolares son bastante escasos. A lo largo del tiempo, la mayoría de las regiones han tendido a lo multipolar o, aunque con bastante menor frecuencia, a lo unipolar. Por ejemplo, en Europa, predominó la multipolaridad en la mayoría de las épocas tras el hundimiento del Imperio carolingio a finales del siglo IX. En Asia oriental, el Imperio chino fue predominante desde la dinastía Yuan, en el siglo XIII, hasta la dinastía Qing, en el XIX. Tal vez la relativa ausencia de sistemas bipolares no sea difícil de explicar. Como exigen alguna forma de equilibrio, resultaban más difíciles de mantener que los sistemas unipolares, basados en los imperios, o que los multipolares, de amplio espectro. Además, en la mayoría de los casos, los sistemas bipolares dependían de otros estados que no estaban directamente bajo el control de las superpotencias, pero que a pesar de todo participaban de alguna forma en el sistema, normalmente a través de la identificación ideológica. Y en todos los casos, salvo en la Guerra Fría, acabaron en conflictos bélicos catastróficos: la guerra de los Treinta años, el hundimiento de la dinastía Liao, o las guerras del Peloponeso.

No cabe duda de que el fervor de la confrontación de ideas contribuyó sensiblemente a la bipolaridad de la Guerra Fría. La ideología predominante en Estados Unidos, que hacía hincapié en los mercados, la movilidad y la mutabilidad, era universalista y teleológica, y llevaba incorporada la convicción de que todas las sociedades de extracción europea avanzaban necesariamente en la misma dirección general que Estados Unidos. Desde el primer momento, el comunismo –la peculiar modalidad de socialismo que se desarrolló en la Unión Soviética– se creó como la antítesis de la ideología capitalista que representaba Estados Unidos: un futuro alternativo, por así decirlo, que los pueblos de todo el mundo podían alcanzar por sí

mismos. Al igual que muchos estadounidenses, los dirigentes soviéticos estaban convencidos de que las «viejas» sociedades, basadas en las identificaciones locales, en la deferencia social y en la justificación del pasado, estaban muertas. Se competía por la sociedad del futuro, que únicamente tenía dos versiones plenamente modernas: el mercado, con todas sus imperfecciones e injusticias, y la planificación, que era racional e integral. La ideología soviética hizo del Estado una máquina que funcionaba para la mejora de la humanidad, mientras que la mayoría de estadounidenses veían con desagrado el poder estatal centralizado, y tenían miedo de sus consecuencias. El escenario estaba preparado para una intensa rivalidad, donde daba la impresión de que lo que estaba en juego no era ni más ni menos que la supervivencia del mundo.

Este libro pretende encuadrar la Guerra Fría como un fenómeno global, con una perspectiva de cien años. Arranca en la década de 1890, con la primera crisis capitalista global, con la radicalización del movimiento obrero europeo, y con la expansión de Estados Unidos y Rusia como imperios transcontinentales. Concluye en torno a 1990, con la caída del Muro de Berlín, con el derrumbe de la Unión Soviética, y con el triunfo final de Estados Unidos como verdadera potencia hegemónica mundial

Mi intención, al adoptar una perspectiva de cien años para examinar la Guerra Fría, no es subsumir otros acontecimientos trascendentales –las guerras mundiales, el colapso colonial, los cambios económicos y tecnológicos, el deterioro medioambiental– en un marco pulcramente ordenado. Por el contrario, mi propósito es comprender cómo el conflicto entre el socialismo y el capitalismo influyó en, y fue influido por, los acontecimientos mundiales a gran escala. Pero también aspiro a comprender por qué una serie de conflictos se repitieron una y otra vez a lo largo de todo el siglo, y por qué todos los demás aspirantes al poder –material o ideológico– tuvieron que ceñirse a ella. La Guerra Fría se desarrolló a lo largo de las líneas de falla de los conflictos, a partir de finales del siglo XIX,

en el momento en que la modernidad europea parecía estar llegando a su apogeo.

Mi argumento, si cabe hablar de *un* argumento en un libro tan extenso, es que la Guerra Fría nació de las transformaciones mundiales de finales del siglo XIX, y pasó a mejor vida cien años después, a raíz de unos cambios increíblemente rápidos. Por consiguiente, tan solo es posible entender la Guerra Fría como conflicto ideológico y al mismo tiempo como sistema internacional en términos de los cambios económicos, sociales y políticos que son mucho más amplios y profundos que los acontecimientos que provocó la Guerra Fría en sí. Su principal relevancia puede entenderse de distintas formas. En un libro anterior, yo argumentaba que los cambios profundos y a menudo violentos en Asia, África y América Latina tras el periodo colonial fueron una consecuencia primordial de la Guerra Fría.[2] Pero el conflicto también tenía otros significados. Puede concebirse como una etapa en el ascenso de la hegemonía mundial de Estados Unidos. Puede contemplarse como la (lenta) derrota de la izquierda socialista, sobre todo en la modalidad que adoptó Lenin. Y puede describirse como una fase aguda y peligrosa de las rivalidades internacionales, que surgió de los desastres de dos guerras mundiales, y que posteriormente se vio desbordada por nuevas líneas divisorias mundiales en las décadas de 1970 y 1980.

Cualquiera que sea el aspecto de la Guerra Fría que uno desee destacar, es esencial reconocer la intensidad de las transformaciones económicas, sociales y tecnológicas en las que tuvo lugar el conflicto. Durante los cien años transcurridos entre las décadas de 1890 y 1990, se asistió a la creación (y destrucción) de los mercados mundiales a un ritmo vertiginoso. Se asistió al nacimiento de unas tecnologías con las que las generaciones anteriores ni siquiera podrían haber soñado, algunas de las cuales se utilizaron a fin de incrementar la capacidad del género humano para dominar y explotar a los demás. Y durante esos cien años se experimentó un rápido cambio en las pautas de vida en todo el mundo, con un ascenso de la movilidad y de la urbanización casi por doquier. Todas las formas del pensamiento político, tanto de izquierdas como de derechas, se vieron influidas por la rapidez y la voracidad de dichos cambios.

Además de la importancia de las ideologías, la tecnología fue una de las principales razones de la longevidad de la Guerra Fría como sistema internacional. Durante las décadas posteriores a 1945, se asistió a la acumulación de unos arsenales tan inmensos de armas nucleares que –por supuesto la paradoja no dejará de advertirla el lector– para poder garantizar el futuro del mundo, ambas superpotencias se preparaban para destruirlo. El armamento nuclear, como le gustaba decir al dirigente soviético Iósif Stalin, fue «un armamento de un nuevo tipo»: no se trataba de armas para el campo de batalla, sino de armas para borrar del mapa ciudades enteras, como hizo Estados Unidos con las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki en 1945. Pero únicamente las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, poseían suficiente armamento nuclear como para amenazar al mundo con la aniquilación total.

Como siempre ocurre en la historia, durante el siglo XX se asistió al desarrollo más o menos paralelo de múltiples historias importantes. El conflicto entre el capitalismo y el socialismo influyó en casi todas esas historias, como es el caso de las dos guerras mundiales y de la Gran Depresión de la década de 1930. Hacia el final del siglo, algunos de esos acontecimientos contribuyeron a que la Guerra Fría quedara obsoleta como sistema internacional, pero también como el conflicto ideológico predominante. Por consiguiente, es bastante posible que los historiadores del futuro resten importancia a la Guerra Fría, ya que, desde su punto de vista, concederán mayor relevancia a los orígenes del poderío económico de Asia, o al comienzo de la exploración espacial, o a la erradicación de la viruela. La historia siempre ha sido una intrincada telaraña de significado y de relevancia, donde resulta primordial el punto de vista del historiador que la escribe. A mí me obsesiona el papel que desempeñó la Guerra Fría a la hora de crear el mundo que conocemos hoy en día. Pero eso, por supuesto, no es lo mismo que conceder prioridad a la crónica de la Guerra Fría respecto a todas las demás. Equivale, simplemente, a afirmar que durante un largo periodo de tiempo, el conflicto entre el socialismo y el capitalismo influyó profundamente en la forma de vivir de la gente, y en lo que pensaba sobre la política, tanto a escala local como mundial.

En términos generales, la Guerra Fría se produjo en el contexto de dos procesos de profundos cambios en la política internacional. El primero fue la aparición de nuevos estados, creados más o menos conforme a la pauta de los estados europeos del siglo XIX. En 1900 había en el mundo menos de cincuenta estados independientes, de los que aproximadamente la mitad estaban en América Latina. Ahora hay casi doscientos, que en su mayoría se asemejan extraordinariamente en su forma de Gobierno y en su administración. El segundo cambio fundamental fue el ascenso de Estados Unidos como la potencia mundial dominante. En 1900, el presupuesto de Defensa de Estados Unidos ascendía, en dólares estadounidenses de 2010, a aproximadamente 10.000 millones, un aumento extraordinario respecto a años anteriores, gracias a la guerra hispano-estadounidense y a las operaciones contra la insurgencia en Filipinas y en Cuba. Hoy en día, ese gasto se ha multiplicado por cien, hasta alcanzar la cifra de un billón de dólares. En 1870, el producto interior bruto (PIB) de Estados Unidos suponía el 9 % del total mundial; en el momento de máximo apogeo de la Guerra Fría, estaba en torno al 28 %. Incluso hoy en día, tras años de supuesto declive de Estados Unidos, es de aproximadamente el 22 %. Por consiguiente, la Guerra Fría cobró forma en una era de proliferación de nuevos estados y de ascenso del poder de Estados Unidos, y ambos factores iban a contribuir a determinar la dirección que asumió el conflicto.

Además, esos cambios internacionales garantizaron que la Guerra Fría se desarrollara en un marco donde el nacionalismo era una fuerza duradera. Aunque aparentemente quienes creían en el socialismo o en el capitalismo como sistemas sociales y económicos siempre deploraban el nacionalismo, los llamamientos a algún tipo de identidad nacional a veces podían imponerse a los planes mejor trazados para el progreso humano. Una y otra vez, los grandiosos planes de modernización, las alianzas o los movimientos transnacionales tropezaban con el primer obstáculo que interponían en su camino el nacionalismo u otras modalidades de la política identitaria. Aunque el nacionalismo –por definición– también tenía claras limitaciones como marco mundial (como demuestran las derrotas de los estados ultranacionalistas de Alemania, Italia y Japón en la Segunda Guerra

Mundial), siempre fue un impedimento para quienes pensaban que el futuro pertenecía a las ideologías universalistas.

Por consiguiente, incluso en el apogeo de la Guerra Fría, entre 1945 y 1989, la bipolaridad siempre tuvo sus limitaciones. A pesar de su atractivo a escala mundial, ni el sistema soviético ni el estadounidense se replicaron del todo en otros países. Probablemente ese tipo de clonación no era posible, ni siquiera a juicio de sus más fervientes ideólogos. En términos de desarrollo social, el resultado fueron unas economías o bien capitalistas o bien socialistas con una fuerte influencia local. En algunos casos, esa mixtura no era vista con buenos ojos por los líderes políticos, que aspiraban a que se pusiera en práctica una forma no adulterada de sus ideales políticos. Pero –afortunadamente para la mayoría, cabría decir– era necesario transigir. Países como Polonia o Vietnam suscribían un ideal de tipo soviético para su desarrollo, pero a todos los efectos siguieron siendo muy diferentes de la Unión Soviética, de la misma forma que Japón o la República Federal de Alemania –a pesar de la profunda influencia estadounidense– siempre fueron muy distintos de Estados Unidos. Un país como India, con su peculiar mezcla de democracia parlamentaria y de minuciosa planificación económica, estaba aún más lejos de cualquier tipo de ideal de la Guerra Fría. A ojos de sus propios dirigentes, y de sus más enérgicos partidarios en otros países, tan solo las dos superpotencias fueron siempre puras, como modelos a imitar en otras partes del mundo.

En cierto sentido, eso no es de extrañar. Los conceptos de la modernidad en Estados Unidos y en la Unión Soviética tuvieron un punto de partida común a finales del siglo XIX, y conservaron muchos elementos en común a lo largo de toda la Guerra Fría. Ambos conceptos tuvieron su origen en la expansión de Europa, y de las formas de pensar europeas, a escala mundial a lo largo de los tres siglos anteriores. Por primera vez en la historia, un centro –Europa y sus vástagos– había llegado a dominar el mundo. Los europeos habían creado unos imperios que poco a poco se adueñaron de la mayor parte del planeta, y colonizaron con su propia gente tres continentes. Se trataba de un giro sin precedentes, que llevó a algunos europeos, y a la población de ascendencia europea, a creer que podían

asumir el control del futuro del mundo entero a través de las ideas y las tecnologías que ellos habían desarrollado.

Si bien esa forma de pensar tenía unas raíces históricas mucho más profundas, su apogeo llegó en el siglo XIX. Una vez más, no debería extrañarnos: el siglo XIX fue sin duda alguna la era en que la ventaja de los europeos sobre todos los demás culminó en términos de tecnología, producción y poderío militar. La confianza en, y la dedicación a, lo que algunos historiadores han denominado los «valores de la Ilustración» –la razón, la ciencia, el progreso, el desarrollo y la civilización como sistema– surgían evidentemente de la preponderancia del poder europeo, como ocurrió con la colonización de África, del sudeste asiático y con el sometimiento de China y de la mayor parte del mundo árabe. A finales del siglo XIX, Europa y sus vástagos, incluidos Rusia y Estados Unidos, ya eran los amos absolutos, a pesar de sus divisiones internas, y por consiguiente también lo eran las ideas que proyectaban.

Durante la época de predominio europeo, sus ideas fueron germinando poco a poco en otros lugares. La modernidad asumía distintas formas en las diferentes partes del mundo, pero las esperanzas de las élites locales en la creación de sus propias civilizaciones industriales se extendían desde China y Japón hasta Irán y Brasil. Los factores clave de la moderna transformación que dichos países aspiraban a emular eran la primacía de la fuerza de voluntad humana sobre la naturaleza, la capacidad de mecanizar la producción mediante nuevas formas de energía, y la creación de un Estado-nación con una masiva participación del sector público. Irónicamente, esa difusión de unas ideas de origen europeo marcó el principio del fin de la era de predominio europeo; los pueblos de otras partes del mundo deseaban la modernidad para sí mismos, a fin de defenderse mejor de los imperios que los sojuzgaban.

Incluso en el núcleo de la modernidad europea, a lo largo del siglo XIX fueron desarrollándose rivalidades ideológicas que, al final, iban a provocar la voladura del concepto de una única modernidad. A medida que iba arraigando la sociedad industrial, fueron desarrollándose numerosas críticas que cuestionaban no tanto la modernidad en sí, sino más bien su finalidad

última. Algunos afirmaban que la extraordinaria transformación de la producción y la sociedad que estaba teniendo lugar forzosamente tenía que consistir en algo más que enriquecer a unas cuantas personas y que la expansión de unos pocos imperios europeos en África y Asia. Tenía que haber un propósito que compensara –por lo menos en términos históricos– la miseria humana generada por los procesos de industrialización. Algunos de aquellos críticos se aliaron con otros que afirmaban deplorar la industrialización en su conjunto, y que en algunos casos idealizaban las sociedades preindustriales. Los disidentes exigían nuevos sistemas políticos y económicos, basados en el apoyo de los hombres y mujeres corrientes que estaban siendo arrojados a la centrifugadora del capitalismo.

La más fundamental de esas críticas era el socialismo, un término que se popularizó en la década de 1830, pero cuyas raíces se remontan a la Revolución francesa. Sus ideas centrales son la propiedad pública, no la propiedad privada, de los bienes y los recursos, y la expansión de la democracia de masas. Para empezar, bastantes socialistas echaban la vista atrás en la misma medida que miraban al futuro. Celebraban el igualitarismo de las comunidades campesinas o, en algunos casos, la crítica religiosa al capitalismo, a menudo relacionada con el Sermón de Jesús en la Montaña: «Al que te pida, dale, y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo niegues».

Pero en la década de 1860 las primeras formas de pensamiento socialista empezaron a sentir la presión de las ideas de Karl Marx y de sus seguidores. A Marx, un alemán que quería organizar los principios socialistas en forma de una crítica radical del capitalismo, le preocupaba más el futuro que el pasado. Postulaba que el socialismo se desarrollaría de forma natural a partir del caos de los cambios económicos y sociales de mediados del siglo XIX. A juicio de Marx, ni el orden feudal de antaño ni el orden capitalista del presente podían afrontar los desafíos de la sociedad moderna. Ambos debían ser sustituidos por un orden socialista basado en principios científicos para gestionar la economía. Dicho orden se haría realidad a través de una revolución del proletariado, de los obreros industriales que carecían de propiedades. «El proletariado –decía Marx en

su *Manifiesto comunista*–, se valdrá del Poder para ir despojando paulatinamente a la burguesía de todo el capital, de todos los instrumentos de la producción, centralizándolos en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase gobernante, y procurando fomentar por todos los medios y con la mayor rapidez posible las energías productivas.»[3]

Durante el siglo XIX, los partidarios de Marx, que se autodenominaron comunistas tras su *Manifiesto*, nunca constituyeron más que pequeños grupos, pero tenían una influencia mucho mayor que su número. Lo que los caracterizaba era en gran medida la intensidad de sus convicciones y su internacionalismo radical. Allí donde otros movimientos de la clase trabajadora aspiraban a un progreso gradual y hacían hincapié en las reivindicaciones económicas de los desfavorecidos a los que representaban, los seguidores de Marx destacaban la necesidad de una lucha de clases implacable para la conquista del poder político a través de la revolución. Consideraban que los obreros no tenían patria ni rey. Pensaban que la lucha por un mundo nuevo no tenía fronteras, mientras que la mayoría de sus rivales eran nacionalistas y, en algunos casos, imperialistas.

Su internacionalismo y su dogmatismo antidemocrático eran las principales razones de que los marxistas perdieran terreno frente a otros movimientos de la clase obrera a finales del siglo XIX. Por ejemplo, en la Alemania de Marx, el establecimiento de un nuevo Estado unitario fuerte en tiempos de Bismarck en la década de 1870 fue bien acogido por muchos obreros, que veían la construcción de la nación como algo preferible a la lucha de clases. Pero el propio Marx, entrevistado en su cómodo exilio del barrio londinense de Haverstock Hill, condenaba el nuevo Estado alemán por considerarlo «la consolidación del despotismo militar y la opresión implacable de las masas productivas».[4] En 1891, cuando el Partido Socialdemócrata alemán destacaba en su programa que el principal objetivo político era la lucha por la democracia, también fue rotundamente condenado por los marxistas. Los socialdemócratas habían exigido el «sufragio universal, igual y directo, con votación secreta en todas las elecciones, para todos los ciudadanos».[5] Friedrich Engels, el colaborador y sucesor de Marx, consideraba que eso equivalía a «quitar la hoja de parra al

absolutismo y colocarse uno mismo como pantalla para encubrir la desnudez». «Este abandono del porvenir del movimiento, que se sacrifica en aras del presente, todo eso puede tener móviles "honestos" –decía Engels–, pero eso es y sigue siendo oportunismo, y el oportunismo "honesto" es, quizá, más peligroso que todos los demás.»[6]

En la década de 1890 los partidos socialdemócratas ya se habían establecido por toda Europa y las Américas. Aunque a veces su crítica al sistema capitalista se inspiraba en el marxismo, la mayoría de ellos hacía hincapié en las reformas antes que en la revolución, y hacían campaña a favor de la extensión de la democracia, de los derechos de los trabajadores y de unos servicios sociales accesibles para todos. Unos cuantos ya se habían convertido en partidos de masas, vinculados a los movimientos sindicales de sus respectivos países. En Alemania, el Partido Socialdemócrata consiguió un millón y medio de votos en las elecciones de 1890, casi el 20 % del total (aunque tan solo obtuvo un pequeño número de escaños parlamentarios debido a unas leyes electorales injustas). En los países nórdicos, las cifras eran similares. En Francia, la Federación de Trabajadores Socialistas ya había empezado a hacerse con el control de los gobiernos municipales en la década de 1880. A pesar de las críticas de Engels y otros, la mayoría de los partidos socialdemócratas estaban impulsando la democracia, al tiempo que empezaban a beneficiarse de sus frutos.

La crisis económica mundial de la década de 1890 lo cambió todo. Al igual que la crisis de 2007-2008, empezó en 1890 con la práctica insolvencia de un banco importante, en este caso el Baring's Bank británico, provocada por una excesiva asunción de riesgos en los mercados extranjeros. La *City* londinense había conocido crisis peores, pero en aquella ocasión la diferencia fue que el problema se propagó rápidamente debido a una mayor interdependencia económica, llegando a infectar a las economías de todo el mundo. Por consiguiente, a principios de la década de 1890 se asistió a la primera crisis económica mundial, con altos índices de desempleo (que en un momento dado casi llegaron al 20 % en Estados Unidos), y un masivo descontento de los trabajadores. Muchos obreros, e

incluso los jóvenes profesionales –que por primera vez afrontaban unas altas cifras de paro– se preguntaban si el capitalismo estaba acabado. Incluso muchos miembros del *establishment* empezaban a hacerse la misma pregunta, a medida que cundía el descontento. Un sector de la extrema izquierda –principalmente los anarquistas– iniciaron campañas terroristas contra el Estado. Entre 1892 y 1894 se produjeron once atentados con bombas a gran escala en Francia, entre ellos uno en la Asamblea Nacional. A lo largo y ancho de Europa y Estados Unidos se producían atentados mortales contra los dirigentes políticos: el presidente de Francia en 1894, el presidente del Gobierno español en 1897, la emperatriz de Austria en 1898 y el rey de Italia en 1900. Al año siguiente, el presidente estadounidense William McKinley fue asesinado en la Exposición Panamericana de Buffalo, en el estado de Nueva York. Los mandatarios de todo el mundo estaban indignados y asustados.

La agitación de la década de 1890 provocó la escisión de los movimientos socialdemócratas, al tiempo que eran objeto de ataques sin precedentes de los patronos y los gobiernos. Se aplastaban las huelgas, a menudo de forma violenta. Se encarcelaba a los socialistas y a los sindicalistas. Las secuelas de la primera crisis económica mundial constituyeron un revés para los avances democráticos de las décadas anteriores. Además, provocaron la revitalización de la extrema izquierda entre los socialistas, que consideraban que la democracia no era más que un escaparate para la burguesía. Ese fue el ambiente que vivió el joven Vladímir Ilich Uliánov, que adoptó el nombre de Lenin, al igual que los muchos otros militantes que iban a imprimir un giro a la izquierda a los movimientos socialistas y obreros en Europa durante los primeros años del siglo XX.

En el seno de las organizaciones obreras, los distintos sectores sacaron diferentes conclusiones de la crisis. Muchos de ellos habían esperado que el capitalismo se derrumbara por sí solo a consecuencia del caos creado por los traumas financieros de principios de la década de 1890. Cuando vieron que eso no ocurría y que –por lo menos en algunas regiones– la economía volvía a remontar durante los últimos años de la década, la corriente

mayoritaria de los socialdemócratas tomó un nuevo impulso hacia la organización de los sindicatos y los procesos de negociación colectiva. Podían hacer uso de las lecciones que los trabajadores habían aprendido de la crisis: que únicamente un sindicato eficaz podía oponerse a los despidos esporádicos y al empeoramiento de las condiciones de trabajo cuando se producía una crisis económica. En Alemania, en Francia, en Italia y en Gran Bretaña se disparó el número de afiliados a los sindicatos. En 1899, en Dinamarca, el comité central de los sindicatos acordó un sistema de negociaciones anuales con la asociación patronal sobre los salarios y las condiciones de trabajo. Ese acuerdo a largo plazo, el primero en todo el mundo, fue el comienzo de un modelo que poco a poco iba a extenderse a otros países. Provocó que Dinamarca fuera uno de los países menos polarizados del mundo durante la Guerra Fría.

Lo que más detestaba la izquierda radical de toda Europa era la «traición de clase» de que hizo gala el Partido Socialdemócrata danés en sus Acuerdos de Septiembre. Después del balón de oxígeno que supuso para ellos la crisis, los radicales estaban más convencidos que nunca de que el capitalismo muy pronto iba a tocar a su fin, tal y como había pronosticado Marx. Algunos estaban convencidos de que los propios obreros, a través de sus organizaciones políticas, podían contribuir a empujar poco a poco la historia hacia su destino lógico: las huelgas, los boicots y otras formas de protesta colectiva no eran solo los medios para mejorar la suerte de la clase trabajadora. También podían contribuir a derrocar el Estado burgués. Por consiguiente, en la década de 1890 se asistió a la escisión final entre la corriente mayoritaria de los socialdemócratas reformistas y los socialistas revolucionarios –que muy pronto volverían a denominarse comunistas–, una escisión que duraría hasta el final de la Guerra Fría. La confrontación entre ambas facciones iba a convertirse en una parte importante de la historia del siglo XX.

La aparición de movimientos obreros políticamente organizados supuso una auténtica conmoción para el sistema consolidado de estados de finales del siglo XIX. Sin embargo, en aquel momento se estaban gestando otras dos movilizaciones fundamentales, sin que ni el *establishment* político ni sus

adversarios socialistas hicieran gran cosa por afrontarlas. La primera eran las campañas de las mujeres a favor de la justicia política y social, que en parte se desarrolló como reacción a las primeras reivindicaciones del derecho al voto por parte de la clase obrera. Algunos se preguntaban por qué se les negaba el derecho al voto a las mujeres, incluso a las burguesas cultas, cuando los obreros varones analfabetos sí gozaban de él. Otros veían cierto grado de solidaridad entre las reivindicaciones de las mujeres –como por ejemplo los plenos derechos económicos y los derechos en el seno de la familia– y las reivindicaciones de la clase obrera, pero probablemente se trataba de una minoría durante la primera oleada de agitación feminista. Sin embargo, el activismo del movimiento resultaba llamativo, sobre todo en Gran Bretaña antes de la Primera Guerra Mundial. Después de que su aspiración a la plena emancipación política les hubiera sido denegada reiteradamente, las sufragistas eran apaleadas por la policía, y promovían huelgas de hambre en las cárceles. En un caso particularmente impactante, una sufragista murió tras arrojarse a los pies de uno de los caballos del rey en el hipódromo. Las sufragistas británicas y sus hermanas acabaron cosechando victorias por doquier, pero no como parte de la izquierda socialista.

Al mismo tiempo que el feminismo, también iban en aumento las campañas anticoloniales. En la década de 1890 ya empezaba a disiparse el trauma inicial de la ocupación y la colonización en algunas zonas de África y Asia. Armadas con las ideas y los conceptos adoptados de la metrópoli imperial, pero adaptándolos para un uso local, las élites cultas se debatían entre beneficiarse del sistema colonial y oponerse a él en nombre del autogobierno. Los movimientos campesinos también se opusieron a la influencia de Occidente: puede que los donghaks en Corea, los bóxers en China, o los yihadistas en el norte de África aspiraran a un mundo distinto del que deseaban sus compatriotas cultos, pero también contribuyeron a plantar las semillas de la resistencia anticolonial. Cuando Estados Unidos se embarcó en su primera aventura colonial en Asia –en 1899, en Filipinas– el movimiento local que se opuso a ella estaba formado tanto por patricios como por campesinos. A principios del siglo XX, ya habían surgido las

primeras organizaciones anticoloniales: el Congreso Nacional Indio, el Congreso Nacional Africano en Sudáfrica y los precursores del Partido Nacional de Indonesia.

Al tiempo que los adversarios del capitalismo, del colonialismo y del patriarcado libraban sus batallas contra el *establishment*, también se estaba produciendo un cambio a nivel mundial en el sistema internacional de los estados. En Europa y Asia oriental, Alemania y Japón reforzaban sus posiciones. Pero el cambio más llamativo tenía lugar en la periferia europea. Europa –o más exactamente, una parte de Europa occidental– había gozado del predominio militar a escala mundial desde el siglo XVII. Además, a partir del siglo XVIII, unas pocas regiones de Europa occidental habían adquirido una enorme relevancia económica mundial en términos de innovación, sobre todo Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos. Sin embargo, a finales del siglo XIX, los gigantescos estados de la periferia de Europa –imperios de características especiales– estaban recuperando terreno, y en algunos casos superando a los principales países europeos. Rusia y Estados Unidos eran muy diferentes en términos de su política y su organización económica. Pero ambos se habían expandido a grandes distancias hasta arrebatarle enormes cantidades de territorio a los pueblos situados en sus fronteras. La superficie de Estados Unidos había aumentado diez veces respecto a su tamaño original de la década de 1780, desde 975.000 hasta 9.880.000 kilómetros cuadrados. También Rusia había crecido rápidamente desde el comienzo de la dinastía Romanov en 1613, y a una escala todavía mayor: desde aproximadamente 5,2 millones de kilómetros cuadrados hasta 22,3 millones. Por supuesto, Gran Bretaña y Francia también tenían inmensas posesiones coloniales. Pero no eran contiguas, y en su mayoría estaban habitadas por la población autóctona –de ahí que resultara mucho más difícil beneficiarse económicamente de ellas y mantenerlas bajo control a largo plazo.

Como veremos a lo largo de este libro, las ideas y un sentido del destino desempeñaron un papel esencial en la expansión de Rusia y de Estados Unidos. Las élites de ambos países estaban convencidas de que sus estados estaban expandiéndose por una razón, que las cualidades que poseían como

pueblos les habían predestinado para la hegemonía en sus respectivas regiones y –en última instancia– a escala mundial. En su intento por alcanzar la hegemonía, ambas élites tenían la sensación de que estaban cumpliendo con una misión en nombre de Europa. Al descender de un linaje europeo, en cierto sentido ambas se habían involucrado en un proyecto para globalizar Europa, para extenderla hasta el Pacífico. Además, algunos de sus líderes intelectuales creían que, al hacerlo, sus propios pueblos iban a hacerse más europeos, que iban a estar más centrados en los valores europeos y más dispuestos a llevar la carga del imperio en una era imperial. Pero al mismo tiempo, en ambos países algunos consideraban que su expansión era radicalmente distinta de la de los imperios europeos. Mientras que los británicos y los franceses iban en busca de recursos y de ventajas comerciales, los rusos y los estadounidenses tenían unos móviles más elevados para expandirse: difundir las ideas de la iniciativa y la organización social, y salvar almas, tanto en la política como en la religión.

El papel de la religión es importante tanto en el bando estadounidense como en el ruso.[7] Si bien la posición de la fe organizada ya estaba en declive en Europa (y también en muchas otras partes del mundo) a finales del siglo XIX, para los rusos y los estadounidenses la religión seguía ocupando un lugar central en sus vidas. En cierto sentido, había similitudes entre el protestantismo evangélico de Estados Unidos y el cristianismo ortodoxo de Rusia. Ambos hacían hincapié en la teleología, y la certidumbre de la fe estaba por encima de lo habitual entre otros grupos cristianos. Al no afectarles el concepto del pecado original, ambos creían en la perfectibilidad de la sociedad. Y lo más importante, tanto los evangélicos como los ortodoxos creían que sus respectivas religiones eran la fuente de inspiración de sus políticas en un sentido directo. Ellos eran los únicos dispuestos a cumplir los planes de Dios para el hombre y con el hombre.

De diferente manera, la entrada de Estados Unidos y de Rusia en los asuntos mundiales estaba teñida por la rivalidad que cada uno de ellos tenía con la potencia mundial dominante a finales del siglo XIX, Gran Bretaña. A los estadounidenses les agraviaban los privilegios comerciales británicos en ultramar, y consideraban que su proclamación del libre comercio y de la

libertad de inversión era moralista e interesada. A pesar de la admiración que sentían muchos miembros de la élite estadounidense por las costumbres británicas, a finales de la década de 1890 los dos países rivalizaban cada vez más por la influencia, sobre todo en América del Sur, el primer continente donde se había asistido al aumento del poder mundial de Estados Unidos. También en Rusia, el sistema mundial británico se veía como el principal obstáculo para el ascenso ruso. Desde la guerra de Crimea, en la década de 1850, cuando una coalición encabezada por Gran Bretaña impidió que Rusia se hiciera con el control de la región del mar Negro, muchos rusos veían a Gran Bretaña como una potencia hegemónica antirrusa, decidida a frustrar el ascenso de su país. Los intereses británicos y rusos chocaban en Asia central y en los Balcanes, y en 1905 el apoyo británico se consideró un factor primordial para la victoria de Japón en su guerra contra Rusia. A diferencia de Estados Unidos, Rusia no gozaba del desarrollo económico que podía convertirla en Estado sucesor de Gran Bretaña como potencia hegemónica capitalista mundial. Pero el germen del ascenso de Rusia –en su modalidad marxista soviética– como potencia antisistémica global residía en su combinación de expansión territorial y de atraso económico.

Aunque la Guerra Fría supuso el ascenso internacional de Estados Unidos como el sucesor de Gran Bretaña, sería totalmente erróneo considerar que dicha sucesión fue pacífica o suave. Durante la mayor parte del siglo XX, Estados Unidos supuso una influencia revolucionaria en la política mundial y en las sociedades de ultramar. Eso es igual de válido para sus efectos tanto en Europa (incluida Gran Bretaña) como en América Latina, Asia o África. Henry James no iba muy desencaminado cuando, a finales de la década de 1870, consideraba que su héroe americano era «el gran bárbaro occidental, que avanza con su inocencia y su poderío, parándose un momento a contemplar este Viejo Mundo decadente, para después abalanzarse sobre él».[8] Estados Unidos era un alborotador internacional, que al principio se negaba a cumplir las normas que había establecido la hegemonía británica

durante el siglo XIX. Sus ideas eran revolucionarias, sus costumbres resultaban ofensivas, y su doctrinarismo era peligroso. La hegemonía estadounidense no empezó a asentarse cómodamente a escala mundial hasta que la Guerra Fría empezó a tocar a su fin.

Por consiguiente, la Guerra Fría tuvo sobre todo que ver con el ascenso y la consolidación del poder de Estados Unidos. Pero también tenía que ver con muchas otras cosas: con la derrota del comunismo de estilo soviético y con la victoria, en Europa, de una forma de consenso democrático que había llegado a institucionalizarse a través de la Unión Europea. En China, significó una revolución política y social que llevó a cabo el Partido Comunista de China. En América Latina supuso el aumento de la polarización de las sociedades a ambos lados de las líneas divisorias ideológicas de la Guerra Fría. Este libro pretende mostrar la relevancia de la Guerra Fría entre el capitalismo y el socialismo a escala mundial, en todas sus variedades, y en ocasiones con todas sus confusas incoherencias. Por tratarse de una historia en un solo tomo, este libro no puede hacer mucho más que arañar la superficie de unos acontecimientos complicados. Pero habrá cumplido con su cometido si logra incitar al lector a explorar más a fondo la forma en que la Guerra Fría hizo del mundo lo que es hoy en día.

1

Puntos de partida

La Guerra Fría se originó a partir de dos procesos que tuvieron lugar a comienzos del siglo XX. El primero fue la transformación de Estados Unidos y Rusia en dos imperios de gran potencia, con un creciente sentido de tener una misión internacional. El segundo fue la agudización de la división ideológica entre el capitalismo y sus críticos. Ambos fenómenos confluyeron a raíz de la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial y de la Revolución rusa de 1917, con la creación de un Estado soviético como una visión alternativa al capitalismo. A consecuencia de la guerra mundial y de la depresión, la alternativa soviética se ganó muchos apoyos en todo el mundo, pero también se convirtió en un punto focal para sus enemigos y sus rivales. En 1941, el año en que tanto la URSS como Estados Unidos entraron en la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética era más poderosa que nunca a nivel interno, pero también estaba más aislada internacionalmente. La interacción en tiempos de guerra entre los soviéticos, Estados Unidos y la mayor de las potencias del siglo XIX, Gran Bretaña, iba a determinar el futuro marco de las relaciones internacionales.

Mientras que la Unión Soviética se oponía al capitalismo mundial, Estados Unidos pasó a ser su líder, aunque en unas circunstancias que ningún europeo habría siquiera imaginado en tiempos de la generación anterior. La historia del mundo a finales del siglo XIX y principios del siglo XX es ante todo una historia del crecimiento del poderío estadounidense, en lo económico, lo tecnológico y lo militar. Durante los cincuenta años transcurridos entre la guerra de Secesión y la Primera Guerra Mundial, el PIB de Estados Unidos se multiplicó más de siete veces. En 1913, su

producción de acero, que en 1870 tan solo equivalía al 5 % de la de Gran Bretaña, ya era cuatro veces mayor. En aquel año, Estados Unidos ya disponía de más patentes industriales que cualquier otro país del mundo. La combinación de los cambios tecnológicos y de la abundancia de recursos naturales creó un gigante del desarrollo capitalista que, en el plazo de una generación, iba a dejar en ridículo a todos sus competidores.

Parte del éxito estadounidense obedecía a la interacción entre su enorme poder económico y la vida cotidiana de los ciudadanos norteamericanos. A lo largo de la historia, otras potencias emergentes habían visto cómo su ascenso beneficiaba principalmente a sus élites, mientras que la gente corriente tenía que conformarse con las sobras que quedaban sobre la mesa del imperio. Estados Unidos cambió todo eso. Su ascenso económico creó una sociedad de consumo nacional en la que todo el mundo podía aspirar a participar, incluyendo los inmigrantes recién llegados y los afroamericanos, que por lo demás sufrían discriminación y tenían una escasa influencia política. Los nuevos productos brindaban estatus y comodidad, y la experiencia de la modernidad a través de los bienes producidos por las nuevas tecnologías definía lo que significaba ser estadounidense: tenía que ver con la transformación, con un nuevo comienzo en un país donde los recursos y las ideas se fecundaban mutuamente gracias a su abundancia.

A finales del siglo XIX, los conceptos de singularidad, de misión y de abundancia confluyeron para crear una ideología de la política exterior estadounidense de gran fuerza y coherencia. En el fuero interno de sus habitantes, Estados Unidos era distinto de los demás países: más moderno, más desarrollado y más racional. Además, los estadounidenses se sentían en la obligación para con el resto del mundo dominado por los europeos de contribuir a recrearlo a imagen de Estados Unidos. Pero aunque pocos estadounidenses dudaban de que Estados Unidos era una modalidad más avanzada de la civilización europea, no estaban de acuerdo sobre a qué tipo de poder les daba derecho esa ventaja. Algunos seguían creyendo en el marco establecido por la guerra de Independencia americana: que lo que debía extenderse al resto del mundo, y hacer que los pueblos de otros países desearan reiniciar la experiencia europea, tal y como habían hecho los

propios estadounidenses, era el ejemplo del republicanismo, del ahorro y del emprendimiento de Estados Unidos. Otros pensaban que, en un mundo de imperios en vías de expansión, Estados Unidos tenía que ponerse a la cabeza. En vez de actuar únicamente como ejemplo, tenía que intervenir para poner el mundo en orden; el mundo no solo necesitaba las ideas de Estados Unidos sino también su poder.

Las ideas y el poder confluyeron en el cambio de siglo con la victoria de Estados Unidos en la guerra hispano-estadounidense. Aunque el conflicto duró menos de cuatro meses, Estados Unidos obtuvo un imperio colonial que incluía las antiguas posesiones españolas de Filipinas, Guam, Puerto Rico y Cuba. El primer gobernador estadounidense de Filipinas, William Howard Taft, convirtió el archipiélago en un experimento de lo que él consideraba el desarrollo al estilo americano: capitalismo, educación, modernidad y orden. En 1908, cuando fue elegido presidente de Estados Unidos, Taft destacó el beneficioso papel que podía desempeñar el capital estadounidense en ultramar, en el Caribe, en Centroamérica, o en la zona del Pacífico asiático. Pero Taft también subrayaba las abundantes oportunidades de ganar dinero en el extranjero para las empresas estadounidenses, y el deber del Gobierno de protegerlas. La «diplomacia del dólar» de Taft fue un indicio del ascenso mundial de su país.

En 1914 Estados Unidos ya era una potencia mundial. Pero sus dirigentes todavía no estaban seguros del papel que debía desempeñar su país en la escena mundial. ¿El cometido de Estados Unidos debía ser una intervención eficaz o un aislamiento eficaz? ¿La principal aspiración del poderío de Estados Unidos era proteger a su pueblo o salvar al mundo? Esos debates confluyeron en la decisión del presidente Woodrow Wilson de entrar en la Primera Guerra Mundial en 1917. Wilson estaba convencido de que una parte de la misión de Estados Unidos era arreglar el mundo. Su política respecto a México, donde intervino en dos ocasiones, se basaba en el principio de que lo mejor para Estados Unidos era impulsar a su vecino del sur hacia el constitucionalismo y hacia una forma de democracia al estilo

americano. Wilson simpatizaba totalmente con las potencias Aliadas, encabezadas por Gran Bretaña, Francia y Rusia, que luchaban contra las Potencias Centrales, lideradas por Alemania y Austria-Hungría. Lo que le llevó a intervenir fue la guerra submarina de Alemania contra el transporte marítimo internacional entre Estados Unidos y los países aliados. En su declaración de guerra, Wilson prometía «reivindicar los principios de paz y justicia en la vida del mundo, en contraposición con el poder egoísta y autocrático», y hacer del mundo un lugar «seguro para la democracia».[1] La retórica de Wilson durante la breve guerra de Estados Unidos en Europa se centró en la necesidad de luchar contra el caos y la agitación, y salvaguardar la libertad, para las personas y para el comercio.

Wilson fue el primer político sureño elegido presidente desde antes de la guerra de Secesión, y sus puntos de vista sobre las razas y sobre la misión de Estados Unidos eran un reflejo de los del hombre blanco de su época. Para el presidente, una parte de la tarea mundial de Estados Unidos consistía en mejorar gradualmente la capacidad del resto del mundo de practicar la democracia y el capitalismo. Para esa misión, Wilson pensaba en términos de una clara jerarquía racial. Los estadounidenses blancos y los europeos occidentales ya estaban bien dotados para la tarea. En cambio, era necesario preparar a los pueblos del centro, del este y del sur de Europa. Los latinoamericanos, los asiáticos y los africanos debían ser ilustrados y educados mediante la orientación o el patronazgo, hasta que de verdad fueran capaces de asumir la responsabilidad de sus propios asuntos. Para Wilson, que básicamente era un progresista internacionalista, las facultades de tomar decisiones políticas racionales y decisiones económicas iban de la mano. Tan solo quienes llegaran a dominar las segundas podían dominar las primeras. El papel de Estados Unidos consistía en preparar al mundo para un futuro en que ese tipo de decisiones se tomaran universalmente, y en que se promoviera un equilibrio pacífico a través del comercio y de la libre interacción económica.

Mientras que Estados Unidos, por lo menos a ojos de la mayoría de sus ciudadanos, acabó cumpliendo la promesa del capitalismo y del mercado, a finales del siglo XIX Rusia, para muchos, ejemplificaba la negación de esos

valores. Aunque las empresas y la producción industrial crecieron durante el reinado del zar Nicolás II (1894-1917), tanto el Gobierno como gran parte de la oposición intentaban encontrar alternativas que no obligaran a Rusia a pasar por el atolladero de una transformación de mercado. A lo largo del siglo XIX, el Imperio ruso se expandió incesantemente desde Europa oriental hacia Asia central, hasta Manchuria y Corea. Al igual que muchos estadounidenses creían en una definición continental de su país, mucho antes de que existiera tal posibilidad, muchos rusos sentían que su destino consistía en forjar unos dominios de un mar a otro, desde el Báltico y el mar Negro hasta el mar Caspio y el Pacífico. Puede que los imperios como Gran Bretaña y Francia se hubieran expandido mediante su poderío marítimo, pero Rusia aspiraba a crear un imperio terrestre contiguo, colonizado por su propio pueblo, en un territorio que tenía casi el doble de tamaño que la zona contigua de Estados Unidos.

En el seno de aquella nueva Rusia, las viejas y las nuevas ideas pugnaban por la primacía. A veces confluían en combinaciones sorprendentes. Los consejeros del zar a menudo denigraban el mercado por considerarlo una contaminación de los valores en que se sustentaba la «rusidad» y el imperio: la jerarquía, la autenticidad, la empatía y la religión, así como el saber y la cultura, se estaban perdiendo en una búsqueda frenética de ventajas materiales. Incluso quienes no apoyaban al zar tenían la sensación de que se estaban perdiendo las formas naturales, directas y genuinas de la interacción personal, y que cabía la posibilidad de que fueran reemplazadas por estilos de vida poco genuinos y foráneos. Todo ello alimentó la resistencia anticapitalista en Rusia, tanto entre la derecha como entre la izquierda, durante los años previos a la Primera Guerra Mundial. Los pocos que creían en las ideas del capitalismo liberal a menudo se perdían en la refriega.

En medio de ese coro anticapitalista de Rusia, el Partido Socialdemócrata destacaba como uno de los movimientos que conectaba el imperio con las tendencias más amplias de Europa. Los orígenes del partido, fundado en 1898, estaban en el pensamiento marxista, lo que naturalmente lo relacionaba con amplios sectores del movimiento obrero en

Alemania, Francia e Italia. Ya antes del II Congreso del Partido, en 1903, la policía zarista había obligado a la mayoría de los dirigentes socialdemócratas a exiliarse en el extranjero. Así pues, el II Congreso se celebró en Londres, donde el partido se escindió en dos facciones, la «mayoritaria» (los bolcheviques, conforme a la palabra rusa) y la «minoritaria» (los mencheviques). La escisión fue por motivos tanto políticos como personales. Muchos militantes del partido no veían con buenos ojos el control que Lenin, para entonces jefe de los bolcheviques, pretendía ejercer sobre la organización del partido. La escisión contribuyó al caos imperante entre los opositores al zar. Lenin no era un hombre que transigiera con facilidad.

Ya desde mucho antes del Congreso de Londres, Lenin había alentado a sus seguidores con el sueño de una revolución rusa y de la conquista del poder del Estado. Vladímir Ilich Uliánov nació en 1870 en el seno de una familia burguesa progresista en una ciudad a ochocientos kilómetros al este de Moscú. El momento crucial de su juventud llegó en 1887. Su hermano mayor, Aleksandr, miembro de un grupo terrorista de izquierdas que planeaba asesinar al zar, fue detenido y ejecutado. Poco después Vladímir se afilió a una asociación de estudiantes radicales y se dedicó a leer con voracidad, no solo en ruso sino también en alemán, en francés y en inglés. En 1897 fue detenido y desterrado a Siberia, donde adoptó su seudónimo, Lenin, inspirado en el nombre del río Lena. Vivió tres años en una pequeña casa campesina, bajo vigilancia policial, y durante ese periodo se dedicó a leer, a escribir y a organizar. En su primera obra importante publicada, *¿Qué hacer?*, de 1902, Lenin cita una carta que le escribió en 1852 el socialista alemán Ferdinand Lassalle a Marx: «La lucha interna da al partido fuerzas y vitalidad; la prueba más grande de la debilidad de un partido es la amorfia y la ausencia de fronteras bien delimitadas; el partido se fortalece depurándose».[2] Una vez cumplida su pena de destierro, Lenin estaba listo para el combate.

La primera oportunidad para los revolucionarios rusos llegó de forma muy inesperada. En 1905, el Imperio ruso perdió su guerra contra Japón, y el shock de la derrota desencadenó una oleada de manifestaciones masivas contra el Gobierno en Moscú y San Petersburgo. En la capital, el socialista Lev Bronstein, que se hacía llamar Trotski, encabezaba un comité de trabajadores (soviet) que se enfrentó a las autoridades. Toda la oposición rusa exigía elecciones libres y la introducción de alguna forma de democracia parlamentaria. El zar cedió frente a algunas de las reivindicaciones, pero él y sus consejeros intentaron controlar el Gobierno y eludir su dependencia del nuevo Parlamento electivo, la Duma. Los bolcheviques participaron en los sucesos de 1905, pero Lenin no creía en las elecciones como vía al socialismo. En total, los bolcheviques y los mencheviques nunca obtuvieron más del 5 % de los diputados.

En torno al cambio de siglo gran parte del mundo vivía en un estado de tensión social y política creciente. Los nuevos conflictos estaban desgastando poco a poco la optimista visión europea de un futuro impregnado de racionalismo científico, de progreso gradual y de nuevas oportunidades. La crisis económica de 1893 había afectado de una forma especialmente grave a Estados Unidos, con un aumento del desempleo y una disminución de los ingresos de la clase trabajadora que iban a durar varios años. Al tiempo que se colonizaban nuevos territorios en África y Asia, en una búsqueda implacable de recursos, de mercados y de prestigio, aparecían los primeros movimientos anticoloniales organizados en India, Sudáfrica, el sudeste asiático y Oriente Medio. Pero, a pesar de esa disonancia, que dio lugar a un aumento de la lucha de clases y de la resistencia armada, el concepto de un mañana mejor se mantenía firme en Europa y en sus vástagos en otras partes del mundo. Hacía casi cien años que no había una guerra paneuropea, y la mayoría de la gente presuponía que el pensamiento racional, el compromiso con el bienestar de la población, y la interdependencia económica impedirían que se produjera una guerra de ese tipo en el futuro. Indudablemente, el nuevo siglo tendría que sufrir algún tipo de sobresalto, pero en conjunto, el camino hacia el progreso era lineal y permanente.

El año 1914 lo cambió todo. Al tiempo que enviaban a sus jóvenes a la guerra, las élites europeas emprendieron una forma de suicidio colectivo que iba a suponer la desaparición de muchas de ellas, y que arrebataría a las que sobrevivieron gran parte de sus riquezas y de su posición en el mundo. La Primera Guerra Mundial fue el comienzo de una guerra civil europea que duró treinta años, y que iba a dar lugar a revoluciones, a nuevos estados, a trastornos económicos y a la destrucción a una escala que nadie habría creído posible a principios de 1914. Más de quince millones de personas murieron durante la Primera Guerra Mundial, en su mayoría varones europeos en la flor de la vida. Más de veintiún millones resultaron heridas. En Francia, el PIB disminuyó en un 40 %, y en Alemania en más del doble que Francia. Los imperios austrohúngaro y otomano desaparecieron. Gran Bretaña decretó el racionamiento de alimentos por primera vez en su historia.

Sin embargo, aún peores que los efectos físicos de la guerra total fueron sus consecuencias psicológicas. Toda una generación de europeos aprendió que matar, destruir y odiar a los vecinos eran aspectos habituales y normales de la existencia, y que las certezas morales del siglo XIX no eran más que frases vacuas. Aprendieron a desconfiar del orden existente, que les había llevado a una guerra que no tuvo vencedores ni una causa noble. Tras la batalla del Somme, en 1916, un joven galés anotaba en su diario: «Lo que se desvanecía en la distancia era la vida y no la muerte, mientras yo iba entrando en un estado de no pensar, no sentir, no ver. [...] Por delante de mí pasaban unos hombres que portaban a otros hombres, algunos llorando, otros maldiciendo, otros callados. Todos ellos eran sombras, y no estaba mejor que ellos. Vivos o muertos, todos eran irreales. [...] El pasado y el futuro eran equidistantes e inalcanzables, y no tendían puentes de deseo a través del abismo que me separaba de lo que yo recordaba de mí mismo y de todo lo que esperaba aferrar».[3]

La generación de la Primera Guerra Mundial fue la que posteriormente dio forma a la Guerra Fría. Ahí estaban todos los elementos de la Gran Guerra: el miedo, la incertidumbre, la necesidad de algo en lo que creer y la aspiración a crear un mundo mejor. La desesperación que generó la guerra

total en Europa, y el temor a que se extendiera a gran parte del resto del mundo, estaba en la mente de todos los que la experimentaron, independientemente de dónde lo hicieran. El comandante Clement Attlee, que posteriormente fue primer ministro británico, combatió en Turquía y en Irak. El capitán Harry Truman participó en la importante ofensiva de Meuse-Argonne. El alférez Dwight D. Eisenhower instruía a los soldados que partían hacia el frente. Konrad Adenauer, que más tarde fue canciller de la República Federal de Alemania, fue alcalde de Colonia, la cuarta ciudad más grande de Alemania, duramente golpeada por la guerra. Iósif Stalin, que creó la Unión Soviética, censuraba la guerra desde su destierro revolucionario en Siberia. Hố Chí Minh, el revolucionario vietnamita de la Guerra Fría, asistió al empobrecimiento de Francia y creó el primer movimiento independentista de su país. Todo ello fue una consecuencia de los desastres de la Primera Guerra Mundial.

El desafío comunista al sistema capitalista mundial también comenzó con la Gran Guerra. La contienda dividió a los partidos socialdemócratas de todos los países en dos bandos, uno a favor y otro en contra de la guerra. Algunos socialdemócratas apoyaron el esfuerzo bélico por un sentido de obligación para con su país. Pero en Alemania, Francia, Italia y Rusia, una minoría de socialistas, incluidos los bolcheviques rusos, condenaban los combates por considerarlos un conflicto entre diferentes grupos de capitalistas. Karl Liebknecht, el único socialista que votó en contra de la guerra en el Parlamento alemán, argumentaba valientemente que «esta guerra, que no deseaba ninguno de los pueblos implicados, no se inició en beneficio del pueblo alemán ni de ningún otro. Se trata de una guerra imperialista, de una guerra por la dominación capitalista de los mercados mundiales y por la dominación política de importantes colonias, en interés del capital industrial y financiero».[4]

Los revolucionarios como Liebknecht y Lenin argüían que los soldados, los obreros y los campesinos tenían más cosas en común con sus hermanos del bando contrario que con sus oficiales superiores y con los capitalistas de la retaguardia. Era una guerra entre atracadores y ladrones que tenía que padecer la gente corriente. El propio capitalismo había generado la guerra, y

seguiría generando más guerras en caso de que no se aboliera. La respuesta, proclamaba la extrema izquierda, era una forma transnacional de revolución, en la que los soldados utilizaran sus armas contra sus propios oficiales y abrazaran a sus camaradas a través de las trincheras.

La Gran Guerra puso en movimiento el destino de las dos futuras superpotencias de la Guerra Fría. Hizo de Estados Unidos la encarnación mundial del capitalismo y de Rusia, una Unión Soviética, un permanente desafío para el mundo capitalista. Por consiguiente, el desenlace del conflicto prefiguró la Guerra Fría como sistema internacional, aunque todavía debían ocurrir muchas cosas hasta que viera la luz la plena bipolaridad de finales del siglo XX. No obstante, los comunistas radicales que surgieron de la Primera Guerra Mundial no fueron los únicos que desafiaron al capitalismo. Los fascistas italianos (Partito Nazionale Fascista) y los nazis alemanes (Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei) surgieron de aquella misma caldera de la Gran Guerra. Pero fue el nacimiento del poder comunista en el mayor imperio del mundo lo que marcó el rumbo del conflicto más largo del siglo XX, a través del Estado que creó y de las repercusiones que tuvo en otras partes del mundo.

La toma del poder por los bolcheviques se produjo porque el Imperio ruso, aliado de Francia y Gran Bretaña en la guerra, se debilitó por culpa de la contienda. A principios de 1917, la situación en el frente era funesta y no se vislumbraba la victoria. Para la población, la oposición progresista estaba desprestigiada debido a su apoyo a la guerra. Cuando la Revolución de Febrero de 1917 (marzo según el calendario gregoriano) derrocó la monarquía rusa, la influencia de los bolcheviques era escasa. Pero la coalición de progresistas y socialistas que llegó al poder tras la revolución no fue capaz de poner fin a la guerra ni de afrontar sus catastróficos efectos económicos. El eslogan de Lenin, «Tierra, pan, paz», así como su popularidad entre muchos otros socialistas por su oposición a la guerra, incrementó su influencia política. En noviembre de 1917, con un Gobierno provisional ulteriormente debilitado por las luchas internas, los bolcheviques lograron dar un golpe de Estado y tomaron el poder en Petrogrado (San Petersburgo) y Moscú.

La Revolución de Octubre, que era el término que utilizaron los bolcheviques para designar, conforme al antiguo calendario juliano, su golpe de Estado del mes de noviembre, puso en marcha una profunda transformación de Rusia. En 1918 los bolcheviques disolvieron la Asamblea Constituyente elegida democráticamente y crearon la República Socialista Federativa Soviética de Rusia. En la Guerra Civil que estalló poco después, entre el Ejército Rojo de los bolcheviques y un polifacético Ejército Blanco antibolchevique, murieron dos millones de personas. Poco a poco los bolcheviques, para gran sorpresa de todos, incluidos ellos mismos, lograron dar la vuelta a la situación militar en beneficio propio. En 1922, la República Soviética rusa se convirtió en el elemento central de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), una federación de dieciséis repúblicas desgajadas del antiguo imperio, todas ellas gobernadas por los bolcheviques. Los seguidores de Lenin, que para entonces se denominaban comunistas, ganaron la guerra porque contaban con el apoyo genuino de la población, que en su mayoría no quería volver al viejo y desacreditado Estado imperial. Los progresistas y los socialistas, que habían aportado muchos de los líderes en la lucha contra el golpe de Estado de Lenin, tuvieron que recurrir a los oficiales zaristas para que les apoyaran militarmente, y eso les costó perder gran parte de su prestigio a ojos de la población.

La llegada al poder de los bolcheviques horrorizó a las élites de los países que habían sido aliados de Rusia en la Primera Guerra Mundial. Para ellas, los bolcheviques eran una pesadilla dentro de un mal sueño: Lenin no solo puso fin a la guerra de Rusia contra Alemania sino que proclamó que la aspiración suprema de su Estado era la revolución en *todos* los países europeos, preferiblemente por la fuerza, como había ocurrido en Petrogrado. Al principio los aliados intervinieron en la Guerra Civil rusa para ayudar a los no bolcheviques que querían seguir combatiendo contra Alemania y Austria-Hungría. Pero muy pronto la ofensiva se dirigió contra el propio régimen bolchevique. Las fuerzas extranjeras permanecieron en el país después del final de la guerra europea, en 1918. Sus protegidos rusos eran poco fiables en lo militar y débiles en lo político, y en última instancia

las intervenciones obtuvieron escasos resultados. Pero sí lograron convencer a los nuevos reclutas de la causa bolchevique de que el mundo capitalista no vacilaría a la hora de utilizar las armas contra ellos cuando surgiera una oportunidad. A partir de entonces, el régimen de Lenin podía autodefinirse con todo merecimiento como el defensor de Rusia contra los extranjeros.

Al final de la guerra quedó claro que Estados Unidos era la principal potencia económica y política del mundo. Era el único país que tenía superávit de crédito y de suministros industriales. Además, la guerra concluyó con Estados Unidos como la principal autoridad moral del mundo en materia de política. En sus «Catorce Puntos», donde se exponían las pretensiones de Estados Unidos en la guerra y los términos de la paz, el presidente Wilson había proclamado que Estados Unidos luchaba por un mundo justo, no solo para conseguir ventajas como nación. Estados Unidos, en su calidad de Estado construido sobre las ideas y los principios, se alzaba por encima de los meros estados-nación. Consideraba que todas las naciones competentes tenían derecho al autogobierno y a participar en una nueva organización mundial, la Sociedad de Naciones. Cuando Estados Unidos intervino contra los bolcheviques en Rusia, en 1918, alegó que lo hacía porque iba a «prestar la ayuda que fuera aceptable para los rusos en la organización de su propia autodefensa».[5] En realidad, las élites estadounidenses estaban tan horrorizadas por el hecho de que Lenin gobernara en Rusia como los europeos. Raramente se veía, ya fuera en la prensa o en el Congreso, una referencia a los comunistas que no incluyera términos como «asesinos» o «salvajes». Wilson, que por su parte era más desapasionado, consideraba que el proyecto soviético era una forma que competía con su propia variante del internacionalismo.

En la década de 1920, al tiempo que la URSS renunciaba a una revolución inmediata en Europa, Estados Unidos también renunciaba muy pronto al sueño de Wilson de reorganizar Europa a través de la Sociedad de Naciones. Pero el aislacionismo durante las décadas de 1920 y 1930 que a

menudo se le reprocha a Estados Unidos nunca fue una realidad. En aquellos años viajaban al extranjero, a Europa y otras partes del mundo, más estadounidenses que nunca. El intercambio cultural, y de bienes y servicios, entre Estados Unidos y el resto del mundo, aumentó drásticamente. En Europa, Asia y Latinoamérica, los productos de consumo estadounidenses causaban furor: coches, lavadoras, aspiradoras, radios y películas contribuyeron más a transformar las familias y las sociedades que la mayoría de los proyectos políticos. Incluso en una época dominada por los elevados aranceles y las restricciones a la importación, el comercio y la inversión estadounidenses aumentaron drásticamente. A partir de la década de 1920, el centro financiero del mundo se trasladó de Gran Bretaña a Estados Unidos, de Londres a Wall Street.

En ningún otro lugar resultaba más llamativa esa mayor influencia de Estados Unidos que en Europa. Durante siglos, las élites europeas habían sido el árbitro de los gustos y las aspiraciones del mundo entero. En Rusia, en Estados Unidos y en el mundo colonizado, imperaba el ideal del *gentleman* inglés o del docto *philosophe* francés. Pero durante los años de entreguerras, Estados Unidos provocó unos cambios en Europa de una envergadura que nadie habría sido capaz de prever antes de la Primera Guerra Mundial. La forma de hacer negocios de los estadounidenses sustituyó a las viejas tradiciones europeas: en asuntos cruciales, como el estilo de la gestión o los métodos contables, y también –aunque de forma más gradual– los principios de inversión. En las fábricas, la cadena de montaje, incorporada por primera vez por Henry Ford en Detroit, objetivaba la producción y vinculaba al hombre con la máquina. El fordismo, que conllevaba la sincronización, la precisión y la especialización en la producción, también se extendió a otras esferas de la existencia, y el enfoque tecnológico de la organización fue asumido no solo por los progresistas de Europa occidental, sino también por los fascistas, los nazis y los comunistas soviéticos.[6] Pero la americanización de Europa iba más allá de la cadena de montaje en la producción avanzada. También estaban cambiando gradualmente las actitudes y los ideales. La idea de tener un empleo con un horario y un sueldo fijos era desconocida para la mayoría de

los europeos en el cambio de siglo. Incluso para quienes trabajaban en la industria, seguían vigentes unas normas más antiguas y paternalistas, igual que las reglas establecidas por los gremios o las asociaciones locales. Los aristócratas nunca tenían empleo, por supuesto, pero tampoco los campesinos ni los jornaleros a los que explotaban. Sin embargo, la americanización de la era posterior a 1918 culminó el giro hacia una economía de mercado con unas características inconfundiblemente estadounidenses.

El rápido cambio que provocaron la guerra y sus repercusiones dio lugar a un extraordinario clima de temor entre mucha gente, en Europa y en otras partes del mundo. El más destructivo de dichos temores se centraba en la humillación individual o nacional, y en la indigencia. Se decía que los radicales, los judíos, los capitalistas, los comunistas o los estados vecinos estaban decididos a explotar a todos aquellos que ya habían sufrido y se habían sacrificado en la Gran Guerra o a raíz de sus secuelas. En Europa, el temor dio lugar al ascenso de movimientos nacionalistas autoritarios, como el fascismo y el nazismo. Pero también creó nuevas modalidades de pensamiento antirrevolucionario que se centraban en la amenaza que suponían el comunismo y la Revolución rusa para la religión, para la libertad individual y para el progreso social a través de la autosuperación. En Estados Unidos, el «temor rojo» de 1919-1920 dio lugar a detenciones y deportaciones de los sospechosos de radicalismo, a restricciones a la libertad de expresión, y a la ayuda del Estado a los patronos para acabar con las huelgas y las protestas de los trabajadores. En 1920, el alcalde de Seattle, Ole Hanson, era la encarnación del temor rojo:

> Con el sindicalismo –y su hijo más reciente, el bolchevismo– prosperan los asesinatos, las violaciones, los saqueos, los incendios provocados, el amor libre, la pobreza, las privaciones, el hambre, la suciedad, la esclavitud, la autocracia, la represión, la tristeza y el Infierno sobre la tierra. Es un Gobierno de clase de los incompetentes, los ineptos y los que carecen de formación; de la escoria, de los desechos, de los crueles y de los fracasados. La libertad desaparece, emigra, se deroga el sufragio universal, cesa el progreso, se destruye la masculinidad y la feminidad, se olvidan la decencia y el trato justo, y una minoría militante, que solo destaca por su

> engreimiento, se reencarna en forma de Dictadura del Proletariado, una tiranía más grande de la que nunca ha existido bajo un zar, un emperador o un potentado.[7]

En Estados Unidos y en Gran Bretaña, el liberalismo se escindió bajo la presión de la guerra y de los desafíos radicales. De una forma parecida a lo que más tarde ocurrió tras la Segunda Guerra Mundial, muchos progresistas unieron sus fuerzas con los conservadores, en una oleada de activismo antirrevolucionario. Winston Churchill, que en 1920 todavía era un diputado liberal, decía: «En todas las ciudades hay pequeñas bandas de hombre y mujeres ávidos, que vigilan con ojos hambrientos cualquier oportunidad de dar un vuelco general, con la esperanza de sacar provecho de la confusión, y esos bellacos se financian con dinero bolchevique. [...] Se esfuerzan incesantemente en propagar las doctrinas del comunismo, en predicar la revolución violenta, en enardecer el descontento, en infectarnos con su enfermedad».[8] Tan solo quedaron unos pocos liberales escépticos. Pese a criticar los métodos que utilizaban los bolcheviques, el filósofo Bertrand Russell estaba convencido de que «el heroísmo de Rusia ha avivado las esperanzas de los hombres».[9] A juicio de Russell, durante los primeros años de la Revolución rusa lo que explicaba su atractivo era la posibilidad de un mundo mejor.

En los años de entreguerras, mucha gente se sintió gravemente traicionada. En vez de una vida mejor, las élites de sus respectivos países les habían traído la guerra. En vez de un aumento de las oportunidades, les trajeron desempleo y más explotación. En las colonias, muchos líderes locales concluían que la guerra y las consiguientes crisis económicas venían a demostrar que a los europeos solo les importaban ellos mismos, no el progreso de los pueblos de ultramar que gobernaban. El comunismo soviético parecía una alternativa viable a la guerra, a la indigencia y a la opresión. La nueva organización comunista internacional (la Tercera Internacional, o Comintern), creada por Lenin en 1919, incluía a los partidos comunistas recién formados en muchos países, construidos conforme al modelo soviético. La Internacional definía a los partidos comunistas nacionales simplemente como filiales del Comintern, bajo un

liderazgo soviético fuerte y centralizado. Hố Chí Minh, el activista anticolonial vietnamita, que posteriormente sería el líder de Vietnam del Norte, afirmaba: «Al principio el patriotismo, y aún no el comunismo, fue lo que me llevó a confiar en Lenin, en la Tercera Internacional. Paso a paso, a lo largo de la lucha, a base de estudiar el marxismo-leninismo en paralelo con la participación en actividades prácticas, poco a poco me convencí de que tan solo el socialismo y el comunismo pueden liberar de la esclavitud a las naciones oprimidas y al pueblo trabajador de todo el mundo».[10] La voz de la revolución comunista, escribía el poeta noruego Rudolf Nilsen, hacía por doquier un llamamiento a los «corazones ardientes»:

> Sí, dadme lo mejor de vosotros, y yo os lo daré todo.
> Nadie puede saber, hasta que la victoria sea mía, cuántos de nosotros caerán.
> Puede que eso signifique que salvaremos la tierra.
> Mi llamamiento va dirigido a los mejores.[11]

El llamamiento de la Tercera Internacional se escuchó a lo largo y ancho de un mundo que estaba cansado de la guerra y de la opresión colonial. La mayoría de partidos comunistas empezaron siendo pequeños y formaron alianzas con otros movimientos más amplios. Por ejemplo, el Partido Comunista de China (PCCh), fundado en 1921, colaboró con el Kuomintang, el Partido Popular Nacional, un grupo nacionalista mucho mayor, fundado en 1919 por el médico y revolucionario Sun Yat-sen. En Irán, donde en 1920 se había establecido una república soviética abocada al fracaso en el norte del país, el Partido Comunista se vio obligado a pasar a la clandestinidad, y a partir de ahí sus miembros se concentraron en fundar sindicatos y organizaciones urbanas. En Sudáfrica, su Partido Comunista, también fundado en 1921, hacía un llamamiento a «todos los trabajadores sudafricanos, organizados y no organizados, blancos y negros, a que se sumen a la tarea de derrocar el sistema capitalista y de promover la ilegalización de la clase capitalista, y el establecimiento de una Mancomunidad de Trabajadores en todo el mundo».[12] Posteriormente desarrolló su tarea en el seno del Congreso Nacional Africano (ANC) y

aportó muchos de los líderes de la lucha contra el *apartheid*. La Tercera Internacional creó un vínculo entre todos esos partidos y, poco a poco, los convirtió en instrumentos de la política exterior soviética. Pero la Internacional Comunista tenía una influencia que iba más allá de los partidos comunistas en sí. Por ejemplo, el primer movimiento antiimperialista mundial, la Liga Contra el Imperialismo, fundada en Bruselas en 1927, estaba financiada y organizada sobre todo por la Tercera Internacional.

Mientras los soñadores anhelaban una revolución comunista que iba a salvar al mundo, Lenin y sus sucesores empezaron a construir el socialismo en su nuevo Estado. Pero los planes se torcieron casi de inmediato. No solo se derrumbó la economía, a medida que las personas adineradas y cultas huían del régimen comunista y eran sustituidas por personas políticamente fieles y sin formación, sino que la Guerra Civil, la guerra contra la intervención extranjera, y las sangrientas campañas del poder soviético para invadir territorios que habían formado parte del Imperio ruso y que se habían declarado independientes le salieron muy caras al régimen. En 1920 a este no le quedó más remedio que confiscar alimentos a los campesinos para llevarlos a los trabajadores de las ciudades. La decisión de Lenin, el año siguiente, de probar con los incentivos de mercado para que la economía volviera a ponerse en marcha, con la denominada Nueva Política Económica (NEP), nunca fue más que una estratagema táctica, y fue abolida en cuanto produjo resultados inmediatos. Los comunistas tocaron fondo con una costosa guerra, mal planteada, contra Polonia, en la que la URSS perdió a manos del nuevo Estado polaco muchos territorios que antiguamente formaban parte del Imperio ruso. La victoria polaca puso freno a los ataques soviéticos contra las repúblicas del Báltico, Lituania, Letonia y Estonia, que a partir de entonces consolidaron su independencia.

Pero para los dirigentes soviéticos, el fracaso de la revolución en otros países de Europa era peor que la pérdida de territorios para el Estado soviético. Una de las ideas centrales que había detrás de la toma del poder por Lenin en 1917 era que a su revolución pronto le seguirían muchas más en otras regiones social y tecnológicamente más avanzadas de Europa.

Juntas, debían formar una Unión Soviética a escala continental, impulsada hacia una etapa superior de la modernidad por el saber europeo y los recursos de Rusia, incluida su disciplina revolucionaria. Pero la revolución no iba a triunfar en ningún otro país. En Berlín, una sublevación de los socialistas de izquierdas fue aplastada en enero de 1919, y sus líderes –entre ellos Karl Liebknecht– fueron asesinados. La República Soviética bávara duró tan solo veintisiete días, para acabar derrotada en mayo de 1919 por lo que quedaba del Ejército alemán en las calles de Múnich. En Hungría, el centro de la parte oriental del antiguo Imperio austrohúngaro, los comunistas fueron los que más tiempo resistieron. Pero en agosto de 1919 la República Soviética húngara quedó reducida a cenizas a raíz de la invasión del Ejército rumano con el apoyo de Francia y Gran Bretaña. La URSS, centrada en su propia Guerra Civil, no pudo hacer nada para evitarlo. A principios de la década de 1920 ya estaba claro que después de la Revolución rusa no iba a haber ninguna otra, por lo menos en un futuro inmediato. Pero la profunda hostilidad de las potencias vencedoras hacia la Unión Soviética iba a permanecer. Las perspectivas de los nuevos dirigentes de Moscú parecían funestas.

Aun así, poco a poco los comunistas lograron estabilizar el Gobierno soviético, aunque de una forma distinta de la que habían pensado en un principio. Tras la muerte de Lenin, en 1924, la organización del partido estaba presidida por Iósif Dzhugashvili, un comunista georgiano que se hacía llamar Stalin, el «hombre de hierro». Stalin, nacido en 1878 en una pequeña ciudad rural de Georgia, tenía un escaso nivel de estudios. A partir de los veintiún años trabajó para Lenin y su partido, y se especializó en los trabajos más peligrosos, como los atracos a los bancos y los asesinatos esporádicos. En 1922 Stalin fue elegido secretario general del Partido Comunista, lo que equivalía a jefe de la administración central del partido. Seis años después había derrotado a todos sus rivales políticos, para convertirse en el señor indiscutible del partido y del Estado soviético. Al hacerlo, Stalin y sus seguidores probablemente habían salvado el Gobierno al que representaban. ¿Cómo lo lograron? Pudieron aprovechar los abundantes recursos naturales y humanos del antiguo imperio. Disponían de

la capacidad organizativa del Partido Comunista para emplear dichos recursos. Utilizaron el poder centralizado y la planificación económica y social para conseguir mayor eficiencia. Por último, emplearon el terror contra sus enemigos, reales o imaginarios. El objetivo de Stalin era una sociedad totalitaria, donde todo el mundo obedecía a una única voluntad y a una serie de aspiraciones en la búsqueda de la construcción socialista. Y aunque Stalin nunca consiguió construir del todo tal sociedad, el Estado que tenía a Stalin como líder se antojaba como una impresionante maquinaria, tanto a sus amigos como a sus enemigos.

El coste humano de la construcción del Estado por Stalin fue inmenso. Lenin había marcado una pauta de sangre al ejecutar a aproximadamente 100.000 personas sin ningún tipo de proceso judicial.[13] La mayoría de ellas fueron asesinadas simplemente por ser «enemigos de clase» o por haber trabajado para el antiguo régimen. Además, Lenin había instituido una dictadura de partido único y la intolerancia ante cualquier oposición. Pero Stalin, el hombre al que sus más estrechos colaboradores llamaban *Vozhd*, el Jefe, llevó aquellos principios homicidas y antidemocráticos hasta extremos genocidas. Las campañas contra Trotski y los que le habían apoyado en las luchas intestinas del partido tras la muerte de Lenin marcaron la pauta a finales de la década de 1920. Después vino la terrible campaña contra los *kuláks*, los campesinos ricos, a fin de «exterminarlos como clase», y con ello facilitar el traspaso de todas las tierras a manos públicas. En la década de 1930, millones de ciudadanos soviéticos inocentes fueron detenidos, encarcelados, deportados o fusilados. Resulta difícil estimar las cifras totales. Por lo menos diez millones de soviéticos murieron a manos del régimen de Stalin desde finales de los años veinte hasta su muerte en 1953. Veintitrés millones fueron encarcelados o deportados. Por añadidura, por lo menos tres millones de personas murieron a raíz de la hambruna de Ucrania, que el régimen contribuyó en gran medida a provocar y no hizo nada por evitar. Las masacres y las ejecuciones de polacos, de karelios, de habitantes de las repúblicas del Báltico o del Cáucaso resultan imposibles de estimar en cifras, pero se han calificado con toda justicia de genocidios. En tiempos de Stalin, el régimen soviético fue feroz con su propio pueblo y

con otros pueblos por igual, de una forma que no contribuía en nada al crecimiento económico que registró.

¿Cómo podía el sistema soviético, basado en el terror y el sometimiento, resultar atractivo a tanta gente de todo el mundo? La Gran Depresión brindó la oportunidad. De no haber sido por la pésima andadura del capitalismo, el comunismo nunca habría conseguido la adhesión de un gran número de personas entregadas e inteligentes de todo el mundo. A ojos de muchos, el capitalismo ya había provocado guerras y esclavización colonial. Tras el crac de las Bolsas en 1929, también generó pobreza, incluso en las economías industriales más avanzadas. A los soviéticos tampoco les iba demasiado bien, por lo menos no hasta después de mediados de los años veinte, aunque el régimen consiguió sobrevivir. Pero en la década de 1930 daba la impresión de que el capitalismo estaba decidido a autodestruirse. Durante los tres años posteriores al crac, el PIB mundial disminuyó aproximadamente un 15 %, y a partir de ahí se estancó. En conjunto, el capitalismo tuvo una pésima andadura durante la primera mitad del siglo XX. Resultaba muy fácil enardecer a la opinión pública mundial en su contra, y a favor de los ideales de justicia social y de defensa de las comunidades locales, incluso cuando quienes planteaban esos valores eran una banda de matones y asesinos.

La Unión Soviética no fue la única alternativa colectivista al capitalismo liberal durante los años de entreguerras. En Italia, los fascistas, liderados por Benito Mussolini, afirmaban que su combinación de nacionalismo y socialismo era el camino a seguir. En 1923, en Múnich, tan solo cuatro años después de la derrota de la República Soviética bávara, un joven extremista alemán, Adolf Hitler, intentó tomar el poder en nombre de su partido, el Partido Nazi. En un principio Hitler fracasó, pero su partido reforzó su nacionalismo extremo, su anticapitalismo y su antisemitismo hasta plantear una alternativa tanto a la progresista República de Weimar como a sus contendientes comunistas. En las elecciones de 1928, los nazis aún obtenían menos del 3 % de los votos. Después de que la crisis económica mundial golpeara a Alemania, con un desempleo del 40 % y una espiral inflacionista desbocada, en 1930 los nazis consiguieron el 18 % de

los votos, y dos años después, el 37 %, lo que les convertía en el mayor partido del país, con diferencia. Hitler se hizo cargo del gobierno en 1933 e hizo de Alemania un Estado de partido único, igual que la Unión Soviética e Italia. Numerosos países de Europa oriental, de Asia y de América Latina también dieron el paso a dictaduras de partido único. A mediados de los años treinta, daba la impresión de que no solo el capitalismo, sino también el pluralismo político habían muerto o estaban agonizando por doquier, salvo en Gran Bretaña y sus dominios, y en Estados Unidos.

Los nuevos estados de partido único suponían una alternativa colectivista a los ideales capitalistas. Aunque compartían el mismo desdén por la libertad individual y por las prácticas democráticas, por la burguesía y por los partidos socialdemócratas de masas, también se veían mutuamente como sus peores enemigos, dado que cada uno de ellos aspiraba a erradicar de su territorio cualquier ideología rival, y porque, para la mayoría de ellos, su nacionalismo se había construido en contraposición con los nacionalismos de sus vecinos. La excepción a esto último era la Unión Soviética, que en tiempos de Stalin construyó una forma muy peculiar de identidad nacional, donde se idealizaba al Estado soviético como la «patria» natural de los obreros de todo el mundo, al tiempo que se nutría de los símbolos del pasado de Rusia para ganar apoyo dentro del país. El comunismo era radicalmente distinto de las ideologías fascista y nazi en este aspecto: a pesar de que claramente Stalin concedía prioridad al Estado soviético, la ideología comunista era internacionalista, no nacionalista. El comunismo era autoritario y despiadado, al tiempo que apelaba a la solidaridad mundial y a la justicia social. A menudo, los comunistas europeos y de otras partes del mundo fueron los opositores más valientes y altruistas a las dictaduras fascistas en sus propios países, al tiempo que se negaban a hacer oír su voz contra la opresión en la URSS de Stalin.

A medida que el nazismo y el fascismo se hacían más fuertes, los comunistas de Stalin impedían que las organizaciones de clase trabajadora se unieran para hacerles frente. Entre 1928 y 1935, la Tercera Internacional calificó a los socialistas y a los socialdemócratas de «fascistas sociales», y le decían a los trabajadores de todo el mundo que en realidad no había

ninguna diferencia entre Adolf Hitler y los demócratas alemanes, como el progresista Gustav Stresemann o el socialdemócrata Hermann Müller. Por irracional que fuera ese punto de vista, la mayoría de los comunistas estaban dispuestos a seguirlo. Algunos jóvenes socialdemócratas alemanes, como Herbert Frahm (que durante la Guerra Fría llegó a ser canciller de la República Federal de Alemania bajo el nombre de Willy Brandt), condenaban los ataques de los comunistas a los demás partidos de izquierdas y les recriminaban que estuvieran colaborando indirectamente con el ascenso de Hitler. El Partido Comunista alemán, que en 1932 ya tenía 300.000 afiliados y cien diputados en el Reichstag, se atuvo a las ideas de Stalin, resumidas por la Tercera Internacional: «El fascismo es una organización militante de la burguesía que se beneficia del apoyo activo de la socialdemocracia. Objetivamente, la socialdemocracia es el ala moderada del fascismo».[14]

A mediados de los años treinta, conforme aumentaban las tensiones internacionales, Stalin consolidó su control del Partido Comunista y del Estado soviético. Ya estaba firmemente al mando, pero en su desconfiado fuero interno se convenció a sí mismo y a otros que desde dentro de la URSS se estaban tramando conspiraciones a gran escala para socavar el poder de los comunistas. Stalin arremetió contra todos los que pudieran parecer una amenaza contra él. Por supuesto, los arrestos, las deportaciones y las ejecuciones de los que se percibían como enemigos de clase no eran nada nuevo en la Unión Soviética. Pero lo que vino en llamarse la Gran Purga de finales de los años treinta también iba dirigida contra miembros del Partido Comunista. A partir de 1937 nadie estaba a salvo. Cerca de un millón de personas fueron ejecutadas por delitos que en su mayor parte eran una invención del régimen. Y durante aquella década esa cifra de muertos se multiplicó muchas veces debido a la inanición deliberada, al exceso de trabajo en los campos penitenciarios, o por la incuria y los malos tratos durante las deportaciones a gran escala. Entre los arrestados figuraban casi todos los dirigentes originales del Partido Bolchevique. Era como si el reinado de Stalin no pudiera estar a salvo a menos que se eliminara a todos los que habían sido testigos de su ascenso. Nikolái Bujarin, que había sido

uno de los colegas favoritos de Lenin, fue detenido y ejecutado en 1938. Después de ser torturado y obedeciendo, cabe suponer, a un concepto perverso de la lealtad al partido que había contribuido a fundar, Bujarin accedió a firmar una confesión que en parte había sido redactada por el propio Stalin: «Soy culpable de traición a la patria socialista, el crimen más abyecto de todos los crímenes posibles; de organizar las sublevaciones de los *kuláks*, de preparar actos terroristas y de pertenecer a una organización antisoviética clandestina. [...] La extrema gravedad del delito es evidente; la responsabilidad política, inmensa; la responsabilidad jurídica, de tal magnitud que justifica la sentencia más severa. La sentencia más severa estaría justificada, porque un hombre que comete tales crímenes merece ser fusilado diez veces».[15]

Los juicios de Moscú no contribuyeron demasiado a mermar la fe de los comunistas en otras partes del mundo. La mayoría creía lo que decía Stalin: que había salvado a la URSS de los ataques de sus enemigos. En la Guerra Civil española se juntaron muchos comunistas de todo el mundo para ayudar a combatir a las fuerzas del general Francisco Franco. Con la ayuda de Hitler y Mussolini, Franco estaba intentando derrocar al Gobierno constitucional de España y establecer una dictadura fascista. No fueron solo los comunistas los que ofrecieron su ayuda al Gobierno español; también se sumaron los anarquistas, los sindicalistas y los socialdemócratas. Pero las potencias democráticas se negaron a involucrarse en el conflicto, y muy pronto las fuerzas de Franco iniciaban su marcha hacia Madrid. En la primavera de 1939 aplastaron la última resistencia. Pero antes de que eso ocurriera, los comunistas llegaron a una ruptura total con los demás internacionalistas en España. Cumpliendo las órdenes de Stalin, los asesores soviéticos dedicaban el mismo tiempo a organizar a los comunistas para que lucharan contra los socialdemócratas, los anarquistas y los (sospechosos de ser) trotskistas que a combatir contra Franco. La experiencia de la derrota en la guerra contra Franco les enseñó a los comunistas y a los socialdemócratas muchas cosas sobre lo que les separaba. Pero también demostró a ambos que Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos difícilmente iban a plantar cara a Hitler, salvo en las circunstancias más extremas.

La segunda mitad de la década de 1930 ha sido denominada con razón la era del apaciguamiento. Gran Bretaña había perdido su papel de líder, y su élite no era partidaria de oponerse al aumento del poder de Hitler. Francia era débil en lo militar y estaba dividida en lo político. Estados Unidos no tenía ninguna gana de involucrarse en otra guerra en Europa. Hitler engulló primero Austria (en 1938), y después la parte occidental de Checoslovaquia (a principios de 1939). Los británicos, los franceses y los estadounidenses no hicieron nada para impedírselo. Los dirigentes de dichos países confiaban que las exigencias territoriales de Hitler hubieran quedado satisfechas, y algunos de ellos confiaban en que a continuación estallara una guerra entre Alemania y la Unión Soviética. A muchos conservadores británicos no les desagradaba la perspectiva de que las dos dictaduras se despedazaran mutuamente. Muy pocos escuchaban a los políticos como Churchill, que, a pesar de su anticomunismo visceral, se había dado cuenta de que lo único que podía poner coto a la expansión de Hitler era la cooperación entre Francia, Gran Bretaña y la Unión Soviética. Los intentos a la desesperada de Stalin para negociar un acuerdo de seguridad colectiva con las potencias occidentales no dieron resultado.

En los años treinta, en Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos se prestaba más atención al bienestar social que a la guerra. Los dirigentes de los tres países eran conscientes de que si no se paliaban los desastrosos efectos sociales de la Gran Depresión, sus sistemas políticos se verían amenazados desde dentro, por el mismo tipo de fuerzas que habían tomado el poder en Rusia, en Alemania, en Italia y en España. En Gran Bretaña, el Gobierno puso en marcha las prestaciones por desempleo, inició un programa de obras públicas, y duplicó el gasto total en bienestar social. Francia fue aún más allá, con medidas de seguro obligatorio y la regulación de los horarios de trabajo por el Estado. La nueva administración de Franklin Delano Roosevelt en Estados Unidos rompió con las políticas de sus predecesores, y puso en marcha lo que vino en llamarse un *New Deal*, un nuevo acuerdo. El presidente lo calificó de «un formidable ajuste de nuestra vida nacional». Conllevaba el empleo de unos métodos de planificación y unas normativas sin precedentes por parte del Estado, a fin

de proporcionar alivio a la población y estabilizar la economía. En sus métodos, Roosevelt se inspiraba en las grandes campañas de Estados Unidos en el pasado: el movimiento progresista a favor del bienestar social de principios de siglo y la movilización de toda la sociedad estadounidense para luchar en la Primera Guerra Mundial. El *New Deal* fue una campaña de una gran intensidad política, concebida para volver a poner en marcha la economía por el procedimiento de que la gente volviera a trabajar. La intención de Roosevelt no era abolir el capitalismo, sino utilizar el Estado para fortalecerlo, y así ganarle la partida y dejar en minoría a sus críticos, tanto de izquierdas como de derechas.

Las políticas de Roosevelt dividieron a Estados Unidos. La mayoría de la gente le apoyaba, y él ganó cuatro elecciones presidenciales seguidas. Pero una ruidosa minoría aborrecía las políticas del presidente, y las consideraba socialistas y autoritarias. Su política exterior era igualmente polémica. Nada más ser elegido presidente, en 1933, Roosevelt había establecido relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. En aquel momento (y después) tanto los enemigos como los amigos del presidente dieron una gran importancia a aquella medida, pero en realidad Roosevelt hizo prácticamente lo mismo que habían hecho mucho tiempo atrás Gran Bretaña, Francia, e incluso Alemania e Italia: reconocer el régimen soviético como una realidad que no iba a desaparecer así como así. A finales de los años treinta, Roosevelt era consciente de que la Alemania nazi era la mayor amenaza para la paz internacional, pero tuvo que esforzarse mucho para conseguir que la opinión pública de Estados Unidos aceptara que la agresividad de Alemania también podría suponer una amenaza para Estados Unidos. Una abrumadora mayoría de estadounidenses, el 95 % en 1936, pensaba que Estados Unidos debía mantenerse al margen de cualquier guerra en Europa.[16] El recuerdo de la intervención estadounidense en la Primera Guerra Mundial, que mucha gente consideraba una cruzada fallida, suponía un gran lastre para la política exterior de Roosevelt.

Stalin era consciente de que por lo menos una parte de los dirigentes occidentales estaban gustosamente dispuestos a sacrificar a la URSS en aras de la agresividad de Alemania, y por ello tomó la medida que acabaría

desencadenando la Segunda Guerra Mundial. En agosto de 1939 firmó un tratado de no agresión con su enemigo más temido, Adolf Hitler. El pacto no solo consistía en no atacarse mutuamente. También estipulaba el reparto de amplias zonas de Europa oriental entre los dos dictadores: Polonia occidental era para Hitler, mientras que el pacto autorizaba a Stalin a invadir Polonia oriental, Finlandia, los estados del Báltico y Rumanía. Aunque en aquellos momentos no se conocían del todo los detalles del inverosímil pacto, el acuerdo entre los dos archienemigos provocó reacciones de incredulidad y de ira en todo el mundo. «Signifique lo que signifique el acuerdo –decía el editorial del *New York Times*–, no es la paz; tan solo contribuye a agravar la crisis.»[17] Hitler atacó Polonia el 1 de septiembre. Dos días después, en virtud de su acuerdo de defensa con Polonia, Gran Bretaña y Francia declaraban la guerra a Alemania. El 17 de septiembre, los soviéticos invadían Polonia desde el este.

Al principio, la nueva guerra europea avanzaba tan despacio que algunos la llamaban la «Guerra de Broma». Ambos bandos eran conscientes de los enormes sacrificios que habían exigido las ofensivas de la Primera Guerra Mundial. Stalin se empecinaba en sacar tajada de su pacto con Hitler, aunque había multitud de advertencias de que los nazis estaban preparando un ataque contra la Unión Soviética. El *Vozhd* le decía a sus seguidores que la nueva guerra era «entre dos grupos de países capitalistas –(los pobres y los ricos en colonias, en materias primas, etcétera)– para un nuevo reparto del mundo. [...] A nosotros no nos parece mal que libren una buena y dura batalla y se debiliten mutuamente. [...] La próxima vez animaremos al bando contrario».[18] En la primavera de 1940, ocho meses después de estallar, la Guerra de Broma tocó a su fin y empezó la de verdad, cuando las fuerzas alemanas ocuparon los Países Bajos y Bélgica, se abrieron paso a través de las líneas del Ejército francés y atacaron Dinamarca y Noruega. Francia capituló el 18 de junio. Durante un año angustioso, Gran Bretaña se quedó sola frente a una Alemania nazi que dominaba el continente. Para los británicos, igual que para la mayoría de la población de la Europa ocupada por Alemania, los soviéticos parecían estar del lado alemán.

El pacto entre Moscú y Berlín fue la primera vez que se sometía seriamente a prueba la fe de los comunistas de todo el mundo. La mayoría se atenía a la versión soviética: que la Segunda Guerra Mundial, al igual que la Primera Guerra Mundial, era una guerra entre atracadores y ladrones capitalistas, con la que los comunistas no tenían nada que ver. El innovador cantautor folk Woody Guthrie, que a la sazón era un simpatizante comunista y trabajaba en California, fue despedido de su primer empleo en la radio por negarse a condenar a Stalin.[19] Pero para los comunistas franceses, holandeses, checos o noruegos, que veían cómo sus sociedades eran las más castigadas por la ocupación nazi, resultaba difícil mantener viva la ficción. En la costa de Noruega, algunos comunistas unieron sus fuerzas con otros militantes de izquierdas para luchar contra la presencia alemana. «Nuestro país tiene que volver a ser libre –declaraban en julio de 1940–. Luchad contra las fuerzas de la oscuridad, que quieren destruir nuestra independencia nacional, encadenar como un esclavo a nuestro pueblo, y abolir los derechos que hemos conquistado tras una dura lucha.»[20] Pero los dirigentes de los partidos comunistas no aceptaban ese tipo de conductas. El comunista búlgaro Gueorgui Dimitrov, presidente del Comintern, comunicó al Partido Comunista francés que «esta no es una guerra de la democracia contra el fascismo; es una guerra imperialista y reaccionaria tanto por parte de Francia como de Alemania. En esta guerra, la postura de la defensa nacional no es la correcta para los comunistas franceses».[21] Stalin llegó al extremo de enviar a los comunistas alemanes que habían salido huyendo de la opresión de Hitler de vuelta a las cárceles alemanas, porque quería darle a Hitler una muestra de su buena fe.[22]

Sin embargo, Hitler no había titubeado en ningún momento sobre su plan a largo plazo para atacar y destruir la Unión Soviética. Pero tenía que encontrar el momento adecuado para incumplir su tratado con Moscú. Durante el verano de 1941, tras ocupar la mayor parte de Europa, con Gran Bretaña aislada, y sin el menor atisbo de una participación directa de Estados Unidos en la guerra, Hitler consideró que había llegado el momento. El 22 de junio de 1941, 117 divisiones alemanas penetraron en territorio soviético, y la Fuerza Aérea nazi devastó los aeródromos

soviéticos. Stalin estaba tan estupefacto que durante horas se negó a creer que se encontraba ante una ofensiva total de Alemania.[23] El 29 de junio Stalin mascullaba ante sus camaradas más íntimos: «Lenin fundó un gran Estado, y nosotros lo hemos echado a perder».[24] El ataque alemán prosiguió. En noviembre de 1941 las tropas de Hitler ya habían conquistado Bielorrusia, los estados del Báltico y Ucrania occidental. Sitiaron Leningrado (anteriormente llamada San Petersburgo, o Petrogrado) y llegaron a estar a menos de diez kilómetros de Moscú.

Los años transcurridos desde 1914 habían puesto muchas cosas patas arriba. La Primera Guerra Mundial había devastado Europa, dando lugar a una serie de desafíos por parte de los movimientos anticapitalistas radicales que querían transformar el mundo en un sentido colectivista. En los países coloniales se gestaba la resistencia. Estados Unidos se había convertido en el país más poderoso del planeta, pero, salvo en sentido económico, no estaba seguro de su papel en el mundo. La Guerra Fría ideológica, la del comunismo contra el capitalismo, se había intensificado, pero aún no había creado un sistema internacional de estados enfrentados. En 1941 daba la impresión de que la Alemania nazi, empujada por una agresiva ideología nacionalista, era la que se había beneficiado más de ese estado de las cosas. Pero aunque los alemanes habían conseguido la mayoría de sus objetivos europeos, no habían logrado dejar fuera de combate a Gran Bretaña ni a la URSS en la guerra. Los dos países que aún permanecían en pie, aunque diametralmente opuestos en su orientación ideológica, sellaron una alianza de conveniencia que acabaría derrotando a sus enemigos en la contienda y redibujando el mapa del mundo.

2

Las pruebas de la guerra

La Segunda Guerra Mundial, que duró seis años, sentó las bases de medio siglo de Guerra Fría. Durante la mayor parte de la guerra, los soviéticos, los británicos y los estadounidenses fueron aliados. Pero la derrota de sus enemigos comunes –Alemania, Italia y Japón– conllevó que el conflicto entre el comunismo, encabezado por la Unión Soviética, y sus adversarios, encabezados por Estados Unidos, pasara a ser el nuevo centro de atención de la política mundial. La espectacular pérdida de estatus e influencia de los dos principales imperios coloniales europeos, primero el francés y después el británico, dio lugar a que Estados Unidos pasara a ser, con gran diferencia, el país más poderoso del mundo. El desenlace de la Segunda Guerra Mundial garantizaba la hegemonía mundial de Estados Unidos, mientras que la Unión Soviética y los partidos comunistas que había alentado parecían ser el único reto importante que quedaba.

Aunque es importante comprender el papel de la Segunda Guerra Mundial a la hora de crear el sistema internacional de la Guerra Fría, es igual de importante no reducir la gran contienda a un simple preludio de lo que estaba por llegar. Desde el punto de vista estadounidense, la Segunda Guerra Mundial tuvo que ver sobre todo con derrotar el expansionismo alemán y japonés en Europa y en Asia. Pero, a pesar de todo, la pregunta que a menudo se plantea –¿por qué después hubo una Guerra Fría cuando Estados Unidos y la URSS fueron capaces de ser aliados en la Segunda Guerra Mundial?– es una pregunta errónea. Los dos países fueron aliados por accidente en una guerra mundial que provocaron sus enemigos comunes. En junio de 1941 Alemania había atacado a la URSS, y en

diciembre Japón atacó a Estados Unidos. La Gran Alianza entre la URSS, Estados Unidos y Gran Bretaña no supuso un largo periodo de colaboración en aras de unos objetivos comunes, como ocurre con la mayoría de las alianzas satisfactorias. Fue una serie de matrimonios de emergencia provocados por una necesidad real, en un momento en que cada uno de los socios tuvo que buscar ayuda para hacer frente a una amenaza inminente.

Winston Churchill, primer ministro británico desde 1940, dio voz a ese dilema cuando se dirigió por radio al país tras el ataque nazi a la Unión Soviética (la Operación Barbarroja), el 22 de junio de 1941. Churchill no mencionó en ningún momento a los soviéticos ni a Stalin por su nombre, pero proclamó una alianza de hecho con Moscú:

> El régimen nazi es imposible de distinguir de los peores rasgos del comunismo [...] y nadie ha sido un adversario más sistemático del comunismo que yo durante los últimos veinticinco años. No voy a retractarme de nada de lo que he dicho sobre el comunismo. Pero todo eso se desvanece ante el espectáculo que se está desarrollando en estos momentos. El pasado, con sus crímenes, sus locuras y sus tragedias, desaparece en un instante. Veo a los soldados rusos en pie en los umbrales de su tierra natal. [...] Por consiguiente, tenemos que prestar toda la ayuda que podamos a Rusia y al pueblo ruso. [...] La invasión de Rusia [por Hitler] no es más que el preludio de un intento de invasión de las islas Británicas.[1]

Stalin sabía que su régimen tenía mucha suerte al recibir ayuda extranjera. En el momento que Stalin anticipaba una sublevación contra su dictadura a lo largo y ancho de la Unión Soviética tras el ataque por sorpresa de Alemania, también esperaba que Gran Bretaña y Estados Unidos se concentraran en su propia defensa y abandonaran a Rusia a su destino. El punto de vista de Stalin no era de extrañar. No era solo que su pacto con Hitler hubiera contribuido a desencadenar la Segunda Guerra Mundial, sino que además –amparados por ese pacto– sus ejércitos habían invadido Polonia oriental, habían ocupado los estados del Báltico y habían atacado a Finlandia. Aún estaban frescos los recuerdos del punto álgido del terror soviético en los años treinta, igual que los informes de los servicios de inteligencia sobre los suministros de combustible y petróleo soviéticos a Alemania en 1939 y 1940. En 1941 había abundantes motivos para que no

solo los conservadores, sino también los progresistas y los socialdemócratas, consideraran a Hitler y a Stalin dos ladrones en el mismo mercado, dos dictadores que lideraban regímenes crueles, que eran los enemigos mortales no solo del capitalismo de libre mercado sino también de las organizaciones obreras independientes y de la democracia representativa.

Pero los dirigentes extranjeros eran conscientes de que la única posibilidad de que Gran Bretaña sobreviviera a la guerra, al margen de la entrada de Estados Unidos en el conflicto, era que los soviéticos resistieran durante el mayor tiempo posible el avance de las fuerzas alemanas. Y para que eso ocurriera, la URSS tenía que recibir apoyo y ayuda de Gran Bretaña y de Estados Unidos. Como le comentó Churchill en tono de broma a su secretario particular el día de la invasión: «Si Hitler invadiera el Infierno, yo haría por lo menos una alusión favorable al Diablo en la Cámara de los Comunes».[2] Se da el caso de que Churchill y Roosevelt dijeron muchas más cosas positivas sobre Stalin y el régimen soviético en una fase posterior de la guerra de lo que nadie podía esperar en el verano de 1941. Pero en ese año crucial, lo único que importaba era la capacidad del Ejército Rojo de seguir combatiendo. Sin embargo, los dirigentes militares británicos tenían muy poca fe en las capacidades militares soviéticas. El jefe de Estado Mayor británico le dijo al primer ministro que «supongo que caerán prisioneros en hordas».[3] Y al principio así fue. En el invierno de 1941-1942, la Wehrmacht, las Fuerzas Armadas unificadas de Alemania, habían hecho prisioneros a 3,5 millones de soviéticos. Por detrás de las líneas alemanas, muchos civiles colaboraban voluntariamente, sobre todo en los estados del Báltico y en Ucrania, donde una parte importante de la población veía la ocupación alemana como una liberación del dominio soviético. Las atrocidades contra los judíos eran habituales. Hitler equiparaba el bolchevismo con el dominio de los judíos, y calificaba su guerra contra Stalin de «cruzada para salvar Europa» de la amenaza judeobolchevique. Fuerzas rumanas, húngaras, croatas, eslovacas, finlandesas y españolas se sumaron a las alemanas durante los primeros meses de la ofensiva.

Además, el ataque alemán contra la Unión Soviética aproximó aún más a Gran Bretaña y Estados Unidos. Roosevelt consideraba (acertadamente, teniendo en cuenta sus anteriores actuaciones) a su nuevo colega británico un político patriotero y un bufón, que no iba a ser un socio cómodo para ningún país extranjero. Pero Roosevelt también se dio cuenta, muy pronto, de que Churchill estaba decidido a luchar hasta el final contra la Alemania nazi. No cabía la rendición. Mientras tanto, el propio Roosevelt, cada vez más preocupado por los ataques contra sus políticas antinazis dentro de Estados Unidos, que él interpretaba, de un modo profundamente parcial, como una continuación de la ofensiva de sus adversarios políticos contra el *New Deal*, estaba ansioso por clavar su estandarte en el mástil del navío británico. Al dedicar la política exterior de su administración a la supervivencia de Gran Bretaña por cualquier medio, salvo una intervención militar directa, Roosevelt podía arremeter contra sus enemigos políticos nacionales por antipatriotas, o por cosas peores. Los acuerdos de Préstamo y Arriendo con Londres, elevados a rango de ley el 11 de marzo de 1941, ponían a disposición del esfuerzo bélico del Reino Unido las capacidades de producción industrial casi ilimitadas de Estados Unidos. Era la guerra por todos los medios posibles salvo el envío de soldados estadounidenses a Europa. Entre 1941 y 1945, Estados Unidos entregó al Reino Unido equipos por valor de 31.000 millones de dólares (equivalentes a casi 500.000 millones en dólares de 2016): barcos, aviones, petróleo y alimentos. Cuando Alemania atacó a la Unión Soviética, Roosevelt extendió el programa de Préstamo y Arriendo a la URSS. «En estos momentos –le decían Churchill y Roosevelt a Stalin en un telegrama conjunto–, estamos cooperando para proporcionarles la máxima cantidad de suministros que necesitan con más urgencia. Ya han zarpado de nuestras costas muchos cargamentos, y en un futuro inmediato saldrán muchos más.»[4]

En septiembre de 1941, al cabo de tres meses de guerra en el Frente Oriental, la mayoría de los observadores seguía vaticinando el hundimiento de la Unión Soviética, ya fuera a través de un fracaso militar o de una sublevación interna, igual que en 1917. Dos meses después ya no estaban tan seguros. La defensa de Moscú y Leningrado, organizada por Stalin y sus

generales, fue tenaz. Las líneas de abastecimiento del Ejército alemán estaban desbordadas, y sus bajas iban en aumento. Las políticas raciales alemanas dificultaban el reclutamiento entre la población local. La obsesión homicida de Hitler por el exterminio de los judíos y los comunistas en las enormes zonas ocupadas era un impedimento para el avance militar de Alemania. Y estaba llegando el invierno, con temperaturas que alcanzaban los 40 ºC bajo cero. Los soldados alemanes no se habían preparado para combatir en esas condiciones. Hitler les había dicho que la ofensiva concluiría muy pronto, como había ocurrido con Francia.

Una vez que los alemanes no lograron derrotar a los soviéticos en otoño de 1941, la situación internacional cambió radicalmente. La posibilidad de una invasión repentina de Gran Bretaña se hizo mucho más remota. En la Europa ocupada, la gente empezaba a pensar que al fin y al cabo era posible derrotar a Alemania. Los aliados y amigos de Alemania en Europa –Italia, Hungría, Rumanía y España– estaban desanimados, y algunos de sus dirigentes empezaban a preguntarse cómo hacer las paces con los británicos o los soviéticos.

Pero quien sufrió las mayores consecuencias del impasse en el Frente Oriental fue Japón. Tokio, que ya no creía que la Unión Soviética fuera a derrumbarse, ni tampoco que fuera una presa fácil para las fuerzas japonesas, reorientó su agresiva estrategia hacia el sur y el este. Su guerra particular contra China se prolongaba desde hacía cuatro años. Entonces los dirigentes japoneses decidieron asestar un golpe devastador a los intereses europeos en Asia y asegurarse el acceso a las cruciales materias primas del sudeste asiático.

En diciembre de 1941, el ataque japonés contra Pearl Harbor, la principal base naval estadounidense de Hawái, y contra las colonias europeas en Asia, provocó la entrada de las Fuerzas Armadas estadounidenses en la guerra en Oriente, y muy pronto también en Europa. A pesar de que los máximos estrategas de la Armada de Estados Unidos se habían mostrado sumamente preocupados por el incremento de las fuerzas navales japonesas en el Pacífico, nadie había pronosticado un ataque directo contra las instalaciones estadounidenses. Lo que ocurrió a continuación fue

aún más chocante. Al cabo de seis meses, Japón había asumido el control de todo el sudeste asiático y estaba a las puertas de los dominios directos de Gran Bretaña en India. A raíz de las victorias de sus aliados japoneses, Alemania declaró precipitadamente la guerra a Estados Unidos. Las potencias del Eje, como se denominaba a Alemania y a sus socios, ya controlaban casi toda Europa y gran parte de Asia. Pero por culpa de su insensata ansia de poder, también habían logrado aunar contra ellas a la coalición de fuerzas más poderosa que se había visto en el mundo.

El inventario que hizo Estados Unidos de sus nuevos aliados soviéticos fue importante para lo que ocurrió a continuación. Gran Bretaña era un factor conocido en Estados Unidos. Aunque muchos estadounidenses tenían aversión a los británicos por su sistema de clases, por su colonialismo y por su forma esnob de mirar por encima del hombro a sus «advenedizos» antiguos súbditos coloniales en Norteamérica, les unían una lengua y unas tradiciones culturales y políticas comunes. La Unión Soviética era muy distinta. Tras su entrada en la guerra, muchos estadounidenses esperaban que la causa común contribuyera a que los soviéticos se volvieran más «demócratas» y que la Unión Soviética empezara a parecerse más a Estados Unidos. La propaganda del Gobierno estadounidense presentaba la imagen de unos heroicos rusos que combatían contra un enemigo diabólico. Para un sector de la izquierda, tanto en Estados Unidos como en otros lugares del mundo, la entrada de la Unión Soviética y a continuación de Estados Unidos en la guerra, por involuntarias que parecieran ambas, suponía un enorme alivio, y mantenían vivas las esperanzas en un futuro en que los dos países pudieran colaborar, tanto para derrotar a Hitler como para construir un mundo mejor. Woody Guthrie, que, como ya se ha comentado antes, había perdido su primer empleo en la radio por negarse a condenar a Stalin por el Pacto Germano-Soviético de No Agresión, ahora podía cantar: «¡Vais a perder, fascistas, vais a perder! Voy a participar en esta batalla. Y llevaré mi arma de la Unión. Acabaremos con este mundo de esclavitud».[5]

Puede que los fascistas estuvieran abocados a perder. Pero los tres recientes aliados se aproximaban con cautela. A juicio de Stalin, no había una diferencia sustancial entre Gran Bretaña y Estados Unidos, por un lado,

y Hitler y los japoneses por otro. Cualquier alianza con sus enemigos ideológicos debía ser temporal y precaria, pensaba Stalin, y solo iba a durar hasta que los otros dos aliados necesitaran a la Unión Soviética para sus propios fines. Incluso con Estados Unidos en la guerra, Stalin esperaba que en algún momento sus aliados capitalistas buscaran firmar la paz por separado con la Alemania nazi, dejando en la estacada a su patria comunista.[6] A medida que el Ejército Rojo de Stalin iba obligando a retroceder poco a poco a las divisiones alemanas, con un enorme coste en vidas y en material, el dirigente soviético exigía constantemente que sus aliados abrieran un segundo frente contra Alemania en el noroeste de Europa. Para Stalin, el hecho de que eso no se produjera hasta junio de 1944, después de que cayeran en combate nueve millones de soldados soviéticos, era la prueba de la perfidia y de la hostilidad de Gran Bretaña y Estados Unidos.

No obstante, aunque Stalin desconfiaba de sus aliados y los menospreciaba, la Unión Soviética dependía cada vez más de su apoyo para sobrevivir. En total, entre junio de 1941 y septiembre de 1945 llegaron a la URSS bienes y armamento por valor de 11.300 millones de dólares (180.000 millones en dólares de 2016). Unos 5.000 marineros murieron en el transporte marítimo de ayuda con destino a los puertos soviéticos. Una parte de aquel material resultaba crucial para el esfuerzo bélico soviético. Las locomotoras y los vagones ayudaban a transportar a las tropas. Los camiones Dodge se convirtieron en el puntal de la logística soviética en sus grandes batallas de blindados, tanto contra Alemania como más tarde contra Japón. Los víveres en conserva que se producían en Ohio y en Nebraska contribuían a que millones de soviéticos no pasaran hambre. Stalin pensaba, no infundadamente, que los soviéticos pagaban aquellos suministros con la sangre derramada en los campos de batalla. Pero también sabía que los suministros estadounidenses eran tan importantes para la capacidad de combate del Ejército Rojo que en ningún caso podía poner en peligro la continuidad de su abastecimiento. Por consiguiente, Stalin tenía un motivo muy concreto para seguir colaborando con sus aliados mientras durara la

guerra y, a ser posible, durante el largo periodo que haría falta para reconstruir la Unión Soviética una vez acabada la contienda.

Las principales negociaciones políticas entre los aliados durante la guerra tuvieron lugar en distintas reuniones en la cumbre. En las conferencias de Teherán en noviembre de 1943, en Yalta en febrero de 1945, y en Potsdam en julio de 1945, participaron los dirigentes de las tres principales potencias Aliadas. Pero además hubo numerosas reuniones bilaterales: Churchill viajó en tres ocasiones para entrevistarse con Roosevelt antes de la primera visita del primer ministro británico a Moscú en agosto de 1942. La entrevista de Churchill con Stalin resultó crucial. Si el máximo dirigente del comunismo mundial y el anticomunista recalcitrante fueron capaces de llegar a algunos acuerdos prácticos, probablemente la alianza entre los tres atípicos socios aguantaría por lo menos hasta el final de la guerra contra Alemania. El resultado positivo de la primera reunión en Moscú vino a demostrar la medida en que Gran Bretaña y la URSS, ambas golpeadas por el poderío alemán, dependían de algún tipo de cooperación para sobrevivir. Pero durante sus conversaciones, Stalin no desperdició la mínima oportunidad de recriminar a su aliado por la ausencia de una ofensiva terrestre británica (y estadounidense) contra Alemania. Según las actas británicas de una reunión en agosto de 1942 en el Kremlin, «Stalin sugirió que se requerían mayores sacrificios. En el frente ruso se sacrificaban 10.000 hombres cada día. [...] Los rusos no se quejaban de los sacrificios que estaban realizando, pero decían que era preciso reconocer su magnitud».[7]

En la cumbre de Teherán de noviembre de 1943 se estableció una pauta que debía durar hasta el final de la guerra. El papel de los soviéticos había pasado de las súplicas a las exigencias. En enero de 1943, el Ejército Rojo había desbaratado la ofensiva alemana en Stalingrado. A partir del verano de 1943, las fuerzas soviéticas pasaron al ataque a lo largo de varios frentes amplios hacia Europa oriental. No se había abierto el segundo frente en Francia, tantas veces prometido, aunque las fuerzas Aliadas habían desembarcado en Italia en septiembre. En el frente asiático, Japón seguía a la ofensiva en China, mientras que las fuerzas estadounidenses poco a poco

obligaban a retroceder al Ejército imperial de Japón a lo largo y ancho del Pacífico. Y lo más importante, a finales de 1943 Estados Unidos ya estaba plenamente movilizado para la guerra, tanto en Asia como en Europa. Durante el año siguiente, Estados Unidos fabricó 300.000 aviones militares y 529 grandes buques de guerra. La producción de Alemania fue de 133.000 y veinte; la de Japón, de 70.000 y noventa. Durante los primeros tres meses de 1943 Estados Unidos produjo tanto tonelaje total de transporte marítimo como Japón durante siete años de guerra. La Unión Soviética estaba a la ofensiva en Europa, pero el país en sí se encontraba devastado. Estados Unidos estaba incólume, y su PIB casi se había duplicado desde 1939.

En las conversaciones de Teherán, Stalin intentó marcar la agenda porque sabía que ahora los estadounidenses querían algo de él. Un ataque soviético contra Japón podría salvar cientos de miles de vidas de soldados estadounidenses en el Pacífico, por no hablar de las batallas que tendrían lugar tras una invasión de las islas de Japón. Además, Roosevelt tenía la atención puesta en una organización mundial de posguerra –lo que posteriormente fue Naciones Unidas– en la que quería que participaran los soviéticos. Teniendo en cuenta la creciente debilidad de la posición económica y política de Gran Bretaña, muchos de los principales puntos de la conferencia se pactaron entre Stalin y Roosevelt sin la participación directa de Churchill. El 1 de diciembre de 1943, por la tarde, Stalin acudió a ver a Roosevelt a las dependencias del presidente estadounidense en la embajada soviética en Teherán, a la que se había trasladado Roosevelt por motivos de seguridad. En su conversación, el presidente estadounidense accedió a desplazar las fronteras de Polonia trescientos kilómetros al oeste, a expensas de Alemania, y a mantener las fronteras orientales de Polonia que habían acordado Stalin y Hitler en 1939. Roosevelt también accedió a la anexión de los estados del Báltico a la Unión Soviética. Tan solo le pidió a Stalin que mantuviera en secreto el acuerdo, para que no afectara negativamente a sus posibilidades de ser reelegido en 1944. Roosevelt estaba convencido de que de todas formas poco se podía hacer por aquellos países; al final de la guerra, el Ejército Rojo iba a controlar sus territorios, a menos que Gran Bretaña y Estados Unidos estuvieran dispuestos a luchar

contra los soviéticos por esa parte de Europa (y no lo estaban).[8] Roosevelt obtuvo el compromiso de Stalin para entrar en guerra con Japón tras la derrota de Alemania.[9]

Cuando se celebró la cumbre de Yalta en febrero de 1945, la situación militar había cambiado aún más a favor de los soviéticos. Budapest cayó en manos del Ejército Rojo durante la reunión. La vanguardia de las fuerzas soviéticas acabó a menos de 120 kilómetros de Berlín mientras se desarrollaba la conferencia. Aun así, Yalta no fue una victoria sin paliativos para los intereses soviéticos. Roosevelt, físicamente debilitado por su enfermedad, consiguió que Stalin ratificara su firme compromiso de entrar en guerra en Asia oriental como muy tarde al cabo de tres meses después de la derrota de Alemania. También consiguió que la URSS ingresara en la nueva organización mundial que había propuesto, Naciones Unidas. Por su parte, Churchill logró que se creara una zona de ocupación francesa en la Alemania de la posguerra, aunque los soviéticos y los estadounidenses se habían opuesto a ello antes de la conferencia. Los británicos lo deseaban porque aspiraban al restablecimiento de la posición de Francia como gran potencia, a fin de reforzarse contra el control soviético en Europa después de la guerra una vez se retiraran las fuerzas estadounidenses. Stalin consiguió muy pocas cosas que no hubiera logrado previamente por la fuerza militar. Los aliados acordaron reforzar un Gobierno polaco de mayoría comunista, que ya estaba en vigor en Varsovia tras la ocupación por el Ejército Rojo, y no el Gobierno polaco en el exilio con sede en Londres. Los soviéticos iban a recibir una compensación por sus esfuerzos en Asia mediante la restitución de algunos de sus derechos prerrevolucionarios en el nordeste de China (Manchuria). A los chinos no les habían preguntado su opinión al respecto.

Una importante concesión soviética, por lo menos a juicio de Roosevelt y Churchill, fue su consentimiento a la redacción conjunta de una Declaración de la Europa Liberada. Pero la declaración era extensa en sus principios y parca en sus detalles. Prometía a los pueblos de Europa el derecho a «crear instituciones democráticas de su elección» y a «elegir la forma de Gobierno bajo la que deseen vivir», incluyendo «el

establecimiento, lo antes posible, a través de elecciones libres, de un Gobierno receptivo a la voluntad del pueblo». La declaración también hablaba del «restablecimiento de los derechos soberanos y del autogobierno de los pueblos que han sido privados de ellos por la fuerza».[10] Los dirigentes estadounidenses y británicos esperaban que los soviéticos por lo menos cumplieran con las formalidades de la «democracia» y las «elecciones» en las zonas de Europa ocupadas por el Ejército Rojo. Era algo más que una cortina de humo. Los dirigentes de Londres y Washington necesitaban aquellas concesiones, tanto para la opinión pública de sus respectivos países como a modo de gesto de confianza entre los aliados. Pero no creían en la posibilidad de modificar los hechos sobre el terreno en Europa oriental. «Eso es lo máximo que puedo hacer por Polonia en este momento», les dijo Roosevelt a sus asesores en Yalta.[11] Churchill iba más allá. Como les dijo a los miembros de su Gobierno a su regreso de Crimea: «Estoy seguro de que Stalin tiene buenas intenciones para con el mundo y con Polonia», y de que iba a conceder al «pueblo polaco un Gobierno libre y de base más amplia con vistas a la celebración de unas elecciones».[12]

Incluso los políticos más curtidos en combate pueden ceder a la tentación de los buenos deseos en un momento en que toca a su fin una larga guerra. Roosevelt y Churchill querían la paz después de la guerra, y esperaban que Stalin les ayudara a conseguir esa paz. Pero su exageración de los méritos de los acuerdos de Yalta en sus respectivos países incrementaba el riesgo de un conflicto, en vez de reducirlo. Stalin no tenía la mínima intención de permitir unas elecciones al estilo occidental en Polonia. Después de ocupar la parte oriental del país en 1940, su policía secreta había ejecutado a 22.000 oficiales, policías, funcionarios, terratenientes, industriales, juristas y sacerdotes polacos, y los había enterrado en fosas comunes, como las de Katyn. Los soviéticos sabían que cualquier tipo de elecciones en Polonia darían como resultado una abrumadora mayoría en contra de ellos y del Gobierno que habían creado. Pero el problema no era solo la relación de la URSS con Polonia. El Stalin que firmó la declaración sobre la democracia y los derechos nacionales en Europa era el mismo hombre que había puesto en marcha una nueva

constitución democrática para la URSS en 1936, el año en que su régimen ejecutó por lo menos a 300.000 ciudadanos soviéticos. Era el mismo hombre que supuestamente había escrito un libro teórico sobre el marxismo y la «cuestión nacional», lleno de frases altisonantes, al tiempo que enviaba a naciones enteras al destierro o a una muerte segura. La cuestión no era tanto que no se podía confiar en Stalin. La cuestión era que el régimen soviético no habría podido plantear unas elecciones democráticas en Europa oriental aunque quisiera. No era de ese tipo de regímenes.

Stalin aprendió rápidamente cómo librar una guerra a gran escala, aunque dejaba la mayor parte de la planificación concreta en manos de sus generales. Debido a la ferocidad del ataque alemán, el líder soviético estaba convencido (por primera y única vez) de que los oficiales rusos eran fieles (por necesidad) a él y al régimen soviético, y por consiguiente puso en marcha una masiva campaña de propaganda nacionalista rusa, a fin de que las cosas siguieran igual, por lo menos hasta el final de la guerra. En la autopromoción comunista, se sustituyó la palabra «revolución» por el término «nación»; no en vano, los rusos siguen denominando la Segunda Guerra Mundial con el término «Gran Guerra Patriótica». Es difícil saber si los puntos de vista del propio Stalin variaron mucho. Lo que es seguro es que su megalomanía fue en aumento. La Unión Soviética se convirtió, más que nunca, en un instrumento de su poder personal. También está claro que Stalin estaba encantado con el reconocimiento personal que le había granjeado su alianza. Ser tratado de igual a igual por un aristócrata británico y por el presidente del país más poderoso del mundo le resultaba muy grato a un antiguo atracador de bancos de la Georgia rural. Pero la interacción de Stalin con sus aliados en tiempos de guerra no modificó sus puntos de vista sobre el mundo, que seguían siendo crudamente marxistas. A su juicio, quienes se beneficiaban del capitalismo siempre iban a oponerse al experimento soviético y a intentar ponerle fin. Por consiguiente, en el futuro siempre iba a haber conflictos, incluso guerras, entre los soviéticos y sus adversarios. No obstante, por el momento lo único que importaba era la supervivencia del poder soviético en la URSS y, en caso de que fuera militarmente posible, su extensión a Europa central. Stalin pensaba que las

revoluciones comunistas en Europa podían esperar hasta que los pueblos europeos estuvieran preparados. En 1945, en Moscú se consideraba que el Ejército Rojo podía fomentar ese tipo de revoluciones, pero no podía garantizarlas.

Stalin esperaba que su alianza con Estados Unidos y Gran Bretaña se prolongara varios años tras el fin de la guerra. En 1945, su país era un desastre. La destrucción física era colosal, igual que la pérdida de vidas humanas. Stalin sabía que la Unión Soviética necesitaba paz si quería recuperarse. Si el pueblo se veía obligado a vivir en la miseria incluso después del final de la guerra, las consecuencias para su partido podían ser muy negativas. Pero Stalin nunca estuvo del todo seguro de lo que significaba realmente la paz, o de si sus adversarios, y los adversarios internacionales del comunismo, estaban dispuestos a concederle una tregua. En la Unión Soviética no había oposición a su dictadura, y a Stalin le costaba mucho imaginar que pudiera surgir algún tipo de oposición de los nuevos territorios conquistados por su Ejército Rojo. Tal vez esos países aún no estaban maduros para el comunismo, pensaba Stalin, pero podían ser encauzados hacia él por su autoridad y por el ejemplo del Estado soviético. Los británicos y los estadounidenses iban a extender su versión del capitalismo hasta el corazón de Europa. Y Stalin iba a intentar, por lo menos con el paso del tiempo, hacer lo mismo con su sistema. Se trataba de un imperativo ideológico y al mismo tiempo estratégico. «Esta guerra –les decía Stalin a sus admiradores comunistas yugoslavos en abril de 1945–, no es como en el pasado; quienquiera que ocupe un territorio también le impone su propio sistema social. Todo el mundo impone su propio sistema mientras se lo permita su Ejército. No puede ser de otra forma.»[13]

Para los rusos de a pie, la Gran Guerra Patriótica significaba que Stalin y el Partido Comunista se habían convertido en símbolos de la defensa del país. Puede que en los años treinta Stalin simbolizara la modernización, la justicia social y la fusión de las distintas partes de la Unión Soviética para formar un nuevo tipo de Estado, pero él y sus secuaces seguían siendo unos intrusos. Uno de ellos, con el que hablé años más tarde, me dijo que todos ellos tenían la sensación de que habían secuestrado un país y se habían

salido con la suya. En un poema de 1933, Ósip Mandelstam había calificado al *Vozhd* como «el paleto de montaña del Kremlin». Es posible que el verso «las enormes y risueñas cucarachas de su labio superior» fuera lo que le costó la vida al poeta. Pero mucha gente compartía su sensación de ultraje por el hecho de que un régimen «extranjero», encabezado por un georgiano, impusiera su autoridad a los rusos.[14] La ferocidad del ataque alemán, la política de exterminio de Hitler en las zonas ocupadas y, acaso lo más importante, la capacidad del régimen soviético de luchar contra los invasores extranjeros, había alterado bastante esa sensación. Es posible que en 1945 la gente percibiera que la dictadura de Stalin representaba a la nación rusa por el simple hecho de haber combatido, y en última instancia derrotado, al invasor alemán. Incluso la Iglesia ortodoxa rusa –una institución respecto a la cual el planteamiento original de los bolcheviques en 1917 había sido incendiar sus iglesias, a ser posible con los fieles dentro– bendijo el régimen soviético en 1945. «El pueblo ruso ha asumido esta guerra como una guerra santa –decía uno de los mandatarios eclesiásticos– una guerra por su fe y por su país. [...] El patriotismo y el cristianismo ortodoxo son una misma cosa.»[15]

El orgullo de los rusos por la victoria sobre la Alemania nazi también se reflejaba en la forma en que mucha otra gente veía a los soviéticos. En muchas partes de Europa se consideraba al Ejército Rojo como el verdadero libertador del dominio nazi sobre el continente. En el norte de Noruega, donde las tropas soviéticas entraron en 1945, los pescadores y sus familias salían de sus escondites con pancartas de elogio a Stalin y al Ejército Rojo. En Checoslovaquia, que había sufrido seis largos años de ocupación alemana, la gente abrazaba a su paso a los soldados soviéticos. En Europa oriental, muchos veían al Ejército Rojo como un ejército eslavo que les había liberado de la opresión racial de Alemania. Pero incluso fuera de sus zonas de ocupación, Stalin y los soviéticos eran aclamados como los libertadores del continente. En Francia, muchos de los que en los años treinta habían condenado el comunismo, ahora lo veían bajo una luz más positiva debido a la magnitud del sacrificio soviético en la guerra contra Hitler. El apoyo a los partidos comunistas en Europa occidental nunca había

sido tan grande. La mayoría de los nuevos comunistas eran jóvenes que habían alcanzado la mayoría de edad durante la guerra. A sus ojos, el comunismo y el ejemplo soviético tenían que ver, ante todo, con unas reformas muy necesarias en sus respectivos países. Querían pleno empleo y servicios sociales. Las mujeres que se habían incorporado a la población activa durante la guerra no querían verse obligadas a volver a la domesticidad patriarcal. Mucha gente admiraba genuinamente a los comunistas por el papel que desempeñaron en la resistencia contra la ocupación alemana, incluso quienes lamentaban no haber sido capaces de empuñar las armas. Ahora el nazismo y el fascismo estaban fuera de combate, y Europa podía renovarse. A pesar del sangriento pasado de los soviéticos, el comunismo tenía preparado un modelo para la transformación de Europa.

La sensación de la necesidad de un cambio también era muy visible fuera de Europa en el momento que la Segunda Guerra Mundial tocaba a su fin. Si la Primera Guerra Mundial había sonado como la sentencia de muerte para el dominio de Europa sobre el resto del mundo, la Segunda Guerra Mundial hacía de su abolición una necesidad, incluso para los propios europeos. En Europa, los jóvenes que habían sobrevivido a la guerra estaban mucho más preocupados por el bienestar social en sus propios países que por lo que ocurría en sus colonias. Y lo más importante, un gran número de ellos ya no creía que sus propios ingresos y estatus dependieran del mantenimiento del control colonial en ultramar. Al mismo tiempo, la resistencia anticolonial iba en aumento, sobre todo en Asia. En 1942 Gran Bretaña, muy castigada por la guerra contra Alemania y por los ataques de los japoneses en Oriente, le había ofrecido a India el autogobierno en cuanto terminara la guerra. Pero el líder independentista Mohandas Gandhi, conocido como el Mahatma (Gran Alma), se negaba a ceder en su reivindicación de independencia inmediata. En 1942 puso en marcha el movimiento Quit India (Márchense de India), que pretendía aprovecharse de la debilidad de los británicos durante la guerra para expulsarles del subcontinente. Gandhi no estaba dispuesto a transigir. Las ofertas de Churchill «han dejado en evidencia el imperialismo británico en

su desnudez como nunca lo habían hecho hasta ahora», decía Gandhi en uno de sus escritos. Los británicos «quieren nuestra ayuda solo como esclavos. [...] Es perjudicial para los intereses de India y peligroso para la causa de su libertad introducir soldados extranjeros en India», incluso para luchar contra Hitler y los japoneses.[16]

Más al este, el colonialismo también parecía estar en caída libre. En Indonesia –un nuevo concepto territorial acuñado por los nacionalistas para denominar todas las islas meridionales del sudeste asiático, así como las regiones de habla malaya del continente– el líder anticolonialista Sukarno colaboró con los ocupantes japoneses para asegurarse la independencia de los Países Bajos. En Vietnam, que también era un nuevo término para denominar todas las regiones de habla vietnamita que habían sido colonizadas por Francia, el comunista Hố Chí Minh fundó un Estado independiente con él como presidente. El Gobierno de Estados Unidos había prometido la independencia a Filipinas antes de la guerra, y utilizó esa promesa para movilizar a la población contra la ocupación japonesa del archipiélago. En Irán y en Egipto, los nacionalistas protestaban contra la imposición del control británico. Para mucha gente de todos esos países, el nazismo y Japón no eran el problema principal. El problema era el colonialismo europeo en todas sus formas. Colaborar con Berlín y Tokio podía incluso contribuir a acelerar la llegada de la independencia y la autodeterminación nacional. A muchos nacionalistas no europeos la Carta Atlántica, publicada por Roosevelt y Churchill en agosto de 1941, se les antojaba demasiado reminiscente del idealismo de Woodrow Wilson en la Primera Guerra Mundial, aunque fuera una fuente de inspiración para otros. En la Carta, ambos países se comprometían a «respetar el derecho de todos los pueblos a elegir la forma de Gobierno bajo la que quieran vivir, y desean ver el restablecimiento de los derechos soberanos y del autogobierno de los pueblos que han sido privados de ellos por la fuerza».[17] Los nacionalistas indios, indonesios y argelinos alegaban que aquello debía ser tan válido para sus países como iba a serlo para los países europeos de población blanca como Checoslovaquia, Polonia, Dinamarca y Francia.

Para la mayoría de los estadounidenses, la Carta Atlántica resumía los principios por los que combatían. Pensaban que Estados Unidos había sido atacado por Japón y Alemania porque los dirigentes de esos países detestaban los principios con los que se había comprometido el país norteamericano. A juicio de los estadounidenses, la Segunda Guerra Mundial fue una batalla por las libertades individuales, por el orden constitucional y por el estilo de vida americano. Al igual que en la Primera Guerra Mundial, quienes habían desencadenado la contienda global habían sido los enemigos de esos principios, y Estados Unidos había tenido que sacrificar una vez más la vida de sus jóvenes para intentar poner en orden el resto del mundo. Hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, en Estados Unidos, a lo largo de todo el espectro político, cundió la profunda sensación de que el país se había ganado el derecho a liderar mediante el ejemplo, y que era preciso que el mundo se reformara conforme a las directrices de Estados Unidos si se pretendía evitar una nueva guerra.

La creciente impaciencia de Estados Unidos ante el cuestionamiento, incluso por parte de sus aliados, de su postura sobre cualquier asunto importante era en parte un reflejo del poderío estadounidense justo en el momento que la guerra tocaba a su fin. Estados Unidos había superado en producción a sus enemigos y los había derrotado militarmente. A mediados de 1945, la Armada estadounidense era más grande que la suma de las armadas de todos los demás países del mundo, y los bombarderos estadounidenses habían arrasado Berlín, Dresde, Tokio y Yokohama. Al terminar la guerra, más del 60 % de todos los aviones pesados del mundo eran estadounidenses. Ningún bombardero enemigo llegó a atacar la zona continental de Estados Unidos. En 1945, la economía estadounidense no tenía rival en el mundo, tanto por su capacidad productiva como por el hecho de que su territorio había estado a salvo de la guerra, y en aquel momento representaba más de la mitad de la capacidad manufacturera del mundo. Disponía de dos terceras partes del total de reservas financieras disponibles, aportaba la única divisa estable del mundo, y por consiguiente la moneda en que se denominaba todo el comercio mundial.

El presidente Franklin Roosevelt no tenía un plan grandioso para el aspecto que debía tener el mundo una vez acabada la guerra. Cuando falleció, de forma repentina, el 12 de abril de 1945, su atención seguía centrada de lleno en la guerra. El conflicto en Europa aún no había terminado, aunque el poderío militar alemán se estaba desvaneciendo rápidamente. Japón no daba muestras de rendirse. Roosevelt seguía queriendo que la URSS entrara en la guerra contra Japón a fin de ahorrar vidas estadounidenses en caso de que fuera necesaria una invasión del archipiélago japonés. Con una confianza absoluta en sí mismo hasta el final, Roosevelt no tenía ninguna duda de que iba a ser capaz de gestionar sus relaciones con sus aliados al terminar la guerra, y también después. A pesar del aumento de las tensiones con los soviéticos, sobre todo a propósito del futuro de Polonia, Roosevelt estaba convencido de que la alianza de los tiempos de guerra saldría del paso, sobre todo gracias a su carisma, a su finura política y a su capacidad de evitar una confrontación total (a veces por el procedimiento de ser ahorrativo con la verdad, tanto entre sus aliados como con su propio pueblo). Una derrota política en su país, por no hablar de la muerte, simplemente no entraba en sus cálculos.

Dado que Roosevelt había conseguido transmitir a su administración esa confianza en su propia longevidad, cuando no en su inmortalidad, el vicepresidente Harry S. Truman vivió el peor día de su vida cuando prestó juramento como presidente tras la repentina muerte de su predecesor. El nuevo presidente de Estados Unidos solo había estado una vez en el extranjero, en Francia durante la Primera Guerra Mundial, donde había entrado en combate con el grado de capitán, y Roosevelt nunca le había involucrado en la toma de decisiones en materia de política exterior. Y de repente Truman tenía que ponerse al mando del país más poderoso del mundo justo cuando la guerra tocaba a su fin. Al igual que su predecesor, el nuevo presidente estaba convencido de que la Gran Alianza seguiría vigente tras la derrota de Alemania, pero carecía de las herramientas con las que contaba Roosevelt para hacerlo posible: encanto personal, flexibilidad estratégica (y moral) y conocimiento de los asuntos mundiales. En otras palabras, Truman, un hombre práctico y de clase media, estaba más cerca de

la conducta y de los puntos de vista de la mayoría de sus compatriotas que su patricio predecesor. También estaba más convencido de que Estados Unidos tenía la capacidad de arreglar las cosas, y esa convicción iba acompañada de impaciencia cuando alguien cuestionaba su postura. Tanto Roosevelt como Truman sentían aversión por el comunismo, pero, desde el comienzo mismo de su mandato, el nuevo presidente veía el comunismo como un desafío a Estados Unidos, como una alternativa no deseada a un orden mundial liderado por Estados Unidos. Truman quería llegar a acuerdos con Stalin, pero únicamente si este se comportaba conforme a la visión estadounidense de cómo se suponía que tenía que funcionar el mundo.

Hitler se suicidó el 30 de abril, y Alemania capitulaba incondicionalmente el 7 de mayo de 1945. Con la muerte del *Führer*, y un país en ruinas, a los generales de Hitler ya no les quedaba nada por lo que luchar. El final de partida había llegado deprisa, con el rápido avance de las fuerzas soviéticas desde el este y el de las fuerzas estadounidenses y británicas desde el este y el sur. Aunque todos los bandos procuraron acabar controlando la máxima extensión posible de territorio, durante el transcurso de la guerra las consideraciones militares generalmente prevalecían sobre la carrera para conseguir más territorio. Los soldados estadounidenses y soviéticos se abrazaron y bebieron juntos, y se enseñaron unos a otros canciones de sus respectivos países cuando se encontraron por primera vez a orillas del Elba, al norte de Leipzig. Iba a hacer falta que pasaran más de cuarenta años para que los estadounidenses y los soviéticos volvieran a mezclarse como si tal cosa.

Los máximos dirigentes de los tres principales estados victoriosos se reunieron a las afueras de Berlín, la capital de la Alemania derrotada, entre el 17 de julio y el 2 de agosto de 1945. En la pequeña localidad de Potsdam, donde los reyes prusianos tenían sus palacios de verano, Stalin volvió a ejercer de anfitrión, como lo había hecho en Yalta y en Teherán. Pero aunque las fuerzas soviéticas habían sido las que conquistaron la capital alemana, Stalin quería evitar un enfrentamiento con sus aliados a propósito del régimen de ocupación en Alemania. En Potsdam, lo que quería el

dirigente soviético era sobre todo que Estados Unidos y Gran Bretaña aceptaran la posición de predominio de su país en Europa oriental. Tanto Roosevelt como Churchill le habían dado motivos para creer que así sería. Pero en Potsdam, Stalin fue la única constante entre los tres líderes. Cuando se celebró la reunión, Roosevelt había muerto y Truman había ocupado su puesto. Durante la conferencia, el Partido Conservador perdió las elecciones generales en Gran Bretaña frente al Partido Laborista, de modo que el 26 de julio el primer ministro Clement Attlee sustituyó a Churchill en Potsdam. Stalin desconfió de Truman y Attlee desde el principio –de Truman porque los informes de los servicios de inteligencia soviéticos destacaban su anticomunismo, y de Attlee porque representaba el ala derecha del movimiento laborista británico, los viejos enemigos de los comunistas en todo el mundo. Sin embargo, el dirigente soviético sabía que tenía dos ases en la manga. Sus tropas ocupaban la mitad de Europa. Y la guerra en Asia oriental aún no había terminado. El nuevo presidente de Estados Unidos, al igual que el anterior, necesitaba la ayuda de los soviéticos para derrotar a Japón.

La Conferencia de Potsdam atestigua lo rápido que pueden desarrollarse los acontecimientos mundiales, sobre todo cuando una gran guerra está tocando a su fin. Los participantes no estaban demasiado preocupados por Alemania. Hitler había muerto, y su país había sido derrotado. Se llegó fácilmente a un acuerdo sobre las zonas provisionales de ocupación, sobre la desmilitarización y la desnazificación, sobre la anulación de todas las anexiones alemanas, y sobre el traslado de las fronteras de Polonia hacia el oeste, a expensas de Alemania (para que Stalin pudiera quedarse con sus conquistas de 1939). Teherán y Yalta habían marcado la pauta en esas cuestiones, y Stalin se sentía secretamente aliviado por el hecho de que aquellos acuerdos siguieran en pie. La atención de los tres principales participantes se había trasladado a la guerra en Asia oriental y al ordenamiento político en la Europa liberada. Stalin sabía que Truman ansiaba la entrada de la URSS en la guerra contra Japón, lo que podía ayudarle en otros ámbitos, tal vez también en Europa. El desarrollo de armas atómicas por Estados Unidos, al que Truman aludió en sus

conversaciones, no sorprendió a Stalin; sus espías estaban al corriente de ese desarrollo desde 1942. No hay indicios de que el dirigente soviético se sintiera amenazado por el monopolio atómico estadounidense en 1945, aunque sí le indujo a acelerar su propio programa nuclear. El Ejército Rojo tenía diez millones de soldados en Europa, aunque Stalin, antes de Potsdam, había empezado a trasladar tropas a Asia oriental como preparativo para un ataque contra Japón. Stalin acababa de sobrevivir a la mayor guerra de la historia de la Humanidad y había salido victorioso. Puede que tuviera algún presentimiento sobre el futuro (siempre los tenía), pero en Potsdam rebosaba de confianza en sí mismo y de entusiasmo. Truman estaba convencido de que iba a poder lidiar con Stalin, y que las negociaciones con los soviéticos eran posibles. «Puedo tratar con Stalin –le confiaba el nuevo presidente a su diario–. Es honesto, pero más listo que el demonio.»[18]

La Conferencia de Potsdam dedicó mucho tiempo a evitar tomar decisiones sobre el futuro. Era cuestión de esperar la ocasión apropiada: la guerra en Asia proseguía, Truman y Attlee acababan de llegar al poder, y Stalin quería consolidar las ganancias que ya había obtenido en el campo de batalla en Europa y, a consecuencia de ello, en Teherán y en Yalta. Los británicos y los soviéticos esperaban que se celebraran elecciones en la parte de Europa oriental ocupada por los soviéticos y por lo menos una adhesión formal a los principios democráticos en dichos países. Pero en aquel momento los problemas materiales de la paz eran enormes. A lo largo y ancho del continente, grandes masas de personas que habían huido de la guerra intentaban volver a casa. Las grandes ciudades estaban en ruinas. Millones de personas carecían de alimentos y de combustible. No es de extrañar que hubiera una sensación generalizada de que las resoluciones políticas podían esperar. Pero mientras los dirigentes vacilaban ante las grandes cuestiones, sobre el terreno se estaban tomando decisiones, en parte a consecuencia de las visiones antagónicas sobre cómo había que reorganizar las sociedades una vez terminada la guerra.

Esos conflictos se producían por toda Europa, pero a pesar de todo cabría argumentar que la Guerra Fría se inició en Polonia. Allí, la política de Stalin de imponer un estricto control soviético chocaba con los deseos de sus aliados y los de la gran mayoría de los polacos. Gran Bretaña había entrado en guerra con Alemania por el destino de Polonia en 1939, y era difícil que un Gobierno británico aceptara la ocupación y la dictadura soviética en aquel país. Lo que llevó a Churchill a aceptar el plan soviético para la reorganización del Gobierno polaco en contra de los propios polacos fueron las exigencias de la guerra y un excesivo optimismo acerca de las intenciones de Stalin. Pero ese solo fue un primer paso en la campaña soviética para llamar al orden a Polonia. Durante el verano de 1944, cuando los polacos se alzaron contra los alemanes en Varsovia, el Ejército Rojo interrumpió deliberadamente su ofensiva a las afueras de la capital polaca, permitiendo que los nazis aniquilaran el Ejército territorial polaco. Stalin calculaba que cuantos menos oficiales polacos quedaran con vida, mejor para el control soviético del país. Cuando finalmente el Ejército Rojo recibió la orden de tomar Varsovia, la Wehrmacht y las SS ya habían matado a 250.000 polacos, y la mayor parte de la ciudad había sido arrasada. Aun así, tras entrar en la capital polaca, la policía secreta de Stalin secuestró a muchos de los líderes supervivientes de la resistencia y los envió a Moscú para someterlos a uno de los típicos juicios-farsa estalinistas. Stalin había dado instrucciones a los jueces soviéticos de que dictaran condenas «leves», como favor a las grandes potencias que eran sus aliadas. De todas formas, casi todos ellos murieron en cautiverio.

Mientras todo aquello ocurría en Varsovia, el punto de vista de Estados Unidos sobre la conducta de los soviéticos empezó a cambiar. Roosevelt se había mostrado cada vez más preocupado por la cuestión de Polonia; su mayor preocupación era el desdén por las opiniones de otros países con el que los soviéticos manejaban los asuntos en Varsovia. Su sucesor veía la cuestión en términos más concretos. Harry Truman estaba convencido de que los acuerdos de Yalta sobre Polonia garantizaban las libertades democráticas y un Gobierno de transición incluyente, que debía preparar la celebración de unas elecciones libres. A juicio de Truman, los soviéticos no

estaban cumpliendo sus compromisos. Por consiguiente, la primera reunión del nuevo presidente con el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Viacheslav Mólotov, doce días después del fallecimiento de Roosevelt y tres meses antes de Potsdam, había sido bastante gélida. «El presidente dijo que deseaba la amistad del Gobierno soviético –dicen los registros oficiales de Estados Unidos–, pero que consideraba que eso únicamente podía ser sobre la base del respeto de los acuerdos por ambas partes, y no sobre la base de una vía de dirección única.»[19] «Se lo aticé directamente –le decía Truman a un amigo más tarde–. Quería que se enterara. Fue un uno-dos directo a la mandíbula.»[20]

Parecía que Polonia era una línea divisoria para los dirigentes aliados. Churchill, para el que había menos cosas en juego en las últimas fases de la guerra en Asia, se remitió sin esfuerzo a algunas de sus antiguas ideas sobre los soviéticos. El 12 de mayo Churchill le envió un mensaje personal a Truman, donde por primera vez un dirigente occidental utilizó un término que iba a definir la Guerra Fría: el «Telón de Acero»:

> Se ha corrido un telón de acero sobre el frente [soviético] No sabemos lo que está ocurriendo detrás. Parece que hay pocas dudas de que la totalidad de las regiones al este de la línea Lübeck-Trieste-Corfú estará muy pronto en sus manos [...] a medida que tiene lugar este enorme avance moscovita sobre el centro de Europa. [...] Dentro de poco los rusos serán libres de avanzar si lo desean hasta las orillas del mar del Norte y del Atlántico. [...] No cabe duda de que ahora es vital llegar a un entendimiento con Rusia, o comprobar en qué punto estamos con ella, antes de que debilitemos mortalmente nuestros ejércitos o nos retiremos a las zonas de ocupación.[21]

Churchill, cada vez más preocupado por el comportamiento de los soviéticos en el este, quería que las tropas estadounidenses y soviéticas permanecieran en las posiciones que tenían cuando terminó la guerra. Truman no le hizo caso, y ordenó una retirada para cumplir con las demarcaciones de responsabilidad previamente acordadas con los soviéticos. A consecuencia de ello, cientos de miles de alemanes huyeron hacia el oeste para no quedarse en la zona soviética de ocupación. Pero Truman estaba lo bastante preocupado como para enviar a Moscú a Harry Hopkins, el asesor de máxima confianza de Roosevelt, y defensor de la

cooperación con los soviéticos, para que intentara convencer a Stalin de lo erróneo de su conducta. Hopkins se estaba muriendo de cáncer, y el agotador viaje a Rusia le dejó sin fuerzas. A pesar de todo, intentó hacer lo que pudo con el dictador soviético. «Le he dicho a Stalin –informaba Hopkins a Truman–, que personalmente consideraba que nuestras relaciones estaban amenazadas y que, sinceramente, tenía muchos recelos sobre ello, y que, gracias a mi profundo conocimiento de la situación, estaba, francamente, perplejo ante algunas de las cosas que estaban ocurriendo.»[22] Stalin no cedió un ápice. Acusó a los británicos de enturbiar las aguas en la relación entre los estadounidenses y los soviéticos. Aunque se concibió principalmente como parte del recorte de gastos de Estados Unidos después de la guerra, la abrupta cancelación por parte de Truman del acuerdo de Préstamo y Arriendo con la Unión Soviética inmediatamente después de la victoria en Europa, en mayo de 1945, también había contribuido a convencer a Stalin de que se enfrentaba a una nueva actitud por parte de Washington. Stalin no sabía si lo que la había provocado era el final de la guerra en Europa o la llegada de un nuevo presidente. Pero su desconfianza iba en aumento. «¡Polonia! ¡Menudo problema! –anotaba Mólotov, el ministro de Asuntos Exteriores soviético en febrero de 1945–. No tenemos constancia de cómo se organizan los gobiernos en Bélgica, Francia, Alemania, etc. Nadie nos consultó, aunque nosotros no decimos si nos gusta uno u otro de esos gobiernos. ¡Nosotros no nos inmiscuimos porque esa es la zona de operaciones de las tropas británicas y estadounidenses!»[23]

En el resto de Europa oriental, situada dentro de la demarcación de ocupación soviética, la irritación de Stalin con sus grandes potencias aliadas se manifestaba más claramente. En Bulgaria, Stalin aceptó una línea más radical de los comunistas locales a principios de 1945; allí ejecutaron a cientos de figuras destacadas de la oposición al Frente Patriótico, encabezado por los comunistas, que gobernaba el país tras la invasión del Ejército Rojo, y condenaron a penas de cárcel a más de 10.000 personas. La mayoría de ellos había participado durante la guerra en el Gobierno de Bulgaria, que había sido aliado de la Alemania de Hitler. Por consiguiente, ni los aliados ni la mayoría de la población búlgara protestaron demasiado.

Pero no se trataba de juicios contra los colaboracionistas tal y como se estaba haciendo en Europa occidental. En Bulgaria, los soviéticos y los comunistas locales marcaron una pauta por la que toda oposición al control del Gobierno por los comunistas se definía como fascista por naturaleza propia, y por consiguiente era susceptible de penas de cárcel o cosas peores. Dentro de la Unión Soviética, más de un millón de habitantes de la región del Báltico o del Cáucaso, incluida la totalidad de la población de Chechenia, fueron deportados a Siberia y al Extremo Oriente ruso cuando terminó la guerra. El régimen soviético no quería correr ningún riesgo en sus zonas fronterizas con los grupos de población que no consideraba fiables.

Stalin no tenía un plan general sobre lo que quería hacer en Europa oriental cuando terminó la guerra. Pero los comunistas de aquellos países eran leales exclusivamente a Stalin, y en última instancia suponían la garantía del control soviético en caso de que las relaciones con Estados Unidos y Gran Bretaña se deteriorasen. Y en la primavera de 1945 Stalin recurrió cada vez más a lo que le decía su marxismo sobre sus antiguos aliados. Ya en enero había advertido en contra de la confianza en que se mantuviera la comunidad de intereses entre Moscú y Occidente. «La crisis del capitalismo se ha manifestado en la división de los capitalistas en dos facciones, una fascista, la otra democrática –le dijo a un grupo de yugoslavos y búlgaros de visita en Moscú–. La alianza entre nosotros y la facción democrática del capitalismo se produjo porque a esta le interesaba impedir el dominio de Hitler, ya que ese Estado brutal habría llevado a la clase trabajadora al extremo y al derrocamiento del propio capitalismo. Actualmente estamos aliados con una facción en contra de la otra, pero en el futuro también estaremos en contra de la primera facción de capitalistas.»[24]

Una de las mayores sorpresas que se llevaron los soviéticos en 1945 fue la victoria del Partido Laborista en las elecciones generales británicas. Puede que Stalin desconfiara de Winston Churchill, y que viera en él la encarnación del dominio de las clases altas británicas, pero Churchill era lo malo conocido, y además Stalin sabía, a través de sus espías, que el anciano

conservador había entablado una relación un tanto cariñosa con Stalin como cosuperviviente y covencedor de la Segunda Guerra Mundial. Aparte de eso, ya había mala sangre entre el laborismo británico y el bolchevismo soviético. Los dirigentes del Partido Laborista –Clement Attlee, que ahora había pasado a ser primer ministro, y Ernest Bevin, que fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores– detestaban a los comunistas dentro de su propio movimiento sindical; a juicio de ambos, los partidarios de Moscú eran responsables de las escisiones del movimiento en las décadas de 1920 y 1930. Bevin, un trabajador no cualificado que había logrado notoriedad como jefe del mayor sindicato británico, el TGWU (Transport and General Worker's Union), había luchado implacablemente contra la influencia de los comunistas en su organización y en otros ámbitos. En sus tratos con Stalin y Mólotov después de la guerra, Bevin vio cómo se repetían muchos de esos conflictos a escala internacional. Mólotov, decía más tarde Bevin, era como un comunista en una agrupación local del Partido Laborista: si le tratabas mal, aprovechaba al máximo el agravio, y si le tratabas bien, al día siguiente subía el precio y te maltrataba. Un colega de Bevin en el Gobierno le definía como un político «lleno de ideas brillantes y de campechanía, pero peligrosamente obsesionado con los comunistas».[25]

Los soviéticos detestaban a los laboristas británicos con el mismo fervor. En los documentos soviéticos de la época, apenas se aprecia una sensación de oportunidad en la noticia de que un partido de izquierdas, algunos de cuyos principales dirigentes tenían unos contactos consolidados con Moscú desde hacía años, hubiera ganado las elecciones británicas. Stalin y sus lugartenientes percibían que el empeño de los laboristas en crear un Estado del bienestar socialdemócrata podía ser el peor desafío a las aspiraciones comunistas no solo en Gran Bretaña –ninguno de ellos se hacía ilusiones de una revolución comunista en Londres en un futuro inmediato– sino también en el resto de Europa occidental. Los expertos soviéticos en asuntos exteriores presuponían que los países capitalistas iban a sufrir una crisis económica una vez acabada la guerra, y que por consiguiente la competencia entre ellos iba a aumentar, como había ocurrido tras la Primera Guerra Mundial. Los partidos comunistas europeos podían beneficiarse del

consiguiente empobrecimiento de los trabajadores, dado que vendría a demostrar que ningún sistema capitalista era capaz de ofrecer lo que quería la clase obrera. Por consiguiente, los esfuerzos de los socialdemócratas para reformar el capitalismo eran, a juicio de los soviéticos, irrelevantes en el mejor de los casos, y contraproducentes en el peor. Tan solo los países que se habían adaptado conscientemente al modelo de la experiencia soviética, que había demostrado que era capaz de generar pleno empleo y crecimiento económico, iban a beneficiarse del final de la guerra en términos económicos.

El punto de vista estadounidense sobre las condiciones en Europa tras el final de la guerra era casi diametralmente opuesto al de los soviéticos. Los estadounidenses temían los efectos de un desplome económico y de la pobreza duradera en Europa, que tal vez podía extenderse al resto del mundo. Mientras que los soviéticos vaticinaban una revolución después de la guerra, dado que el final de la Primera Guerra Mundial había creado la Revolución rusa, a la mayoría de los estadounidenses les daba miedo ese tipo de perspectivas revolucionarias. A su juicio, la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión habían creado el comunismo y el fascismo, los enemigos de Estados Unidos. Las encuestas realizadas en otoño de 1945 revelaban que una mayoría de estadounidenses quería que su país actuara para paliar la desesperación y la pobreza que habían generado unas ideologías abominables para la mentalidad de Estados Unidos.

Pero las encuestas de opinión en Estados Unidos también revelaban una tendencia contraria a esa implicación en el mundo. A lo largo de los primeros años de la posguerra, la inmensa mayoría de los estadounidenses opinaba que su país ya se había sacrificado bastante en términos del derramamiento de sangre y de los esfuerzos directos para cortar por lo sano en Europa y en Asia. Al igual que los europeos y los asiáticos, en la posguerra los estadounidenses querían que su Gobierno se concentrara en mejorar las condiciones de vida dentro del país. Básicamente deseaban que sus hombres uniformados volvieran a casa lo antes posible. La administración de Truman, temerosa del pensamiento aislacionista que surgió tras la Primera Guerra Mundial, y consciente de que Estados Unidos

no entró en la Segunda Guerra Mundial hasta que fue atacado por Japón, buscaba un equilibrio entre la evidente necesidad de que Estados Unidos se implicara internacionalmente una vez terminada la guerra y la necesidad de apaciguar a sus votantes dentro del país. El propio presidente estaba convencido de que era posible lograrlo utilizando sus enormes recursos económicos para aliviar la escasez en el resto del mundo y para conseguir que las economías extranjeras volvieran a arrancar.

La Segunda Guerra Mundial había provocado una transformación a gran escala de la economía global. Como hemos visto, el ascenso de Estados Unidos como centro de los asuntos económicos mundiales estaba en marcha desde principios del siglo XX, y se había acelerado durante los años de entreguerras. Pero fue la Segunda Guerra Mundial la que convirtió un cambio a largo plazo en una rápida transformación. El tamaño de la economía estadounidense había aumentado a casi el doble durante la guerra. Por el contrario, casi todos los demás países estaban devastados. En Japón, la cuarta parte de los edificios de todo el país estaban destruidos –y en Tokio, más de la mitad. Su producción industrial se había reducido a menos de un tercio de las cifras de antes de la guerra. En China la producción industrial se había reducido en más de un 60 % en comparación con 1937. En Filipinas, el país asiático más devastado por la Segunda Guerra Mundial, la producción económica total estaba ligeramente por encima del 20 % en comparación con 1941.

Durante la guerra, la administración de Roosevelt se dio cuenta de que necesitaba hacer uso de su posición privilegiada para crear un mundo de la posguerra que funcionara mejor a favor de Estados Unidos. La idea central de Roosevelt consistía en perpetuar las alianzas de los tiempos de guerra contra Alemania y Japón, y al mismo tiempo en crear una organización mundial de la que todos los países pudieran ser miembros. Naciones Unidas, un término que Roosevelt utilizaba indistintamente para designar a las potencias Aliadas y al grupo de naciones más amplio que quería formar, se fundó como organización en 1945, con su sede central ubicada primero en Londres y más tarde en Nueva York. Formalmente, Naciones Unidas era un compromiso entre dos líneas de pensamiento del desaparecido

presidente. Una de ellas era idealista: crear un foro verdaderamente mundial, que pudiera contribuir a las reformas progresivas en todos los países, y al mismo tiempo mantener la paz. La otra era realista: crear un foro a través del que pudieran colaborar las grandes potencias Aliadas y, en caso necesario, obligar a terceros países a hacer lo que se les ordenara. El primer objetivo se hacía realidad a través de la Asamblea General de Naciones Unidas, que en sus comienzos tenía 51 miembros, entre los que figuraban veinte repúblicas latinoamericanas. El segundo se estructuraba a través del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, que contaba tan solo con cinco miembros –Estados Unidos, Gran Bretaña, la URSS, Francia y China– y en el que cada uno de los miembros tenía poder de veto contra cualquier propuesta que se hiciera. Únicamente el Consejo de Seguridad podía emitir resoluciones vinculantes para todos los estados miembros de Naciones Unidas, incluso para decretar sanciones o acciones militares. Ni Stalin ni los británicos tenían demasiada fe en la nueva organización, pero ambos se dejaron llevar para complacer a su poderoso socio estadounidense. En 1945, nadie podía prever el papel mundial que iba a desempeñar Naciones Unidas a medida que se extendía la Guerra Fría.

Uno de los principales deberes de la nueva organización mundial consistía en abordar los asuntos económicos globales. En su calidad de economía más poderosa, Estados Unidos aspiraba al libre comercio y al acceso a los mercados extranjeros. Pero también quería una mayor estabilidad en el sistema económico mundial. En julio de 1944, en la localidad de Bretton Woods, en el estado de New Hampshire, los principales países industrializados aliados firmaron una serie de acuerdos que dieron lugar a la creación de un Fondo Monetario Internacional (FMI) encargado de ofrecer créditos con los que un país pudiera superar los desequilibrios en su balanza de pagos, y un Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo, que posteriormente pasó a formar parte del Banco Mundial. Pero el elemento más básico del sistema de Bretton Woods, como vino en llamarse, consistió en vincular todas las principales divisas convertibles con el dólar a una paridad fija. Los acuerdos de Bretton Woods concedían a Estados Unidos enormes oportunidades para el comercio

internacional y para influir en las economías de otros países. Pero no hay que olvidar que, al igual que las líneas divisorias políticas en Europa y en Asia, los acuerdos eran el resultado de lo que ya había creado la guerra. A largo plazo, Estados Unidos no consiguió ni las oportunidades ni la estabilidad que pretendía obtener de Bretton Woods. Sin embargo, los acuerdos sí proporcionaron un sistema, si se puede denominar así, para legitimar el ascenso de Estados Unidos como el coloso económico del mundo.

Teniendo en cuenta su posición privilegiada, ¿Estados Unidos habría podido hacer más para evitar los conflictos internacionales tras la Segunda Guerra Mundial? A muchos países diferentes les molestaban las consecuencias del ascenso de Estados Unidos, pero aprendieron a vivir con ello porque no les quedaba otro remedio, por razones tanto políticas como económicas. Los versos de una cancioncilla muy difundida en el Foreign Office británico en 1945 decían algo así:

> En Washington lord Halifax
> le susurró en una ocasión a lord Keynes:
> «Es cierto que ellos tienen todos los sacos del dinero
> pero nosotros tenemos toda la inteligencia».[26]

No obstante, a partir de 1945 Londres tuvo que aceptar que Washington lo había eclipsado, por un amplio margen, como centro del poder mundial. Gran Bretaña necesitaba ayuda financiera de Estados Unidos y, a ser posible, protección estadounidense contra lo que veía como el ascenso del poder soviético en Europa y en Asia. Ya en 1945, la administración de Truman –a medida que se agriaban sus relaciones con Moscú– no necesitaba imponer su punto de vista sobre la cuestión a los dirigentes de Gran Bretaña y del resto de Europa occidental. Todos ellos estaban igual de preocupados por las políticas de Stalin como cualquier grupo de Washington. En 1945, Bevin, ministro de Asuntos Exteriores británico, le decía a todo el que quisiera escucharle, incluso a Mólotov, ministro de

Asuntos Exteriores soviético, que «el que estaba poniendo las cosas difíciles era el Gobierno soviético».[27]

Aunque Estados Unidos y la Unión Soviética fueron aliados en tiempos de guerra, era prácticamente inevitable algún tipo de conflicto en la posguerra. Los dirigentes de ambos países se veían mutuamente como adversarios desde la Revolución rusa de 1917, y en algunos casos incluso desde antes. La política de Stalin de dar prioridad al control sobre Europa oriental frente a las buenas relaciones con sus aliados contribuyó significativamente al debilitamiento de la Gran Alianza a medida que se aproximaba el final de la guerra, como también lo hicieron las atrocidades que el líder soviético cometió durante la guerra, por ejemplo, en Polonia, y su megalomanía. Además, la ideología soviética se interponía en el camino, dado que consideraba inevitable un conflicto con el mundo capitalista en el futuro, y predecía que iban a producirse intensos trastornos revolucionarios en la era de la posguerra. Por parte de Estados Unidos, había muy poca paciencia ante el hecho de que la Unión Soviética no reconociera la hegemonía estadounidense en los asuntos internacionales. El presidente Truman no tenía la misma agilidad política ni el encanto personal que el presidente Roosevelt, y sus principales asesores, que llevaban tiempo abogando por una línea más dura con los soviéticos, le llevaron a tomar una serie de decisiones que apuntaban a la contención de la Unión Soviética, más que a su integración. Como veremos, fue la contención lo que transformó los conflictos de la posguerra en una Guerra Fría. Truman no entendía la política de Roosevelt de intentar vincular a Moscú a los acuerdos y los tratados internacionales. En calidad de máxima potencia, Estados Unidos tendría que haber hecho más por mantener abiertos los canales de comunicación, del comercio y del intercambio cultural y científico. De todas formas, lo más probable es que Stalin hubiera optado por el aislamiento. Pero la intensidad del conflicto, incluida la paranoia que más tarde generó en ambos bandos, habría podido reducirse sustancialmente si la potencia más fuerte hubiera realizado mayores intentos de atraer a Moscú hacia alguna forma de cooperación.

No obstante, hay que tener en cuenta que ese tipo de valoraciones tan solo pueden hacerse en retrospectiva. No es de extrañar que, a pesar de la hegemonía absoluta de Estados Unidos, mucha gente tuviera miedo del poderío soviético, sobre todo en Europa. En 1945, el Ejército Rojo tenía unas fuerzas ingentes en ese continente. En términos de número y de capacidad demostrada, superaban a todos los demás. La conducta de los soviéticos en Europa oriental hacía cundir los malos presagios. Algunos dicen que efectivamente Stalin era feroz con su propio pueblo, pero que era bastante limitado y tradicional en sus objetivos de política exterior. Puede que así fuera, por lo menos en algunas cuestiones. Pero en 1945 Stalin ya había extendido su conducta al corazón de Europa, y también a China y a Irán. Los actos de los soviéticos en esas zonas del mundo precipitaron los cambios de las políticas de Estados Unidos, y atemorizaron a otros que los contemplaban desde lejos. Por sí mismos, es posible que dichos actos no hubieran precipitado una Guerra Fría. Pero indudablemente hicieron mucho más probable una política de contención contra la Unión Soviética.

3

Las asimetrías de Europa

A quien hubiera conocido Europa en 1914, o incluso en 1939, la devastación provocada por cinco años de guerra total le habría parecido abrumadora. El vanaglorioso intento de Hitler de conquistar el continente había ocasionado una destrucción a una escala sin precedentes en la larga historia de guerra y paz en Europa. Desde las islas griegas hasta el extremo septentrional de Escandinavia, las ciudades habían sido arrasadas con bombas incendiarias; las tierras de labranza y los huertos de frutales habían quedado abrasados, y la población civil había sido asesinada y enterrada en fosas comunes. Habían muerto cuarenta millones de personas. Otras tantas, por lo menos, eran refugiados o habían salido de los campos de concentración alemanes. El genocidio nazi contra seis millones de judíos era el mayor crimen individual de la guerra, una auténtica atrocidad. Además, el Holocausto dio lugar a trastornos y caos en las regiones de las que se había eliminado a una parte significativa de la población judía. El hambre era generalizada: en la Unión Soviética, en Hungría, en Polonia y en algunas zonas de Alemania, más de la mitad de la población se moría poco a poco de inanición al terminar la guerra.

Aunque en 1945 la mayor parte de Europa estaba hambrienta, agotada y aterrorizada, lo peor de la situación estaba en el este. A lo largo de una enorme franja de territorio entre el Ártico noruego y el sur de los Balcanes, la guerra entre Alemania y la Unión Soviética había dejado ciudades completamente devastadas, había aniquilado a gran parte de la población, y la mayoría de los supervivientes agonizaban. En la URSS, más de 1.700 ciudades estaban casi totalmente destruidas. Ciudades como Budapest,

Minsk o Kiev eran inhabitables casi en un 80 %. En las cartas que enviaba a su casa, un trabajador de los equipos de socorro estadounidenses intentaba poner en palabras la destrucción de la que fue testigo en Varsovia: «Por dondequiera que vaya, hay trozos de edificios en pie, sin tejado ni gran parte de las fachadas, y gente viviendo en ellos. Salvo en el Gueto, donde solo queda una gran explanada de ladrillos, llena de camas retorcidas, de bañeras y sofás, de fotos enmarcadas, baúles y millones de objetos que asoman entre los ladrillos. No entiendo cómo se puede hacer una cosa así. [...] Es algo tan atroz que no me lo puedo creer».[1] El mundo en que vivía la mayoría de los europeos antes de 1914 había dejado de existir. Su lugar lo habían ocupado la muerte y la destrucción, y la falta de fe en las viejas ideas.

La Guerra Fría entre el capitalismo y el comunismo, y entre Estados Unidos y la Unión Soviética, encajaba a la perfección con el desastre europeo. El desenlace militar de la guerra no solo había dejado a los estadounidenses y a los soviéticos al mando del continente, sino que además los europeos, hambrientos de un milagro, o simplemente hambrientos, volvían la mirada hacia Washington o hacia Moscú en busca de respuestas. Por ahora, en un momento irrepetible en la historia moderna de Europa, la mayor parte del continente estaba sumida en una pasiva espera de unos acontecimientos que estaban fuera de su control. Los europeos querían una paz duradera. Querían una rápida reconstrucción. Querían un futuro que fuera justo, eficaz y económicamente próspero. En otras palabras, querían alejarse lo más posible de los desastres de los años treinta y cuarenta, y tanto el comunismo como el capitalismo estadounidense les ofrecían una vía de salida.

Y se necesitaba una salida de inmediato. En 1945 Europa había llegado a paralizarse. Aunque era posible reconstruir las infraestructuras físicas, existía una profunda sensación de que las cosas no avanzaban, de que la situación tras el final de la guerra iba de mal en peor. El continente se enfrentaba a una crisis humanitaria de una magnitud que Europa no veía desde el siglo XVII. Tan solo dentro de las fronteras alemanas de antes de la guerra, había aproximadamente diecisiete millones de personas

desplazadas: supervivientes de los campos de concentración, trabajadores esclavos, refugiados alemanes procedentes del este, o personas que habían huido porque sus hogares habían sido destruidos. Todos tenían hambre, y todos intentaban ir a un lugar al que no podían ir. Se habían desintegrado todas las formas del orden, y cada hombre, cada mujer y cada niño tenían que arreglárselas solos. Una niña polaca que intentaba volver a casa se mostraba impresionada por la gravedad de la situación: «En 1945 Alemania era un enorme hormiguero. Todo el mundo se movía. Ese era el aspecto que tenían los territorios orientales de Alemania. Había alemanes que huían de los rusos. Había muchísimos prisioneros de guerra. Había algunos de los nuestros [polacos], no muchos, pero a pesar de todo. [...] Era realmente increíble, lleno de gente pululando y de movimiento».[2]

Incluso en los países ricos que no conocían la experiencia del hambre desde hacía por lo menos tres siglos, la situación parecía desesperada. En los Países Bajos, la población de las principales ciudades recibía menos de ochocientas calorías de alimento por persona y día; antes de la guerra la media era de casi 3.000. El invierno del hambre (1944-1945) en Holanda mató por lo menos a 22.000 personas, y sus efectos siguieron sintiéndose mucho tiempo después.[3] Conseguir que una población medio muerta de hambre contribuyera a la producción era casi imposible, y la ayuda –en los Países Bajos como en el resto de Europa– tan solo podía llegar del exterior. Pero, a pesar de los colosales intentos por parte de la recién creada UNRRA (Administración de Naciones Unidas para el Auxilio y la Reconstrucción), aún en 1947 grandes zonas de Europa seguían sin disponer de alimentos suficientes.

Los desastres que habían azotado Europa ponían más que nunca de relieve el prestigio de los nuevos señores del continente, los estadounidenses y los soviéticos, o de las superpotencias, como habían empezado a llamarlos los europeos. Su poderío militar era incuestionable, pero, a diferencia de Gran Bretaña –que también disponía de un considerable poder militar en Europa en 1945, y sin embargo parecía una potencia vieja y exhausta– las superpotencias también podían ofrecer nuevos modelos de desarrollo para el futuro. Gran parte de las esperanzas

de cambio se centraba en esa inspiración procedente del exterior. Si bien los estadounidenses podían aportar mucho más en términos de suministros materiales, el prestigio soviético y la reputación personal de Stalin se basaban en el papel crucial que había desempeñado el Ejército Rojo a la hora de derrotar a la Alemania nazi. Quienquiera que hubiera sido capaz de derrotar a la maquinaria militar de Alemania y conquistar Berlín debía de ser un país muy avanzado, a juicio de muchos europeos.

La Segunda Guerra Mundial trajo consigo el derrumbe total del nacionalsocialismo y del fascismo. Los gobiernos autoritarios de derechas y de corte fascista de la España del generalísimo Franco y del Portugal de António de Oliveira Salazar sobrevivían exclusivamente porque habían sido neutrales durante la guerra. Para los colectivistas y los anticapitalistas, el comunismo era la única opción posible. Los soviéticos no solo habían desempeñado un papel clave en la derrota de Alemania, sino que además los partidos comunistas de muchos otros países a menudo habían estado a la vanguardia de la resistencia contra la ocupación y el dominio nazi. En la guerra, cuatro años es muchísimo tiempo. Mucha gente había perdonado u olvidado el pacto de Stalin con Hitler, y los antiguos eslóganes comunistas en contra de «la guerra entre ladrones capitalistas» habían quedado ahogados por el heroísmo del Ejército Rojo a partir de 1941 y de los partisanos comunistas locales.

En Europa occidental lo que alimentaba la adhesión a la causa comunista era la esperanza de cambio. Casi ningún europeo quería volver a unos sistemas que habían provocado dos guerras mundiales y una profunda crisis económica. La gente esperaba ir a mejor, y los comunistas –con su mezcla de antifascismo, de justicia social y de la gloria de que les revestía el esfuerzo bélico soviético– enarbolaban los estandartes de la esperanza. Eran con gran diferencia la mayor organización de partido en Francia (con 900.000 afiliados) y en Italia (1,8 millones). En las primeras elecciones en Europa occidental después de la guerra, los comunistas avanzaron por doquier. En Noruega consiguieron el 12 % de los votos; en Bélgica, el 13 %; en Italia, el 19 %; en Finlandia, el 23,5 %, y en Francia, casi el 29 %. Sus dirigentes insistían en formar parte del Gobierno, cosa que consiguieron en

la mayoría de los gabinetes de unidad nacional que se formaron tras el final de la guerra. Querían tener una influencia decisiva en la política en un futuro y allanar el camino a una revolución social surgida de las reivindicaciones de la clase trabajadora. Pero los dirigentes comunistas no creían en las sublevaciones revolucionarias inmediatas en la Europa occidental de la posguerra. Obedeciendo a los consejos que recibían de Moscú, no querían organizar un desafío directo a los gobiernos existentes mientras las tropas estadounidenses controlaran la situación y pudieran aplastar sin más una sublevación de ese tipo.

No obstante, ni siquiera los dirigentes comunistas más poderosos de Europa occidental –Maurice Thorez en Francia, Palmiro Togliatti en Italia– eran capaces de contener las oleadas de descontento social; las privaciones y la degradación diseminaban a lo largo y ancho del continente. En Italia, los obreros asumían el control de las fábricas y los campesinos ocupaban las tierras. Tanto allí como en Francia se producían episodios de violencia política contra las élites establecidas, contra quienes habían colaborado con los nazis o los fascistas, y contra quienes, a pesar de no haber hecho nada parecido, se daba la circunstancia de que eran dueños de una fábrica o tenían un título nobiliario. Algunos eran sacados a rastras de sus casas y apaleados hasta morir. La gente veía a las élites como las responsables de todo lo que había ido mal en sus respectivos países.

Los ministros comunistas de los distintos gobiernos estaban muy ocupados haciendo campaña a favor de la estabilidad social y de la vuelta al trabajo. Thorez decía en un discurso de octubre de 1945 que el renacer de Francia «depende de nuestros propios esfuerzos, de la unión de todos los republicanos reforzada por la unión de la clase trabajadora».[4] La reconstrucción era lo primero, argumentaba el dirigente comunista, y a través de la reconstrucción llegaría la hegemonía política de la izquierda. Pero algunos comunistas locales veían las cosas de otra manera. El Gobierno, «y todos los demás, al diablo con ellos. Yo solo tengo un jefe, y ese jefe es Stalin», gritaba un partisano comunista en el sur de Francia mientras sus hombres y él arrestaban y apaleaban a los aristócratas de la zona.[5]

Sin embargo Stalin, como Thorez y Togliatti, al principio pensaba que la acción revolucionaria en Europa occidental podía destruir a los partidos comunistas, y ser además la sentencia de muerte de la tambaleante alianza de la URSS con Estados Unidos y Gran Bretaña. Stalin esperaba que estallara un conflicto con los estados capitalistas y, en última instancia, también una serie de revoluciones comunistas en Europa. Pero tras el final de la guerra, la propia Unión Soviética estaba en ruinas. Stalin no podía correr el riesgo de una confrontación con sus aliados mientras la Unión Soviética estuviera tan débil. Así pues, a juicio de Stalin, lo mejor era manifestar su esperanza en una futura cooperación mientras los imperialistas estadounidenses y británicos se peleaban por el botín de guerra en su zona. Stalin estaba convencido de que la mayor amenaza para la Unión Soviética era que los países imperialistas hicieran un frente común contra ella. Inicialmente, la política soviética respecto a Europa occidental después de la guerra estaba concebida para evitar esa confluencia de sus enemigos.

En Grecia, una guerra civil en curso sirvió como advertencia a los soviéticos y a los comunistas europeos de lo que podía ocurrir si actuaban demasiado pronto. Cuando las Potencias del Eje ocuparon Grecia en 1941, la izquierda del país formó un Frente de Liberación Nacional. El frente fue poco a poco cayendo bajo el control del Partido Comunista griego, y su brazo armado, el Ejército Popular de Liberación Nacional (ELAS) luchaba simultáneamente contra los alemanes y contra otros partidos griegos. Cuando los alemanes se retiraron a finales de 1944, los británicos organizaron un Gobierno de coalición y la gradual integración del ELAS en el Ejército griego. Pero ante la negativa a disolverse totalmente de las unidades comunistas, la coalición se rompió. Cuando la policía abrió fuego contra un mitin de izquierdas en Atenas en diciembre de 1944, matando a veintiocho civiles, el ELAS contraatacó. Los británicos respondieron con un bombardeo aéreo contra los bastiones comunistas en Atenas. Los dirigentes comunistas griegos, superados en armamento, y siguiendo el consejo de los soviéticos de que buscaran un compromiso, accedieron a disolver el ELAS en la primavera de 1945. Los combates prosiguieron en algunas zonas, en su mayoría provocados por los intentos de la derecha de expulsar a los

campesinos de las tierras que habían ocupado durante la guerra, o de castigar a los soldados del ELAS que habían combatido contra ellos. Unos 6.000 activistas del Frente de Liberación Nacional griego huyeron a Yugoslavia, en manos de los comunistas, a través de la frontera septentrional.

El desastre en Grecia llevó a Stalin a exigir al resto de partidos comunistas, desde China hasta Italia, que no actuaran prematuramente. Si bien los soviéticos creían que la Segunda Guerra Mundial iba a generar revoluciones, como les había enseñado Lenin a propósito de la Primera Guerra Mundial, esperaban que se produjeran sobre todo en aquellas zonas de Europa donde el Ejército Rojo podía contribuir a protegerlas, es decir en el este. La idea de Stalin era que los demás partidos comunistas no tenían ni la experiencia ni la comprensión teórica necesarias para tomar y conservar el poder por sí solos. Tan solo tenían posibilidades de derrotar de forma permanente a sus enemigos con la guía de la Unión Soviética y la protección del Ejército Rojo. El dirigente soviético recordaba muy bien las «repúblicas soviéticas» que habían surgido por toda Europa, desde Finlandia hasta Hungría y Baviera, a partir de 1918. A Stalin le gustaba explicar que dichas repúblicas habían sido aniquiladas rápidamente por una derecha mejor armada y organizada, y apoyada por los países imperialistas. Lo que hacía diferente a la década de 1940, a juicio de Stalin, era la existencia de la Unión Soviética como gran potencia política y militar.

En 1945, la posición estratégica de los soviéticos en Europa era verdaderamente extraordinaria, en comparación con la de Rusia en 1918, o en cualquier otro momento desde el final de las guerras napoleónicas. En poco más de un año, desde la primavera de 1944, el Ejército Rojo había acabado con cualquier tipo de resistencia a su paso desde lo más profundo de las llanuras de Rusia hasta una línea que discurría a grandes rasgos desde Lübeck y la isla danesa de Bornholm, por en medio de Alemania y Austria hasta el Adriático. Ahora la Unión Soviética estaba en Europa central. La desintegración del Tercer Reich de Hitler había sido tan repentina que existía escasa resistencia al control soviético en las zonas situadas tras las líneas del Ejército Rojo. En algunos países, como Bulgaria, Yugoslavia y

Checoslovaquia, en general los soviéticos eran bien recibidos como libertadores. En otros países, como Hungría, Polonia y los estados del Báltico, se les veía como conquistadores. Todo dependía de la experiencia histórica de la población local con Rusia y la Unión Soviética. Por supuesto, también dependía del grado en que las autoridades y la población locales habían colaborado con los alemanes. Pero una vez desaparecido el Reich de Hitler, los soviéticos gozaban de una hegemonía militar total en Europa oriental. En 1945, incluso quienes tenían motivos para odiar y desconfiar de los soviéticos se lo pensaban dos veces antes de enfrentarse a ellos.

No obstante, Stalin todavía no había tomado una decisión sobre lo que había que hacer con las inmensas regiones de Europa que ahora estaban bajo su control. Aunque su apreciación política le decía que ninguno de aquellos países estaba maduro para una revolución al estilo soviético, Stalin esperaba que la presencia del Ejército Rojo y de los asesores civiles soviéticos fortaleciera a la izquierda y posibilitara que los comunistas consiguieran una influencia sustancial. Cabía la posibilidad de que el ejemplo soviético hiciera virar a aquellos países hacia el socialismo, pensaban los dirigentes del Kremlin. Pero mientras tanto, Europa oriental era importante como zona parachoques contra cualquier posible ataque imperialista de Estados Unidos y Gran Bretaña contra la URSS. Stalin estaba convencido de que era preciso mantener la influencia soviética en esa parte de Europa, aunque quería llevarlo a cabo de forma que no provocara una ruptura con los estadounidenses y los británicos. La Unión Soviética tenía que reconstruirse. Y hasta que no se llevara a cabo esa reconstrucción, Stalin esperaba evitar una agresión de sus aliados en la Segunda Guerra Mundial.

La planificación soviética para Europa oriental durante la posguerra dejaba mucho que desear. El Kremlin había estado tan absorto en librar la guerra que hubo poco tiempo para meditar sobre los escenarios de la posguerra. De forma muy parecida a lo que hicieron Estados Unidos y Gran Bretaña –pero ni mucho menos con el mismo grado de detalle– los soviéticos habían elaborado algunos planes de contingencia sobre cómo

evitar la hambruna y la huida masivas en Europa oriental a medida que avanzaban sus tropas. Pero, aún en mayor medida que en Europa occidental, el curso de la guerra desbarataba incluso los planes más cuidadosamente trazados. A mediados de 1945, el Ejército Rojo controlaba mucho más territorio en Europa de lo que habían pronosticado casi todos los estrategas de Moscú. Los comandantes del Ejército Rojo buscaban autoridades locales capaces de establecer un mínimo de orden y de ayudar con la situación del abastecimiento, incluido el de sus propias tropas. En algunas regiones, donde los combates habían sido menos intensos, o donde la población local acogía a los soviéticos como sus libertadores eslavos de la tiranía de Alemania, esa táctica dio bastante buen resultado. Pero las atrocidades del Ejército Rojo en las zonas de guerra, o en los países no eslavos que se habían enfrentado a la URSS (Hungría, Rumanía y por supuesto Alemania) dificultaban la colaboración con la población local, incluso con quienes estaban dispuestos a cooperar con sus nuevos señores.

Las matanzas, las violaciones y los robos que perpetraban los soldados del Ejército Rojo contra la población civil contribuyeron mucho a imposibilitar que la Unión Soviética gobernara en Europa oriental. En Alemania, los soldados soviéticos violaron a cientos de miles de mujeres, puede que hasta a dos millones en total. Esas atroces experiencias se veían agravadas por la destrucción, los robos y los asesinatos gratuitos contra civiles desarmados. A mediados de 1945, en la zona soviética de ocupación de Alemania, había muy pocas familias que no hubieran sufrido la brutalidad del Ejército Rojo, igual que muchos otros habitantes de la mayoría de las zonas invadidas por los soviéticos. Una joven alemana de Prusia oriental formaba parte de un grupo de refugiados que fue atacado:

> Siguieron unas horas terribles, sobre todo para las mujeres. De vez en cuando entraban unos cuantos soldados, y también oficiales, y se llevaban a las niñas y a las mujeres jóvenes. No servía de nada ni gritar ni suplicar. Empuñando sus revólveres, agarraban a las mujeres por las muñecas y se las llevaban a rastras. A un padre que quiso proteger a su hija lo sacaron al patio y lo mataron de un tiro. Y los soldados se ensañaron aún más con aquella chica. Sobre el amanecer volvió, con el terror pintado en sus ojos infantiles. En el transcurso de aquella noche había envejecido varios años.[6]

Los dirigentes soviéticos intentaban disculpar la conducta de sus soldados señalando la crueldad sistemática de los alemanes y sus aliados dentro de la URSS durante la guerra. Algunos propagandistas y oficiales soviéticos incitaban al salvajismo a sus soldados. Para ellos era una cuestión de venganza. Pero incluso para Stalin, que arremetía fácilmente contra sus subordinados cuando manifestaban conductas que él consideraba contraproducentes para sus aspiraciones, los crímenes de guerra soviéticos carecían de importancia. Stalin le dijo a un grupo de comunistas yugoslavos que se quejó de la conducta del Ejército Rojo: «Hay que comprender el alma del soldado que ha recorrido 3.000 kilómetros de batallas desde Stalingrado hasta Budapest. El soldado piensa que es un héroe, todo le está permitido, tiene permiso para hacer cualquier cosa, hoy está vivo y mañana pueden matarle, [y] todo le será perdonado. Los soldados están cansados, están rendidos por una guerra prolongada y difícil. Es un error adoptar el punto de vista de un "intelectual decente"».[7] Los estadounidenses, los británicos y los franceses también cometieron crímenes de guerra al final de la contienda en Europa. Pero esos crímenes palidecían en comparación con los perpetrados por los soviéticos, que afectaron a millones de familias y dejaron tras de sí un legado de odio para las generaciones futuras.

Por consiguiente, los comunistas de Europa oriental iniciaron su agitación de posguerra en unas circunstancias difíciles. El comunismo nunca había tenido fuerza en la región, salvo tal vez en Checoslovaquia, donde antes de la guerra el Partido Comunista había obtenido aproximadamente el 10 % de los votos en unas elecciones libres.[8] En los demás países, el apoyo a los partidos comunistas fue minúsculo, y las dictaduras de Europa oriental habían sido de derechas, nacionalistas, anticomunistas y autoritarias. Aunque restaban importancia a la conducta de su Ejército, los dirigentes soviéticos veían con bastante claridad los puntos débiles del comunismo en Europa oriental. Estaban convencidos de que no se daban las condiciones sociales y económicas para un avance del socialismo, al menos por el momento. En algunos países iba a resultar difícil de lograr, incluso con el apoyo y la guía de la URSS. Los primeros informes soviéticos enviados desde Europa oriental en 1945 hablaban de

forma bastante negativa de las condiciones políticas locales, sobre todo –como cabía esperar– en Polonia y en Hungría. El propio Stalin desdeñaba el potencial para una revolución autóctona con una metáfora de estar por casa: «El comunismo le quedaría a Polonia como una silla de montar a una vaca», le dijo a Harry Hopkins, el enviado de Roosevelt, en 1944.[9]

Así pues, ¿cuál era la forma de Gobierno en Europa oriental a la que aspiraban los soviéticos? Al carecer de la experiencia del pluralismo en su país, y al considerar una farsa la «democracia burguesa», naturalmente los soviéticos aspiraban a unos regímenes autoritarios que excluyeran a los enemigos de la URSS antes de la guerra y durante la contienda, que obedecieran las instrucciones de Stalin y que incluyeran a los partidos comunistas locales. Teniendo en cuenta que en el pasado no había existido demasiado aprecio por Stalin en la región, y que los comunistas no tenían fuerza, existía una base muy estrecha desde la que gobernar. Ya en otoño de 1945 los soviéticos constataron que no disponían de los instrumentos para garantizar su influencia en Europa oriental en el futuro, tras la retirada del Ejército Rojo.

Bulgaria es un ejemplo de lo que significaba en la práctica todo aquello. Tras el hundimiento del viejo régimen proalemán, el Gobierno de coalición del Frente Patriótico, formado apresuradamente, fue cayendo poco a poco bajo el control del Partido Comunista búlgaro. Aunque eran pocos, los comunistas utilizaron sus privilegiadas relaciones con el Ejército Rojo para asumir el mando del Ministerio del Interior y de la policía. Miles de simpatizantes de los partidos de derechas que se oponían a los comunistas fueron juzgados por los tribunales populares creados por el nuevo Gobierno u organizados a nivel local por activistas comunistas. Muchos de ellos fueron enviados a campos penitenciarios o ejecutados. Pero aunque el Partido Comunista iba ganando influencia y apoyo, la mayoría de los búlgaros seguían prefiriendo al Partido de los Campesinos, un grupo reformista agrario de izquierdas que había entrado a formar parte del Frente Patriótico. En un país donde más del 80 % de la población eran campesinos, las cosas difícilmente habrían podido ser de otra manera.

Por consiguiente, los comunistas búlgaros se enfrentaban a un dilema. Los soviéticos les decían que la forma de Gobierno adecuada para Bulgaria, en aquella fase de su desarrollo, era un Gobierno de coalición «democrático», lo que significaba un Gobierno de izquierdas que pudiera dirigir el país eficazmente y estuviera en deuda con Moscú. A Gueorgui Dimitrov, antiguo presidente de la Tercera Internacional, que había vuelto a su país para hacerse cargo del Partido Comunista búlgaro, le dijeron que era bueno que los comunistas ampliaran su influencia, pero sin escindirse de la «unidad» con el Partido de los Campesinos y otras fuerzas «progresistas». Pero al mismo tiempo, los dirigentes agrarios se mostraban cada vez más críticos con los comunistas y sus planes, que incluían la rápida industrialización de Bulgaria. En mayo de 1945, los comunistas orquestaron una escisión en el seno del Partido de los Campesinos, del que se separó una pequeña facción procomunista. La mayoría, encabezada por el formidable Nikola Petkov, dimitió de sus cargos en el Gobierno y se presentó con una lista alternativa a las elecciones de octubre de 1945. Tras una intensa campaña de intimidación a los votantes, y una serie de fraudes descarados, el Frente Patriótico, dominado por los comunistas, ganó las elecciones. A partir de entonces Dimitrov fue el amo de la situación. Convirtió al país en una república popular, es decir en una república bajo el control de los comunistas; obligó a los socialdemócratas a fusionarse con los comunistas, y detuvo a los principales dirigentes de la oposición no comunista. Mientras tanto, Petkov fue detenido, condenado a muerte y ahorcado en 1947.

El concepto de «república popular» fue un invento de los soviéticos a partir de 1924, creado para su uso en Mongolia Exterior, un territorio de Asia oriental bajo control del Ejército Rojo que Moscú no podía integrar como una república soviética de pleno derecho sin tener graves problemas con China, que llevaba siglos gobernando la región. Pero el concepto de república popular también encajaba con la situación en Europa oriental. Stalin no quería integrar los países del este de Europa en la Unión Soviética; hacerlo habría supuesto una provocación innecesaria para los estadounidenses y para los europeos occidentales. También habría

significado la presencia de un gran número de pueblos hostiles y resistentes dentro del territorio soviético. Las repúblicas populares vinieron a ser un término medio: podían llegar a ser plenamente comunistas, pero no enteramente soviéticas. A principios de 1947 Stalin seguía sin tomar una decisión sobre el modelo de composición de los futuros gobiernos de Europa oriental. Prefería los gobiernos de coalición, encabezados por unos partidos comunistas poderosos. La teoría política marxista-leninista le decía que las «revoluciones» de Europa oriental eran revoluciones «democráticas nacionales», no socialistas. El pleno Gobierno soviético llegaría cuando las circunstancias lo permitieran, es decir cuando los partidos comunistas lograran la hegemonía plena sobre la clase trabajadora.

Rumanía suponía un peculiar desafío para las políticas soviéticas. También había sido aliada de Alemania, y había imitado a los nazis asesinando a cientos de miles de judíos y romaníes. No cambió de bando hasta agosto de 1944, cuando la guerra empezó a ir mal para Hitler. El Partido Comunista rumano no tenía fuerza, estaba plagado de facciones, y no tenía un líder claro como Dimitrov en Bulgaria. Y lo que era peor, a juicio de Stalin el Partido Comunista del país estaba dominado por «no rumanos» –esencialmente por judíos y húngaros– que no podían ser reconocidos como líderes «nacionales». Al terminar la guerra el Ejército Rojo tenía un control militar total del país, con un millón de soldados soviéticos emplazados en Rumanía. Pero ¿a quién se podía recurrir para conseguir un liderazgo local eficaz? Los soviéticos decidieron instalar un Gobierno de coalición, como en Bulgaria, con un Ministerio del Interior, y por consiguiente una policía, controlado por el Partido Comunista. El joven rey de Rumanía, Miguel, protestó. A Miguel se le consideraba un héroe nacional tras destituir a los dirigentes proalemanes, pero Andréi Vyshinski, el enviado soviético, no le dio ninguna opción. «Dispone usted de dos horas y cinco minutos para comunicar a la población que [el Gobierno] ha sido destituido –le espetó al rey el subsecretario soviético de Asuntos Exteriores–. A las ocho tendrá que informar al público de quién es el sucesor.»[10] En noviembre de 1945, la coalición encabezada por los comunistas ganó las elecciones gracias a la intimidación y el fraude

generalizados. Dos años después, la coalición obligó a abdicar al rey. El Gobierno anunció que se ponía en marcha la nueva República Popular de Rumanía.

Puede que controlar a Bulgaria y a Rumanía resultara un asunto espinoso para los soviéticos, pero ambos países palidecían ante la verdadera prueba de fuego, que era Polonia. En Polonia, el más grande de los países europeos que habían pasado a estar bajo el control militar de la URSS, existía un odio generalizado a los soviéticos. La Rusia imperial había sido dueña y señora de algunas zonas del territorio polaco desde el siglo XVIII. Los comunistas soviéticos habían librado y perdido una guerra contra Polonia a principios de la década de 1920. Stalin y Hitler habían invadido el país y se lo habían repartido entre ellos en 1939. Después, tras felicitar a los alemanes por haber conquistado Varsovia, el ministro de Asuntos Exteriores Mólotov le explicaba a sus socios que la URRS «tenía la intención de aprovechar la oportunidad del ulterior avance de las tropas alemanas para declarar que Polonia se estaba desintegrando y que, por consiguiente, era necesario que la Unión Soviética acudiera a ayudar a los ucranianos y los rusos blancos».[11] En el transcurso de esa «ayuda» los soviéticos implantaron un reino del terror en la parte de Polonia que habían ocupado hasta 1941, cuando sus socios alemanes les traicionaron. Después, en 1944, el Ejército Rojo se quedó de brazos cruzados mientras los alemanes masacraban la resistencia a la desesperada de los polacos en Varsovia. Un imponente historial sobre el que construir una cordial alianza entre vecinos.

Y a pesar de todo, Stalin estaba convencido de que su régimen era capaz de construir una nueva Polonia, donde el Partido Comunista polaco (PPR), por minoritario que fuera, desempeñara un papel relevante. Un peculiar ejército mixto constituía un factor a tener en cuenta. Después de que Hitler invadiera la Unión Soviética, el Ejército Rojo empezó a reclutar soldados polacos para luchar contra los nazis. La mayoría de ellos procedían directamente de los campos de prisioneros de la URSS, donde estaban recluidos desde 1939. No es de extrañar que Stalin se diera cuenta enseguida de que mantener un ejército así en suelo soviético era una mala idea. Discretamente, consiguió que los británicos enviaran a la mayor parte

de aquellos polacos a combatir en el Mediterráneo, a las órdenes del Gobierno polaco en el exilio. Pero algunos se quedaron y formaron el Ejército polaco en la URSS, que combatía bajo el mando del Ejército Rojo. Eran una mezcla de comunistas, izquierdistas, polacos orientales y de soldados que simplemente querían luchar contra los alemanes más cerca de su patria que en los lejanos campos de batalla del norte de África o de Italia.

En enero de 1945, antes de la Conferencia de Yalta, los soviéticos habían establecido un Gobierno provisional de la República de Polonia, ignorando al Gobierno en el exilio, con el que (comprensiblemente) tenían malas relaciones. En Yalta, las potencias habían acordado una fusión de los dos gobiernos y la celebración de elecciones libres en Polonia lo antes posible. Fue un intento de llegar a un compromiso que no dejó contento a nadie, pero se basaba en la realidad militar sobre el terreno: el Ejército Rojo tenía control total sobre Polonia. El jefe de Estado Mayor del presidente Roosevelt, William Leahy, le señaló en privado al presidente que la promesa de Stalin era «tan elástica que los rusos pueden estirarla desde Yalta hasta Washington sin llegar a romperla técnicamente».[12] El nuevo Gobierno «de coalición» de Varsovia era un prodigio de disimulo comunista: técnicamente era de mayoría no comunista, incluía a algunos ministros que habían regresado desde Londres, pero en realidad estaba controlado por los comunistas polacos bajo la tutela de los soviéticos.

Después de la guerra, la gran pregunta para los comunistas polacos era cómo mejorar su atractivo público. La historia estaba en su contra. El brutal comportamiento de los soldados del Ejército Rojo no contribuía a mejorar las cosas. Incluso el hombre que los soviéticos habían elegido a dedo como jefe del Partido Comunista polaco, Władysław Gomułka, señalaba que «los errores que han cometido los órganos soviéticos con respecto a los polacos (las deportaciones) han influido en la opinión pública [...]; teniendo en cuenta esas actitudes, existe el peligro de que se nos acuse de ser agentes soviéticos y de que seamos objeto de aislamiento».[13] Pero los comunistas también tenían claras ventajas. Contaban con el apoyo del Ejército Rojo y del Ejército polaco en la URSS en caso de que surgieran problemas. Su Gobierno gozaba del reconocimiento internacional. Puede que su partido

estuviera en una mala situación, pero lo mismo ocurría con todos los demás partidos políticos. Tenían la ventaja de que el principal tratado con la Unión Soviética se firmó antes de la investidura del nuevo Gobierno de coalición, y antes de la crucial decisión de incorporar a Polonia los antiguos territorios alemanes y de ceder a los soviéticos los territorios polacos del este, unas medidas que habían rubricado las grandes potencias en Yalta. Por consiguiente, los comunistas polacos y sus aliados podían alegar que estaban sacando el máximo partido de una situación difícil: afirmaban que ellos representaban no solo una rápida modernización de un país arrasado por la guerra, sino también la estabilidad y la independencia.

Por inverosímil que parezca, los comunistas polacos lograron que su mensaje calara entre bastante gente. Como ocurría en toda Europa oriental, la gente estaba cansada de combatir y de pasar hambre. Puede que no les gustara el nuevo Gobierno, pero suponía autoridad y estabilidad. A finales de 1945, Stalin les dijo a los comunistas polacos que sus logros no estaban siendo suficientemente reconocidos. «Resulta ridículo que tengáis miedo de que se os acuse de estar en contra de la independencia. [...] Vosotros sois los que habéis construido la independencia. Si no existiera el PPR, no habría independencia. Vosotros creasteis el Ejército, construisteis las estructuras del Estado, el sistema financiero, la economía, el Estado. [...] En vez de decirle eso a todo el mundo, solo decís que apoyáis la independencia. El PPR convirtió a la URSS en una aliada de Polonia. Tenéis los argumentos delante y no sabéis cómo utilizarlos.»[14] Pero no solo Stalin pensaba que la situación de los comunistas polacos había mejorado mucho. Muchos polacos a los que no les gustaban ni los soviéticos ni los comunistas locales se adaptaron al régimen. El escritor lituano-polaco Czesław Miłosz, que entonces tenía treinta y dos años, y que posteriormente escribió uno de los análisis más mordaces –y precisos– de la adaptación de los intelectuales en Europa oriental, accedió a trabajar en el Ministerio de Asuntos Exteriores del nuevo Gobierno. «Yo estaba encantado –escribía Miłosz–, de ver que por fin se hacía añicos la estructura semifeudal de Polonia, que se abrían las universidades a los obreros y campesinos jóvenes, que se ponía en marcha

una reforma agraria y que el país por fin emprendía el camino de la industrialización.»[15]

Mientras tanto proseguían los intentos de los comunistas de asegurarse el control del Estado y de la sociedad polacos. A mediados de 1946 consiguieron, por las buenas o por las malas, la mayoría en un referéndum a favor de la reforma agraria y de la nacionalización de las industrias básicas. Durante aquel año, poco a poco, los comunistas, con la ayuda de los soviéticos, les ganaron la partida a sus socios de la coalición de izquierdas y los marginaron. Unos cuantos políticos valientes –como Stanisław Mikołajczyk, máximo dirigente del centrista Partido Popular polaco– intentaron ponerles freno, y la Iglesia católica polaca protestó por el hecho de que el país estuviera gobernado por los comunistas ateos. Pero en Polonia nadie tenía una estrategia para impedir la hegemonía comunista. Y tampoco Gran Bretaña ni Estados Unidos. Tanto Ernest Bevin, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores británico, como James F. Byrnes, secretario de Estado estadounidense, les recordaban una y otra vez a los soviéticos su obligación de organizar unas elecciones libres en Polonia. Pero ninguno de los dos pensaba que Stalin supiera cómo organizar unas elecciones libres aunque quisiera. Y Stalin no quería que los polacos votaran en libertad porque sabía que a pesar de los avances de los comunistas en Polonia, no existía la mínima posibilidad de que ellos y sus aliados ganaran. Cuando por fin Stalin accedió a la celebración de unas elecciones en enero de 1947 –irónicamente, sobre todo como un intento tardío de apaciguar a las demás grandes potencias– los soviéticos y los comunistas polacos se aseguraron de que no se tuviera en cuenta ni un solo voto que no les conviniera. Con engaños, coacciones y la exclusión de los candidatos de la oposición mediante acusaciones falsas, el Bloque Democrático encabezado por los comunistas afirmó que había conseguido más del 80 % de los votos. Los dirigentes de la oposición acabaron en la cárcel o en el exilio. Pero los soviéticos todavía no se sentían seguros. Uno de sus funcionarios destacados en Polonia, encargado de la cultura, informaba a Moscú de que estaba haciendo constantes esfuerzos para «sugerir a los polacos la idea de que solo en un clima de amistad con la URSS lograrán la paz y la prosperidad

económica, que cualquier otra vía equivale a problemas para el país; [...] promover el poderío económico y militar de la URSS; [y] que se desvanezcan las afirmaciones calumniosas sobre el atraso de la cultura y la tecnología soviéticas». Pero no era capaz de informar de grandes avances.[16]

De todos los países que el Ejército Rojo ocupó a partir de 1944, Checoslovaquia y Hungría eran los más desarrollados. Antes de 1918, Hungría había sido un elemento clave del Imperio austrohúngaro, que dominaba Europa central. Durante la Segunda Guerra Mundial, su régimen autoritario de derechas se había aliado con la Alemania nazi, con desastrosas consecuencias una vez acabada la guerra. Los soviéticos se abrieron paso a cañonazos a través de Hungría oriental hasta la capital, Budapest, que a continuación fue sometida a un asedio devastador. Cuando el Gobierno húngaro intentó acordar un alto el fuego, los fascistas locales se sublevaron y siguieron luchando al lado de los alemanes hasta la rendición de Alemania en mayo de 1945. En mayor medida que sus vecinos, a los húngaros les había tocado la peor parte: no solo el país había sido devastado por la guerra, sino que sus élites no habían sido capaces de cambiar de bando a tiempo. Por consiguiente, Hungría no solo fue ocupada por el Ejército Rojo, sino por los rumanos, con los que el país tenía numerosas disputas territoriales superpuestas.

La idea que Stalin tenía de Hungría estaba condicionada por la triste suerte que corrió la efímera República Soviética húngara en 1919 y por lo que a su juicio era la fuerza de la derecha. A los dirigentes comunistas húngaros que regresaron desde Moscú para recomponer su partido en Budapest les dijo que tuvieran cuidado. «No seáis parcos en palabras, [pero] no asustéis a nadie –advertía el Jefe–. Cuando tengáis más fuerza, podréis dar el siguiente paso.»[17] Efectivamente, las políticas de reforma agraria del Gobierno de coalición que se puso al mando del país tras la capitulación de Alemania fueron populares, y los comunistas consideraban que gran parte del mérito era suyo. Presumían de su influencia ante Stalin. El dirigente soviético, por mucho que desconfiara de los dirigentes del Partido Comunista húngaro, en su mayoría judíos, autorizó la celebración de elecciones en Hungría en otoño de 1945, presuponiendo que los comunistas

iban a conseguir buenos resultados. También es probable que Stalin pretendiera que su generosidad hacia los húngaros redujera las tensiones con sus aliados mientras él tomaba una decisión sobre el futuro del país.

Las elecciones de 1945 en Hungría se convirtieron en un desastre para los comunistas. Conforme a cualquier criterio estándar, el Partido Comunista obtuvo un buen resultado, al conseguir el 16 % de los votos en un país donde el partido no existía unos pocos meses atrás. Pero como los soviéticos esperaban que los comunistas consiguieran un resultado mucho mejor y –lo que era mucho peor– como el derechista Partido de los Pequeños Propietarios obtuvo más del 50 % de los votos, Stalin tuvo miedo de perder el control de un país que se encontraba en la frontera de su nueva esfera de influencia. Stalin dio instrucciones a su viejo camarada, el mariscal Kliment Voroshílov, representante soviético en Hungría, para que insistiera en que «a los comunistas se les diera el Ministerio del Interior; recomendara la creación de dos vicepresidencias del Gobierno adicionales que fueran asignadas a los comunistas y a los socialdemócratas; prestara atención sobre todo a que quienes entraran a formar parte del nuevo Gobierno húngaro desde las filas del Partido de Pequeños Propietarios y del Partido Socialdemócrata fueran también aceptables desde el punto de vista personal para el Gobierno soviético».[18]

Mediante la emisión de aquel ultimátum, los soviéticos se aseguraron una considerable influencia de los comunistas en el nuevo Gobierno. A pesar de su mayoría de votos, el Partido de los Pequeños Propietarios seguía siendo rehén de las políticas de los comunistas, debido a la manipulación soviética y porque creían que enfrentarse a los comunistas pondría en peligro la buena voluntad de Moscú respecto a las aspiraciones territoriales de Hungría. La situación económica de Hungría era precaria, y dado que Moscú impedía que Budapest solicitara préstamos a Estados Unidos, la ayuda exterior únicamente podía provenir de la URSS. A mediados de 1947, los comunistas húngaros, liderados por el inveterado estalinista Mátyás Rákosi, tenían la sensación de que ya habían diezmado lo suficiente a sus socios de coalición, mediante detenciones, deportaciones e intimidaciones, como para que pudieran celebrarse unas nuevas elecciones. En agosto de

1947, el Partido Comunista y sus aliados de izquierdas consiguieron el 60% de los votos, tras numerosos fraudes electorales. En vista del aumento de la confrontación con sus antiguos aliados Stalin dio su bendición al nuevo régimen, aunque seguía sin estar seguro de si los comunistas húngaros eran capaces de manejar la situación.

Entre 1944 y 1947 las políticas soviéticas en Europa oriental dieron lugar a numerosos conflictos con Estados Unidos y Gran Bretaña. Pero las políticas estadounidenses y soviéticas –que en parte obedecían al comportamiento de Moscú en el este– también contribuyeron a convencer a Stalin de que la única forma de asegurar el control soviético de Europa oriental era mediante regímenes comunistas. Teniendo en cuenta que los soviéticos ya controlaban militarmente la región, es probable que la sovietización de Europa central se hubiera producido independientemente de cuáles fueran las políticas de las demás potencias. A lo largo de la frontera europea de la URSS había numerosos estados muy débiles, en su mayoría restos del Imperio austrohúngaro que se había desmoronado en 1918. Tras el derrumbe de Alemania en 1945, parecía probable que cayeran bajo control soviético. Pero no cabe duda de que la aparición de una Guerra Fría entre la URSS y Estados Unidos provocó que la toma del poder absoluto por los comunistas en todos los países de Europa oriental resultara más crucial y apremiante para Moscú. Es posible que en 1947 Stalin siguiera creyendo que sus vecinos no estaban preparados para el socialismo. Pero había llegado a la conclusión de que únicamente el dominio de los comunistas podía garantizar el grado de seguridad al que aspiraba la Unión Soviética.

Tras la Conferencia de Potsdam, Gran Bretaña y Estados Unidos protestaron reiteradamente contra la conducta de los soviéticos en los países que ocuparon al final de la guerra. Las reuniones periódicas de los ministros de Asuntos Exteriores de los aliados fueron haciéndose cada vez más conflictivas, aunque la administración de Truman era consciente de que no podía modificar las políticas soviéticas en las zonas controladas por el Ejército Rojo. El presidente quería que la desmovilización de la posguerra siguiera su curso, y traer a las tropas estadounidenses de vuelta desde

Europa. Pero Estados Unidos y Gran Bretaña, en una colaboración cada vez más estrecha, tenían enfrentamientos verbales con los soviéticos a propósito de las reparaciones de guerra por parte de Alemania e Italia, por el contenido de los acuerdos de paz con Rumanía, Bulgaria y Hungría, y por la cuestión de la ciudad italiana de Trieste, que había sido ocupada por los comunistas yugoslavos al final de la guerra. Ernst Bevin, el irascible ministro de Asuntos Exteriores británico, se puso furioso con su colega soviético, Mólotov, en una reunión celebrada en París en el verano de 1946. A su juicio, afirmaba Bevin, «el procedimiento de esta conferencia consistía en no decidir nada». El ministro ruso respondió tranquilamente que «Bevin no debía subestimar su aportación para contribuir a llegar a ese resultado».[19] En Washington, el presidente Truman anotaba que estaba «cansado de malcriar a los soviéticos».[20]

En la primavera de 1947 muchos europeos y la mayoría de los dirigentes estadounidenses ya estaban obsesionados con la pauta aparentemente implacable del expansionismo soviético en Europa oriental. Daba igual que las cosas no parecieran así desde Moscú o desde los propios países de Europa oriental. En todos esos lugares el giro de los acontecimientos parecía más contingente, más diverso, y en general más caótico. Sin embargo, en Occidente, muchos de los que habían vivido la década de 1930 señalaban ciertas semejanzas con el expansionismo nazi. Y además estaba la cuestión de su magnitud: daba la impresión de que el control soviético estaba imponiéndose sobre media Europa. A pesar de que Stalin solo actuaba en los países que habían acabado bajo el control del Ejército Rojo, en el fuero interno de muchos europeos y estadounidenses el concepto de «Europa oriental» no tenía un límite claro. ¿Acaso Finlandia y Noruega eran radicalmente distintas de Checoslovaquia? ¿Grecia y Turquía eran diferentes de Bulgaria y Yugoslavia? Desde el lejano punto de vista actual puede que efectivamente parezca así, y por consiguiente es posible que las ambiciones soviéticas se nos antojen más limitadas. Pero para quienes se habían criado en una Europa más diversa, donde no existían unas líneas divisorias claras, esas líneas de demarcación resultaban difíciles de discernir.

Desde el principio de su mandato, el presidente Truman estaba convencido de que los soviéticos eran expansionistas por naturaleza, pero también de que no iban a correr el riesgo de una ruptura total con Estados Unidos y Gran Bretaña. Sin embargo, a lo largo de los dos años siguientes, Truman empezó a dudar de su apreciación original. Estaba furioso con la conducta de los soviéticos en Europa oriental, donde consideraba que Stalin había incumplido las promesas que le hizo a Roosevelt sobre el establecimiento de democracias en la región. También estaba convencido de que los soviéticos se empeñaban cada vez más en una actitud de confrontación, no solo en Europa sino también en Asia. Muchos dirigentes que gozaban del respeto de Truman alimentaban su desconfianza. En un discurso que pronunció en marzo de 1946 en el Westminster College de Fulton, Misuri, el exprimer ministro británico Winston Churchill volvió a hablar de un peligro inminente. Churchill ya había ensayado el tema del discurso en una carta que le había escrito a Truman el año anterior, sobre todo el motivo de que «ha caído un telón de acero a través del continente». Pero esta vez lo decía en público. El viejo león rugía:

> Desde Stettin, en el Báltico, hasta Trieste, en el Adriático, un telón de acero ha caído sobre el continente. Tras esa línea están todas las capitales de los antiguos estados de Europa central y oriental. Varsovia, Berlín, Praga, Viena, Budapest, Belgrado, Bucarest y Sofía, todas esas famosas ciudades y las poblaciones que las rodean se encuentran en lo que debo denominar la esfera soviética, y todas ellas están sometidas de una forma u otra no solo a la influencia soviética, sino también a un grado muy alto y, en muchos casos cada vez mayor, de control desde Moscú. [...] Ante el telón de acero que se extiende a través de Europa hay otros motivos de preocupación. [...] El futuro de Italia pende de un hilo. [...] En un gran número de países, lejos de las fronteras de Rusia, y a lo largo y ancho de todo el mundo, las quintas columnas comunistas se consolidan y trabajan en total unidad y en obediencia absoluta a las directrices que reciben del centro comunista. La última vez lo vi venir y alerté a voz en grito a mis compatriotas y al mundo entero, pero nadie me prestó la mínima atención. [...] Indudablemente no debemos permitir que eso vuelva a ocurrir.[21]

George F. Kennan, un joven diplomático estadounidense de gran talento, que había prestado servicio en Moscú durante la guerra, se hacía eco de la advertencia de Churchill. El «largo telegrama de Kennan», como

vino en llamarse, enviado desde Moscú el 22 de febrero de 1946 al Departamento de Estado, se convirtió en un documento influyente y muy difundido en la administración. En el telegrama, Kennan calificaba la política de Moscú de intrínsecamente agresiva y expansionista debido a su ideología marxista-leninista. Aunque el pueblo ruso prefería la paz, era rehén de un partido que se aprovechaba de las tradicionales inseguridades rusas frente a las regiones más avanzadas de Europa. El pasado les había enseñado a los rusos que únicamente era posible alcanzar la seguridad mediante la destrucción del enemigo. Y la actual aspiración soviética consistía en debilitar a las potencias extranjeras, mediante divisiones y subversión, hasta que la hegemonía de Moscú fuera total:

> He aquí una fuerza política comprometida fanáticamente con la convicción de que no puede existir una forma de coexistencia permanente con Estados Unidos, de que es deseable y necesario desestabilizar la armonía interna de nuestra sociedad, destruir nuestra forma de vida tradicional, quebrar la autoridad internacional de nuestro Estado, si lo que se pretende es asegurar el poder soviético. Esa fuerza política tiene una capacidad total de disponer de las energías de uno de los mayores pueblos del mundo y de los recursos del territorio nacional más rico del mundo, y es arrastrada por las profundas y poderosas corrientes del nacionalismo ruso. Por añadidura, dispone de un elaborado y extenso aparato para ejercer su influencia en otros países, un aparato de una flexibilidad y versatilidad asombrosas, gestionado por personas cuya experiencia y cualificación en los métodos de la clandestinidad probablemente no tienen parangón en la historia.[22]

Sin embargo, al igual que sus superiores en Washington, Kennan estaba convencido de que era posible evitar la guerra. Stalin no iba a asumir riesgos innecesarios. Y la URSS seguía siendo mucho más débil que Estados Unidos, y tenía importantes problemas internos. No obstante, contener la amenaza soviética implicaba que la administración de Truman tenía que ser más atrevida en su política exterior:

> Debemos formular y plantear a las demás naciones un cuadro del tipo de mundo que nos gustaría ver mucho más positivo y constructivo que el que hemos presentado en el pasado. No basta con instar a la gente a desarrollar procesos políticos parecidos a los nuestros. Muchos pueblos extranjeros, por lo menos en Europa, están cansados y asustados por las experiencias del pasado, y están menos interesados en la libertad abstracta que en la seguridad. Están buscando una guía,

en vez de responsabilidades. Deberíamos ser más capaces que los rusos a la hora de proporcionársela. Y a menos que lo hagamos nosotros, los rusos sin duda lo harán.[23]

El mensaje de George Kennan era más un resumen de la dirección que ya estaban tomando muchos responsables de las políticas estadounidenses que una receta innovadora en materia de política. Además, en algunos puntos resultaba contradictorio: los soviéticos eran intrínsecamente agresivos, pero también capaces de transigir. Pero tuvo amplia resonancia entre unos funcionarios ávidos de formas de explicar un mundo cada vez más complicado. A pesar de que en la reunión de ministros de Asuntos Exteriores de París se llegó a algunos compromisos, otras preocupaciones, como un nuevo recrudecimiento de la Guerra Civil griega y las nuevas exigencias soviéticas sobre Turquía, vinieron a ensombrecer el panorama a finales de 1946. A Truman le preocupaba cada vez más que los soviéticos pudieran estar planeando hacerse con el control de los estrechos del mar Negro y contribuir a una victoria de los comunistas en Grecia. Una victoria decisiva de esas características concedería a la Unión Soviética el control del Mediterráneo oriental. Además, supondría un grave varapalo para Gran Bretaña, tradicionalmente la potencia hegemónica en la región, en un momento en que la situación económica interna del Reino Unido parecía ir de mal en peor. En un intento calculado de conseguir que Estados Unidos respaldara los intereses de Londres tanto en las palabras como en los hechos, el Gobierno laborista británico solicitó oficialmente la ayuda de Truman.

En aquel momento el presidente de Estados Unidos tenía ante sí algunas decisiones complicadas. Aunque la economía se había salvado de la crisis de posguerra que muchos habían pronosticado, el Partido Demócrata de Truman había obtenido malos resultados en las elecciones celebradas a mitad del mandato presidencial, en noviembre de 1946, ya que el Partido Republicano se había hecho con el control de ambas cámaras del Congreso por primera vez desde 1932. Durante la campaña, los adversarios de Truman le habían censurado por estar demasiado obsesionado con ayudar a los países extranjeros y por ser demasiado blando con Stalin y los

comunistas. Con una opinión pública que se movía en direcciones distintas al mismo tiempo, Truman tenía la sensación de que la situación requería un liderazgo decidido. Aunque el presidente sabía muy poco sobre asuntos exteriores y los comprendía menos aún, su temperamento, así como su intuición política, le dictaron el camino a seguir. Truman había estado buscando la forma de enfrentarse a los soviéticos. La encontró en Grecia y en Turquía. En marzo de 1947 pronunció un discurso ante una sesión conjunta del Congreso, donde solicitó hasta cuatrocientos millones de dólares (4.300 millones de hoy) de ayuda económica y militar inmediata de Estados Unidos a los dos países. «Hoy, la existencia misma del Estado griego se ve amenazada por las actividades terroristas de varios miles de hombres armados, encabezados por los comunistas, que desafían la autoridad del Gobierno», dijo Truman.

> No haremos realidad nuestros objetivos [...] a menos que estemos dispuestos a ayudar a los pueblos libres a conservar sus instituciones libres y su integridad nacional contra los movimientos agresivos que pretenden imponerles unos regímenes totalitarios. No es más que un franco reconocimiento de que los regímenes totalitarios impuestos a los pueblos libres, mediante la agresión directa o indirecta, socavan los cimientos de la paz internacional y por consiguiente la seguridad de Estados Unidos. [...] Estoy convencido de que la política de Estados Unidos debe consistir en apoyar a los pueblos libres que se resisten a los intentos de sojuzgamiento por unas minorías armadas o por presiones exteriores.[24]

El general George C. Marshall, nuevo secretario de Estado de Truman, al que el presidente calificaba como el hombre más admirado de Estados Unidos, planteó la situación en unos términos aún más crudos en una reunión a puerta cerrada con los líderes del Congreso. «Hemos llegado a una situación que no tiene parangón desde la historia antigua –les dijeron Marshall y su subsecretario, el engolado y seguro de sí mismo Dean Acheson, según un resumen de aquella reunión–. Una situación donde el mundo está dominado por dos grandes potencias. No hemos vivido una polarización del poder como esta ni desde los tiempos de Atenas y Esparta, ni de Roma y Cartago. Así pues, no se trata de sacarle las castañas del fuego a Gran Bretaña. Se trata de la seguridad de Estados Unidos. Se trata de si

dos tercios de la superficie del mundo [...] deben estar bajo el control de los comunistas.»[25] La administración estaba siguiendo el consejo que le dio a Truman el senador republicano internacionalista Arthur Vandenberg: la Casa Blanca solo podía conseguir lo que quería por el procedimiento de «meterle el miedo en el cuerpo al pueblo estadounidense». Y el discurso de Truman –que posteriormente vino en llamarse la Doctrina Truman– asustó al Congreso lo bastante como para que este le concediera sus deseos al presidente.

Mientras los soviéticos estaban ocupados sometiendo a Europa oriental, y los estadounidenses debatían su futuro papel en ultramar, la situación económica de Europa occidental seguía deteriorándose. En contra de lo esperado en Washington o en Londres, la situación de la oferta en la mayor parte de Francia y los Países Bajos, por no hablar de Alemania e Italia, no había mejorado a medida que se estabilizaba la situación militar y política. Al contrario, el invierno de 1946-1947 fue de los peores que habían sufrido nunca los europeos, con unas existencias de alimentos cada vez más exiguas, con unas divisas inestables, y una producción industrial en declive. En una nota que le envió a su jefe, el secretario de Estado Marshall, el subsecretario de Estado para Asuntos Económicos, William Clayton, exponía las crudas realidades en mayo de 1947:

> Ahora ya está claro que subestimamos enormemente la destrucción que la guerra ha ocasionado a la economía europea. Comprendíamos la destrucción física, pero no logramos tener plenamente en cuenta los efectos del trastorno económico en la producción. [...] Europa se está deteriorando de forma constante. [...] En las ciudades, poco a poco millones de personas se mueren de inanición. [...] Sin una mayor ayuda rápida y sustancial de Estados Unidos, la desintegración económica, social y política arrollará a Europa. Al margen de las espantosas consecuencias que ello tendría para la paz y la seguridad del mundo en el futuro, los efectos inmediatos sobre nuestra economía nacional serían desastrosos: desaparición de los mercados para nuestro excedente de producción, paro, depresión.[26]

Para paliar la situación, y rescatar las economías tanto de Europa occidental como de Estados Unidos, Truman decidió jugarse el todo por el todo: solicitar al Congreso una partida presupuestaria sin precedentes para

la reconstrucción europea. El plan, presentado en junio de 1947 por el secretario de Estado George Marshall, y desde entonces conocido como el Plan Marshall, debía aportar más de 12.000 millones de dólares (132.000 millones en dólares de 2016) a lo largo de cuatro años a los países europeos que se acogieran a él. Las condiciones no parecían restrictivas: los países receptores tendrían que cooperar entre sí, abrir sus economías al control exterior, y aceptar a los delegados estadounidenses, que contribuirían a decidir a qué partidas iría destinada la ayuda. Washington sabía que el control (y el beneficio) de Estados Unidos estaría asegurado sobre todo a través de las compras de productos estadounidenses por parte de los europeos a cambio de la ayuda recibida. Los principales países de Europa occidental acogieron la oportunidad con entusiasmo. Ese mismo mes Francia y Gran Bretaña invitaron a otros países a reunirse en París para debatir una respuesta europea a la oferta estadounidense. También fueron invitados la URSS y los países de Europa oriental. Teniendo en cuenta la tensa situación reinante, Truman esperaba que los soviéticos rechazaran la oferta. Pero estaba dispuesto a correr ese riesgo, dado que no hacerlo habría hecho del Plan Marshall un instrumento demasiado evidente para librar una Guerra Fría contra Moscú.

Stalin titubeaba. Por un lado, los soviéticos y los europeos orientales necesitaban fondos para la reconstrucción, incluso más que los europeos occidentales. Por otro, intuía que había una trampa. En un primer momento Stalin envió a París al ministro de Asuntos Exteriores, Mólotov, junto con una gran delegación, pero al cabo de unos días les ordenó que abandonaran la reunión. Aceptar el plan, decía Mólotov, daría lugar a la hegemonía de Estados Unidos en Europa y a un continente dividido. Cuando, a pesar de todo, Checoslovaquia seguía interesada en considerar la oferta de Estados Unidos, Stalin arremetió contra su primer ministro prosoviético, Klement Gottwald, y le dejó temblando: «Me recriminó duramente que hubiera aceptado la invitación a participar en la Conferencia de París. No entiende que hayamos sido capaces de hacerlo. Dice que actuamos como si estuviéramos dispuestos a darle la espalda a la Unión Soviética».[27] Moscú

dejó bien clara su postura a todos los gobiernos de Europa oriental: la ayuda estadounidense se consideraba un acto antisoviético.

Una de las principales preocupaciones de Stalin respecto al Plan Marshall era el futuro de Alemania. Una vez acabada la guerra, el país y su capital, Berlín, habían sido divididos en cuatro zonas de ocupación, de las que los soviéticos controlaban la parte oriental. Stalin creía que una Alemania neutral o, en el mejor de los casos, socialista, era la clave para la influencia soviética en Europa. A pesar de lo que a menudo les decía a sus interlocutores extranjeros, a Stalin no le preocupaba principalmente el revanchismo alemán; sabía que Alemania había quedado eliminada como fuerza militar seria en Europa para mucho tiempo. Pero le preocupaba que las potencias occidentales –sobre todo Estados Unidos– pudieran convertir el territorio alemán que controlaban en un arsenal para una futura confrontación con la Unión Soviética. Las demás potencias gobernaban la parte más rica de Alemania. Y si la integraban en el Plan Marshall, iban a controlarla permanentemente. Stalin quería evitar esa eventualidad, aunque eso significara privar a su propio pueblo y a la población de Europa oriental de una ayuda muy necesitada.

La polémica por el Plan Marshall le recordó a Stalin la necesidad de meter en vereda plenamente a Checoslovaquia. Y en cualquier caso, los comunistas checoslovacos estaban ahí para recordárselo. El Partido Comunista de Checoslovaquia, el más poderoso con diferencia de todos los países de Europa centro-oriental, había conseguido el 38 % de los votos en unas elecciones libres celebradas en 1946, lo que lo convertía en el mayor partido de los territorios checos, incluida la capital, Praga. Gran parte del extraordinario apoyo al comunismo en Checoslovaquia era una consecuencia de la negativa de Gran Bretaña y Francia a apoyar al país contra la ocupación alemana de 1938-1945. La sensación, que iba mucho más allá de los comunistas, era que las potencias occidentales no eran de fiar, y que la Unión Soviética era un socio necesario, y a menudo admirado. Desde 1945, los dirigentes del Partido habían abogado por una revolución en Checoslovaquia –la toma del poder absoluto por el Partido y sus afiliados– pero hasta el otoño de 1947 Stalin se negó a darles luz verde,

pues prefería un Gobierno de coalición. Cuando los soviéticos adoptaron una política de línea más dura, los comunistas checoslovacos llegaron a la conclusión de que tenían vía libre, y en febrero de 1948 dieron un golpe de Estado, utilizando la amenaza de una guerra civil y de la intervención soviética para obligar al anciano presidente, Edvard Beneš, a nombrar un Gobierno totalmente controlado por el Partido Comunista. La policía y los servicios de seguridad, ya en manos de los comunistas, empezaron a encarcelar a los «enemigos del pueblo».

El golpe de Estado checoslovaco fue un shock para mucha gente en Europa occidental, mucho más allá de la derecha anticomunista. La inclusión de Checoslovaquia en una esfera soviética no había sido contemplada de ninguna forma como un dato entre el resto de europeos. Además –sobre todo en Gran Bretaña y en Francia– existía la sensación de que era necesario defender al pueblo checoslovaco, que había sido tan atrozmente traicionado en 1938. Resultó muy importante el sentimiento entre la izquierda no comunista de Europa occidental –los socialistas y los socialdemócratas– de que el expansionismo soviético y la militancia comunista se habían convertido en una amenaza directa contra ellos y no solo contra las viejas élites. En Noruega, por ejemplo, donde el Partido Laborista gobernante era tradicionalmente uno de los partidos socialdemócratas más de izquierdas de Europa, el primer ministro Einar Gerhardsen hizo oír su voz contra los soviéticos y los comunistas locales: «Los acontecimientos de Checoslovaquia no solo han provocado pena y enfado entre la mayoría de los noruegos, sino también temor y alarma. El problema de Noruega es, a mi modo de ver, sobre todo un problema de ámbito nacional. Lo que podría amenazar la libertad y la democracia del pueblo noruego es el peligro que representa en todo momento el Partido Comunista noruego. La tarea más importante en la lucha por la independencia de Noruega, por la democracia y el imperio de la ley, consiste en reducir lo máximo posible la influencia del Partido Comunista y de los comunistas».[28]

Los comunistas noruegos, poco numerosos y ya aislados políticamente, no tenían posibilidades de enfrentarse a la fuerza de un movimiento

socialdemócrata bien organizado e implacable. Fue una pauta que se repitió en toda Escandinavia, en los Países Bajos y en Austria a raíz del golpe de Estado de Checoslovaquia.

Una parte de los puntos débiles de muchos partidos comunistas de Europa occidental era producto de las nuevas órdenes de Stalin. El mandatario ruso ya tenía claro que el principal conflicto después de la guerra no iba a ser entre las potencias capitalistas restantes, sino entre el mundo capitalista, con Estados Unidos a la cabeza, y la Unión Soviética. Ahora, en aquella nueva situación, se podía readaptar una vieja arma. En septiembre de 1947 la Internacional Comunista (Comintern), que había sido disuelta durante la guerra como gesto de buena voluntad –con una contienda en curso no tenía demasiado sentido intentar fomentar la revolución entre los aliados de la URSS– resucitó bajo el nombre de Cominform (Oficina de información comunista). En su reunión inaugural, celebrada en la localidad de Szklarska Poręba, en la frontera entre Polonia y Checoslovaquia, Andréi Zhdánov, delegado de Stalin para asuntos ideológicos, explicó lo que pensaba el Jefe en aquel momento con una claridad decisiva:

> La cruzada contra el comunismo proclamada por los círculos dirigentes de Estados Unidos, con el apoyo de los monopolios capitalistas, da lugar como consecuencia lógica a los ataques contra los derechos fundamentales y los intereses de los trabajadores estadounidenses, [...] a las aventuras en el extranjero por el procedimiento de envenenar la mente de las masas políticamente atrasadas y poco ilustradas de Estados Unidos con un virus de chovinismo y militarismo, y de embrutecer al americano medio con la ayuda de los distintos medios de propaganda antisoviética y anticomunista –el cine, la radio, la iglesia y la prensa. [...] Los planes estratégicos de Estados Unidos contemplan la creación en tiempos de paz de numerosas bases y territorios convenientemente ubicados a grandes distancias del continente americano contra la URSS y los países de la nueva democracia. Estados Unidos ha construido, o está construyendo, bases aéreas y navales en Alaska, Japón, Italia, Corea del Sur, China, Egipto, Irán, Turquía, Grecia, Austria y Alemania occidental. [...] La expansión económica es un importante complemento para la materialización del plan estratégico estadounidense. El imperialismo americano se empeña [...] en aprovecharse de las dificultades de la posguerra en los países europeos, en particular de la escasez de materias primas, de combustible y de alimentos en los países aliados que más sufrieron a raíz de la guerra, a fin de imponerles unos términos abusivos a cambio de cualquier ayuda prestada.[29]

Stalin sospechaba que los partidos comunistas de Europa occidental estaban siendo seducidos por los estadounidenses y las élites locales. Los dirigentes del Partido Comunista francés «han sido presa del temor a que Francia se derrumbe sin los créditos de Estados Unidos», le decía Stalin a su círculo íntimo durante una juerga en su dacha en agosto de 1947. En las reuniones de Szklarska Poręba del mes siguiente prosiguieron los ataques verbales. Los soviéticos encomendaron a los yugoslavos lanzar un ataque feroz contra sus camaradas de Europa occidental: «Después de la guerra algunos comunistas pensaron que les esperaba un periodo parlamentario pacífico y de apaciguamiento de la lucha de clases –se ha producido una desviación hacia el oportunismo y el parlamentarismo en el partido francés, en el partido italiano, igual que en otros partidos».[30]

A principios de 1948 ya empezaba a consolidarse un sistema de estados de la Guerra Fría en Europa. Muchas cosas seguían sin estar claras, pero ya se conocían las principales características. Los partidos comunistas iban a tener el control político de los países ocupados por la Unión Soviética al final de la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos iba a seguir involucrado en los asuntos de Europa. El papel de Gran Bretaña se había reducido para siempre. La mayor parte de la izquierda de Europa occidental iba a respaldar a sus respectivos gobiernos en contra de los comunistas y los soviéticos. Aunque ni los soviéticos ni los estadounidenses querían una guerra en Europa, era probable que la tensión militar fuera en aumento. El Gobierno de Estados Unidos contemplaba cada vez más la política europea y mundial en términos de contención de la Unión Soviética y del comunismo. Los dirigentes soviéticos –básicamente el propio Stalin– optaban por la seguridad y la ortodoxia ideológica frente a cualquier posibilidad de colaboración limitada con Estados Unidos y Gran Bretaña. Y aunque Europa iba cambiando políticamente de una forma espectacular, la reconstrucción de sus economías y de su estructura social requería más tiempo de lo que nadie había imaginado.

4

Reconstrucciones

Durante los años cuarenta y principios de los cincuenta, Europa y el resto del mundo se reconstruyeron en tal medida que habría resultado difícil reconocerlos respecto a cómo eran a principios de siglo. Una parte de dicha reconstrucción era física, y obedecía a los estragos de la guerra. Pero también estaba en marcha una reconstrucción política e intelectual, que puso la Guerra Fría entre el comunismo y el capitalismo, y entre la Unión Soviética y Estados Unidos, en el centro de los asuntos del mundo. El conflicto entre las grandes potencias parecía afectar cada vez más a la gente de casi todo el mundo, a menudo a nivel personal. Una y otra vez, los acontecimientos que tenían un origen local y específico se transformaban en manifestaciones de un conflicto mundial. La principal razón era que tanto los soviéticos como los estadounidenses –como había señalado Kennan en su Largo Telegrama– representaban modelos del empeño humano con aspiraciones universalistas. Los nazis habían intentado dominar a través del exterminio. Los imperios coloniales habían dominado a través de la explotación y la opresión social. Pero la indudable crueldad de que eran capaces las dos superpotencias emergentes –el exterminio nuclear de ciudades o el envío de millones de personas a los campos de trabajo– se veía compensada en el fuero interno de la gente por la promesa de una vida mejor que ambas planteaban, sobre todo para los que habitaban en las muchas regiones del mundo que habían vivido un infierno durante las primeras décadas del siglo XX. La reconstrucción que tuvo lugar durante los años inmediatamente posteriores al final de la guerra era tanto psicológica

como física, y primaba la Guerra Fría como competición para ganarse el apoyo de la gente.

Al principio, las agendas fueron variando de una forma bastante sutil, y después –cuando los intentos de cooperación de los tiempos de guerra se desvanecieron de la memoria– los cambios se produjeron cada vez más deprisa. Un buen ejemplo es Naciones Unidas, la creación del presidente Roosevelt, la organización mundial con la que él pretendía compensar el fracaso de Estados Unidos a la hora de consolidar la paz y la prosperidad tras la Primera Guerra Mundial. Para empezar, Naciones Unidas se concentró en las operaciones de salvamento y ayuda en Europa y Asia; a través de la Administración de Naciones Unidas para el Auxilio y la Recuperación (UNRRA), se lograron muchas cosas, principalmente gracias a la financiación de Estados Unidos. Los organismos de Naciones Unidas en materia de alimentos y sanidad, la Organización de Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) y la Organización Mundial de la Salud (OMS), iniciaron sus trabajos para estudiar y paliar las hambrunas y las epidemias con el apoyo de ambas superpotencias, y sin demasiadas interferencias visibles motivadas por la Guerra Fría. Incluso las nuevas instituciones económicas mundiales, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, se pusieron en marcha sin demasiadas complicaciones, aunque Estados Unidos –que aportaba la mayor parte de los fondos– se reservaba el control de quién podía recibir financiación. Al principio Stalin consideraba que Naciones Unidas era simplemente una concesión a sus socios estadounidenses en tiempos de guerra, y se tomaba muy poco interés en sus deliberaciones, salvo a través del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, donde la Unión Soviética utilizaba su poder de veto para bloquear las resoluciones que no le gustaban.

Fueron los estadounidenses los primeros que descubrieron cómo utilizar Naciones Unidas al servicio de sus objetivos de la Guerra Fría. El texto de la Declaración Universal de Derechos Humanos de Naciones Unidas fue aprobado en 1948 por una coalición de políticos estadounidenses de la época del *New Deal*, por los progresistas de Europa occidental, y por las élites poscoloniales, sin que los soviéticos fueran capaces de vetarla. Al

final, se abstuvieron en la votación, junto con otros siete estados. Unos 48 países votaron a favor. El representante de Chile resumía el conflicto en unos términos inequívocos: «Las ideas manifestadas por el representante de Polonia y compartidas por la delegación de la URSS derivaban de un concepto distinto de la existencia y de la persona. El borrador de la declaración se basaba en el presupuesto de que los intereses de la persona iban antes que los del Estado, y que no había que permitir que este privara al individuo de su dignidad y sus derechos básicos. El concepto contrario afirmaba que el individuo debe conceder prioridad a los intereses de la sociedad».[1] Es posible que la declaración no tuviera demasiada relevancia práctica durante las primeras décadas de la Guerra Fría, pero su adopción fue una victoria de Estados Unidos frente al concepto de los derechos que sostenían los soviéticos.

Al tiempo que las palabras podían convertirse en arma en Naciones Unidas, la ciencia también podía hacerlo en las principales universidades y en los laboratorios punteros del mundo. En 1945, algunos observadores consideraban que la invención del armamento nuclear podía evitar los conflictos armados en el futuro. Las consecuencias de una guerra serían sencillamente demasiado graves. Pero la administración de Truman no hizo caso a los llamamientos a un control compartido de las terribles nuevas armas a través de Naciones Unidas. Por el contrario, las Fuerzas Armadas estadounidenses iniciaron poco a poco una planificación integral para el uso de bombas atómicas en la guerra. El Plan Broiler de noviembre de 1947 –uno de los primeros planes de guerra completos contra la Unión Soviética, elaborado por la Junta de Jefes de Estado Mayor de Estados Unidos– contemplaba el lanzamiento de 34 bombas atómicas contra veinticuatro ciudades soviéticas. La Casa Blanca y el alto mando militar eran conscientes del terrible abismo que separaba el armamento nuclear de las armas convencionales, a pesar de los llamamientos de algunos oficiales y miembros del Congreso a una mayor disponibilidad de bombas atómicas en los potenciales frentes de guerra con los soviéticos. Truman había leído los informes médicos realizados a raíz de los reconocimientos a los supervivientes de Hiroshima y Nagasaki. La bomba atómica no era

simplemente otro tipo de arma, y la administración no tenía claro qué hacer respecto a su producción y su control. No obstante, contar con el monopolio nuclear daba confianza a los estadounidenses, y potenciaba su disposición a desarrollar una estrategia mundial. A finales de 1949 ya se habían producido más de doscientas bombas, y se habían modificado veinte bombarderos B-29 para transportarlas.

Para la Unión Soviética, el monopolio nuclear estadounidense suponía una amenaza directa, aunque ni Stalin ni sus homólogos estadounidenses creían que las armas atómicas por sí solas podían ganar una guerra. De cara al exterior, los soviéticos utilizaron la negativa de Estados Unidos a compartir la tecnología nuclear como parte de su «campaña de paz», y para calificar a la administración de Truman de belicista, empeñada en la destrucción nuclear. Internamente, Stalin había iniciado un programa acelerado para desarrollar una bomba nuclear soviética. Combinando la pericia de los soviéticos en física y el material que recopilaron los servicios de inteligencia gracias a los espías infiltrados en el programa nuclear estadounidense, los planes progresaron rápidamente. La primera prueba, realizada en agosto de 1949, fue un ejemplo de lo que era capaz de conseguir la ciencia soviética. Aunque a lo largo de los dos primeros años los soviéticos solo pudieron desarrollar cinco o seis bombas atómicas, de esa forma se inició una carrera de armamento en la que Moscú parecía estar recuperando el terreno perdido respecto a Washington. En noviembre de 1952, los estadounidenses probaron la primera arma termonuclear, la denominada bomba de hidrógeno, o bomba H, un arma nuclear 450 veces más potente que la bomba que había destruido Hiroshima en 1945. Los soviéticos probaron un arma similar tan solo nueve meses después.

La invención del armamento nuclear por Estados Unidos provocó que la mayoría de los estadounidenses creyeran que su país tenía un poder y una responsabilidad sin igual en el mundo. Cuando los soviéticos consiguieron sus armas nucleares, también surgió la sensación de la vulnerabilidad de Estados Unidos. El cambio respecto a las actitudes aislacionistas de Estados Unidos en las décadas de 1920 y 1930 era palpable. La propaganda del Gobierno tan solo explica una parte de ese cambio. La experiencia de que el

país había sido atacado en Pearl Harbor, el hecho de haber combatido en Europa y en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial, así como el legado de un Estado activista dentro del país durante el *New Deal*, contribuyeron a que los estadounidenses adoptaran un enfoque más intervencionista. Aunque los mandatarios de la Casa Blanca eran los progresistas del Partido Demócrata, muchos republicanos se sumaron a sus políticas de la Guerra Fría. El Plan Marshall, una gigantesca inversión estadounidense en el futuro de Europa, fue aprobado por una Cámara de Representantes de mayoría republicana con tan solo 74 votos en contra. La ayuda a Grecia y Turquía se aprobó con la oposición de 107 diputados. Incluso algunos republicanos como Robert Taft, que había sido un portaestandarte del no intervencionismo en los años treinta (y que más tarde se opuso tanto a la OTAN como a la guerra de Corea) votaron a favor de los planes de ayuda económica y militar de Truman. Desde el punto de vista estadounidense, la Guerra Fría era una iniciativa apoyada por ambos partidos del Congreso.

Por el contrario, la principal oposición a la decisión de Truman de enfrentarse a la Unión Soviética vino de la izquierda. Y no fue una gran oposición. El exministro de Agricultura de Roosevelt, Henry Wallace –una de las grandes figuras del Partido Demócrata, que se consideraba uno de los líderes de la izquierda– decidió crear su propio partido para las elecciones presidenciales de 1948. «Cuanto mayor sea el voto por la paz en 1948 –dijo Wallace al proclamar su candidatura–, más rotundamente sabrá el mundo que Estados Unidos no respalda la política de guerra reaccionaria bipartidista que está dividiendo el mundo en dos bandos armados, y haciendo que resulte inevitable el día en que los soldados estadounidenses acaben cayendo con sus uniformes polares sobre la nieve de Rusia.»[2] La campaña de Wallace, a pesar de contar con el apoyo de algunos demócratas que pensaban que Truman se estaba alejando del legado del *New Deal* al romper la alianza con la URSS de los tiempos de guerra, se vio socavada por su propia incompetencia como candidato y por el apoyo, bastante estridente, del Partido Comunista de Estados Unidos a su causa. Para sorpresa de todos, Truman ganó las elecciones por un estrecho margen

frente al republicano Thomas Dewey. El Partido Progresista de Wallace logró un 2,5 % de los votos, menos que la candidatura segregacionista sureña de Strom Thurmond.

La política exterior del segundo mandato de Truman se caracterizó por el aumento de la tensión con los soviéticos, por el hundimiento del Gobierno que Estados Unidos apoyaba en China, y por el estallido de la guerra de Corea. Fue el momento en que se militarizó la Guerra Fría, tanto por parte soviética como por parte estadounidense. La administración de Truman tuvo grandes dificultades para armar una estrategia completa y global a fin de llevar adelante lo que todo el mundo esperaba que tan solo fuera una guerra en la sombra con los soviéticos. El presidente nunca tuvo demasiadas dudas de que la lucha era contra la Unión Soviética *y al mismo tiempo* contra el comunismo a nivel mundial. Y no prestaba demasiada atención a algunos de sus asesores –como George Kennan– que le alertaban contra una militarización global del conflicto. Kennan fue relevado como director del Comité de Planificación de Políticas del Departamento de Estado en 1949, y su sucesor, Paul Nitze, un «halcón», elaboró un documento que intentaba plantear una estrategia estadounidense para la Guerra Fría.[3] El informe, posteriormente conocido como NSC-68, era radical en sus recomendaciones, y probablemente nunca habría llegado a plasmar las políticas de la administración de no haber sido por el estallido de la guerra de Corea tres meses después de su presentación.

La dirección del NSC-68 se centraba en la necesidad de un aumento drástico del gasto en defensa de Estados Unidos y en la voluntad estadounidense de intervenir en todo el mundo. Fomentaba la guerra económica y psicológica, así como las operaciones secretas contra el enemigo soviético y sus aliados. Exigía un aumento espectacular de las capacidades de recogida de material de inteligencia por parte de Estados Unidos y del presupuesto dedicado a la seguridad interna y a la defensa civil. Era lo bastante insensato como para sugerir que se requerían aumentos de impuestos y recortes en los programas nacionales para pagar dichos gastos. El objetivo era poner a Estados Unidos en pie de guerra en un conflicto que podía durar mucho tiempo.

Sin embargo, el aspecto más llamativo del NSC-68 no eran sus recomendaciones prácticas sino la visión del enemigo que representaba. «La derrota de Alemania y Japón y el declive de los imperios británico y francés han interactuado con el desarrollo de Estados Unidos y la Unión Soviética de tal manera que el poder ha ido gravitando cada vez más hacia esos dos centros», explicaban Nitze y sus colaboradores.

> La Unión Soviética, a diferencia de los anteriores aspirantes a la hegemonía, está animada por una nueva fe fanática, antitética a la nuestra, y aspira a imponer su autoridad absoluta sobre el resto del mundo. Por consiguiente, el conflicto se ha vuelto endémico, y se libra, por parte de la Unión Soviética, con medios violentos o no violentos en función de los dictados de la conveniencia. [...] El designio [soviético] invoca a la subversión completa o a la destrucción por la fuerza de la maquinaria del Gobierno y a la estructura de la sociedad en los países del mundo no soviético, y a su sustitución por un aparato y una estructura supeditados al Kremlin y controlados desde Moscú. Con ese fin, los esfuerzos soviéticos ahora se centran en el dominio de la masa continental euroasiática. Estados Unidos, en calidad de principal centro de poder en el mundo no soviético y de baluarte de la oposición a la expansión soviética, es el principal enemigo, cuya integridad y vitalidad debe ser subvertida o destruida por un medio u otro si el Kremlin aspira a alcanzar su designio fundamental. [...] Nuestra sociedad libre se ve mortalmente amenazada por el sistema soviético. Ningún otro sistema de valores es tan absolutamente irreconciliable con el nuestro, tan implacable en su propósito de destruir el nuestro, tan capaz de utilizar en su propio provecho las tendencias más peligrosas y divisivas en nuestra sociedad, ningún otro evoca con tanta habilidad y elocuencia los elementos de irracionalidad de la naturaleza humana por doquier, y ningún otro cuenta con el apoyo de un gran centro, cada vez mayor, de poderío militar.[4]

El documento NSC-68 sostenía que el objetivo a largo plazo de Estados Unidos «consiste en crear un cambio fundamental en la naturaleza del sistema soviético, un cambio para el que la frustración de su designio es el primer paso, y acaso el más importante. Claramente, resultará no solo menos costoso sino también más eficaz si ese cambio se produce en la mayor medida posible a consecuencia de las fuerzas internas de la sociedad soviética». Pero, para empezar, Estados Unidos debía concentrarse en la defensa interna y externa:

> En virtud de la teoría y la práctica de la Unión Soviética, está bastante claro que el Kremlin aspira al dominio del mundo libre por los métodos de la Guerra Fría. Su técnica preferida es la subversión mediante la infiltración y la intimidación. Cada una de las instituciones de nuestra sociedad es un instrumento que se pretende atrofiar y volver en contra de nuestros objetivos. Las que afectan más íntimamente a nuestra fuerza material y moral son evidentemente el objetivo principal: los sindicatos, las iniciativas ciudadanas, los colegios, las iglesias y todos los medios de comunicación para influir en la opinión pública. El intento consiste no tanto en ponerlas al servicio de los fines soviéticos como en evitar que estén al servicio de nuestros fines, y así convertirlas en fuentes de confusión en nuestra economía, nuestra cultura y nuestro cuerpo político.[5]

Como documento, el NSC-68 era en sí un producto de un nuevo proceso de coordinación de la política exterior estadounidense centrado en la Casa Blanca. En 1947 el presidente Truman creó el Consejo de Seguridad Nacional (NSC) para coordinar los distintos organismos de política exterior, militares y de inteligencia dentro del poder ejecutivo. Al principio, el NSC se concibió principalmente como un paso para ofrecer un asesoramiento mejor y más coherente al presidente. Pero, obedeciendo a las necesidades burocráticas, fue asumiendo cada vez más las funciones clave en materia de asesoramiento, deliberación y –por lo menos en cierta medida– formulación de las políticas. A medida que se intensificaba la Guerra Fría, el NSC fue convirtiéndose en el principal organismo de coordinación de las medidas en el seno del Gobierno estadounidense para llevarla adelante. Análogamente, en materia de inteligencia, Truman aspiraba a una centralización y eficacia mayores. La Agencia Central de Inteligencia (CIA), fundada en virtud de la misma ley por la que se creó el NSC, aspiraba a aglutinar los distintos organismos y agencias de recogida de inteligencia que existían dentro del Gobierno de Estados Unidos. En eso fracasó, dado que los distintos departamentos de inteligencia militar, así como la oficina de inteligencia de transmisiones (posteriormente rebautizada como Agencia Nacional de Seguridad, NSA) permanecieron fuera del ámbito de la CIA. Pero, a pesar de todo, la nueva agencia se convirtió en un instrumento clave de las capacidades de Estados Unidos para la Guerra Fría, tanto a través del espionaje como de las operaciones encubiertas.

Al tiempo que la capacidad de Estados Unidos aumentaba y se expandía, la de Gran Bretaña disminuía y se contraía. La agenda del Gobierno británico a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta era mucho más limitada de lo que cabía esperar de su victoria en la Segunda Guerra Mundial. Gran Bretaña seguía siendo una gran potencia con intereses globales. Pero carecía de la capacidad económica suficiente para mantener su estatus durante mucho más tiempo. Cuando terminó la guerra, Gran Bretaña estaba arruinada. Había perdido una cuarta parte de su riqueza nacional, lo que significaba que su gasto en la Segunda Guerra Mundial había sido aproximadamente el doble que en la Primera Guerra Mundial. Cuando Churchill habló de una movilización total contra los nazis, su Gobierno realmente lo decía en serio: Gran Bretaña había pedido dinero prestado (a Estados Unidos), había vendido activos en el extranjero, y había sacrificado la producción civil dentro del país para seguir adelante con la guerra. Había ganado, pero a un precio que era demasiado difícil de asumir para la posición de Gran Bretaña antes de la guerra. Para poder saldar sus deudas y reconstruir el país –por no hablar de prepararse para el Estado del bienestar que había prometido el Gobierno laborista– el Reino Unido tuvo que introducir el racionamiento de la mayoría de los productos y recortar drásticamente el gasto en sus compromisos militares en ultramar. Pero no fue suficiente. La gente tenía que hacer cola durante horas para conseguir los suministros básicos. Los habitantes de un Londres arrasado por las bombas tenían que esperar una media de siete años para conseguir una nueva vivienda.[6]

Políticamente, el Gobierno de Clement Attlee se encontraba ante un dilema. Durante un tiempo siguió fingiendo que Gran Bretaña podía ser la fuerza equilibradora en el continente europeo y contribuir a contener el comunismo, al tiempo que concedía más libertades en el imperio y construía un Estado del bienestar dentro del país. En realidad, tenía que elegir y –de forma bastante comprensible– optó por lo segundo. A finales de los años cincuenta, la retirada británica al este de Suez estaba en marcha; India y Pakistán se habían independizado en 1947, muy pronto también lo haría el sudeste asiático, y la posición de Gran Bretaña en Oriente Medio y

en el Mediterráneo se había reducido sensiblemente. No obstante, debemos cuidarnos de considerar que la debilidad internacional de Gran Bretaña en los años cincuenta era total: seguía teniendo uno de los ejércitos y armadas más grandes del mundo, gozaba del prestigio de haberse enfrentado a Hitler en un momento en que nadie más estaba dispuesto o en condiciones de hacerlo, y había logrado engancharse –aparentemente con éxito– al carro de la principal potencia mundial, Estados Unidos. Puede que los británicos sintieran que estaban recibiendo un pésimo trato por parte de su gran aliado, y que vieran con desagrado cómo mermaba el prestigio internacional de su país. Pero, al margen de si votaban a los laboristas o a los conservadores, también eran conscientes de que estaban recibiendo algo a cambio: la asistencia sanitaria gratuita para todos, las pensiones universales y las ayudas familiares eran muy importantes en la que seguía siendo una de las sociedades más clasistas del mundo.

Si después de la guerra la vida en Gran Bretaña había quedado patas arriba, su antiguo enemigo veía cómo su existencia había quedado prácticamente aniquilada. En 1945 Alemania estaba destrozada, y a su población le llevó mucho tiempo empezar a salir de las ruinas físicas y psicológicas que Hitler había dejado tras de sí. Aunque en 1945 la producción industrial de Alemania era inferior al 20 % de lo que había sido antes de la guerra, las cicatrices psicológicas eran peores que la destrucción material. En 1933 los alemanes se habían apuntado a un proyecto político desastroso. Habían asumido aquella mentira hasta el final de la guerra, y por consiguiente el hundimiento de los nazis fue totalmente desmoralizante. ¿Qué sentido tenía trabajar, si el pago eran la muerte y la devastación? Resultaba difícil reemprender cualquier tipo de actividad económica en la Alemania de la posguerra, y durante los primeros años los alemanes dependían de las dádivas de las potencias vencedoras. La única forma de conseguir productos más allá de las necesidades indispensables era a través del mercado negro.

Los aliados tuvieron problemas a la hora de decidir qué hacer con Alemania. Los franceses y algunos estadounidenses sugerían su desmembramiento total como Estado; un plan estadounidense proponía la

abolición de su potencial industrial y su reinvención como una economía agrícola. En un principio, lo más fácil fue ponerse de acuerdo en delimitar las zonas de ocupación. Los soviéticos consiguieron el 40 % en la parte oriental (que se redujo al 28 % cuando Stalin transfirió a Polonia algunos territorios alemanes). El resto estaba repartido entre Gran Bretaña (al noroeste), Estados Unidos (en el sur) y una zona más pequeña del sudoeste para Francia. Muy pronto el debate sobre el futuro de Alemania a largo plazo se vio desbordado por sus necesidades más inmediatas. Ninguna de las potencias ocupantes quería aportar a la economía alemana más de lo que estaba recibiendo de ella –«pagar reparaciones a los alemanes», en palabras de los británicos, que andaban muy cortos de efectivo. Para empeorar las cosas para los aliados occidentales, los acuerdos de Potsdam permitían que los soviéticos recibieran una parte de sus reparaciones de las zonas occidentales. Así pues, mientras los estadounidenses en realidad estaban pagando el mantenimiento de su antiguo enemigo, los soviéticos –que aportaban mucho menos en su zona– estaban ocupados desmantelando las industrias alemanas supervivientes en el Ruhr y enviándolas al este.

En mayo de 1946, el general Lucius D. Clay, gobernador militar estadounidense, suspendió unilateralmente la entrega de reparaciones desde la zona americana. Los británicos hicieron otro tanto tres meses después. Los soviéticos estaban furiosos, pero no podían hacer nada al respecto. Y tampoco pudieron impedir que los estadounidenses y los británicos unieran sus dos zonas, por motivos económicos, a finales de 1946. Se suponía que la denominada «Bizona» iba a ser una medida temporal. Pero en realidad sentó las bases de un Estado alemán occidental aparte. En la reunión de ministros de Asuntos Exteriores de Moscú, en marzo de 1947, quedó claro que los dos principales aliados occidentales se iban aproximando al planteamiento de Kennan de 1945, cuando argumentó que «no tenemos otra opción que liderar nuestro sector de Alemania [...] y llevarlo a una forma de independencia tan próspera, tan segura, tan superior que el este sea incapaz de amenazarla».[7] A mediados de 1947, cuando las autoridades de Bizona habían renunciado a todos los efectos a la desnazificación de la industria alemana, en Alemania occidental ya se había reanudado una parte de la

actividad económica, pero el país todavía no mostraba síntomas de una recuperación económica.

Como en muchas otras cuestiones, a Stalin le resultaba difícil decidir cuál debía ser la política soviética de posguerra respecto a Alemania. Stalin había aprendido de Lenin, su mentor, que Alemania era el premio gordo para el socialismo en Europa; Lenin consideraba que la Unión Soviética solo podía seguir existiendo a largo plazo con una Alemania comunista. Pero, en vez de hacerse socialista, Alemania había caído en manos de los nazis en la década de 1930 y, cuando fracasaron los intentos de Stalin de llegar a un acuerdo, el país había iniciado una guerra en la que estuvo a punto de sucumbir la propia URSS. Por consiguiente, incluso en la derrota, Alemania era una gran oportunidad y al mismo tiempo un gran peligro. Si fuese posible vincular gradualmente a una Alemania neutral con la Unión Soviética, también sería posible ganar la Guerra Fría en Europa. Pero si los estadounidenses lograban convertir la parte de Alemania que ocupaban –la región más rica y más desarrollada– en un arsenal para un ataque contra la URSS encabezado por Estados Unidos, el comunismo sería borrado del mapa. Por consiguiente Stalin debía tener cuidado de no dar, de nuevo, un paso en falso con Alemania.

Como ocurre a menudo, la indecisión dio lugar a la pasividad. Durante todo un año crucial, Stalin dejó fluctuar los acontecimientos en Alemania. Consintió que sus soldados instauraran un régimen de terror en el este, que no era precisamente lo más propicio para el futuro establecimiento del socialismo. Stalin estaba más obsesionado con el saqueo de todo lo que pudiera resultar útil para los soviéticos que con el establecimiento del orden en su zona de ocupación. Si la zona soviética, tras el caos inicial, pareció funcionar mejor durante un tiempo que la zona occidental, se debió no tanto a Stalin como a los administradores del Ejército Rojo y a los comunistas alemanes que habían regresado con ellos. Estaban plenamente dispuestos a asumir los sistemas de planificación centralizada que existían en la Alemania nazi y a servirse de ellos para poner en marcha las infraestructuras y la producción básicas allí donde fuera posible. Al cabo de poco tiempo, a los antiguos funcionarios nazis de nivel inferior –todos

aquellos a los que los soviéticos habían decidido no llevar a juicio– también les resultó extraordinariamente fácil colaborar; al fin y al cabo, las ideas comunistas sobre planificación no eran demasiado distintas de las de sus antiguos señores.

Sin embargo, públicamente las nuevas autoridades de Alemania Oriental enarbolaban el estandarte del antifascismo. Ellos eran los «buenos alemanes»; los malos alemanes, en gran número, estaban colaborando en las zonas de ocupación occidentales, o por lo menos eso afirmaba la propaganda comunista alemana. Muchos alemanes de izquierda se creyeron aquella desinformación, sobre todo los intelectuales y los artistas, y algunos de ellos se mudaron al este, como por ejemplo algunos nombres destacados de la literatura alemana como Stefan Heym y Bertolt Brecht, que se instalaron allí al volver de su exilio en Estados Unidos durante la guerra. En la primavera de 1946, los soviéticos y los comunistas alemanes obligaron a los socialdemócratas del este a integrarse en un Partido Socialista Unificado (SED), en el que los comunistas de Wilhelm Pieck y Walter Ulbricht ejercían un control total. Una vez más, algunos izquierdistas no comunistas se afiliaron con entusiasmo, pues creían que con ello compensaban la incapacidad de la izquierda alemana de cooperar contra Hitler en los años treinta. Sin embargo, la mayoría de los socialdemócratas estaban hechos de una pasta más dura, y lucharon para que su partido siguiera siendo independiente, aunque ello significara trasladarse a las zonas occidentales de ocupación. A pesar de todo, el SED se apuntó éxitos suficientes como para que Stalin se convenciera de que en un futuro los soviéticos podrían ejercer su influencia política en una Alemania unificada.

Los motivos por los que Stalin quería una Alemania unida eran exactamente los mismos por los que Estados Unidos, a partir de 1947, no deseaba tal cosa. A juicio de Washington, un Estado alemán funcional tendría que estar integrado en Europa occidental para tener éxito. Y eso no podía lograrse en caso de que la influencia soviética aumentara a lo largo y ancho del país. No era solo una cuestión de seguridad. También tenía que ver con el progreso económico. El Plan Marshall fue concebido para estimular el crecimiento en Europa occidental a través de la integración de

los mercados, y las zonas occidentales de ocupación de Alemania eran cruciales para que ese proyecto pudiera llegar a buen puerto. Así pues, lo mejor era mantener fuera de la ecuación a la zona oriental (y con ello la presión soviética). Después de que en dos reuniones de los ministros de Asuntos Exteriores de los países aliados celebradas en 1947 no se lograra llegar a un acuerdo sobre los principios de un tratado de paz con Alemania (y por consiguiente sobre la reunificación alemana), en febrero de 1948 los estadounidenses convocaron una conferencia en Londres a la que no fueron invitados los soviéticos. Antes de que empezara la reunión, estaba claro que los estadounidenses y los británicos habían acordado entre ellos una reforma monetaria en Alemania y la convocatoria de elecciones en Bizona. Los franceses se adhirieron al plan a regañadientes. Como explicaba Bevin en el Parlamento:

> No podemos permitir que Alemania se convierta en un arrabal en el centro de Europa. Por el contrario, nuestra política consiste en que el país debe contribuir a su propia recuperación, velar por sí mismo, y aportar lo que le corresponde a la recuperación europea. Esa es la mejor manera de conseguir que Alemania pague las reparaciones por la devastación que provocó durante la guerra. Por consiguiente, en consonancia con las recomendaciones de Londres, Alemania se ha incorporado al Programa Europeo de Recuperación [el Plan Marshall] [...] En virtud de ese programa Alemania recibirá su parte de ayuda, pero a su vez el país deberá producir y ser capaz de pagar su parte en el fondo común. No podrá hacerlo a menos que sigamos adelante a buen ritmo con la rehabilitación económica. Debemos darle las herramientas con las que trabajar si deseamos que Alemania contribuya.[8]

Por consiguiente, la división de Alemania fue, en algunos aspectos, una consecuencia del Plan Marshall. Estados Unidos consideraba un factor crucial para su propia seguridad que las economías europeas volvieran a ponerse en marcha. La Unión Soviética y los gobiernos comunistas no tenían, como era comprensible, ningún deseo de integrarse en los planes de recuperación europea encabezados por Estados Unidos e implementados por los funcionarios estadounidenses. Por consiguiente, la necesidad de incluir las zonas occidentales de Alemania, bajo el control de los aliados occidentales, en el Plan Marshall, conllevaba su separación de la zona

oriental. El nuevo marco alemán era un símbolo de esa división, y fue una medida drástica. En primer lugar los aliados occidentales acordaron la creación de un nuevo banco central alemán. Después, en 1948, cancelaron la deuda pública y privada por el procedimiento de establecer un techo a la suma de moneda antigua que podía convertirse plenamente en marcos alemanes. Y por último, vincularon la nueva divisa con el dólar estadounidense a un tipo de cambio bajo, al tiempo que abolían el control de precios en las zonas occidentales. Los efectos fueron espectaculares. De un día para otro, el mercado negro prácticamente desapareció. Las tiendas volvieron a llenarse de productos, y la producción empezó a aumentar. Los trabajadores estaban descontentos porque sus salarios no aumentaban. Y los ahorradores estaban furiosos porque –por segunda vez en la vida de algunos de ellos– sus ahorros quedaron diezmados. Los más furiosos de todos eran los soviéticos, que ahora se veían obligados a introducir una moneda distinta en el este a fin de impedir que su zona se viera inundada con la antigua divisa, que ya carecía de valor en la zona occidental.

La reforma monetaria de Alemania occidental era una parte integrante del Plan Marshall, que a su vez formaba parte de la integración de Europa occidental en una economía capitalista liderada por Estados Unidos. Fue la culminación de un proceso que había comenzado en los primeros años del siglo XX, con la transferencia gradual de tecnología, producción y métodos de gestión, y de los instrumentos para el comercio e inversión. Pero también era una respuesta a la crisis que habían creado la depresión y la guerra mundial. Al igual que el *New Deal* en Estados Unidos, el Plan Marshall fue un intento de volver a poner en marcha la producción, utilizando todos los medios disponibles. Los asesores estadounidenses, muchos de los cuales habían participado en el *New Deal*, estaban dispuestos a aceptar los controles, la planificación, e incluso las nacionalizaciones por parte de los gobiernos europeos si ello contribuía a que la gente volviera al trabajo y a llevar productos a los mercados. Sin embargo, el meollo del proyecto era la constatación de que durante la guerra no había existido un mercado capitalista en Europa, y que antes del conflicto había sido mayoritariamente un desastre. Si se pretendía que resucitaran los mercados, la banca y la fe en

la propiedad privada, Estados Unidos tenía que ofrecer ayuda económica a Europa.

Resulta difícil decir exactamente en qué medida la ayuda del Plan Marshall contribuyó a la recuperación de Europa durante la posguerra, a pesar de que ascendía a 12.000 millones de dólares (aproximadamente 150.000 millones de dólares en dinero actual), es decir aproximadamente un 1,5 % del PIB anual estadounidense. Es probable que de todas formas se hubiera registrado cierto crecimiento, aunque en algunos países y regiones más que en otros. Pero su efecto psicológico fue enorme en todas partes. Poco a poco, los europeos occidentales volvían a tener fe en las instituciones públicas y privadas, posibilitando el gasto e incrementando el empleo y la productividad. En términos económicos, todo ello compensaba los déficits comerciales con Estados Unidos, que de lo contrario habrían tenido un efecto debilitador sobre las economías europeas. Restó importancia a la exigencia de reparaciones por parte de Alemania. Y palió los problemas de balanza de pagos entre los países europeos, contribuyendo a reactivar el comercio intereuropeo. Entre 1947 y 1951, la producción aumentó una media del 55 % en los países que se acogieron al Plan Marshall.[9]

Al principio, los países receptores contemplaron con cautela la oferta de ayuda de Estados Unidos. A algunos no les gustaba la inclusión de Alemania. Otros consideraban que equivalía a una absorción al por mayor de las economías europeas por parte de Estados Unidos. La resistencia provenía sobre todo de la extrema derecha y la extrema izquierda. Los comunistas protestaron –de forma violenta en algunos casos, como cuando los estibadores de Marsella y Nápoles impidieron la descarga de los barcos estadounidenses. «El trabajador europeo escucha con desgana mientras le decimos que estamos salvando a Europa, pues no está convencido de que lo que estamos salvando es su Europa», afirmaba un funcionario estadounidense del Plan Marshall.[10] Pero tampoco parecían demasiado contentas las élites europeas tradicionales. Tenían la sensación de que los estadounidenses se proponían dar un vuelco al orden social establecido y borrar de un plumazo su posición en el seno de sus respectivas sociedades.

Veían los modales de los estadounidenses en la mesa, su música provocativa y a los soldados negros como una amenaza a su cultura europea.

La confluencia de mentalidades se producía sobre todo entre los funcionarios estadounidenses y los líderes de los emergentes partidos democratacristianos o socialdemócratas europeos. Los estadounidenses insistían en que los propios europeos debían decidir los detalles de cómo había que emplear los fondos del Plan Marshall, dentro del marco establecido por Washington. En Gran Bretaña, una parte de los fondos se utilizó para importar alimentos, lo que alivió la escasez provocada por la guerra. En Alemania y en Francia una gran parte del dinero se gastó en la importación de maquinaria pesada para volver a poner en marcha las industrias. Por doquier, los gobiernos utilizaban los nuevos fondos disponibles para reconstruir lo que había destruido la guerra; las fotos de familias sonrientes delante de su nuevo edificio de apartamentos que surgía de entre los escombros se utilizaban con frecuencia para contrarrestar los eslóganes comunistas que afirmaban que el Plan Marshall era simplemente un preparativo para una nueva guerra. Los avales presupuestarios que ofrecía la ayuda estadounidense hacían posible que los gobiernos de Europa occidental empezaran a construir sus modernos estados del bienestar; sin esos avales, no cabe duda de que no habrían existido los superávits necesarios para los nuevos gastos sociales, ni, en realidad, para la inversión estatal en infraestructuras, que contribuyó a dar cohesión a la parte occidental del continente.

Tanto para los estadounidenses como para los gobiernos de Europa occidental, una parte importante del Plan Marshall consistía en combatir a los partidos comunistas locales. Una parte de esa tarea se hacía directamente, a través de la propaganda. Los demás efectos sobre el equilibrio político eran secundarios o incluso casuales. Una de las principales razones por las que el comunismo al estilo soviético perdió la partida en Francia o en Italia fue simplemente que sus clases trabajadoras empezaron a gozar de unas mejores condiciones de vida, al principio más debido a los planes sociales del Estado que al aumento de los salarios. El

error de cálculo político de los partidos comunistas, y la presión a la que estaban sometidos desde Moscú para que no tuvieran en cuenta la situación política local y apoyaran a la Unión Soviética, también desempeñaron su papel. En los casos en que el daño autoinfligido no era suficiente, como en Italia, Estados Unidos experimentó con las operaciones secretas para acabar con la influencia comunista. Las elecciones generales italianas de abril de 1948 enfrentaron a una Democracia Cristiana abundantemente financiada por Estados Unidos, y firmemente apoyada por la Iglesia católica y el Vaticano, y a un Frente Democrático Popular, financiado por los soviéticos y liderado por los comunistas. Al frente de ambos bandos estaban dos italianos procedentes de fuera de Italia: el líder democratacristiano Alcide De Gasperi, nacido en Austria, y que no obtuvo la nacionalidad italiana hasta cumplir casi cuarenta años, contra Palmiro Togliatti, el dirigente comunista que había vivido casi veinte años exiliado en la URSS. La CIA instó a los italoestadounidenses a que escribieran cartas a sus familiares en Italia, alertándoles contra la amenaza comunista, al tiempo que organizaba campañas de juego sucio contra los candidatos comunistas. Al final, los democratacristianos consiguieron casi el 50 % de los votos. Probablemente habrían ganado las elecciones de todas formas, dado que el golpe de Estado comunista en Checoslovaquia de dos meses antes ahuyentó de los partidos de izquierda a muchos votantes. Pero las elecciones de 1948 simbolizaron la primera vez en que la CIA había emprendido una gran operación encubierta contra sus enemigos, de cuyo resultado quedó muy satisfecha.

En Francia, el Partido Comunista había sido expulsado del Gobierno en mayo de 1947 después de que se negara a apoyar la reconquista de las colonias francesas de Indochina. Los comunistas franceses, liderados por Maurice Thorez, llevaban tiempo atrapados en el dilema de ser un partido responsable a la cabeza del país y conseguir un ritmo de cambios más radical. Su posición en Francia era muy fuerte; la sensación de que las viejas élites habían fracasado durante la guerra llevaba a los jóvenes a afiliarse al Partido Comunista. Su apoyo entre los intelectuales y los estudiantes era particularmente poderoso, pero también tenía en los sindicatos una sólida base de clase trabajadora. Por añadidura, jugaba a su

favor la imagen positiva de la Unión Soviética que tenían muchos franceses –al fin y al cabo, los soviéticos habían derrotado a la Alemania nazi (algo que Francia había sido clamorosamente incapaz de hacer). Incluso los intelectuales anticomunistas como Raymond Aron admitían que «toda acción, a mediados del siglo XX, presupone e implica la adopción de una actitud respecto a la empresa soviética».[11] Pero los comunistas franceses fueron tan lejos en su apoyo a las siempre cambiantes políticas de la Unión Soviética, que acabaron aislándose, a pesar de ser el mayor partido político y el único con un apoyo popular de masas. No recibieron auxilio de Stalin. El Jefe «considera totalmente errónea la política del partido francés –anotaba en su diario el antiguo presidente del Comintern, Gueorgui Dimitrov, tras una nueva noche de juerga en la dacha de Stalin–. Sus líderes son presa del temor a que Francia se desmorone sin los créditos de Estados Unidos. Los comunistas deberían haber abandonado el Gobierno con la explicación de que están en contra de la traición a la independencia de Francia, en vez de esperar a que les echaran.»[12]

El consejo de Stalin a los franceses era un ejemplo de su total falta de sinceridad. En 1945 había aconsejado al Partido Comunista francés (PCF) que trabajara dentro de un sistema parlamentario. Dado que las relaciones entre las grandes potencias estaban hechas jirones, Stalin recurría a ellos porque habían seguido las instrucciones de los soviéticos. Pero tenía razón acerca del resto de la política francesa (salvo los comunistas, que seguían siendo sus seguidores más fieles sin importarles el oprobio que Stalin vertía sobre el partido). Los nuevos dirigentes franceses –el general Charles de Gaulle, que había dimitido airadamente en 1946, y los mandatarios de la Cuarta República que le siguieron– dependían enteramente de la ayuda estadounidense. Dado que casi todos los franceses seguían creyendo que su país era una gran potencia, se trataba de una posición difícil. Alemania había humillado a Francia en 1940. Ahora, a ojos de muchos franceses, Estados Unidos estaba humillando a Francia por el simple hecho de estar en una posición mucho más poderosa que ella. «Estados Unidos está encaprichado con su propio peso –escribía el filósofo Jean-Paul Sartre–.

Cuanto más rico, más peso tiene. Lastrado por su grasa y su orgullo, Estados Unidos se deja arrastrar a la guerra con los ojos cerrados.»[13]

Sin embargo, al tiempo que muchos franceses ajenos al Partido Comunista compartían ese antiamericanismo de Francia, su Gobierno iba estrechando cada vez más las relaciones con Estados Unidos. La ayuda del Plan Marshall era crucial para Francia, que en su mayoría la dedicaba a unas inversiones en la industria francesa que debía haber realizado hacía mucho tiempo, con lo que sentó las bases para un renacer industrial durante la década de 1950. Pero los vínculos con Washington también eran esenciales en términos de seguridad. Los dirigentes de la Cuarta República sabían que en caso de guerra, el Ejército Rojo pondría rumbo directamente hacia París. Tal vez la influencia estadounidense era un peligro para el alma de Francia, pero el poder soviético era un peligro para su corazón. Y Francia necesitaba ayuda contra lo que sus dirigentes veían como una inequívoca amenaza para la seguridad del país. En marzo de 1948 el Gobierno francés firmó el Pacto de Bruselas con Gran Bretaña, Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo, que contemplaba la ayuda mutua en caso de ataque por terceros. Pero para muchos dirigentes no comunistas franceses estaba claro –teniendo en cuenta que las fuerzas soviéticas se encontraban a poco más de 150 kilómetros del Rin– de que aquello no era suficiente. Tras el golpe de Estado en Checoslovaquia y las crisis por la cuestión de Alemania, los dirigentes franceses que en un principio habían querido colaborar con los comunistas –como Georges Bidault, el jefe de la Resistencia francesa en tiempos de guerra, que había insistido en la participación de los comunistas en su Gobierno de la posguerra– aspiraban a que Estados Unidos se comprometiera con la seguridad de Francia. Bidault se convirtió en una figura clave entre los democratacristianos europeos en el debate sobre un tratado de defensa de Europa occidental con Estados Unidos.

La reacción soviética a las políticas económicas occidentales en Alemania contribuyó a convencer a los dirigentes franceses de que la mayor amenaza para la seguridad de su país en un futuro eran los soviéticos y no los alemanes. Stalin estaba furioso por la introducción del marco alemán y

por lo que él consideraba un intento de Estados Unidos de mantener dividida a Alemania para sus propios fines. Stalin quería contraatacar, pero sin correr el riesgo de una guerra abierta con los países occidentales. La estrategia para Alemania a la que se llegó en 1948 en Moscú se dividía en muchas partes distintas. Stalin quería consolidar su dominio en el este por el procedimiento de asumir el control total de Berlín. También empezó a tender la mano a los «verdaderos alemanes», como él decía, los que habían seguido a Hitler y al Partido Nacionalsocialista, mediante la propaganda nacionalista en contra de Estados Unidos en Alemania, sancionada por los soviéticos. Si el nacionalismo alemán podía evitar que Estados Unidos controlara Alemania occidental, objetivamente estaría al servicio de los intereses soviéticos. El Partido Nacional Democrático alemán, creado bajo el control de los comunistas en el este a fin de atraer a la causa soviética a los antiguos nazis, declaraba en su programa: «Los estadounidenses incumplieron el Tratado de Potsdam y sumieron a los alemanes [...] en el mayor peligro nacional de nuestra historia. [...] Pero ¡la guerra estadounidense no puede ocurrir ni ocurrirá! ¡Alemania debe vivir! Por eso nosotros, los militantes del Partido Nacional Democrático exigimos: los estadounidenses, a Estados Unidos. Alemania para los alemanes. [...] Paz, independencia y prosperidad para la totalidad de nuestra patria alemana».[14]

Además de su propaganda a favor de un plebiscito sobre la unificación y la neutralidad de Alemania, los comunistas soviéticos y alemanes desarrollaron un plan un tanto rudimentario para obligar a las potencias occidentales a abandonar Berlín. Stalin había destacado la importancia del control de Berlín por los comunistas para demostrarle a los alemanes que la unificación únicamente podía producirse bajo los auspicios de la Unión Soviética. En la primavera de 1948, los comandantes del Ejército Rojo habían empezado a hostigar a los convoyes de transporte de los aliados occidentales que entraban y salían de la capital alemana. En junio, tras la introducción de la nueva moneda, los soviéticos prohibieron su uso en Berlín y amenazaron con sanciones contra las zonas occidentales. Dado que Berlín era una isla dentro del territorio controlado por los soviéticos, aquellas amenazas resultaban bastante creíbles. Cuando el marco alemán

empezó a aparecer en Berlín, los soviéticos cortaron todo el tráfico de superficie entre Alemania occidental y la capital. Durante los días siguientes, también suspendieron todo el suministro de alimentos y electricidad a Berlín Occidental. Stalin había tomado una decisión sobre lo que fue la primera confrontación real de la Guerra Fría.

El Bloqueo de Berlín, que duró casi un año, fue un fracaso político de los soviéticos de principio a fin. No logró dejar en la miseria a Berlín Occidental; un puente aéreo estadounidense y británico llevó los suministros suficientes para que los sectores occidentales siguieran funcionando con normalidad. Había días en que en el aeropuerto de Tempelhof aterrizaba un avión cada tres minutos. Moscú no se atrevió a dar la orden de abatir los aviones. Pero lo peor para Stalin fue que el largo pulso acabó siendo la confirmación de que la Unión Soviética no podía ser un vehículo para el progreso de los alemanes, incluso para aquellos que habían tenido dudas al respecto. La gente percibía que Stalin estaba intentando matar de hambre a los berlineses, mientras que los estadounidenses estaban intentando salvarles. Más de medio millón de personas protestaron por las calles de Berlín contra las políticas soviéticas. Cuando el SED expulsó del Ayuntamiento, ubicado en Berlín Oriental, a los concejales de otros partidos, estos volvieron a congregarse en la parte occidental y eligieron a un alcalde socialdemócrata, el formidable sindicalista Ernst Reuter. Los obreros comunistas y socialdemócratas se enfrentaban por las calles, y en esa lucha los segundos dieron el máximo de sí mismos. El joven Willy Brandt, un socialdemócrata alemán que había empuñado las armas contra el régimen de Hitler, y que regresó a Berlín en 1946 como oficial noruego, ayudó a organizar la resistencia. Pero incluso él tenía dudas sobre el desenlace final: «¿Estarían las democracias occidentales dispuestas a correr el riesgo de una guerra mundial por el interés de unos pocos millones de berlineses?», escribía Brandt.[15]

La necesidad de tranquilizar no solo a los berlineses sino al resto de europeos sobre el aguante de Estados Unidos fue uno de los principales motivos de que, en otoño de 1948, la administración de Truman empezara a debatir la posibilidad de un tratado oficial de alianza con los países de

Europa occidental. El presidente era plenamente consciente de lo difícil que podía resultar aquel proceso. Los estadounidenses, por naturaleza, no eran muy dados a formar alianzas extranjeras en tiempos de paz –los padres fundadores de Estados Unidos ya habían alertado contra cualquier tipo de «alianzas enmarañadas», sobre todo con las potencias europeas. Muchos votantes veían con desaprobación que Estados Unidos asumiera la responsabilidad de los problemas de Europa y los financiara con el dinero de los contribuyentes. Y una mayoría de estadounidenses seguía estando en contra de cualquier despliegue permanente de sus tropas en el extranjero. También en Europa occidental la opinión pública estaba dividida. Algunos consideraban que sus países debían intentar hacer de puente entre los soviéticos y los estadounidenses, y no unirse a uno de los bandos en contra del otro. Resultaba difícil, sobre todo para la gente de izquierdas, considerar la posibilidad de participar junto con Estados Unidos –un país al que consideraban la tierra del capitalismo irresponsable– en una alianza contra los europeos del Este, que a su vez se declaraban socialistas.

Sin embargo, a partir de 1949 el miedo parecía imponerse a cualquier otra consideración. Truman logró formar una coalición en el Congreso a favor de una Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), una alianza integral que incluía la obligación de defensa mutua. Aunque en Washington se dedicó mucho tiempo a debatir qué países de Europa podían integrarse, lo más llamativo fue que los gobiernos europeos se pusieron en fila para ingresar lo antes posible. El Gobierno democratacristiano de Italia y el Gobierno progresista de Francia, optaron por la integración de sus respectivos países en la OTAN. En Gran Bretaña y en los Países Bajos, tanto los partidos laboristas como los conservadores estaban a favor. Incluso en Escandinavia, con su larga tradición de neutralidad, los socialdemócratas daneses y noruegos aprobaron por una mayoría aplastante en sus respectivos parlamentos la solicitud de ingreso. El embajador noruego en Estados Unidos explicaba que «Noruega aprendió la lección en 1940. [...] Hoy el país no cree que la neutralidad tenga ningún tipo de relación con la realidad de la vida».[16] La incorporación más curiosa fue la de Portugal, que ni era una democracia ni había sido un aliado en la Segunda Guerra

Mundial. Pero tanto Gran Bretaña como Estados Unidos contemplaban las islas portuguesas del Atlántico como bases de gran importancia en caso de guerra contra los soviéticos. El tratado se firmó en abril de 1949 en Washington.

Los primeros efectos de la OTAN en Europa no fueron ni militares ni políticos. Fueron básicamente psicológicos. Los europeos occidentales no comunistas empezaron a convencerse de que Estados Unidos no iba a retirarse del continente en un futuro próximo. Eso significaba que Europa iba a seguir dividida. Pero también implicaba seguridad frente a un ataque soviético. La creación de la OTAN no tenía nada que ver con una definición de la civilización de un núcleo europeo («de Platón a la OTAN», como decían algunos –aunque Grecia no se incorporó hasta 1952). Tenía que ver con la estabilidad en un continente que había vivido un infierno desde antes de la generación anterior. Si el objetivo de la OTAN –como supuestamente afirmó su primer secretario general, lord Ismay– consistía en «mantener dentro a los estadounidenses, fuera a los soviéticos, y tranquilos a los alemanes», se trataba de un objetivo con el que la mayoría de la población de Europa occidental estaba de acuerdo en torno a 1950. La excepción, por supuesto, eran los comunistas, que protestaban por todas partes. Togliatti condenaba a su Gobierno en el Parlamento italiano: «Nosotros decimos "no" al Pacto Atlántico, "no", porque es un pacto de preparación para la guerra. Decimos "no" a su política [del Gobierno], porque es una política de hostilidad y agresión contra la Unión Soviética. Decimos "no" a las intrigas imperialistas que ustedes están urdiendo en perjuicio del pueblo italiano, de su independencia y de su libertad, y haremos todo lo posible para desenmascarar esa política y hacer que fracase».[17]

La velocidad con la que se creó la OTAN era en parte un reflejo de la debilidad militar de Estados Unidos y sus nuevos aliados sobre el terreno en Europa. El consejo que la Junta de Jefes de Estado Mayor le había dado al presidente Truman era claro: las tropas estadounidenses no podían defender Europa continental occidental frente al Ejército Rojo, ni siquiera en caso de que se utilizara la bomba atómica. En el mejor de los casos, los estadounidenses podrían aferrarse a dos cabezas de puente en Italia y en la

costa occidental de Francia, y ayudar a proteger a Gran Bretaña como base aérea para los bombardeos contra los soviéticos, a la espera de que llegaran refuerzos de Norteamérica. Los soviéticos estaban en condiciones de hacerse con el pleno control de toda Europa en un plazo inferior a dos meses, informaba la Junta de Estado Mayor. El Bloqueo de Berlín había modificado drásticamente las perspectivas de las Fuerzas Armadas estadounidenses. Por ejemplo, el general Clay le transmitió a sus superiores de Washington su sensación de que la guerra «puede llegar de una forma dramáticamente repentina».[18] Aunque los historiadores no han encontrado pruebas de que los soviéticos planearan una guerra ofensiva antes de los años cincuenta, y aunque el alarmismo manifestado por algunos generales estadounidenses, incluido Clay, también se nutría de su deseo de que el Congreso aprobara un mayor nivel de gasto militar, no cabe duda de que, a partir de mediados de 1948, entre los planificadores militares estadounidenses existía el temor real a una guerra. Presuponían que se trataría de una guerra mundial, con ofensivas soviéticas no solo en Europa sino también en Oriente Medio y en Asia oriental. La propia planificación bélica estadounidense tenía un carácter cada vez más global, lo que implicaba una percepción casi universal de la amenaza, así como una expansión de las capacidades estadounidenses, sobre todo en términos de guerra aérea. Pero, por debajo de todo aquello, también había una creciente asunción de los intereses de Estados Unidos en todo el mundo, por la que los acontecimientos de Europa y Norteamérica estaban relacionados con los de otras partes del mundo en un sentido sistémico.

Los preparativos para la guerra vinieron acompañados del temor a la subversión dentro del país. Esa relación ya se había constatado muchas veces a lo largo de la historia de Estados Unidos: el «temor rojo» después de la Primera Guerra Mundial o el internamiento de los estadounidenses de etnia japonesa durante la Segunda Guerra Mundial solo eran dos ejemplos recientes. La caza de brujas pública contra los comunistas y otros izquierdistas durante los años cuarenta y cincuenta tuvo unos efectos igualmente nocivos. Las acusaciones de deslealtad, en su mayoría infundadas, apartaron a muchos expertos cultos y de gran talento del

servicio al Estado. Joseph McCarthy, el demagógico e hiperbólico senador por Wisconsin que a través de sus discursos en el Senado acabó simbolizando la paranoia anticomunista, causó más daño a los intereses de Estados Unidos que cualquier operación secreta de Stalin. En febrero de 1950 McCarthy afirmaba que tenía pruebas contra 205 –cifra que posteriormente se corrigió a 57– comunistas que trabajaban en el Departamento de Estado, y denunciaba al presidente como un traidor que había «vendido el mundo cristiano al mundo ateo».[19] La serie de vistas e investigaciones a la que dieron pie acusaciones como las de McCarthy destruían la vida y la carrera de la gente. Incluso en el caso de los que salían absueltos, como Owen Lattimore, el famoso experto en Asia central, las acusaciones dejaban su marca, lo que dificultaba que los afectados encontraran empleo. Se trataba, como decía Lattimore en el título de su libro publicado en 1950, de un suplicio por medio de la calumnia *(Ordeal by Slander)*. Para muchos de los denunciados menos conocidos –obreros, actores, profesores, abogados– se trataba de un mundo kafkiano, donde sus palabras eran tergiversadas y utilizadas en su contra durante las vistas públicas por parte de unas personas que no tenían conocimiento ni de las víctimas ni de sus actividades. Detrás de todo ello estaba el objetivo político de perjudicar a la administración, aunque incluso algunos demócratas se vieron arrastrados por el frenesí, y el propio presidente eludía la cuestión en vez de enfrentarse públicamente a McCarthy. El macartismo, como muy pronto se vino en llamar, redujo el prestigio de Estados Unidos en el mundo, y fue de una gran ayuda para la propaganda soviética, sobre todo en Europa occidental.

Uno de los efectos del macartismo fue que la histeria pública dificultaba las investigaciones sobre las verdaderas redes de espionaje. Desde los años treinta existía una presencia sustancial de los servicios de inteligencia soviéticos en Estados Unidos, igual que en los principales países europeos. Sus agentes –algunos por motivos ideológicos, otros por chantaje o mediante sobornos– habían suministrado información importante a Moscú durante la Segunda Guerra Mundial, y sus actividades se intensificaron a medida que se imponía la Guerra Fría. Stalin exigía que los servicios de

inteligencia soviéticos –que durante la mayor parte de la Guerra Fría fueron el KGB (Comité para la Seguridad del Estado) y su homólogo militar el GRU (Departamento Central de Inteligencia del Ejército Rojo)– suministraran información sobre los planes bélicos de Estados Unidos contra la URSS. Debido al creciente frenesí imperante en Estados Unidos, los comunistas o excomunistas eran blancos fáciles para el reclutamiento. Un espía británico de origen alemán, el físico Klaus Fuchs, proporcionó material de inteligencia sobre el proyecto nuclear estadounidense en el que estaba trabajando. Las actividades de espionaje de Fuchs prosiguieron tras su regreso a Gran Bretaña, hasta que fue detenido en 1950. En Estados Unidos había varios centenares de espías como él, aunque pocos tan importantes como Fuchs. Cuando, a finales de los cuarenta, la contrainteligencia estadounidense poco a poco fue descifrando los mensajes en clave soviéticos –una iniciativa de alto secreto denominada Operación Venona– muchos de aquellos espías fueron detenidos. Pero dado que Venona debía mantenerse en secreto (incluso del presidente Truman, como se supo posteriormente), sus resultados contribuyeron escasamente a disipar el temor del público a la subversión comunista.

La alarma que creó la Guerra Fría en Estados Unidos palidecía en comparación con los arrebatos que sufrían la Unión Soviética y los países de Europa oriental. Hasta la muerte de Stalin en 1953, las denuncias, las purgas y los juicios-farsa estaban a la orden del día. Por supuesto, no era nada nuevo en la historia de la Unión Soviética; en muchos aspectos era una repetición de lo que había ocurrido en varias ocasiones desde la Revolución bolchevique, y que había llegado a su apogeo en el gran terror de Stalin durante los años treinta. La Segunda Guerra Mundial había intensificado la desconfianza de Stalin, y la Guerra Fría la elevó hasta nuevas cotas. El primer problema eran los cientos de miles de soldados que regresaban de los campos de prisioneros alemanes; ¿eran de fiar? Más de un tercio de ellos fueron enviados directamente de los campos de prisioneros de Alemania a los de la URSS. Y además estaban los que habían vivido bajo la ocupación alemana; la mayoría fueron investigados, y muchos de ellos, incluidos todos los funcionarios comunistas de las zonas ocupadas, fueron

enviados a los campos. Incluso los victoriosos soldados del Ejército Rojo que regresaban del frente eran considerados sospechosos. Cabía la posibilidad de que en el extranjero hubieran atisbado una forma de vida incompatible con las visiones de futuro de los soviéticos. Una afirmación imprudente sobre el nivel de vida de Alemania o sobre la cultura checa podía bastar para enviarles a prisión a su regreso.[20]

El peor crimen cometido en la Unión Soviética en los años cuarenta fue la deportación masiva de pueblos enteros o de grupos de población desde el oeste al este de la URSS. Durante la guerra se deportó al este a más de un millón de soviéticos de etnia alemana, más otro millón de musulmanes del Cáucaso y de Crimea (chechenos, ingusios, kalmukos, tártaros, turcos y otros). Se les consideraba una amenaza para la seguridad. El 20 % falleció durante los tres años posteriores a su deportación. Después, en 1944, a medida que el Ejército Rojo avanzaba hacia el oeste, comenzaron las deportaciones masivas desde los estados del Báltico, Ucrania y Bielorrusia. En Polonia oriental, ya incorporada a la Unión Soviética, los comunistas llevaron a cabo la deportación soviética de la antigua élite que Hitler había interrumpido en 1941. A principios de los años cincuenta, la población soviética controlada por la Dirección General de Campos (Gulag) alcanzó su máximo de más de dos millones y medio de prisioneros.

Algunos grupos siguieron resistiéndose, sobre todo en Ucrania y los estados del Báltico. Ucrania, que había formado parte del Imperio ruso y que fue invadida por las fuerzas comunistas tras la revolución de 1917, había caído en poder de Alemania en 1941, y los nacionalistas ucranianos aprovecharon la oportunidad para declarar la independencia de la Unión Soviética. Aunque la autonomía de Ucrania siempre fue una farsa durante la ocupación alemana, muchos nacionalistas ucranianos siguieron luchando contra el Ejército Rojo tras la retirada de los nazis. La Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN) siguió existiendo en la Unión Soviética hasta 1950, cuando su líder, Roman Sujévich murió en combate. Aunque la OUN era temida por su colaboración con los nazis y por sus atrocidades contra los polacos y los judíos, algunos ucranianos seguían considerándola la defensora de la independencia y la soberanía. Las contramedidas

soviéticas fueron brutales. Entre 1944 y 1952 se detuvo en Ucrania occidental a no menos de 600.000 personas; aproximadamente un tercio de ellas fue ejecutado, y el resto encarcelado o deportado. La feroz respuesta soviética probablemente contribuyó a mantener viva la resistencia en la misma medida que el menguante poder militar de la OUN.

En los estados del Báltico –Estonia, Letonia y Lituania– el regreso del Ejército Rojo también provocó una resistencia permanente. Tras independizarse de Rusia en 1918, los tres países fueron ocupados por los soviéticos en 1940, a raíz del pacto de Stalin con Hitler. La ocupación fue atroz, y la invasión alemana, en 1941, fue acogida con alivio por muchos habitantes de la región, que pasaron a dirigir su ira contra los rusos y otras minorías, incluidos los judíos. La derrota de Alemania significó el regreso del Ejército Rojo y el inicio de otro ciclo de derramamiento de sangre. En los tres países del Báltico la resistencia se aglutinó en torno a los antiguos oficiales, que en su mayoría habían colaborado con los nazis; eran conocidos colectivamente como los «Hermanos del Bosque». Los combates duraron casi una década y dejaron tras de sí 50.000 muertos, en su mayoría en Lituania. Aproximadamente el 10 % de la totalidad de la población adulta de los estados del Báltico fue deportada o enviada a los campos de trabajo soviéticos entre 1940 y 1953.

Igual que había ocurrido en los años treinta, las presiones externas llevaron al comunismo a encerrarse en sí mismo a finales de los años cuarenta. Aquellas purgas internas se iniciaron a raíz del conflicto con Yugoslavia, un enfrentamiento completamente innecesario creado por la indecisión y la paranoia de Stalin. Los comunistas yugoslavos eran el único partido de Europa oriental que había tomado el poder por sus propios medios tras la Segunda Guerra Mundial. Los guerrilleros del partido no solo habían resistido frente a los alemanes, también habían derrotado a las milicias croatas y, tras el final de la guerra, a los *chetniks* de Draža Mihailović, un movimiento monárquico y conservador, mayoritariamente de origen serbio. Los comunistas yugoslavos tenían como líder al llamativo Josip Broz, que se hacía llamar Tito, un veterano organizador de ascendencia mixta croata y eslovena, que había vivido varios años en la

Unión Soviética. En 1946, Tito había declarado una República Federal de Yugoslavia socialista, ideológicamente alineada con la Unión Soviética.

Tito se prodigaba en sus elogios a Stalin, y quería llegar a ser el discípulo más entusiasta y poderoso del *Vozhd* en Europa oriental. Durante los años de la posguerra, los comunistas yugoslavos fueron siempre los primeros en criticar lo que Stalin consideraba que había que criticar, ya fueran las políticas estadounidenses en Europa o las flaquezas de los partidos comunistas de Occidente. Pero el planteamiento de Tito despertó las suspicacias de Stalin, igual que el hecho de que el poder de los comunistas yugoslavos en su país no dependiera de los soviéticos. En 1945 Stalin criticó a Tito por ocupar la región de Trieste, lo que había generado una crisis con los británicos y los estadounidenses. También pensaba que los yugoslavos eran demasiado radicales en su apoyo a la insurrección comunista en Grecia. Y tal vez lo más importante, la personalidad llamativa e intensa del propio Tito irritaba a Stalin, igual que la aguerrida lealtad de que gozaba el líder yugoslavo entre sus seguidores. El comunismo solo podía tener un jefe, pensaba Stalin, y se propuso poner en su sitio a Tito.

El presunto motivo para la reprobación fue el plan para la creación de una federación balcánica. Hacía mucho tiempo que se barajaban planes de ese tipo, pero el hecho de que muchos países de la región hubieran adoptado el comunismo a partir de 1945 insufló nueva vida al proyecto. Tanto Tito como el líder comunista búlgaro, Dimitrov, habían debatido esos planes con los soviéticos. En septiembre de 1946, Stalin le dijo a Dimitrov que «Bulgaria y Yugoslavia se unirán en un Estado común y desempeñarán un papel unificado en los Balcanes».[21] A medida que maduraban los planes, los yugoslavos y los búlgaros mantenían informados a los soviéticos y les pedían consejo. Entonces, de repente, Stalin se volvió contra ellos. En una reunión convocada de forma apresurada en Moscú en febrero de 1948, el líder soviético acusó a Tito y a Dimitrov de cometer errores sistemáticos, de tener «encaprichamientos izquierdistas», y de haber tomado «un rumbo impropio e intolerable» en la planificación de su unión.[22] Los búlgaros se retractaron de inmediato. Los yugoslavos vacilaban. Antes de que pudieran dar una respuesta formal, los soviéticos retiraron unilateralmente de

Yugoslavia a todos sus asesores. Una semana después, Stalin y Mólotov enviaron una carta donde afirmaban que Tito se había vuelto antimarxista, que ignoraba la lucha de clases y que estaba difamando a la Unión Soviética. Ahora los planes para una federación balcánica se utilizaban para demostrar que Tito planeaba hacerse con el control de los países vecinos. Tito contraatacó. Como había vivido en Moscú durante las purgas de Stalin en los años treinta, Tito estaba convencido de que, de no hacerlo, se echaría a perder no solo su carrera política sino su vida. En junio de 1948 la Cominform expulsó a los yugoslavos, acusándoles de revisionismo y de haber instigado un régimen terrorista. La resolución afirmaba que los yugoslavos habían «traicionado la causa de la solidaridad internacional del pueblo trabajador». Hacía un llamamiento a los «elementos sanos» del Partido Comunista de Yugoslavia para que derrocaran a Tito. Se declaraba abiertamente la primera ruptura entre partidos comunistas.

Stalin esperaba que el régimen de Tito cayera por orden suya, si no de forma inmediata, sí durante los primeros meses posteriores a su ruptura con los yugoslavos. Al no producirse esa caída, los soviéticos emprendieron una serie de purgas entre los comunistas de otros países de Europa oriental que pudieran ser sospechosos de desobediencia, en aquel momento o en el futuro. Las víctimas eran elegidas más o menos al azar, pero siempre entre los comunistas que habían demostrado tener iniciativa propia y que gozaban de popularidad dentro de su partido. A veces, eran señalados porque resultaba más fácil calificarles de intrusos: los judíos, las minorías nacionales o personas que habían vivido en el extranjero. En Hungría, László Rajk, un comunista judío que había combatido en España, encajaba perfectamente con el patrón. Rajk, que como ministro del Interior había sido responsable de la muerte de miles de personas, fue acusado de ser un espía de Tito y un agente del imperialismo. Fue fusilado en octubre de 1949. En Bulgaria, el segundo de Dimitrov, Traicho Kostov, fue ejecutado dos meses después. En Polonia y Rumanía, los dos principales dirigentes señalados como víctimas, Gomułka y Ana Pauker, salvaron la vida porque llevó demasiado tiempo recopilar «pruebas» contra ellos, y Stalin murió antes de que empezaran sus juicios-farsa. Rudolf Slánský, secretario general

del Partido Comunista checoslovaco, no tuvo tanta suerte. En su confesión, perfectamente ensayada antes del juicio, un angustiado Slánský ratificó todas las acusaciones de la fiscalía: «En calidad de enemigo del Partido Comunista y del régimen democrático popular, yo creé el Centro para la Conspiración contra el Estado, que dirigí durante varios años. En aquel Centro congregué a un gran número de diversos elementos capitalistas y nacionalistas burgueses. Mis colaboradores se convirtieron en agentes de los servicios de espionaje capitalistas, es decir de los servicios franceses, ingleses y sobre todo estadounidenses [...] con el propósito de liquidar el orden democrático popular y de restablecer el capitalismo». Slánský fue ejecutado en diciembre de 1952.

Aquellas confesiones, absolutamente increíbles y por tanto ridículas, contribuyeron a la pérdida de la fe en el comunismo en Europa occidental. Pero en Europa oriental, y en la propia Unión Soviética, es difícil saber si tuvieron algún efecto. A menos que las purgas y los juicios-farsa afectaran directamente a la familia de uno, la mayoría de la gente optaba por concentrarse en la reconstrucción de su país, lo que podía garantizar una vida mejor para sus hijos y nietos, cuando no para ellos mismos. Parecía que el orden comunista había llegado para quedarse, y a pesar de algunos pequeños indicios de resistencia cotidiana a las dictaduras, imperaba la conformidad. Uno de los motivos de la aquiescencia de la gente era que las autoridades comunistas lograron cumplir algunas de sus promesas sociales y económicas, sobre todo durante la era de la reconstrucción. A los comunistas se les daba bien coordinar los recursos porque ni el mercado ni la sociedad civil podían interferir en sus decisiones. Por ejemplo, la reconstrucción de viviendas resultaba más fácil en Europa oriental, aunque una gran parte de las construcciones eran de mala calidad. Los servicios sociales, como la atención sanitaria y el cuidado de los mayores, se desarrollaban más rápidamente. En conjunto, las economías de Europa oriental crecieron más deprisa que en Occidente durante los primeros años de la posguerra. Pero partían de una posición mucho más baja, y el crecimiento era mayor en las economías menos desarrolladas (como Bulgaria) y menor en las más desarrolladas (como Checoslovaquia). El

hecho de que las economías crecieran en alguna medida es un testimonio tanto de la disposición de la gente corriente a trabajar como de la capacidad de los comunistas para organizar, sobre todo teniendo en cuenta el saqueo de los soviéticos y la pérdida de los mercados y las importaciones de tecnología de Occidente.

En la propia Unión Soviética hizo falta mucho tiempo para que mejorara el nivel de vida de la gente. Ningún otro país había sufrido una pérdida de capacidad productiva tan considerable a consecuencia de la guerra como la URSS. Los primeros años de la posguerra fueron funestos; en 1946 hubo una hambruna en algunas zonas del país (de la que no se informó, por supuesto, en los medios de comunicación soviéticos). Aunque las autoridades soviéticas no esperaban que hubiera otra guerra, por lo menos no de inmediato, eran muy aficionadas a los sistemas de mando de los tiempos de la guerra para la economía, de modo que los mantuvieron. El resultado fue un sistema económico aún más reglamentado que en la década de 1930, donde las cuotas de producción se especificaban hasta el mínimo detalle. La prioridad era la industria pesada; las plantas siderúrgicas y la producción de maquinaria siempre estaban en lo más alto de la lista. A pesar de todo, en sus propios términos, la producción soviética volvió a su capacidad de antes de la guerra extraordinariamente deprisa. Un motivo sustancial era simplemente la paz: de una forma u otra, Rusia siempre había estado en guerra, interna o exteriormente, a raíz de las guerras, la Guerra Civil, la colectivización o las purgas, desde 1914. Aunque Stalin no había renunciado de ninguna manera a las campañas políticas, era consciente de que habría resultado excesivo imponer una nueva justo después de la Segunda Guerra Mundial. Al menos con una cierta apariencia de paz, la producción soviética pudo ponerse al día con su trabajo pendiente en materia de potencial no realizado, y aparentemente dio pasos de gigante a partir de finales de los años cuarenta.[23]

Para mucha gente, la reconstrucción después de la Segunda Guerra Mundial también significó acostumbrarse a ver el mundo de una forma diferente. La

Guerra Fría tenía sus raíces, por supuesto, en la primera parte del siglo XX, y como línea divisoria ideológica, hacía tiempo que su sombra había caído sobre gran parte de la historia europea y mundial. Pero fue durante los intensos primeros años posteriores a la guerra cuando el conflicto entre el comunismo y el capitalismo se impuso casi por doquier como el enfrentamiento predominante en todo el mundo. Mientras la gente estaba ocupada reconstruyendo su vida –consiguiendo un techo bajo el que cobijarse, dando de comer a sus hijos, encontrando un empleo– fue dándose cuenta de que lo hacía cada vez en mayor medida en un marco definido por la Guerra Fría. Puede que la gente no se sintiera parte del conflicto, pero no podía evitar que le afectara. La Guerra Fría creaba restricciones y oportunidades nunca vistas hasta entonces, ya fuera en la guerra o en la paz. Y poco a poco, fue conectando distintas partes del mundo de una forma y con unos cometidos que en el pasado no habían sido tan evidentes.

5

La nueva Asia

Cuando la Segunda Guerra Mundial tocó a su fin en Asia, Japón estaba devastado, y la mayor parte del continente afrontaba profundas revoluciones. En China, Corea y Vietnam, los partidos comunistas habían mejorado enormemente su posición durante la guerra y estaban en condiciones de aspirar al poder. En Indonesia y en India, los grupos nacionalistas radicales presionaban para lograr la plena independencia de sus señores coloniales holandeses y británicos. El continente se vio afectado por una tormenta perfecta: no solo Japón había desaparecido como gran potencia expansionista sino que también los imperios europeos se estaban desintegrando rápidamente. Por primera vez en al menos cien años, los asiáticos iban a poder decidir su propio destino, esta vez bajo los estandartes del nacionalismo y la democracia –unos conceptos originalmente importados de Europa, a los que se imprimió un peculiar sello local. Las nuevas revoluciones asiáticas no miraban tanto al pasado como al futuro, hacia la plena autonomía, la modernización y la construcción de nuevos estados.

La tormenta revolucionaria que afectó a Asia después de la guerra tuvo tres corrientes principales. Las potencias coloniales y sus aliados locales seguían luchando para conservar su posición, o por lo menos para conservar una parte de sus ventajas económicas, por el procedimiento de entregar el poder a unas élites locales con las que pudieran negociar. Pero sus líneas del frente estaban rotas; en China, las potencias extranjeras ya habían renunciado a todos sus privilegios durante la guerra (excepto en Hong Kong y en Macao), y en India los británicos –como medida desesperada en un

momento en que Japón se disponía a invadir la región desde el este– habían prometido autonomía al país cuando terminara la guerra. Las dos nuevas superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, se oponían al colonialismo (por lo menos mientras no fuera el suyo) e insistían en una rápida y plena retirada de los europeos. Y lo más importante, ningún país europeo podía seguir permitiéndose el lujo de mantener su sistema colonial; sus poblaciones querían la reconstrucción dentro del país, no nuevos gastos en lo que parecían unas posiciones vanas y moralmente indefendibles en ultramar. En el plazo de una década, el colonialismo había pasado de ser el orgullo de la mayoría de los europeos a ser uno de sus muchos problemas.

A lo largo y ancho de Asia, los movimientos nacionalistas se posicionaban para tomar el poder. La mayoría de sus líderes combinaban las ideas de nación, a menudo representadas por su gloria pasada, con los conceptos de modernización y de planificación estatal. Muchos de esos líderes tenían una orientación socialista de uno u otro tipo, aunque sus contactos con la Unión Soviética eran limitados. En los dos países más grandes, China e India, los principales grupos nacionalistas (el Kuomintang, o Partido Popular Nacional chino, y el Congreso Nacional indio) eran grandes organizaciones con muchas facciones, y ambos estaban liderados por dirigentes carismáticos. Su orientación política se basaba en los sistemas de planificación centrados en el Estado, a cargo de un Ejecutivo fuerte, pero ambos estaban enfrentados con los partidos comunistas dentro de sus propias fronteras. En Indonesia –un archipiélago de 17.000 islas, con culturas e historias diversas– se vislumbraba un nuevo Estado basado en un concepto de nación también totalmente nuevo, una patria nacional para todos los pueblos autóctonos, con su núcleo en la colonia que habían creado los holandeses en el siglo XIX. Los creadores de la idea de Indonesia se inspiraban en la noción de que en el sudeste asiático los conceptos de ser indígena y ser musulmán coincidían, y de que todos los musulmanes del sudeste asiático debían integrarse en un solo Estado unido y centralizado. Justamente en el momento que la Guerra Fría llegaba a dominar los asuntos internacionales, los nacionalistas asiáticos veían cómo se abrían paso sus nuevas naciones.

En los principales países asiáticos, desde Japón hasta Irán, los partidos comunistas surgieron de la Segunda Guerra Mundial como la principal alternativa a los movimientos nacionalistas. La mayoría de los comunistas del continente, que habían recibido la orden del Comintern de oponerse a los japoneses en Oriente, habían conseguido por sí solos sus credenciales como patriotas durante la Segunda Guerra Mundial. Pero, aun así, no eran capaces de colaborar fácilmente con los líderes nacionalistas, más indigenistas, en parte –irónicamente– porque algunos nacionalistas estaban convencidos de que los esfuerzos bélicos de los comunistas obedecían a las aspiraciones de los soviéticos y no a un objetivo nacional. En algunos lugares, donde se había visto a los japoneses como los heraldos de una insurrección antieuropea, los comunistas eran vistos como unos aliados poco fiables del nacionalismo asiático. Aun así, los partidos comunistas se habían expandido por doquier. En China, el partido afirmaba contar con un millón de afiliados y disponer de un gran ejército a sus órdenes. En Indonesia, el Partido Comunista era la mayor organización política del país (a pesar de la incompetencia política de sus líderes). En India el partido dominaba los sindicatos y tenía una influencia sustancial en Bengala, la región más poblada. Incluso en Japón el Partido Comunista obtuvo un apoyo superior al 10 % en las primeras elecciones celebradas después de la promulgación de la nueva constitución. Aunque seguían siendo minoritarios, los comunistas tenían motivos para creer que iban a desempeñar un importante papel a la hora de guiar el destino de sus países en un futuro.

Es fácil resumir la situación estratégica en Asia en 1945. En el este, las fuerzas estadounidenses habían ocupado Japón, habían desplegado 50.000 soldados en China y habían asumido el control de Corea al sur del paralelo 38. Además, a raíz de la guerra, Estados Unidos había desembarcado tropas en las islas de una extensa zona, desde Okinawa hasta Borneo, y por todo el Pacífico. Gran Bretaña, con ayuda de Australia, había arrebatado a los japoneses las principales ciudades del sudeste asiático. Los soviéticos, después de entrar finalmente en guerra con Japón, el 9 de agosto de 1945, llevaron a cabo una guerra relámpago de tres semanas, con la que se

apoderaron de todo el nordeste de China (Manchuria), de las islas del norte de Japón y de la mitad septentrional de Corea. En Asia occidental, los británicos y los soviéticos ya habían invadido y ocupado Irán a mediados de 1941, y los soviéticos controlaban las regiones al norte de Teherán. Los británicos estaban al mando del resto de Oriente Medio. Las mayores beneficiarias del hundimiento de Japón y Alemania eran las potencias imperialistas, pero también estaba claro que los británicos abarcaban un territorio demasiado extenso en 1945. No podían siquiera asumir un control efectivo de sus antiguas colonias en Asia, por no hablar de los estados asiáticos independientes, ni de las colonias que habían pertenecido a otros países. Al igual que en Europa, Gran Bretaña necesitaba la cooperación de otras potencias –sobre todo de Estados Unidos– para defender sus intereses en Asia.

Inmediatamente después de 1945, los responsables de las políticas estadounidenses estaban tan obsesionados con algunas zonas de Asia como lo estaban con Europa. Al fin y al cabo, Estados Unidos había librado la Segunda Guerra Mundial porque había sido atacado por una potencia asiática. En total, los estadounidenses habían sufrido 350.000 bajas en la guerra del Pacífico, y no resultaba fácil olvidar aquel sacrificio. Unos 20.000 de aquellos muertos se los había cobrado la batalla por una isla del sur de Japón, Okinawa, a mediados de 1945. Comprensiblemente, el futuro de Japón tras su capitulación se consideraba crucial para Estados Unidos, pero lo mismo ocurría con el futuro de China, con cuya causa muchos estadounidenses se sentían íntimamente vinculados durante la guerra, por tratarse de un país aliado. En la parte occidental del continente, Estados Unidos veía a Irán como un Estado crucial para los años venideros; el país tenía una larga frontera con la Unión Soviética y era el más poderoso de la región del Golfo Pérsico, rica en petróleo. Los dirigentes estadounidenses estaban convencidos de que podían rescatar a los iraníes de las garras del imperialismo extranjero, británico o soviético, y de paso asegurar un suministro estable de petróleo para sus aliados europeos. Además de los motivos históricos y estratégicos para la intervención de Estados Unidos, los dirigentes estadounidenses a menudo pensaban que podían contribuir a

la modernización política y económica de Asia después de la guerra de una forma que ninguna potencia europea era capaz ni deseaba. Si Asia estaba madura para una revolución, Washington quería estar en primera línea, contribuyendo a guiar al continente más poblado del mundo por la senda de la independencia, la riqueza y la modernidad.

Estados Unidos fue el principal aliado de los países de Europa occidental en la Guerra Fría, y sobre todo de Gran Bretaña y Francia, las dos potencias que tenían los mayores imperios coloniales. Pero el colonialismo como principio no era popular en Estados Unidos en 1945, dado que la mayoría de la gente consideraba que contradecía los principios del Gobierno democrático y la causa de la libertad, en cuyo nombre se había librado la guerra. Al igual que la administración anterior, al final de la guerra del Pacífico la administración de Truman aspiraba a un rápido traspaso del poder a las élites locales en Asia, y estaba dispuesta a enfrentarse a sus aliados europeos para lograrlo. Pero la política de Estados Unidos no se guiaba únicamente por elevados principios. Los estadounidenses también querían tener acceso a las oportunidades de mercado que le habían estado vetadas por decisión de las potencias coloniales durante los años de entreguerras. Y estaban preocupados por las oportunidades de que podían gozar los radicales y los comunistas si se posponía demasiado la independencia de las colonias; el Departamento de Estado argumentaba que los egocéntricos europeos eran incapaces de ver las implicaciones de sus actos en el contexto más amplio de la Guerra Fría. El meollo universalista de la Guerra Fría llevaba a los estadounidenses a defender un punto de vista firme sobre unos países y territorios que tan solo unos años atrás habían significado muy poco para Washington.

Para la Unión Soviética, la revolución en Asia conllevaba a la vez oportunidades y riesgos. Lenin había demostrado que aunque Marx tenía razón cuando atribuía a las revoluciones europeas el papel principal para el derrocamiento del capitalismo, apoyar los movimientos nacionales en Asia era una forma de ejercer presión en el conjunto del sistema imperialista. Por esa vía, dicho apoyo podía acelerar las revoluciones en Europa, que eran cruciales tanto para la seguridad de la Unión Soviética como para el futuro

de la humanidad. Stalin había asumido ese punto de vista, pero haciendo hincapié en la seguridad de la URSS. Tras la falta de éxito revolucionario internacional durante los años de entreguerras, y la lacerante experiencia de la Segunda Guerra Mundial, Stalin no quería correr el riesgo de una confrontación innecesaria con Estados Unidos y Gran Bretaña por las regiones periféricas. En 1945, el líder soviético seguía manteniendo la esperanza de que la Unión Soviética fuera capaz de lograr sin ese tipo de conflicto lo que a su juicio eran unos objetivos limitados en Europa. De ser así, no había motivos para exacerbar la tensión con sus aliados sobre unas cuestiones que eran menos importantes para la política exterior soviética en su conjunto.

Pero los dirigentes soviéticos de la posguerra también eran conscientes de que no había que pasar por alto como un importante elemento de los asuntos exteriores soviéticos el potencial revolucionario en Asia que había despertado el derrumbe de Japón. En su mayoría pensaban que el papel de Moscú consistía en canalizar ese potencial en la dirección de unos gobiernos de coalición que fueran antijaponeses y –como mínimo– neutrales en el conflicto a escala mundial y a largo plazo entre el capitalismo y el socialismo. Los incipientes movimientos comunistas de Asia necesitaban tiempo para crear unas organizaciones adecuadas, formar a sus cuadros y aprender de la URSS. Moscú tenía que reservar una parte de sus escasos recursos para apoyar esos procesos, argumentaban muchos destacados comunistas. Pero también tenía que dedicar más tiempo a estudiar la composición de clase y las ideologías de los partidos nacionalistas y de izquierdas de Asia a fin de no cometer errores. Con su escepticismo habitual, Stalin a menudo estaba de parte de quienes argumentaban que los soviéticos debían tener cuidado a la hora de gastar dinero y material en los grupos poco fiables y en las perspectivas políticas inciertas en Asia, en un momento en que había tanto en juego. Sobre la base de su interpretación de la historia soviética (y rusa), el *Vozhd* opinaba que tan solo había un país asiático que realmente era de gran importancia para Moscú a corto plazo. Ese país era Japón. Y, paradójicamente, era justamente

allí donde los soviéticos parecían tener las mínimas posibilidades de ejercer una influencia directa al terminar la guerra.

En agosto de 1945, Japón era un país en ruinas. Las bombas incendiarias estadounidenses habían reducido a cenizas sus ciudades hechas de madera. En Tokio seguía en pie menos de un tercio de la ciudad, aunque con graves daños a causa de las bombas. Un solo bombardeo de los aviones B-29, la noche del 9 de marzo de 1945, provocó un incendio que mató por lo menos a 100.000 personas, en su inmensa mayoría civiles. Dos ciudades del sur, Hiroshima y Nagasaki, habían sido atacadas con armas nucleares. Unas 120.000 personas murieron en el acto y muchas más sufrieron una muerte lenta y dolorosa a causa de la radiación. Por todas partes las infraestructuras eran un caos, millones de personas carecían de vivienda o vivían como refugiados dentro del país. Y después, cuando se desmoronó el imperio, casi tres millones de refugiados japoneses procedentes del extranjero volvieron a un país que muchos de ellos no habían visto nunca, y donde no fueron muy bien acogidos. Si había algo que Japón no necesitaba en 1945 eran más bocas que alimentar. Las raciones de alimentos ya estaban muy por debajo del nivel de inanición, incluso por debajo de la terrible dieta que el Gobierno japonés había ofrecido a su población antes del colapso.

Comprensiblemente, los japoneses culpaban a sus propios dirigentes tanto como a los extranjeros por los desastres que habían padecido. La gente corriente había escuchado promesas de prosperidad, territorios y gloria; lo que recibieron fue muerte y miseria. El pueblo japonés había hecho gala de su disciplina, de su cohesión y de una enorme disposición a sacrificarse en aras de lo que les decían que era el bien común durante la guerra. Ahora, en otoño de 1945, quedaba patente el pago que recibían por la lealtad que habían demostrado. El país, que no había vivido una guerra importante durante trescientos años, estaba devastado. No es de extrañar que se produjeran enormes manifestaciones a las puertas del Palacio Imperial, en el centro de Tokio, donde la gente le gritaba al emperador: «¿Qué vas a cenar?». En mayo de 1946, las concentraciones masivas

denominadas «Dadnos arroz», organizadas por los dirigentes de la izquierda japonesa –que en su mayoría acababan de salir en libertad de los campos de prisioneros del régimen anterior– exigían «cambios revolucionarios» y «un Gobierno democrático».[1]

La administración de Truman fue tajante desde el principio al afirmar que no estaba dispuesta a compartir el control de Japón con ninguna otra nación aliada durante la posguerra. El presidente opinaba que Estados Unidos se había llevado la peor parte de la guerra contra Japón y que era el único país capaz de reformarlo (por mucho que le costara reconocerlo a los chinos). Es cierto que se creó una comisión, con la participación formal de otros aliados, incluidas Australia y Nueva Zelanda. Pero el poder estaba exclusivamente en manos de los estadounidenses. El general Douglas MacArthur, el veterano soldado que había vuelto para abrirse paso a través de Asia al final de la guerra –contra los japoneses y también con la oposición del Estado Mayor del Ministerio del Ejército estadounidense– fue nombrado comandante supremo de las potencias Aliadas, y toda la autoridad en el país ocupado emanaba de su despacho. MacArthur quería ver un Japón transformado; estaba convencido de que la agresividad del país durante la guerra tenía su origen en una profunda propensión cultural a la violencia, al autoritarismo y, como él solía decir, a «una conducta similar a la de las hormigas» que distinguía a los japoneses de los estadounidenses (y en realidad del resto de países del mundo). Era preciso reconstruir por completo la organización de Gobierno y la economía de Japón, a fin de poder crear barreras contra las formas de conducta a las que eran propensos los japoneses, y para que pudieran convertirse en unos aliados fiables de Estados Unidos en el conflicto mundial contra el comunismo que el general no dudaba que estaba por llegar.

Hoy en día es habitual que la gente no comprenda lo radical de las reformas que Estados Unidos le impuso a Japón. La directiva inicial tras la rendición promulgada por el presidente Truman en agosto de 1945 instaba a la desmilitarización total del país, a que su territorio se limitara a las islas del archipiélago japonés y a que su nueva constitución fuera redactada por los ocupantes. Esa constitución debía incluir «las libertades de culto, de

reunión, de expresión y de prensa. [...] Es preciso destruir la actual base económica del poderío militar japonés. [Estados Unidos estaría] a favor de un programa para la disolución de los grandes conglomerados industriales y bancarios [...] [y de fomentar] el desarrollo de organizaciones laborales, industriales y agrícolas, organizadas sobre una base democrática».[2] Es posible que MacArthur fuera un general estadounidense muy conservador, pero sus órdenes iban a provocar una revolución en Japón, con unos elementos que tenían un sabor inconfundible a las políticas del *New Deal* de la generación de Roosevelt.

Para gran sorpresa de la mayoría de estadounidenses, los propios japoneses acogieron con entusiasmo las nuevas libertades que se les proponían. En cuanto se les permitió, los japoneses crearon sindicatos, organizaciones de autoayuda y grupos políticos. Los colegios y las universidades empezaron a impartir unos currículos que hacían hincapié en la democracia y en la participación pública, muy distintos de la dieta de nacionalismo y culto al emperador de los tiempos de guerra. Muchos consideraban que las viejas élites de Japón habían quedado deslegitimadas a raíz de su apoyo a una desastrosa política expansionista. Afirmaban ser nacionalistas, pero, a juicio de mucha gente, habían destruido el país. Cuando los asesores de Truman para Japón insistieron en mantener al emperador Hirohito, a pesar de su evidente responsabilidad a la hora de iniciar una guerra de agresión, argumentaban que su destronamiento provocaría que el país fuera ingobernable. Pero ese punto de vista se basaba más en una percepción orientalista de la devoción de los japoneses por la autoridad absoluta –reforzada, por supuesto, por la experiencia de la guerra– que en los rápidos cambios que estaban teniendo lugar en la sociedad japonesa de la posguerra.

A partir de 1947, las repercusiones de la Guerra Fría ya empezaban a influir en la opinión de Washington acerca del mejor planteamiento para Japón. La izquierda japonesa logró aumentar su apoyo electoral del 22 % a más del 30 % de los votos en las elecciones de abril de 1947, y aunque menos del 4 % votó al Partido Comunista, no cabía duda de que el radicalismo estaba cada vez más de moda. La mayoría de los japoneses

pensaba que los principales vencedores de la guerra, los estadounidenses y los soviéticos, representaban conjuntamente la democracia; de lo contrario, señalaban algunos periodistas de Tokio, ¿por qué iban a aplicar los estadounidenses unas reformas que suponían mayores oportunidades para la izquierda? Sin embargo, ya en 1946, el general MacArthur había lanzado una severa advertencia a los socialistas, que hacían oír su voz cada vez más: «Si algunos elementos minoritarios de la sociedad japonesa son incapaces de ejercer la contención y la dignidad que requieren la situación y las circunstancias, me veré obligado a adoptar las medidas necesarias para controlar y remediar una situación tan deplorable».[3] Cuando George Kennan visitó el país en 1948, se sorprendió de que la falta de estabilidad política y de desarrollo económico en Japón fuera un lastre para la política internacional de Estados Unidos. Kennan instaba a que se suspendiera lo antes posible cualquier ulterior reforma, y a una «relajación» en la depuración de los criminales de guerra. También sugería una «remilitarización limitada de Japón» en caso de que los soviéticos «no estuvieran ampliamente debilitados y escarmentados» o de que la «sociedad japonesa todavía parezca excesivamente vulnerable en sentido político» cuando llegara el momento de firmar un tratado de paz.[4]

El denominado «rumbo contrario» que impusieron los estadounidenses devolvió a los conservadores japoneses cierta seguridad en sí mismos. Podían apoyarse en una sociedad japonesa donde la mayoría estaba cada vez más obsesionada con detener el declive económico. Los líderes de la derecha parecían estar mejor cualificados para lograr que las fábricas reanudaran su actividad, y para organizar el suministro de arroz a las ciudades. Los escasos políticos de la derecha que habían roto con los militaristas de los tiempos de guerra resultaron ser especialmente populares. Yoshida Shigeru, un exdiplomático que había sido detenido por haber intentado forzar una rendición temprana de Japón, fue elegido primer ministro en 1946 y se mantuvo en el cargo de forma casi ininterrumpida hasta 1954, aunque con una fuerte oposición de la izquierda. A partir de finales de 1948, miles de maestros, funcionarios y sindicalistas de izquierdas fueron despedidos de sus empleos en una «purga roja» de signo

contrario. El hecho de que se incluyera en una lista negra a sus militantes, al tiempo que se ponía en libertad a los acusados de crímenes de guerra, enfureció a la izquierda japonesa. En las elecciones de 1949 el Partido Comunista obtuvo más del 10% de los votos.

La ocupación de Japón brindó a Estados Unidos una oportunidad irrepetible de convertir a un antiguo enemigo en un colaborador a largo plazo. Tanto el periodo de reformas como las políticas contra los radicales que le siguieron tenían un mismo cometido: remodelar Japón a imagen de Estados Unidos. Lo que lo hacía posible era, por supuesto, la victoria militar de Estados Unidos en la guerra del Pacífico. Pero también dependía de excluir a las demás potencias vencedoras –sobre todo a la Unión Soviética– de cualquier papel real en la ocupación que tuvo lugar a continuación. Stalin estaba furioso por la descarada exclusión de su país de la fuerza de ocupación, pero no le sorprendía. Se trataba, al fin y al cabo, de la misma conducta que él había exhibido en Europa oriental. Y no esperaba que Truman le hiciera ningún favor. La política de Stalin consistió en dar la orden al Partido Comunista japonés de oponerse a la ocupación estadounidense y en argumentar que únicamente una revolución socialista japonesa y una alianza con la Unión Soviética podían restablecer la independencia de Japón. Pero también les tendía una mano a los conservadores japoneses: si querían recuperar las islas Kuriles, al norte del país, que la URSS había ocupado al final de la guerra, y si querían comerciar con la China comunista, el camino a un acuerdo en ese sentido pasaba por Moscú.

La victoria comunista en China y el estallido de la guerra de Corea durante el verano de 1950 modificaron la situación estratégica en Asia oriental. Japón podía ser un activo para Estados Unidos principalmente por su potencial económico (y tal vez militar) a largo plazo. Sobre todo después del ataque de Corea del Norte, Japón era lo único que tenía Estados Unidos en la región, y el país desempeñó un papel crucial a la hora de organizar y abastecer la contraofensiva del Ejército estadounidense en Corea. La guerra llevó a Washington a decidir firmar lo antes posible un tratado de paz con Japón, a fin de que Estados Unidos pudiera contar con un punto de apoyo

permanente en el país, y que este asumiera una parte de la responsabilidad de su propia defensa. Truman insistía en que primero el Gobierno japonés tenía que firmar un tratado de seguridad bilateral con Estados Unidos, por el que Tokio se comprometía a tener a Estados Unidos como único aliado y a conceder a Washington el derecho a instalar bases militares en Japón totalmente al margen de la jurisdicción del Gobierno. Las fuerzas estadounidenses, afirmaba el tratado, iban a contribuir a la «seguridad de Japón contra un ataque armado desde el exterior, incluyendo la ayuda, a petición expresa del Gobierno japonés, para sofocar los amotinamientos y los disturbios a gran escala en Japón».[5] Además, Yoshida tuvo que declarar que no iba a llegar a ningún tipo de acuerdo con el Gobierno comunista chino. Solo entonces pudo firmarse el tratado de paz. Como era previsible, los soviéticos se negaron a firmarlo, y China ni siquiera fue invitada a la reunión.

Con el tiempo, Japón acabaría convirtiéndose en el aliado más importante de Estados Unidos en la Guerra Fría. No solo cumplía la función de portaaviones imposible de hundir frente a la costa continental de Asia, sino que además, a finales de los años cuarenta, ya era un país crucial para la planificación militar estadounidense, que había asumido una estrategia de bases en ultramar para garantizar la hegemonía militar de Estados Unidos en la región. Posteriormente, la parte más importante de la alianza entre Estados Unidos y Japón pasó a ser la interacción económica y el apoyo que prestaba Tokio a las estrategias estadounidenses en la Guerra Fría. Pero en los primeros años de la alianza, eso aún estaba por llegar. A medida que Asia iba convirtiéndose en una parte cada vez más importante de la política exterior de Estados Unidos, las principales preocupaciones estadounidenses seguían siendo la estabilidad del sistema político japonés y la voluntad de Tokio de defenderse del comunismo, extranjero o nacional.

Para la mayoría de los chinos, el siglo XX había sido una experiencia caótica. Su país había pasado de ser un imperio a principios de siglo a ser una república, y después a convertirse en una anárquica colección de

regímenes enfrentados, para volver a ser de nuevo una república. La última encarnación del Estado chino, a partir de la década de 1930, era una dictadura modernizadora encabezada por Chiang Kai-shek y su Partido Popular Nacional, el Kuomintang. Pero el ataque japonés de 1937 había puesto en entredicho la permanencia de Chiang en el poder, y posibilitó la reaparición de sus adversarios dentro del país. Al tiempo que el Kuomintang luchaba por su supervivencia (y la de China) contra la ofensiva japonesa, aquellos adversarios iban ganando terreno. El mayor de ellos era el Partido Comunista de China (PCCh), que Chiang había logrado prácticamente aniquilar a mediados de los años treinta. Sin demasiados contactos directos con Moscú, el PCCh había sido capaz de transformarse durante la guerra en un partido importante a escala nacional. En 1945, el PCCh, que luchaba contra los japoneses cuando no tenía más remedio, y contra el Kuomintang cuando surgía la oportunidad, estaba preparado para arrebatarle a los nacionalistas de Chiang el liderazgo de China.

La guerra contra Japón le había brindado a los comunistas chinos la oportunidad de prosperar. Pero fue su líder, Mao Zedong, quien se aseguró de que los comunistas aprovecharan aquella oportunidad para conseguir más poder. Mao era un comandante brillante y aventurero, firmemente comprometido con la justicia social, que sentía un odio visceral a lo que a su juicio era la «vieja China» –atraso, superstición y patriarcado. Quería crear una «nueva China» que fuera moderna y socialmente justa a un tiempo. Su principal ideal era la Unión Soviética de Stalin, un país que nunca había visitado, pero que idealizaba como una nación antiimperialista, revolucionaria y progresista. A principios de 1945, las fuerzas de Mao ya estaban preparadas para confluir con el Ejército Rojo en el norte de China, como parte de una intervención soviética que Mao esperaba que se produjera muy pronto y, a partir de ahí, para luchar con Chiang Kai-shek por la supremacía.

Sin embargo, el fin de la guerra en China llegó de una forma que no esperaban ni Mao ni sus adversarios. Stalin estuvo tanto tiempo titubeando antes de atacar a Japón, que Mao llegó a estar al borde de la desesperación. El PCCh se vio obligado a empezar a contemplar una posguerra en China

donde Estados Unidos sería la potencia extranjera predominante, un escenario que claramente no era de su agrado. Entonces, en agosto de 1945, todo ocurrió a la vez. Las bombas atómicas cayeron sobre las ciudades japonesas. La Unión Soviética por fin atacó a Japón y ocupó el nordeste de China, también conocido como Manchuria, y la parte norte de Corea. Japón capituló. De repente, la potencia que había llevado a China al borde de la extinción había dejado de existir. Mao ordenó que las fuerzas comunistas chinas invadieran Manchuria y le arrebataran a los humillados japoneses la mayor cantidad posible de territorio. Su partido parecía estar preparado para cosechar éxitos importantes.

Y entonces todo se torció para los comunistas chinos. Los estadounidenses ordenaron a los japoneses, que aún conservaban grandes zonas de China, que se rindieran *exclusivamente* a las fuerzas de Chiang. Gracias a su estatus de presidente del Gobierno chino reconocido internacionalmente, Chiang negoció un acuerdo con Stalin, por el que se concedía al Kuomintang el control de Manchuria a cambio de concesiones a los soviéticos para sus futuras actividades económicas y militares en la región. Y lo que era peor, los chinos que vivían a lo largo de la costa oriental –las regiones más pobladas del país, que habían sido ocupadas por Japón durante la guerra– recibieron con los brazos abiertos el regreso de las fuerzas de Chiang como héroes libertadores cuando llegaron a bordo de aviones de transporte estadounidenses. Parecía que Mao iba a perder la partida.

Era evidente que los comunistas chinos no iban a aceptar aquello sin más. Desoyendo las órdenes de los soviéticos, los soldados comunistas penetraron en Manchuria de todas formas. A medida que aumentaba la tensión durante el otoño de 1945, el presidente Truman envió a China como mediador al héroe de guerra estadounidense número 1, el general George C. Marshall. Al principio, Stalin le pidió al PCCh que colaborara en la mediación, sobre todo por dos razones: el líder soviético no veía la mínima posibilidad de que triunfara una revolución comunista en China, y necesitaba que prosiguiera la cooperación de Chiang a fin de aprovechar las concesiones que le había arrancado al Gobierno chino unos meses antes. La

idea de Stalin no tenía que ver tanto con sacrificar la revolución en China en beneficio de la URSS como con obtener algunas ventajas para la Unión Soviética (y por consiguiente para el comunismo) en vez de no conseguir ninguna. Pero el PCCh no estaba dispuesto a colaborar. Cuando el partido se negó a ceder ante Chiang, los enfrentamientos militares se intensificaron. Los estadounidenses apoyaban cada vez más al presidente chino, quien –envalentonado– daba largas al cumplimiento del acuerdo de China con los soviéticos. Ante el aumento de la presión estadounidense y el estallido de las tensiones de la Guerra Fría en otros lugares del mundo, en marzo de 1946 Stalin decidió abruptamente retirar sus fuerzas de Manchuria, probablemente porque sabía que al hacerlo daba ventaja militar a los comunistas chinos en la región. Puede que pensara que ello obligaría a Chiang a sentarse a la mesa de negociaciones. Por el contrario, desencadenó una guerra civil que se extendió por toda China durante los cuatro años siguientes.

Chiang Kai-shek estaba empeñado en desalojar al PCCh de Manchuria. Su misión consistía en unir el país bajo su liderazgo, y en devolver a China su estatus de gran potencia política y militar. Para conseguirlo, pensaba, era preciso aplastar al PCCh. Su ofensiva general contra los comunistas, con ayuda estadounidense, de finales de 1946 y 1947 estuvo a punto de lograrlo. Pero entonces él y su partido fueron más allá de sus posibilidades. Con el creciente apoyo de los soviéticos, las tropas comunistas –que para entonces se habían reorganizado bajo el nombre de Ejército Popular de Liberación (EPL)– empezaron a atacar las líneas de abastecimiento de los nacionalistas en Manchuria. Al tiempo que Chiang seguía volcando en la región a sus mejores tropas, con equipamiento estadounidense, la ecuación militar fue cambiando poco a poco. A finales de 1947, las tropas de Lin Biao, mariscal del EPL, iniciaron una ofensiva general. A principios de 1948 el grueso de las fuerzas del Kuomintang estaban atrapadas en el nordeste, donde el EPL iba liquidándolas sistemáticamente. La guerra empezaba a ir mal para Chiang Kai-shek.

Al tiempo que las tropas de Chiang tenían problemas en el campo de batalla, el líder nacionalista también empezó a debilitar su posición en las

ciudades y en otras zonas controladas por su Gobierno. Chiang tenía mucha prisa. Quería demasiado y demasiado pronto. En primer lugar, deseaba consolidar un Gobierno central fuerte, capaz de guiar y financiar el resurgir económico y social de China. Por el contrario, sus acciones precipitadas aceleraron la caída de su régimen. A mediados de 1948 el campesinado le abandonó porque no veía con buenos ojos el reclutamiento forzoso de sus hijos en el Ejército para una causa que cada vez parecía más desesperada. Los terratenientes dieron la espalda al Kuomintang porque aparentemente Chiang parecía decidido a imponer a sus propios subordinados como gobernantes de las provincias. La burguesía se volvió en contra del Gobierno porque estaba llevando a la gente a la ruina por culpa de la inflación y la corrupción. La clase trabajadora de las ciudades –entre la que el Kuomintang tenía cierto apoyo, y el PCCh ninguno– fue el último grupo que dejó en la estacada al régimen, pero en 1949, cuando los ejércitos del PCCh se extendieron por toda China, pocos trabajadores dieron un paso al frente para morir defendiendo al bando nacionalista.

La administración de Truman –al que para empezar nunca le gustó demasiado el Gobierno de Chiang, pero que lo prefería claramente frente a los comunistas– también abandonó a su aliado de los tiempos de guerra. Ya en 1948, los asesores del presidente dejaron claro que no había forma de que los nacionalistas pudieran ganar la guerra, salvo mediante una intervención militar directa de Estados Unidos. Y el presidente estadounidense, bajo presión en otras partes del mundo, sobre todo en Europa, no estaba dispuesto de ninguna manera a sancionar un desembarco de tropas estadounidenses para combatir en una guerra civil en Asia continental, aunque creyera que esa guerra podía ganarse. George Marshall, ya de vuelta en Washington con el cargo de secretario de Estado, había advertido tanto a los chinos como a los estadounidenses de que el problema no podía resolverse simplemente reabasteciendo a los ejércitos de Chiang. Marshall le dijo con frialdad al embajador chino, Wellington Koo, que Chiang se enfrentaba a «un singular problema de logística». «Está perdiendo aproximadamente el 40 % de sus suministros a manos del

enemigo. Si ese porcentaje llegara al 50 %, tendríamos que decidir si resulta sensato abastecer a sus tropas.»[6]

Al tiempo que los estadounidenses se distanciaban de Chiang, aunque sin cortar nunca del todo con él, los soviéticos se aproximaban al PCCh. A principios de 1948 empezó a llegar a Manchuria la ayuda militar soviética, y los instructores del Ejército Rojo formaban a los oficiales del EPL tanto en la región como en la Unión Soviética. Es improbable que el EPL hubiera ganado la Guerra Civil aun sin la ayuda del Ejército Rojo. Pero la ayuda soviética fue políticamente importante para el PCCh. Venía a demostrar que el «gran señor» del comunismo de Moscú, el mismísimo Iósif Stalin, aceptaba las políticas del partido, y que estaba dispuesto a contribuir al nacimiento de un nuevo Estado comunista chino.

Mientras Chiang Kai-shek huía a Taiwán, la isla situada frente a la costa de China que había estado bajo el dominio directo de Japón desde finales del siglo XIX, en octubre de 1949 Mao establecía un nuevo Gobierno en Beijing. A pesar de los llamamientos a la cautela por parte de los soviéticos, Mao proclamó una República Popular, a semejanza de los estados satélites de Europa oriental. Mao también insistió en realizar una peregrinación a Moscú inmediatamente después de proclamar la nueva República Popular China, supuestamente para participar en las celebraciones por el septuagésimo cumpleaños de Stalin. En realidad, lo que Mao pretendía era firmar una alianza con la URSS en contra de los intentos de Estados Unidos de socavar su revolución. El gran señor lo consintió a regañadientes. Stalin no se fiaba de la «base de clase» de los comunistas chinos. Eran campesinos, no obreros, afirmaba Stalin. Su revolución era «nacional», más que socialista, y debían gobernar en alianza con la burguesía nacional, por lo menos para empezar. En el fondo, Stalin desconfiaba del PCCh por haber llegado al poder por su cuenta en vez de depender del Ejército Rojo soviético. A medida que se hacía mayor, Stalin desconfiaba cada vez más de cualquier cosa y de cualquier persona que no fuera capaz de controlar directamente. Mao consiguió su alianza, pero no le hizo ninguna gracia que le trataran como a una curiosidad en vez de como al principal discípulo del gran señor, algo que deseaba ser con todas sus fuerzas.

El nuevo Estado que se propuso crear el PCCh se formó a imagen soviética. El partido fingía que su Gobierno era una coalición, sobre todo para complacer a Stalin y a los asesores soviéticos. Pero la nueva constitución de China destacaba el papel de liderazgo del PCCh y elogiaba la «amistad indestructible con la gran Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas». En realidad, no cabía ninguna duda: el PCCh era el que gobernaba China, y se había propuesto purgar a todo el que pudiera discrepar sobre el camino a seguir. «Representamos a la dictadura del proletariado y el campesinado bajo el liderazgo del Partido Comunista, a favor de una dictadura del pueblo, porque los obreros y los campesinos constituyen el 90 % de la población de China» –le dijo Mao a los soviéticos–. Dicho régimen traerá la democracia para el pueblo y la dictadura para los terratenientes, para el capital burocrático y para los imperialistas. Calificamos nuestro régimen de nueva democracia, basada en la unión de los obreros y los campesinos, bajo el liderazgo del proletariado, representado por su vanguardia, el Partido Comunista.»[7]

La oleada de violencia revolucionaria que desató el nuevo régimen contra China tenía tres cometidos principales. Mao quería acabar con el poder de la élite tradicional en el campo y de la burguesía en las ciudades. Quería aislar a China de la influencia extranjera no comunista por el procedimiento de expulsar a los extranjeros y prohibir sus periódicos, sus libros y sus películas. Y quería movilizar a la juventud de China, mediante campañas masivas, para construir una nueva república socialista conforme al modelo de la Unión Soviética. Puede que el estallido de la guerra de Corea durante el verano de 1950 provocara que aquellas purgas fueran más sanguinarias de lo que habrían podido ser en otras circunstancias. Pero todos los elementos clave estaban ahí desde el principio, tomados de las campañas de Stalin en los años treinta en la Unión Soviética, en particular las cuotas a nivel provincial de cuántos contrarrevolucionarios era preciso localizar y eliminar. Durante los dos primeros años de Gobierno del PCCh fueron ejecutadas casi dos millones de personas, a pesar de que los asesores soviéticos advirtieron al régimen de que no debía precipitarse.[8]

A pesar de los crímenes brutales y a menudo absurdos del nuevo régimen, los chinos se congregaron en masa bajo su estandarte. Muchos creían la versión de Mao, que venía a decir que tras cien años de debilidad, el pueblo chino por fin se había puesto en pie. El nacionalismo estaba a la orden del día, y muchos chinos ansiaban desesperadamente un país del que pudieran estar orgullosos. Pensaban que si el comunismo era una promesa de futuro, China debía aceptarlo, o incluso ponerse al frente de él. Combatir en la guerra de Corea contra Estados Unidos contribuyó a alimentar el nacionalismo chino. Pero el proyecto de Mao, y las historias que contaba acerca de que todo el pasado de China apuntaba hacia aquel momento de victoria comunista, también tenían un atractivo más profundo. Encajaban con la imagen de la acción y de la justicia colectivas que a los dirigentes tanto les había gustado divulgar durante gran parte de la historia de China. Para algunos, que sentían que habían defraudado a su país durante las guerras y las confrontaciones de la primera mitad del siglo XX, la revolución comunista era una especie de limpieza: puede que utilizara unos métodos imposibles de entender, o incluso inhumanos, pero la revolución les brindaba la oportunidad de sumergirse en algo más grande que el individuo, en algo importante, algo que, al final, resolvería los problemas de China.

El poder de la Revolución china se dejaba sentir mucho más allá de las fronteras del propio país. En el sudeste asiático, la revolución alentó y envalentonó a los partidos revolucionarios anticoloniales. En Corea, los comunistas de Kim Il-sung estaban convencidos de que ahora ellos también podían reunificar su país por la fuerza. Incluso en Japón, donde las élites consideraban que el comunismo chino era una amenaza mortal, los nacionalistas se regocijaban secretamente al ver a los asiáticos tomar el poder por sí mismos, a pesar de la oposición de Estados Unidos. Entre la diáspora china, mucha gente que tenía escasa afinidad con el comunismo celebraba la llegada de un Gobierno fuerte en China.[9] En India y en Europa, la Revolución china se veía como un importante cambio en la política mundial. El primer ministro nacionalista de la recién independizada India, Jawaharlal Nehru, afirmaba ante el Parlamento que «se trataba de una revolución básica, que afecta a millones y millones de seres humanos [...] [y

que] ha dado lugar a un Gobierno perfectamente estable, firmemente afianzado y popular».[10] Los editoriales de los periódicos franceses –de todo el espectro político– comentaban la rapidez de la transición y destacaban que fortalecía al comunismo como ideología en todo el mundo. En *Le Figaro*, el intelectual anticomunista francés Raymond Aron observaba, con gran solemnidad, que «la conquista del antiguo Imperio chino por un partido revolucionario que profesa una ideología de origen occidental que ya se ha convertido en la religión oficial de un imperio euroasiático, constituye un acontecimiento histórico, paradójico a primera vista, y de unas consecuencias todavía imprevisibles. [...] El ejemplo de China, después del de Rusia, viene a demostrar que el marxismo, creado por Marx para las sociedades poscapitalistas, tiene mayores posibilidades de éxito en las sociedades precapitalistas».[11]

En Estados Unidos, la reacción general fue más bien de profundo shock. Desde principios del siglo XX, los pocos estadounidenses que se ocupaban de esos asuntos, consideraban que su país era un guía benevolente para China, que la ayudaba y la asistía en el momento que hacía su entrada en el escenario mundial. Esa idea alcanzó su cénit durante la Segunda Guerra Mundial, donde Estados Unidos y China habían sido aliados, y habían combatido juntos contra los japoneses, a fin de liberar a China –o eso pensaban los estadounidenses interesados– y permitir que se sumara al bando de Estados Unidos como una potencia mundial servicial. Franklin Roosevelt había hablado a menudo de China como uno de los futuros «policías mundiales» en que debía basarse el sistema de Naciones Unidas. Ahora los sueños y las inversiones de Estados Unidos parecían haberse hecho añicos. Pero en vez de echarle la culpa a su propia política exterior, muchos funcionarios estadounidenses se la echaban a los chinos. Les veían como un pueblo ingrato y artero, que había desdeñado la ayuda que Estados Unidos venía prestándole desde hacía varias generaciones.

Las implicaciones para la Guerra Fría de la toma del poder por los comunistas en China quedaron inmediatamente de manifiesto para la administración de Truman. China se había sumado a la Unión Soviética en una alianza dirigida contra Estados Unidos. Aunque había quienes creían

que las presiones nacionalistas acabarían disolviendo la alianza, la visión mayoritaria era de alarma, consternación y sensación de traición. Por supuesto, la guerra de Corea intensificó el aborrecimiento a los comunistas chinos; en 1951, Truman señalaba que «mientras yo sea presidente, si puedo evitarlo, esa organización de asesinos nunca será reconocida por nosotros como el Gobierno de China».[12] Pero ya desde antes del estallido de la guerra en Corea, el memorándum NSC-68 advertía de que «el éxito de los comunistas en China, sumado a la situación político-económica del resto del sur y del sudeste de Asia, supone un trampolín para nuevas incursiones en esa atribulada región».[13]

El alarmismo de la administración de Truman no era suficiente para los críticos del presidente. A finales de los años cuarenta, la mayoría de los republicanos se habían despojado de su imagen aislacionista, se habían convertido en ardientes defensores de la Guerra Fría, y acusaban a Truman de ser demasiado blando con el comunismo tanto en el extranjero como dentro del país. La «pérdida de China» por Estados Unidos les suministró munición. Al tiempo que Truman buscaba la financiación del Congreso para su doctrina de la Guerra Fría en Europa, el diputado republicano Richard Nixon, en la que era su primera legislatura, defendió la existencia de una amenaza comunista mundial, que a su juicio la administración demócrata había ignorado: «¿Qué diferencia hay entre la propagación del comunismo en China y las influencias de los rojos en el Mediterráneo oriental? [...] ¿Vamos a cometer el mismo error que en China y a enviar a unos izquierdistas y compañeros de viaje a luchar contra el comunismo y a sabotear el programa que hemos anunciado? Y, si vamos a combatir al comunismo en Grecia y en Turquía, ¿no deberíamos también hacer limpieza aquí, en nuestro país, y eliminar a los comunistas y a sus compañeros de viaje de los puestos de poder en nuestros ministerios y en nuestras organizaciones sindicales?».[14] En línea con Joe McCarthy, al que pasó a acompañar en el Senado en las elecciones de 1950, Nixon culpaba al Partido Demócrata de que Estados Unidos hubiera perdido China a manos de los comunistas.[15]

Mientras el nordeste de Asia se transformaba a raíz de las guerras, de la ocupación y la revolución, el sudeste asiático vivía su propia metamorfosis. A diferencia de su región vecina, casi todo el sudeste asiático había sido colonizado por las potencias extranjeras durante los siglos XIX y XX. Indochina había pasado a manos de Francia, mientras que la mayor parte del archipiélago meridional había sido conquistado por los holandeses. Los británicos dominaban Malasia y Birmania. Los estadounidenses –imperialistas tardíos– habían tomado posesión de las islas Filipinas. Tan solo Tailandia seguía siendo precariamente independiente. Pero durante los años inmediatamente posteriores a 1945, aquel orden establecido sufrió un vuelco total. El veterano comunista Hố Chí Minh declaró la independencia de Vietnam en agosto de 1945. Ese mismo mes, el nacionalista radical Sukarno proclamó el nuevo Estado soberano de Indonesia, que abarcaba todos los territorios colonizados por los holandeses. En Birmania, Aung San negoció la retirada de los británicos en enero de 1947. Tanto Sukarno como Aung San habían colaborado con los japoneses. Aung San, excomunista y líder de un grupo fuertemente nacionalista, había creado en Japón el Ejército Nacional de Birmania, y no cambió de bando hasta marzo de 1945, cuando creó la Liga Antifascista por la Libertad de los Pueblos (un nombre largo donde los haya), junto con el Partido Comunista birmano. Sukarno había proclamado sus cinco principios para el nuevo Estado indonesio –nación, internacionalismo, democracia, socialismo y fe– en Yakarta, ocupada por los japoneses, y colaboró con ellos hasta que capitularon. A continuación se propuso construir un nuevo país, sin tener en cuenta los designios de los holandeses, que pretendían regresar a su colonia tras el hundimiento de Japón.

Sin embargo, el camino a la independencia y a la adquisición del estatus de nación no iba a ser fácil, como demuestra el ejemplo de Indonesia. Tras la rendición japonesa, las fuerzas británicas ocuparon las principales ciudades indonesias. Londres decidió permitir que los holandeses recuperaran su antigua colonia. La resistencia indonesia fue a más, y culminó con la batalla de Surabaya en noviembre de 1945. Seiscientos soldados británicos, incluido su comandante, el general de brigada Aubertin

Mallaby, cayeron defendiendo el derecho de los holandeses a volver a Indonesia. Murieron más de 9.000 indonesios. Surabaya se convirtió en un recordatorio, tanto para los británicos como para los estadounidenses, de la fuerza del nacionalismo en el sudeste asiático, y ambos instaron a los Países Bajos a conformarse con una relación más flexible con Indonesia. En 1947, cuando los holandeses intentaron derrocar la joven república por la fuerza, los británicos se negaron a ayudarles, y los estadounidenses se vieron ante un dilema. Temían que forzar una retirada holandesa del sudeste asiático debilitara al Gobierno en la propia Holanda, y provocara inestabilidad social y económica en el país. Pero les preocupaba todavía en mayor medida que cuanto más se prolongara la «operación policial» holandesa en su antigua colonia, más concesiones tendrían que hacer los nacionalistas como Sukarno a las políticas del poderoso Partido Comunista indonesio. Al final, los comunistas indonesios resolvieron el dilema de la política estadounidense iniciando una malhadada sublevación armada contra los dirigentes de la República de Indonesia. Cuando los holandeses intentaron aprovecharse del caos del bando indonesio para reforzar su intervención y detener a algunos dirigentes indonesios, la administración de Truman adoptó una postura de firmeza. Al tiempo que amenazaba con cortar la ayuda económica a los Países Bajos, Washington apoyó una resolución del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas exigiendo que se restableciera en sus cargos a los dirigentes de la República de Indonesia. Los holandeses accedieron a conceder la independencia a Indonesia a finales de año.

La saga de la soberanía de Indonesia pone de relieve dos importantes vínculos entre la Guerra Fría y un mundo en rápida descolonización. El primero es que en la mayoría de los países, al margen de China y de sus vecinos más próximos, los partidos comunistas no podían competir con los nacionalistas, más populares y mejor organizados. Y es posible que la propia China fuera una excepción simplemente porque los japoneses ya habían ocasionado un grave daño al Kuomintang de Chiang Kai-shek, el enemigo de los comunistas. El segundo es que, en general, Estados Unidos estaba más preocupado por evitar el avance de los comunistas que por apoyar a sus aliados de Europa occidental en su empeño de recuperar sus

antiguas colonias. Cuando la administración estadounidense se convenció de que lo segundo era un obstáculo para lo primero, actuó incluso en contra de sus propios aliados. El problema, a medida que avanzaba la Guerra Fría, era que, en términos ideológicos, a los dirigentes políticos estadounidenses les resultaba cada vez más difícil distinguir entre el nacionalismo radical y el comunismo. Ambos se consideraban antiamericanos, y muchos creían que las políticas de los nacionalistas radicales allanaban el camino a los comunistas (a pesar de las numerosas pruebas en sentido contrario).

Vietnam fue, con la posible excepción de Corea, la única antigua colonia asiática donde el comunismo era la opción de la mayoría de los dirigentes independentistas. Paradójicamente, uno de los motivos era la integración de las élites vietnamitas en la cultura y la educación francesas, de las que adoptaron la radicalización que también era predominante entre la juventud de Francia. El internacionalismo del comunismo soviético resultaba atractivo para muchos miembros del movimiento independentista vietnamita. Les brindaba la posibilidad de demostrar por qué y de qué manera su lucha por el autogobierno era de importancia mundial, al mismo nivel que lo que estaba ocurriendo en la propia Francia. Hố Chí Minh, el principal líder que relaciona a Vietnam con la Guerra Fría, también simbolizaba ese vínculo entre el nacionalismo vietnamita y el internacionalismo comunista. Nacido en 1890 y educado en un liceo francés en la localidad de Huế, Hố, que estaba fascinado por el mundo exterior a Vietnam, viajó a Francia, a Gran Bretaña y a Estados Unidos, donde trabajó en empleos de baja cualificación –entre ellos como camarero en el hotel Carlton de Londres– y estudiaba en su tiempo libre. Tras hacer campaña infructuosamente a favor de la independencia de Vietnam en la Conferencia de Versalles tras la Primera Guerra Mundial, Hố se convirtió en miembro fundador del Partido Comunista francés, y más tarde trabajó para la Internacional Comunista, el Comintern, en Moscú y después en China y el sudeste asiático entre 1923 y 1941. Solo entonces regresó a Vietnam, donde intuía que la derrota de Francia en la Segunda Guerra Mundial suponía una oportunidad de liberar a su país del dominio colonial. Hố y los miembros de la organización que él mismo encabezaba, el Viet Minh, abreviatura de la

Liga para la Independencia de Vietnam, combatieron contra los franceses de la República de Vichy y contra los japoneses, sin fiarse nunca de las promesas de Tokio sobre la independencia de Vietnam después de la guerra, y siguió las instrucciones de Moscú que consistían en ejercer presión sobre el Ejército imperial japonés.

Cuando los japoneses capitularon repentinamente en agosto de 1945, Hố, al igual que Sukarno, actuó a favor de la independencia de Vietnam. En un intento por apoyarse en la cooperación entre las grandes potencias durante la guerra, y por evitar el apoyo de Estados Unidos a sus enemigos, Hố ponía su declaración en una perspectiva internacional. «"Todos los hombres son creados iguales. Son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad." Esa afirmación inmortal se hacía en la Declaración de Independencia de Estados Unidos de América en 1776. En un sentido más amplio, eso significa: todos los pueblos del mundo son iguales por nacimiento, todos los pueblos tienen derecho a vivir, a ser felices y libres.» Al igual que Mao en China, Hố estaba convencido de que la revolución comunista en Vietnam, que debía seguir a la toma del poder del Viet Minh bajo el liderazgo de los comunistas, solo podía evitarse mediante una intervención de Estados Unidos contra ellos. Es posible que Hố pensara en los paralelismos con la historia de Francia que había estudiado. Si París bien valía una misa para el rey protestante Enrique IV, la revolución vietnamita bien podía valer una cita de la Declaración de Independencia por parte del comunista Hố Chí Minh.

De no haber sido por la determinación de Francia de regresar a Vietnam después de la guerra, Hố podría haber estado perfectamente en lo cierto. Una de las principales razones de que Estados Unidos acabara involucrándose en los asuntos de Vietnam (y del resto de Indochina) fue que las fuerzas francesas siguieron combatiendo contra el Viet Minh de Hố hasta el estallido de la guerra de Corea. Al principio, Washington tenía una perspectiva muy poco halagüeña de la recolonización francesa de Indochina, a pesar de que los sucesivos gobiernos franceses hicieron todo lo

posible por convencer a Truman de que los combates en Vietnam eran un conflicto entre el comunismo y «el mundo libre». Pero ante el recrudecimiento de la guerra de Corea, y ante el apoyo cada vez más visible de los comunistas chinos al Viet Minh, ni Truman, ni Eisenhower, que le sucedió, consideraban que entregar Vietnam a Hố Chí Minh fuera una alternativa defendible. El problema eran los reveses cada vez más frecuentes que sufrían los franceses en las batallas en el norte de Vietnam, hasta su grave derrota de Dien Bien Phu, en mayo de 1954, cuando fueron atacados por los combatientes del Viet Minh y la artillería pesada china.[16]

Para la nueva administración de Eisenhower, Dien Bien Phu supuso un enorme problema en el contexto de la Guerra Fría. Estados Unidos había apoyado a Francia directa e indirectamente durante la prolongada contienda. Había suministrado armamento y aviones a los franceses y, al final, dos escuadrones de bombarderos B-26 de la Fuera Aérea estadounidense habían atacado objetivos vietnamitas en la zona de guerra. A pesar de todo, los franceses habían salido derrotados, a consecuencia de ello había caído el Gobierno de París, y Pierre Mendès-France, el nuevo primer ministro de tendencia izquierdista, quería retirarse de Indochina lo antes posible. Eisenhower se negó a desplegar tropas estadounidenses sobre el terreno. «Cualquier nación que intervenga en una guerra civil difícilmente puede esperar una victoria a menos que el bando en cuyo favor intervenga posea una elevada moral basada en un objetivo bélico o en una causa en la que crea», dijo el presidente. En privado, Eisenhower criticaba a los franceses, acusándoles de haber utilizado «palabras engañosas al prometer la independencia, y justamente por esa razón, igual que por muchas otras cosas, han sufrido unos reveses que han sido verdaderamente inexcusables».[17] Sin embargo, Eisenhower también alertaba en contra de permitir que los comunistas llegaran al poder en Vietnam. «Tenemos el valor específico de una localidad por su producción de unos materiales que el mundo necesita –le decía Eisenhower a los periodistas cuando se reunía la Conferencia Internacional sobre Indochina de 1954–. Después tenemos la posibilidad de que muchos seres humanos pasen a estar sometidos a una dictadura que es enemiga del mundo libre. Por último, tenemos las

consideraciones más amplias que podrían derivarse de lo que cabría denominar el principio del "efecto dominó". Se coloca una hilera de fichas de dominó, se empuja la primera, y lo que ocurrirá hasta que caiga la última es la certeza de que todo sucederá muy deprisa. Así pues, podríamos estar ante el comienzo de una desintegración que tendría unos efectos muy profundos.»[18]

Otra posible ficha de dominó por la que tanto Truman como Eisenhower estaban preocupados era India. En general, Washington había aplaudido la decisión del primer ministro británico, Attlee –que le vino impuesta por una economía cada vez más deteriorada dentro del país y por el aumento de las protestas contra el dominio británico– de conceder rápidamente la independencia a India tras la Segunda Guerra Mundial. Truman consideraba que era mucho mejor entregar el poder a los nacionalistas indios que esperar a que se dieran unas condiciones que favorecieran el crecimiento de los comunistas. Pero además los estadounidenses se mostraban escépticos, desde el comienzo de la independencia en 1947, respecto a la orientación política de algunos de los dirigentes de India, y sobre todo la del partido predominante, el Congreso Nacional indio. «Sencillamente, no le gustan los hombres blancos», se lamentaba Truman después de reunirse por primera vez con Nehru.[19]

Para Nehru, su problema con Estados Unidos era mucho mayor que el problema de los estadounidenses con India. El Congreso Nacional indio, al que él representaba, era un movimiento anticolonial, fundado en 1885, que aspiraba a la independencia de India, al antiimperialismo y a la solidaridad asiática. Sus ideas sobre el desarrollo social y económico eran inequívocamente socialistas; el Congreso creía en la planificación centralizada y en una economía liderada por el Estado, y su principal objetivo político era acabar con la aterradora pobreza rural de India. El propio Nehru combinaba el sentimiento de superioridad que le había dejado su educación en la Universidad de Cambridge con un profundo sentido de la justicia social y de una meta nacional. También creía firmemente que los líderes asiáticos debían unirse para abolir el colonialismo y asumir su responsabilidad en los asuntos del mundo. Aunque nunca se sintió atraído

por el comunismo como ideología, Nehru y muchos de sus colegas sentían una inveterada fascinación por los modelos soviéticos de desarrollo, que consideraban más adecuados para India que cualquier modalidad de capitalismo. Desde el primer momento de su mandato como primer ministro, Nehru consideraba a Estados Unidos una superpotencia impaciente e inmadura con ardor misionero, y una potencial fuente de problemas para Asia en la era poscolonial.

La visión de Nehru de una India benigna, preparada para asumir su posición en el escenario mundial, había quedado gravemente en entredicho a raíz de la violencia que rodeó la independencia de su país de Gran Bretaña. A medida que iba quedando claro que una parte de la minoría musulmana de India iba a escindirse y a formar su propio Estado, Pakistán, en las fronteras occidentales y orientales del país, masas de refugiados empezaron a trasladarse en ambas direcciones. Hubo diecisiete millones de desplazados y casi medio millón de muertos a consecuencia de la violencia interétnica. En el Punjab, sobre todo, los refugiados indefensos –hindúes, musulmanes y sijs– eran atacados por las turbamultas de otras comunidades religiosas. Las violaciones eran habituales. A consecuencia de ello, las relaciones entre India y Pakistán se envenenaron, y todos los demás países salidos de la descolonización británica en el sur de Asia –Birmania, Nepal, Bután y Ceilán (actualmente Sri Lanka)– veían con desconfianza la conducta de su gran vecino, India. El Gobierno del Congreso de Nehru nacía en una región difícil en materia de política exterior.

A Eisenhower le preocupaba la lealtad de India en el contexto de la Guerra Fría, aunque se mostraba precavido a la hora de destinar demasiada ayuda exterior a ese país. El Departamento de Estado instaba a un aumento de la financiación para India. «No hay tiempo que perder –decía la Oficina de Asuntos de Asia Meridional en 1952–. Los avances de los comunistas en las últimas elecciones en India revelan claramente que las condiciones que nuestro programa pretende combatir están siendo aprovechadas con éxito por los agentes comunistas. [...] Si se subvierte Asia meridional, será solo cuestión de tiempo que toda la masa continental de Asia, y más de mil millones de personas acaben bajo el dominio comunista, y que nuestra

seguridad nacional tenga que afrontar una amenaza sin precedentes.»[20] Efectivamente, la ayuda estadounidense a India (y a sus vecinos) fue aumentando gradualmente. Pero la relación política entre los dos países gigantes –ambos herederos democráticos de la cultura política británica– mostraban pocos indicios de mejora.

Más al oeste dentro de Asia, la situación amenazaba con evolucionar en una dirección aún más negativa para Estados Unidos. Desde la Segunda Guerra Mundial, a Washington le obsesionaba asegurar el suministro de petróleo de Oriente Medio a sus aliados en Europa y en Asia oriental. La descolonización francesa y británica de la región amenazaba con crear el tipo de inestabilidad política capaz de afectar a dicho suministro, al que la Guerra Fría había otorgado una relevancia aún mayor. A pesar de todo, la administración de Truman tenía esperanzas de poder entregar el poder a los nacionalistas moderados, sobre todo de las familias reales locales, en los que se pudiera confiar para que combatieran el comunismo y siguieran trabajando con las compañías petroleras extranjeras para el suministro de crudo. Arabia Saudí prometió ese tipo de colaboración, igual que lo hizo Irak, ambos países gobernados por monarcas conservadores. Pero aunque tanto Siria como Egipto parecían avanzar en dirección prooccidental, el conflicto en Palestina amenazaba con echar por tierra las aspiraciones de Estados Unidos en Oriente Medio. Al igual que hicieron los musulmanes en Pakistán el año anterior, en 1948 los judíos de Palestina proclamaron su propio Estado, después de que una votación de la Asamblea General de Naciones Unidas, con el voto favorable tanto de Estados Unidos como de la URSS, recomendara la partición del territorio. Truman argumentaba, en contra de la mayoría de sus asesores en política exterior, que el reconocimiento inmediato de Israel era necesario tanto para la Guerra Fría como por motivos de política nacional. El presidente prefería una Palestina federada o binacional. En una invectiva que anotó en su diario personal, Truman afirmaba «Los judíos, me parece, son muy, muy egoístas. No les importa cuánta gente [...] sea asesinada o maltratada, siempre que los judíos reciban un trato especial. Sin embargo, cuando tienen el poder, físico, financiero o político, ni Hitler ni Stalin tienen nada que envidiarles en

materia de crueldad o maltrato contra los desamparados».[21] Pero, a pesar de sus actitudes antisemitas, a Truman le preocupaba que el no reconocimiento de Israel abriera las puertas a la influencia soviética en la región, y que eso le costara votos en las elecciones presidenciales de otoño.

Nada más proclamarse el Estado de Israel, en mayo de 1948, el país fue atacado por los ejércitos de los estados árabes. La Guerra Civil de Palestina se convirtió en una guerra internacional que ganó Israel. Los israelíes asumieron el control de gran parte del territorio que, según el plan de partición, le correspondía a los árabes de Palestina, al tiempo que Jordania y Egipto ocupaban Cisjordania y la Franja de Gaza. Y con ello la Guerra Civil palestina se convirtió en un quebradero de cabeza permanente en los asuntos internacionales, un asunto que iba a tener una influencia primordial en la Guerra Fría. Además, llevó rápidamente la Guerra Fría directamente a Oriente Medio, dado que tanto los israelíes como los árabes buscaban aliados en su conflicto entre ellos. Por supuesto, la Guerra Fría en Oriente Medio tenía más que ver con la cuestión palestina. Pero lo cierto es que la persistencia de ese conflicto lo convirtió en un aspecto inevitable de cualquier intervención extranjera en la región.

No obstante, en 1945, la mayor preocupación para ambas superpotencias en el mundo musulmán era Irán. Tras el ataque de Alemania contra la Unión Soviética en 1941, los soviéticos y los británicos habían ocupado Irán a fin de evitar cualquier posible cooperación entre Alemania y los nacionalistas iraníes. Uno de los principales objetivos era mantener el control de la producción de petróleo iraní, a través del monopolio de la Anglo-Iranian Oil Company (AIOC, posteriormente British Petroleum, o BP). La ocupación indignó aún más a la mayoría de los iraníes, y le brindó la oportunidad a los soviéticos de apoyar los movimientos separatistas azerí y kurdo en su zona de ocupación del norte del país contra el Gobierno central de Teherán. Tras asegurarse un acuerdo para la prórroga del monopolio de la AIOC, los británicos retiraron sus fuerzas a principios de la primavera de 1946. Pero Stalin, de forma muy similar a lo que había hecho en China, decidió exigir un acuerdo mejor con los iraníes. Mientras tanto

los azeríes y los kurdos declararon sus propias repúblicas autónomas en el norte de Irán, con apoyo soviético.

Los intentos de Estados Unidos y Gran Bretaña de obligar a la URSS a retirarse de Irán en la primavera de 1946 dieron lugar a una de las primeras crisis de la Guerra Fría. «Dígale a Stalin que siempre le he considerado un hombre de palabra. La presencia de tropas en Irán después del 2 de marzo echa por tierra esa teoría», le ordenaba Truman a su embajador en la URSS después de que el Ejército Rojo no se hubiera retirado antes de la fecha límite establecida por Naciones Unidas. El embajador transmitió la advertencia, y añadió que «supondría malinterpretar el carácter de Estados Unidos presuponer que, por el hecho de ser un país básicamente pacífico y profundamente interesado en la seguridad mundial, estemos divididos, o seamos débiles, o no estemos dispuestos a asumir nuestras responsabilidades. Si algún día el pueblo de Estados Unidos llegara a convencerse de que nos enfrentamos a una oleada de agresividad creciente por parte de cualquier nación o grupo de naciones poderosas, nosotros reaccionaríamos exactamente igual que lo hemos hecho en el pasado».[22] Stalin se puso furioso. Cuando el primer ministro iraní, el nacionalista Ahmad Qavam, se negó a cumplir la exigencia soviética de un acuerdo económico, el líder soviético ordenó a sus diplomáticos que «le arrancaran concesiones a Qavam, que le prestaran apoyo, que aislaran a los anglófilos, y que de esa forma crearan alguna base para la ulterior democratización de Irán».[23] Las órdenes contradictorias de Stalin no hicieron mucho bien a la diplomacia soviética. Cuando finalmente el Ejército Rojo se retiró a raíz de la presión de Estados Unidos, en mayo de 1946, Qavam tardó muy poco en incumplir todas las promesas que les había hecho a los soviéticos. En diciembre de 1946 las tropas iraníes tomaron el control del norte del país, y los dirigentes azeríes y kurdos que no huyeron a la Unión Soviética fueron ejecutados públicamente. El Partido Comunista de Irán, el Tudeh –la mayor organización comunista en Oriente Medio– sufrió un revés del que le resultó muy difícil recuperarse.

En Irán, como en el resto de Asia, la política soviética estaba plagada de contradicciones. Stalin quería apoyar a los partidos comunistas, pero pensaba que ninguno de ellos estaba preparado para llevar a cabo una revolución por sí solo. Cuando se demostró que no tenía razón, como en China, Stalin dedicó más tiempo a preocuparse por el contenido «real» –es decir, políticamente discordante– de aquellas enormes transformaciones políticas que a diseñar planes para su ulterior desarrollo. Pero también quería aprovecharse del poderío soviético para conseguir ventajas materiales de los estados asiáticos. Debido en parte a que sospechaba que las revoluciones de aquellos países eran nacionalistas y burguesas, y no socialistas, presionó tanto para obtener las concesiones que pretendía que puso a la defensiva a los comunistas locales. No resultaba fácil explicarle a la población de Irán que los comunistas estaban en contra de todas las concesiones petroleras extranjeras, salvo de las soviéticas. O que Mao Zedong le explicara a los chinos que los camaradas soviéticos querían mantener sus privilegios especiales en las provincias del norte de China.

En algunos casos la Unión Soviética parecía más preocupada por actuar como boicoteadora de los intereses estadounidenses o británicos que por desarrollar su propia política a largo plazo. El reconocimiento de Israel es un buen ejemplo. A pesar de su arraigado y creciente antisemitismo, Stalin estaba convencido de que era más importante crear dificultades en contra de la posición de Gran Bretaña en Oriente Medio que atenerse a la política anterior de la URSS, que consistía en crear un Estado laico unificado en Palestina. En las instrucciones al embajador soviético en Naciones Unidas, Andréi Vyshinski –que probablemente se preguntaba qué estaba ocurriendo en Moscú– se decía que no debía «alarmarse por la gran minoría de árabes en el Estado judío, siempre y cuando sea menos del 50 %. Esa situación no amenaza la existencia de un Estado judío, dado que el elemento judío del Estado aumentará inevitablemente».[24] Las ideas de Stalin sobre la Guerra Fría desempeñaron un papel clave en la creación del Estado de Israel, en un sentido que los soviéticos iban a lamentar muy pronto.

No obstante, lo que más importaba en Asia era el modelo soviético de desarrollo, más que las iniciativas de Stalin en política exterior. Desde

China hasta Israel, los partidos gobernantes estaban influidos por lo que consideraban los logros soviéticos en materia de progreso económico y social. La planificación estatal, las industrias nacionales y la agricultura colectiva desempeñaban un papel crucial en los programas de los gobiernos de toda Asia. Como hemos visto, ese tipo de políticas tampoco eran ajenas a los gobiernos de Europa occidental, por lo menos durante la fase inicial de la reconstrucción de la posguerra. Pero en la nueva Asia poscolonial, la inspiración provenía más a menudo directamente de la experiencia soviética. Al tiempo que deploraba su falta de libertades, Nehru elogiaba a la Unión Soviética por haber «dado un gran salto en el avance de la sociedad humana», y citaba sus logros «en educación, cultura, asistencia médica, forma física y en la solución del problema de las nacionalidades –a través del esfuerzo asombroso y prodigioso de crear un nuevo mundo a partir de los restos del viejo».[25] Nehru citaba a Rabindranath Tagore, el poeta indio galardonado con el premio Nobel, que en su mensaje a las puertas de la muerte elogiaba «la implacable energía con la que Rusia ha intentado combatir las enfermedades y el analfabetismo, y ha logrado acabar de forma constante con la ignorancia y la pobreza, borrando de un plumazo la humillación de la faz de un enorme continente. Su civilización está libre de toda distinción injusta entre una clase y otra, entre una secta y otra. El rápido y asombroso progreso que ha logrado me ha provocado alegría y envidia al mismo tiempo».[26]

Estados Unidos se mostraba igual de vacilante que la Unión Soviética en su planteamiento para la nueva Asia, pero se veía aún más condicionado por sus vínculos con el pasado colonial europeo. Irónicamente, tratándose de un país que a menudo hacía hincapié en su propio legado anticolonial, la administración estadounidense de la posguerra casi siempre fracasó a la hora de dar prioridad al anticolonialismo frente a las consideraciones relativas a la Guerra Fría. E incluso cuando efectivamente presionaba a las potencias europeas en la dirección de la descolonización, como en el caso de los Países Bajos e Indonesia, era sobre todo porque presuponía que las

consecuencias para la Guerra Fría de no hacerlo eran mayores que en caso contrario. Esa falta de imaginación obedecía a muchos motivos. El sentido de una jerarquía racial, donde los europeos estaban en lo más alto, influía en el diseño de las políticas estadounidenses. Y lo mismo ocurría con los conceptos en materia de religión: era preciso defender a quienes creían en el cristianismo, tanto en Europa como a los conversos de Asia, frente a los que no. Y el interés económico desempeñaba un papel, aunque cada vez más como una consideración sistémica. Washington quería facilitar su acceso a las materias primas y a los futuros mercados para Estados Unidos y sus aliados. En Asia, como en Europa, la política estadounidense al principio de la Guerra Fría se orientaba más hacia la expansión del capitalismo como tal que exclusivamente hacia el mantenimiento de las ventajas económicas nacionales de Estados Unidos o de los intereses de determinadas empresas estadounidenses.

Hacia el final de la Guerra Civil china, si no antes, tanto el Gobierno estadounidense como sus críticos dentro del país subordinaron todas las demás consideraciones en Asia a las exigencias de la Guerra Fría. Para la mayoría de los dirigentes estadounidenses el futuro en Asia no parecía demasiado prometedor. Antes de la guerra de Corea, y mucho antes de su campaña a la presidencia, el general Eisenhower había apuntado para sí mismo que «Asia está perdida si Japón, Filipinas, las Indias Orientales holandesas e incluso Australia se ven amenazadas. ¡La propia India no está a salvo!».[27] El temor a las consecuencias de una victoria del Viet Minh en Vietnam se originaba en ese tipo de preocupaciones apocalípticas en el contexto de la Guerra Fría. Y lo mismo ocurrió con la decisión de intervenir en Corea, aunque Corea también le brindaba a los estadounidenses la posibilidad de contraatacar frente a lo que para ellos era una pauta de agresividad soviética en todo el mundo. La guerra de Corea combinaba la confrontación entre superpotencias con el nacionalismo asiático. Fue una guerra civil asiática, pero también la mayor campaña de la Guerra Fría.

6

Tragedia coreana

La guerra de Corea y sus consecuencias fueron probablemente el mayor desastre de la Guerra Fría. Devastaron un país y encadenaron a un pueblo. Sus consecuencias directas siguen presentes hoy en día, y perdurarán durante mucho tiempo. Y, lo peor de todo, se trató de una guerra totalmente evitable, creada por la intensidad del conflicto ideológico entre los coreanos y por un contexto de Guerra Fría que hacía posible las intervenciones de las superpotencias. La guerra de Corea representó el conflicto de la Guerra Fría en su versión más aterradora. La contienda, extrema, bárbara y aparentemente inagotable, redujo a Corea a un erial y provocó que en todo el mundo la gente se preguntara si su país iba a ser el siguiente en sufrir semejante desastre. Por consiguiente, la guerra intensificó y militarizó la Guerra Fría a escala mundial.

Los orígenes de la guerra de Corea ponían en relación el hundimiento a finales del siglo XIX del poderío de China en Asia oriental con el aumento del conflicto ideológico de la Guerra Fría. La caída del Imperio Qing, con el que Corea estuvo asociada durante mucho tiempo, abrió la puerta a la expansión imperialista de Japón en toda la región. El primer país invadido fue Corea, después de que China perdiera la guerra de 1894-1895 contra Japón. A partir de 1910 Corea quedó plenamente anexionada a Japón como parte integrante de su imperio. La administración japonesa hizo todo lo posible por erradicar la identidad coreana. El palacio real de Seúl fue demolido, y la lengua japonesa se convirtió en el vehículo de instrucción para toda la enseñanza superior. Tokio llegó a intentar obligar a los coreanos a vestirse al estilo japonés y a asumir los códigos sociales y la

vida familiar de Japón. Pero al mismo tiempo, al igual que en los imperios europeos que los japoneses admiraban y temían por igual, existía una segregación generalizada entre los colonizadores y los colonizados. La mayoría de los coreanos eran conscientes de que nunca podrían ser miembros de pleno derecho del Imperio japonés aunque quisieran.

Desde el principio, la ocupación de Corea dio lugar a una resistencia nacionalista. Para muchos jóvenes coreanos, el verdadero insulto de la invasión japonesa consistía en que llegó justo en el momento en que ellos estaban formulando sus propias ideas sobre el futuro del país. Algunos se exiliaron, y los nacionalismos que aquellos exiliados concibieron fuera del país eran intensos e intransigentes, como a menudo lo son las visiones de su país que se forma la gente en el extranjero. Los nacionalistas coreanos se comprometían no solo a derrotar a Japón y a liberar su país sino también a construir en el futuro una Corea unida que fuera moderna, centralizada, poderosa y virtuosa. Estaban convencidos de que Corea no solo era capaz de protagonizar su propia liberación sino también de ser un ejemplo para otros pueblos oprimidos.

A lo largo de la Primera Guerra Mundial y los años de la posguerra, los nacionalistas coreanos argumentaban que los principios de autodeterminación nacional también debían extenderse a los asiáticos. Pero como Japón pertenecía al bando ganador de la guerra, sus llamamientos tenían pocas posibilidades de ser escuchados. Los nacionalistas coreanos exiliados que viajaron a París para participar en la Conferencia de Paz de 1919 se llevaron una amarga decepción. No solo no lograron el reconocimiento de los demás países, sino que aparentemente las políticas de Japón respecto a Corea contaban con el apoyo de Estados Unidos y Gran Bretaña. Dado que Japón se sumó a los intentos de aislar al nuevo Estado soviético, ni Washington ni Londres querían correr el riesgo de una ruptura con Tokio a propósito de Corea. En Corea la decepción dio paso a una sublevación, que fue aplastada por los japoneses con un gran coste de vidas humanas entre los coreanos.

Uno de los nacionalistas coreanos que se sintieron destrozados por el fracaso de la campaña en París a favor de un Estado coreano era Syngman

Rhee. Nacido en 1875, Rhee había estado seis años en la cárcel por sus actividades nacionalistas. Después se trasladó a Estados Unidos, donde fue el primer coreano en obtener un doctorado en el país (en la Universidad de Princeton en 1910). Rhee fue un incansable autor y editor de textos nacionalistas durante su largo exilio en Estados Unidos. El meollo de todos aquellos textos era la necesidad de conseguir el apoyo de Estados Unidos a la justa causa coreana. En un llamamiento que hizo al presidente Woodrow Wilson en 1919, Rhee había manifestado: «Ustedes ya han defendido la causa de los oprimidos, y han tendido su mano para ayudar a las razas más débiles de la tierra. Su nación es la Esperanza de la Humanidad, de modo que acudimos a ustedes».[1] Veinte años después, Rhee seguía sin renunciar a la esperanza de un apoyo estadounidense. Justo antes del ataque a Pearl Harbor, Rhee había publicado un libro donde pronosticaba que Japón iba a atacar a Estados Unidos, y que la máxima esperanza para una victoria estadounidense sería una alianza con los nacionalistas de Asia continental, incluidos (de forma destacada) los de Corea.

Rhee vislumbraba a Corea como un país moderno que asumía su pasado confuciano. El presidente de la República de Corea en el exilio, como se hacía llamar para entonces, quería una Corea fortalecida por la tecnología y los medios de gestión de Estados Unidos, pero respetando las limitaciones de las virtudes tradicionales. Por mucho que odiara a los japoneses, Rhee también despreciaba a los radicales coreanos que aspiraban a un país socialista tras la liberación. Rhee consideraba que no eran más que simples comparsas de los rusos. De la misma forma que algunos coreanos se habían decantado por los japoneses, otros habían acabado en brazos de los soviéticos. Para Rhee, eran unos desertores que tenían que volver al auténtico nacionalismo coreano, que –con la ayuda de Estados Unidos– debía construir una nueva nación con él como líder.

Para la desesperación cada vez mayor de Rhee, sus campañas en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial no lograron muchos más avances que los que había realizado durante la contienda de hacía veinte años. Los estadounidenses estaban centrados en el esfuerzo bélico y en su alianza con China, y no dedicaban demasiada atención a Rhee y a sus

colaboradores, que aparentemente no eran capaces de ofrecer nada que resultara de interés vital para ganar la guerra. El Departamento de Estado consideraba a Rhee un fastidio. Pero Rhee se mantuvo en contacto con los servicios de inteligencia estadounidenses, que estaban convencidos de que su anticomunismo podía llegar a convertirle en un elemento útil en cuanto terminara la guerra. En 1945, la atención de Rhee ya había pasado de los japoneses a los soviéticos. «La única posibilidad –le decía a sus amigos estadounidenses–, de evitar el conflicto por antonomasia entre Estados Unidos y las repúblicas soviéticas es reforzar a todos los elementos democráticos, no comunistas, dondequiera que resulte posible en este momento.»[2]

Syngman Rhee tenía razón acerca de quiénes podían ser sus competidores a la hora de decidir la lealtad de Corea en la posguerra. Ya desde 1919, el comunismo coreano se había desarrollado, contra todo pronóstico, como la alternativa al nacionalismo coreano que representaba Rhee. Al igual que en muchos otros lugares de Asia, la Revolución rusa había sido una fuente de inspiración para muchos coreanos, con su promesa de modernidad, igualdad y respeto por los derechos nacionales. Los primeros grupos comunistas surgieron entre los coreanos de Siberia en 1918, y a partir de principios de los años veinte el movimiento se había extendido a la propia Corea como parte de la resistencia clandestina. En 1925 se organizó un Partido Comunista coreano en Seúl, pero enseguida se convirtió en un objetivo de la policía japonesa, que detuvo a cientos de activistas del partido. La represión dio lugar al aumento de las luchas internas entre facciones, que, a finales de los años veinte y durante los años treinta, se mezclaron con las purgas homicidas de Stalin en la Unión Soviética. El comunismo coreano no iba a tener un futuro fácil.

Un agente coreano del Comintern, enviado clandestinamente a Corea para informar de la situación allí a finales de los años veinte, constató que había un gran número de jóvenes dispuestos a afiliarse al Partido Comunista. «Consideran a la URSS y al Comintern sus salvadores del imperialismo japonés», informaba. Por desgracia, tan solo estaban «superficialmente familiarizados con el marxismo», pues eran sobre todo

«antiguos estudiantes e intelectuales procedentes de las filas del movimiento independentista burgués». Sus actividades adolecían «de caos teórico y de luchas entre facciones a largo plazo, en su mayoría carentes de principios».[3] En 1928 el Comintern disolvió el Partido Comunista de Corea, en la convicción de que era mejor formar en Moscú a los cuadros coreanos y después enviarles de vuelta para que fundaran un movimiento comunista propiamente dicho. Pero durante las purgas de finales de los años treinta, los comunistas coreanos de mayor rango que se encontraban en Moscú fueron detenidos y fusilados, tras ser acusados de ser espías japoneses. En 1937, casi 200.000 coreanos soviéticos que vivían en las regiones del Pacífico de la URSS fueron deportados a la fuerza a Asia central. El temor de Stalin a una quinta columna en la parte asiática de la Unión Soviética era más importante que su compromiso con la revolución en Corea.

Entre los comunistas coreanos que sobrevivieron al doble revés de la opresión japonesa y estalinista había un pequeño grupo que se había incorporado a la resistencia clandestina china en la vecina Manchuria. Uno de ellos era Kim Il-sung, un joven coreano de una familia presbiteriana que se había instalado en Manchuria en 1920, cuando Kim tenía ocho años. Kim se afilió a su primer grupo marxista con diecisiete años, y fue encarcelado varias veces por sus actividades. Con diecinueve años, Kim se afilió al Partido Comunista de China (PCCh) y poco después estaba luchando contra los japoneses con un pequeño grupo de guerrilleros. Cinco años después ya empezaba a ser un héroe mítico entre los coreanos de China, en gran medida porque el grupo guerrillero que para entonces comandaba había logrado sobrevivir a las operaciones de los japoneses contra él. Pero poco a poco los japoneses fueron estrechando el cerco, y en 1940 Kim y sus camaradas supervivientes cruzaron clandestinamente la frontera y huyeron a la Unión Soviética. Cuando Alemania atacó a la URSS el año siguiente, Kim se presentó voluntario al Ejército Rojo. Regresó a Corea en 1945 como oficial soviético, luciendo con orgullo su Orden de la Bandera Roja, que habitualmente se concedía al heroísmo extraordinario en combate.

La Corea a la que regresaba Kim era un país en constante cambio. Dos años atrás, en la Conferencia de El Cairo, las potencias Aliadas habían

acordado conjuntamente restablecer la independencia de Corea al final de la guerra. Cuando la URSS atacó a Japón, en el último minuto, Washington y Moscú ya habían acordado sendas zonas de ocupación de la península, divididas por el paralelo 38: los soviéticos al norte y los estadounidenses al sur. Se suponía que la línea divisoria no era más que una medida para los tiempos de guerra a fin de facilitar la capitulación japonesa. En 1945 nadie, y mucho menos los propios coreanos, pensaba que la división fuera a ser permanente.

En ambas zonas los libertadores recurrieron a personas conocidas para que ayudaran a organizar la administración y el abastecimiento. A pesar de que a los estadounidenses solía parecerles un personaje poco de fiar e irritante, Syngman Rhee era una opción difícil de evitar en la zona estadounidense. Tenía una considerable legitimidad nacionalista, y disponía de una organización capaz de operar sobre el terreno. Y en efecto, Rhee se convirtió en la figura política más importante en el sur, con la ayuda de Estados Unidos, pero aun así los conflictos políticos con sus patrocinadores estadounidenses se intensificaron. Rhee quería el reconocimiento internacional a su Gobierno, basado en un movimiento que él denominaba Asociación Nacional para la Rápida Realización de la Independencia de Corea. Washington seguía teniendo esperanzas, por lo menos hasta mediados de 1947, de que un acuerdo con Moscú allanara el camino a la reunificación y a unas elecciones nacionales.

En la zona soviética no había nadie que tuviera la misma talla nacional o internacional que Rhee. Por consiguiente, los soviéticos recurrieron a Kim Il-sung, que entonces tenía treinta y tres años, principalmente porque creían que se pondría plenamente al servicio de los intereses soviéticos. Pero también le eligieron debido a sus demostradas dotes de liderazgo y porque carecía de los inconvenientes que presentaban los comunistas coreanos más veteranos, que o bien habían participado en las luchas entre facciones de los años veinte o en las purgas soviéticas de los años treinta. Kim demostró su lealtad y su perspicacia durante sus primeros meses en el poder –aunque también dejó claro que él y sus colegas comunistas aspiraban al liderazgo de toda Corea, no solo de una parte.

Hasta finales de 1947 tanto los soviéticos como los estadounidenses siguieron dándole vueltas a las propuestas para el autogobierno coreano bajo tutela internacional como forma de evitar un conflicto entre las dos potencias por el control de la península. Es probable que Stalin no renunciara del todo a ese planteamiento hasta finales de 1948. Lo que consolidó la división de Corea fue la obstinada negativa de Rhee y Kim a acordar un plan que no contribuyera a reunificar Corea si no era bajo sus respectivos gobiernos, junto con la intensificación de la Guerra Fría en otras partes del mundo a finales de los años cuarenta. Cuando Estados Unidos cedió a las presiones de Rhee y de otros anticomunistas para que autorizara unas elecciones por separado en el sur en mayo de 1948, la suerte estaba echada. Rhee ya había empezado a perseguir a los comunistas, a los sindicalistas y a otros izquierdistas. Su victoria en las elecciones casi se daba por segura.

El cambio en el planteamiento estadounidense sobre Corea no fue solo un reflejo pasivo de la Guerra Fría mundial. Obedecía a consideraciones estratégicas sobre la posición de la península de Corea respecto a China y Japón. En China, la Guerra Civil se decantaba en contra de Chiang Kai-shek, aliado de Estados Unidos, y el PCCh empezaba a aspirar al poder nacional gracias a sus conquistas. En Japón, Estados Unidos necesitaba crear un régimen capaz de derrotar a la izquierda del país y de establecer una alianza duradera con Washington. En ambos casos, Corea resultaba crucial. Mantener una presencia allí le garantizaría a Estados Unidos un punto de apoyo en el continente en caso de que China cayera en manos de los comunistas, y ayudaría a Estados Unidos a defender a Japón. Con el tiempo, también reforzaría la seguridad en sí mismo del Gobierno japonés por el procedimiento de asegurar su posición estratégica. Por consiguiente, lograr que en Corea del Sur hubiera un Gobierno aliado de Estados Unidos pasó a ser cada vez más relevante tanto para las Fuerzas Armadas como para los planificadores civiles estadounidenses a finales de los años cuarenta.

Hasta 1949 Stalin no le prestó demasiada atención a Corea, sobre todo porque tenía dificultades para replantear el papel de los soviéticos en China

cuando el PCCh, para gran sorpresa de Stalin, decantaba la Guerra Civil a su favor. La posibilidad de tener a China en el bando comunista era una perspectiva a la que al *Vozhd* (como a todo el mundo) le llevó cierto tiempo acostumbrarse. Stalin desconfiaba de los dirigentes comunistas chinos a pesar de su declarada devoción a él y a la URSS. Pero por supuesto era consciente de las enormes oportunidades estratégicas que ofrecía un régimen comunista en China. Su política de prestar ayuda al PCCh en la fase final de su conquista del poder también incluía a Corea. Disponer de Corea del Norte, controlada por los soviéticos, como una zona de base de retaguardia para las fuerzas del PCCh que combatían en Manchuria era de una importancia crucial para el éxito de los comunistas en la región. Además, los soviéticos ayudaron a organizar a los voluntarios coreanos que luchaban en el bando del PCCh.

Syngman Rhee proclamó la República de Corea en Seúl tras las elecciones de mayo de 1948. Poco después también lo hacía Kim Il-sung, al proclamar un nuevo Estado desde su capital del norte, Pyongyang, en septiembre. A Kim no le bastaba con que fuera una «república popular»; la denominó República Popular Democrática de Corea, en línea con los eslóganes habituales en aquella época. Los nuevos gobiernos recibieron las bendiciones de sus respectivas superpotencias patrocinadoras. Paradójicamente, da la impresión de que en aquel momento Stalin y Truman pensaban que la creación de dos estados distintos reducía las posibilidades de una guerra. En cualquier caso, tanto las tropas soviéticas como las estadounidenses se retiraron de la península de Corea después de la proclamación de los nuevos regímenes.

Al tiempo que consolidaban sus gobiernos, los regímenes coreanos iniciaban los preparativos para su enfrentamiento mutuo. En el norte, los comunistas, con orientación de los soviéticos, restablecieron gran parte de la capacidad industrial que los japoneses habían concentrado allí. También llevaron a cabo un plan de reforma agraria que arrebató la tierra a los terratenientes, la mayoría de los cuales había colaborado estrechamente con los japoneses, y la pusieron en manos de quienes las cultivaban. La reforma agraria le aseguró al régimen el apoyo de los campesinos y mejoró el

suministro de alimentos en toda Corea del Norte. Pero también contribuyó, junto con otras campañas políticas de los comunistas, a que cientos de miles de refugiados huyeran al sur.

En Corea del Sur, Rhee siguió adelante con su ofensiva contra sus enemigos, que ahora se extendía a muchos líderes políticos progresistas que no simpatizaban en absoluto con el comunismo. Aplastó una sublevación encabezada por los comunistas en la isla de Jeju, al sur del país, que se saldó con muchos muertos. Las tropas de la República de Corea ejecutaron no solo a los sospechosos de pertenecer a la guerrilla, sino también a sus familias, y en algunos casos a la población de pueblos enteros. Los guerrilleros, en su mayoría lugareños que se nutrían del sentimiento de una identidad aparte que predominaba en la isla, estuvieron combatiendo durante más de un año hasta que concluyó la sublevación. En otras partes de Corea del Sur, se reprimían las huelgas y se ilegalizaba a las organizaciones independientes en virtud de la Ley Nacional sobre Traidores.

A partir de finales de 1948, las tensiones fueron en aumento a lo largo del paralelo 38. Ambos bandos tenían planes para atacar a través de la línea divisoria, y las escaramuzas casi constantes contribuían a un estado de alarma en Seúl y en Pyongyang. Lo que refrenaba a Rhee y a Kim era que sus superpotencias patrocinadoras no estaban dispuestas a apoyar sus planes para reunificar el país por la fuerza. Los estadounidenses se conformaban con el statu quo. Los soviéticos se centraban en China. Kim Il-sung realizó dos, o puede que tres, propuestas concretas a Stalin para un ataque contra Corea del Sur antes de junio de 1950. Al tiempo que rechazaba una de ellas, en septiembre de 1948, el gran señor de Moscú le dijo a Kim que «es imposible constatar que en estos momentos esté completamente preparado un ataque contra el sur, y por consiguiente, desde el punto de vista militar, no está autorizado»:

> Por supuesto, estamos de acuerdo con usted en que el pueblo está esperando la unificación del país. [...] Sin embargo, hasta ahora se ha hecho muy poco para incitar a las masas de Corea del Sur a una lucha activa, para desarrollar el movimiento guerrillero en toda Corea del Sur, para crear allí regiones liberadas y para organizar a las fuerzas con vistas a una sublevación general.

> [...] Por añadidura, es preciso considerar que si las acciones militares comenzaran por iniciativa del norte y adquirieran un carácter prolongado, ello podría dar a los estadounidenses motivos para todo tipo de injerencias en los asuntos de Corea.[4]

Por supuesto, a Kim aquello no le hizo mucha gracia, pero no podía actuar sin los soviéticos. Entonces, tras la victoria del PCCh en China, Stalin empezó poco a poco a cambiar de opinión. Según los documentos soviéticos, hubo por lo menos cinco motivos para aquel cambio. El éxito de los comunistas chinos modificaba el cuadro estratégico. También demostraba que los estadounidenses eran reacios a intervenir en el continente asiático. Además, Stalin estaba cada vez más molesto por su falta de éxito contra Estados Unidos en Europa; el fiasco del bloqueo de Berlín lo demostraba plenamente. Basándose en los informes que recibía de su principal representante en Pyongyang, Terenti Shtykov, que había encabezado la ocupación de Corea por los soviéticos, y que fue designado como primer embajador en la República Popular Democrática de Corea, el equilibrio de fuerzas entre el norte y el sur ya era favorable a los comunistas. Y según la experiencia de Stalin con las pautas de actuación de Estados Unidos en Europa, las cosas no siempre iban a ser así. Por último, Corea era un excelente caso que podía sentar jurisprudencia para el «internacionalismo» del nuevo régimen del PCCh en China. Si los chinos accedían a darle luz verde a Kim Il-sung para atacar, demostraban ser revolucionarios en la práctica, y no solo en la teoría.

Las ansias de Stalin por ver si los chinos eran capaces de demostrar su valía se acentuaban debido a que sabía que Mao no era partidario de una guerra en Corea. El mandatario chino se lo había dicho a los soviéticos en varias ocasiones. Si Mao tenía alguna prioridad en su política exterior en Asia era ayudar al Viet Minh a conseguir victorias decisivas contra los franceses en Indochina. A juicio de Mao, Corea podía esperar. Los chinos necesitaban tiempo para reconstruir su propio país y sus propias fuerzas, y Corea estaba peligrosamente cerca de las zonas más ricas de Manchuria y, en realidad, de la capital de China, Beijing. De modo que cuando Stalin admitió la necesidad de una reunificación urgente de Corea por la fuerza, el

Jefe, durante una visita de Kim Il-sung a Moscú en abril de 1950, también le instó a viajar de inmediato a Beijing para obtener la bendición de Mao a la empresa. Era una prueba típica de Stalin, que recordaba a la opción imposible que le había planteado a Tito en Yugoslavia hacía dos años: si Mao decía que sí, se comprometía a una ofensiva al otro lado de sus fronteras sobre la que tenía poca voz. Y si decía que no, demostraba que no era ni mucho menos el líder revolucionario internacional que proclamaba la propaganda china.

Pero Mao no podía decir que no. Era un comunista internacionalista convencido de que el deber del PCCh era ayudar a los revolucionarios de otros países. Además, veía a Stalin como el jefe indiscutible del movimiento comunista internacional, y no podía contemplar un desafío declarado a la autoridad del *Vozhd*. Y lo más importante, los chinos acababan de reunificar su país por la fuerza. ¿Cómo podían negarle a sus hermanos menores, los comunistas coreanos, el derecho a hacer lo mismo?[5] Cuando Kim Il-sung llegó a Beijing en marzo de 1950, Mao primero volvió a comprobar con Moscú si Stalin realmente le había dado a Kim vía libre de forma explícita. Moscú lo confirmó. «En una conversación con los camaradas coreanos, Filippov [uno de los nombres en clave de Stalin] y sus amigos manifestaron la opinión de que, a la luz de la nueva situación internacional, estaban de acuerdo con la propuesta de los coreanos de avanzar hacia la reunificación.»[6] Mao le dijo a Kim que los coreanos también contaban con el apoyo de China. Pero le advirtió a su invitado de que una intervención imperialista extranjera podría dificultar su tarea mucho más de lo que suponía Kim Il-sung.

Los preparativos para el ataque contra el sur comenzaron en cuanto Stalin dio su vía libre. En Corea seguía habiendo cientos de asesores militares del Ejército Rojo, y a lo largo de mayo y junio llegaron más. Quienes diseñaron los planes para la ofensiva fueron sobre todo los soviéticos, y para ello se inspiraron en las campañas de gran movilidad contra Alemania y Japón al final de la Segunda Guerra Mundial. Desde la URSS se enviaron grandes cantidades de artillería móvil y de carros de combate, junto con personal técnico encargado de la preparación y el

mantenimiento de las armas. Stalin le había dejado claro a los coreanos que aquella iba a ser su guerra, pero que la Unión Soviética les ayudaría lo mejor que pudiera. Kim le aseguró que lograría la victoria en cuestión de semanas, dado que cientos de miles de coreanos del sur iban a alzarse contra el régimen cuando el Ejército del norte cruzara el paralelo 38. La fecha para el ataque se fijó a finales de junio.

¿Cómo pudo Stalin, habitualmente cauto, dar su aprobación a un ataque contra una zona que él sabía que para Washington estaba dentro de su esfera? La razón principal era que el anciano dirigente soviético era cada vez más víctima de sus propios delirios. Las purgas contra los comunistas de Europa oriental a finales de los cuarenta, los muchos «complots» contra Stalin que se descubrían en la URSS y el trato dado a los yugoslavos y a los chinos, todo ello apunta en una misma dirección. Aunque es posible que el *Vozhd* siempre hubiera estado un tanto perturbado –sus constantes intrigas contra sus colaboradores y su completo desprecio por la vida humana así lo indican–, anteriormente, por lo menos, su locura había sido algo metódica. La extraordinaria capacidad de trabajo de Stalin, de recabar la información necesaria y de comprender cómo pensaban los demás, había compensado, por lo menos en parte, lo intrincado de su mente. Pero a finales de los años cuarenta, Stalin había empezado a hacer caso omiso del razonamiento, viciado pero cuidadoso, que había detrás de sus anteriores decisiones. Actuaba cada vez más a su capricho, y se consideraba omnisciente, por lo menos en materia de estrategia. Probablemente hubo otros motivos, como las señales ambiguas de Washington sobre los planes de Estados Unidos para defender Corea del Sur, o el primer ensayo nuclear soviético, o el enfado de los soviéticos por haber visto frustrados sus planes en Berlín, que influyeron en aquella decisión. Pero la guerra de Corea obedeció a un cambio de opinión de Stalin. Si no le hubiera dado vía libre a Kim, no habría habido guerra.

El 25 de junio, al amanecer, los norcoreanos cruzaron el paralelo 38 y atacaron a lo largo de un amplio frente. El plan consistía en conquistar Seúl y a continuación rodear al Ejército surcoreano en la zona central del país. A lo largo de la primera semana, el caos y la confusión reinaron en el bando

surcoreano. Seúl cayó al tercer día de la ofensiva y Rhee huyó hacia el sur. Los surcoreanos perdieron el 75 % de sus tropas, sobre todo por las deserciones. El plan de cercar al Ejército surcoreano resultó innecesario, porque la resistencia fue muy escasa, aunque aproximadamente 20.000 soldados de Rhee lograron huir hasta la costa suroriental. Ambos bandos cometieron atrocidades durante el desarrollo de los combates. El régimen de Rhee masacró a los izquierdistas que tenía encerrados en sus cárceles. Los norcoreanos ejecutaban a los oficiales de la República de Corea a medida que avanzaban. Los asesores militares estadounidenses combatieron desde el principio en el bando surcoreano, y durante la segunda semana de la guerra llegó desde Japón un pequeño contingente de refuerzos estadounidenses. A pesar de todo, a finales de julio Kim informaba a Moscú de que esperaba que la guerra durara menos de un mes.

Aunque los norcoreanos llevaban la ventaja en lo militar, la reacción internacional ante la guerra ya hacía que la predicción de Kim resultara improbable. En todo el mundo el ataque se consideró un elemento de la Guerra Fría y no simplemente un asunto interno de Corea. Teniendo en cuenta hasta qué punto la Guerra Fría se había convertido en el elemento organizador de los asuntos mundiales, no era de extrañar semejante reacción. En Washington, el presidente Truman decidió de inmediato que la guerra era un caso de agresión comunista sin paliativos, concebida para reducir ulteriormente la influencia estadounidense en Asia y poner a prueba la voluntad de Estados Unidos y sus aliados a escala mundial. Ordenó resistir a las fuerzas estadounidenses. El presidente también presentó una resolución ante el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas que condenaba el ataque norcoreano, determinaba que era «una violación de la paz», y ordenaba la retirada inmediata. La resolución fue aprobada sin oposición porque los soviéticos estaban boicoteando el Consejo de Seguridad a raíz de la negativa de Estados Unidos a concederle un puesto a la República Popular china en el mismo. La semana siguiente el Consejo de Seguridad aprobó una resolución complementaria que instaba a todos los miembros de Naciones Unidas a «brindar a la República de Corea toda la asistencia necesaria para repeler el ataque armado». Establecía un mando

militar unificado de Naciones Unidas en Corea, que debía encabezar Estados Unidos. Las resoluciones de Naciones Unidas fueron una victoria colosal para la administración de Truman. No solo conferían legitimidad a una ofensiva estadounidense en Corea sino que además instaba a otros países a colaborar en la operación.

Mientras tanto, los soviéticos se mantenían al margen. Afirmaban que el «contraataque» norcoreano era una respuesta a un plan estadounidense y surcoreano para invadir el norte. Aunque sus diplomáticos se lo pidieron, Stalin se negó a enviar a su embajador en Naciones Unidas de vuelta al Consejo de Seguridad para impedir la aprobación de la segunda resolución, que la URSS habría podido vetar con facilidad. Stalin dio instrucciones para que se mantuviera un perfil bajo en lo diplomático, al tiempo que esperaba que la guerra concluyera en lo militar. Aun así, está claro que al líder soviético le alarmó la rápida reacción de Washington. Los soviéticos conservaban ciertas esperanzas de que la ofensiva concluyera antes de que los estadounidenses pudieran intervenir masivamente. Pero tanto los soviéticos como los chinos empezaban a ser conscientes de que ese desenlace era improbable.

Porque, a pesar de su aplastante victoria sobre el Ejército surcoreano, los norcoreanos no lograron acabar del todo con él. Cuando las escasas fuerzas surcoreanas que quedaban llegaron al sudeste, se les unió una fuerza estadounidense cada vez más poderosa procedente de Japón. Juntos fueron capaces de establecer un perímetro alrededor de la ciudad de Pusan y de defenderlo contra la ofensiva del norte. El fracaso en la conquista de Pusan hizo que sonaran las alarmas en Beijing. Ahora Mao se temía algún tipo de contraataque estadounidense. Los soviéticos seguían siendo más optimistas. En una fecha tan tardía como mediados de agosto, el Estado Mayor del Ejército Rojo informaba a Stalin de que esperaban que la guerra terminara muy pronto. Se equivocaban. A partir de principios de septiembre, las fuerzas estadounidenses y surcoreanas empezaron a abrirse paso desde el perímetro y a avanzar hacia el norte.

Después, en una audaz jugada que de un golpe anuló los avances norcoreanos, las fuerzas encabezadas por Estados Unidos llevaron a cabo

con éxito un desembarco anfibio en Incheon, cerca de Seúl, el 15 de septiembre. El general estadounidense Douglas MacArthur, jefe de las fuerzas de ocupación en Japón, y al que Truman puso al mando de la ofensiva en Corea, insistió en desembarcar en un punto tan al norte por razones tanto políticas como estratégicas. Quería liberar Seúl, pero también amenazar con aislar a las tropas norcoreanas en el sur de la península. MacArthur cosechó un triunfo mayor del que nunca pudo imaginar. Los desembarcos de Incheon pillaron por sorpresa a las fuerzas de Kim Il-sung. A continuación dieron prioridad a la defensa de Seúl en detrimento de la protección de los corredores estratégicos más al sur. Seúl cayo tras una semana de duros combates. Para entonces, las fuerzas de Kim en el sur estaban prácticamente aisladas de sus líneas de abastecimiento desde el norte. Las tropas comunistas en Corea del Sur, sometidas a una gran presión tanto desde el oeste como desde el sur, y también por los bombardeos aéreos estadounidenses cada vez más intensos, empezaron a doblegarse. A partir del 1 de octubre huyeron hacia el paralelo 38, aunque tan solo unas pocas unidades lograron retirarse en orden. Se rindieron casi 100.000 soldados.

MacArthur, al que se le había concedido un amplio control sobre cómo librar la guerra, hizo un llamamiento a una capitulación total e incondicional de Corea del Norte. Con la autorización de Washington, las fuerzas de Estados Unidos y sus aliados penetraron en Corea del Norte el 7 de octubre. En Moscú, Stalin estaba furioso, y acusaba de incompetencia a los norcoreanos y de negligencia criminal a sus propios asesores militares. Pero seguía sin estar dispuesto a intervenir para ayudar a Kim. Por el contrario, el 1 de octubre le envió a Mao un mensaje donde afirmaba, como solía hacer cuando recibía malas noticias, que estaba de vacaciones y que no se encontraba del todo al corriente de los acontecimientos. Pero Stalin sí se había enterado de que «la situación de nuestros amigos coreanos se está haciendo desesperada». «Creo que, si en la actual situación, usted considera posible enviar tropas para ayudar a los coreanos, debería enviar de inmediato hacia el paralelo 38 por lo menos entre cinco y seis divisiones», terciaba el Jefe.[7]

Mao sabía, por supuesto, que Kim estaba en un atolladero. También sabía que sus compatriotas estaban cansados de guerras y que una intervención en Corea contra las fuerzas estadounidenses sería una empresa arriesgada, por decirlo suavemente. A pesar de todo, el dirigente chino estaba de un humor efervescente. Acababa de ganar una gran guerra civil y, aunque tuvo que pelearlo, había conseguido el reconocimiento del señor de Moscú que tanto ansiaba. Y lo más importante, Mao también estaba convencido de que con toda probabilidad la China revolucionaria iba a tener que librar de todas formas una guerra con Estados Unidos en algún momento. Los imperialistas detestaban y temían la Revolución china, pensaba Mao. Simplemente no podía creer que Estados Unidos, en calidad de jefe del bando imperialista, permitiera que un país tan importante como China abandonara su zona sin oponer resistencia.

Los dirigentes chinos llevaban preparándose para una posible intervención en Corea desde mucho antes de que se produjera el ataque norcoreano. En cuanto supo que iba a haber guerra, Mao había trasladado fuerzas desde el sur hasta Manchuria, y había destinado a la región a algunos de sus mejores comandantes. A pesar de todo, el nuevo Estado tenía muchas otras prioridades militares. La guerra en Corea había dificultado algunas de ellas, como la invasión inmediata de Taiwán, donde se había refugiado lo que quedaba del Gobierno de Chiang Kai-shek. Mao no se extrañó al enterarse de que Estados Unidos había desplazado varios buques de la Armada al Estrecho de Taiwán para proteger a Chiang poco después del estallido de la guerra en Corea. Al fin y al cabo, Mao consideraba que la guerra formaba parte de una confrontación mundial entre el comunismo y sus enemigos, lo mismo que pensaba Truman. Pero a Mao le preocupaba que China tuviera que dar prioridad a sus compromisos adquiridos y ayudar a Kim antes que ocuparse de otras tareas más cercanas a su corazón: conquistar Taiwán, ayudar a los comunistas en Vietnam, o integrar plenamente el Tíbet y la región de Sinkiang en la República Popular china.

Los dirigentes del PCCh se reunieron en una sesión de emergencia entre el 2 y el 5 de octubre de 1950 para tomar una decisión sobre la intervención de China. Mao tenía claro desde el principio que quería que las fuerzas

chinas se adentraran en Corea del Norte. Se lo había pedido Stalin. Los comunistas chinos tenían una deuda de gratitud con los coreanos desde los tiempos de la Guerra Civil. El propio Mao le había prometido a Kim ayuda en caso necesario. Y, en general, Mao creía que China no debía tener miedo a una guerra. Era mejor luchar ahora que esperar a que los estadounidenses estuvieran a las puertas de China. La vida entera de Mao había girado en torno a la guerra. Las posibilidades de que se quedara esperando hasta que terminara aquella contienda eran muy escasas.

Sin embargo, cuando la resistencia norcoreana se quebró frente al contraataque estadounidense, algunos miembros del Politburó del PCCh empezaron a tener sus dudas. En la primera reunión del 2 de octubre hubo bastante renuencia a que Mao enviara el telegrama que había preparado aceptando la petición de Stalin. Tras los ulteriores debates, Mao tuvo que cambiar de rumbo, e informó al jefe de Moscú que «en estos momentos consideramos que dichas acciones podrían entrañar unas consecuencias muy graves», y por lo tanto rechazaba la petición de una intervención inmediata.[8] Puede que Mao Zedong fuera el líder de la Revolución china, pero en el Politburó seguía siendo solo uno entre iguales. Eso iba a cambiar muy pronto. Las pruebas sugieren que Mao, ya desde la mañana siguiente, se arrepentía de haber cedido ante la mayoría del Politburó, y convocó una larga reunión de los miembros del Comité Central para seguir debatiendo. Además, convocó al mariscal Peng Dehuai, al que ya había elegido como comandante de la fuerza expedicionaria china, para que argumentara en favor de la intervención. Provisto de una nueva petición aún más apremiante de Stalin para que China interviniera, el 5 de octubre Mao consiguió que el Politburó revocara su decisión anterior y accediera a enviar hasta nueve divisiones para combatir en Corea.

Stalin estaba bien informado del proceso de toma de decisiones en Beijing. En su mensaje a Mao del 5 de octubre, se había hecho eco de la propia actitud de Mao, al afirmar que «si no es posible evitar la guerra, que sea ahora, y no dentro de muchos años, cuando el militarismo japonés se haya restablecido y se haya convertido en un aliado de Estados Unidos».[9] Además, Stalin prometía el pleno apoyo de la Unión Soviética a la

intervención de China. Tras alegar la ayuda soviética como parte de su argumentación ante sus colegas, Mao envió al primer ministro Zhou Enlai a la dacha de Stalin a orillas del mar Negro para negociar los detalles directamente con el Jefe. A Stalin seguía preocupándole que una participación demasiado visible de los soviéticos pudiera arrastrar a la URSS directamente a la guerra. A pesar de sus anteriores promesas a Mao, Stalin no estaba dispuesto a movilizar un gran apoyo aéreo hasta mucho después de que tuviera lugar la intervención de China. Los chinos titubeaban. El 12 de octubre, Stalin le dijo a Kim que, dado que los chinos no estaban dispuestos a enviar tropas, los dirigentes de la República Democrática Popular de Corea y sus fuerzas restantes debían evacuar el país y retirarse hacia el norte. Al día siguiente, una vez más revocando la decisión de sus colegas del Politburó, Mao tomó la decisión final de intervenir.

Mientras Stalin y Mao se andaban con rodeos, el avance militar de Naciones Unidas seguía adelante. Las fuerzas surcoreanas habían penetrado en el norte el 1 de octubre, y las tropas estadounidenses las siguieron el 9 de octubre. Pyongyang cayó en manos de Naciones Unidas el 19 de octubre. El 3 de octubre los chinos habían advertido a Estados Unidos de que estaban dispuestos a intervenir en caso de que las tropas estadounidenses entraran en Corea del Norte, pero Washington no lo tuvo en cuenta. El objetivo de Truman y MacArthur era obligar a los norcoreanos a rendirse. Las fuerzas de la República Popular China, constituidas en el Ejército Voluntario Popular, entraron en Corea el mismo día que cayó la capital norcoreana, con aproximadamente 200.000 hombres. Los servicios de inteligencia estadounidenses sabían que estaban ahí, pero no tenían ni idea de su número. En primer lugar los chinos atacaron a las fuerzas surcoreanas desplegadas a lo largo de la frontera y las destruyeron. Después, el 1 de noviembre, atacaron a la 1.ª División de Caballería estadounidense en las proximidades de Unsan. Al parecer, los estadounidenses estaban totalmente desprevenidos. Murieron más de mil soldados norteamericanos. A Mao le sorprendió el desenlace, y ordenó a las tropas chinas que esperaran a los refuerzos antes de avanzar. Eso dio lugar al mayor error de cálculo de

MacArthur en toda la guerra, al ordenar una ofensiva contra las tropas chinas, que él creía poco numerosas.

El resultado fue un desastre total para las fuerzas de Naciones Unidas. El contraataque chino no solo desbarató la ofensiva, con cuantiosas bajas en ambos bandos, sino que poco a poco forzó una retirada de Naciones Unidas. En diciembre, la totalidad de las tropas de Naciones Unidas fueron expulsadas de Corea del Norte. El 4 de enero Seúl cayó en manos de las fuerzas comunistas por segunda vez. El general MacArthur argumentaba, cada vez más públicamente, que Estados Unidos tenía que ampliar la guerra a China. En Washington, la Junta de Jefes de Estado Mayor empezó a debatir la posibilidad de utilizar armamento nuclear para poner fin a la guerra. Truman titubeaba. Le preocupaba que la guerra de Corea le restara a Europa, que a juicio del presidente era mucho más importante para la Guerra Fría, unos recursos militares estadounidenses cruciales. También le preocupaba que MacArthur desafiara su autoridad como comandante en jefe. Cuando en la Cámara de Representantes se leyó en voz alta una carta de MacArthur al líder del Partido Republicano donde criticaba a la administración, a Truman se le acabó la paciencia. El 11 de abril destituyó al locuaz general. Truman, en su estilo habitual, explicaba más tarde que «le destituí porque no respetaba la autoridad del presidente. No le despedí porque fuera un bobo hijo de perra, que lo era, pero en el caso de los generales eso no es delito. Si lo fuera, entre la mitad y las tres cuartas partes del generalato estaría en la cárcel».[10]

A mediados de marzo, las fuerzas de Naciones Unidas volvieron a tomar Seúl por segunda vez, y sus tropas lograban establecer y defender una frágil línea del frente muy cerca del paralelo 38. Los chinos intentaron desalojarlos en abril pero no lo lograron, sobre todo debido a la superioridad aérea estadounidense. Las bajas por parte de China no paraban de aumentar. Durante las ofensivas de la primavera de 1951, sus bajas eran en ocasiones diez veces mayores que las de las fuerzas de Naciones Unidas. En tan solo dos semanas de mayo y junio, el Ejército chino perdió entre 45.000 y 60.000 hombres. Además, a las unidades chinas empezaban a agotárseles los suministros. En junio, Mao estaba dispuesto a firmar un alto

el fuego basado en el statu quo. Pero Stalin ponía reparos. «Una guerra prolongada –argumentaba sin escrúpulos el dirigente soviético–, le brinda a las tropas chinas la posibilidad de estudiar la guerra moderna en el campo de batalla y [...] desestabiliza al régimen de Truman en Estados Unidos, y daña el prestigio militar de las tropas angloestadounidenses.»[11] Aparentemente Mao no quería parecer más dispuesto a transigir que el Jefe. Syngman Rhee, que para entonces volvía a operar desde las ruinas de su capital, encarecía a Naciones Unidas que no firmara la paz antes de que su pueblo fuera plenamente liberado. No iba a haber una paz fácil en Corea.

Cuando los chinos atacaron a las tropas estadounidenses en otoño de 1950, en todas partes la gente pensaba que el mundo se encaminaba rápidamente hacia la Tercera Guerra Mundial. Cuando estalló la guerra, una joven de quince años de Connecticut le escribió una carta al presidente Truman para decirle que no podía dormir cuando oía pasar los aviones por encima de su casa, «por el temor de que en cualquier momento nos maten a todos».[12] Infinidad de personas, en Norteamérica, en Europa y en Asia, debían de sentir lo mismo. La administración estadounidense esperaba poder contener la guerra. Truman era consciente de que tenía que lograr un equilibrio entre utilizar a Corea para conseguir el apoyo de la opinión pública de Estados Unidos a una política mundial de contención y a un aumento del gasto militar, al tiempo que evitaba un pánico generalizado a la guerra. Siempre dado a exagerar, al principio Truman logró ese equilibrio de mala manera. En un discurso que dirigió al pueblo estadounidense en diciembre, el presidente afirmaba que «nuestros hogares, nuestra nación, todas las cosas en las que creemos, corren un gran peligro»: «Ese peligro lo han creado los gobernantes de la Unión Soviética. [...] En junio, las fuerzas del imperialismo comunista iniciaron una guerra abierta en Corea. [...] Después, en noviembre, los comunistas enviaron a sus ejércitos chinos a la batalla contra la nación libre. Con esa acción han demostrado que ahora están dispuestos a llevar al mundo al borde de una guerra generalizada para conseguir lo que quieren. Ese es el verdadero significado de los acontecimientos que han venido produciéndose en Corea. Por eso corremos un peligro tan grave».[13]

Al tiempo que aumentaba el número de estadounidenses convencidos de que la guerra mundial podía estallar muy pronto, en el país se desbocaban los excesos anticomunistas que habían empezado en los años cuarenta. El senador McCarthy y sus seguidores, como Richard Nixon, recién elegido senador por California, atacaban a la administración por ser demasiado blanda con el comunismo dentro de Estados Unidos. El Gobierno reaccionó ordenando que unos comités de lealtad investigaran a millones de empleados. Les preguntaban a qué grupos ciudadanos pertenecían, cuáles eran sus hábitos de lectura, y si conocían a algún comunista. Se incluyó en la lista negra a miles de periodistas, artistas y trabajadores corrientes, y se les impidió conseguir un empleo por negarse a sumarse al frenesí. Se obligaba a los maestros y a otros empleados públicos –en algunos estados incluso a los trabajadores de correos y a los enterradores– a jurar lealtad a la constitución.

También en Europa la guerra de Corea intensificó la Guerra Fría. A los dirigentes de Europa occidental les preocupaba que Corea no fuera más que un caso con el que los soviéticos querían sentar jurisprudencia. El francés Charles de Gaulle se preguntaba si «esas acciones locales eran pruebas [....] para prepararnos para el "gran shock" de un avance final a través de Europa. Por supuesto Europa es la región central y determinante para completar la unificación de la esfera euroasiática bajo el dominio soviético, que tendría como consecuencia la pérdida de la libertad».[14] Por su parte, los comunistas franceses siguieron la línea argumental de la Unión Soviética: «Clara provocación de guerra por parte de los títeres de Washington en Corea –vociferaba el titular del periódico comunista *L'Humanité* al día siguiente del ataque norcoreano–. ¡El Ejército Popular contraataca victoriosamente frente a la agresión de las tropas surcoreanas!».

Pero el conflicto también tenía otros efectos. Cundió el miedo a una guerra nuclear. En algunos países de Europa occidental se incluyó en una lista negra a los radicales y se les impedía encontrar trabajo, igual que en Estados Unidos, aunque en Europa occidental los niveles de persecución nunca se aproximaron a los que habían impuesto los regímenes comunistas en el este. La causa surcoreana en sí nunca tuvo una gran resonancia en

Europa occidental, y la propaganda soviética y comunista, que afirmaba que la guerra era un ataque de Estados Unidos contra un pueblo inocente, sí tuvo algún efecto. La mayoría de la gente simplemente quería que el conflicto terminara antes de que se extendiera a su zona del mundo.

En Japón, cercano a Corea, y con su historial de colonialismo en la región, la reacción frente a la guerra fue de temor y al mismo tiempo de oportunidad. La mayoría de los japoneses temía que la guerra se extendiera a sus islas, a través de un ataque nuclear soviético o de una invasión china. Hubo grandes manifestaciones contra la guerra. Al fin y al cabo, Japón era el único país del mundo que ya había sufrido un ataque nuclear. Pero entre los dirigentes políticos y los empresarios existía además una sensación de oportunidad. Sabían que aquella guerra iba a provocar que Estados Unidos dependiera más del apoyo de Japón, y la industria japonesa estaba mejor situada que ninguna otra para abastecer a los ejércitos estadounidenses en Corea. Efectivamente, Japón experimentó una sensible recuperación económica durante la guerra. Y lo más importante: la guerra puso fin a la ocupación e hizo de Japón un valioso aliado de Estados Unidos. A Syngman Rhee y a otros dirigentes coreanos les horrorizaba pensarlo, pero lo cierto es que habría sido imposible rescatar a su régimen sin la ayuda de Japón.

En el Tercer Mundo, ningún país ni movimiento hizo gran cosa por apoyar la causa estadounidense. Desde el principio, India insistió en que se pusiera fin a la guerra y en una retirada hasta el paralelo 38. Otros se mostraban aún más críticos. Los comentarios y los editoriales en Oriente Medio y las afirmaciones de los movimientos africanos de liberación planteaban preguntas no faltas de razón sobre la política de Estados Unidos. ¿Por qué Estados Unidos intervino inmediatamente contra Corea del Norte, cuando hacía muy poco por expulsar a Francia de Argelia o por poner fin al *apartheid* en Sudáfrica? La primera gran ley del *apartheid*, la Ley de Registro de la Población, se promulgó la misma semana en que estalló la guerra de Corea. Y sin embargo, las fuerzas sudafricanas participaron en el bando de Naciones Unidas en Corea. Aunque entonces no se supo, fue un avión del escuadrón de cazas sudafricano el que acabó con la vida de Mao

Anying, hijo de Mao Zedong, que prestaba servicio como oficial en Corea, en noviembre de 1950.

Para la administración de Truman era más importante haber logrado reunir una coalición internacional que quiénes participaban en ella. Debido a un mandato de Naciones Unidas sin precedentes, dieciséis países enviaron tropas a Corea. Los mayores contingentes provenían de Gran Bretaña, Turquía, Filipinas y Tailandia. Francia, Grecia y los Países Bajos también enviaron tropas, igual que algunos países de la Commonwealth británica (Canadá, Australia y Nueva Zelanda). Aun así, casi el 90 % de las tropas de Naciones Unidas en Corea eran estadounidenses. Y lo más importante, todas las tropas de Naciones Unidas combatían bajo mando estadounidense.

Sin embargo, aunque puede que la guerra en Corea ayudara a las alianzas internacionales de Estados Unidos, probablemente contribuyó aún más a facilitar la cooperación chino-soviética. Cuando se produjo la intervención de China, los soviéticos intensificaron su ayuda, y suministraron gran parte del material que necesitaban las fuerzas chinas y norcoreanas. Además, los soviéticos enviaron a más asesores militares y, lo más importante, más aviones y más artillería antiaérea. A partir de abril de 1951, Stalin autorizó que los pilotos soviéticos realizaran misiones de combate, siempre y cuando no salieran del espacio aéreo norcoreano. En Corea prestaron servicio aproximadamente ochocientos pilotos soviéticos, la mayoría a bordo de cazas a reacción MiG-15, que era el modelo más avanzado de avión de que disponían los soviéticos. Durante la guerra aumentaron sustancialmente el nivel de cooperación y la confianza mutua entre el bando chino y el soviético, a pesar de algunas discrepancias ocasionales sobre cuestiones de táctica entre los tres aliados.

La guerra de Corea también tuvo una profunda influencia dentro de China. En 1950, los chinos anhelaban la paz tras casi veinte años de guerra. Había un descontento sustancial por el hecho de tener que enviar a los jóvenes de nuevo a la guerra, esta vez en el extranjero. Incluso algunos soldados ponían reparos. Se preguntaban por qué les obligaban a trasladarse desde el sur de China hasta Corea para combatir en una guerra en el extranjero, justo después de haber conseguido la victoria dentro del país. A

medida que aumentaba el número de bajas, se planteaban preguntas aún más difíciles. Un capitán chino que estuvo en la batalla del embalse de Chosin recordaba: «hace solo doce días, cuando avanzábamos por la ladera [...] había doscientos hombres, corriendo y saltando, llenos de energía y de sueños heroicos».

> Esta noche solo quedaban seis. Cansados y heridos, avanzaban lentamente ladera abajo. Iban cubiertos de polvo y sangre, y tenían el rostro y los brazos tan negros como el carbón. Sus uniformes estaban hechos jirones, desgastados y con los codos rasgados. Parecían fantasmas caminando en la oscuridad. [...] Mis tenientes, mis sargentos y mis soldados habían venido conmigo desde China hasta Corea. [La mayoría] nunca volvería a sus hogares ni vería a sus familias. Tan solo tenían diecinueve o veinte años y derramaron hasta la última gota de su sangre en esta tierra extranjera.[15]

En Corea, la destrucción era inmensa. Casi todos los rincones del país habían sido devastados por la guerra al menos dos veces durante las campañas. Todas las ciudades estaban en ruinas. Casi la mitad de los habitantes del país eran refugiados. La mayor parte de la producción había quedado destruida, y a lo largo de toda la guerra hubo una hambruna generalizada. Quienes intentaban aguantar en las ciudades afrontaban un sombrío futuro cuando la guerra volvía a hacer acto de presencia. En la segunda batalla por la conquista de Seúl, «los duelos de artillería se cobraban un gran número de víctimas civiles coreanas», según informaban los periódicos. «Durante todo el día y toda la noche, traían mujeres y niños pequeños en carretillas, a lomos de los bueyes o en camillas al puesto de mando del regimiento, con la patética esperanza de que los médicos, frenéticamente atareados, tuvieran un momento de pausa para atenderles.»[16]

Aunque las conversaciones para un armisticio comenzaron en el verano de 1951, la guerra en sí se prolongó otros dos terribles años, sin que ninguno de los dos bandos lograra avances militares significativos. Ni las fuerzas de Naciones Unidas ni los comandantes chinos y norcoreanos estaban dispuestos a apostar por una ofensiva a gran escala que pudiera tener un resultado escaso o nulo. Pero las conversaciones para el armisticio tampoco iban a ninguna parte. Uno de los puntos conflictivos era cómo

afrontar la cuestión de los prisioneros de guerra. Los chinos y los norcoreanos insistían en la repatriación de todos los prisioneros, incluso de los que no querían regresar. Los estadounidenses sostenían que solo estaban dispuestos a repatriar a los que quisieran volver. Mientras tanto, los campos de prisioneros de guerra del sur degeneraron en auténticos campos de batalla en sí mismos, donde los grupos comunistas se enfrentaban a los carceleros anticomunistas que habían designado los estadounidenses y los surcoreanos. En uno de ellos,

> A principios de 1952, el jefe de la brigada, Li Da'an, quiso tatuarle un eslogan anticomunista a todos los prisioneros del Módulo 72. [...] Ordenó a los guardias que apalearan a quienes se negaran a que les tatuaran. [...] Sin embargo, uno de los prisioneros, Lin Xuepu, seguía negándose. [...] Finalmente Li Da'an llevó a rastras a Lin hasta el escenario. [...] «¿Quieres o no?» Lin, un estudiante de primer curso en la universidad, sangrando y casi incapaz de mantenerse de pie, contestó con un sonoro «¡No!». Li Da'an respondió cortándole un brazo a Lin con su gran puñal. Lin gritaba, pero volvió a negar con la cabeza cuando Li le repitió la pregunta. A continuación Li, humillado y furioso, le clavó el puñal a Lin. Cuando por fin Lin se desplomó, Li le abrió el pecho y le sacó el corazón. Sujetando el corazón, que sangraba pero seguía latiendo, Li le gritó a todos los prisioneros del campo: «¡Todo el que se atreva a rechazar el tatuaje acabará como él!».[17]

Ni Rhee ni Kim querían un armisticio. Seguían insistiendo en que había que «liberar» todo el país. Y lo más crucial era que Stalin no tenía el mínimo interés en que se acabara la guerra. Cuantos más estadounidenses estuvieran empantanados en Asia, mejor para sus posiciones en Europa.

Ya a partir de principios de 1951 la guerra empezaba a ser cada vez más impopular en Estados Unidos, pues el 75 % de los estadounidenses opinaba que su país debía retirarse totalmente de Corea.[18] Los medios informativos planteaban preguntas cada vez más espinosas sobre la finalidad de la guerra. En enero de 1953, un periodista, que calificaba a Corea de «triste país en el que morir», informaba a sus lectores de que donde él se encontraba «tres de nuestros soldados murieron anoche». Uno de ellos se había «licenciado en una pequeña universidad del sudoeste en agosto pasado. A Corea en octubre. Muerto en enero. [...] Habían caído cerca de un meandro del río Imjin, entre dos colinas que hemos bautizado "Chinito

Pelón" y "Chuleta de Cerdo"».[19] En menos de cuatro días de mediados de febrero de 1951, Estados Unidos sufrió más de 1.300 muertos en combate.

La situación de la guerra contribuyó a la decisión de Harry Truman de no volver a presentarse a las elecciones presidenciales de 1952. El general Dwight Eisenhower, que se presentaba por la candidatura republicana, prometía poner fin a la guerra muy pronto, con medidas muy duras si era necesario. Pero no tenía ninguna receta para llevarlo a cabo. Cuando ganó las elecciones, Eisenhower combinó las amenazas (incluida la posibilidad de considerar el uso de las armas atómicas) con los incentivos (presionando a los surcoreanos para que aceptaran un alto el fuego). Inmediatamente después de su investidura, Eisenhower accedió a un intercambio de prisioneros heridos sin ningún tipo de precondiciones. También mostró interés por una exhaustiva propuesta de India para un alto el fuego.

Entonces, el 5 de marzo, llegó la noticia que lo cambió todo. Stalin había fallecido. El 1 de marzo el dictador, como tenía por costumbre, había estado cenando hasta altas horas con sus amigos en una de sus dachas a las afueras de Moscú. Al día siguiente no se oía ningún ruido en su apartamento. Su escolta, que tenía órdenes estrictas de no entrar sin permiso, no se atrevió a abrir la puerta hasta eso de las diez de la noche. Encontraron a Stalin tirado en el suelo. Había sufrido un derrame cerebral masivo, que le incapacitó de inmediato. Sus sucesores, al tiempo que intentaban recomponer la situación y se vigilaban mutuamente con recelo, estaban de acuerdo en una cosa: poner fin a la guerra de Corea. Consideraban que prolongarla resultaba peligroso e innecesario, y esperaban que su fin indicara a Estados Unidos la intención de atenuar las tensiones.

Los dirigentes comunistas que heredaron la Unión Soviética de Stalin tenían razón al afirmar que la guerra de Corea se había vuelto cada vez más peligrosa, incluso después de que se estabilizara la línea del frente. Uno de los efectos más sustanciales que tuvo en la Guerra Fría fue militarizar el conflicto a escala mundial. El presupuesto de Estados Unidos para Defensa aumentó a más del doble, pero tan solo una parte de ese aumento se destinó a la guerra en Corea. La OTAN, que hasta el verano de 1950 había sido sobre

todo una organización política, empezó a convertirse en una fuerza militar integrada. Se intensificó la ayuda militar estadounidense a Gran Bretaña y Francia, igual que lo hizo la determinación de Estados Unidos de rearmar a la República Federal de Alemania. Se aceleraron los programas de armamento nuclear. Y tal vez lo más importante era la percepción, promovida por la administración de Eisenhower, de que el compromiso de Estados Unidos con la defensa de sus aliados en el extranjero debía ser total. La Guerra Fría era un juego de suma cero. Cualquier ulterior razonamiento era una invitación al ataque enemigo.

El armisticio de Corea se firmó casi exactamente tres años después del estallido de la guerra. Las potencias comunistas aceptaron la mayor parte de las propuestas que habían entorpecido las negociaciones hasta entonces. Había sido una guerra inútil y terrible para todos los implicados. Y lo peor, sin embargo, eran las consecuencias para la propia Corea. El país estaba devastado. En la guerra habían muerto o sufrido graves heridas tres millones y medio de coreanos. Diez millones dependían de la ayuda alimentaria. Tan solo en el sur había por lo menos 100.000 huérfanos sin ningún familiar conocido vivo.[20] Los coreanos que pudieron regresar a sus ciudades y pueblos veían muerte y desesperación por doquier. Sus aliados extranjeros intentaban paliar la situación, a cambio de integrar «su» Corea en sus respectivos sistemas de alianzas. Pero para los coreanos, la guerra fue una catástrofe nacional, que dejó unas cicatrices que todavía no se han curado y unas desgracias que aún no han desaparecido.

7

Esferas orientales

Entre los años cuarenta y los años sesenta un mundo alternativo cubría el planeta desde el Ártico, a través del centro de Europa hasta el Adriático, y desde ahí, a través del Cáucaso y Asia central, hasta Corea y la ciudad de Vladivostok, a orillas del océano Pacífico. El nombre de esa ciudad, que significa «el conquistador del este» ahora simbolizaba la victoria de los comunistas en gran parte de Eurasia. Pero el mundo comunista no se acababa ahí. Desde Vladivostok se extendía hacia el sur, a través de China, el país más poblado del mundo, para acabar frente a las costas de Vietnam, en el mar de China meridional. Lo extraordinario de aquel mundo era la forma en que estaba conectado. No se trataba simplemente de una alianza de seguridad, como lo era la OTAN para los estados del Atlántico norte. Se trataba de un proyecto político y económico integrador, basado en un concepto común de cómo funcionaba el mundo y de cómo había que transformarlo. Se basaba en las enseñanzas de Marx y Lenin, y en las prácticas que se habían desarrollado en la Unión Soviética en tiempos de Stalin. Defendía tenazmente su unidad y estaba comprometido con el apoyo a la Unión Soviética en la Guerra Fría. Se trataba, o eso parecía, de una alternativa con todas las de la ley al capitalismo, y de un reproche a quienes creían que Estados Unidos era el gran triunfador de la Segunda Guerra Mundial.

En todas partes, la imposición del dominio soviético se basaba en el poderío militar. En Europa oriental y en Corea del Norte, el Ejército Rojo soviético contribuyó a instaurar los regímenes comunistas. En China, Yugoslavia y Albania, los ejércitos comunistas locales tomaron el poder por

sí solos.[1] Pero en todos los casos, sus dirigentes identificaban la toma del poder de los comunistas por medio del Ejército con una revolución socialista. Dejaban atrás el concepto marxista del capitalismo bajo el dominio burgués por el que debían ir desarrollándose poco a poco los cimientos del socialismo. Al igual que Stalin, los dirigentes pensaban que los regímenes comunistas iban a crear el socialismo en sus respectivos países, sobre todo teniendo en cuenta que la Unión Soviética ya había abierto una senda para dicho desarrollo. Pero la materialización del socialismo bajo el dominio comunista debía tener lugar por etapas, para ajustarse a los elementos marxistas del estalinismo. Por consiguiente, los regímenes se veían obligados a afirmar que en un principio representaban una revolución «nacional», que más adelante debía desarrollar el socialismo, porque eso era lo mejor para el país. Con una deshonestidad asombrosamente parecida a la de las empresas privadas que dicen actuar por el bien común, los comunistas afirmaban que actuaban en favor de toda la nación, aunque sus programas tenían la flagrante intención de dar el poder a algunas clases sociales y de marginar a otras.

En todos los países donde los comunistas ejercían el poder, una de sus mayores dificultades era su afirmación de que representaban a la Internacional. Afirmaban que el futuro pertenecía a los proletarios y a los campesinos –a las clases, no a los estados-nación. El problema era que, en los años cuarenta y cincuenta, lo que más deseaban muchos ciudadanos corrientes era un Estado-nación fuerte. La guerra había venido a demostrar lo que le podía ocurrir a los colectivos que no contaran con la protección de su propio Estado. El masivo derramamiento de sangre en Europa oriental, los asesinatos masivos de judíos y romaníes, y el desplazamiento de las fronteras habían hecho posible que los polacos, los húngaros o los rumanos afirmaran que sus respectivos países eran estados-nación. Al tiempo que afirmaban que estaban llevando a cabo una revolución «nacional», los comunistas también debían defender el internacionalismo, sobre todo teniendo en cuenta que para Moscú esa era la prueba de la lealtad de todo régimen comunista. Por consiguiente, desde el primer momento, los

comunistas tuvieron una relación problemática con los conceptos de nación y de autodeterminación nacional, e incluso de independencia estatal.

En todos los países, los militantes de los partidos comunistas eran una minoría. Por ejemplo, el Partido Comunista húngaro, tan solo contaba con aproximadamente 3.000 miembros cuando acabó la guerra.[2] Por consiguiente, dependían de la vigilancia y del uso de la fuerza para mantenerse en el poder. Las técnicas que utilizaban eran un calco de las que desarrollaron los bolcheviques tras la Revolución rusa, o, en algunos casos, de las de los nazis o de los regímenes autoritarios de los años de entreguerras. Aunque los despidos, las expropiaciones, las detenciones secretas, los campos de trabajo y el terror contra los adversarios reales o imaginarios se utilizaban por doquier, había grandes diferencias en el número de víctimas mortales. En China, como hemos visto, fueron ejecutadas más de dos millones de personas durante los dos primeros años de Gobierno comunista. En Hungría la cifra fue de aproximadamente quinientos, y en Checoslovaquia menos de doscientos. Probablemente, la diferencia se explica tanto por el carácter del régimen como por la situación en que se encontraban los dirigentes. En China había habido una larga guerra civil, que degeneró en una guerra internacional en Corea, mientras que en Checoslovaquia la violencia durante la toma del poder había sido relativamente escasa. Pero además los comunistas chinos creían en una rápida transformación de su país, y gustaban de utilizar el dicho de que no se puede hacer una tortilla sin romper huevos.[3] En cambio, vista desde Praga, la materialización del comunismo era un guiso más lento.

Por supuesto, en todos los estados comunistas se produjeron grandes cambios con el paso del tiempo. Aunque los partidos comunistas ejercían el poder, aún les quedaba la tarea de construir un Estado y conseguir cierto grado de colaboración de la población. En vida de Stalin, resultaba difícil llevar adelante esas tareas esenciales, porque el anciano dictador las sometía a una serie de campañas, de purgas, y de cambios de política cada vez más caprichosos. Tras la muerte de Stalin en 1953, los regímenes de Europa oriental se centraron en la estabilidad y el crecimiento económico. Esa reducción deliberada de la tensión por parte de los comunistas facilitó las

protestas, como en Alemania Oriental en 1953 o en Polonia y Hungría en 1956. Pero también facilitó que la población colaborara con sus respectivos regímenes. Al fin y al cabo, para la mayoría de la gente, los regímenes comunistas eran simplemente la nueva autoridad, y el socialismo era cada vez más la nueva normalidad. Con el tiempo, se fue desarrollando cierto grado de reciprocidad entre gobernantes y gobernados. Los que ostentaban el poder en los niveles inferiores podían conformar la política oficial a su conveniencia. Los obreros utilizaban la solidaridad con sus compañeros de trabajo para abrirse un hueco libre de la interferencia directa de los comunistas. Pero cada vez más gente también participaba en las organizaciones, los eventos o los festivales del régimen. A principios de los años sesenta los gobernantes y los gobernados habían llegado a alguna forma de tregua precaria, tanto en la propia Unión Soviética como en Europa oriental (aunque no en China, donde las campañas al estilo estalinista se intensificaron, en vez de amainar).

A pesar de todas las diferencias geográficas y económicas entre los nuevos estados comunistas, los comunistas tomaron una dirección parecida en todos ellos. Al principio muchas cosas podían basarse en modelos comunes, a menudo tomados directamente de las prácticas soviéticas. La mayoría de los países comunistas eran predominantemente agrarios, de modo que sus dirigentes querían maximizar los ingresos del Estado a partir de la tierra. Por consiguiente decretaron la colectivización, para que el Estado pudiera quedarse con los beneficios de la producción agrícola y controlar políticamente a los agricultores. Además, estaban convencidos de que el modelo soviético había demostrado que la agricultura colectiva era más eficaz, más industrial, y por consiguiente más moderna que las explotaciones individuales. Pero a menudo los agricultores veían con malos ojos la colectivización, porque creían que les iría mejor cultivando ellos mismos sus propias tierras. De una forma muy parecida a su relación con la nación, con respecto a la agricultura los comunistas se enfrentaban a un dilema en materia de desarrollo. Argumentaban que la agricultura colectiva

era el futuro, justo en el momento en que, desde Europa oriental hasta China, muchos agricultores empezaban a vender sus productos por dinero en efectivo, y por consiguiente veían oportunidades en relacionarse con el mercado capitalista.

Los métodos con los que Stalin y sus secuaces habían forzado la colectivización soviética en la década de 1930 habían sido uno de los peores crímenes de su régimen. Ningún otro Estado comunista actuó con ese grado de implacabilidad, probablemente porque incluso los soviéticos llegaron a ser conscientes de los costes. Por toda Europa oriental la colectivización avanzaba lentamente, y en Polonia el proceso fue un fracaso total; el Gobierno comunista simplemente se rindió debido a la enorme resistencia de los agricultores –las explotaciones colectivas polacas nunca abarcaron más del 10 % de las tierras cultivables del país. En otros países la colectivización avanzaba a buen ritmo, con una mezcla de incentivos y de presión. Para algunos agricultores, sobre todo en los países menos desarrollados, los incentivos, como por ejemplo el acceso a la tecnología, eran importantes. Las nuevas políticas también apelaban a algunos de los valores colectivos de la sociedad rural. Pero en ningún país los agricultores renunciaron a su derecho a poseer sus propias tierras sin oponer algún tipo de resistencia. Incluso en China, donde la fase principal de la colectivización se concluyó en un tiempo récord, en 1955, y vino precedida de una gigantesca campaña de terror contra los mayores terratenientes, muchos campesinos ponían reparos. Si les hubieran dado a elegir, ellos habrían preferido ser propietarios de las tierras que cultivaban.

El postulado central de la transformación económica comunista fue la industrialización. Una vez más, la pauta surgió de la Unión Soviética. Un país podía llegar a ser socialista y moderno únicamente por el procedimiento de industrializarse deprisa. La política tenía un atractivo evidente: en los países de la periferia europea, donde existía una profunda sensación de que la nación se había quedado rezagada, y en los países de fuera de Europa, como China, Corea y Vietnam, efectivamente una rápida industrialización parecía ser el camino a seguir. A todo el mundo le fascinaba el extraordinario papel que desempeñó la producción industrial

soviética para destruir la Alemania nazi. Siempre se hacía hincapié en la industria pesada: el acero, la maquinaria, los astilleros, y en la minería y la explotación de yacimientos petrolíferos que prestaban servicio a ese tipo de industrias. Las grandes empresas tenían prioridad, y casi todas las inversiones se destinaban a los proyectos de capital. Faltaban bienes de consumo, y para adquirir la oferta existente, la escasez y las colas fueron la norma desde los mismos comienzos de los gobiernos comunistas.

El ideal era que toda la actividad económica fuera gestionada por el Estado, y que la medida de la economía era el volumen de producción, y no la competencia o el intercambio. Por consiguiente, la planificación y la centralización desempeñaban un gran papel en todas las economías comunistas. Como hemos visto, algunos elementos de planificación no eran infrecuentes en la era de la posguerra, incluso entre los países no comunistas. Pero la diferencia era el carácter total del plan: en el mundo comunista lo abarcaba todo, desde el consumo de los hogares hasta la producción de acero. A partir de principios de los años sesenta, el 100 % de la renta nacional de la URSS y de Bulgaria era producido por empresas estatales y colectivas, y la mayoría de los restantes países comunistas presentaban cifras similares.[4] Las expropiaciones habían abolido la propiedad privada.

Una economía totalmente planificada se basaba en que el Estado decidía las prioridades para la producción. A continuación los ministerios del Gobierno decretaban unos cupos de producción, que las fábricas se esforzaban por cumplir. La asignación de materias primas, energía y mano de obra se decidía centralmente, en función de los cálculos sobre cuánto se necesitaba para alcanzar los cupos en la fecha prevista. Cada fábrica en concreto solicitaba el transporte, las reparaciones o maquinaria nueva, y las instituciones del Estado a las que estaban encomendadas esas tareas tomaban una decisión conforme a las prioridades políticas. Se presuponía que la inversión y la producción estaban en un equilibrio perfecto, y que por consiguiente los recursos se aprovechaban al máximo. La distribución sustituía al mercado como mecanismo de reparto de la producción. Ninguna fábrica cerraba nunca, ni se despedía a ningún trabajador. Por consiguiente

siempre había pleno empleo. El país era una máquina económica socialista, cuyo objetivo era maximizar la producción.

Por supuesto, la realidad divergía de forma bastante sustancial de ese ideal económico, igual que lo hacían las prácticas capitalistas del pensamiento de libre mercado en los países no socialistas. Aunque se avanzó mucho en términos de aumento de la producción durante las primeras décadas de la plena planificación económica, sobre todo en la industria (la agricultura socialista siempre estuvo rezagada), más tarde el crecimiento se ralentizó. Una parte de ello indudablemente obedece a que la primera fase del crecimiento se impulsó simplemente a partir del potencial no realizado de las décadas anteriores. Las ventajas de la centralización en materia de recursos en una economía subdesarrollada desempeñaron un papel en los éxitos iniciales, igual que el entusiasmo de los trabajadores por reconstruir y asistir al éxito de sus fábricas y de su país. Pero la economía planificada también tenía ineficacias intrínsecas, que se fueron haciendo cada vez más flagrantes a medida que maduraban las economías. No había una asignación eficiente, faltaba innovación y diferenciación de los productos. También había falta de incentivos para los trabajadores, y de ahorro o de conservación de los recursos, naturales o industriales.

Con la industrialización llegó la urbanización, y la transformación de los campesinos en obreros a una escala sin precedentes. Bulgaria, por ejemplo, era predominantemente rural en 1945. Menos de la cuarta parte de la población vivía en las ciudades. En 1965 esa cifra se había duplicado, y más de la mitad de la población trabajaba en la industria. Ese proceso se replicó –aunque habitualmente a un ritmo más lento– en todos los estados comunistas. Como ocurre con todos los procesos de rápido cambio social, aquello tenía sus factores de rechazo y atracción. A muchos les parecía atractiva la posibilidad de vivir en una ciudad y de adquirir nuevas cualificaciones. Pero algunos fueron expulsados de sus pueblos por los efectos de la colectivización o por la presión del Partido Comunista para que se incorporaran a las filas de los obreros industriales. Aspirar a ser obrero era una insignia al valor en todos los estados con gobiernos comunistas.

Los regímenes comunistas construyeron nuevos centros de producción, que supuestamente eran el lugar ideal para las fábricas y los obreros. En esas nuevas ciudades –Nowa Huta, en Polonia, Dimitrovgrad, en Bulgaria, o Sztálinvarós (Ciudad de Stalin), en Hungría– los esfuerzos de planificación socialista se llevaron al extremo. Se construían grandes plantas en las ciudades, con apartamentos modernos para los obreros en los rascacielos cercanos. Los colegios y las guarderías se gestionaban en colaboración entre las autoridades municipales y las fábricas donde trabajaba la gente, igual que ocurría con las clínicas, las instalaciones deportivas y las salas de conciertos; se ofrecían clases por la tarde a los obreros que querían mejorar su formación. Todo era gratis, o a cambio de una tasa simbólica. No es de extrañar que personas como Mateusz Birkut, el empobrecido protagonista de *El hombre de mármol*, la magnífica película del director polaco Andrzej Wajda, acudieran en masa a las nuevas ciudades socialistas. Aunque muchas de sus esperanzas estaban abocadas al fracaso, para la emergente clase trabajadora de Europa oriental o de China, ese tipo de iniciativas simbolizaban un futuro que les resultaba atractivo.

Para la mayoría de los trabajadores, la transición al socialismo ofrecía una recompensa considerablemente menor. Aunque todo el mundo apreciaba la seguridad en el trabajo y unos ingresos constantes –sobre todo los que habían vivido los años treinta– las condiciones de vida seguían siendo deficientes, y la escasez de bienes de consumo, y a veces incluso de alimentos, chocaba con los ideales socialistas de abundancia. Aún peor era la falta de autonomía de la clase trabajadora. A lo largo y ancho de Europa oriental, los obreros habían experimentado lo que era tener una influencia y un poder propios durante los años inmediatamente posteriores a la guerra. En algunas zonas, los consejos de fábrica se habían hecho cargo de la gestión de las plantas o habían negociado acuerdos con los propietarios. A finales de los cuarenta llegaron los sindicatos comunistas, se pusieron al mando de las organizaciones obreras, y los nuevos jefes pasaron a ser unos funcionarios designados por las autoridades. Establecían los cupos de producción conforme a las instrucciones que recibían desde arriba, y los obreros tenían muy poca influencia sobre su existencia cotidiana.

Protestaban por doquier, y algunos llegaron a condenar a los comunistas y a acusarles de ser nazis disfrazados. Poco a poco, en la era postestalinista, las autoridades intentaron aplacar las protestas de los obreros por el procedimiento de aceptar unos niveles de productividad más bajos y de aumentar los subsidios para la compra de alimentos y el alquiler.

Uno de los mayores cambios que se produjo en todo el mundo comunista fue el relativo a la situación de las mujeres. Por toda Europa oriental y Asia oriental, la situación de las mujeres se había regido por unas tradiciones patriarcales que les daban muy poca voz sobre los recursos, el trabajo o los asuntos familiares. En las áreas que habían tenido alguna experiencia con el capitalismo, las nuevas oportunidades para las mujeres vinieron acompañadas de un aumento de la explotación social y económica. Los partidos comunistas se propusieron modificar esa triste situación, y al principio muchas mujeres pudieron beneficiarse de las nuevas políticas. El acceso a la educación, al trabajo y a las guarderías mejoró drásticamente en muchos lugares. Igual que lo hizo el control que tenían las mujeres sobre sus propias vidas. El derecho al divorcio y la disponibilidad de anticonceptivos provocaron grandes cambios en la relación entre sexos. Pero las mujeres seguían marginadas de los cargos de liderazgo político, y dado que los regímenes querían incrementar su población, cada vez más mujeres se veían atrapadas entre el trabajo y las obligaciones para con sus familias. La doble carga de trabajo de las mujeres resultó ser igual de problemática en las sociedades que se autodenominaban socialistas que en los países capitalistas, y el conflicto en curso entre las ideas progresistas y las normas tradicionales siguió siendo por lo menos igual de intenso.

Una parte del motivo de que los regímenes comunistas vieran con buenos ojos el regreso de las mujeres a la esfera doméstica, después de que en un principio se les permitiera elegir otras opciones, era la gradual militarización de la sociedad. Ahí la Guerra Fría desempeñó un papel sustancial. Igual que ocurría en los países capitalistas, los comunistas necesitaban nuevos soldados para sus ejércitos, y la disminución de la tasa de natalidad iba en contra de ese objetivo. Pero la afición de los comunistas por las Fuerzas Armadas no solo tenía que ver con la defensa. Muchos

comunistas admiraban la organización militar como una forma suprema de la modernidad. Para ellos, o por lo menos para quienes nunca habían prestado servicio en las Fuerzas Armadas, la organización militar era sinónimo de eficacia y de máximo aprovechamiento de los recursos. Eran los principios de la cadena de montaje y de la planificación aplicados a gran escala. Las nuevas y gigantescas plazas de armas para desfiles militares acabaron definiendo a los estados comunistas. Para muchos comunistas, sobre todo en la Rusia de Stalin y en la China de Mao, la sociedad debía organizarse como una máquina que funcionara de forma militar, donde se ejecutaran las órdenes, se conquistaran las posiciones y se destruyera a los enemigos. Este tipo de sociedad carecía de sentido tanto para quienes tenían su propia agenda como para los escépticos y los disidentes.

La idea de una estricta organización de la sociedad y el Estado a menudo daba lugar a una idolatría por el líder supremo, el símbolo de los esfuerzos colectivos. Esa adoración estaba profundamente integrada en el sistema comunista, aunque asumía formas diferentes en las distintas circunstancias. En los casos peores, los líderes la utilizaban para consolidar una dictadura personal, como fue el caso de Stalin o de Mao Zedong, o de los «pequeños Stalin» que surgieron por toda Europa oriental durante el Gobierno del *Vozhd*. Corea del Norte, bajo el dominio de Kim Il-sung, fue otro burdo ejemplo. El himno nacional soviético decía: «¡Stalin nos crió para ser fieles al pueblo, al trabajo y a las históricas hazañas que nos inspiró!». Pero incluso cuando el culto al líder era menos intenso, subsistía el elemento jerárquico y autoritario. Se dedicaban rituales y festivales, e incluso santuarios, a la figura del líder. Aunque en principio los comunistas eran ateos, no es difícil atisbar cierto anhelo de lo sagrado en su apego a sus sumos sacerdotes y a la teoría política que representaban.

Para quienes no eran capaces de creer, o para los que habían sido excluidos del rebaño, el comunismo era desolador y represivo. La vigilancia estaba a la orden del día. Los regímenes tenían espías que les ayudaban a controlar a la población. Para empezar, por lo menos, una palabra de más podía meterle a uno en un buen lío. Como ocurre a menudo, por ejemplo en Estados Unidos durante la era McCarthy, algunos utilizaban la delación

para ajustar viejas cuentas personales. Pero los partidos comunistas iban más allá del puro control. Grupos sociales o étnicos enteros eran sospechosos de realizar actividades enemigas y se les excluía de la sociedad. Entre los enemigos de clase, por supuesto, figuraban la antigua aristocracia o los propietarios de bienes, tiendas o fábricas, pero también los maestros, los escritores o las personas de ascendencia extranjera o minoritaria. Durante los últimos años de Stalin, se señaló a los judíos como objeto de persecución. Lo que se pretendía era obligar a todo el mundo a ceñirse a los ideales comunistas, aunque, con el paso del tiempo, poco a poco acabó bastando con la mera conformidad pasiva. En la Unión Soviética, las campañas contra los enemigos llegaron a su apogeo cuando se endureció la Guerra Fría, a finales de los años cuarenta, aunque cesaron las ejecuciones en masa. La población de los campos de trabajos forzados, bajo el sistema del Gulag, alcanzó su cifra más alta, aproximadamente dos millones y medio de personas, a principios de los años cincuenta.

Aunque la resistencia era difícil, evidentemente la gente resistía. Bajo el dominio de los grandes dictadores como Stalin o Mao, o incluso Kim Il-sung, en el fuero interno de la mayoría de las personas el conformismo prevalecía una y otra vez sobre la resistencia, porque el precio que se pagaba por la oposición era muy alto. Pero tras la muerte de Stalin en 1953, cada vez más gente empezó a oponerse a las autoridades, sobre todo en el recién conquistado imperio de los soviéticos en Europa oriental. La mayoría de las veces se trataba de la resistencia cotidiana de los trabajadores: escaquearse del trabajo, hurtar material de las fábricas, boicotear las manifestaciones o los festivales comunistas, leer libros prohibidos, o maldecir al Gobierno en casa cuando la familia se sentaba a la mesa de la cocina. Algunos iban más allá y organizaban reuniones clandestinas o repartían panfletos. Y lo más preocupante para las autoridades era que casi siempre quien cometía ese tipo de transgresiones no era la odiada burguesía. Eran los hijos e hijas de la clase obrera, justamente el grupo al que simulaban representar los comunistas. A veces el Gobierno tomaba medidas, y los perpetradores de aquellas pequeñas libertades acababan en la cárcel o en los campos de trabajo. Sin embargo, en conjunto, los gobiernos

de Europa oriental lograron defender el fortín a base de disuadir a la gente con amenazas, o de exagerar el temor a una intervención soviética o al revanchismo alemán.

Sin embargo, en 1953, en la República Democrática Alemana (RDA), la resistencia degeneró en una sublevación abierta. Comenzó en junio, cuando los obreros de Berlín exigieron mejores condiciones de trabajo y aumentos de sueldo. Al ver que el Gobierno comunista daba largas al asunto, 40.000 manifestantes se congregaron en Berlín Oriental y se dirigieron a la sede del Partido Comunista. Se convocó una huelga general. El 17 de junio los comunistas entraron en pánico y ordenaron la intervención de la policía armada, apoyada por tropas soviéticas. En los combates murieron por lo menos cien personas y varios miles fueron detenidas. La cifra de trabajadores cualificados que se marchaban a Berlín Occidental, que ya era muy alta, aumentó drásticamente. En Moscú, los nuevos dirigentes postestalinistas eran conscientes de que el problema alemán no había acabado ahí.

Detrás de la protesta en la RDA había muchos años de descontento con el Gobierno comunista. Primero sufrieron el terror del Ejército Rojo en 1945-1946, y el traslado a la Unión Soviética de maquinaria industrial en concepto de reparaciones de guerra. Después, el bloqueo de Berlín de 1948 incrementó la sensación de aislamiento en la zona de ocupación soviética. En 1949, cuando los soviéticos y los comunistas alemanes acordaron crear un nuevo Estado alemán dentro de la zona de ocupación del Ejército Rojo, lo hicieron basándose en la división de facto del país que habían creado las reformas monetarias. Aunque la mayoría de los alemanes del este anhelaban una Alemania unida, libre de la ocupación extranjera, los desastres que habían sufrido también les llevaban a ser realistas. Querían aprovechar al máximo la situación en la nueva República Democrática Alemana comunista, que supuestamente era un Estado socialista de los trabajadores. Entre algunos obreros había esperanzas de una mayor autonomía y un aumento del nivel de vida. Algunos escritores alemanes de renombre, como Bertolt Brecht y Stefan Heym, regresaron para instalarse en la RDA. Heym, que había combatido en el Ejército de Estados Unidos durante la guerra, le

escribió una carta al presidente Eisenhower en la que renunciaba a la nacionalidad estadounidense, condenaba la guerra de Corea y devolvía la Estrella de Bronce que le habían concedido por su valentía. Para Brecht y Heym, la RDA era la Alemania buena.

Sin embargo, los comunistas de la RDA, al igual que los comunistas de los gobiernos del resto del mundo, querían dar prioridad a la producción frente a la participación de los obreros. No les entusiasmaba la implicación de los intelectuales, salvo como altavoz del régimen. Otto Grotewohl, el líder de Alemania Oriental, le dijo a los asistentes a su discurso con motivo de la fundación de la RDA que para el nuevo régimen la reconstrucción era lo principal: «Las ciudades y los pueblos de Alemania que han sido destruidos, las casas y las fábricas en ruinas, no volverán a levantarse si el pueblo alemán se queda de brazos cruzados. Por consiguiente, todos los alemanes honrados deben colaborar para superar las consecuencias de la guerra lo más rápidamente posible, y para hacer posible el resurgir de una Alemania libre, próspera, democrática, y amante de la paz».[5]

El descontento en Berlín y otras ciudades de la RDA en 1953 era una consecuencia de la impaciencia del régimen. Al volver a incrementar los cupos de producción para la industria, los comunistas venían a recordarle a los obreros que el partido iba a construir el socialismo con sus duros esfuerzos. Por consiguiente, durante la primera parte de las manifestaciones, las reivindicaciones de los trabajadores eran sobre todo económicas: «¡Basta ya de inflar las normas!», «¡Subida de salarios ya!», «¡Reducción de los precios de los alimentos!». Pero muy pronto los eslóganes pasaron a ser políticos: «¡Por unas elecciones libres!», «¡Libertad para todos los presos políticos!», «¡Libertad de expresión!». Una vez aplastada la rebelión, los comunistas de la RDA le echaron la culpa de las protestas a los agitadores extranjeros, y afirmaron que la sublevación había sido un «intento de golpe de Estado fascista»: «A través de sus agentes y de otras personas a sueldo [...], las agresivas fuerzas del capital monopolista alemán y estadounidense lograron influenciar a un sector de la población de la capital, Berlín, y de otras zonas de la república para que hicieran huelga y se manifestaran», decía el Comité Central comunista.[6] El Gobierno quería

que la población volviera a dedicarse a trabajar duramente. Bertolt Brecht escribía un mordaz poema, que no se atrevió a publicar en aquel momento, donde contaba que los dirigentes comunistas afirmaban que el pueblo había perdido la confianza del Gobierno, y que debía redoblar sus esfuerzos para recuperarla. ¿No sería más sencillo que el Gobierno –decía el viejo escritor satírico sobre su propio régimen– «disolviera el pueblo y eligiera otro?».[7]

El dilema entre satisfacer las reivindicaciones acumuladas de los trabajadores y defender el Estado socialista era justamente el reto que tenían que afrontar los nuevos dirigentes soviéticos después de Stalin. El grupo que había llegado al poder –con Gueorgui Malenkov como primer ministro, Lavrenti Beria como jefe de la policía secreta, Nikita Jruschov como secretario general del partido, Viacheslav Mólotov como ministro de Asuntos Exteriores, Nikolái Bulganin como ministro de Defensa– temía el hundimiento del dominio comunista en la misma medida que se temían unos a otros y desconfiaban entre sí. Con su brutalidad y el respeto que inspiraba, Stalin había sido el garante del dominio comunista y el árbitro en última instancia en todos los asuntos políticos. Tras su desaparición, en el Kremlin todos sus sucesores estaban de acuerdo en que había que reducir la tensión y llegar a un compromiso si lo que se pretendía era evitar las amenazas más graves para el Estado soviético y sus alianzas. El primer indicio de las nuevas políticas fue la repentina puesta en libertad de los médicos judíos encarcelados por Stalin, que habían sido acusados de intentar asesinarle a él y a otros dirigentes soviéticos. Es posible que Beria, en calidad de antiguo jefe de la policía secreta, intentara borrar sus propias huellas al anunciar que aquel caso y muchos otros eran una violación de la «legalidad socialista». Incomodados por la enérgica implicación de Beria en materia de políticas, los demás dirigentes conspiraron contra él, hasta que fue detenido en julio de 1953 y ejecutado a finales de año. Según varios testigos, el general Pável Batitski, comandante de la Región de Defensa Aérea de Moscú, le pegó un tiro a quemarropa en la cabeza al hombre más temido de Rusia cuando se negó a ir por voluntad propia al lugar previsto para su ejecución.[8]

La ejecución de Beria, que había sido el símbolo de la represión estalinista, no ayudó mucho al resto de dirigentes a la hora de encontrar nuevas políticas. Incluso la liberación de algunos presos de Stalin fue polémica. Al enterarse de la puesta en libertad de los médicos, una trabajadora del ferrocarril envió una carta de queja que rezumaba antisemitismo y lealtad al gran líder: «Hemos perdido a nuestro gran amigo y padre, a nuestro querido Iósif Vissariónovich [Stalin], y aún no se habían secado las lágrimas de nuestro rostro, ni se había calmado la inquietud de los corazones de la gente por nuestro futuro cuando cundió la desconcertante noticia, y el terrible pensamiento perforó el cerebro de la gente: los enemigos del pueblo están libres. Vuelven a tener derecho a cometer sus tenebrosos actos, a echar a perder el trabajo pacífico de la humanidad, y a recibir elogios y recompensas de sus jefes estadounidenses y británicos».[9]

Aun así, los nuevos dirigentes, entre los que poco a poco surgió como líder Nikita Jruschov, siguieron adelante con su política gradual de poner en libertad a muchos de los presos del Gulag. Aunque los campos de trabajo siguieron existiendo hasta el final de la Unión Soviética, Jruschov se deshizo de ellos como parte crucial de la economía del país, que en tiempos de Stalin dependía completamente de la mano de obra reclusa. Cientos de miles de presos –disidentes políticos, ladrones de poca monta, soldados extranjeros, los miembros de nacionalidades «equivocadas», y otros muchos que no tenían ni idea de por qué les habían detenido– empezaron a salir de los campos, y se esforzaban por volver a su casa o por encontrar un nuevo lugar en la sociedad. Eran las personas que el escritor ruso Aleksandr Solzhenitsyn, galardonado con el premio Nobel, inmortalizó en su novela *Un día en la vida de Iván Denísovich* y en el proceso que Iliá Ehrenburg denominó «el deshielo». Pero posteriormente el propio Jruschov admitía que los nuevos dirigentes «estaban asustados –verdaderamente asustados. Teníamos miedo de que el deshielo desencadenara una inundación que no íbamos a ser capaces de controlar y que nos iba a ahogar a todos».[10]

Nikita Jruschov nació cerca de la frontera rusoucraniana en 1894, y a los catorce años se trasladó de su pueblo a la ciudad industrial de Donetsk.

Con menos de cuatro años de escolarización oficial tuvo la suerte de conseguir un empleo como aprendiz de operario del metal. Se incorporó al soviet local cuando se creó, en 1917, y combatió con el Ejército Rojo durante la Guerra Civil, en la que falleció su primera esposa. Tras la contienda, Jruschov alternó los cargos políticos en Ucrania con sus clases vespertinas de materias técnicas. Participó activamente en la ejecución de las purgas de Stalin en los años treinta, durante la Segunda Guerra Mundial ocupó cargos políticos en el frente contra Alemania, y acabó siendo el líder del partido y primer ministro de Ucrania. Allí llevó a cabo la venganza comunista contra los que habían colaborado con los alemanes o habían luchado por la independencia. Durante los últimos años de Stalin, Jruschov era el jefe del partido en Moscú, y estaba cada vez más cerca del mismísimo dictador. Jruschov, subestimado y a veces ridiculizado por sus rivales en la carrera por el poder por su insuficiente escolarización y sus modales groseros, fue más hábil que todos ellos y se convirtió en el máximo dirigente –un cargo que había pasado a denominarse «primer secretario»– del Partido Comunista en 1953 y, cinco años más tarde, en presidente del Gobierno.

Durante sus primeros años en el poder, Jruschov tuvo que colaborar estrechamente con sus colegas a la hora de formular las políticas. Entre sus máximos retos figuraban Europa oriental y China. Jruschov estaba decidido a fortalecer la alianza con los chinos. A menudo le comentaba a sus asesores que Stalin había sido un insensato al no abrazar de inmediato la Revolución china. «Conviviremos con los chinos como hermanos», le gustaba decir, y su primer viaje importante al extranjero fue a Beijing, donde incrementó enormemente la ayuda económica soviética a China.[11] Europa oriental se antojaba más difícil. Los nuevos dirigentes soviéticos eran conscientes de que algunas políticas de Stalin habían generado la resistencia que había aflorado a la superficie después de su muerte, no solo en la RDA sino también en otros países. Pero además temían que la rebelión en Alemania Oriental pudiera repetirse en otras partes si no se andaban con cuidado. Por consiguiente, a finales de 1953 habían ideado lo que denominaban un

«nuevo rumbo», con la intención de aplicar reformas sin debilitar el monopolio del poder por los comunistas.

Los aspectos principales del programa de reformas consistían en reducir el número de personas encarceladas o excluidas de la sociedad por cualquier otro medio, amnistiar a la mayoría de los presos políticos, recortes en la producción de la industria pesada y de la industria de defensa, y mejoras en la producción de alimentos y bienes de consumo. No todas aquellas medidas fueron bien acogidas por los dirigentes de los partidos de Europa oriental, a los que Jruschov a menudo ridiculizaba calificándolos de «pequeños Stalin». Los soviéticos tan solo lograron pararle los pies de inmediato a uno de ellos: el viejo estalinista Mátyás Rákosi de Hungría. Ya durante el interregno de Beria, Rákosi se había visto obligado a compartir el poder con Imre Nagy, que anteriormente había sido criticado y calificado de «desviacionista nacionalista». E incluso en Hungría los cambios fueron temporales. En 1955 Rákosi había logrado maniobrar hasta volver a auparse al poder.[12] Sin embargo, Jruschov seguía presionando insistentemente a favor de los cambios políticos. Se reunió con los mandatarios de Europa oriental y les advirtió de que si no aplicaban reformas se enfrentaban a una catástrofe. Pero la mayoría de los comunistas de Europa oriental se resistían, pues les preocupaba que la población interpretara las reformas como mera debilidad. A menudo le explicaban, acertadamente, a un furibundo Jruschov que ellos se habían limitado a implementar las órdenes procedentes de Moscú en el pasado.

A pesar de aquella falta de apoyo entusiasta a su nuevo rumbo por parte de los dirigentes de Europa oriental, o puede que debido a ella, Jruschov y los demás líderes soviéticos decidieron ampliar los procesos de integración en el Bloque oriental. Los nuevos jefes del Kremlin habían estado observando atentamente el aumento de la integración de Europa occidental y la OTAN, y querían esas mismas ventajas para sus alianzas. El resultado fue la creación del Pacto de Varsovia en 1955 como contrapeso a la OTAN, y una intensificación de la coordinación económica a través del Consejo de Ayuda Económica Mutua. Inicialmente, muchos dirigentes de Europa oriental pensaron que todo aquello no era más que una nueva forma de

darles órdenes y de controlarles desde Moscú. Pero pronto se dieron cuenta de que Jruschov tenía en mente una integración mutua más genuina. Aunque insistía en el papel primordial de la Unión Soviética como Estado comunista más antiguo y más grande, el nuevo dirigente soviético era consciente de que una cooperación miliar y económica eficaz tendría que conllevar un poco de toma y daca.[13] A finales de los años cincuenta, las cumbres del Bloque oriental ya no consistían únicamente en que los soviéticos se dedicaban a dar órdenes a los demás. Empezaron a aparecer los debates de verdad, con una sensación de tener un objetivo común, y también con discrepancias.[14]

La mayor sorpresa de los primeros años de Jruschov en el poder fue su decisión de normalizar las relaciones con Yugoslavia en 1954. Durante los últimos años de Stalin, su objeto de odio favorito era Tito, el líder yugoslavo, al que la propaganda soviética calificaba de «apestoso jefe de una camarilla de fascistas» y de «prostituta del imperialismo angloamericano».[15] Todos los dirigentes de Europa oriental que habían sido objeto de las purgas de Stalin eran automáticamente calificados de «titistas», además de otros epítetos. El Jefe había considerado seriamente por lo menos en dos ocasiones la posibilidad de invadir Yugoslavia. Pero se habían interpuesto otras prioridades, y Tito había solicitado, aunque a regañadientes y por desesperación, la ayuda de Estados Unidos y Europa occidental, lo que había mantenido a flote a su régimen. Por consiguiente, el mandatario yugoslavo titubeó antes de responder al acercamiento de Moscú, hasta que el propio Jruschov se presentó en Belgrado en mayo de 1955 para pedir disculpas en persona por las acciones de los soviéticos. «Hemos estudiado detenidamente los materiales en que se basaban las graves acusaciones y ofensas dirigidas en aquellos tiempos contra los dirigentes de Yugoslavia –le dijo a Tito–. Los hechos demuestran que esos materiales fueron falsificados por los enemigos del pueblo[;] detestables agentes del imperialismo que, por métodos engañosos, se abrieron camino entre las filas de nuestro partido.»[16] Jruschov le echó la culpa a Beria. Tito agradeció la visita, pero no quiso saber nada. La culpa era del mismísimo Stalin, dijo.[17]

El propio Jruschov iba poco a poco aproximándose a esa misma posición, no solo con respecto a Yugoslavia. En febrero de 1955 ordenó la destitución como primer ministro de Malenkov, su rival más directo en la lucha por el poder en el partido. En julio, después de su visita a Belgrado, atacó a Mólotov por haber seguido demasiado estrictamente la línea de Stalin. «Diré sinceramente –declaraba Jruschov ante el Comité Central–, que creía en la palabra de Mólotov en todo, [y] que, como muchos de nosotros, pensaba que era un diplomático excelente y experimentado. A veces echabas un vistazo, y después razonabas y pensabas: ¡maldita sea, a lo mejor hay algo que yo no sé!».[18] Mólotov fue relevado como ministro de Asuntos Exteriores el año siguiente. Pero a pesar de todas estas luchas internas, ninguno de los líderes derrotados fue ejecutado, detenido, y ni siquiera expulsado del Comité Central. Jruschov tenía la vista puesta en algo más grande: una ruptura con el pasado estalinista y un reforzamiento del partido de Lenin, lo que acortaría el camino hacia el comunismo.

Su oportunidad le llegó en el XX Congreso del Partido Comunista, en febrero de 1956. Era el primer congreso de ese nivel desde la muerte de Stalin, y este nunca les había prestado demasiada atención –entre 1939 y 1952 no se celebró ningún Congreso. Jruschov había preparado un discurso que iba a dejar atónitos a los comunistas soviéticos y extranjeros que asistieron a la reunión. Lo pronunció al final del Congreso, en una sesión a puerta cerrada con los delegados y los miembros de máximo rango del Partido que habían sido excarcelados de las prisiones de Stalin. Por consiguiente, fue apodado «el discurso secreto», pero no cabía duda de que Jruschov esperaba que al final se hiciera público. Se levantó para hablar justo después de medianoche. Empezó diciendo: «Se han dicho muchas cosas acerca de los efectos perjudiciales del culto a la personalidad». [...] « Las características negativas de Stalin [...] lo llevaron, durante los últimos años de su vida a abusar del poder, lo que ha causado al partido un daño ilimitado. [...] Stalin actuaba no a través de explicaciones y de la cooperación paciente con la gente, sino imponiendo sus concepciones y exigiendo una sumisión absoluta a su opinión. El que osara oponerse [...]

estaba condenado a que se le relegara del grupo dirigente colectivo y que se le sometiera posteriormente a la aniquilación física y moral».

Mientras los asistentes sufrían dificultades para respirar debido al asombro y la inquietud, Jruschov proseguía con su alegato. Aunque Stalin había empezado sirviendo al partido, se había convertido, afirmaba el primer secretario, en un déspota que había utilizado «los más crueles métodos de represión, violando así todas las normas de la legalidad revolucionaria». Habló de la intolerancia de Stalin, de su brutalidad, y de su insensibilidad, y señaló que la mayoría de los delegados que asistieron al XVII Congreso del Partido Comunista de 1934 posteriormente fueron detenidos por contrarrevolucionarios. Jruschov enumeró a algunos de los que habían sido arrestados o ejecutados injustamente. Y todo había sido para nada, argumentaba Jruschov. Stalin había dejado al país lamentablemente mal preparado para la Segunda Guerra Mundial. La victoria de 1945 era del pueblo, del Partido y del Ejército Rojo, no de Stalin.

Sin embargo, la peor acusación de Jruschov estaba reservada para la conducta de Stalin después de la guerra. Entonces, el nuevo mandatario dijo: «Stalin se volvió más caprichoso aún, más irritable y brutal; aumentó considerablemente su desconfianza. Su manía de persecución alcanzó dimensiones increíbles. Muchos trabajadores se transformaban en enemigos suyos ante sus propios ojos. [...] Todo lo decidía él solo, sin ninguna consideración por nadie ni por nada». La ruptura con Yugoslavia fue culpa de Stalin, igual que las purgas de la posguerra. «Ustedes ven a qué extremos llegó Stalin debido a su manía de grandeza. Había perdido todo sentido de la realidad, de tal modo que demostraba su altivez y su suspicacia no solo en su trato con el pueblo de la URSS, sino también en su trato con partidos y con naciones.»[19]

Entre el público hubo algunos desmayos, aunque la mayoría de los asistentes aplaudió a rabiar. El líder del Partido Comunista polaco, Bolesław Bierut, sufrió un infarto y murió cuando leyó el texto. Los comunistas de todo el mundo se sintieron profundamente horrorizados cuando se enteraron del contenido del discurso. Toda su vida habían

defendido a Stalin y a la URSS contra lo que ellos consideraban calumnias. Ahora su principal líder les decía, a ellos y a todo el mundo, que los que acusaban a Stalin tenían razón. En Europa occidental, donde eran libres de hacerlo, algunos militantes abandonaron los partidos comunistas. Otros se alegraban de la supuesta vuelta al leninismo. Mao Zedong le dijo al embajador soviético que Stalin siempre se había dirigido a los chinos con «desconfianza y recelo». Stalin «había seguido creyendo más en el poder del Kuomintang que en el del Partido Comunista», dijo Mao, y añadió que a él mismo le habían tratado como a un «Tito chino».[20] Sin embargo, a pesar de su alivio inicial por las críticas a Stalin, para Mao y muchos otros comunistas era necesario plantear algunas preguntas espinosas. ¿Dónde estaban los demás dirigentes soviéticos, incluido el propio Jruschov, mientras Stalin «violaba todas las normas»? ¿Y no cabía la posibilidad de que las críticas a Stalin se llevaran demasiado lejos, hasta socavar los principios del dominio comunista –por no hablar de sus propios cargos?

Durante el verano de 1956 se vieron confirmados los peores temores de los dirigentes comunistas. Como tantas otras veces, todo empezó en Polonia. El 28 de junio aproximadamente 100.000 trabajadores se congregaron en el centro de la ciudad de Poznań para exigir la reducción de los cupos de trabajo, la bajada de los precios de los alimentos y libertad para organizarse independientemente del Partido Comunista. Se toparon con la fuerza bruta del Ejército polaco, comandado por el ministro de Defensa, Konstantin Rokossovski, que hasta 1949 había sido general en el Ejército Rojo soviético. Murieron hasta cien huelguistas, y hubo casi mil detenidos. Pero las medidas represivas no lograron evitar las protestas en otras zonas del país. Para Moscú lo más preocupante era que numerosos comunistas polacos se sumaron a los llamamientos a las reformas y a un relevo en la dirección del partido. La situación llegó a su punto crítico en una reunión del Comité Central celebrada el 8 de octubre, en la que el reformista comunista Władysław Gomułka, recientemente excarcelado, fue elegido jefe del Partido Comunista polaco. Ante la oleada de incidentes por todo el país, en los que la gente corriente exigía elecciones libres, libertad de culto y la retirada de las tropas soviéticas, Gomułka prometió el fin de la

represión y una sociedad más abierta, así como iniciar conversaciones con la Iglesia. También aspiraba a la salida de Polonia de los asesores soviéticos y a un aumento de los subsidios a la compra de alimentos para los obreros.

Jruschov se alarmó. El 19 de octubre encabezó una delegación de máximo nivel de la dirección del Partido Comunista soviético que viajó a Varsovia para debatir los asuntos cara a cara con Gomułka y los nuevos dirigentes polacos. Los soviéticos recriminaron a los polacos que hubieran autorizado la publicación de artículos periodísticos críticos con la Unión Soviética. Gomułka respondió que eso mismo estaba ocurriendo en la propia Unión Soviética después del XX Congreso. «¿De qué tienen miedo? –anotaba Gomułka en su propio resumen abreviado de la respuesta de Jruschov–. No son tanto los insultos como la amenaza de que [los comunistas polacos] perdamos el poder. El eslogan de los jóvenes, "fuera Rakossovski" [*sic*], es un duro golpe contra el Ejército. ¿Cómo podemos [los soviéticos] conciliar la amistad [soviético-polaca] con la exigencia de retirar a los oficiales, a los oficiales soviéticos? No pueden echarlos de repente. ¿Acaso los oficiales soviéticos ponen en peligro la soberanía [polaca]? Si ustedes [los polacos] consideran innecesario el Pacto de Varsovia, díganlo. La propaganda antisoviética no encuentra ningún tipo de resistencia.»[21] Pero Gomułka no estaba dispuesto a ceder, y las dos partes eran conscientes de que una ruptura declarada podía poner en peligro la posición de ambas. Ante una situación tan tensa, donde los jóvenes polacos coreaban eslóganes antisoviéticos por las calles y animaban a Gomułka a seguir adelante, las unidades del Ejército Rojo en Polonia pasaron al estado de plena preparación para el combate.

No obstante, a finales de octubre de 1956, a juicio de los dirigentes soviéticos los acontecimientos en Polonia se veían totalmente ensombrecidos por una situación mucho más grave en Hungría. Allí, el líder estalinista Mátyás Rákosi, que en 1953 había visto recortado su poder por orden de Beria, había derrotado a los reformistas y había recuperado su autoridad. Tras el discurso de Jruschov en febrero, la mayoría del Partido Comunista, apoyada por Moscú, derrocó a Rákosi y puso en su lugar a Ernő Gerő, un dirigente del partido igual de estalinista, pero más del agrado de

los soviéticos. Por todo el país habían surgido clubes de estudiantes independientes para debatir el futuro de Hungría. Pero las protestas callejeras no empezaron hasta que desde Polonia llegó la noticia de que Jruschov había llegado a un acuerdo con Gomułka por el que se ordenaba la retirada de los asesores soviéticos y se autorizaba un debate más abierto. El 23 de octubre, la Unión de Escritores Húngaros, a la que se sumaron algunos clubes de estudiantes, depositaron flores ante el monumento a un héroe revolucionario polaco-húngaro de 1848. Recitaron un poema patriótico:

> ¡En pie magiar, la patria llama!
> ¡Ha llegado el momento, ahora o nunca!
> ¿Seremos esclavos, o libres?
> ¡Esta es la pregunta, elige tu respuesta! –
> Al Dios de los húngaros
> Le juramos,
> ¡Le juramos que esclavos
> Nunca más seremos![22]

A medida que crecía la multitud, alguien recortó los símbolos comunistas de una bandera de Hungría, y una muchedumbre de aproximadamente 20.000 personas se manifestó detrás de la nueva bandera hacia el edificio del Parlamento. Al anochecer los manifestantes eran diez veces más, y coreaban eslóganes contra la ocupación soviética y a favor de las libertades políticas. Cuando Gerő habló por la radio para condenar la concentración, los manifestantes respondieron echando abajo una estatua de Stalin en el centro de Budapest. Otro grupo de manifestantes atacó la sede central de la radio. Los agentes de la seguridad del Estado abrieron fuego contra la multitud. Había empezado la revolución húngara.

Al ver que la situación estaba fuera de control en Budapest y en muchas otras ciudades húngaras, los dirigentes soviéticos se reunieron con los líderes comunistas de Europa oriental en el Kremlin. Tras el llamamiento de Gerő a una intervención del Ejército Rojo, las tropas soviéticas empezaron a cruzar la frontera la madrugada del 24 de octubre. En Moscú los

dirigentes debatían la situación, intentando encontrar la forma de evitar un conflicto armado. «En el caso de Polonia –dijo Jruschov–, es preciso evitar el nerviosismo y la precipitación. Es necesario ayudar a nuestros camaradas polacos a enderezar la línea del partido, y hacer todo lo posible para reforzar la unión entre Polonia, la URSS y las demás democracias populares.» Pero en el caso de Hungría, la situación era sumamente grave. Jruschov aún tenía esperanzas de que pudiera contenerse sin derramamiento de sangre. Decía que los comunistas de todos los países tenían que «pensar en los problemas con más profundidad. Debemos ser conscientes de que ya no vivimos como vivíamos durante el [Comintern], cuando únicamente había un partido en el poder. Hoy en día, si quisiéramos actuar de forma autoritaria, inevitablemente crearíamos el caos. [...] El trabajo ideológico en sí no serviría de nada si no nos aseguramos de que aumente el nivel de vida. [...] En nuestro país la gente también escucha la BBC y Radio Europa Libre. Pero cuando tienen el estómago lleno ya no las escuchan tanto».[23]

Con el apoyo soviético, el Partido Comunista húngaro nombró primer ministro a Imre Nagy. Era un dirigente comunista poco convencional pero eficaz, que ya había sido purgado varias veces por el partido. Pero la situación en Budapest y en otras zonas no hizo más que empeorar. Se convocó una huelga general. Los consejos obreros y los comités revolucionarios le arrebataron el poder a las autoridades locales y ocuparon los depósitos de armamento y las comisarías de policía. El Ejército Rojo, con órdenes de proteger exclusivamente las principales instituciones públicas, se limitaba a observar la situación. Nagy estaba convencido de que era necesario llegar a un acuerdo con los manifestantes, con la esperanza de que le apoyaran en la búsqueda de reformas de forma pacífica. Con ese propósito, consiguió arrancarle varias concesiones a los soviéticos: retirada de las tropas del Ejército Rojo, amnistía para todos los revolucionarios, legalización de sus organizaciones y disolución de la odiada Autoridad para la Protección del Estado.

Pero las concesiones llegaban demasiado tarde. En Budapest y en otras ciudades la gente había empezado a organizar sus propias autoridades y sus propios grupos armados. Los jóvenes, sobre todo, celebraban su recién

adquirida libertad. Algunas unidades del Ejército húngaro empezaron a pasarse al bando rebelde. Cuando las tropas soviéticas abrieron fuego contra los manifestantes a las puertas del edificio del Parlamento, matando por lo menos a cien personas, las cosas empezaron a ponerse cada vez peor. Por todo Budapest se producían enconadas batallas entre los soldados del Ejército Rojo y los rebeldes húngaros, y los civiles que luchaban para proteger sus barricadas se negaban a rendirse. Nagy intentaba ganar tiempo. Rogó a los soviéticos que retiraran sus tropas de inmediato, alegando que los comunistas húngaros y él eran capaces de restablecer el orden por sí mismos. Jruschov quería reducir la violencia y evitar una invasión a gran escala. El 30 de octubre, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores soviético, Dmitri Shepílov, que había sustituido al dogmático Mólotov en el verano de 1956, declaró que «con la aprobación del Gobierno de Hungría, estamos dispuestos a retirar las tropas. Tendremos que seguir luchando con el nacional-comunismo durante mucho tiempo».[24]

Mientras negociaban los gobiernos de Hungría y de la URSS, por todo el país la gente tomaba el poder en sus manos. Los comités revolucionarios empezaron a administrar los servicios básicos, y organizaban la lucha. Se restablecieron los antiguos partidos políticos. Algunas sedes del Partido Comunista fueron atacadas e incendiadas, y las dependencias de los servicios de seguridad que quedaban fueron asaltadas. Numerosos agentes de los servicios de seguridad fueron ejecutados allí mismo. Los combates eran particularmente encarnizados alrededor del cuartel general de los servicios de seguridad en Budapest. Cuando la Cruz Roja intentó evacuar a los heridos, desde el interior del edificio también abrieron fuego contra sus miembros. Después, como decía un periodista, los «jóvenes se hicieron cargo de la situación»: «Eran magníficos; chicos de quince, dieciséis, diecisiete años. Se presentaron sin ningún tipo de protección. Llegó corriendo un chico, medio agachado. Puso a un hombre boca arriba y lo arrastró hasta ponerlo a salvo. De repente, aparecieron muchos más. Jóvenes de dos en dos, cuerpo a tierra, algunos arrastrando camillas, fueron llegando hasta los heridos y llevándoselos a rastras. Nada podía detenerlos».[25]

Cuando por fin los revolucionarios ocuparon el edificio principal de los odiados servicios de seguridad, no tuvieron piedad. «Salieron seis agentes jóvenes, uno de ellos muy guapo. Les habían arrancado las charreteras. No llevaban gorra. Mantuvieron una rápida discusión. "No somos tan malos como creéis. Dadnos una oportunidad", decían. [...] De repente uno de ellos empezó a venirse abajo[;] caían como cuando se siega el maíz. Con mucha elegancia. Caían suavemente, a cámara lenta. Y cuando estaban en el suelo, los rebeldes seguían llenándoles de plomo.»[26]

La noticia de los ataques contra los comunistas provocó que los dirigentes soviéticos cambiaran de opinión. Para ellos estaba claro que Nagy no iba a ser capaz de estabilizar la situación, y que tanto el régimen comunista de Hungría como la integridad del Bloque soviético se estaban desvaneciendo rápidamente. Al día siguiente de su decisión de retirar las tropas, los soviéticos dieron un giro de 180 grados y ordenaron una gigantesca intervención militar para aplastar la sublevación. El nuevo planteamiento de Jruschov también obedecía al consejo de otros comunistas del este de Europa y de China a favor de una invasión, y al hecho de que las potencias de la OTAN estaban distraídas debido a la Crisis de Suez, que se estaba produciendo al mismo tiempo. En conjunto, la respuesta concreta de los estadounidenses y los europeos occidentales había sido limitada. Para Eisenhower, la perspectiva de intervenir en el Bloque soviético no iba a ninguna parte, aunque algunas emisoras de radio extranjeras, como Radio Europa Libre, animaban a los revolucionarios húngaros.

La invasión soviética obligó a Nagy a tomar la decisión más difícil de su vida. Al final, y a pesar de una trayectoria con altibajos, en la que incluso había sido informador de la policía política soviética durante un tiempo, Nagy se puso de parte de los revolucionarios. Su Gobierno retiró unilateralmente a Hungría del Pacto de Varsovia y declaró la neutralidad del país.[27] Nagy también solicitó la intervención de Naciones Unidas. Por supuesto, no sirvió de nada. El último mensaje por radio de Nagy fue en la madrugada del 4 de noviembre. «Hoy, al amanecer, las fuerzas soviéticas atacaron nuestra capital con la clara intención de derrocar el legítimo Gobierno democrático de Hungría. Nuestras tropas están en combate. El

Gobierno está en su puesto. Comunico este hecho al pueblo de nuestro país y al mundo entero.»[28] Poco después la emisora de radio emitió sus últimas peticiones de ayuda. Después enmudeció. Por la tarde, cuando volvió a emitir, estaba en manos de un nuevo Gobierno húngaro, instaurado por los soviéticos, y encabezado por János Kádár.

Las secuelas del aplastamiento de la revolución húngara fueron profundamente deprimentes para los europeos. Revelaban que la división del continente en bloques de poder iba a continuar. Estados Unidos y sus aliados no tenían planes para «liberar» a los europeos del Este, a pesar de los ocasionales alardes de retórica sobre el «retroceso del comunismo». Y los intentos de liberalización de Jruschov dentro y fuera de la Unión Soviética recibieron un duro golpe por su propia mano. Unos 200.000 húngaros huyeron a Occidente, 20.000 fueron detenidos y 230 fueron ejecutados, incluido el primer ministro Nagy y algunos de sus más estrechos colaboradores. En Europa occidental, a consecuencia directa de los acontecimientos de Hungría, los partidos comunistas perdieron fuerza, algunos de ellos de forma irrevocable. Y en el este, la mayoría de los opositores a los distintos regímenes llegaron a la conclusión de que era imposible vencer mediante una rebelión declarada contra Moscú. A menos que cambiaran las circunstancias internacionales, el camino a las reformas tendría que ser gradual.

Sin embargo, los regímenes comunistas de Europa oriental también aprendieron una lección de Hungría. Era preciso sopesar la represión frente a las mejoras reales en las condiciones de vida de la gente. Era necesario incrementar los subsidios a la compra de alimentos, a la vivienda y a la atención sanitaria. Debía evitarse cualquier aumento de los cupos de producción, aunque eso significara pedir préstamos en el extranjero para compensar la baja productividad. En Polonia, Gomułka emprendió una gran campaña de retórica nacionalista contra la amenaza del revanchismo de Alemania –centrándose por supuesto en la República Federal de Alemania, no en la vecina y «amiga» República Democrática Alemana. Pero también abrió la sociedad polaca, para que la mayoría de la gente se sintiera más libre que antes. En Hungría, el nuevo líder, Kádár, inicialmente vilipendiado

por colaboracionista por la mayoría de los húngaros, se distanció, con permiso de los soviéticos, del terror estalinista del pasado. Poco a poco, Kádár convirtió a Hungría en uno de los estados más «liberales» de Europa oriental, con fincas privadas de mayor tamaño, menos interferencias del Estado y más libertad para viajar que en los demás países de la zona. Pero ni Gomułka ni Kádár querían acabar con la dictadura comunista ni con la estrecha alianza con la Unión Soviética. Puede que fueran «comunistas repollo», o «comunistas gulash», los términos que a menudo se empleaban para ridiculizarles, pero seguían siendo comunistas de todas formas.

En el plano político, Nikita Jruschov sobrevivió a los acontecimientos de Polonia y de Hungría, pero por los pelos. En 1957 tuvo que enfrentarse a un intento de derrocamiento en el Comité Central, en el que la mayoría del viejo círculo estalinista conspiró contra él. Fue su fin, no el de Jruschov. Mólotov fue despachado como embajador en Mongolia. Malenkov y Lazar Kaganovich, un antiguo colaborador de Stalin, fueron nombrados directores de fábrica en Kazajistán y en los Urales, respectivamente. En 1961 todos ellos fueron expulsados del Partido Comunista. En el acto más simbólico de toda su trayectoria como político, Jruschov ordenó retirar el cuerpo de Stalin del mausoleo de la plaza Roja, donde yacía junto al de Lenin, y que fuera enterrado sumariamente en la muralla del Kremlin. El dirigente soviético siguió creyendo que podía crear un comunismo nuevo y reformado, que evocara los ideales leninistas del pasado. Pero Polonia y Hungría le habían demostrado que debía hacerlo sin reformas políticas que pudieran poner en peligro el edificio comunista en su conjunto.

Por el contrario, Jruschov se centró en la ampliación de los planes soviéticos en materia de agricultura, ciencia y tecnología. A pesar de su gigantesco tamaño, la Unión Soviética siempre había tenido problemas con su abastecimiento de alimentos, sobre todo porque sus granjas colectivas tenían una baja productividad. Además, sus biólogos eran la causa de su atraso, ya que se aferraban, sobre todo por motivos ideológicos, a las enseñanzas de Trofim Lysenko, un genetista soviético que creía en la herencia de las características adquiridas. Jruschov estaba convencido de que unas explotaciones colectivas más grandes y mejores podían resolver el

problema. Propuso la colonización de las «tierras vírgenes» del norte de Kazajistán y de Siberia oriental para producir más trigo. A partir de 1954, casi dos millones de personas migraron desde el oeste de la Unión Soviética a las nuevas explotaciones gigantes del este. Algunos fueron enviados por el Estado. A otros les atraía la promesa de unos salarios y unas condiciones de vida mejores. Y a otros les embargaba el fervor ideológico de colonizar nuevas tierras para el comunismo y para su país. Las tareas a las que se enfrentaron eran sobrecogedoras. En un territorio con una extensión equivalente a 1,5 veces la de California o Suecia, tuvieron que crear desde cero unas explotaciones que funcionaran con éxito. Leonid Brézhnev, un joven tecnócrata comunista nacido en Ucrania, y que más tarde llegaría a ser secretario general del PCUS, describía los retos a los que se enfrentaban él y muchos otros. «Selección de la ubicación de los centros de las nuevas granjas estatales; recepción y alojamiento de cientos de miles de voluntarios en un país que todavía no estaba en absoluto preparado para el asentamiento humano; la construcción urgente de decenas, y posteriormente de cientos de poblados para las granjas estatales; la selección de muchos miles de especialistas; la creación de colectivos cohesionados y armoniosos a partir de una masa heterogénea de personas, y la labranza propiamente dicha de la tierra virgen y la primera siembra de primavera. Y todo aquello hubo que hacerlo no de forma gradual, sino a la vez, simultáneamente.»[29]

Al principio, las campañas de las tierras vírgenes daban buenos resultados, pero en última instancia fracasaron. Los tipos de trigo elegidos no eran los adecuados para las condiciones áridas y frías de las nuevas regiones. Las plantas de irrigación no suministraban suficiente agua, y las infraestructuras se desarrollaban muy lentamente. El agotamiento de los nutrientes agostó el terreno. En algunas regiones la erosión por el viento creó enormes zonas desérticas. Las repercusiones medioambientales fueron desastrosas: los lagos se vaciaban, el suelo se erosionaba, y el monocultivo provocaba plagas de malas hierbas y de insectos. Ya en los años setenta algunas de las nuevas granjas colectivas parecían ciudades fantasma, y las colas para conseguir pan volvieron a las ciudades soviéticas. Lo que quedó de la campaña de las tierras vírgenes y de otras campañas soviéticas

similares en Asia central, en Siberia, en el Cáucaso y en la Europa oriental soviética fue una mezcla de pueblos y culturas que, junto con las deportaciones que había llevado a cabo Stalin, contribuyó a crear enclaves verdaderamente multiculturales a lo largo y ancho de la Unión Soviética. En 1970, en Kazajistán había más rusos que kazajos; en Turkmenistán y en Estonia, tan solo aproximadamente dos tercios de la población eran turcomanos o estonios. El resto procedía de grupos de población de toda la Unión Soviética, aunque la mayor parte de los migrantes solían ser rusos.

Sin embargo, no era solo la agricultura la que supuestamente debía beneficiarse de las tierras vírgenes. Uno de los planes más grandiosos de Jruschov consistía en la construcción de una nueva ciudad de la ciencia y la tecnología en Siberia, Akademgorodok. «Teníamos grandes esperanzas de que, al venir a unas tierras vírgenes podíamos empezar a hacerlo todo desde cero, conforme a los estándares científicos internacionales, en vez de tener que esperar Dios sabe cuánto tiempo en las viejas y prestigiosas instituciones de Moscú –decía un joven físico que llegó a Akademgorodok en 1961–. Queríamos ponernos a la misma altura que Occidente.»[30] Y efectivamente, recuperaron el terreno perdido, por lo menos en algunos campos, como ya había demostrado la ciencia nuclear soviética. A finales de los años cincuenta, en la Unión Soviética, la electromagnética, la hidrodinámica y la electrónica cuántica estaban tan desarrolladas como en cualquier otro país, y en algunos campos, como la exploración espacial, los soviéticos llevaban ventaja. En 1957 lanzaron el primer satélite, el *Sputnik*, que describía una órbita cada 96 minutos, y dio un total 1.500 vueltas alrededor de la Tierra. La hazaña provocó la euforia entre los dirigentes soviéticos y asustó a los estadounidenses y a los europeos occidentales, que estaban convencidos de que los comunistas eran capaces de armar sus satélites y, por consiguiente, de ganar la Guerra Fría. No tenían en cuenta que una gran parte de la población soviética tan solo podía contemplar cómo el satélite surcaba el cielo desde su puesto en la cola para comprar el pan o desde sus destartaladas granjas colectivas.

8

La creación de Occidente

El comunismo creó una nueva Europa oriental, el capitalismo creó una nueva Europa occidental. Durante las décadas de 1950 y 1960 los países de Europa occidental se transformaron a causa de unos cambios sociales y económicos generalizados hasta quedar casi irreconocibles. Para muchos, el ritmo del cambio fue vertiginoso. Los escritores y novelistas europeos, desde Albert Camus en Francia hasta Heinrich Böll en Alemania, describen lo rápido que quedaron atrás los antiguos estilos de vida. Un poeta noruego veía un gran río que lo arranca todo de raíz y lo arrastra con su corriente, que desemboca en un mundo más amplio. Para muchos europeos occidentales, ese río era la entrada a una vida mejor: más rica y más saludable, con unos empleos, una educación y un bienestar social mejores que antes. Incluso quienes deploraban la pérdida del viejo mundo a menudo se deleitaban con lo nuevo: los estibadores franceses en huelga bebían Coca-Cola, y los aristócratas británicos disfrutaban de la calefacción central al estilo estadounidense. El íntimo encuentro entre Estados Unidos y Europa occidental provocó algunos cambios, de los que algunos parecían superficiales, pero que a pesar de todo iban a modificar para siempre el continente europeo.

Una parte del motivo de aquel éxito de lo nuevo eran los desastres de lo viejo. Tras el catastrófico medio siglo de Europa, *cualquier* estabilidad era buena, incluso la estabilidad impuesta por las potencias extranjeras a través de la Guerra Fría. Aunque pocos europeos admitían ningún tipo de responsabilidad por todo lo que había salido mal, la mayoría era consciente de que resultaba imposible seguir haciendo las cosas de la misma forma que

antes. Si bien casi todo el mundo deseaba un Estado del bienestar donde los gobiernos influyeran en la cúspide dominante de la economía, la mayoría también opinaba que la empresa privada debía desempeñar su papel en la economía del futuro. Incluso la izquierda estaba dividida al respecto. Los comunistas, por supuesto, querían una transición a la plena propiedad estatal de los medios de producción, pero los socialistas, los socialdemócratas y los laboristas, que en algunas ocasiones podían haber aspirado a nacionalizar los servicios y las principales industrias, raramente pretendían que el Estado se hiciera cargo de la piedra angular. Todos los países de Europa occidental establecieron un papel para el mercado en sus economías. Pero aspiraban a que los *éxitos* capitalistas ayudaran al conjunto de la economía, no sus fracasos, como los de los años veinte y treinta.

Por consiguiente, el rescate del capitalismo en Europa occidental y su expansión en forma de unos mercados integrados, dependían de un alto grado de hibridación. Los gobiernos europeos aspiraban a una expansión de los mercados en el marco de unas normas y regulaciones claras que debían establecer los propios gobiernos, y lo deseaban en una medida aún mayor que en Estados Unidos durante el *New Deal* de Roosevelt. Y aunque el *New Deal* siempre se planteó como una medida de emergencia, en Europa el capitalismo controlado por el Estado iba a ser supuestamente un compromiso duradero entre el Estado, el capital y la fuerza de trabajo. De hecho, una parte de su poder procedía de esa sensación de compromiso, una facultad que había brillado por su ausencia en Europa durante las dos generaciones anteriores. La postura política tanto de los partidos democratacristianos como de los socialdemócratas incluía un llamamiento a la cooperación y a la cohesión nacional como una parte fundamental de su fuerza.

Por supuesto, en todo este proceso Estados Unidos desempeñó un papel crucial, aunque no siempre de la forma que imaginaban sus críticos o sus partidarios más acérrimos. Como hemos visto, en la propia Europa se habían estado produciendo cambios significativos desde principios de siglo, en las costumbres sociales, en los productos y en el consumo. Esos cambios se habían visto entorpecidos por una serie de desgracias sin precedentes

entre los años 1914 y 1953, desde Sarajevo hasta Seúl, cuando daba la impresión de que el siguiente desastre siempre estaba a la vuelta de la esquina (y a menudo así era). A diferencia del papel de la Unión Soviética en Europa oriental, en Europa occidental resulta mucho más difícil desentrañar lo que ocurrió por influencia de Estados Unidos y lo que habría sucedido de una forma u otra. Aparte del papel crucial de Estados Unidos a la hora de ayudar a las élites europeas a volver a ponerse en pie a través del Plan Marshall, y de defenderlas de lo que ellas y los estadounidenses consideraban una clara e inequívoca amenaza soviética, resulta difícil distinguir lo que se originó desde dentro y lo que vino de fuera.

Por consiguiente, lo relevante de la americanización de Europa occidental durante la posguerra no radica tanto en su amplitud como en lo relativamente repentino del fenómeno. Durante el periodo de entreguerras ya habían tenido lugar algunos procesos de integración entre las economías estadounidense y europea. Pero esos procesos se habían visto postergados debido a los problemas de los años treinta. La inversión privada estadounidense en Europa era muy limitada (y siguió siéndolo hasta los años sesenta). Aunque los métodos empresariales y los productos estadounidenses habían proliferado en la Europa de entreguerras, el conocimiento mutuo era llamativamente escaso, sobre todo por parte europea, donde apenas se comprendía la historia o la política de Estados Unidos. Era algo especialmente cierto en los principales países europeos: Francia, Alemania y Gran Bretaña. Los escandinavos, los griegos y los italianos, que solían tener más familiares en Estados Unidos, sabían más cosas sobre el país. En conjunto, se trataba de una relación importante, pero no íntima.

Así pues, el concepto de «Occidente» carecía de significado antes de la década de 1950. Había multitud de referencias públicas a un legado común: Grecia, Roma, el cristianismo, y algunos comentarios mal disimulados sobre la raza. Pero no hubo instrumentos de cohesión hasta que se aceleró la interacción militar, económica, política y cultural en la era de la posguerra. Esas interacciones colocaron a Estados Unidos en el centro de la revolución en el consumo de Europa occidental, tanto a través de su música, su cine y

su moda, como de sus ideales políticos. A muchos europeos occidentales aquella América imaginada les brindaba la posibilidad de escapar de las limitaciones de clase, sexo o religión. Por consiguiente, Estados Unidos fue parte de una revolución europea que en muchos aspectos fue igual de profunda, y más duradera, que los efectos de la Unión Soviética en la mitad oriental del continente.

Hubo tres razones principales para la aceleración de la transformación económica de Europa occidental en los años cincuenta. Una fue simplemente la recuperación del terreno perdido a causa de la falta de desarrollo en el pasado. En 1914, Europa había sido el centro de la economía mundial. Los europeos tenían el deseo y casi todos los conocimientos necesarios para volver a situarse en la vanguardia económica y tecnológica. Lo que frenó su avance fue la mala política, que dio lugar a una serie de catástrofes que no se habían visto en el continente desde el siglo XVII. Por consiguiente, había una gran demanda acumulada de vivienda, de bienes, de servicios y de un suministro estable de alimentos de calidad. La producción iba a reactivarse en cuanto hubiera crédito y unas divisas viables. Y la presencia de Estados Unidos garantizaba ambas precondiciones, deprisa, a través del Plan Marshall, de las instituciones financieras internacionales y de los acuerdos bilaterales.

Estados Unidos también resultaba esencial a la hora de ofrecer la seguridad necesaria para que tuviera lugar la transformación económica. Aunque esa necesidad era más psicológica que real –la URSS no planeaba atacar Europa occidental– su satisfacción era necesaria para avanzar. En el pasado, a la gente se le había dicho demasiadas veces que construyera cosas, para ver cómo después se volvía a destruir todo. Lo que necesitaban los europeos era confianza en el futuro, y la presencia de Estados Unidos en materia de seguridad garantizaba esa confianza, por lo menos en el periodo crucial en el que hubo que sentar las bases para el desarrollo europeo.

Por último surgía la posibilidad de cooperar a través de unas líneas que tan a menudo habían dividido a los europeos en el pasado. En parte

obedecía a la pura necesidad. Con una población al borde de la hambruna, resultaba mucho más difícil convocar huelgas y cierres patronales, sobre todo en un momento en que los gobiernos hacían todo lo posible por integrar el trabajo y el capital a través de distintas modalidades de compromiso social. Y eso resultaba especialmente válido desde el momento que no existía un liderazgo claro para esa minoría sustancial de europeos occidentales que desconfiaban del capitalismo en su conjunto. Incluso los partidos comunistas habían hecho un llamamiento a que sus simpatizantes participaran en la reconstrucción nacional, y la única forma en que podían hacerlo era a través del sistema político y económico ideado por sus gobiernos. Poco a poco, también empezaron a arraigar la idea y la práctica de una integración europea transnacional, aportando el elemento crucial que llevó a Europa occidental desde la reconstrucción al resurgimiento.

No todo fue una historia de éxito, por supuesto, aunque resulta fácil presentarla así a la luz de la experiencia de la generación anterior de Europa. La conformidad de la Guerra Fría implicaba que a veces se hacía caso omiso de la disensión. A menudo se ocultaba el pasado debajo de la alfombra, no solo en Alemania e Italia, sino también en Francia, donde los crímenes del Gobierno de Vichy se revistieron de narraciones unificadoras sobre una resistencia heroica. En España y Portugal, todavía sometidos a gobiernos fascistas, el pasado ni siquiera era pasado. En ambos países, al igual que en otros lugares de Europa occidental, las minorías tuvieron que hacer frente a una dura política de asimilación, que a veces se aplicaba en nombre de la seguridad nacional. Muchas mujeres y muchos jóvenes tenían la sensación de que las exigencias de la reconstrucción y el crecimiento económico les restaban aún más posibilidades de tener una voz pública que durante las guerras y la depresión. Y, lo más importante, la transformación se producía tan solo en una mitad del continente, lo que puede que facilitara las cosas, pero también planteaba preguntas sobre su relevancia general a largo plazo.

La Europa occidental de la Guerra Fría se construyó sobre dos pilares internacionales. Uno fue la cooperación militar con Estados Unidos a través de la OTAN. El otro fue la integración económica y política a través de los

acuerdos entre los países de Europa occidental. En cierta medida, los vínculos atlántico y europeo iban de la mano. Estados Unidos era militarmente hegemónico en Europa occidental desde 1944, y cuando la OTAN pasó a ser una alianza militar más integrada debido a la guerra de Corea, la hegemonía estadounidense se institucionalizó. No obstante, tanto los estadounidenses como los europeos tuvieron cuidado de no crear organismos deliberantes que dieran la impresión de una alianza democrática, en la que todos los miembros tuvieran la misma voz. Pero, aparte de la seguridad que brindaba la pericia militar estadounidense, para Europa el aspecto más importante de la OTAN era el acceso que tenían sus estados miembros a la compra de armamento (casi siempre a través de créditos concedidos por Estados Unidos) y a formar a sus propias fuerzas a nivel internacional. La OTAN se convirtió en una academia a través de la que los países de Europa occidental fueron adquiriendo, poco a poco, pero de forma creciente, la sensación de un objetivo común.

No toda la cooperación militar fue coser y cantar. Una cuestión importante era qué hacer con la República Federal de Alemania (RFA). Tras el estallido de la guerra de Corea, los estadounidenses empezaron a insistir cada vez más en que querían que la RFA se rearmara como parte de la alianza occidental. Como es comprensible, los europeos ponían reparos. El plan que idearon en 1950 para superar el problema, la Comunidad Europea de Defensa, que debía integrar las fuerzas de Alemania bajo un mando europeo común, era demasiado complejo para llevarlo a la práctica. Se vino abajo en 1954, cuando los franceses, cuyo Gobierno había propuesto originalmente el plan, se negaron a ratificarlo. Al año siguiente la RFA ingresó en la OTAN como miembro de pleno derecho.

La otra gran cuestión era cómo manejar el control de las armas nucleares en Europa occidental. A finales de los cincuenta, los europeos querían tener más voz dentro de la OTAN en materia de estrategia militar, y sobre todo a la hora de planificar una guerra nuclear. Desde 1954, basándose en la experiencia de Corea, la OTAN decidió, en el marco de su doctrina, que podía responder con el uso de armas nucleares incluso a un ataque soviético no nuclear contra Europa occidental. Se trataba en parte de

una política de disuasión general, y en parte del reconocimiento de la superioridad soviética en materia de fuerzas convencionales. Gran Bretaña se había convertido en una potencia nuclear en 1952, y Francia probó su primera arma nuclear en 1960. Algunos dirigentes políticos, tanto en Europa occidental como en Estados Unidos, querían una mayor cooperación nuclear en Europa, en parte porque temían que la RFA también sintiera la tentación de desarrollar su propio armamento nuclear. A pesar de todo, en 1964 fracasó una propuesta estadounidense para crear una Fuerza Multilateral (MLF) nuclear con base en el mar, gestionada y comandada conjuntamente por Estados Unidos y los países de Europa occidental. Los británicos y, sobre todo, los franceses querían conservar su autonomía en materia nuclear. Algunos tenían miedo a *cualquier tipo* de participación de Alemania en la cuestión nuclear. Como decía Tom Lehrer, el cantante y cómico estadounidense en su «Canción de cuna de la MLF»:

> Antiguamente todos los alemanes eran belicosos y malvados,
> Pero eso no podía volver a ocurrir.
> Les dimos una lección en 1918
> Y desde entonces apenas nos han molestado.[1]

En el meollo de los planes para la recuperación económica de Europa también figuraba la cuestión de qué hacer con Alemania. A partir de 1950, con la gran ayuda del Plan Marshall, las economías de Europa occidental parecían haberse estabilizado, pero todas ellas estaban aún muy lejos de la meta de un crecimiento sustancial y estable. Algunos dirigentes europeos y estadounidenses estaban convencidos de que la única forma de crear ese tipo de crecimiento era a través de una integración económica europea más estrecha. Uno de los efectos de los largos años de guerras y depresión fue la fragmentación de los mercados transnacionales que, por lo pronto, habían contribuido a enriquecer a Europa. Pero, teniendo en cuenta el estado de las economías nacionales de Europa occidental a finales de los cuarenta, era improbable que dichos mercados pudieran reconstituirse, por lo menos en un futuro inmediato. Así pues, como ocurría con las economías nacionales,

los gobiernos decidieron organizar unos marcos en los que pudiera prosperar la cooperación (y la competencia) económica internacional.

El camino a la integración económica europea se formó gracias a la confluencia de muchas sendas distintas. Uno de los puntos de partida fueron las instituciones del propio Plan Marshall, y sobre todo la Organización Europea para la Cooperación Económica (OECE). Creada en 1948 para ayudar a administrar la ayuda estadounidense a través de las fronteras, la OECE también contribuyó a eliminar las cuotas del comercio privado y a que las divisas fueran convertibles. También impulsó la reducción de los aranceles y planteó la idea de una unión aduanera, que podía dar lugar a una zona de libre comercio europea, o posiblemente atlántica. Esta última posibilidad era un paso demasiado avanzado para la mayoría de los políticos de Europa occidental a principios de los años cincuenta, ya que entonces estaban más preocupados por el equilibrio comercial y las restricciones monetarias. Pero la OECE, sumada a la emergencia para la seguridad de la guerra de Corea y al crecimiento de la OTAN, que a partir de 1952 también incluía como miembros a Grecia y a Turquía, fue un punto de partida para la integración europea a mayor escala.

Aún más importante fue la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA), formada por Francia, la República Federal de Alemania, Italia, Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo en 1951. El plan era una creación del exprimer ministro francés Robert Schuman, que también había sido ministro de Asuntos Exteriores entre 1948 y 1953. Schuman y sus colaboradores diseñaron una autoridad supranacional para controlar un mercado común de la minería y la producción de acero en todos los países miembros, es decir básicamente en Francia y Alemania. La CECA se concibió como una alternativa a la ocupación francesa de algunas zonas de Alemania para aprovechar su potencial industrial. Por el contrario, a juicio de Schuman, toda Europa occidental podía beneficiarse de la cooperación entre Francia y Alemania, tanto en el contexto de la Guerra Fría, por el procedimiento de aumentar y regular la producción estratégica, como en términos de desarrollo económico. Jean Monnet, el político francés que fue el primer presidente de la CECA, también se aseguró de que tuviera un

cometido social, a través de los subsidios a los mineros y los obreros, y de que sus instituciones apuntaran a una mayor integración europea también en otros campos.

Los procesos de arranque de la integración de Europa occidental se crearon con un tercio de idealismo y dos tercios de necesidad práctica. Desde el principio fue un proyecto de la Guerra Fría, que aspiraba a mejorar la producción estratégica y la cohesión ante la amenaza del este. Además, imitaba muchos de sus modelos de integración de Estados Unidos, donde Monnet había vivido varios años. El meollo era la recuperación económica de Europa, que sus padres fundadores consideraban imposible sin un alto grado de integración. Pero también se trataba de un proyecto idealista, creado para alejarse del antagonismo franco-alemán que había dominado la política europea por lo menos desde 1870. Las presiones de la Guerra Fría centraban la mente de los responsables de formular las políticas europeas, y hacían imprescindible la cooperación. La forma que asumía esa cooperación, a juicio de Schuman, que era originario de la zona fronteriza franco-alemana, o de Monnet, un federalista europeo desde los años veinte, estaba determinada por sus puntos de vista paneuropeos. «La paz mundial no puede salvaguardarse sin unos esfuerzos creadores equiparables a los peligros que la amenazan –comenzaba la declaración de Schuman de 1950–. La puesta en común de las producciones de carbón y de acero garantizará inmediatamente la creación de bases comunes de desarrollo económico. [...] La solidaridad de producción que así se cree pondrá de manifiesto que cualquier guerra entre Francia y Alemania no solo resulta impensable, sino materialmente imposible. [...] Esta propuesta sentará las primeras bases concretas de una federación europea indispensable para la preservación de la paz.»[2]

Aunque la mayoría de los dirigentes europeos tenían sus reservas sobre el concepto de una plena federación europea, muchos de ellos, sobre todo entre los democratacristianos, coincidían en que la CECA creaba unos cimientos sobre los que construir. Incluso Winston Churchill, elegido de nuevo primer ministro británico tras las elecciones de 1950, había hecho un llamamiento a unos «Estados Unidos de Europa», aunque dudaba de que la

Commonwealth británica llegara a formar parte. En 1956, un comité presidido por Paul-Henri Spaak, ministro de Asuntos Exteriores belga, planteó las propuestas para lo que un año después se convirtió en el Tratado de Roma, por el que se creaba la Comunidad Económica Europea (CEE). La CEE era directamente una ampliación de la CECA. Tenía los mismos estados miembros y el mismo enfoque supranacional de la integración económica. Pero sus competencias eran mucho más amplias, y acabaría por reconfigurar a Europa, durante la generación siguiente, como una zona económica unificadora.

El mayor problema de la Guerra Fría dentro de Europa occidental era cómo abordar la cuestión de Alemania. Desde la creación de la República Federal de Alemania en 1949, siempre había existido cierto recelo a que sus dirigentes renunciaran a la cohesión de Occidente a fin de llegar a un acuerdo con la URSS sobre la reunificación. La idea no era descabellada. La desconfianza hacia los alemanes, hacia todos los alemanes, iba de la mano de la constatación de que en las condiciones de la Guerra Fría un acuerdo de ese tipo era el único medio por el que los alemanes podían alcanzar lo que los demás europeos suponían que era su objetivo más codiciado. Pero el presupuesto de la complacencia de los alemanes con los soviéticos se fue a pique ante el planteamiento de Konrad Adenauer, *Bundeskanzler* (primer ministro) de la RFA. Adenauer, un democratacristiano conservador originario de la región de Renania, al oeste del país, deseaba la reunificación, pero anhelaba aún más la integración de su Alemania con las potencias occidentales. Adenauer era plenamente consciente de lo tentadores que podían ser los cantos de sirena de la reunificación, incluso bajo el comunismo, para algunos de sus compatriotas. Por consiguiente, en todo momento dio prioridad a la cooperación con los franceses y los estadounidenses. «Para nosotros, no cabe duda de que pertenecemos al mundo europeo occidental por herencia y por temperamento», afirmaba ya desde su primera declaración como primer ministro de Alemania.[3] Y Adenauer se convirtió en una constante de la política de la RFA, pues permaneció en el cargo de canciller hasta 1963, cuando contaba ochenta y siete años de edad.

Pero lo que verdaderamente confería credibilidad, tanto para los alemanes como para el resto de los europeos a la *Westbindung* (compromiso con Occidente) de Adenauer era la extraordinaria recuperación de la economía de la RFA que comenzó en torno a 1950. El *Wirtschaftswunder*, el milagro económico alemán, obedecía a muchas causas. La ayuda del Plan Marshall y la vinculación del marco alemán al dólar estadounidense era una de ellas. La gradual integración de la economía de la RFA en el ámbito de Europa occidental era otra. Y tal vez la más importante fue la decisión de proteger a la RFA de todas las repercusiones de la deuda de los tiempos de guerra y de las reparaciones de la posguerra. La RFA tuvo que pagar algunas reparaciones, y el desmantelamiento de algunas industrias alemanas y la cesión a modo de compensación de patentes y tecnología prosiguieron hasta principios de los años cincuenta. Pero la carga acumulada de una deuda excesiva nunca se hizo sentir. Por consiguiente, la RFA tenía incluso mayor libertad que algunos de sus nuevos socios occidentales a la hora de planificar su ulterior expansión a medida que su economía empezaba a crecer.

La transformación social que provocó el milagro económico alemán fue una de las principales historias de la Europa de posguerra. En 1945 toda Alemania era una zona catastrófica por efecto de los bombardeos. Diez años después, la mayoría de la gente tenía un empleo lo suficientemente bien remunerado para que sus familias consumieran y ahorraran a la vez. Las industrias y las infraestructuras se aproximaban a los niveles de antes de la guerra. Se reconstruían las viviendas a un ritmo asombroso. Los bancos de la RFA disponían de crédito, y la moneda y los tipos de interés del país eran estables. La economía alemana creció más de un 5 % anual durante los años cincuenta y sesenta. Se trataba de la mayor tasa de crecimiento de entre todas las principales economías europeas, más del doble que la de Gran Bretaña, por ejemplo.

Si bien las causas estructurales explican los fundamentos de la expansión económica de la RFA durante la Guerra Fría, los efectos psicológicos de su milagro económico eran los que garantizaban su amplificación y su perpetuación. Había pasado más de una generación

desde que los alemanes fueron capaces de creer por última vez que su trabajo podía traducirse en riqueza, felicidad y estabilidad para sus familias. Durante los años cincuenta, al darse cuenta de que por fin todo aquello era posible, los alemanes se volcaron en la producción con ahínco. Los alemanes occidentales trabajaban más horas que la mayoría de los europeos, y la productividad crecía rápidamente. A consecuencia de ello, su poder adquisitivo aumentó casi al doble entre 1950 y 1960, y su rápida expansión prosiguió hasta bien entrada la década de los sesenta.

Sin embargo, Alemania no era el único país de Europa occidental donde se registraron altas tasas de crecimiento durante los años cincuenta y sesenta. Francia, a pesar de la inestabilidad política de la Cuarta República, gozaba de un crecimiento sustancial, al igual que el Benelux (el nombre de la unión aduanera formada por Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo) y Escandinavia. En Italia, el crecimiento económico era muy fuerte, aunque repartido de forma desigual tanto geográfica como socialmente en términos de recompensas. En conjunto, el efecto de la transformación económica de Europa occidental no fue solo el rescate del capitalismo, que en los años cuarenta parecía la cuestión principal, sino su espectacular expansión como parte de la existencia de la gente. A medida que proseguían la industrialización y la urbanización, más y más personas iban incorporándose a los intercambios económicos como trabajadores y consumidores. En 1950, un tercio de la población francesa trabajaba en el campo. Veinte años más tarde ese porcentaje era inferior al 10 %. Pero a diferencia de la oleada de industrialización de finales del siglo XIX, había muy poca radicalización política. El Partido Comunista francés perdió un tercio de sus votantes durante las dos primeras décadas de la posguerra.

El hecho de que el comunismo perdiera terreno como alternativa política en Europa occidental obedecía a varias razones. Los militantes de los partidos comunistas eran perseguidos tanto en el trabajo como en la sociedad a medida que se intensificaba la Guerra Fría. Cuando se conocieron universalmente los crímenes de Stalin y sus adláteres, y sobre todo tras la sublevación de Hungría en 1956, los partidos comunistas empezaron a perder militantes. Salvo en Italia, donde la desigualdad dentro

del país compensaba los revuelos en el extranjero, el comunismo había dejado de ser una alternativa atractiva en los países democráticos. Pero la principal razón de la crisis del comunismo europeo no era tanto política como social. A medida que los países de Europa occidental empezaron a ampliar espectacularmente las medidas de bienestar social para sus ciudadanos, la necesidad de una revolución iba siendo cada vez menos evidente para la mayoría de la clase trabajadora.

Como hemos visto, los orígenes del Estado del bienestar europeo se remontan a los conflictos ideológicos de finales del siglo XIX y principios del XX. Pero su principal expansión se produjo durante los años cincuenta y sesenta. Para algunos, incluidos los comunistas europeos y soviéticos, se trataba de un giro sorprendente, teniendo en cuenta la hegemonía de Estados Unidos en Europa occidental. Habían interpretado el Plan Marshall como un intento de americanizar las economías europeas, tanto en beneficio de los intereses de las empresas estadounidenses como para forzar las soluciones de libre mercado. Por el contrario, lo que se dio en Europa occidental, en su mayoría con la bendición de Estados Unidos, fueron soluciones centradas en el Estado, donde la normativa de los gobiernos determinaba la configuración de las economías nacionales. El rápido crecimiento económico en Europa occidental durante las décadas de la posguerra se generó en un entorno de control estatal.

Todo ello fue posible debido principalmente a la emergencia de la Guerra Fría y a las lecciones aprendidas del pasado reciente. La Guerra Fría, tanto en el plano nacional de los países de Europa occidental como entre Oriente y Occidente, exigía unos estados centralizados donde pudieran tomarse decisiones rápidas para la defensa del orden político establecido. Pero también exigía poder seducir a las poderosas clases trabajadoras de Europa occidental con garantías de progreso social a fin de que dejaran a un lado la agitación industrial y el activismo político independiente. Los democratacristianos y los socialdemócratas estaban de acuerdo en que uno de los motivos de las tribulaciones del siglo hasta ese momento había sido la incapacidad de integrar a la clase trabajadora en el cuerpo político en el pasado. Ambas corrientes políticas, ahora firmemente

asentadas en el poder, consideraban que la única forma de subsanar ese déficit era a través de unos programas sociales que concedieran a los trabajadores una participación en la nación. Aunque los partidos democratacristianos estaban más próximos a las élites nacionales que los socialdemócratas, por lo menos en principio, ambos acabaron implementando programas de seguridad social a gran escala, así como la posibilidad de una negociación colectiva a nivel sectorial sobre salarios y condiciones de trabajo en la industria por mandato del Gobierno. Las limitaciones a la jornada de trabajo, las vacaciones pagadas y las pensiones regularizadas surgieron a raíz de las iniciativas impuestas por el Estado, igual que lo hicieron poco después los seguros médicos y de discapacidad de amplia cobertura.

El apoyo de Estados Unidos a aquellos planes de desarrollo centrados en los gobiernos también se explica porque la administración de Truman era consciente de lo mala que había sido la situación en toda Europa durante los años cuarenta. Si la opción era entre el caos, que brindaba oportunidades para la subversión soviética, y el orden impuesto por los gobiernos, no era una decisión difícil de tomar para Truman en Europa y para las posteriores administraciones de Estados Unidos en otras partes del mundo, a pesar de las preferencias ideológicas de los estadounidenses. Muchos representantes de Estados Unidos en la Europa de la posguerra (y también en el Japón de la posguerra) habían participado en los experimentos de su propio país con ese tipo de iniciativas lideradas por el Estado durante el *New Deal*. Por supuesto, las iniciativas en Europa occidental iban mucho más allá en el ámbito de la planificación estatal que cualquier política a largo plazo que se hubiera implementado en Estados Unidos. Pero, a pesar de todo, los estadounidenses no eran del todo ajenos a las medidas con las que el Estado podía regular la actividad económica. Y en Europa occidental, por el momento, dichos controles tenían sentido: limitar el beneficio privado contribuía a garantizar una reinversión muy necesaria. La prestación de servicios sociales evitaba la radicalización social. Y el pluralismo político en el seno de la alianza de la OTAN implicaba que la hegemonía

estadounidense resultaba menos visible, y por tanto probablemente más eficaz.

La hegemonía estadounidense era visible, y cada vez más, en la revolución del consumo que trajo consigo el crecimiento económico de Europa occidental. No era tanto que los productos que deseaban los europeos fueran siempre de origen estadounidense. A menudo se producían en los propios países europeos o, cada vez más, en Japón. Pero los bienes de consumo y la mercadotecnia que los vendía a menudo eran de origen estadounidense. A muchos europeos Estados Unidos les parecía una sociedad sumamente deseable, próspera y abundante, y siempre un paso por delante de la anticuada y restrictiva Europa. Esa visión positiva de Estados Unidos parecía ir en aumento cuanto mejor iban conociendo el país los europeos. El incremento de los viajes transatlánticos fue importante en ese aspecto, igual que lo fueron las abundantes agencias de información y las becas de Estados Unidos.

Aún más importante fue la influencia de Estados Unidos a través de su música, su cine y su moda. A diferencia de los esfuerzos soviéticos por ejercer una mayor influencia cultural, aquel fenómeno no tenía nada que ver con la planificación central. El Departamento de Estado y la CIA intentaban asegurarse de la difusión del cine y la literatura estadounidenses «saludables» en el extranjero, pero sus éxitos eran limitados. Por el contrario, las que llevaban la batuta eran la mercadotecnia de las empresas y la respuesta de los consumidores. La capacidad de los estudios de cine y de las empresas discográficas estadounidenses de ofrecer un producto barato y abundante, al tiempo que Europa sufría todo tipo de escaseces, también favorecía las importaciones. Por ejemplo, en 1947, en Francia tan solo se produjeron cuarenta películas mientras que se importaron 340 de Estados Unidos. Aunque la música de Elvis Presley o las películas de Marlon Brando o de James Dean no se concibieron como propaganda del estilo de vida americano, a los jóvenes europeos les gustaban, en parte debido a su espíritu de rebeldía. Vestirse con camisetas y pantalones vaqueros era una mezcla de protesta contra las convenciones y de identificación con las

películas estadounidenses. A mediados de los cincuenta, a los jóvenes estadounidenses y europeos les unía más Marlon Brando que la OTAN.

Donde los círculos oficiales estadounidenses tuvieron más influencia fue en el ámbito del apoyo a las organizaciones e instituciones europeas. Alentadas por el Gobierno, algunas instituciones filantrópicas estadounidenses, como las fundaciones Ford o Rockefeller, concedían unas becas que revolucionaron muchas universidades y centros de investigación de Europa occidental. La CIA financiaba organizaciones como el Congreso por la Libertad de la Cultura, que se creó para combatir la influencia comunista entre los escritores y los artistas. Y los lazos fomentados por el Gobierno con los sindicatos estadounidenses, sobre todo con la AFL/CIO, contribuyeron a convencer a algunos socialdemócratas europeos de que la sociedad estadounidense era menos de derechas y menos enemiga de los trabajadores de lo que pensaban. Aun así, los vínculos culturales no oficiales eran más importantes que cualquier medida que adoptaran los gobiernos para fomentar el «poder suave» de Estados Unidos en Europa occidental durante la Guerra Fría.

Los cambios en el mundo europeo parecían venir de todas partes durante la era de la posguerra. Aparte de la división ideológica del continente y del aumento de la influencia de Estados Unidos, la pérdida gradual de sus colonias de ultramar transformó Europa occidental. En 1945, Gran Bretaña, Francia, Portugal, España, Bélgica y los Países Bajos disponían de sustanciales posesiones en ultramar. En las colonias europeas vivía aproximadamente el triple de gente que en la propia Europa. En 1965, exceptuando las de Portugal, ya quedaban muy pocas colonias. El reajuste necesario para facilitar esa transición dentro de Europa –económica y perceptualmente– fue considerable. Uno de los problemas consistió en acoger a los europeos que regresaban de las antiguas colonias, o a la población de las colonias que optaba por permanecer en la metrópoli. Y además la gente tuvo que acostumbrarse a la considerable reducción del estatus de sus respectivos países. En el caso de Gran Bretaña y Francia, sobre todo, fue una transición difícil. Pero mantener la pretensión de que seguían siendo grandes potencias exigía más de lo que ambos países podían

permitirse. «De ninguna manera vamos a tomar el camino de la mínima resistencia y a permitir que Francia se desvanezca», le decía el general De Gaulle a sus compatriotas en 1963.[4] Sin embargo, en términos de poder mundial, desvanecerse es una descripción bastante exacta de lo que ocurrió con los antiguos imperios durante la Guerra Fría.

Aparte de la situación dentro del propio continente, los cambios que se produjeron en la economía mundial a mediados del siglo XX también relegaban a Europa a un papel secundario. En 1950 Estados Unidos era la potencia hegemónica del capitalismo mundial. Producía aproximadamente un tercio del conjunto de la producción económica global. El dólar estadounidense era la única divisa que se utilizaba en las grandes transacciones internacionales. El capital que recibían los bancos de todo el mundo procedía sobre todo de Estados Unidos. Las industrias estadounidenses eran tecnológicamente bastante más avanzadas y productivas que las europeas. Y, como media, los estadounidenses vivían más años y gozaban de unas mejores condiciones de vida que los europeos, a pesar de la recuperación de Europa durante la posguerra.

Esa posición privilegiada de Estados Unidos se produjo en un mundo que se basaba principalmente en un comercio y una inversión controlados. Los gobiernos establecían unos cupos y unos aranceles, regulaban los flujos de capital y los tipos de cambio de las divisas, y decían cómo había que gastar la renta nacional. Las sucesivas administraciones estadounidenses presionaron para que se liberalizara el comercio y la inversión, pero se cuidaban de presionar demasiado, por temor a que semejante presión por parte de Estados Unidos pudiera complicar la política de alianzas de Washington con otros países capitalistas. Por consiguiente, Estados Unidos ocupaba el centro de una economía capitalista mundial que era preciso gestionar en función de la Guerra Fría. La reconstrucción de ese sistema económico favorecía los intereses de Estados Unidos, aunque eso significara dejar a un lado algunas de las oportunidades más inmediatas para que los estadounidenses obtuvieran beneficios en el extranjero. El momento hegemónico para Estados Unidos se circunscribía a las contingencias de la Guerra Fría que se habían extendido por todo el mundo,

entre las que las relaciones con Europa occidental ocupaban una posición central, pero no siempre decisiva.

Las sucesivas administraciones estadounidenses estaban convencidas de que la integración de Europa occidental iba en beneficio de Estados Unidos. Ayudaron en la recuperación de la economía y fortalecieron el compromiso de Europa con otras instituciones multilaterales, ante todo con la OTAN. A los estadounidenses nunca les preocupó demasiado que una Europa más unida pudiera llegar a ser un competidor para Estados Unidos. En los años cincuenta no parecía que eso fuera a ocurrir en un futuro inmediato. Y, de todas formas, la mejora de la seguridad común que acompañó al crecimiento económico de Europa era más importante que el interés propio de Estados Unidos en sentido estricto, por lo menos a corto plazo. Si Europa occidental se enriquecía a base de crear unos mercados grandes e integrados, a imitación de los modelos estadounidenses, eso beneficiaba a todas las partes implicadas. Como había afirmado en 1948 John Foster Dulles, que poco después sería nombrado secretario de Estado estadounidense, «una Europa sana» no podía «estar dividida en pequeños compartimentos». Debía organizarse como un mercado «lo bastante grande como para justificar los modernos métodos de producción barata para el consumo de masas».[5]

Si los europeos ansiaban la recuperación, los estadounidenses deseaban estabilidad. Durante más de veinte años, los votantes estadounidenses habían tenido que afrontar una emergencia tras otra: la Gran Depresión, el *New Deal*, las guerras en Europa y Asia, y la Guerra Fría. En 1952 votaron por la estabilidad y la normalidad eligiendo al general Dwight D. Eisenhower, el primer militar profesional que presidía el Gobierno estadounidense desde Ulysses S. Grant en la década de 1870, y el primer presidente republicano desde el comienzo de aquella serie de crisis nacionales. Eisenhower era internacionalista y partidario de la Guerra Fría, y creía que Estados Unidos debía hacer frente a la URSS y al comunismo en todo el mundo. Durante su campaña había argumentado a favor de ganar la guerra en Corea y de «obligar a retroceder» al comunismo en Europa y en Asia. Pero su retórica tenía como objetivo principal asegurarle a los

estadounidenses que estaban a salvo bajo su liderazgo, y que Estados Unidos conseguiría derrotar a sus enemigos si ponía su casa en orden a través de la unidad nacional, la disciplina fiscal, una defensa fuerte y unas prioridades internacionales claras.

Eisenhower, que aspiraba a dejar a un lado la Guerra Fría como emergencia nacional, acabó institucionalizándola en su política y en su doctrina. Con la guerra de Corea, el nuevo presidente simplemente tuvo suerte. La muerte de Stalin eliminó el último obstáculo para un armisticio negociado. Pero Eisenhower estaba convencido de que la proyección de la fuerza de Estados Unidos podía evitar en el futuro lo que a su juicio era el aventurerismo de los soviéticos. Tras confirmar la estrategia de contención general de Truman, Eisenhower quiso reforzarla por el procedimiento de incrementar la capacidad y el estado de preparación nuclear de Estados Unidos. Además, potenció las operaciones secretas de la CIA y las utilizó para derrocar a los gobiernos que le parecían hostiles a los intereses de Estados Unidos en el contexto de la Guerra Fría, como en Irán en 1953 y en Guatemala el año siguiente. Para Eisenhower, la Guerra Fría era una contienda total que iba a durar mucho tiempo, donde la determinación y la preparación de Estados Unidos iban a seguir siendo el elemento crítico.

Sin embargo, el nuevo presidente también estaba convencido, firmemente, de que Estados Unidos podía librar la Guerra Fría sin transigir demasiado en el ámbito de los asuntos nacionales. Eisenhower, un conservador en materia fiscal, prefería desarrollar la disuasión nuclear como una alternativa más barata que un gran ejército permanente y una enorme cantidad de armamento convencional. Como explicaba Dulles en enero de 1954, «Queremos para nosotros y para los demás una disuasión máxima con un coste soportable»: «la defensa local siempre será importante. Pero no hay defensa local que por sí sola sea capaz de contener el enorme poderío terrestre del mundo comunista. Es preciso reforzar las defensas mediante la disuasión adicional de un gigantesco poder de represalia. [...] La forma de disuadir de una agresión es que la comunidad libre esté dispuesta y sea capaz de responder enérgicamente en los lugares y con los medios de su propia elección».[6]

El giro hacia una política de represalia nuclear masiva implicaba prepararse para la guerra estratégica a una escala que hasta entonces se antojaba inimaginable. Eisenhower puso en marcha un espectacular aumento de las capacidades atómicas de Estados Unidos, que él denominaba su política de *New Look* (nuevo aspecto). Durante el mandato de Eisenhower, Estados Unidos desarrolló los misiles balísticos intercontinentales (ICBM) y los misiles balísticos lanzados desde submarinos (SLBM). Además, el Pentágono puso en marcha programas de recogida de material de inteligencia a gran escala, que incluían los sobrevuelos secretos del territorio soviético, para recoger información sobre los posibles blancos y las capacidades del enemigo. Por añadidura, la administración aceleró el despliegue de misiles tácticos y de alcance medio en las bases estadounidenses de Europa y Asia. Cuando le criticaban la inflexibilidad de la postura estratégica estadounidense, el presidente respondía que Estados Unidos había disuadido eficazmente cualquier ataque soviético contra su país o contra sus aliados. Eisenhower no tenía la mínima duda de que la capacidad de Estados Unidos de librar una guerra nuclear contra los soviéticos superaba con creces cualquier cosa que la URSS pudiera hacer contra Estados Unidos. Su política del *New Look* le permitía lograr una disuasión a bajo precio y sin militarizar demasiado la sociedad estadounidense, o eso esperaba él.

A lo largo de su presidencia Eisenhower temió las consecuencias políticas de convertir su país en un Estado cuartelero, con un presupuesto centrado en las compras de material militar y con una política dominada por las amenazas exteriores. Tras recibir el apoyo del senador McCarthy durante la campaña electoral, Eisenhower arremetió contra él cuando en 1954 el senador extendió al Ejército de Estados Unidos sus invectivas contra la sumisión al comunismo. El presidente estaba «muy enfadado y empezaba a estar harto –se trata de su Ejército, y no le gustan nada las tácticas de McCarthy».[7] A finales de año el Senado censuró a McCarthy, lo que acabó con su influencia en la política estadounidense.

La censura contra McCarthy eliminó el principal símbolo del estilo histérico de la política de la Guerra Fría en Estados Unidos, aunque

contribuyó poco a debilitar la causa anticomunista. McCarthy ya se había convertido en un motivo de bochorno a lo largo de todo el espectro político estadounidense. A pesar de todo, lo que dejó tras de sí fue la sensación de una misión a escala mundial, en nombre de la democracia, la religión y el libre mercado. Para la mayoría de los estadounidenses, durante los años cincuenta plantar cara al comunismo formaba parte de la esencia fundamental de su país, y era una campaña que había que ganar dentro y fuera del país. Un consenso muy amplio, que incluía a las personas que se consideraban progresistas o conservadoras (una minoría diferenciada), estaba a favor de librar la Guerra Fría como parte del empeño de Estados Unidos en mejorar los asuntos del mundo. Los comunistas, rezaba el planteamiento, intentaban apoderarse de un mundo que, por su dirección natural y por la clarividencia divina, les correspondía modernizar y mejorar a los estadounidenses. Por consiguiente, la Guerra Fría era una lucha sin precedentes en defensa del alma de la humanidad.

Para muchos estadounidenses, la necesidad de librar la Guerra Fría en el extranjero se combinaba con la sensación de haber conseguido grandes logros dentro del país. Las condiciones económicas iban mejorando, igual que los salarios, la vivienda y el acceso a los bienes de consumo. La clase media se expandía rápidamente, y cada vez más gente se marchaba de las ciudades y se iba a vivir a las nuevas viviendas de los suburbios. Los dirigentes políticos de ambos partidos presentaban la lucha contra el comunismo como la defensa de todo lo que los estadounidenses habían logrado en lo material, en lo social y en lo político. La religión desempeñaba un papel importante en la retórica de la Guerra Fría. Se describía el comunismo como un radicalismo ateo, y a menudo se invitaba a los clérigos y los activistas religiosos que habían sido perseguidos en Europa oriental a viajar a Estados Unidos para que ofrecieran su testimonio de lo que estaba ocurriendo al otro lado del Telón de Acero. Una gran mayoría de estadounidenses estaban convencidos de que sus familias y sus comunidades estaban directamente amenazadas por la subversión comunista en Estados Unidos, aunque no muchos podían citar casos específicos en que hubiera ocurrido algo así. Teniendo en cuenta que a mediados de los años

cincuenta el Partido Comunista de Estados Unidos había quedado reducido a aproximadamente 5.000 miembros activos, la probabilidad de conocer a alguno de ellos era realmente pequeña.

La estabilidad, la previsibilidad y la cautela que caracterizaba a la América de Eisenhower no era del agrado de todos los estadounidenses. Algunos sentían, con razón, que habían quedado excluidos del progreso económico y social. Los afroamericanos llevaban sufriendo discriminación desde la abolición de la esclavitud, y ni el *New Deal* ni la prosperidad de la década de 1950 contribuyeron a mejorar su suerte. A medida que se extendía el movimiento en defensa de los derechos civiles, cada vez más gente establecía comparaciones desfavorables entre las campañas de Estados Unidos a favor de la libertad en todo el mundo y la evidente opresión de los afroamericanos y de otras etnias dentro del país. Roy Wilkins, director de la principal organización en defensa de los derechos civiles, la NAACP (Asociación Nacional Para el Progreso de las Personas de Color), lo decía, benévola pero acertadamente, cuando calificaba al presidente de «un excelente general y un hombre bueno y decente, pero si hubiera combatido en la Segunda Guerra Mundial igual que ha luchado a favor de los derechos civiles, hoy todos hablaríamos alemán».[8] Los diplomáticos de los nuevos estados africanos, que eran objeto del acoso y la segregación racial en Washington y en todo el país, no se mostraban tan comprensivos como Wilkins en los informes que enviaban a sus respectivos países.

Otro grupo que se benefició escasamente de la América de Eisenhower y de la Guerra Fría eran las mujeres que querían construir sus propias vidas fuera de los confines de la familia y el trabajo doméstico. Durante la guerra muchas mujeres habían encontrado un empleo gratificante en la industria y en los servicios. Pero el énfasis en los valores familiares y en la crianza de los hijos durante la Guerra Fría había obligado a muchas de ellas a abandonar sus empleos y a volver a su papel primordial de esposas y madres. A algunas mujeres la conformidad de la sociedad estadounidense durante los años cincuenta les resultaba asfixiante. Hacia el final de la década empezaron a aumentar tanto la tasa de empleo femenino como la

participación de las mujeres en las organizaciones y en la política. Sin embargo, el mayor hito se produjo en 1960, con la disponibilidad generalizada de la píldora anticonceptiva. El acceso a un control de la natalidad eficaz, decidido por las propias mujeres, transformó la vida familiar de la América de la Guerra Fría, y poco a poco fue creando oportunidades para una participación mucho más activa de las mujeres en la sociedad. Pero los conservadores en materia social condenaban los efectos que tenía la píldora en las cifras de la población y en la conducta sexual de los jóvenes. Los predicadores cristianos, tanto católicos como evangélicos, afirmaban que el control de la natalidad era obra del diablo, junto con el comunismo, el «amor libre» y la homosexualidad.

Durante los años cincuenta, el énfasis en el bienestar material y en la conformidad social dio lugar a un gran descontento, no solo entre los grupos más desfavorecidos. Muchos jóvenes se preguntaban si podían hacer más y tener más experiencias que lo que podía verse a lo largo del camino que la generación de sus progenitores había trazado para ellos. La inquietud era a la vez política y cultural. En la música, el cine, la literatura y la moda, los gustos se volvieron más atrevidos a medida que avanzaba la década. Algunos se preguntaban si podían hacer más por su país, como por ejemplo contribuir a librar la Guerra Fría más eficazmente. Muchos progresistas temían que Estados Unidos perdiera terreno respecto a la Unión Soviética en la competencia internacional para ganarse el corazón y la mente de la gente. Al fin y al cabo, la Guerra Fría había sido un proyecto político progresista en la misma medida, cuando no más, que un proyecto conservador. En 1958, un joven senador demócrata de Massachusetts, John F. Kennedy, afirmaba que al presidente Eisenhower le preocupaba más equilibrar el presupuesto que derrotar a la URSS. A consecuencia de ello, el poderío militar soviético estaba superando al de Estados Unidos, generando «un peligro más mortífero que cualquier peligro que hayamos conocido en tiempos de guerra».[9] El presidente desestimó las palabras del senador Kennedy, al que tildó de oportunista político inexperto.

Eisenhower ha sido justamente elogiado por alejar a Estados Unidos de la histeria política de los comienzos de la Guerra Fría. Pero, aunque el

presidente no era un histérico de la Guerra Fría, tampoco era capaz de concebir un mundo sin una confrontación con la Unión Soviética. Eisenhower carecía de la imaginación y la voluntad política suficientes como para pensar en poner fin a la Guerra Fría tras la muerte de Stalin. Cuando los nuevos dirigentes soviéticos intentaron normalizar sus relaciones con Occidente, por el procedimiento de poner fin a la guerra de Corea, de reducir la presencia de sus tropas en Europa, y de hablar de coexistencia pacífica, el presidente de Estados Unidos titubeó. John Foster Dulles y su hermano, Allen Dulles, director de la CIA, estaban convencidos de que la seductora ofensiva de Jruschov no era más que eso: un intento de que Occidente bajara la guardia al tiempo que los soviéticos incrementaban la subversión en todo el mundo. Teniendo en cuenta la fuerza del anticomunismo imperante en el país, y sobre todo en su propio partido, Eisenhower no quiso correr el riesgo de mantener reuniones inútiles con los soviéticos. Incluso Winston Churchill, el viejo defensor de la Guerra Fría, animaba al presidente a tender la mano a los soviéticos. «¿No sería bueno –le preguntaba a Eisenhower en abril de 1953–, combinar la reafirmación de su inflexible determinación, y de la nuestra, compensándola con alguna expresión de esperanza en que hemos entrado en una nueva era? A mi juicio, se ha creado una nueva esperanza en este mundo infeliz y desconcertado. Deberíamos ser capaces de proclamar nuestra inquebrantable determinación de resistirnos a la tiranía y a la agresividad comunistas y al mismo tiempo, pero por separado, manifestar lo mucho que nos alegraría descubrir que ha habido un cambio de actitud real, para que no se diga que le hemos cerrado la puerta.»[10] Pero Eisenhower no creía que las aspiraciones de los dirigentes soviéticos hubieran cambiado demasiado, y se resistió a todas las presiones a favor de una cumbre hasta mediados de 1955.

El debate celebrado en Ginebra en 1955 entre los dirigentes de la alianza de los tiempos de la guerra fue el primero de ese tipo desde 1945. Eisenhower había accedido a participar en la cumbre debido a la voluntad de los soviéticos de apoyar una solución para Indochina y la reunificación de Austria, que estaba dividida en zonas de ocupación desde la Segunda

Guerra Mundial. Aunque las conversaciones fueron corteses, no se llegó a ninguna conclusión trascendental. Los estadounidenses llegaron a la conclusión, bastante acertada, de que perduraba la lucha de poder entre los dirigentes soviéticos tras la muerte de Stalin. Cuando se reunió con Nikolái Bulganin, primer ministro soviético, el presidente Eisenhower «planteó la cuestión de los [países] satélites: explicó que había literalmente millones de estadounidenses cuyas raíces y orígenes estaban en Europa central. Para él, el estatus de los países satélites era un motivo de preocupación muy genuina. No era un asunto sobre el que pudiera permanecer callado. Bulganin señaló que era un asunto en el que era mejor no ahondar en aquella conferencia: iba a requerir tiempo y una mejora en el ambiente».[11]

La revolución húngara, que se produjo al principio del segundo mandato de Eisenhower, supuso un grave revés para las relaciones este-oeste. Eisenhower no empezó a pensar en un posible cambio de su política respecto a la URSS hasta el final de su presidencia. En 1959, en su discurso sobre el estado de la Unión, Eisenhower habló por extenso de la necesidad de fortalecer las instituciones de la paz, y el año siguiente, el último de su presidencia, accedió a reunirse con Jruschov en París en mayo. El objetivo de la conferencia era debatir una reducción de las tensiones en Europa, y sobre todo la cuestión de Alemania. Dado que se había decidido celebrar la cumbre en París, Eisenhower también esperaba poder convencer al voluble general De Gaulle, que en aquel momento volvía a ser presidente de Francia, para que se sumara a un planteamiento unitario por parte de la OTAN a la hora de hablar con los soviéticos de los problemas de seguridad en Europa. En colaboración con sus asesores de máxima confianza, Eisenhower había empezado a preparar una respuesta más positiva a las propuestas soviéticas de una prohibición de las pruebas de nuevos tipos de armamento nuclear. Es posible que el presidente abrigara la esperanza de un gran avance de aquellas negociaciones en París.

De ser así, Eisenhower nunca tuvo la posibilidad de poner a prueba las intenciones de los soviéticos. El 1 de mayo de 1960, la Fuerza Aérea soviética derribó un avión espía U-2 estadounidense, que volaba a través de la URSS procedente de Peshawar, en Pakistán, con rumbo a Bodø, en

Noruega. Jruschov estaba furioso. Pero el dirigente soviético también sabía cómo actuar de cara a la galería. Mientras los estadounidenses intentaban mentir torpemente, diciendo que se trataba de una misión meteorológica que había salido mal, los soviéticos montaron un espectáculo en Moscú con el piloto, que había sido rescatado. Gary Powers admitió que estaba realizando un vuelo de espionaje para la CIA. Jruschov estaba encantado con aquel filón de propaganda. Pero no se decidía a cancelar la cumbre de París, que empezaba dos semanas después. Al final, Jruschov viajó a París, pero tras ser presionado por los representantes de la línea dura del partido, en el último momento se negó a reunirse con Eisenhower. El dirigente soviético, que ya estaba siendo objeto de los ataques de los chinos por mostrarse demasiado débil frente al imperialismo, no podía correr el riesgo de asistir a una reunión en la cumbre en aquellas circunstancias.

Tanto los dirigentes de la URSS como los de Estados Unidos tenían muy presente a China y a Asia cuando la presidencia de Eisenhower tocaba a su fin. El presidente de Estados Unidos tenía la sensación de que había consolidado a Occidente y le había proporcionado un objetivo común por el que podía enfrentarse a la Unión Soviética y sus aliados. Pero no estaba tan seguro de la posición de Estados Unidos en Asia. El presidente temía la expansión del poder de China, y estaba convencido de que Beijing iba a intentar extender el comunismo por el sudeste asiático. «Si los comunistas establecen una posición fuerte en Laos, Occidente estará acabado en toda la región del sudeste asiático», le dijo Eisenhower a sus principales asesores poco antes de dejar el cargo.[12] Daba poca credibilidad a los informes que hablaban de un cisma fundamental y permanente entre China y la URSS. La Guerra Fría en Asia «es como jugar al póquer con apuestas muy altas y [...] no existe una solución fácil», le dijo el presidente a su sucesor, John F. Kennedy, cuando se reunió con él en la Casa Blanca en enero de 1961.[13] Eisenhower lamentaba «la influencia comunista en las tropas chinas, y señalaba la capacidad de estas para conseguir una moral mucho más alta entre los pueblos subdesarrollados que, aparentemente, entre los aliados occidentales».[14] Tras poner a salvo a Occidente, Estados Unidos parecía disponerse a iniciar un nuevo capítulo de la Guerra Fría.

9

El azote de China

Hay una extraña simetría en el siglo XX de China, y tiene mucho que ver con la Guerra Fría ideológica. Al principio del siglo, la revolución republicana de China se vio desbordada por el comunismo y los conflictos. Al final del siglo, el comunismo se vio desbordado por el dinero y los mercados. Entremedias hubo un terrible periodo de destrucción y de reconstrucción, de entusiasmo y de cinismo, y de ríos de sangre casi interminables. Por lo que más se caracterizan todas esas revoluciones chinas es por su sed de sangre: según una estimación reciente, 77 millones de chinos murieron por causas no naturales a consecuencia de las guerras o de los asesinatos de masas por motivos políticos entre las décadas de 1920 y 1980, y la inmensa mayoría de ellos murieron a manos de compatriotas suyos.[1]

La República Popular China, el Estado comunista que crearon en 1949 Mao Zedong y su partido, había prometido paz y desarrollo como sus aspiraciones principales. Por el contrario, los nuevos dirigentes chinos llevaron a sus compatriotas, casi de inmediato, a una nueva guerra en Corea, en la que el país sufrió por lo menos 800.000 bajas. En el verano de 1953, cuando concluyó la guerra de Corea, China era un país exhausto, que tenía que abordar una gigantesca tarea de reconstrucción tras casi veinte años de guerras constantes. Los dirigentes chinos habían decidido que la Unión Soviética debía ser su modelo a imitar. Estaban firmemente convencidos de que, a escala mundial, el futuro le pertenecía al socialismo, y de que la estrecha alianza de China con los soviéticos iba a contribuir a poner a su país a la vanguardia del progreso mundial. Por supuesto, Mao y

sus camaradas también estaban convencidos de que el apoyo militar de Moscú les ayudaba a proteger su revolución de los rapaces imperialistas estadounidenses. La guerra de Corea había venido a demostrárselo, aunque no siempre habían estado satisfechos con el nivel de apoyo soviético durante los combates. Al fin y al cabo, señalaba Mao, los chinos eran los que combatían y morían en nombre del Bloque socialista, que incluía a los norcoreanos y a los propios soviéticos.

El comunismo debía ser el arma para la modernización de China, según la propaganda del partido. Iba a hacer al país rico y fuerte. Pero la agenda de Mao iba más allá de la creación de un país moderno y adinerado. Él quería transformar la sociedad china y la forma de pensar de la gente. La culpable de la debilidad del país era la «vieja China», pensaba Mao, incluso más culpable que los imperialistas británicos, japoneses o estadounidenses. A Mao le gustaba comparar las formas de pensar confucianas y tradicionales con las mujeres con los pies vendados, que iban renqueando de acá para allá mientras sufrían el desdén de los demás. Su «nueva China», por otro lado, debía ser juvenil, progresista y militante. Todos los que se interponían en su camino eran «plagas» que había que exterminar; los terratenientes, los sacerdotes y los capitalistas frenaban el avance de China a propósito, en beneficio de sus propios intereses. Tenían que desaparecer, igual que todas las fuerzas que entorpecieran la sociedad que iban a crear los comunistas. Para Mao se trataba de una lucha milenaria. Era la última oportunidad de China para redimirse y recuperar su legítima posición en el mundo.

Al principio, en los años cincuenta, el presidente Mao y su grupo dirigente estaban convencidos de que el avance de China tan solo podía producirse en el marco de la comunidad de estados comunistas liderado por los soviéticos. Pero a finales de la década, aparecieron las dudas. A Mao el desarrollo al estilo soviético le parecía demasiado lento. Él quería ver a China descollar con sus propios ojos. A partir de 1956, el presidente creyó durante un tiempo que los intentos de Jruschov de reformar el Bloque soviético, y de hacerlo más equitativo y diverso, podían satisfacer las necesidades de China. Pero las críticas soviéticas a los planes de desarrollo

acelerado de China le desengañaron. En medio de una serie de conflictos sobre el desarrollo nacional y sobre los asuntos internacionales, la alianza chino-soviética se fue a pique. A principios de los años sesenta, el concepto de «estados hermanos» había desaparecido, y fue sustituido por una enemistad tan profunda que casi desencadena una guerra al final de la década.

Durante la mayor parte de los años sesenta, China se vio sola, aislada internacionalmente, y sumida en unas campañas políticas cada vez más profundas para satisfacer las ansias de Mao de una transformación de la sociedad. El progreso económico se resintió. La Gran Revolución Cultural Proletaria, proclamada por Mao en 1966, convirtió a la política en el juez de todas las cosas. «Es mejor ser rojo que ser experto», era una de sus consignas. El resultado fue una sociedad caótica, donde abundaban la violencia y los trastornos. Al final de su segunda década en el poder, los comunistas chinos estaban al mando de un país que parecía estar al borde de una guerra civil. Daba la impresión de que la entrada de China en la Guerra Fría había traído justo lo contrario de lo que esperaba la mayoría de los chinos.

El Partido Comunista de China (PCCh) había sido una organización dedicada a la guerra durante la mayor parte de su existencia. Aunque había empezado a adquirir cierta experiencia en la administración civil a medida que iba conquistando territorios durante la Guerra Civil de 1946-1950, no estaba en absoluto preparado para dirigir una sociedad compleja de más de seiscientos millones de habitantes, con por lo menos sesenta grupos étnicos, y una geografía que se extendía desde un norte seco y frío hasta un sur subtropical. Los comunistas no habían administrado una ciudad hasta que conquistaron Harbin, junto a la frontera soviética, en 1946, y desconfiaban profundamente de lugares como Shanghái, Wuhan o Guangzhou –ciudades cosmopolitas donde los comunistas, que operaban en el campo desde la generación anterior, tenían escasa influencia. A algunos miembros del PCCh les repugnaba tanto la inmundicia –física y moral– que encontraron en

Shanghái cuando conquistaron la ciudad en 1949 que quisieron suprimirla y conducir a su población al campo, donde pudiera reformarse a través del trabajo duro y las tareas de baja cualificación. Al final, Mao se opuso a tamaños excesos; quería utilizar las ciudades como escaparates del poder transformador del comunismo chino.

Mao tenía sesenta años cuando terminó la guerra de Corea. Calculaba que le quedaban otros diez años para influir en China, y quería un desarrollo rápido. A partir de 1953 Mao suscribía plenamente los principios de la planificación centralizada y estructurada, al estilo soviético, que defendían sus colegas Liu Shaoqi y Zhou Enlai, y se conformaba con dejar que los expertos más jóvenes, formados en la URSS, gestionaran los aspectos cotidianos de la economía. Aunque en sus campañas militares había sido un perfeccionista, en tiempos de paz Mao nunca fue un hombre detallista. Pero sí quería recalcar a sus camaradas más jóvenes su preocupación por la idea de que se les acababa el tiempo. China necesitaba recuperar el terreno perdido respecto a Occidente, y así llegar a ser un socio más útil para los demás países comunistas. Aunque casi nunca se atrevía a decirlo en voz alta, Mao pensaba que China debía convertirse en el líder de los partidos y los países comunistas, y ser el más estrecho colaborador de la propia Unión Soviética. Tras la muerte de Stalin, Mao era el dirigente comunista más veterano. Pero, a juicio de Mao, China y él mismo, debían ganarse esa posición. Una rápida transformación socialista sería la mejor demostración de la dedicación de China a la causa.

Los comunistas chinos tenían que empezar en las ciudades. Aunque Mao estaba al mando de un ejército de base campesina, nunca dudó de que su partido llegaría a ser un partido proletario a medida que fuera madurando la clase obrera china. Ahora, de repente, los comunistas se veían al mando de las ciudades, donde tenían un escaso nivel de organización entre los obreros. Al igual que en Europa oriental, algunos de aquellos obreros habían tomado el poder por su cuenta en sus fábricas cuando la guerra y la Guerra Civil tocaban a su fin. Los comunistas se enfrentaban a la doble tarea de restablecer la producción industrial y de organizar a los trabajadores en sindicatos dirigidos por los comunistas. La estrategia que

eligieron, muy influidos por sus asesores soviéticos, combinaba el engatusamiento y las presiones con las promesas de recompensas materiales para los obreros en cuanto se reanudara la producción industrial. Toda la industria debía adherirse al plan nacional, y el partido nombraba a los gestores y directores. En caso de que los propietarios hubieran huido o de que fueran sospechosos de colaborar con Japón o con Chiang Kai-shek, las fábricas eran confiscadas por el Estado. Pero en los comienzos de la República Popular, la planificación era más importante que la propiedad. Hasta finales de los años cincuenta no se nacionalizó toda la industria.

En sus campañas en las ciudades, el PCCh contó con la ayuda del entusiasmo de muchos chinos jóvenes, urbanos y de clase media. Aunque algunos de ellos ya habían ingresado en el partido durante la Guerra Civil, la mayoría no lo había hecho, y ahora estaban ansiosos de compensarlo manifestando su patriotismo y su dedicación a la causa comunista. Estuvieron en la vanguardia de las campañas en materia de salud pública, servicios sanitarios, o educación, o en las cruzadas del partido contra los vicios sociales como la prostitución, el consumo de drogas o el juego. Aquellos chinos jóvenes y cultos, junto con los que se habían formado en las zonas de base del partido durante la guerra, acabaron siendo los funcionarios de los departamentos estatales y las instituciones de la República Popular. Mientras que los cuadros más veteranos representaban las purgas, las detenciones y las ejecuciones, los simpatizantes más jóvenes hacían gala del lado romántico del comunismo, con su entusiasmo, impregnado de nacionalismo, por las reformas y la reconstrucción.

La rápida transformación de China durante los años cincuenta no habría sido posible sin la ayuda soviética. El programa soviético de asistencia para China no solo era el mayor que había emprendido Moscú fuera de sus fronteras. Era también, en términos relativos, el mayor programa de ese tipo emprendido por un país en todo el mundo, incluido el Plan Marshall estadounidense para Europa. El total, para el periodo comprendido entre 1946 y 1960, ascendió a aproximadamente 25.000 millones de dólares en precios actuales, algo menos del 1 % del PIB anual de la URSS. Pero en realidad los costes fueron mucho más altos. La cifra no incluye las

transferencias de tecnología, ni los salarios de los expertos soviéticos destinados a China, ni las becas para los estudiantes chinos en la URSS. Aunque a eso le restáramos el 18 % aproximadamente que aportaron los aliados de la Unión Soviética, y en torno al 15 % que al final devolvieron los chinos, todavía nos encontramos ante un programa de un alcance tan inmenso que tuvo importantes consecuencias para ambos países.

Aunque los primeros acuerdos sobre la ayuda soviética al PCCh se firmaron durante la Guerra Civil china, fue Nikita Jruschov quien realmente intensificó el programa hasta aquella magnitud sin precedentes. Para Jruschov, la renuencia de Stalin a establecer una relación más estrecha con los chinos era un síntoma de la demencia creciente del antiguo Jefe. El propio Jruschov veía unas oportunidades ilimitadas. Pensaba que la alianza del país más grande del planeta con el más poblado iba a impulsar al comunismo hasta la victoria mundial. El potencial de cooperación en términos de recursos y de talento humano era infinito. Y China podía transformarse a imagen de los comunistas, es decir de los soviéticos, por la libre voluntad de sus propios dirigentes y su propio pueblo. Para Jruschov, era una ocasión demasiado buena para dejarla escapar.

Así pues, no es de extrañar que el primer viaje al extranjero del nuevo líder soviético en 1954 fuera a Beijing. La capital china, a la que Mao, conocido por su apego al campo, se había mudado de mala gana tras la victoria comunista, se adornó con sus mejores galas como preparativo para recibir a su prominente invitado. El hecho de que Jruschov hubiera escogido China como primer destino era importante para Mao. Y también era importante que el dirigente soviético fuera a verle a él, y no al revés, como había ocurrido cuatro años antes bajo el mando de Stalin. Pero aún más relevantes fueron los regalos que Jruschov había decidido llevar consigo. Prometió un drástico aumento de la ayuda soviética a China, tanto civil como militar. Un tercio de todos los proyectos previstos en el primer Plan Quinquenal chino debían ser ejecutados y financiados con la ayuda de la URSS o de los países de Europa oriental. Pero además Jruschov aceptó una relación más igualitaria entre ambos países: se iban a abolir los privilegios soviéticos en las zonas fronterizas de China, y la propiedad de las

«empresas conjuntas», creadas a instancias de Stalin, iba a pasar a manos chinas. Jruschov incluso prometió compartir con los chinos la tecnología nuclear soviética.

Además, Jruschov accedió a enviar más asesores soviéticos a China. A lo largo de los años cincuenta, dichos asesores desempeñaron un papel crucial en toda la administración central de China, en sus gobiernos regionales y provinciales, y en las principales empresas industriales. Ir a China se puso de moda entre los jóvenes expertos soviéticos. Allí gozaban de buenas condiciones. Pero también satisfacían la necesidad real por parte de los chinos de reponer las pérdidas sufridas a raíz de la guerra o del exilio. Los expertos soviéticos asesoraban sobre todos los aspectos de la vida en la nueva China –desde el trabajo con los jóvenes y las mujeres, las minorías nacionales, o el derecho y la política penitenciaria, hasta la educación, la tecnología y la instrucción militar. En conjunto, la cooperación dio buenos resultados. Los chinos veían a los soviéticos como el modelo de lo que ellos querían llegar a ser: cultos, entregados y eficaces. Por supuesto había conflictos culturales, y a veces a los chinos les molestaba lo que para ellos eran los intentos soviéticos de tratarlos con prepotencia. Pero en conjunto la alianza chino-soviética supuso un reto formidable para la hegemonía de Occidente durante la Guerra Fría.[2]

Los soviéticos ejercieron una influencia clave en los asuntos militares. Más de 10.000 oficiales del Ejército Popular de Liberación (EPL), se formaron en la Unión Soviética, y muchísimos otros lo hicieron con los instructores del Ejército Rojo en China. El resultado fue un Ejército chino moderno, que cada vez se parecía más al Ejército Rojo, que tenía los mismos cometidos dentro del país, y que guerreaba más o menos de la misma forma. Aquel nuevo EPL tenía tres cometidos principales. En primer lugar, se concibió como una fuerza de combate eficaz, formado de acuerdo con las últimas doctrinas militares y equipado con el mejor armamento que los soviéticos y los europeos orientales estaban dispuestos a ofrecerle. En segundo lugar, debía ser un laboratorio para educar a los jóvenes chinos a servir en un nuevo mundo socialista. Y en tercer lugar, el Ejército debía

contribuir a construir los proyectos de desarrollo civil de China, igual que lo había hecho el Ejército Rojo en el pasado.

Otro de los principales ámbitos de influencia soviética fue la reforma educativa. Los chinos querían imitar la educación tal y como se había desarrollado en la Unión Soviética, haciendo hincapié en la ciencia y la tecnología, pero también con amplios programas de base para la alfabetización, los conocimientos de aritmética y la política. Uno de los puntos principales era encajar la educación en el Plan Quinquenal. El Gobierno fijaba el objetivo del número de ingenieros, químicos y otros grupos especializados que se necesitaban cada año. Los candidatos para el ingreso se seleccionaban de acuerdo con criterios políticos, de clase y de mérito; tenían que ser brillantes y al mismo tiempo rojos. El Ministerio de Educación destacaba la necesidad de poder predecir el número de personas disponibles para entrar a trabajar en las fábricas y en las minas cada año –al igual que en la Unión Soviética durante los años treinta, a menudo a los estudiantes se les asignaba un destino laboral específico para el futuro ya desde su segundo curso universitario (aunque las autoridades casi nunca consideraban necesario informar a los propios estudiantes de lo que les esperaba).

Los soviéticos eran conscientes de los problemas que tenía el PCCh para gobernar las ciudades. Ellos aportaron sus consejos sobre planificación urbana. La ciudad socialista tenía que ser moderna, planificada, productiva y segura para la élite comunista. Las avenidas amplias y las grandes plazas urbanas facilitaban la movilidad de los obreros de casa a las fábricas y viceversa, pero también podían resultar prácticas en caso de que el EPL necesitara entrar en el centro de una ciudad para aplastar una sublevación contrarrevolucionaria. En el caso de Beijing –la nueva capital nacional y por consiguiente el escaparate de la planificación comunista– el Plan General para la Reconstrucción de Moscú, de 1935, fue el modelo concreto a seguir. En una ocasión, y con cierto espanto por parte de los asesores soviéticos, los planificadores chinos simplemente superpusieron una transparencia del plano de Moscú sobre el mapa del viejo Beijing. La ciudad de la dinastía Ming tuvo que cederle el paso a la alta modernidad

socialista. El mismo centro urbano, con su plaza central (que hoy se llama plaza de Tiananmén) enormemente ampliada, tuvo que ser reconstruido. Una nueva avenida para desfiles militares –llamada, paradójicamente, la Avenida de la Paz Eterna– dividía en dos la ciudad vieja. En conjunto, en Beijing había que destruir cada año un millón de casas antiguas y construir dos millones de casas nuevas. La ciudad debía aspirar a tener la misma densidad de población que Moscú, y la mayoría de sus habitantes debían ser obreros industriales (un sector que tan solo representaba el 4 % de la mano de obra en 1949).

Había que reconstruir conforme a los consejos soviéticos no solo el centro de la nación sino también las periferias. Las políticas hacia las minorías o «nacionalidades» eran un asunto de especial importancia para los comunistas chinos. Querían contarlas, catalogarlas y, ante todo, controlarlas. Un asunto que provocaba una preocupación particular era que la mitad de dichos grupos vivían en más de un país. El potencial para la subversión contra los intereses de China parecía ingente, sobre todo teniendo en cuenta que en el pasado la relación del PCCh con los tibetanos, lo mongoles, los uigures, los kazajos y otros grupos no siempre había sido fácil. Los chinos querían utilizar en su provecho la experiencia de los soviéticos en el manejo de los problemas con las minorías. Sin embargo, había que tratar el asunto con cuidado, por ambas partes, dado que algunas de aquellas minorías vivían en los territorios fronterizos entre China y la propia Unión Soviética.

La insistencia del PCCh en «recatalogar» su inventario de grupos étnicos, unida al periodo de autonomía regional y local sin precedentes que habían creado las guerras de principios del siglo XX, contribuyeron a los inesperados resultados de la década de 1950. En el gran recuento de pueblos, a veces los organismos locales se combinaban con las complejidades de la teoría marxista-leninista para ofrecer nuevas oportunidades a los grupos marginales. La subdivisión de China en 56 nacionalidades fue caprichosa, y a menudo fruto de decisiones que se tomaron alrededor de una mesa en Beijing. Pero a pesar de todo, dio lugar a que algunos grupos que nunca habían tenido instituciones propias de

repente pasaran a ser uno de los pueblos de China, con representación a todos los niveles hasta el Congreso Nacional Popular (el Parlamento de China). Aunque la represión política comunista podía cebarse con cualquiera dentro de las fronteras de China, el reconocimiento como nacionalidad diferenciada confería cierto grado de protección frente a los aspectos más atroces de las campañas políticas de la República Popular, por lo menos hasta que comenzó la Revolución Cultural en 1966.

A pesar de que había llegado al poder a la cabeza de un ejército de campesinos, el PCCh se tomó su tiempo a la hora de abordar las cuestiones del campo. Por ejemplo, esperó seis años hasta que dio el salto a la plena colectivización de la agricultura. Ese enfoque comedido obedecía a varias razones. Los soviéticos habían aconsejado ir despacio, y no repetir algunos de los errores de la colectivización en la URSS y en Europa oriental. Muchos líderes campesinos chinos se mostraban escépticos. Sabían muy bien que los campesinos se habían unido a la revolución para conseguir sus propias tierras. Quitárselas podía resultar políticamente peligroso. Pero al final se impuso la impaciencia de Mao, con el apoyo de los miembros más jóvenes del PCCh que consideraban que la colectivización era un elemento de rigor en un Estado comunista. A partir de 1956 se colectivizaron la mayoría de las tierras en la región central del país, hasta llegar al 90 % de toda la producción agrícola china. Según todos los indicios, la colectivización en China fue un gran éxito tanto política como económicamente.

Mao Zedong reflexionó sobre los éxitos aparentes de la colectivización y después sacó unas conclusiones erróneas. Empezó a creer que el PCCh se había mostrado pura y simplemente demasiado vacilante a la hora de aplicar las principales reformas económicas. Tal vez, pensaba Mao, China se estaba conteniendo demasiado, prestando demasiada atención a los consejos de los planificadores y de los economistas formados en la Unión Soviética. ¿Acaso tenía que mostrarse más decidido, avanzar más deprisa, como habían hecho el PCCh y su Ejército durante la guerra?[3] Por el momento prefirió no decir nada, por lo menos en público. Pero tras el discurso de Jruschov en el XX Congreso del PCUS en 1956, donde criticaba el dogmatismo soviético en el pasado y hacía hincapié en que todos los países

comunistas debían encontrar su propio camino al socialismo, Mao empezó a ser más franco a la hora de destacar la posición privilegiada de China y la necesidad de acelerar su transformación social y económica.

Lo que provocó que Mao se pusiera manos a la obra fueron las crisis de Polonia y Hungría durante el otoño de 1956. Mao y muchos de sus asesores consideraban que la razón de que los obreros de Europa oriental se hubieran sublevado era que los partidos comunistas de la región no habían prestado atención a las condiciones locales. Además, habían tardado demasiado, y lo habían hecho con desgana, en ofrecer las modalidades de socialismo avanzado con que se habrían ganado el apoyo de los trabajadores. En otras palabras, la respuesta a Hungría no era menos socialismo, sino más socialismo, sobre todo teniendo en cuenta que los dirigentes del PCCh temían que la propia China fuera vulnerable al mismo tipo de disturbios que se habían producido en Europa oriental. Los obreros, sobre todo, estaban descontentos con su situación en China, y tras la revolución húngara empezaron a llegar a diario noticias sobre huelgas. Entre aquellas manifestaciones, señalaba la dirección del partido «algunas estaban encabezadas por miembros de partido y de sus juventudes; los presidentes de [...] los sindicatos participaron en algunas de ellas; algunas fueron promovidas por elementos contrarrevolucionarios. En muchos casos, las masas estaban en pie de guerra, y algunos dirigentes administrativos llegaron a gritar: "tenemos que luchar hasta el final"».[4]

En un primer momento la reacción de Mao fue abrirse a las críticas contra las prácticas del partido, «dejar que florezcan cien flores», en sus propias palabras. Durante unas cuantas semanas vertiginosas de la primavera de 1957, se permitió –y en algunos casos se fomentó– que los chinos de cualquier condición social manifestaran sus propias opiniones. Después, asustados ante la lluvia de críticas que cayó sobre ellos, los dirigentes del partido dieron marcha atrás y lanzaron una campaña «antiderechista» para castigar a los que se habían atrevido a dar su opinión. Las críticas de las «cien flores» habían sido sobre todo de tres tipos. Algunos consideraban que el partido era demasiado burocrático y dogmático. Otros arremetían contra la falta de libertades políticas básicas en

China. Y el tercer grupo afirmaba que el partido no era lo bastante nacionalista; decía que el PCCh anteponía los intereses de la Unión Soviética a los de China. Después de condenar a los osados críticos a los campos de trabajo o a cosas peores, Mao empezó a preparar una ofensiva a favor de un socialismo avanzado, con la esperanza de que los comunistas recuperaran el entusiasmo popular de la era de los tiempos de guerra.

El Gran Salto Adelante, como él lo llamó, acabó convirtiéndose en la campaña comunista más mortífera de todos los tiempos, aunque empezó siendo una terapia de choque para aumentar la producción industrial. A Mao le preocupaba que China no estuviera recuperando el terreno perdido respecto a los países avanzados con la suficiente rapidez. El constante avance del primer Plan Quinquenal era bueno, pero no suficiente, a juicio de Mao. China podía conseguir mejores resultados si confiaba en sus propias fuerzas y en su iniciativa. Otros dirigentes comunistas, que tendrían que haberse dado cuenta –como el presidente Liu Shaoqi, el primer ministro Zhou Enlai, y el jefe del aparato del partido, Deng Xiaoping– se vieron atrapados en unos planes de desarrollo cada vez más descabellados que debían catapultar a China hacia el comunismo, o eso prometía Mao.

El Gran Salto obedecía a la obsesión de Mao por el poder de la voluntad humana. Mao, que nunca fue un verdadero materialista en sentido marxista, siempre creyó que todo progreso dependía de la disposición y la capacidad de la gente de llevar a cabo una transformación socialista. Si esos planes no eran lo bastante satisfactorios, se debía a que aún no se había movilizado todo el potencial humano. Mao decretó que China podía combinar un rápido desarrollo de la agricultura con un aumento masivo de la producción industrial mediante el uso de la mano de obra. Debería «ser posible que China se ponga a la altura de los países capitalistas avanzados en materia de producción industrial y agrícola en un periodo más corto de lo que habíamos previsto anteriormente», explicaba durante la primavera de 1958. «China podría alcanzar a Gran Bretaña en diez años, y a Estados Unidos en otros diez.»

Los elementos nucleares del Gran Salto fueron las comunas populares, que se crearon por toda China durante el verano de 1958. Se tiraron por la

borda los métodos de planificación de los años anteriores, y se asignó a las nuevas comunas unos objetivos de producción totalmente irrealizables. Se decidió que había que duplicar la producción de acero del país en el plazo de un año, y que las comunas rurales tenían que contribuir a cumplir ese objetivo. A veces, por pura desesperación, lo hicieron simplemente fundiendo sus aperos agrícolas. Se apartó de los campos a millones de campesinos durante la temporada de siembra y de cosecha para que trabajaran en proyectos de construcción o de irrigación planeados deficientemente. A veces el PCCh, inspirándose en la campaña soviética en las tierras vírgenes, obligaba a los campesinos a abandonar sus campos y a trasladarse a otras zonas donde carecían de medios de subsistencia. En el seno de las comunas la disciplina y el colectivismo se llevaron al extremo. Los niños se alojaban en dormitorios aparte para que sus progenitores pudieran dedicarse enteramente a la producción.

Durante el invierno de 1958 mucha gente pasaba hambre, al tiempo que se mataba a trabajar en los nuevos programas de Mao. Durante la primavera de 1959 la población empezó a morirse de hambre. Cuando la pesadilla amainó, en 1961, habían muerto más de cuarenta millones de personas, en su mayoría por el exceso de trabajo y la falta de alimentos. Los testigos oculares lo describieron todo. En Xinyang, antaño una próspera ciudad de la provincia de Henán, había cadáveres congelados desperdigados por las carreteras y los campos. Algunos de ellos estaban mutilados. Los lugareños lo achacaban a los perros asilvestrados. Pero allí la gente ya se había comido los perros y el resto de animales. De modo que habían recurrido a comerse la carne de sus congéneres para sobrevivir.[6]

Mao se negaba a dar marcha atrás. Cuando los miembros honestos del partido informaron del desastre, Mao ordenó su depuración. Uno de ellos fue el mariscal Peng Dehuai, héroe de la guerra de Corea, que hizo oír su voz durante el verano de 1959. Los asesores soviéticos, entre los que inicialmente algunos habían creído que los chinos podían tener éxito con su Gran Salto, empezaron muy pronto a advertir discretamente de las consecuencias. Mao no les hizo caso. «La Unión Soviética lleva construyendo el socialismo desde hace cuarenta y un años, y no fue capaz

de llevar a cabo la transición al socialismo en el plazo de doce años. Ahora están detrás de nosotros, y ya les ha entrado el pánico», dijo Mao.[7] En el XXI Congreso del PCUS, en 1959, Jruschov advertía: «La sociedad simplemente no puede saltar del capitalismo al socialismo sin experimentar el desarrollo socialista. [...] El igualitarismo no equivale a la transición al comunismo. Al contrario, daña el prestigio del comunismo».[8]

Mientras la China de Mao viraba a la izquierda en busca del desarrollo acelerado y de la rectitud política, las cuestiones de política exterior también empezaron a perjudicar las relaciones chino-soviéticas. En el apogeo de su alianza, los soviéticos y los chinos habían colaborado estrechamente en la arena internacional. En 1954 habían obligado a los comunistas vietnamitas a aceptar un acuerdo en la Conferencia de Ginebra. En 1955, China fue el portavoz del bando comunista en la Conferencia afroasiática de Bandung. En 1956 no solo accedieron a la invasión de Hungría, sino que también impusieron sanciones a Kim Il-sung en Corea del Norte por sus purgas en el seno del partido. Pero la retórica de Mao, cada vez más antiestadounidense, y su insistencia en lo inevitable de la guerra habían empezado a irritar a los soviéticos. Les preocupaba que China no sintonizara con su ofensiva de seducción frente a Occidente.

Uno de los principales motivos de la preocupación de Moscú era la negativa china a integrarse más en el Bloque soviético, tanto en lo militar como en lo económico. Hasta 1958 había sido China la que presionaba a favor de dicha integración, mientras que los soviéticos intentaban postergarla, en parte porque temían que la enorme población de China acabara ejerciendo presión sobre las economías de la Unión Soviética y de los países de Europa oriental. Pero cuando, durante el verano de 1958, el ministro de Defensa soviético propuso unas cuantas medidas rutinarias para la coordinación militar, como los sistemas de alerta temprana gestionados por los soviéticos y la instalación de transmisores para las comunicaciones navales en China, Mao reaccionó airadamente. «No he podido dormir, y tampoco cené», le dijo al sorprendido embajador soviético, Pável Iudin.

> ¡Ustedes nunca confían en los chinos! ¡Solo se fían de los rusos! [Para ustedes] los rusos son [un pueblo] de primera clase, mientras que los chinos forman parte de los inferiores, son tontos y descuidados. [...] Pues bien, si ustedes desean la propiedad y la gestión conjuntas, ¿por qué no aplicarlo a todo –y pasamos a la propiedad y la gestión conjunta de nuestro Ejército, nuestra Armada, nuestra Fuerza Aérea, nuestra industria, nuestra agricultura, nuestra cultura y nuestra educación? O también pueden quedarse con los más de 10.000 kilómetros de costas de China y dejar que nos quedemos tan solo con una fuerza guerrillera. Con unas cuantas bombas atómicas ustedes creen que están en condiciones de controlarnos.[9]

Como es comprensible, los soviéticos se quedaron horrorizados ante la invectiva de Mao. En contra del consejo de sus colegas, Jruschov viajó apresuradamente a Beijing para tranquilizar a su airado colega revolucionario. Mao sometió al dirigente soviético a sus sermones sobre la impotencia del imperialismo estadounidense, pero no estaba dispuesto a entrar en demasiados debates concretos. Jruschov regresó a Moscú convencido de que había logrado contener la crisis, pero poco después se enteró de que la República Popular había empezado a bombardear las islas frente a las costas chinas que estaban en poder del Kuomintang tan solo dos semanas después de su vuelta, provocando deliberadamente una crisis con los estadounidenses. Aunque Mao había aludido a su deseo de «liberar» Taiwán, durante la visita no se había hablado de la acción militar de China. Aparentemente, China lo hizo con la intención de advertir tanto a los soviéticos como a los estadounidenses de que era capaz de actuar por su cuenta. Una vez más, Jruschov defendió a los chinos en público, pero para sus adentros estaba furioso. Un par de meses después, Mao puso fin abruptamente a la confrontación por las islas. Declaró con displicencia que en el futuro la República Popular solo iba a bombardear los territorios en poder del Kuomintang un día sí y otro no, para que los soldados de Chiang Kai-shek pudieran salir al exterior a tomar el sol y respirar aire fresco de vez en cuando. En Moscú, algunos dirigentes soviéticos empezaron a cuestionar la estabilidad mental de Mao.

Después se sucedieron otras crisis, a pesar de que la alianza parecía seguir en un estado aceptable, por lo menos desde el exterior. En China, Mao Zedong tenía que lidiar con las secuelas del Gran Salto y podía dedicar

menos tiempo a los asuntos exteriores. Sin embargo, a partir del verano de 1959, da la impresión de que, en su fuero interno, Mao empezó a relacionar sus problemas nacionales con su problema soviético. Consideraba que los chinos que estaban cuestionando sus políticas del Gran Salto lo hacían porque estaban demasiado entusiasmados con la vía soviética al desarrollo. Si sus críticos lograban volver a los planteamientos soviéticos podían destruir la revolución de Mao. Por consiguiente, Mao empezó a enviarle notas a sus colaboradores más íntimos donde criticaba a los soviéticos, pero también arremetía contra quienes dudaban del Gran Salto. «En los comienzos de la construcción de la Unión Soviética, la velocidad del desarrollo industrial fue muy alta. Posteriormente [...] se ha reducido. Los planificadores soviéticos han ido reduciendo constantemente la velocidad del desarrollo. [Eso demuestra] su pensamiento desviacionista de derechas.»[10]

Si los soviéticos eran «desviacionistas de derechas», evidentemente la alianza sufría algún tipo de problema. Era uno de los ataques más graves que se podía hacer contra un colega marxista. Mao siguió lanzando acusaciones parecidas. En 1959, cuando Jruschov, tras muchos preparativos, emprendió la primera visita de un dirigente soviético a Estados Unidos, los medios de comunicación chinos más bien lo ignoraron, al tiempo que intensificaban su propaganda antiestadounidense. Y lo que es peor, más o menos por aquella misma época Beijing se vio envuelta en una serie de incidentes fronterizos con India, lo que suministró mucha munición a los anticomunistas tanto de Asia como de Washington. Aunque probablemente Nueva Delhi tuvo la misma responsabilidad que Beijing por aquellas escaramuzas, Jruschov estaba furibundo, tanto por el momento elegido como por el objetivo. Los soviéticos habían dedicado mucho tiempo y muchos rublos a halagar a Nehru y a India, un país no alineado. Ahora los aliados chinos de Moscú parecían decididos a echarlo todo por la borda.

Imprudentemente, Jruschov volvió a insistir en ir personalmente a Beijing para enmendar la situación. Aquel viaje de octubre de 1959 tuvo unos efectos muy adversos. Durante su anterior visita, Mao había intentado humillar a Jruschov. Entre otras vejaciones cuidadosamente elegidas, Mao

le había organizado una encerrona en una piscina, sabiendo de sobra que el dirigente soviético no sabía nadar. En esta ocasión, la humillación fue verbal. En una reunión con los máximos dirigentes chinos, todos y cada uno de ellos (salvo el propio Mao, por supuesto) se turnaron para insultar a Jruschov. Chen Yi, ministro de Asuntos Exteriores, le calificó de oportunista de turno, y le recriminó que apoyara a India, y por consiguiente también a la burguesía. Jruschov también repartió de lo lindo. «No debería usted escupirme desde lo alto de su título de mariscal –le bufó a Chen Yi, uno de los diez mariscales de la Guerra Civil china–. ¡No tiene usted bastante saliva! ¡A nosotros no se nos puede intimidar! Qué situación tan bonita: por un lado ustedes [todavía] emplean la fórmula [el bando comunista] encabezada por la Unión Soviética. ¡Y por otro no me dejan decir ni una palabra!»[11] Las reuniones concluyeron con acritud.

A finales de 1959 Mao ya había decidido poner fin a la alianza chino-soviética. Apuntaba en sus notas que el «revisionismo» soviético podía «durar mucho tiempo (más de diez años, por ejemplo). [...] Nos hemos resistido a las falacias de nuestros amigos [los soviéticos] [...] [pero ahora] nuestros amigos, junto con los imperialistas, los contrarrevolucionarios y los revisionistas de Tito, organizan un coro contra China». Pero, incluso en su aislamiento, «dentro de ocho años China habrá concluido la construcción inicial de su sistema industrial. [...] La bandera china es de color rojo vivo».[12] En las reuniones internacionales de los comunistas durante la primavera de 1960, los chinos atacaron abiertamente a los soviéticos. Ese mismo verano, la paciencia de Jruschov se agotó. Retiró abruptamente de China a la mayoría de los asesores soviéticos. Mao se quejaba públicamente, pero en privado se alegraba de la precipitada medida de su homólogo, que ponía fin a la influencia soviética en China y le permitía explicar a su pueblo por qué la cooperación chino-soviética –el principio sobre el que se había fundado su Partido Comunista– se había venido abajo.

A comienzos de los años sesenta, a los soviéticos, los chinos y a todo el mundo le resultaba difícil darse cuenta de hasta qué punto la alianza chino-soviética tocaba a su fin. La mayoría de la gente –salvo el propio Mao y algunos de sus seguidores más jóvenes– esperaban que se tratara de una

disputa temporal. Se consideraba que ambas partes eran básicamente marxistas, y que por consiguiente volverían a reconciliarse. Durante un tiempo prosiguió la cooperación en algunos ámbitos. En 1961, los soviéticos ofrecieron ayuda alimentaria cuando empezó a quedar clara la verdadera magnitud del desastre del Gran Salto. La cooperación en materia militar y de inteligencia duró por lo menos hasta 1963. Pero Jruschov estaba enfadado y le resultaba difícil tenderle la mano a los chinos. Por su parte, Mao se regodeaba por el nuevo aislamiento de China. Tras cierta vacilación después del Gran Salto, Mao declaraba que volvía a hacerse cargo del establecimiento de la agenda ideológica del partido, para darle un giro más a la izquierda. Como había ocurrido tantas otras veces la poesía de Mao indicaba dónde quería ir:

> Tan solo los héroes pueden acabar con los tigres y los leopardos
> Y los osos salvajes nunca amedrentan a los valientes.
> Las flores del ciruelo agradecen los remolinos de nieve;
> No es de extrañar que las moscas se congelen y perezcan.[13]

El nacionalismo favorecía los planes de Mao. Su versión consistía en que allí donde habían fracasado todos los demás países, China iba a tener éxito. Eso era lo que quería oír la mayoría de los chinos. Ni siquiera los que habían colaborado con Mao durante casi una generación eran conscientes de que la ruptura con los soviéticos iba a llevar a China en una dirección catastrófica. Y eran aún menos capaces de ver que aquello decidía su propio destino. El culto a la personalidad de Mao era intenso. Mao fue lo bastante inteligente como para poner a los dirigentes que a su juicio querían volver a la seguridad de la planificación económica al estilo de los años cincuenta, como Liu Shaoqi o Deng Xiaoping, a la vanguardia de las críticas a los soviéticos. Aquellos dirigentes, al atacar públicamente la moderación, el avance gradual y la teoría económica marxista tradicional, contribuyeron a cavar sus propias tumbas, y en algunos casos de forma literal, mientras China se sumía en otro periodo de sangrientas luchas intestinas durante los años sesenta.

Mientras tanto, la política exterior de China se iba a pique. Mao decía que su país lideraba el Tercer Mundo, pero el Tercer Mundo de verdad trataba a China con una desconfianza cada vez mayor, sobre todo por sus constantes intentos de dar lecciones a los demás sobre cómo tenían que comportarse. El apoyo de Beijing a los partidos comunistas minoritarios, a menudo en violento conflicto tanto con los comunistas «oficiales» respaldados por los soviéticos como con los regímenes nacionalistas, tampoco contribuyó a mejorar la situación. Aun así, en un principio la estrategia de China para el Tercer Mundo sí ofreció algunos dividendos. Los regímenes comunistas de Vietnam, de Corea del Norte y de Cuba consideraban que el énfasis de China en la soberanía y en el desarrollo nacional les convenía más que las lecciones que les daban desde Moscú, y por consiguiente durante un tiempo estuvieron más cerca de los puntos de vista de Beijing. Zhou Enlai, el engolado primer ministro chino, visitó África, ofreciendo una ayuda que la China posterior al Gran Salto difícilmente podía permitirse, pero que Mao insistía en que había que prestar a fin de competir con los soviéticos. Pero a partir de 1965, casi todos los lazos de China con el Tercer Mundo se habían cortado. La insistencia de Mao en que cooperar con China implicaba romper del todo con los soviéticos resultaba inaceptable para los demás dirigentes. Y todo aquel que no adoptara los puntos de vista de China era inmediatamente calificado por Beijing de «muy arrogante y engreído», como fue el caso de Ben Bella, el líder radical de Argelia, en 1965.[14]

Sin embargo, el verdadero desastre para las relaciones de China con el Tercer Mundo fue la guerra fronteriza con India en 1962. Era un conflicto que se veía venir desde hacía mucho tiempo. Aunque China e India habían colaborado durante un tiempo tras la reconstitución de sus estados a finales de los años cuarenta, diez años después se habían enemistado. Las causas eran múltiples. China sospechaba, con cierta justificación, que el Gobierno de Nehru simpatizaba con los nacionalistas tibetanos. India temía que el control de la cordillera del Himalaya por parte de China pusiera a Nueva Delhi en una peligrosa desventaja estratégica. Pero el problema más básico era que los comunistas chinos siempre contemplaron el Estado indio de

Nehru simplemente como una creación colonial, como algo menos que un verdadero país. Por su parte, Nehru consideraba que la revolución al estilo chino era una amenaza no solo para sus deseos de desarrollo de India, sino para la seguridad de toda Asia. «Los indios –le había dicho Zhou Enlai a Jruschov en 1959–, llevan cuarenta años haciendo propaganda anti-china a gran escala.»[15]

La guerra estalló cuando algunas patrullas de montaña del Ejército indio penetraron en las zonas del Himalaya objeto de disputa en octubre de 1962. Los soldados chinos intentaron expulsarlas, y ambos bandos empezaron a disparar. Al principio los indios estaban a la ofensiva, pero el Ejército Popular de Liberación consiguió llevar sustanciales refuerzos, lo que obligó a retroceder al Ejército indio. Cuando finalizaron los combates, los indios habían sufrido una derrota aplastante, y los chinos asumieron el control de la región objeto de disputa. La guerra creó conmoción en toda Asia, sobre todo entre los miembros del Movimiento de Países No Alineados, de reciente creación, y del que India era uno de los principales miembros. Pero la principal consecuencia del conflicto fue el ulterior aislamiento de China, al que todo el mundo veía como la parte agresora, sobre todo debido a su lenguaje belicoso.

China, cada vez más aislada y sometida a los caprichos de un solo hombre, inició su larga caída hacia la Revolución Cultural. En primer lugar, Mao arremetió contra los que habían intentado estabilizar la situación tras el Gran Salto y no habían comprendido la necesidad de una ruptura total con los soviéticos. «Había una conexión entre el revisionismo dentro del país y en el extranjero», decía Mao.[16] En 1962 arremetió contra Liu Shaoqi, presidente de China, por haber emprendido el camino revisionista. Wang Jiaxiang, el veterano diplomático que se había atrevido a sugerir que China no debía tener demasiados enemigos al mismo tiempo, fue calificado de «derechista desviacionista».[17] Pero ni el propio Mao sabía cómo reavivar el espíritu revolucionario que a su juicio ahora brillaba por su ausencia. En 1963 y 1964, Mao intentó ganar tiempo. Se centró en fortalecer su dictadura personal, al tiempo que cosechaba las recompensas de los avances de China en ciencia y tecnología, que en su mayoría eran el resultado de la ayuda

soviética. Un importante hito histórico fue la primera prueba nuclear de China en 1964. El hombre que se había burlado de las armas nucleares y las había calificado de «tigres de papel» cuando China no las tenía, admitía ante sus colegas que se sentía mucho más seguro ahora que los demás países temían más a China.

En 1965, Mao empezó saldando viejas cuentas. En 1959 un historiador y dramaturgo había escrito una obra de teatro histórica donde mediante alegorías venía a decir que durante el Gran Salto se había perseguido a los funcionarios honrados, mientras que se había ascendido a los aduladores – una descripción bastante exacta de la realidad. Seis años más tarde, Mao sintió la necesidad de castigar al dramaturgo y a su jefe, Peng Zhen, el adusto alcalde de Beijing. Peng, un viejo revolucionario de la línea dura, se resistió. Mao, furioso, decidió «rectificar» la vida intelectual de China y adoptar medidas represivas contra los «desviacionistas» de la capital. En noviembre de 1965 Mao salió de Beijing y empezó a viajar por el país, sin permanecer mucho tiempo en un mismo lugar. No volvió hasta nueve meses después. Durante su estancia en Hangzhou, una de sus principales residencias, sermoneó a la población local: «Hay que ponerse poco a poco en contacto con la realidad, vivir durante un tiempo en el campo, aprender un poco. [...] No es necesario leer grandes tomos. Basta con leer libros pequeños y adquirir un poco de cultura general».[18]

Durante la ausencia de Mao de Beijing, sus subordinados hacían todo lo posible por adivinar cuáles eran sus planes. Peng Zhen fue destituido, igual que los jefes del aparato del PCCh y del Estado Mayor del EPL. La esposa del mandatario, Jiang Qing, y numerosos colaboradores jóvenes de Mao, empezaron a ejercer una influencia cada vez mayor en el diseño de las políticas. Lin Biao, un estratega brillante pero mentalmente inestable de los tiempos de la Guerra Civil, había sido nombrado ministro de Defensa durante el Gran Salto. En 1966 también fue designado segundo de Mao. Conjuntamente, el nuevo grupo dirigente lanzó un ataque contra las viejas instituciones del partido. «Los representantes de la burguesía que se han infiltrado a hurtadillas en el partido, en el Gobierno, en el Ejército y en distintas esferas de la cultura, son un hatajo de revisionistas

contrarrevolucionarios. Cuando se den las condiciones, se adueñarán del poder político y convertirán la dictadura del proletariado en una dictadura de la burguesía. A algunos ya les tenemos calados; a otros todavía no. Algunos todavía gozan de nuestra confianza, y se están formando para ser nuestros sucesores, personas como Jruschov, por ejemplo, que todavía están acurrucadas junto a nosotros.»[19]

Sonaba parecido a las purgas de Stalin durante la posguerra. Pero Mao quería ir más allá. En julio de 1966 le filmaron nadando en el río Yangtsé, probablemente para demostrar que, a sus setenta y dos años, seguía estando en forma y gozando de buena salud. Después regresó a Beijing. Se suspendieron las clases en los colegios para que los alumnos pudieran leer las nuevas directrices y atacar a los maestros sospechosos de ser contrarrevolucionarios. El regreso de Mao fue triunfal.

En un encuentro con los estudiantes, Mao les ordenó «bombardear el cuartel general» y formar una Guardia Roja para defender la revolución. Les dijo que los que habían optado por la vía capitalista planeaban tomar el poder. Pero la instrucción más llamativa que les dio Mao fue sobre dónde encontrar a aquellos enemigos. Mao afirmó que estaban dentro del partido. A partir del otoño de 1966, los dirigentes veteranos del partido señalados por Mao sufrieron los ataques de las juventudes de la Guardia Roja en sus domicilios. El presidente Liu Shaoqi fue llevado a rastras por las calles y humillado públicamente. Deng Xiaoping tuvo más suerte. Le encarcelaron en régimen de aislamiento y después le enviaron al sur a trabajar como obrero manual en una fábrica de tractores. Durante todos aquellos incidentes, la policía y el Ejército se mantuvieron al margen, y el caos reinó por las calles.

En el máximo apogeo del caos, la esposa de Liu Shaoqi, Wang Guangmei, fue secuestrada por la Guardia Roja y torturada. «Queremos que te pongas el vestido que llevabas en Indonesia», le gritaban.

–WANG: «Era verano».

–INTERROGADOR: «¡Bobadas! Nosotros no entendemos de cosas burguesas, como lo que es mejor para el verano, el invierno o la primavera. [...] Te damos diez minutos. [...] ¿Qué opinas de la caída en desgracia de Liu Shaoqi?».

–WANG: «Es una cosa muy buena. De esa forma, se evitará que China caiga en el revisionismo. [...] Esperad un momento. [...]» (La ponen de pie y le colocan el vestido.)

–LOS GUARDIAS ROJOS LEEN AL UNÍSONO UN TEXTO DE MAO: «Una revolución no es una cena, ni escribir un ensayo, ni pintar un cuadro, ni realizar un bordado...».

–WANG: «Estáis incumpliendo las instrucciones del presidente Mao al decir que...». (Interrumpen a Wang Guangmei y la obligan a ponerse unas medias de seda, unos zapatos de tacón y un collar hecho para la ocasión. Le hacen fotos...)

–INTERROGADOR: «Al ponerte ese vestido para coquetear con Sukarno en Indonesia has avergonzado al pueblo chino. [...] Es necesario recurrir a la coerción para tratar con un elemento tan reaccionario y burgués como tú». (Los guardias rojos leen al unísono un texto de Mao): «Todo lo reaccionario es igual: si no lo golpeas, no cae».[20]

El plan de Mao para la Gran Revolución Cultural Proletaria, como denominaba su nueva purga, consistía en ahondar en los procesos de cambio por el procedimiento de eliminar a los antiguos dirigentes del partido y apelar directamente a los jóvenes del país para hacer la revolución. Quería rehacer de arriba abajo tanto a China como a los chinos. Su ideal era un nuevo tipo de hombre y de mujer, libres de la familia, de la religión y de la vieja cultura. Únicamente una persona así, afirmaba Mao, tendría la fuerza suficiente para llevar a cabo la transformación de China. Bramaba contra el partido que él mismo lideraba desde hacía treinta años. Este le había frenado a él y había contenido el avance del país. Ahora el tiempo se agotaba. Mao sentía la necesidad de culminar la obra que había comenzado cuando era joven.

La Revolución Cultural se veía de forma diferente cuando se contemplaba desde arriba o desde abajo de la sociedad china. Desde arriba, era una purga similar a las de Europa oriental o la Unión Soviética. Se apartaba del poder a los dirigentes, se les humillaba ritualmente, y se les ejecutaba o se les enviaba lejos. Pero visto desde abajo se convirtió en un carnaval de tensión liberada, donde se podía dar rienda suelta a las rencillas o a las aspiraciones personales tras muchas décadas de intenso cambio. Algunos se rebelaban contra la autoridad y el autoritarismo, en su mayoría sin darse cuenta de que lo hacían apoyando el dominio de Mao, la autoridad más absoluta de todas. Otros simplemente podían manifestar su desagrado

por sus vecinos, por sus compañeros de estudios o de trabajo, y actuar en consecuencia. Abundaban las facciones y el sectarismo. Por ejemplo, en Wuhan, durante el verano de 1967, dos grupos de guardias rojos se enfrentaron por el poder, primero con eslóganes, después a puñetazos y cuchilladas, y por último con ametralladoras y obuses de 122 mm saqueados de los cuarteles y los depósitos de armas del Ejército.

Una de las intenciones de Mao en la Revolución Cultural fue enfrentar a los jóvenes contra los mayores. En un país donde la tradición veneraba a los ancianos, era preciso acabar con su dominio de la sociedad, a fin de culminar la visión de Mao de una «nueva China». Se animaba a los guardias rojos, a veces de tan solo doce o trece años de edad, a denunciar a sus progenitores o a sus abuelos. A veces, a consecuencia de dichas denuncias, se detenía a los miembros de más edad de la familia, y se les apaleaba o se les enviaba a los campos de trabajo. En una familia de Beijing, a la que conozco personalmente, los guardias rojos se llevaron al padre y al abuelo a raíz de una denuncia del hijo menor. El chico, que entonces tenía catorce años, participó en su humillación y tortura públicas. El abuelo falleció a consecuencia de ello. La pauta se repitió millones de veces por toda China. Aunque la mayoría de los que fueron «objetivo de la lucha» sobrevivieron, evidentemente no puede decirse lo mismo de la vida familiar normal.

Entre los grupos más duramente castigados por la Revolución Cultural estaban las minorías. En Mongolia Interior, gobernada por China, fueron ejecutadas por lo menos 20.000 personas cuando la Guardia Roja china persiguió a los miembros del «Partido Popular de Mongolia Interior». De aquel partido fantasma, que probablemente nunca existió, se decía que era una organización contrarrevolucionaria y separatista, especializada en asesinar a los dirigentes de la Guardia Roja. En el Tíbet, las atrocidades de los comunistas iban aún más allá. La Guardia Roja apaleaba o asesinaba a los monjes. Se arrojaban al fuego obras de arte milenarias. Los guardias rojos, trasladados en helicóptero a la zona, dinamitaban los templos y los monasterios, o los bombardeaban con misiles. Algunas zonas del país estuvieron muchos años en un estado de guerra civil, a raíz del contraataque

de los grupos tibetanos. En Guangxi, en el sur del país, el pueblo zhuang (y también algunos chinos) devoraban a sus enemigos, a los que acusaban de contrarrevolucionarios, en eventos orquestados de canibalismo.[21]

Como cabe imaginar, la caída de China en el caos durante la Revolución Cultural también dio lugar al caos en política exterior. Mao estaba convencido de que los diplomáticos y los expertos en asuntos exteriores eran los máximos culpables de traición a su revolución. Se llamó a Beijing a todos los embajadores para reeducarles políticamente, y la mayoría de ellos nunca regresó a sus destinos. Por el contrario, el control del Ministerio de Asuntos Exteriores pasó a manos de los diplomáticos más jóvenes y de otros empleados, como por ejemplo un antiguo conserje que había creado una unidad de la Guardia Roja, cuyos miembros se dedicaban a realizar sesiones de estudios políticos y a «luchar» contra los dirigentes más veteranos. Chen Yi, exministro de Asuntos Exteriores de China, fue denunciado ante una gran multitud. La embajada británica en Beijing fue atacada e incendiada, mientras que las embajadas de la Unión Soviética y de los países de Europa oriental fueron asediadas por miles de guardias rojos que coreaban eslóganes antirrevisionistas a través de unos altavoces las veinticuatro horas del día. Incluso los más estrechos aliados de China, Vietnam del Norte y Corea del Norte, se hartaron del caos. Detuvieron de forma sumaria a los asesores que organizaban manifestaciones a favor de la Revolución Cultural en sus países y los enviaron de vuelta a China. Tras un incidente particularmente atroz ocurrido en Pyongyang, en el que los estudiantes chinos criticaron a Kim Il-sung por no estudiar lo suficiente las obras de Mao, los norcoreanos estallaron. «Nuestro pueblo está indignado por el comportamiento arrogante de los chinos. Los chinos se están comportando como personas histéricas. [...] No pueden eludir sus responsabilidades por los actos criminales que perjudican los intereses de la República Popular Democrática de Corea.»[22]

A medida que se deterioraban las relaciones políticas entre China y la Unión Soviética, la tensión a lo largo de su extensa frontera común iba en aumento. Ya en 1962 hubo escaramuzas entre las guardias fronterizas cuando los kazajos chinos intentaron huir al Kazajistán soviético para evitar

los efectos del Gran Salto Adelante. Dos años después Mao atacaba a los soviéticos a propósito de la cuestión fronteriza. «Hace más de cien años –le dijo a una delegación de comunistas japoneses de visita en China–, [los rusos] ocuparon toda la región al este del lago Baikal, incluidas las ciudades de Jabarovsk, Vladivostok y la península de Kamchatka. Esa cuenta resulta difícil de cuadrar. Aún tenemos que saldar esa cuenta.»[23] Mao utilizaba el conflicto con los soviéticos para ir consiguiendo poco a poco apoyos a sus posturas sobre asuntos nacionales, aunque no preveía una guerra con la Unión Soviética.

Cuando empezó la Revolución Cultural, la Guardia Roja china empezó a instalar altavoces en las zonas fronterizas, donde recriminaba a los soviéticos que siguieran a sus líderes «revisionistas». Pero en 1969 aquellas tensiones dieron repentinamente un giro a peor. Después de una serie de encontronazos reiterados entre soldados chinos y soviéticos a propósito de una isla situada en medio del río Ussuri, que reclamaban ambas partes, el 2 de marzo los chinos tendieron una emboscada a una patrulla fronteriza soviética y mataron aproximadamente a sesenta soldados. El Ejército Rojo contraatacó dos semanas después por orden de Moscú, pero no logró desalojar a los chinos de la región fluvial, que aún estaba helada. A continuación se produjeron bombardeos de artillería a gran escala por ambos bandos. En Moscú había verdadero temor a una guerra. Los expertos militares soviéticos aconsejaban destruir las instalaciones nucleares chinas por precaución, pero el Politburó se contuvo. El primer ministro soviético intentó telefonear a los dirigentes chinos, pero la joven telefonista china se negó a ponerle con Zhou o con Mao. Las telefonistas recibieron la orden de gritar eslóganes antirrevisionistas siempre que los dirigentes soviéticos intentaran hacer una llamada.

Pero la bravata de Mao ocultaba un temor mucho mayor que el que se sentía en Moscú. El dirigente chino dio a sus tropas la orden de no disparar. Pero también le preocupaba que los soviéticos lanzaran un ataque nuclear a gran escala contra China. Una cosa era provocar al Ejército Rojo en la frontera para demostrarle a sus compatriotas que la Revolución Cultural había hecho más poderoso al país, y otra cosa muy distinta era poner en

riesgo la supervivencia de China. Cuando los soviéticos enviaron refuerzos a la frontera y advirtieron de que Moscú estaba dispuesto a responder a cualquier nueva provocación, incluso con el uso de armas nucleares, durante el otoño de 1969 en Beijing cundió el pánico a una guerra a gran escala. Aunque Zhou Enlai y el primer ministro soviético mantuvieron conversaciones para moderar la tensión, a principios de octubre Mao ordenó abandonar Beijing a todos los dirigentes del partido, del Gobierno y del Ejército. Por toda China, los cuadros comunistas abandonaban las ciudades para marcharse al campo y prepararse para una guerra. Lin Biao, en un estado de ánimo aún más perturbado que de costumbre, ordenó repentinamente al Ejército chino que se pusiera en estado de máxima alerta. La crisis pasó. Pero le recordó a Mao, de una forma elocuente, lo poco preparada que estaba China para una guerra de verdad, y lo errático que era su nuevo grupo de dirigentes.

Mao ya había empezado a refrenar a algunos de los peores extremistas de la Revolución Cultural. Envió al Ejército para restablecer el orden en las ciudades y en los campus universitarios, y mandó a algunos de los guardias rojos más ruidosos a los campos de trabajo o a realizar trabajos manuales, como ellos mismos habían hecho con tantísimas personas a las que habían maltratado a lo largo de los tres años anteriores. El temor a una guerra con la URSS llevó a Mao a reducir ulteriormente la tensión en China. Pero Mao también temía cualquier política que pudiera «revertir el veredicto», como él mismo dijo, sobre el Gran Salto y la Revolución Cultural. Mao insistía en que ambas cosas habían sido buenas para China. Llegó a depender de un grupo de asesores que era una mezcla de dirigentes de la Revolución Cultural, como su propia esposa, Jiang Qing, o los izquierdistas de Shanghái Zhang Chunqiao y Yao Wenyuan, y de otras figuras más tradicionales del PCCh, que habían apoyado de boquilla a Mao a lo largo de los desastres de los años sesenta, como el primer ministro, Zhou Enlai. Los dirigentes que habían sido depurados recibieron la orden de no dejarse ver, aunque Mao –extrañamente– a veces iba a visitarles en privado a sus escondites en las provincias para pedirles consejo.

Con una China empobrecida y aislada, y tras verse metido de lleno en la Guerra Fría a raíz del pánico por la posibilidad de una guerra con la URSS, Mao redujo temporalmente su ardor revolucionario y accedió a poner más énfasis en la producción y en el desarrollo económico general. A principios de los años setenta, al tiempo que el clima internacional cambiaba considerablemente, los directores y los funcionarios chinos intentaron volver a poner las cosas en su sitio tras las campañas de Mao. Pero el país todavía iba a la deriva, de crisis en crisis. La peor se produjo en septiembre de 1971, cuando Lin Biao, el vicepresidente del partido, ministro de Defensa y el sucesor elegido por Mao, fue presa del pánico e intentó huir a la Unión Soviética. Convencido de que Mao había decidido eliminarle, el «más íntimo camarada de armas» de Mao, cada vez más a merced de sus delirios, se embarcó en un avión militar con su esposa y su hijo, y ordenó que pusiera rumbo a la frontera. Cuando el primer ministro Zhou le preguntó a Mao si había que abatir aquel avión, Mao se encogió de hombros: «La lluvia tiene que caer, las muchachas tienen que casarse, esas cosas son inmutables; que se vayan».[24] El avión de Lin se estrelló en Mongolia Exterior, y en el accidente murieron todos sus ocupantes.

La traición de Lin acabó con las esperanzas de la mayor parte de la población en que la Revolución Cultural pudiera virar hacia algún cometido positivo. Lo que vino a continuación fue un profundo cinismo, sobre todo entre los más jóvenes. Durante toda su vida habían participado en las campañas de Mao, cada una más intensa y más decisiva para sus vidas que la anterior. Habían aprendido a venerar a Mao como a un dios. Su misión era ayudarle a crear una China nueva y mejor. Ahora daba la impresión de que todo estaba en ruinas. Aunque había muy pocos dispuestos a rebelarse, la gente sin duda volvió a los antiguos estándares siempre que pudo. La corrupción y el nepotismo aumentaron considerablemente. Aunque desde Beijing seguían llegando órdenes de intensificar la revolución, ya no quedaban muchas personas dispuestas a escuchar. La visión de Mao de un nuevo hombre chino hercúleo había resultado ser un monstruo.

La revolución comunista y la Guerra Fría habían transformado China, aunque no siempre en la dirección que esperaban sus dirigentes o el pueblo. El cambio más importante fue la muerte de la «vieja China», una comunidad patriarcal de agricultores, comerciantes y funcionarios que llevaba en decadencia desde el siglo XIX, y que fue finalmente liquidada por los comunistas. En su lugar había aparecido una sociedad híbrida, con algunos elementos chinos y algunos elementos extranjeros. El marxismo, la teoría política de los gobernantes, era por supuesto una importación del extranjero, igual que el Partido Comunista. Las nuevas formas de pensar sobre la familia, la educación, la tecnología y la ciencia procedían del extranjero. Lo que era más inconfundiblemente chino de la Revolución era su obsesión por la transformación del ser humano, por su fuerza de voluntad, y por la necesidad de encontrar ideas y soluciones «correctas» para los males de la sociedad. La obsesión de Mao por los valores frente a la ganancia práctica era lo que había descarriado la revolución, algo que resultaba cada vez más evidente para muchos chinos en los años setenta. Hacia el final de la Guerra Fría, la falta de resistencia de China ante otras formas de influencia extranjera estaba directamente relacionada con aquella herida autoinfligida.

Vistas en conjunto, las campañas de Mao tuvieron todos los sellos distintivos de las purgas estalinistas, algo muy parecido a lo que había ocurrido en la Unión Soviética y en Europa oriental. Se señalaba a los dirigentes del Partido Comunista para criticarlos, humillarlos públicamente, y ejecutarlos o desterrarlos a través de un proceso semilegal. Las acusaciones estaban totalmente falseadas y los procedimientos estaban concebidos para centralizar el poder. El presidente del país, Liu Shaoqi –el miembro del partido más leal que pudiera imaginarse– fue apaleado y torturado en público, y después fue enviado a Kaifeng en 1969, durante la oleada de pánico a la guerra. Allí falleció a raíz de los malos tratos. Mao quería estar totalmente al mando él solo.

No obstante, la Revolución Cultural también tuvo otra faceta. A medida que aumentaba el caos por las calles, las autoridades empezaron a perder el control. Por supuesto, Mao estaba a favor de que la Guardia Roja atacara a

las personas que él deseaba depurar. Pero a partir de 1966, millones de jóvenes empezaron a viajar por el país para defender la causa revolucionaria. Aunque dedicaban una gran parte del día a corear eslóganes estúpidos, y a causarle molestias a los campesinos por otros medios, sus viajes también les permitieron adquirir cierta conciencia del estado del país. Para la mayoría, sobre todo para las mujeres jóvenes, era la primera vez que se encontraban fuera del control paterno. Algunos de ellos lo aprovecharon para empezar a pensar por su cuenta, incluso sobre asuntos tabú que no podían mencionarse en público, sobre temas que iban desde el sexo y los roles de género hasta la teoría económica y la política. Una parte de la transformación de China tras la Guerra Fría surgió de aquella generación de la Guardia Roja y de sus experiencias.

Fuera de China, los estudiantes rebeldes y otros grupos se hicieron eco de la locura de la Revolución Cultural de Mao pensando que podían utilizarla en sus respectivos países para desafiar a la autoridad. Por consiguiente, las purgas estalinistas de China se asocian, sin motivo, con la rebelión de los jóvenes de otros países durante los años sesenta. Uno de los giros más estrambóticos se dio en Europa occidental, donde unos pocos intelectuales formaron grupos maoístas. Estaban convencidos de que se podía idolatrar al presidente Mao y al mismo tiempo ser antiautoritario. Por ejemplo, en la próspera Noruega, algunos estudiantes formaron un grupo que se hacía llamar Partido Comunista de los Trabajadores (marxista-leninista). Pensaban que «el Partido Comunista de China y la China Popular son más fuertes que nunca, tanto internamente como internacionalmente. [...] El interés por China y la amistad con China nunca habían sido tan intensos [en Noruega]».[25] Pero aunque algunos intelectuales celebraran la tragedia de China, a la mayoría de los europeos no les importaba lo más mínimo. Ningún partido maoísta llegó a obtener nunca más del 1 % en unas elecciones.

La repercusión internacional más importante de la era maoísta de China fue liquidar para siempre la idea de que el comunismo era monolítico. Por supuesto, eso ya había quedado claro para la mayoría de la gente cuando Stalin expulsó a los yugoslavos del Bloque oriental en 1948. Pero China

estaba, literalmente en otra escala. La enemistad entre los comunista chinos y los soviéticos tenía el potencial de transformar la política internacional y quebrar el dualismo de la Guerra Fría. Eso no podía ocurrir mientras China pareciera estar preocupada sobre todo por hacerse pedazos a sí misma a través de una Revolución Cultural. Pero en cuanto el país empezó a salir de aquella ciénaga, también empezó a hacerse visible el potencial para nuevos alineamientos mundiales.

10

Imperios rotos

La Guerra Fría nació como un enfrentamiento ideológico en Europa y sus vástagos, Rusia y Estados Unidos. Durante la segunda mitad del siglo XX, ese enfrentamiento confluyó con los procesos que rodearon el hundimiento de los imperios europeos de ultramar. Europa había sido hegemónica en los asuntos internacionales desde hacía por lo menos dos siglos. Pero, como había venido a demostrar la reorganización de Asia tras la Segunda Guerra Mundial, ya no era posible dar por descontado aquella posición de primacía. Y durante las décadas de 1950 y 1960 la descolonización se aceleró, de modo que en 1970 el número de estados independientes casi se había cuadruplicado respecto a 1945. Todos los estados querían tener voz en la gestión de los asuntos mundiales. Y no estaban dispuestos a adaptarse al sistema bipolar de la Guerra Fría sin luchar en defensa de sus propios intereses.

De aquella confluencia entre la Guerra Fría y la descolonización surgió el movimiento del Tercer Mundo. Sus protagonistas lo denominaron así en homenaje al Tercer Estado, la mayoría rebelde y desfavorecida de la Revolución francesa de 1789. Sin embargo, sus objetivos eran muy actuales. Los dirigentes de los nuevos estados independientes, como Sukarno en Indonesia o Nehru en India, estaban convencidos de que había llegado el momento de que sus países ocuparan el centro del escenario en los asuntos internacionales. Los europeos, una pequeña minoría en el mundo, habían predominado durante demasiado tiempo y no lo habían hecho bien. No solo habían engendrado el colonialismo y dos guerras mundiales, sino que además, dentro del colonialismo, habían creado un

sistema político y económico exclusivamente al servicio de los intereses de los europeos. El talento, las opiniones, las culturas y las religiones de la inmensa mayoría de la población del mundo habían sido desatendidos. Había llegado la hora de que las personas privadas de derechos asumieran la responsabilidad no solo de sus países liberados, sino del mundo en su conjunto.

Para los dirigentes del Tercer Mundo, la Guerra Fría era un subproducto del sistema colonial. Era un intento de los europeos de regular y dominar los asuntos de los demás, de decirles cómo debían comportarse y lo que tenían que hacer. Aunque en los nuevos estados independientes mucha gente desconfiaba del capitalismo porque era el sistema que habían intentado imponerles sus señores coloniales, en la mayoría de los casos tampoco estaban dispuestos a adoptar como alternativa el comunismo al estilo soviético. Parecía un sistema demasiado reglamentado, demasiado absolutista, o simplemente demasiado europeo para los estados poscoloniales. Incluso al intentar aprender de la experiencia soviética, como hacían muchos, por ejemplo en India o en Indonesia, la agenda del Tercer Mundo implicaba la independencia de los bloques de poder. Dicha agenda, tal y como se desarrolló en la Conferencia afroasiática de Bandung de 1955, hacía hincapié en la plena soberanía económica y política, en la solidaridad entre los antiguos países coloniales y sus movimientos de liberación, y en la resolución pacífica de los conflictos, a lo que posteriormente se añadió el desarme nuclear.

Para las superpotencias se trataba de un panorama perturbador. Estados Unidos se basaba cada vez más en su propia experiencia nacional para su percepción del desarrollo mundial. A medida que se endurecía la Guerra Fría, Estados Unidos consideraba que los países que no se ajustaban a su visión de la libertad y el crecimiento económico estaban deslizándose hacia una orientación soviética. Por su parte, la Unión Soviética consideraba que cualquier «tercera» postura era simplemente una etapa en el camino al socialismo y, por último, al comunismo al estilo soviético. No es de extrañar que los no europeos vieran sustanciales semejanzas entre las dos superpotencias, a pesar de su rivalidad ideológica. En efecto, algunos

dirigentes, como Ahmed Ben Bella en Argelia o Kwame Nkrumah en Ghana, comparaban las exigencias que les planteaban las superpotencias con el colonialismo en su última fase. Los estadounidenses y los soviéticos aspiraban al control político y diplomático, pero también al desarrollo dentro del marco que podían ofrecer las superpotencias. Eran dos ladrones en el mismo mercado, aunque el intento de Estados Unidos por hacerse con el control era mucho más poderoso, y por consiguiente más omnipresente, que cualquier cosa que pudieran plantear los soviéticos.

La descolonización de los años cincuenta y sesenta se produjo a una escala tan amplia por dos motivos principales. El primero era el agotamiento social y económico de las potencias colonizadoras. En 1910, un europeo, sobre todo si era francés o británico, podía estar bastante seguro de encontrarse en la cima del mundo. Puede que en su país fuera pobre, o que se sintiera amenazado por las sufragistas o por los revolucionarios. Pero desde que tenía memoria, su país era el que había marcado las agendas del mundo. El sistema económico mundial se había creado para conseguir que él produjera y consumiera. Se suponía que su cultura y su religión eran la envidia del mundo. Y veía a todos los demás, a los que no eran europeos cristianos, ni poseían la ciencia y la tecnología de los europeos, ni su pericia militar, ni sus administraciones bien preparadas e implacables, como claramente inferiores.

Comparémoslo con la generación posterior, en 1945. Los países europeos estaban exhaustos por las guerras, y sus propios habitantes habían empezado a dudar de su centralidad en el mundo. ¿Con qué derecho gobernaban a los demás, cuando no eran capaces de evitar despedazar una y otra vez su propio continente? Los principios de superioridad racial –por lo menos los que se manifestaban abiertamente– ahora tenían muy mala reputación. Hitler se había encargado de ello. ¿Y acaso la principal obligación de un joven inglés o francés no era para con su propio maltrecho país, y no para con lugares remotos? Los recursos eran escasos, y casi todos los europeos deseaban que se invirtieran en sus respectivos países.

El segundo motivo para la descolonización fue la sublevación contra el dominio extranjero en las colonias. Aunque resulta improbable que ningún movimiento anticolonial hubiera sido capaz de expulsar a los europeos exclusivamente por la fuerza, aquellos movimientos incrementaban los costes del colonialismo, y provocaban que la empresa fuera menos popular dentro del país. Organizaciones como el Congreso Nacional indio o el Congreso Nacional sudafricano aspiraban a la independencia nacional y a una reestructuración radical de la economía para ponerla al servicio de la población autóctona de sus respectivos países. Querían que sus pueblos fueran reconocidos como una nueva fuerza motriz en la historia mundial, no como ciudadanos de segunda clase en sus propios países.

Los desastres de las dos guerras mundiales y la depresión global contribuyeron a centrar políticamente aquellos movimientos y potenciaron el apoyo que recibían. Hasta la década de 1920, casi todos ellos eran fenómenos minoritarios, con unos dirigentes que tenían grandes dificultades para convencer a sus compatriotas de que asumieran el riesgo de enfrentarse al dominio colonial. Pero a partir de entonces fueron aumentando de tamaño y de relevancia, sobre todo porque las potencias coloniales intentaron erradicarlos por la fuerza. El indio Jawaharlal Nehru había sido encarcelado por los británicos, al igual que Gandhi, su mentor político. Sukarno, Hố Chí Minh y Ben Bella también sufrieron años de prisión y de exilio. Se convirtieron en héroes para sus respectivos pueblos, y muchos jóvenes, hombres y mujeres, a menudo procedentes de familias prominentes y educados en las mejores universidades europeas o estadounidenses, empezaron a hacerse eco de su retórica anticolonial.

Aquellos procesos de defensa y resistencia llevaban gestándose desde principios del siglo XX, aunque saltaron a primer plano a partir de 1945. La Guerra Fría influyó en ambos, aunque no los determinó. La reestructuración económica mundial, que poco a poco iba privilegiando a Estados Unidos, fue un importante factor para el hundimiento de los imperios propiamente dichos. Y también lo fueron el apoyo soviético a los movimientos de liberación y la radicalización de algunos de ellos a raíz del ejemplo soviético. Pero lo más importante fue la Guerra Fría en Europa, la

necesidad de que Gran Bretaña y Francia reforzaran sus propias defensas y se alinearan con Estados Unidos, y el temor, sobre todo en Francia, a que los desórdenes a largo plazo en las colonias contribuyeran a la radicalización dentro del país. A principios de los años sesenta, cuando el centro de atención de la Guerra Fría se desplazó al Tercer Mundo, hacía mucho tiempo que el conflicto se manifestaba tanto entre los colonizadores como entre los colonizados.

La historia de cómo la Guerra Fría influyó en la descolonización en términos económicos es extraña y un tanto incongruente. La ideología rotundamente imperialista de Gran Bretaña y Francia de finales del siglo XIX y principios del XX se había construido sobre la perspectiva de una mejora para todos los habitantes de sus respectivos imperios, e implicaba un avance respecto a la cruda explotación de épocas anteriores. Pero las guerras y la depresión habían hecho a las metrópolis más dependientes de sus colonias en términos económicos, no menos. Por consiguiente intentaron recuperar algunos de los mecanismos que favorecían a los europeos, pero les resultó difícil. Los sistemas basados en las preferencias imperialistas no solo suponían un ejemplo claro de lo que los estadounidenses criticaban del colonialismo –las restricciones al libre comercio y al acceso de Estados Unidos a los mercados extranjeros– sino que además provocaban el distanciamiento de las élites autóctonas, que se habían tomado en serio las promesas de los reformadores imperiales. Pero, en conjunto, aquellas medidas no se correspondían con las realidades cambiantes del mundo. En vez de Gran Bretaña y Francia, eran Estados Unidos y otros países los que poco a poco iban adquiriendo más y más importancia para el desarrollo económico en las colonias. Mientras tanto, la cooperación económica y el comercio en Europa occidental se iban haciendo cada vez más importantes para los británicos y los franceses. Era una discordancia que no podía durar.

El papel de Estados Unidos fue crucial en el proceso de descolonización durante la Guerra Fría. La mayoría de los estadounidenses opinaba que el colonialismo era algo malo. El país había logrado su independencia en una insurrección contra Gran Bretaña. El control colonial implicaba menos

libertad y menos comercio libre, dos conceptos muy queridos por los estadounidenses. Pero la mayoría de los estadounidenses blancos también sospechaban que los no blancos no eran capaces de autogobernarse a menos que les ayudaran gentes de origen europeo. Ese temor aumentó durante la primera fase de la Guerra Fría. Dado que había otra superpotencia compitiendo por la atención de las colonias, a Washington le aterraba que los líderes poscoloniales, a los que resultaba fácil tentar, cayeran del lado del Bloque soviético. Por consiguiente, era preciso moderar los instintos anticoloniales con las consideraciones que exigía la Guerra Fría en la política exterior de Estados Unidos.

El apoyo de Estados Unidos fue la razón principal de que los imperios coloniales europeos no se desmoronaran durante los años cuarenta, sino que sobrevivieran durante otras dos (o, en el caso de Portugal, tres) décadas. A partir de 1945, ningún país europeo era económicamente capaz de mantener sus posesiones coloniales, teniendo en cuenta el mal estado de sus economías y de sus necesidades en materia de defensa en Europa. La quimera del colonialismo solo podía mantenerse mientras Estados Unidos estuviera dispuesto a financiar aquel gasto adicional de los países europeos. Naturalmente, todos los países coloniales eran conscientes de ello y hacían todo lo posible por presentar su renuencia a descolonizar como parte de una lucha común contra el comunismo. Los responsables de las políticas estadounidenses, que se estaban acostumbrando a trabajar con sus aliados de Europa occidental en los comités de la OTAN y de otras organizaciones internacionales, casi nunca cuestionaban los móviles de sus socios. El planteamiento anticomunista de Washington casi siempre prevalecía sobre su anticolonialismo, salvo en los casos en que resultaba descaradamente obvio que no descolonizar podía estimular a los grupos comunistas, como en Indonesia y en India. Cuando los británicos aseguraron falsamente que el nacionalista keniano Jomo Kenyatta estaba controlado por los comunistas, o cuando los franceses afirmaron otro tanto sobre el líder guineano Sékou Touré, los estadounidenses no protestaron, aunque sus propios servicios de inteligencia les decían que no era cierto.

Además, durante las administraciones de Truman y de Eisenhower, los estadounidenses tuvieron mucho cuidado de no contribuir a la pérdida de prestigio que supondría para las potencias europeas prescindir de sus colonias. Ese giro de los acontecimientos podía amenazar a la estabilidad en Europa y restar eficacia a los europeos occidentales a la hora de contribuir a luchar contra el comunismo, tanto en su propio continente como a escala mundial. El hecho de que dichos gobiernos dependieran totalmente de los créditos de Estados Unidos no contribuía a mejorar la situación. Más bien la empeoraba. A los británicos y a los franceses les molestaba tener que mostrarse suplicantes y sumisos ante Estados Unidos por culpa de su debilidad económica, y sospechaban que los estadounidenses tenían sus propios designios para los territorios de ultramar de los países europeos. El interior del país se había empobrecido, pero gracias a sus imperios seguían siendo grandes potencias. Gran Bretaña, sin su imperio, solo era «una especie de Suecia de los pobres», en palabras de un administrador colonial británico.[1]

Sin embargo, los imperios europeos tenían los días contados a partir de 1945. Incluso con un sustancial apoyo estadounidense, la suma de su debilidad económica dentro de sus fronteras y del aumento de la resistencia en las colonias, determinaba el desenlace. Los gobiernos de Gran Bretaña y de Francia que llevaron a cabo la descolonización no fueron de la izquierda socialista. En Gran Bretaña fueron los gobiernos conservadores encabezados por Winston Churchill, Anthony Eden y Harold Macmillan, y en Francia el Gobierno nacionalista de derechas de Charles de Gaulle. Lamentaban la pérdida de las colonias, pero eran conscientes de que no tenían otra opción. Como afirmaba sir James Robertson, el último gobernador general británico de Nigeria, en 1959: «El problema es que no se nos ha concedido tiempo suficiente; en parte debido a que ya no somos lo bastante fuertes, a consecuencia de dos guerras mundiales, como para insistir en disponer de más tiempo para construir formas de Gobierno democrático; en parte debido a la oposición de Estados Unidos a nuestra idea del colonialismo a través de la paulatina formación de la gente, a lo largo de las generaciones, para que se hagan cargo de todo, y en parte

debido al peligro que suponen nuestros enemigos, hemos tenido que avanzar más deprisa de lo que habríamos deseado».[2]

Por parte de Estados Unidos, las principales consideraciones sobre el proceso de descolonización eran una estrategia militar cada vez más global y la necesidad de facilitar el acceso a unos recursos y unas materias primas, cruciales. Los dirigentes estadounidenses consideraban que su país estaba cada vez más involucrado en una campaña a escala mundial contra el comunismo, y que era responsable de construir unas estructuras capitalistas mundiales que funcionaran bien. Para ese esfuerzo se requería una red de bases militares estadounidenses, así como garantizar la disponibilidad de recursos para la reconstrucción económica de Europa occidental y Japón. A partir de 1960, Estados Unidos tuvo acceso global a unas bases que potenciaban su superioridad militar, y muchas de ellas existían por cortesía de las potencias coloniales. Además de los enclaves británicos y franceses en todo el mundo que podía utilizar Estados Unidos en caso de guerra, los estadounidenses alquilaron los terrenos para sus propias bases en territorios coloniales, desde la isla de Ascensión, pasando por las islas Azores y las Bermudas. En la zona de Marruecos controlada por los franceses había una base estadounidense. Y Diego García, una isla del océano Índico en manos de Gran Bretaña, siguió siendo británica tras la descolonización, sobre todo para que pudiera construirse allí una gigantesca base militar estadounidense. Las 1.200 personas que habían vivido hasta entonces en Diego García fueron desalojadas de la isla.

A lo largo de la Guerra Fría, a los dirigentes estadounidenses les preocupaba que los soviéticos pudieran controlar, directa o indirectamente, las materias primas de las que dependían los aliados de Estados Unidos para su bienestar económico. Esa preocupación era una de las principales razones de que se relacionara el nacionalismo radical en el Tercer Mundo, que incluía propuestas para la nacionalización de la economía, para la planificación de la producción y para las restricciones a las exportaciones, con el comunismo o a la influencia soviética. En términos de recursos, la Guerra Fría era una lucha por el control absoluto. Cualquier cosa que ayudara al enemigo a conseguir influir en los recursos vitales en términos

estratégicos o económicos suponía un desafío para Estados Unidos. Por supuesto, eso era especialmente válido para el acceso a los metales vitales para la industria militar. Durante los años cuarenta, el más importante de ellos era el uranio, que se utilizaba para producir armas nucleares. Estados Unidos intentó hacerse con el acceso exclusivo al mineral de uranio del Congo, administrado por Bélgica, y de Sudáfrica, aunque muy pronto quedó claro que los yacimientos de uranio estaban tan dispersos que resultaba muy difícil monopolizar el acceso al mineral.

Durante la Guerra Fría, el recurso estratégico más importante fue el petróleo. Durante la primera mitad del siglo XX se había asistido a su ascenso, y pasó de ser una fuente de energía menor a convertirse en la sustancia con la que funcionaban los estados modernos. Los ejércitos dependían del petróleo para el transporte, y las economías civiles dependían de él para la producción. La Unión Soviética llegó a ser autosuficiente en 1954, de modo que no competía con Occidente por el acceso al petróleo de otros países para su propio uso. Pero en Moscú, los líderes soviéticos posteriores a Stalin sabían lo dependientes que eran los aliados de Estados Unidos de las importaciones de petróleo para su desarrollo económico. En Europa occidental, la dependencia del petróleo para el consumo de energía aumentó de menos del 10 % en 1945 a más del 33 % en 1960. En Japón las cifras eran aún más llamativas: del 6 % al 40 %. En 1950, el 85 % de las importaciones de Europa occidental ya procedía de Oriente Medio. Por consiguiente, para Estados Unidos, que hasta 1970 dependió principalmente de su propia producción para su consumo interno, controlar el acceso al petróleo de Oriente Medio seguía siendo de una importancia estratégica primordial.

Los principales productores de petróleo en Oriente Medio eran Irán, Irak, Arabia Saudí y los emiratos del Golfo. Todos ellos eran países en los que Gran Bretaña había sido la potencia extranjera hegemónica durante la primera mitad del siglo XX. Al menguar el poder británico, las empresas petroleras controladas por los británicos tenían dificultades para aferrarse a sus posiciones. En Irán, por ejemplo, los nacionalistas presionaban a favor de que Irán tuviera una participación más grande en la Anglo-Iranian Oil

Company (AIOC), la mayor productora del país, que gestionaba la refinería de petróleo más importante del mundo en Abadán. Aunque tanto los acuerdos sobre el reparto de beneficios como las condiciones de trabajo de los iraníes eran manifiestamente injustos, la AIOC y el Gobierno británico se negaban a modificarlos. El resultado fue la elección de un Gobierno nacionalista en Irán, presidido por Muhammad Mosaddeq, que se había comprometido a nacionalizar la industria petrolera.

Al principio, Estados Unidos aconsejó a los británicos que transigieran. En Arabia Saudí, donde el principal productor era la Arabian-American Oil Company (ARAMCO), Estados Unidos había presionado hasta conseguir un reparto a partes iguales de los beneficios entre la monarquía saudí y los propietarios estadounidenses. Pero ni los iraníes ni los británicos aceptaron las propuestas de Estados Unidos. Al contrario, el conflicto se intensificó. El 1 de mayo de 1951, el Majlis (la Asamblea Nacional) iraní votó a favor de nacionalizar la industria petrolera, con compensaciones para sus propietarios en aquel momento. Los británicos pusieron en marcha un embargo contra el petróleo iraní y pidieron ayuda a Estados Unidos. Londres alegaba que la nacionalización del petróleo iraní conllevaba un peligro estratégico para Occidente. Entre bastidores de la política de Teherán, afirmaban, aguardaba el poderoso Partido Comunista iraní, el Tudeh, que iba a beneficiarse políticamente de la campaña a favor de la nacionalización.

La administración de Truman vacilaba, aunque cada vez le convencían más algunos de los argumentos de los británicos. Aun así, Mosaddeq, primer ministro iraní, no era comunista. Había sido un crítico acérrimo de la ocupación soviética del norte de Irán, y en 1944 había atacado al Tudeh al respecto, diciendo que «si afirmáis ser socialistas, ¿por qué estáis dispuestos a sacrificar los intereses de vuestro propio país en aras de la Rusia soviética?».[3] Pero a Washington le preocupaban las repercusiones a largo plazo y la inestabilidad en la región. A medida que el embargo empezaba a tener graves consecuencias económicas dentro de Irán, la oposición a Mosaddeq fue en aumento. Su reacción consistió en suspender

el Majlis y en recurrir cada vez más a la izquierda iraní, incluido el Tudeh, para conseguir apoyos a su política.

La administración de Eisenhower decidió aliarse con Gran Bretaña en una operación secreta para derrocar al Gobierno de Mosaddeq. Por medio de sus contactos en Irán, así como de agentes a sueldo, la CIA organizó una campaña de desinformación y de concentraciones orquestadas. En algunos casos la CIA pagó a iraníes para que se hicieran pasar por militantes del Tudeh y atacaran a los clérigos islámicos o a los asesores del monarca, el sah. El objetivo era crear descontento en las calles y unificar la oposición conservadora a Mosaddeq: el sah, el clero islámico y los militares. El golpe de Estado orquestado, que se produjo en agosto de 1953, estuvo a punto de fracasar cuando el joven sah, Reza Pahlevi, se puso nervioso y huyó del país. Pero entonces intervinieron los militares, que detuvieron a Mosaddeq y aplastaron al Tudeh. Pahlevi regresó a Irán acompañado por el director de la CIA, Allen Dulles. Durante los veintiséis años siguientes el sah gobernó Irán como un autócrata, en estrecha alianza con Estados Unidos.

A pesar del escepticismo estadounidense sobre los móviles de Gran Bretaña, el golpe de Estado en Irán había supuesto un estrecho alineamiento de los dos países. También habían colaborado a propósito de la «emergencia» declarada por los británicos en Malasia, donde desde finales de los años cuarenta las fuerzas británicas estuvieron luchando contra una sublevación obrera comunista hasta derrotarla. Al tiempo que Estados Unidos apoyaba la campaña militar de los británicos en Malasia, Washington intensificó su propia campaña contra una sublevación izquierdista en Filipinas. A pesar de las protestas estadounidenses contra el colonialismo, Filipinas era a todos los efectos una colonia de Estados Unidos desde 1898. Durante la ocupación japonesa, la izquierda filipina había llevado a cabo el grueso de los combates de la resistencia y, al terminar la guerra, había hecho una campaña a favor de un acuerdo más justo para los campesinos y los obreros. Después de obtener la independencia de Estados Unidos en 1946, los dirigentes de Filipinas se negaron a cumplir las reivindicaciones de la izquierda. Posteriormente, las fuerzas estadounidenses y el Ejército filipino combatieron una insurrección

del Ejército Popular de Liberación, los huks. Pero en 1954 ya habían sido derrotados tanto el Ejército Nacional de Liberación malayo como los huks.

Lo que dio lugar al ascenso del movimiento del Tercer Mundo fueron las intervenciones de Occidente en los procesos de establecimiento de los nuevos estados independientes. Los activistas anticoloniales empezaron a utilizar el término solo gradualmente, hasta que el activista martiniqués Frantz Fanon lo popularizó en su libro *Los condenados de la tierra* en 1961. Pero su sustancia era visible desde mucho antes: la convicción de que ahora los no europeos tenían la responsabilidad principal no solo de sus propios países sino también del futuro del mundo; la idea de que la solidaridad entre los estados recién descolonizados podía crear un bloque de poder a partir de los pueblos mayoritarios del mundo, y el concepto de que la Guerra Fría venía a demostrar lo arrogantes, irresponsables y fuera de contacto con los acontecimientos del mundo que eran Estados Unidos y sus aliados europeos. El Bloque soviético también se llevaba una parte de las críticas. Pero era la administración de Eisenhower la que se llevaba la peor parte de la cólera del Tercer Mundo.

La Conferencia afroasiática de Bandung, Indonesia, en 1955, se convirtió en un punto focal para las ideas del Tercer Mundo. La Conferencia de Bandung tenía un extenso pedigrí. Los activistas anticoloniales llevaban reuniéndose a través de las fronteras desde principios del siglo XX a fin de crear redes de resistencia transnacionales. En los años cincuenta numerosos líderes destacados tenían unos antecedentes transnacionales: el martiniqués Fanon luchó contra el colonialismo francés en Argelia, y el trinitense George Padmore desempeñó un importante papel en la creación de Ghana como país independiente. Pero en Bandung la atención se centraba en los nuevos estados. En su discurso inaugural, Sukarno destacó las responsabilidades que tenían los estados poscoloniales a la hora de colaborar entre sí, de derrotar al colonialismo y de evitar una guerra nuclear. «A menudo nos dicen: “el colonialismo ha muerto”», dijo el presidente indonesio a los asistentes, pertenecientes a veintinueve países y a un número aún mayor de partidos nacionalistas y de movimientos de liberación.

> No permitamos que eso nos engañe, ni siquiera que nos tranquilice. Yo les digo que el colonialismo todavía no ha muerto. ¿Cómo podemos decir que ha muerto, mientras enormes zonas de Asia y de África aún no son libres? [...] Además, el colonialismo tiene su atuendo moderno, en forma de control económico, [y de] control intelectual [...] La guerra no solo significaría una amenaza a nuestra independencia, podría significar el fin de la civilización e incluso de la vida humana. Hay una fuerza suelta por el mundo cuya potencialidad para el mal nadie conoce de verdad. [...] Ninguna tarea es más urgente que mantener la paz. Sin paz nuestra independencia significa muy poco. La rehabilitación y la construcción de nuestros países tendría muy poco significado. Nuestras revoluciones no podrían seguir su curso.[4]

Los asistentes a la Conferencia de Bandung tenían orígenes muy diversos. China estaba representada por el sosegado primer ministro Zhou Enlai, aunque muchos guardaban las distancias con los chinos debido a su estrecha alianza con los soviéticos. En la conferencia Irán, Irak, Turquía y Japón atacaron lo que a su juicio eran planteamientos antiestadounidenses. Pero, en términos de dinamismo de sus dirigentes y de su papel en sus respectivas regiones, los países más importantes eran Indonesia, India y Egipto. Sus puntos de vista tuvieron un impacto decisivo sobre el comunicado final, que hacía hincapié en los derechos humanos, en la soberanía, en la no intervención y en la resistencia a la dominación por las grandes potencias. Y sus dirigentes –Sukarno, Nehru y Nasser– esperaban que Bandung solo fuera el primer paso en la consolidación de la cooperación entre los estados poscoloniales como alternativa a la Guerra Fría.

El espíritu de Bandung fue sometido a su primera prueba en Oriente Medio durante el verano de 1956. A la cabeza de un nuevo Gobierno militar radical, el líder egipcio Gamal Abdel Nasser se sentía frustrado por las infructuosas negociaciones con los estadounidenses en materia de créditos. Le molestaba que Egipto, que había estado mucho tiempo bajo el dominio británico, aún se viera obligado a aceptar una sustancial influencia extranjera. Nasser quería recuperar para Egipto el control del canal de Suez, que partía su país en dos, de manos británicas y francesas, sobre todo para que Egipto pudiera beneficiarse más de los sustanciales ingresos que generaba el canal. Estados Unidos instaba a negociar. Cuando tanto Londres

como París se negaron, Nasser se hizo con el control de la zona del canal en una repentina operación militar el 26 de julio de 1956. La palabra en clave para el arranque inmediato de la operación, astutamente escondida en un largo discurso que pronunció Nasser en Alejandría, era «Lesseps»: el nombre del ingeniero francés que había diseñado el canal en la década de 1860.

En su discurso sobre Suez, Nasser resumía las injusticias que había cometido el imperialismo no solo contra Egipto sino contra todos los árabes. Los árabes habían sido ciudadanos de segunda clase en sus propios países; les habían dividido, o expulsado, como en el caso de los palestinos. Pero eso se acabó. En un discurso plagado de referencias a Bandung y a la solidaridad anticolonial, Nasser proclamó una nueva unidad de los árabes, de la que Egipto y Siria iban a ser los primeros miembros, pero a la que podían sumarse todos los estados árabes. «Desde que Egipto ha declarado su política libre e independiente, el mundo entero tiene los ojos puestos en Egipto –decía Nasser–. Todo el mundo tiene en cuenta a Egipto y a los árabes. En el pasado estuvimos perdiendo el tiempo en los despachos de los embajadores [extranjeros] [...] pero hoy, tras unirnos para formar un único frente nacional contra el imperialismo y la intervención extranjera, los que nos menospreciaban han empezado a temernos.»[5]

Los británicos y los franceses reaccionaron con furia. Para Anthony Eden, primer ministro británico, Nasser era otro Hitler, o por lo menos otro Mussolini. En colaboración con los israelíes, Londres y París idearon un complot descabellado, por el que primero Israel invadiría Egipto. Después intervendrían los británicos y los franceses, alegando que lo hacían para separar a los bandos beligerantes. Por último, como simple detalle adicional, recuperarían el canal de Suez. Los israelíes entraron en acción el 29 de octubre de 1956, justo en el momento que –en otro escenario– la crisis de Hungría llegaba a su apogeo. Las fuerzas francesas y británicas invadieron Egipto el 5 de noviembre. La crisis se agravó a raíz de los combates en la zona del canal. El presidente Eisenhower estaba fuera de sí. Nadie le había informado de los planes de sus aliados, y ahora tenía la sensación de que «sencillamente nunca había visto a las grandes potencias

armar un lío y hacer una chapuza como esta».[6] Washington quería evitar, sobre todo tras el derrocamiento de Mosaddeq, que se le percibiera como un enemigo del nacionalismo en la región. Era algo especialmente válido en el caso de los países árabes, donde la CIA temía que cualquier alarde de colonialismo británico o francés podía darle ventaja a los comunistas de la región frente a las fuerzas nacionalistas, más «sanas».[7]

Estados Unidos exigió un alto el fuego inmediato y la retirada de todas las tropas extranjeras. El presidente hizo saber a los británicos que si no obedecían, Estados Unidos dejaría de venderles o de llevarles petróleo, lo que resultaba mucho más importante ahora que el canal de Suez estaba cerrado, y cancelaría cualquier nuevo préstamo para apuntalar la debilitada economía británica. Ante los titubeos de Eden, el Tesoro estadounidense insinuó que podía empezar a vender libras esterlinas, y así debilitar ulteriormente una moneda que ya estaba casi en caída libre. Eden y su colega francés Guy Mollet, al que Estados Unidos había amenazado con medidas similares, capitularon y se retiraron. Los israelíes, a los que el presidente estadounidense reprendió de una forma que sorprendió al primer ministro David Ben-Gurión, hicieron otro tanto unos meses después. Tan solo obedecieron después de que Eisenhower manifestara sus quejas en público. En un discurso televisado al pueblo estadounidense, el presidente se preguntaba: «¿Debemos consentir que una nación que ataca y ocupa territorio extranjero a pesar de la desaprobación de Naciones Unidas imponga condiciones para su propia retirada? Si consintiéramos que con un ataque armado el agresor consiga plenamente su objetivo, me temo que estaríamos atrasando el reloj del orden internacional».[8]

Eisenhower tenía muchos motivos para estar furioso. Su sensación de traición por el hecho de que sus aliados no le hubieran informado era intensa. Al fin y al cabo, Estados Unidos se veía como el líder del «mundo libre». Eisenhower sospechaba que los invasores habían programado su operación para que coincidiera con las elecciones presidenciales de Estados Unidos, en las que él aspiraba a la reelección, con la esperanza de que así la reacción estadounidense fuera más débil. También rechinaba la coincidencia con la invasión soviética de Hungría, dado que invitaba a que

todo el mundo comparara las dos acciones. Los asesores de Eisenhower temían que el ataque a Egipto facilitara que en el futuro los soviéticos consiguieran un punto de apoyo en Oriente Medio. Pero la consideración más importante era que las potencias europeas estaban dispuestas a sacrificar los intereses más amplios de la Guerra Fría con tal de conseguir una ventaja nacional, limitada y a corto plazo. Para Eisenhower se trataba de un pecado mortal, dado que, a su juicio, se apartaba del cometido por el que Estados Unidos estaba librando la Guerra Fría.

Además, las repercusiones de la crisis de Suez fueron múltiples. La crisis dejó absolutamente claro, por si hacía falta una nueva confirmación, que Gran Bretaña y Francia no podían volver a tomar medidas independientes en materia de asuntos exteriores contra la voluntad de Estados Unidos. La crisis fue un revés evidente para el prestigio nacional de ambos países, aunque las realidades del asunto estaban claras desde hacía más de diez años. Pero Suez también vino a demostrar que en el mundo poscolonial la opinión pública era importante, y que, al igual que en Hungría, había que pagar un precio por hacer un alarde de fuerza bruta demasiado ostensible. Nehru, en un discurso pronunciado ante el Parlamento indio, lo resumía así: «El uso de las Fuerzas Armadas por parte de los grandes países, aunque aparentemente [ha conseguido] algo, en realidad viene a demostrar su incapacidad de lidiar con la situación. Lo que ha quedado patente es su debilidad».[9] Con su elegancia característica, Nehru afirmaba: «El mayor peligro que sufre el mundo es este asunto de la Guerra Fría. Se debe a que la Guerra Fría crea una barrera mental mayor que el Telón de Acero o que un muro de ladrillos o que cualquier cárcel. Crea barreras para la mente que se niega a comprender la postura del otro, lo que divide al mundo en demonios y ángeles».[10]

A partir de la crisis de Suez, la descolonización se aceleró, debido tanto a la mayor debilidad de Gran Bretaña y de Francia como a que cada vez estaba más claro que el futuro de los dos países estaba en Europa y en la alianza atlántica, no en África ni en Asia. Francia se había visto obligada a retirarse de Indochina en 1954 y libraba una guerra colonial en Argelia que se presentaba mal y que suscitaba las inoportunas críticas de Estados

Unidos. En otras partes del mundo, Francia se retiraba a regañadientes. Los gobiernos de la Cuarta República estaban atrapados entre prioridades contrapuestas: ser anticomunistas (al tiempo que deseaban parecer radicales); ver con malos ojos el dominio estadounidense (al tiempo que temían el abandono de Estados Unidos), y asumir la integración europea (al tiempo que temían una disminución del poder independiente y del prestigio de Francia). Los gobiernos franceses querían el apoyo de Estados Unidos, y por consiguiente denunciaban la amenaza del comunismo en los movimientos independentistas, desde Senegal y Madagascar hasta Tahití. Pero también temían que Estados Unidos se propusiera sustituir a Francia en sus antiguas colonias. Los intelectuales franceses denunciaban el imperialismo estadounidense, pero al mismo tiempo a algunos de ellos les resultaba difícil renunciar al colonialismo francés que –por los extraños giros de la terminología– supuestamente era más moral, participativo, comprometido y «auténtico» que todos los demás. Una percepción que a menudo se destacaba en la prensa francesa era que Francia conocía África y los estadounidenses no. Pero su connotación –que el «conocimiento» daba derecho a seguir con la explotación– se mencionaba en voz baja tanto en París como en Londres.

Algunos franceses y otros europeos, y un reducido número de africanos, creían que todavía era posible transformar de alguna forma los imperios coloniales desde dentro. Creían en una forma integradora de Commonwealth británica o de Union Française, donde las antiguas colonias pudieran adoptar los valores democráticos y la cultura del Estado metropolitano, creando lo que algunos intelectuales parisinos denominaban «Euráfrica». Todas las personas, al margen de su raza, serían ciudadanos con igualdad de derechos, rezaba el argumento. La proximidad entre los colonizadores y los colonizados era sustancialmente mayor que entre los distintos países de Europa. ¿Por qué los progresistas debían apoyar la integración europea, al tiempo que fomentaban la desintegración en ultramar? Por ejemplo, los comunistas franceses, que no se daban cuenta de que era demasiado tarde para semejante argumento, llevaron a cabo considerables contorsiones al respecto. El Partido Comunista francés (PCF)

aspiraba a la «liberación» de las colonias, pero no a su separación de Francia. «Del derecho al divorcio no se desprende la obligación de divorciarse», declaraba Maurice Thorez, líder del PCF.[11]

Durante los años cincuenta y sesenta, para los principales dirigentes del mundo colonizado la cuestión no eran las promesas de una futura integración sino la descolonización y la solidaridad anticolonial. La cuestión de la raza era esencial. El colonialismo era sobre todo un proyecto racista, y la falta de apoyo de Estados Unidos a una descolonización total venía a recordarles a muchos dirigentes del Tercer Mundo la opresión racial que sufrían los afroamericanos en Estados Unidos. Pero la izquierda europea también tenía parte de culpa. En 1956, con motivo de su salida del PCF, por el que había sido elegido diputado de la Asamblea Nacional diez años atrás, el escritor negro martiniqués Aimé Césaire criticaba la idea de Euráfrica: «¡Fíjense en el gran aliento de unidad que recorre todos los países negros! ¡Vean cómo, aquí y allá, se recompone el tejido desgarrado! Es que la experiencia, una experiencia duramente adquirida, nos ha enseñado que no tenemos a nuestra disposición más que un arma, una sola eficaz, una sola no mellada: el arma de la unidad, el arma de la confluencia anticolonialista de todas las voluntades y que el tiempo de nuestra dispersión al antojo de las divergencias de los partidos metropolitanos es también el tiempo de nuestra debilidad y de nuestras derrotas».[12]

En ningún lugar se puso tanto a prueba el arma de la unidad como en la lucha por la liberación de Argelia. A diferencia del caso británico, donde todas las colonias (salvo, dirían algunos, Irlanda, Escocia y Gales) estaban en lugares remotos, Argelia estaba conectada con Francia a través del Mediterráneo. El país fue invadido por los franceses en la década de 1830, y a finales de la década de 1950 tenía aproximadamente 1,2 millones de colonos europeos entre una población total de ocho millones. Las insurrecciones anticoloniales habían sido frecuentes, y en 1954 el Frente de Liberación Nacional (FLN) inició una campaña de lucha armada contra los franceses. El Gobierno francés respondió con una gigantesca operación contra la guerrilla, durante la que se cometieron atrocidades por ambos bandos. En el momento de su apogeo, Francia contaba con medio millón de

soldados en Argelia, que en su mayoría podían cobrar su sueldo únicamente gracias al apoyo de Estados Unidos al Gobierno de París. Aun así, la operación no logró erradicar al FLN, que en 1957 ya controlaba importantes zonas del país.

En mayo de 1958, un golpe de Estado de los oficiales franceses en Argel amenazó con dividir no solo Argelia sino también Francia. Los oficiales, y los colonos que los apoyaban, insistían en que no podía haber negociaciones con el FLN. Exigían el restablecimiento, de forma inconstitucional, del general Charles de Gaulle como presidente de Francia. Para subrayar su poder militar, los rebeldes se hicieron con el control de Córcega y amenazaron con marchar contra París. De Gaulle, que llevaba alejado del poder desde 1946, regresó como el salvador de la nación (francesa), proclamando su anticomunismo y su compromiso con que Argelia siguiera siendo parte de Francia. Pero aunque se le concedieron unos poderes casi dictatoriales, De Gaulle pudo hacer muy poco por modificar el rumbo de la guerra de Argelia.

De Gaulle estuvo cuatro años intentando que Argelia siguiera siendo francesa. Al final fracasó porque las prioridades de Estados Unidos en el ámbito de la Guerra Fría no dejaban margen para la última guerra colonial de Francia. Por el contrario, a los estadounidenses De Gaulle les resultaba un personaje difícil, y sospechaban que su guerra ya estaba perdida. El FLN llevó a cabo algunas ofensivas diplomáticas muy hábiles, en las que cuestionaba las credenciales anticoloniales de Estados Unidos. ¿Por qué una nación que había nacido de una lucha contra el imperio no condenaba la ocupación francesa de Argelia? Ante los titubeos de Washington, De Gaulle contraatacó, declarando que Francia no tenía más remedio que conseguir sus propias armas nucleares, dado que evidentemente Estados Unidos y la Unión Soviética pretendían repartirse el mundo, y menoscabar a Francia. La administración de Eisenhower no creía que de Gaulle pudiera permitirse el lujo de romper con Occidente, pero temía las repercusiones que pudiera tener su alianza con Francia en otras partes del mundo. «Mientras prosiga el conflicto argelino –concluía un estudio del Consejo de Seguridad Nacional

en 1959–, Francia será un lastre para las relaciones de Estados Unidos con el Bloque afroasiático, así como en Oriente Medio.»[13]

El Gobierno conservador británico, que había jurado no abandonar jamás el Imperio británico, acabó concediendo la independencia a ocho países entre 1958 y 1962. En la mayoría de los casos el proceso fue pacífico, aunque a los nuevos gobiernos poscoloniales a menudo les resultaba difícil mantener su autoridad. Ghana fue la primera colonia africana que consiguió la independencia, en 1957. Allí, Kwame Nkrumah, el carismático líder nacionalista, fue elegido primer ministro, aunque aspiraba a conseguir un lugar más destacado en la liberación de África que la simple presidencia del Gobierno de un pequeño país. A pesar de los compromisos que había adquirido, De Gaulle desempeñó el mismo papel para las colonias francesas que el de los conservadores por parte británica. En África occidental francesa, Guinea se independizó en 1958 y rechazó cualquier asociación con la antigua metrópoli. Otros catorce territorios franceses se independizaron entre 1958 y 1962. En Argelia, De Gaulle también acabó capitulando. París, incapaz de ganar la guerra y sometido a una fuerte presión internacional, accedió a retirar sus tropas y a conceder la independencia a su antigua colonia. El FLN asumió el poder en Argel durante el verano de 1962, un gobierno anticolonialista radical que pretendía simbolizar el poder del Tercer Mundo.

Para la Unión Soviética, la visión del mundo también empezó a cambiar a finales de los años cincuenta. El Estado soviético se basaba en el principio de la revolución mundial y del derrocamiento del imperialismo y de otras formas de opresión feudal y capitalista. Durante las primeras décadas del dominio soviético, la perspectiva de una «revolución en Oriente» había ido asumiendo cada vez mayor relevancia, sobre todo teniendo en cuenta que la «revolución en Occidente» no se había materializado. El Comintern creó escuelas e institutos de formación en la URSS para los comunistas de fuera de Europa, que contribuyeron a organizar los partidos y los grupos comunistas de Asia, África y América Latina. En 1921 se había creado en Moscú la Universidad Comunista del Este, una especie de escuela de señoritas para revolucionarios asiáticos, con campus filiales en Bakú,

Irkutsk y Taskent. En ella se formó un número asombroso de líderes, como el jefe del Partido Comunista indonesio, Tan Malaka; el chino Deng Xiaoping, y el vietnamita Hố Chí Minh (que posteriormente trabajó como agente del Comintern por todo el sudeste asiático y el sur de China). Durante el periodo de entreguerras, las universidades soviéticas atraían a los estudiantes antiimperialistas procedentes de la mayoría de los países asiáticos y de algunos países africanos, con un número especialmente grande de alumnos de China, Vietnam, India, Oriente Medio y Turquía. No todos eran comunistas, pero a todos ellos les atraía la Unión Soviética debido a su declarada oposición al colonialismo y al dominio europeo.

La política proclamada por Lenin de crear «frentes unidos» con los izquierdistas no comunistas y los antiimperialistas, sobre todo en el mundo colonizado, dio excelentes dividendos para la política exterior soviética y para la radicalización del movimiento anticolonial. Ni siquiera los altibajos del Comintern a finales de los años veinte, cuando Stalin consolidaba su dominio sobre el Partido Comunista soviético, provocaron un daño duradero al atractivo de colaborar con los soviéticos a favor de una causa común. Para los anticolonialistas, la Unión Soviética era al mismo tiempo una inspiración como modelo social y económico y una fuente de apoyo práctico. Para muchos soviéticos, sobre todo de la generación más joven, ayudar a la lucha antiimperialista añadía brillo a una existencia que se hacía cada vez más difícil dentro del país. Y para los dirigentes comunistas, apoyar la revolución anticolonial tenía sentido desde el punto de vista estratégico, aunque sus líderes no fueran hermanos ideológicos de la URSS. Era una forma de golpear los centros imperialistas de Europa –Londres, París, Bruselas– que no podía lograrse a través del debilitado movimiento comunista en Europa.

La percepción de una afinidad entre la causa comunista y la antiimperialista quedó patente en numerosos congresos celebrados entre los años veinte y los años cuarenta. Un punto de partida fue el primer Congreso Internacional contra el Imperialismo y el Colonialismo celebrado en Bruselas en 1927. El congreso fue planificado por agentes alemanes del Comintern, sobre todo por el pintoresco Willi Münzenberg, un maestro a la

hora de crear organizaciones de frente unitario. Münzenberg utilizó las campañas antiimperialistas de China, lideradas por el Kuomintang, como llamamiento a acudir a la reunión. El congreso atrajo a todo tipo de participantes del mundo entero, desde antiimperialistas europeos como Albert Einstein y Henri Barbusse, hasta Jawaharlal Nehru; a Song Qingling, viuda de Sun Yat-sen, el primer presidente de China, y a muchos otros activistas asiáticos, africanos y caribeños. Acudieron representaciones de numerosas organizaciones estadounidenses para la defensa de los derechos civiles, incluidos algunos grupos afroamericanos y puertorriqueños. Los organizadores del Comintern perdieron enseguida la capacidad de dirigir las sesiones, que se convirtieron en una denuncia del control que ejercía Europa, en vez de ser una celebración de los vínculos entre el anticolonialismo y el socialismo, como ellos esperaban. El comunista senegalés Lamine Senghor destacó que su principal compromiso era con la sustitución de los imperios por unas democracias que adoptaran la igualdad racial: «La esclavitud no ha sido abolida. Por el contrario, se ha modernizado. [...] Sabemos y constatamos que somos franceses cuando necesitan que nos dejemos matar o para convertirnos en mano de obra. Pero cuando se trata de concedernos derechos, ya no somos franceses sino negros».[14]

Las dificultades que tenían los soviéticos para controlar el antiimperialismo mundial también se manifestaban en sus problemas para el manejo del imperio multinacional que habían heredado de los zares. Al principio, los comunistas animaron a los no rusos (y sobre todo a los no europeos) a asumir puestos de liderazgo en sus respectivas zonas, que se convirtieron en repúblicas soviéticas o en regiones autónomas. Ahora, a los grupos como los tayikos o los uzbecos, que habían sido derrotados por el Imperio ruso en el siglo XIX, se les decía que debían aspirar a gestionar sus propias repúblicas en el marco del Estado federal soviético. Incluso los grupos más pequeños, como los calmucos y los udmurtos, también tenían sus propios territorios. Los etnógrafos rusos hacían lo posible por identificar las distintas nacionalidades para concederles sus derechos, promover su lengua y proporcionarles educación, todo ello bajo la égida de los asesores

comunistas. Lenin había advertido de que uno de los principales enemigos de la URSS era el chovinismo de la Gran Rusia. Temía que después de su muerte, «el insignificante porcentaje de obreros soviéticos y sovietizados se hundiría en ese mar de inmundicia chovinista ruso, como la mosca en la leche».[15] Pero en la mayoría de los casos la política de *korenizatsiia* (indigenización) prosiguió hasta principios de la década de 1930, pese a los temores de Stalin a una autoridad independiente en las repúblicas.

Sin embargo, en los años treinta, cuando Stalin recurrió al terror masivo para sustentar su dictadura, firmó la sentencia de muerte de las aspiraciones nacionales asiáticas dentro de la Unión Soviética. Quienes habían argumentado a favor de los principios de autonomía nacional, religiosa o cultural desaparecieron en los campos de trabajo, igual que muchos de sus asesores rusos, así como un número considerable de anticolonialistas extranjeros que se habían refugiado en la URSS. Algunos destacados antiimperialistas musulmanes soviéticos, como el dirigente baskir Mirsaid Sultan-Galivev, fueron ejecutados en la cárcel. Stalin quería un Estado soviético unificado bajo su liderazgo personal, un Estado que en última instancia fuera capaz de aspirar a la hegemonía en Europa. Para Stalin, un comunista georgiano, Europa era el lugar donde iba a decidirse el futuro del mundo. El mundo colonial era, en el mejor de los casos, un asunto secundario, y en el peor, una distracción. Dentro de la Unión Soviética, los antiguos colonos rusos debían integrarse en el Estado soviético. Fuera del país, los anticolonialistas eran relevantes sobre todo si podían fomentar los intereses de la URSS en materia de seguridad. A Stalin le parecía poco relevante incluso el enorme viraje hacia la liquidación del control europeo en India, Indonesia y China que se produjo durante la posguerra. Aunque a partir de 1945 Stalin aludía a que el antiimperialismo iba a debilitar a Estados Unidos y a sus aliados, su mirada estaba firmemente fija en Europa.

Así pues, no es de extrañar que los sucesores de Stalin tuvieran la sensación de que el *Vozhd* había dejado escapar una buena baza en lo relativo al Tercer Mundo. En lo que venía a ser una crítica directa, aunque implícita, al desaparecido dictador, Jruschov y sus colegas decidieron visitar los países de Asia y de Oriente Medio durante los años posteriores a la

muerte de Stalin. El propio Jruschov viajó a India, Birmania y Afganistán en 1955. En sus visitas a los estados recién independizados, el mensaje de Jruschov era siempre el mismo: todos los que rompieran con el colonialismo podían contar con el apoyo de la Unión Soviética. Atrás quedaban los tiempos en que la Unión Soviética se dedicaba sobre todo a sermonear con sus propias verdades a los nuevos países. Ahora se ponía el énfasis en la cooperación práctica, que beneficiaba por igual a ambas partes, y que, al final, iba a mejorar las condiciones para una transición al socialismo a escala mundial. «Los pueblos que han logrado la independencia nacional se han convertido en una fuerza nueva y poderosa en la lucha por la paz y el progreso social –dijo Jruschov en enero de 1961 en la Escuela Superior del Partido de Moscú–. El movimiento de liberación nacional asesta más y más golpes al imperialismo, ayuda a la consolidación de la paz, contribuye a acelerar el desarrollo de la humanidad por la senda del progreso social. Asia, África y América Latina son ahora los centros más importantes de la lucha revolucionaria contra el imperialismo.»[16]

A partir de 1960 la Unión Soviética había ampliado considerablemente su alcance en el Tercer Mundo. Incluso los países que se oponían a las divisiones de la Guerra Fría y los que habían jurado lealtad a la agenda de Bandung, se alegraban de poder recurrir a los soviéticos para pedirles ayuda práctica. Tras la crisis de Suez, Egipto había iniciado un programa de desarrollo a largo plazo con el apoyo de la URSS. Indonesia, Cuba y varios estados de África occidental, como Ghana, Guinea y Mali, empezaron a cooperar estrechamente con los soviéticos. A pesar del empeoramiento de sus relaciones con China, daba la impresión de que la URSS no tenía problemas para encontrar amigos en el Tercer Mundo. India era uno de los grandes premios, y a pesar de su política de no alineamiento, el Gobierno de Nehru había empezado a inspirarse en la experiencia soviética para construir su propia modalidad de socialismo. Sin embargo, los indios esperaban que la influencia fuera en ambos sentidos. El embajador indio en Moscú, K. P. S. Menon, informaba de que «la amistad de India con la Unión Soviética está dando dividendos no solo en forma de [...] asistencia técnica sino también de cierta suavización de los contornos del comunismo y de la

apertura de un paso por el que la buena voluntad –y el sentido común– puedan fluir entre los dos bloques».[17]

La crisis que iba a demostrar tanto el alcance como las limitaciones del poder soviético en el Tercer Mundo se produjo en el Congo. La colonia belga, pobre y explotada, consiguió su independencia de forma repentina en 1960, cuando no existían carreteras que conectaran las distintas partes del inmenso país, y el desarrollo económico era mínimo, salvo en las minas de propiedad europea. Congo tenía un total de dieciséis licenciados universitarios, no tenía médicos, ni docentes de bachillerato, ni oficiales militares, ni partidos políticos de ámbito nacional. Todo lo habían gestionado los belgas. Cuando se marcharon los administradores coloniales, los nuevos dirigentes, bajo el mando del primer ministro Patrice Lumumba, hicieron todo lo posible para evitar el colapso. Lumumba era un nacionalista congoleño radical, exadministrativo de correos, que había hecho campaña a favor de la independencia del Congo, y que presidía el único partido político que por lo menos tenía alguna representación en la mayoría de las muchas provincias del país. Los belgas le aborrecían, y preferían colaborar con los grupos separatistas a fin de mantener intactos sus intereses mineros. Los estadounidenses eran contrarios a Lumumba, dado que su condición de izquierdista le convertía en un posible conducto entre Moscú y las riquezas minerales de su país. Al cabo de pocas semanas de la independencia, el Congo empezó a fragmentarse. Lumumba pidió, y consiguió, el envío de tropas de Naciones Unidas, pero no su ayuda para mantener el país unido. Lumumba, a la desesperada, solicitó públicamente la ayuda de los soviéticos.

Desde el principio de la crisis del Congo, la administración de Eisenhower había considerado a Lumumba una amenaza para los intereses de Estados Unidos en África. Según Dulles, el secretario de Estado, no era arriesgado «presuponer que a Lumumba lo han comprado los comunistas».[18] Estados Unidos intentó evitar que llegara al poder y, cuando lo logró, intentó derrocarle mediante un golpe de Estado militar. Mientras tanto, Lumumba condenaba las políticas de Occidente: «Ya conocemos los objetivos de Occidente. Ayer nos dividían a nivel de tribu, de clan y de

aldea. Hoy, cuando África se está liberando, intentan dividirnos a nivel de Estado. Quieren crear bloques antagónicos, satélites, y tras comenzar desde esa etapa de la Guerra Fría, ahondar en la división a fin de perpetuar su dominio».[19] Pero la petición de ayuda a los soviéticos –que empezaba a llegar poco a poco a Kinsasa– fue la sentencia de muerte para Lumumba. La CIA había planificado un atentado contra él en septiembre de 1960, pero antes de que pudiera llevarse a cabo el primer ministro fue derrocado por el Ejército. Los militares entregaron a Lumumba a sus enemigos secesionistas de la provincia de Katanga, donde fue torturado, y asesinado tres meses después.

La crisis del Congo sirvió para abrirle los ojos a Jruschov y a sus asesores. Un Gobierno africano legítimo había solicitado apoyo a la Unión Soviética, y en julio de 1960 Jruschov había prometido ayudarle: «Si los estados que están llevando a cabo ingeniosamente una agresión imperialista contra la República del Congo [...] prosiguen con sus actos criminales, la Unión Soviética no escatimará medidas decisivas para poner fin a la agresión. El Gobierno del Congo puede estar seguro de que el Gobierno soviético ofrecerá a la República del Congo la ayuda necesaria para el triunfo de su justa causa».[20] Seis meses después, Lumumba estaba muerto, el Congo estaba bajo el control de una dictadura militar apoyada por Estados Unidos, y lo único que podían hacer los soviéticos como respuesta era despotricar y ponerle el nombre del martirizado dirigente congoleño a una nueva universidad para estudiantes extranjeros en Moscú, la Universidad Patrice Lumumba. La Unión Soviética aún no contaba ni con la logística ni con la capacidad militar de proyectar su fuerza en África central. Fue una lección que el personal del Comité Central, los oficiales del Ejército Rojo y los funcionarios del KGB que habían intervenido en el asunto nunca olvidarían.

Para los demás estados del Tercer Mundo, la tragedia del Congo fue también un síntoma de su propia debilidad. Ghana y Egipto esperaban poder ayudar a Lumumba a mantenerse en el poder, pero eran demasiado débiles y actuaron demasiado tarde para lograrlo. La única salida, a juicio de Nkrumah y de Nasser, consistía en fortalecer el desarrollo económico de

sus propios países. Otros regímenes importantes del Tercer Mundo, como la Argelia de Ben Bella, pensaban lo mismo. Sus países únicamente podían llegar a ser lo bastante poderosos como para satisfacer las aspiraciones de sus respectivos pueblos, y al mismo tiempo actuar en solidaridad con los demás estados, a través de un desarrollo económico nacional que debía arrancar mediante la intervención y la planificación estatales. La experiencia económica soviética tenía algunas de las claves de ese tipo de crecimiento, pero era preciso fortalecerlas y maximizarlas a través de las capacidades de las poblaciones de los nuevos estados. Una convicción generalizada en el Tercer Mundo era que mediante la eliminación de los controles coloniales y la creación de un Estado que actuara en beneficio de su pueblo, era posible lograr un rápido crecimiento económico. No obstante, muchos dirigentes se dieron cuenta de que sus países no contaban con los expertos necesarios para progresar rápidamente, sobre todo a la hora de crear nuevas industrias, y de que los pocos recursos que podían exportar seguían siendo rehenes de las condiciones establecidas por las compañías multinacionales y los regímenes del comercio internacional. Casi desde el principio, muchos países se encontraron con que sus esfuerzos en materia de desarrollo se veían entorpecidos por unos niveles crecientes de corrupción oficial. A mediados de los años sesenta, muchos africanos, sobre todo, constataron que las condiciones de su vida cotidiana eran peores que bajo el dominio colonial. Empezaban a reclamar más estabilidad, más orden y más progreso paulatino que lo que podían ofrecer los regímenes poscoloniales.

Argelia es un buen ejemplo de ello. Ahmed Ben Bella, el hombre que surgió como el principal líder del FLN, se había radicalizado cuando sirvió en el Ejército francés y, más tarde, durante su estancia en la cárcel como preso político en Francia. Cuando el país logró finalmente su independencia, el Gobierno de Ben Bella nacionalizó la mayoría de las industrias y se planteó una nacionalización gradual de la industria petrolera de Argelia, la actividad económica más importante del país. Las tierras que habían sido abandonadas por sus propietarios europeos, que en su mayoría habían huido a Francia a partir de 1962, se entregaron a las cooperativas

autogestionadas de campesinos y jornaleros. La producción agrícola se desplomó a consecuencia de la falta de cualificación, de equipos y de inversiones. Se incumplió la mayor parte de los planes para crear nuevas industrias, en parte debido a que los que supuestamente debían construirlas ya tenían bastante con arreglárselas para mantener a sus familias a medida que subían los precios y que la rápida urbanización provocaba el encarecimiento de los alquileres. La tasa de crecimiento de Argelia durante los años de Ben Bella no fue baja: poco menos del 5 % de media. Pero se debía sobre todo a las exportaciones de petróleo. Todas las demás industrias estaban en declive, y el Estado gastaba sus ingresos del petróleo de forma ineficaz y errática. A medida que cundían las dudas, el propio Ben Bella iba volviéndose cada vez más autocrático, y aficionado a dar largos discursos en público donde pedía apoyo para la implementación inmediata de unas políticas que iban desde la nacionalización de los periódicos a la implantación del ingreso obligatorio en los Boy Scouts musulmanes. La multitud gritaba «¡Viva Ben Bella!», pero cuando en 1965 los militares le derrocaron, aparentemente la mayoría de los argelinos dio un suspiro de alivio.

No obstante, a pesar de los fracasos de Ben Bella dentro del país, en aquellos años Argelia se convirtió en un centro para los revolucionarios del Tercer Mundo procedentes de África y Oriente Medio. Dos de los principales grupos que luchaban contra Portugal, que todavía conservaba sus colonias en África, tenían su cuartel general en Argelia: el Movimiento Popular para la Liberación de Angola (MPLA) y el Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde (PAIGCV). Nelson Mandela, el líder del Congreso Nacional Africano (ANC), vivió un tiempo en Argel, donde recibió formación militar, igual que algunos revolucionarios del Congo, Rodesia y Palestina. Malcolm X y otros militantes afroamericanos fueron a Argelia de visita, y más tarde varios dirigentes del movimiento Pantera Negra se refugiaron allí. Muchos de los principales asesores de Ben Bella eran europeos occidentales o yugoslavos (pero muy pocos eran soviéticos). Junto con los egipcios, los indonesios y los indios, los dirigentes argelinos hacían hincapié en que tan solo una amplia solidaridad y cooperación

internacional podía completar la descolonización de África y liberar al continente del dominio de la Guerra Fría.

En 1961, un año antes de que Argelia consiguiera su independencia, se había creado una amplia coalición de estados para formar lo que vino en llamarse el Movimiento de Países No Alineados. Todos ellos tenían la sensación de que la Guerra Fría amenazaba sus intereses internacionales y entorpecía sus planes de desarrollo nacional. Muchos de esos mismos países participaron en el congreso fundacional, igual que lo habían hecho en la Conferencia de Bandung seis años atrás. Pero la no alineación no era simplemente una continuación de Bandung. La solidaridad entre los pueblos, y en especial la solidaridad racial, brillaba por su ausencia. Por el contrario, la conferencia se centró en la parte de la agenda de Bandung que hacía hincapié en los derechos soberanos de los estados y en la necesidad de paz internacional como precondición para la abolición de todas las modalidades de colonialismo y de intervención extranjera. La primera reunión se celebró en Belgrado, la capital de Yugoslavia, y se pretendía que la nueva iniciativa se extendiera mucho más allá del simple ámbito de los países independientes de Asia y de África. El objetivo era cuestionar el sistema de la Guerra Fría a través de nuevas formas de cooperación internacional. China no estaba invitada, pero Cuba fue miembro de pleno derecho desde el principio, igual que Chipre, e incluso algunas monarquías conservadoras como Etiopía y Arabia Saudí. Sukarno lo resumía en su discurso:

> La no alineación no va dirigida contra ningún país en particular, ni contra un bloque en particular, ni contra un tipo de sistema social en particular. Nuestra convicción común es que la política de no alineación es la mejor manera de que cada uno de nosotros haga una contribución positiva hacia el mantenimiento de la paz y el relajamiento de la tensión internacional. Y seamos sinceros: no es una simple casualidad que los países aquí reunidos sean los que hemos optado por emprender el camino de la no alineación. [...] Esta es la era de las naciones emergentes y de la turbulencia del antinacionalismo, de la construcción de naciones y de la desintegración de los imperios.[21]

A principios de los años sesenta, la descolonización había cambiado el mundo mucho más allá de lo que la gente habría podido imaginar en 1945. No solo había muchos más países independientes, sino que todos los nuevos países eran gobernados por no europeos. Europa, por el contrario, había perdido gran parte de su poder, sobre todo porque los estados poscoloniales exigían tener voz propia en los asuntos del mundo. A la mayoría de ellos no le gustaba el orden internacional que había creado la Guerra Fría. Se sentían condicionados por él y creían que era otra forma de control europeo. Pero, al mismo tiempo, la Guerra Fría iba envolviéndolos inexorablemente a través de los conflictos dentro y fuera del país. Ya a finales de los años sesenta, los gobernantes de lo que había sido el Tercer Mundo buscaban estabilidad y nuevas formas de crecimiento económico, ya fuera a través del modelo soviético o del estadounidense. Muchos de aquellos dirigentes de segunda generación eran militares que preferían el cambio ordenado a la revolución. El Tercer Mundo fue un momento; quince años después de Bandung, a un número cada vez mayor de nuevos estados les resultaba difícil arreglárselas sin unos fuertes vínculos con una u otra de las superpotencias.

11

Las contingencias de Kennedy

El historial del mandato del general Eisenhower como presidente estadounidense de la Guerra Fría fue decididamente desigual. Respaldado por su enorme experiencia internacional, Eisenhower había evitado la sensación de crisis permanente y de peligro frecuente de su predecesor. Había sacado a Estados Unidos de la guerra de Corea y –lo que era igual de importante– había evitado que el país se involucrara directamente en nuevas guerras en Asia. Pero Eisenhower también había presidido una gigantesca militarización de la Guerra Fría, en la que el arsenal estadounidense había aumentado de 370 cabezas nucleares en 1950 hasta más de 40.000 en 1960. Había perdido el apoyo de los nacionalistas radicales de Oriente Medio y de América Latina debido a sus intervenciones encubiertas en Irán y en Guatemala. Y –principalmente por motivos ideológicos nacionales– tras la muerte de Stalin no había aprovechado las oportunidades para una distensión real en el conflicto con los soviéticos.

Da la impresión de que gran parte de la visión de futuro de Eisenhower le llegó como una ocurrencia tardía. Sus intentos por tender la mano a los líderes del Tercer Mundo y por organizar cumbres periódicas con los soviéticos llegaron justo al final de su presidencia. Resultaba emblemático que su última reunión con Jruschov se hubiera cancelado porque la URSS había derribado un avión espía estadounidense dentro del espacio aéreo soviético. Tras presidir el mayor aumento de la capacidad militar de la historia de Estados Unidos, en su discurso de despedida Eisenhower advertía a los estadounidenses de que

> nos hemos visto obligados a crear una industria de armamento permanente de enormes proporciones. Por añadidura, hay tres millones y medio de hombres y mujeres que trabajan directamente para el sector de la defensa. Cada año gastamos en seguridad militar más que los ingresos netos de todas las grandes empresas de Estados Unidos. Esa combinación de un inmenso sector militar y de una gran industria de armamento es nueva en la experiencia de Estados Unidos. [...] Debemos defendernos de que el complejo industrial-militar logre una influencia injustificada, buscada o no. El potencial para un desastroso aumento de un poder en manos de quien no lo merece existe y persistirá.[1]

Así pues, el legado que Eisenhower dejó a su sucesor era problemático. El joven presidente electo, John F. Kennedy, tuvo que lidiar con las contingencias que le había legado la administración anterior, y las que generaba un mundo en rápida transformación, incluso antes de asumir el cargo en enero de 1961. Tuvo que esforzarse por entender, y después para afrontar, una crisis en Laos, donde los insurgentes amenazaban al Gobierno apoyado por Estados Unidos. Kennedy intentó recurrir al Congreso para que sus líderes del Partido Demócrata apoyaran una mayor implicación de Estados Unidos en el extranjero, un mayor gasto en Defensa, y más ayuda a los países en vías de desarrollo. E intentó demostrarle a unas Fuerzas Armadas y a unos servicios de inteligencia escépticos que un presidente joven, demócrata y católico no solo iba a estar absolutamente al mando, sino que era más capaz de ganar la Guerra Fría que su experimentado predecesor. Su primer año en el cargo fue frenético, con esperanzas y derrotas en proporciones más o menos iguales.

John F. Kennedy fue el primer presidente estadounidense nacido en el siglo XX. Además, con cuarenta y tres años de edad, era el presidente más joven de la historia del país, y sustituía a un hombre casi treinta años mayor que él. Al ser el primer presidente católico, la elección de Kennedy era una señal de que la élite política de Estados Unidos iba extendiéndose gradualmente por nuevos ámbitos demográficos. A pesar de haber nacido en una rica familia de inmigrantes irlandeses de Boston, Kennedy fue objeto de menosprecio por el hecho de ser un nuevo rico en una ciudad donde se veneraban las viejas fortunas. Pero él lo compensó con su personalidad optimista y su actitud política combativa. JFK –al igual que algunos

presidentes estadounidenses, en el país se le conocía por sus iniciales– se crió para ganar, en la vida y en la política, y él poseía la inteligencia y el encanto que a menudo le llevaban a lograrlo.

La elección de Kennedy provocó un enorme entusiasmo en todo el país, aunque fue una contienda muy reñida contra Richard Nixon, el vicepresidente de Eisenhower, y una victoria por los pelos. A pesar de todo, la juventud de Kennedy, su vigor y su atractivo general (sin olvidar el de su esposa, Jacqueline) entusiasmaban a la gente, mucho más allá de los que simpatizaban políticamente con él. Además, su retórica era brillante. Kennedy hablaba de la necesidad de cambio y de una América triunfante, que siempre ha sido una combinación ganadora en la política estadounidense (y a años luz del estilo comedido de su predecesor). En su discurso inaugural, el nuevo presidente alertaba a los soviéticos de que

> no estoy dispuesto a presenciar ni a permitir la lenta destrucción de esos derechos humanos con los que esta nación siempre ha estado comprometida. [...] En la larga historia del mundo, tan solo a unas pocas generaciones se les ha concedido el papel de defender la libertad en su hora de máximo peligro. Yo no rehúyo esa responsabilidad –la acojo con los brazos abiertos. No creo que ninguno de nosotros desee intercambiar su lugar con cualquier otro pueblo u otra generación. La energía, la fe, la devoción que aportamos a esa empresa alumbrará a nuestro país y a todos los que le sirven –y el resplandor de ese fuego verdaderamente puede iluminar el mundo.[2]

Al igual que lo había hecho durante su campaña, tras su nombramiento Kennedy habló de la posibilidad de que Estados Unidos perdiera terreno respecto a los soviéticos. Afirmaba que la estabilidad no era suficiente, en un ataque indirecto contra su predecesor. Kennedy quería que Estados Unidos *ganara* la Guerra Fría, aunque nunca tuvo claro en qué iba a consistir dicha victoria. Durante la campaña había afirmado, de forma bastante inexacta, que había una «brecha de misiles» entre las mayores capacidades de la URSS en materia de armas nucleares y las de Estados Unidos. En realidad, era al revés, y probablemente Kennedy lo sabía. Pero utilizó aquella «brecha» ficticia para ilustrar su voluntad de ponerse por delante de los soviéticos en la competición por el poder mundial. Para Kennedy, la década de 1960 era una década de enorme peligro y enormes

oportunidades. El mundo era maleable, y a Estados Unidos le correspondía la tarea de moldearlo y darle una nueva forma.

Con el tiempo, los acontecimientos fueron moderando el enfoque beligerante de Kennedy. En una presidencia que terminó prematura y trágicamente, el momento culminante fue la crisis de los misiles de Cuba, cuando la Unión Soviética y Estados Unidos estuvieron más cerca de una guerra nuclear que en ningún otro momento de la Guerra Fría. En el tiempo que le quedó tras aquella crisis de octubre de 1962, Kennedy se tomó más en serio la búsqueda de un compromiso, y por consiguiente de una paz duradera. Pero siempre mantuvo una fuerte postura ideológica. A Kennedy le encantaba debatir las ideas e intentar comprender los cambios. Creía en la doctrina Wilson, por la que la única manera de que su país pudiera gozar de seguridad y cumplir su misión histórica era haciendo que los demás países se parecieran más a Estados Unidos. Y, a juicio del joven presidente, la década de los sesenta ofrecía más oportunidades de lograrlo que ninguna otra.

La primera contingencia con la que tuvo que lidiar Kennedy fue la relación de Estados Unidos con los países del Tercer Mundo. Cuando era senador, Kennedy había sido un defensor declarado de una mayor implicación de Estados Unidos en los problemas de los estados recién independizados, y a la hora de oponerse al colonialismo, por ejemplo en el caso de Argelia. Pero su compromiso no era solo ideológico y moral. Además, Kennedy temía que Estados Unidos dejara pasar una baza importante al no alinearse más estrechamente con los nuevos estados, y que los soviéticos sacaran provecho de la inacción estadounidense. Había leído *Las etapas del crecimiento económico*, de Walt Rostow, historiador económico del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), que argumenta que las sociedades «tradicionales» son particularmente vulnerables a la infiltración comunista justo en el momento en que inician su transición a la modernidad. También había leído el discurso de Jruschov de enero de 1961, donde el dirigente soviético se comprometía a prestar apoyo a los países y movimientos no comunistas del Tercer Mundo, y había hecho numerosos comentarios. Como un reflejo de su inexperiencia en materia de política

exterior, para Kennedy aquel discurso casi equivalía a una declaración de guerra contra Estados Unidos. Ordenó a sus asesores que «lean, marquen, aprendan y digieran interiormente» el mensaje de Jruschov. «Tienen ustedes que comprenderlo –repetía una y otra vez el presidente–. Es nuestra pista para entender a la Unión Soviética.»[3]

Kennedy estaba convencido de que para ganar la Guerra Fría, Estados Unidos tenía que evitar que los estados poscoloniales cayeran en brazos de la Unión Soviética. El presidente consideraba que Eisenhower se había mostrado demasiado pasivo a ese respecto. La administración de Kennedy ideó una política que combinaba una mayor ayuda económica con la formación de las tropas estadounidenses y locales en la guerra contra la insurgencia. El gasto de Estados Unidos en ayuda al desarrollo aumentó sustancialmente, aunque tan solo hasta el 0,6% del PIB.[4] Cuando llevaba dos meses en el cargo, Kennedy puso en marcha el Cuerpo de Paz estadounidense como parte de un esfuerzo más amplio de ayuda al desarrollo en todo el mundo. El plan consistía en reclutar a jóvenes estadounidenses para que trabajaran como voluntarios en África, Asia o América Latina, donde se dedicarían a enseñar habilidades a la población local. Como muchas otras cosas de las que proponía Kennedy, el Cuerpo de Paz era un llamamiento a la acción, un intento de ganar la Guerra Fría por el procedimiento de arreglar las cosas: «Todo joven estadounidense que participe en el Cuerpo de Paz sabrá que está tomando parte en la gran tarea común de llevar a los hombres esa forma de vida decente que es el fundamento de la libertad y una condición para la paz».[5] En 1966 ya había 15.000 estadounidenses prestando servicio en países tan diversos como Chile, Nigeria, Irán y Tailandia.

En materia de seguridad, en un primer momento la atención de Kennedy se centró en el sudeste asiático, donde llevaba gestándose una serie de sublevaciones contra los regímenes apoyados por Estados Unidos desde la partición de Vietnam en 1954. La crisis de Laos era para Kennedy un buen ejemplo del tipo de retos a los que iba a dar lugar la Guerra Fría en el Tercer Mundo. Consideraba que los comunistas laosianos y sus aliados, los norvietnamitas, los chinos y los soviéticos, habían lanzado una provocación

directa contra él como nuevo presidente. Kennedy tenía muchas ganas de recoger aquel guante. Le dijo a sus asesores que estaba «totalmente a favor de hacer lo que podamos en Laos», pero se guardó mucho de enviar tropas estadounidenses sobre el terreno, y esperaba obligar a los comunistas a firmar un acuerdo político simplemente con la amenaza de una intervención estadounidense.[6] Como parte de esa estrategia, la Casa Blanca autorizó un programa de operaciones encubiertas de la CIA en Laos, que se concentraba en la zona fronteriza con China. Además, Kennedy envió a la 7.ª Flota de Estados Unidos al mar de China Meridional y puso en estado de alerta a las tropas de combate estacionadas en Okinawa. Posteriormente envió tropas estadounidenses a Tailandia. Kennedy consideraba que amenazaba con la guerra a fin de conseguir la paz, una política de alto riesgo que también utilizó en conflictos más graves durante su presidencia.

En Laos, el planteamiento de la zanahoria y el palo de Kennedy dio resultado, por lo menos durante un tiempo. Jruschov no tenía ninguna gana de dar la batalla por Laos, que a él le parecía –con algo de razón– la periferia de la periferia. Los chinos estaban debilitados tras los desastres del Gran Salto Adelante, y los que estaban temporalmente al mando en Beijing –Liu Shaoqi y Zhou Enlai– querían utilizar la crisis de Laos para indicar que seguían dispuestos a colaborar con los soviéticos en los asuntos internacionales. Los norvietnamitas, aunque querían ayudar a los radicales laosianos, no estaban en condiciones de actuar por su cuenta. El resultado fue una conferencia que se celebró en Ginebra, a cuyo término todas las potencias implicadas –y los propios laosianos– acordaron la neutralización de Laos y el establecimiento de un Gobierno de coalición. En Washington y en Hanói muy pocos consideraban que aquello iba a ser el final de la historia, y a consecuencia de la crisis Kennedy intensificó su compromiso con Vietnam del Sur. Pero por ahora, se había despejado un balón en el partido entre las superpotencias.

Las visiones de Kennedy para Europa eran mucho más limitadas que para el Tercer Mundo. No tenía intención de modificar el equilibrio de poder en el continente, y sospechaba que Jruschov estaba razonablemente satisfecho, por lo menos por el momento, con la actual situación en Europa.

La principal cuestión pendiente era el control de Berlín, la capital alemana dividida, y Kennedy no entendía claramente lo enojoso que se había vuelto aquel problema para su homólogo soviético. Berlín –la única zona de Alemania donde la gente podía seguir cruzando la frontera entre el este y Occidente– era para Jruschov una herida en el corazón de la República Democrática Alemana, la parte oriental de Alemania, que era un Estado comunista donde había estacionados 250.000 soldados del Ejército Rojo. El problema era que los alemanes del este, sobre todo los que tenían estudios o formación como especialistas, seguían marchándose en tropel a Occidente. En 1960 más de 190.000 personas habían ido en busca de más libertad y de mejores ingresos en la mitad occidental de la ciudad.

Tanto los dirigentes de la RDA como los miembros de su propio Gobierno le habían estado preguntando a Jruschov qué pensaba hacer respecto a la situación de Berlín. Para los comunistas de Alemania Oriental, la situación era insostenible: no solo se estaba marchando del país mucha gente con talento, sino que la forma en la que se iban –contraviniendo los controles y las órdenes– era una burla a la autoridad de Walter Ulbricht y al Gobierno de Berlín Oriental. Pero no podían hacer gran cosa al respecto mientras, por ejemplo, el metro recorriera sin trabas toda la ciudad. Como Ulbricht le explicaba a Jruschov en noviembre de 1960, «la situación en Berlín se ha complicado, y no a nuestro favor. Berlín Occidental se ha fortalecido económicamente. Eso se ve en el hecho de que aproximadamente 50.000 trabajadores de Berlín Oriental [...] van a trabajar a Berlín Occidental, dado que allí hay salarios más altos. ¿Por qué no subimos nuestros salarios? [...] En primer lugar, no disponemos de los medios. En segundo lugar, aunque les subiéramos los salarios, no podríamos satisfacer su poder adquisitivo con los productos que tenemos, y entonces con ese dinero comprarían cosas en Berlín Occidental».[7] Jruschov se reunió por primera vez con Kennedy en una cumbre celebrada en Viena en el verano de 1961. Kennedy había solicitado aquella reunión. Le dijo a sus asesores que quería demostrarle al dirigente soviético que «podemos ser igual de duros que él».[8] Pero las conversaciones no acabaron bien. Jruschov estaba de un humor efervescente, con indicios de nerviosismo. Aún estaba

consternado por el asesinato de Lumumba y la pérdida de las posiciones soviéticas en el Congo. Pero la Unión Soviética acababa de lanzar al primer hombre al espacio, y Estados Unidos había tenido sus contratiempos por Cuba y en sus relaciones con sus aliados europeos. Imprudentemente, Jruschov intentó amedrentar al presidente de Estados Unidos, mucho más joven que él, para obligarle a hacer concesiones. El problema de Berlín figuraba en primer lugar en su mente.

Primero Jruschov le soltó una lección de ideología a Kennedy. Dijo que, al acusar a la Unión Soviética de promover la revolución mundial, «el presidente ha sacado una conclusión equivocada. Cree que cuando la gente se alza contra los tiranos es debido a las actividades de Moscú. Y no es así. El hecho de que Estados Unidos no lo comprenda genera peligro. La URSS no fomenta la revolución, pero Estados Unidos siempre busca fuerzas externas cuando se producen determinados trastornos».[9] Y pasando a la cuestión de Berlín, Jruschov indicó que estaba dispuesto a negociar, pero que a finales de año «la URSS firmará unilateralmente un tratado de paz y vencerán todos los derechos de acceso a Berlín porque dejará de existir el estado de guerra». Kennedy le contestó con la misma brusquedad: «Estados Unidos no puede aceptar un ultimátum. Abandonar Berlín Occidental tendría como consecuencia que Estados Unidos se vería aislado». Jruschov le contestó: «La URSS firmará un tratado de paz, y se observará la soberanía de la RDA. Cualquier violación de esa soberanía será considerada por la URSS como un acto de agresión abierta contra un país amante de la paz, con todas las consecuencias que pudieran desprenderse de ello. [...] La URSS no desea ningún cambio; simplemente quiere formalizar la situación que se ha producido a raíz de la Segunda Guerra Mundial. El hecho es que la República Federal de Alemania está en el grupo occidental de naciones, y la URSS lo reconoce. La República Democrática Alemana es una aliada de los países socialistas y eso debería reconocerse como un hecho consumado». El presidente Kennedy «concluyó la conversación afirmando que iba a ser un invierno frío».[10]

«Nunca había conocido a un hombre igual», exclamó cansinamente Kennedy tras su reunión con Jruschov.[11] Al presidente el mandatario

soviético le pareció prepotente, agresivo, pero también deseoso de evitar una guerra, y sensible a las cuestiones de prestigio. A su regreso a Estados Unidos, Kennedy solicitó al Congreso 3.500 millones de dólares para gastos militares adicionales, a fin de crear seis nuevas divisiones para el Ejército y dos para la Infantería de Marina. También planeaba triplicar la cifra de reclutas y movilizar las reservas. Jruschov estaba fuera de sí. «El año pasado ayudamos a que Kennedy saliera elegido –presumía ante un grupo de científicos al manifestar su intención de reanudar las pruebas nucleares, que habían quedado suspendidas por ambos países desde 1958–. Después nos reunimos con él en Viena, una reunión que habría podido ser un punto de inflexión. Pero ¿qué dice? "No me pidan demasiado. No me pongan en un aprieto. Si hago demasiadas concesiones me echarán del cargo." ¡Qué tipo! Viene a una reunión pero no puede actuar. ¿Para qué demonios necesitamos un tipo así? ¿Por qué perder el tiempo hablando con él?».[12]

Infravalorar a Kennedy llevó a Jruschov a actuar en la cuestión de Berlín de una forma casi tan contraproducente como el bloqueo de Stalin en 1948. A finales del verano de 1961, ambos dirigentes ya habían logrado ponerse en modalidad de crisis a través de sus declaraciones sobre Alemania. Ninguna de las dos partes deseaba un conflicto militar, ni siquiera un pulso. Pero Jruschov tenía que resolver el problema de la RDA con la emigración y Kennedy tenía que demostrar su compromiso con el Gobierno de la RFA y con la alianza atlántica. Jruschov actuó primero. Aceptó una propuesta que le había hecho Ulbricht, y que consistía en construir un muro a fin de separar físicamente Berlín Oriental de Berlín Occidental. Antes de aprobar el proyecto, el dirigente soviético fue a visitar de incógnito la capital alemana, dio un paseo en coche por Berlín Occidental y miró a su alrededor. «No llegué a bajarme del coche –recordaba más tarde–, pero hice un recorrido completo y vi qué aspecto tenía la ciudad.»[13] El 13 de agosto de 1961, empezaron a colocar alambre de espino a lo largo de la línea que separaba las dos partes de Berlín. Los túneles del metro fueron bloqueados rápidamente. La policía de la RDA disparaba contra quienes se atrevían a cruzar. La ciudad de Berlín se había

convertido una vez más en una víctima de la Guerra Fría. Y esta vez su división parecía permanente.

No obstante, la construcción del Muro de Berlín era un síntoma de la debilidad del Bloque oriental, no de su fuerza. La población de Berlín resistió lo mejor que pudo. «Había una calle por la que solíamos pasar –recuerda un berlinés–, que quedó dividida por la mitad por el muro. La calle estaba en el oeste pero las casas estaban en el este. Los soldados tapiaron las puertas de entrada pero la gente saltó por las ventanas. Yo estaba en un grupo de personas en la parte occidental que intentábamos echar abajo la parte de arriba del muro antes de que se secara el cemento. Éramos casi una multitud; de repente llegábamos todos y lo destrozábamos.»[14] El alcalde de Berlín, el socialdemócrata Willy Brandt, calificó el muro de «injusticia espeluznante». Pero además, en su discurso por radio a todos los berlineses, Brandt advertía a Alemania Oriental de las consecuencias:

> Por en medio de Berlín no solo se está levantando una especie de frontera estatal, sino la valla de un campo de concentración. Con el consentimiento de los estados del Bloque oriental, el régimen de Ulbricht ha agravado la situación en Berlín, apartándose de nuevo de las obligaciones legales y de los preceptos humanitarios. El Senado de Berlín presenta ante el mundo entero las acusaciones contra las medidas ilegales e inhumanas de los que dividen Alemania, oprimen a Berlín Oriental y amenazan a Berlín Occidental. [...] No lo lograrán. En el futuro traeremos a Berlín a mucha más gente que antes, desde todas las partes del mundo, para que puedan ver la realidad fría, cruda y brutal de un sistema que ha prometido a los hombres el paraíso en la Tierra.[15]

Sin embargo, Jruschov pensaba que había encontrado una manera de resolver su problema con Berlín sin una confrontación directa con Estados Unidos. Le dijo a sus colegas de Europa del Este: «No deberíamos forzar la firma de un tratado de paz con Alemania, sino seguir avanzando. [...] Deberíamos seguir ejerciendo presión. [...] Continuar con la táctica del salchichón respecto a los derechos de los países occidentales. [...] Tenemos que abrirnos paso poco a poco, dividirlos, aprovechar todas las posibilidades».[16] Kennedy se negó a que las fuerzas estadounidenses abandonaran Berlín e insistió en que los oficiales estadounidenses tuvieran

acceso a Berlín Oriental. Durante varios meses los estadounidenses, los soviéticos y los alemanes del este estuvieron jugando al gato y al ratón por todo Berlín. Nada más construirse el muro, trece personas murieron intentando huir de Berlín Oriental. Uno de ellos era Werner Probst, de veinticuatro años, que intentó cruzar a nado el río Spree. Los guardias fronterizos le dispararon justo en el momento en que se agarraba a una escalerilla de la orilla occidental. Willy Brandt ordenó la instalación de altavoces a lo largo del muro, que repetían constantemente que «quienquiera que mate a tiros a una persona que pretenda ir de Alemania a Alemania ha cometido un asesinato. Que nadie piense que puede alegar que ha actuado obedeciendo órdenes cuando algún día se le exijan responsabilidades. El asesinato es asesinato, aunque haya sido ordenado».[17] Las autoridades de la RDA respondieron lanzando gases lacrimógenos contra el sector occidental.

Para Kennedy y Jruschov, la situación siguió siendo tensa durante varios meses. El 27 de octubre hubo un pulso de veinticuatro horas entre los carros de combate soviéticos y los estadounidenses en el «Checkpoint Charlie», el paso fronterizo de la Friedrichstrasse, en el centro de Berlín. Poco a poco, en la Casa Blanca fue quedando claro que los soviéticos no iban a intentar obligar a los estadounidenses a marcharse de Berlín, aunque estrecharan el control de la ciudad. Kennedy se dio cuenta de inmediato del inmenso valor propagandístico del muro, pero pensaba que Estados Unidos no podía hacer gran cosa ante aquella situación, salvo asegurarle a Brandt, al Gobierno de la RFA y a sus aliados de la OTAN que Estados Unidos defendería Berlín Occidental en caso de un ataque del Bloque oriental. En privado, el presidente pensaba que «no es una solución demasiado buena, pero un muro es muchísimo mejor que una guerra».[18] A Brandt le indignaba lo que a él le parecía cobardía por parte del presidente, y temía por el futuro de su media ciudad. Otros dirigentes de Europa occidental, sobre todo el francés De Gaulle, también consideraban que Kennedy era débil. De Gaulle decía que al pueblo alemán «le quedaría una sensación de traición». Él no quería «prestarse a esa solución. Después, en el futuro, los alemanes sentirían que por lo menos les quedaba un amigo en Occidente».[19]

A pesar de las críticas, resulta difícil imaginar qué más habría podido hacer Kennedy respecto a Berlín salvo amenazar con una guerra. El presidente no quería que Jruschov le mangoneara. Pero la visión que tenía Kennedy sobre lo verdaderamente importante en la Guerra Fría era mucho más global que la de sus predecesores, y su interpretación de la cumbre de Viena era que Jruschov forzó la situación en Berlín para resolver los problemas de la RDA, no porque planeara poner patas arriba la estabilidad de Europa en su conjunto. A Kennedy le importaba el prestigio, y para él era por lo menos tan importante como para De Gaulle mantener a la RFA dentro de la OTAN y anticiparse a cualquier tentación por parte del anciano canciller alemán Konrad Adenauer de negociar directamente con los soviéticos a fin de lograr la reunificación a cambio de la neutralidad de Alemania en la Guerra Fría. Pero levantar un muro en Berlín Oriental no trastocaba el equilibrio en Europa, concluía Kennedy, por terrible que resultara en términos de derechos humanos.

Como cabía esperar de su forma de pensar cuando llegó a la presidencia, la sensatez de Kennedy era mucho mayor cuando se trataba de Europa que cuando se trataba del Tercer Mundo. Su mayor reto, con diferencia, iba a ser la Revolución cubana, un problema regional que Eisenhower había ansiado afrontar, pero que no figuraba entre las prioridades del general. Gradualmente, Cuba acabaría convirtiéndose en un participante sustancial en la Guerra Fría por derecho propio, en una importante potencia del Tercer Mundo y en un aliado de la Unión Soviética. Pero, cuando Kennedy llegó a la presidencia, en Washington la cuestión era cómo manejar la Revolución cubana en sí, una insurrección que había creado un régimen radical y militante en el país más poblado del Caribe, a 145 kilómetros de la costa de Florida.

La Revolución cubana fue el resultado de años de mal gobierno por parte de Fulgencio Batista, un presidente populista cuyos métodos se habían vuelto cada vez más dictatoriales. También reflejaba la pobreza y la injusticia social generalizadas en el campo, aunque no mayores de lo que podía encontrarse en otros países de América Latina. Desde el principio, la oposición nacionalista al control de Estados Unidos desempeñó un

importante papel en la revolución. Cuba había sido ocupada numerosas veces por Estados Unidos a lo largo de su historia, y algunos sectores de la economía cubana, como la vital industria del azúcar, estaban dominados por empresas estadounidenses. Durante los últimos años de su régimen, Batista se había aproximado a los estadounidenses, en parte para compensar su debilidad dentro del país. A finales de los años cincuenta, Cuba parecía un país propicio para un cambio político.

Los que acabaron llenando aquel vacío de poder fueron Fidel Castro y su grupo de revolucionarios exiliados de Cuba y otros países latinoamericanos. Castro nació en 1926, era hijo de un inmigrante español que había llegado a ser un agricultor adinerado en Cuba. Siendo muy joven, Fidel Castro se convirtió en un líder estudiantil radical contrario al Gobierno, que hacía campaña a favor de la justicia social y la solidaridad latinoamericana, y se oponía al dominio de Estados Unidos sobre Cuba. El imperioso joven, que más bien era un insurrecto que un comunista, le comentó a un amigo que él solo se haría comunista «si pudiera ser Stalin».[20] Las actividades de Castro le obligaron a exiliarse en México en 1955, desde donde él y un pequeño grupo de revolucionarios intentaron regresar clandestinamente a Cuba el año siguiente. Tras arribar en diciembre de 1956 a bordo de un destartalado yate llamado *Granma* que le habían comprado a un estadounidense en Veracruz, tan solo diecinueve revolucionarios lograron internarse en el país. Los supervivientes se instalaron en la Sierra Maestra, al sudeste de Cuba, donde Castro, su hermano Raúl y el comunista argentino Ernesto «Che» Guevara demostraron ser unos líderes guerrilleros competentes, que pusieron en marcha con gran habilidad diversas campañas contra el régimen de Batista y reclutaron adeptos entre los campesinos de la zona, los trabajadores de las plantaciones de caña de azúcar y los jóvenes urbanos que acudían para unirse a ellos. En 1958, cuando el régimen de Batista empezó a tener graves problemas debido a su incompetencia económica, sus divisiones internas y sus conflictos con la administración de Eisenhower, las fuerzas de Castro empezaron a operar por todo el este cubano. Cuando su Gobierno empezó a desmoronarse, Batista abandonó el país con la mayor parte de su inmensa

fortuna. El 2 de enero de 1959 los revolucionarios entraron triunfalmente en la capital, La Habana.

Su repentina victoria fue una sorpresa, para Castro y para todo el mundo. Los revolucionarios, espectacularmente poco preparados para el Gobierno, intentaron recurrir a los progresistas y a los profesionales contrarios a Batista para que les ayudaran a gestionar su régimen. Castro, que se había sentido atraído por el marxismo, y bajo la influencia de Raúl, su hermano comunista, también empezó a colaborar con algunos miembros del Partido Comunista cubano. El Che Guevara, que sabía bastante más de tácticas guerrilleras que de teoría económica, fue nombrado gobernador del Banco Central. Pero no había ninguna duda de quién estaba al mando, ni de quién fijaba los términos del programa de cambio social que puso en marcha el nuevo Gobierno. Fidel Castro quería erradicar de Cuba el juego, la prostitución y otros males que a su juicio habían llevado los estadounidenses. Decretó una reforma agraria radical, la reducción de los arrendamientos y un salario mínimo. También encargó al nuevo Gobierno que desarrollara un enorme plan de expansión de la educación y la atención sanitaria. Se depuró a los altos cargos del antiguo régimen, y cientos de ellos fueron fusilados tras un juicio «revolucionario» sumarísimo. El régimen de Fidel era autoritario y en ocasiones brutal. Numerosos antiguos aliados de Fidel rompieron con él y se exiliaron. Los hermanos Castro y sus adeptos afirmaban que la revolución debía defenderse contra sus enemigos.

A la administración de Eisenhower le preocupaban los aspectos radicales y autoritarios del nuevo régimen, y lo que a su juicio era la influencia de los comunistas dentro de él. Pero al principio también esperaban que con el tiempo resultara posible poner coto a esas tendencias. Castro apareció en el programa de entrevistas más visto en la televisión de Estados Unidos poco después de la revolución, hablando en inglés y dando mucha importancia a su educación católica y a su afición por el béisbol. En abril de 1959 visitó Estados Unidos, y fue agasajado como si fuera una estrella de la música pop por la prensa y por las grandes audiencias que iban a verle dondequiera que fuera. En una entrevista del *Wall Street Journal*, Castro alentaba las inversiones estadounidenses en las industrias cubanas y

prometía incentivos fiscales a las empresas de Estados Unidos. «Él insiste –decía uno de los artículos–, en que es un buen amigo de este país. En efecto, afirma que tan solo ha señalado los antiguos "errores" en la política estadounidense respecto a Cuba.»[21] Pero cuando los adversarios exiliados de Castro empezaron a realizar misiones militares aéreas contra su país desde los aeropuertos de Florida, y a medida que aumentaban las críticas de la opinión pública estadounidense a sus políticas económicas, el dirigente cubano perdió la paciencia. En octubre de 1959 dijo en un mitin multitudinario en La Habana:

> Hay emigrados de todas partes en Estados Unidos. [...] Y, sin embargo, a pesar de haber emigrados de muchos países, Cuba es el único país, Cuba es casualmente el país hacia donde parten aviones con emigrados para atacar su población. ¿Por qué? ¿Por qué precisamente Cuba? Si con algún país Estados Unidos debió ser cuidadoso, si con algún país debió estar preocupado Estados Unidos de que estos hechos no ocurrieran, ese país es precisamente Cuba, porque Cuba acabó de atravesar una guerra de dos años en que sus ciudades y sus campos fueron bombardeados con bombas de procedencia norteamericana, con aviones de procedencia norteamericana, con cohetes de procedencia norteamericana, con napalm de procedencia norteamericana, y miles de ciudadanos fueron asesinados con armas procedentes de Estados Unidos. Lo menos que podíamos esperar nosotros, después que destruimos el ejército mercenario, después que libramos a nuestro pueblo de la tiranía, lo menos que pudimos esperar nosotros es que no se siguiera bombardeando a nuestro pueblo desde bases situadas en territorio norteamericano.[22]

En 1960 la relación entre Cuba y Estados Unidos ya estaba en caída libre. Eisenhower quería quitar a Castro de en medio, y ordenó a los agentes de la CIA que intentaran reducir su poder sobre Cuba. Cuando Cuba nacionalizó las tierras de las empresas azucareras estadounidenses, Estados Unidos respondió reduciendo el vital cupo de importación de azúcar cubano. Castro recurrió a la Unión Soviética. Su creciente simpatía por el marxismo-leninismo ortodoxo probablemente le habría llevado allí de cualquier manera, pero las tensas relaciones con Washington le alentaron a ello. En febrero de 1960, Anastás Mikoyán, viceprimer ministro soviético, visitó Cuba, donde prometió créditos y firmó un acuerdo por el que la URSS se comprometía a suministrar petróleo barato a Cuba a cambio de las

exportaciones de azúcar cubano. Mikoyán envió a Moscú informes entusiastas. «Esto es una revolución de verdad –le dijo al agente de la KGB que le acompañó–. ¡Igual que la nuestra. Siento como si hubiera vuelto a mi juventud!».[23] Cuando las refinerías de propiedad estadounidense de Cuba se negaron a procesar el petróleo soviético, Castro las nacionalizó. Eisenhower respondió con un embargo comercial contra Cuba en octubre de 1960. Entonces Castro nacionalizó todas las propiedades estadounidenses que quedaban en la isla. En enero de 1961, justo antes de dejar el cargo, Eisenhower rompió las relaciones diplomáticas con Cuba.

Cuando Kennedy llegó a la presidencia, descubrió que Eisenhower había iniciado un activo programa de operaciones encubiertas contra Cuba en marzo de 1960, justo después de la visita de Mikoyán. La CIA ofrecía instrucción militar a los exiliados cubanos y utilizaba a sus agentes para sabotear los envíos de armas y la industria del país. También empezaron a conspirar para asesinar a Fidel Castro, bien a manos de cubanos desafectos o con ayuda de los gánsteres estadounidenses, que habían visto cómo la Revolución cubana había echado por tierra sus actividades. Eisenhower todavía no había tomado la decisión de dar luz verde a un intento a gran escala para derrocar a Castro, aunque evidentemente le tentaba la posibilidad de una operación parecida a la que había derrocado al presidente guatemalteco Jacobo Árbenz en 1953. A Kennedy le presentaron los planes para invadir Cuba como si fueran un hecho consumado y decidido por la administración anterior, lo que dificultaba que el nuevo presidente actuara en un sentido distinto si lo consideraba oportuno.

De hecho, casi no existen pruebas de que Kennedy quisiera actuar en Cuba de una forma diferente a los planes que había elaborado su predecesor. Durante la campaña, Kennedy había atacado a Nixon (e implícitamente a Eisenhower) por haberle fallado a Cuba, tanto por su apoyo al régimen de Batista como por no haber «obtenido resultados» contra los comunistas. «Nunca nos pusimos del lado de la libertad; nunca utilizamos nuestra influencia cuando pudimos utilizarla con gran eficacia –y hoy Cuba se ha perdido para la causa de la libertad», había dicho el candidato Kennedy.[24] Tanto las Fuerzas Armadas como la CIA

recomendaban el plan de invasión, y mostraron su disposición a modificarlo cuando el presidente Kennedy indicó que quería que hubiera menos evidencias visibles de una participación estadounidense. En general, Kennedy admiraba la comunidad de los servicios de inteligencia por su versatilidad y su perspicacia intelectual, y había mantenido en su puesto a Allen Dulles, el director de la CIA nombrado por Eisenhower, en la nueva administración. «Si necesito algún material rápido, o una idea rápido, a quien tengo que acudir es a la CIA. El Departamento de Estado tarda cuatro o cinco días para responder un simple sí o no», decía Kennedy.[25]

El plan que se puso en práctica el 17 de abril de 1961 fue un fracaso desde el principio. Kennedy, atrapado entre su ansia por derrocar a Castro y su deseo de poder negar una participación directa de Estados Unidos, contribuyó a enviar a la isla a 1.400 combatientes contrarrevolucionarios cubanos adiestrados en Estados Unidos desde Guatemala. Pero, a excepción de los bombardeos por aviones estadounidenses pilotados por exiliados cubanos, el presidente no autorizó el apoyo aéreo de Estados Unidos. No había ninguna organización política cubana que se hiciera cargo de la operación. La CIA esperaba que Kennedy aprobara una participación directa de Estados Unidos si los desembarcos no daban el resultado esperado. Pero Kennedy no lo hizo. Por el contrario, los invasores de la Bahía de Cochinos, a una distancia de 250 kilómetros de La Habana, fueron apresados por las tropas cubanas, obligados a desfilar ante las cámaras de televisión y enviados a campos penitenciarios. En una reunión con sus nuevos prisioneros, Castro les dijo que «el pueblo quiere la ejecución de todos los invasores. [...] Lo más fácil sería ejecutaros, eso mermaría nuestra victoria. Los menos culpables pagarían por los más culpables».[26]

Para los revolucionarios, el fracaso de la invasión de Bahía de Cochinos les abría nuevas oportunidades. En una reunión con representantes de Estados Unidos aquel mismo verano, el Che Guevara dijo «que quería darnos muchas gracias [a Estados Unidos] por la invasión –que para ellos había sido una gran victoria política que les había permitido consolidarse, y que de ser un pequeño país agraviado habían pasado a ser un igual».[27] Fidel Castro sabía que la amenaza no se había terminado. Pero también sabía que

ahora podía ser mucho más franco sobre sus preferencias y sus filiaciones internacionales. «El peligro de una agresión directa podría volver a tomar impulso tras este fracaso –le decía a los cubanos en un discurso por la radio–. Hemos dicho que el imperialismo desaparecerá. No queremos que se suicide; queremos que muera de muerte natural. [...] Pero su sistema exige la producción para la guerra, no para la paz. Qué diferente de la Unión Soviética.»[28]

Al tiempo que Castro utilizaba la Bahía de Cochinos para aproximarse a los soviéticos, tanto en el ámbito de la industria como en el de la seguridad, Kennedy sacaba sus propias conclusiones. «Cinco minutos después de que la cosa empezara a torcerse, todos nos miramos y nos preguntamos: "¿cómo hemos podido ser tan estúpidos?" –le dijo el presidente a un amigo–. Cuando vimos toda la gama de fallos nos preguntamos por qué no se había dado cuenta nadie desde el principio. Supongo que uno se aísla de la realidad cuando desea tanto que algo triunfe.»[29] Robert Kennedy, hermano del presidente, al que había nombrado ministro de Justicia, presionó a favor de nuevas medidas para derrocar a Castro. «Hay que prestar la máxima atención a este problema de inmediato y no esperar a que la situación en Cuba vuelva a una época de paz y calma relativa después de que Estados Unidos ha salido apaleado y con el rabo entre las piernas –exhortaba Bobby Kennedy a su hermano–. Ha llegado el momento del enfrentamiento, ya que dentro de uno o dos años la situación será muchísimo peor. Si no queremos que Rusia establezca bases de misiles en Cuba, lo mejor es que decidamos ahora lo que estamos dispuestos a hacer para impedirlo.»[30]

Aparte del gradual deslizamiento hacia la guerra de Vietnam, la invasión de Bahía de Cochinos fue el mayor error de la presidencia de Kennedy. Consolidó el régimen de Castro con más efectividad que cualquier cosa que hubiera podido hacer el propio Castro, y dio lugar al mayor enfrentamiento de Kennedy con la Unión Soviética. Una parte del problema de Kennedy estaba relacionado con las prioridades. Tenía la sensación de haber heredado muchos retos de la anterior administración, y de que iba a tener que lidiar con un gran número de ellos al comienzo de su presidencia.

Una cuestión primordial, que obsesionaba al joven presidente, era el extraordinario aumento de los arsenales de armas nucleares de ambas superpotencias. No solo había aumentado en más de diez veces el número de cabezas nucleares de Estados Unidos en el plazo de diez años, sino que a partir de 1962 los soviéticos ya disponían de sus propios misiles balísticos intercontinentales (ICBM), aunque considerablemente menos de los que Kennedy había afirmado que tenían durante su campaña presidencial. Jruschov disponía de aproximadamente cien misiles que podían alcanzar la parte continental de Estados Unidos. De ellos, aproximadamente treinta tenían como base los submarinos soviéticos. Si tomamos en consideración el predominio absoluto de los ICBM estadounidenses, a los que había que sumar los misiles nucleares de corto alcance ubicados alrededor de la Unión Soviética, desde Groenlandia, pasando por Alemania y Turquía, hasta Corea del Sur, y a bordo de aproximadamente 144 submarinos nucleares, es posible que Kennedy no tuviera demasiados motivos para inquietarse. Pero lo que le preocupaba cada vez más era la planificación estratégica de Estados Unidos, que presuponía que cualquier guerra con la URSS implicaba necesariamente una escalada hasta un conflicto nuclear a gran escala.

Kennedy quería apartarse de la dependencia de Eisenhower de la amenaza de una represalia nuclear masiva para disuadir a los soviéticos. Él deseaba una respuesta más flexible, una estrategia que había esbozado su ministro de Defensa, Robert McNamara, y que constaba de tres partes, por lo menos en lo relativo a Europa, en caso de guerra. Primero, un intento de repeler a las fuerzas del Pacto de Varsovia por medios convencionales (no nucleares). Si eso no daba resultado, como McNamara presuponía que ocurriría debido a la superioridad soviética en medios convencionales en Europa, Estados Unidos debía utilizar armas nucleares tácticas, más pequeñas. Y solo como último recurso los estadounidenses responderían con un ataque nuclear total contra las ciudades y las bases militares soviéticas. La administración de Kennedy desarrolló el Plan Operativo Integral Unificado (SIOP), que presuponía que la destrucción mutua garantizada no era el único desenlace posible en caso de guerra.

Jruschov era muy consciente de la superioridad estratégica de Estados Unidos en términos nucleares. Su respuesta consistió en combinar los blufs y la guerra de nervios. Los soviéticos afirmaban constantemente que disponían de una capacidad nuclear mayor de la que poseían en realidad, e intentaban compensar sus carencias en materia de precisión y de pericia balística por el procedimiento de desarrollar armas nucleares cada vez mayores. La bomba de hidrógeno AN602 –denominada *Tsar Bomba*, o emperador de las bombas– que los soviéticos probaron en octubre de 1961, es el arma nuclear más grande jamás producida, con un poder explosivo equivalente a unas 1.500 veces la suma de la potencia de las armas que destruyeron Hiroshima y Nagasaki, o a diez veces la suma del poder explosivo de todas las bombas convencionales que se utilizaron durante la Segunda Guerra Mundial. A Jruschov no le importaba que la *Tsar Bomba* fuera prácticamente imposible de utilizar para cualquier aplicación militar práctica. «Creo que el pueblo que tenga los nervios más templados será el ganador –decía–. Esa es la consideración más importante en la lucha de poder de nuestro tiempo. El pueblo que tenga los nervios más endebles se irá a pique.»[31]

En abril de 1962, Jruschov tuvo una idea. Frustrado por los acontecimientos de Alemania, furioso con los chinos, que se burlaban de él por su cautela, y convencido de que Kennedy era una persona indecisa pero también cada vez más anticomunista, Jruschov quiso actuar de forma decisiva para salvar la Revolución cubana. ¿Qué pasaría, le preguntó a Mikoyán, que le escuchaba un tanto incrédulo, si la Unión Soviética desplegara misiles nucleares en Cuba «muy rápidamente»?[32] Estados Unidos había ubicado sus armas nucleares en Turquía, muy cerca de la frontera soviética. ¿Por qué su país no iba a poder garantizar la supervivencia de Castro enviando sus propias armas a la isla? Jruschov argumentaba que no había ninguna otra forma de proteger a La Habana –estaba demasiado cerca de Estados Unidos como para que los soviéticos fueran capaces de evitar una invasión por medios convencionales.

Tras conseguir la aprobación de los dirigentes de Moscú, se consultó a Castro, pero de una forma que hacía que los planes de Jruschov fueran casi

un trato hecho. Al principio Castro dudaba de lo acertado de provocar aún más a los estadounidenses, y se mostraba preocupado por la reacción de los demás países de América Latina. Pero también le agradaba que los soviéticos pusieran tanto énfasis en Cuba, y se mostró dispuesto a actuar «en solidaridad» con sus nuevos camaradas de Moscú. Se pusieron en marcha los planes. El primer contingente de personal militar soviético llegó, con gran secretismo, en julio de 1962. Los misiles empezaron a llegar a principios de septiembre. En el momento de máxima actividad, más de 40.000 soviéticos trabajaban en la construcción de bases de misiles con cometidos defensivos y ofensivos. Los mayores misiles nucleares que llegaron a estar operativos en Cuba en octubre de 1962 tenían un alcance máximo de 2.000 kilómetros, lo suficiente como para llegar a las ciudades del sur y el este de Estados Unidos, desde Houston hasta Baltimore.

En Estados Unidos, tanto las Fuerzas Armadas como la CIA habían empezado a sospechar que los soviéticos contemplaban la posibilidad de ubicar misiles en Cuba mucho antes del verano de 1962. Pero los diplomáticos soviéticos habían recibido la orden de mentir en caso de que les preguntaran sobre el asunto. A mediados de octubre, un avión espía estadounidense, un U-2, sobrevoló la isla y regresó con pruebas claras de la construcción de bases de misiles. Cuando fue alertado, el presidente se tomó su tiempo para considerar la respuesta de Estados Unidos. Desde el comienzo de la crisis, Kennedy tenía la certeza de que debía eliminar de Cuba cualquier tipo de misil soviético. La cuestión era cómo lograrlo y evitar un guerra nuclear total entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Cuando Kennedy se entrevistó con Andréi Gromyko en la Casa Blanca el 18 de octubre, con motivo de una reunión prevista de antemano, Gromyko volvió a mentir sobre el despliegue soviético. La URSS «únicamente pretende contribuir a las capacidades defensivas de Cuba», afirmó Gromyko.[33]

La mentira descarada de Gromyko convenció a Kennedy de que tenía que hacer público el asunto. El 22 de octubre, en un discurso al pueblo estadounidense emitido por radio y televisión, Kennedy afrontó lo que a su juicio era un peligro inminente procedente de Cuba. «Durante la semana

pasada –dijo el presidente–, pruebas irrefutables han demostrado el hecho de que actualmente se está preparando una serie de bases de misiles ofensivos en esa isla cautiva. El cometido de dichas bases no puede ser otro que proporcionar la capacidad de un ataque nuclear contra el continente americano. [...] Los años treinta nos enseñaron una clara lección: cuando se consiente que las conductas agresivas prosigan sin trabas y sin respuesta, en última instancia conducen a la guerra.» Kennedy dijo que su «objetivo inquebrantable» era «evitar el uso de dichos misiles contra este o cualquier otro país, y asegurar su retirada o eliminación del continente americano». Al hacer pública la crisis, Kennedy había puesto en juego su credibilidad: «Insto al presidente Jruschov a detener y eliminar esta amenaza clandestina, insensata y provocativa a la paz mundial y a las relaciones estables entre nuestras dos naciones. Le insto una vez más a abandonar ese rumbo de dominio mundial, y a sumarse al esfuerzo histórico de poner fin a la peligrosa carrera de armamento y transformar la historia de la humanidad. Ahora tiene la oportunidad de hacer retroceder al mundo del borde del abismo de la destrucción».[34]

En privado, las actitudes se endurecían. En su discurso, Kennedy había anunciado lo que él denominaba una «cuarentena» a los cargamentos de armas con destino a Cuba. También anunció un aumento de la vigilancia de la isla, lo que venía a indicar que cualquier intento de impedir la invasión del espacio aéreo cubano por Estados Unidos se consideraría un acto de guerra. Ni Kennedy ni ningún otro miembro del denominado Comité Ejecutivo de máximos asesores que había creado para afrontar la crisis comprendían el empeño de los soviéticos en defender la Revolución cubana ni, en realidad, la necesidad de Cuba de defender su soberanía. El presidente y todo Washington consideraban las acciones de los soviéticos como los preparativos para un ataque contra Estados Unidos, y como un medio con el que podían frustrar el (legítimo) control de Estados Unidos sobre el continente americano. Al principio de la crisis, preferían correr el riesgo de una guerra que aceptar un compromiso.

El principal punto fuerte de Kennedy a lo largo de toda la crisis de los misiles cubanos de 1962 fue que, a pesar de su línea dura en términos

generales, le dio una oportunidad a la diplomacia. El 23 de octubre, mientras el mundo entero contenía el aliento, a la espera de lo que pudiera ocurrir cuando los buques soviéticos con destino a Cuba fueran interceptados por la Armada de Estados Unidos, Kennedy exploró secretamente una posible forma de resolver la crisis y de evitar una guerra nuclear. Por un lado, tenía que poner coto a los exaltados de su propio bando que querían lanzar bombardeos inmediatos para inutilizar los misiles soviéticos en suelo cubano. Kennedy sabía que un ataque así significaría la guerra nuclear mundial contra la Unión Soviética. Por otro lado, tenía que encontrar una solución que eliminara los misiles y le diera la victoria a Estados Unidos. Cuando Jruschov, que también estaba bajo presión para evitar una confrontación, dio la orden de que los buques soviéticos dieran media vuelta, el presidente pensó que había conseguido una victoria importantísima.

Pero Jruschov no tenía intención de dar marcha atrás. Al igual que Kennedy, necesitaba espacio para respirar, pero también le envió un mensaje al presidente donde rechazaba todas sus exigencias y condenaba el bloqueo ilegal de Estados Unidos contra Cuba. Por todo el mundo, las fuerzas militares soviéticas y estadounidenses se pusieron en estado de plena preparación para el combate. En Naciones Unidas, el embajador de Estados Unidos, Adlai Stevenson, se encaró con su homólogo soviético, Valerian Zorin:

> STEVENSON: De acuerdo, señor, permítame que le haga una simple pregunta: ¿Niega usted, embajador Zorin, que la URSS ha instalado y está instalando misiles y bases de misiles de alcance medio e intermedio en Cuba? ¿Sí o no? No espere a la traducción: ¿sí o no?
>
> ZORIN: No estoy en un tribunal estadounidense, señor, y por consiguiente no deseo contestar una pregunta que se me plantea de la misma forma que lo hace un fiscal. A su debido tiempo tendrá su respuesta, señor.[35]

Al final de la segunda semana de la crisis, la concentración de tropas estadounidenses para la invasión de Cuba proseguía en Florida y a lo largo de la costa del Golfo de México. Se intensificaron los vuelos estadounidenses sobre Cuba. Empezó a cundir el pánico en las ciudades de

Estados Unidos y en el resto del mundo, incluso en la Unión Soviética, donde las autoridades intentaban evitar que las noticias sobre la crisis llegaran a la población. Walter Cronkite, el presentador de la cadena CBS que informaba al minuto sobre la crisis, se preguntaba lo que haría en el estudio de televisión cuando estallara la guerra nuclear: «Aquí tenemos un almacén donde están las calderas, y nos preguntábamos si podíamos convertirlo en algún tipo de refugio contra los bombardeos. Nos han informado por primera vez del tiempo de que dispondríamos tras la explosión antes de que los gases... [y el] calor nos alcanzaran».[36]

El 27 de octubre, un avión U-2 estadounidense que sobrevolaba Cuba fue derribado por un misil soviético. Todo el mundo pensó que la guerra estaba muy cerca. Castro le escribió a Jruschov una carta que sonaba a despedida, donde le instaba a lanzar el primer ataque nuclear contra Estados Unidos cuando los estadounidenses empezaran a invadir Cuba. «Creo que la agresividad de los imperialistas los hace extremadamente peligrosos, y si ellos se las arreglan para llevar a cabo una invasión de Cuba [...] ese sería el momento para eliminar este peligro para siempre, en un acto de la más legítima autodefensa. Por dura y terrible que sea la solución, no habría otra.»[37]

Sin embargo, Kennedy seguía intentando ganar tiempo. En contra de la orden dada anteriormente, el presidente se negó a autorizar que la Fuerza Aérea estadounidense destruyera la base de misiles que había derribado el U-2. La mayoría de los miembros del Comité Ejecutivo llevaban una semana sin salir de la Casa Blanca. Aquella noche Kennedy los mandó a casa. Más tarde McNamara recordaba: «Era una noche perfectamente hermosa, como lo son las noches de otoño en Washington. Salí del Despacho Oval del presidente, y cuando me marchaba pensé que tal vez no viviría para ver otra noche de sábado».[38] Mientras tanto, esa misma noche, Robert Kennedy se reunió en secreto con el embajador soviético en Estados Unidos, Anatoli Dobrynin. Le ofreció la promesa de que Estados Unidos no invadiría Cuba y de la posterior retirada de los misiles estadounidenses de Turquía a cambio de que los soviéticos retiraran todos sus misiles. Jruschov, que sabía que el mundo estaba al borde de la guerra, decidió aceptar. Consciente de

que se le agotaba el tiempo, ordenó que su aceptación se difundiera a través de las ondas de Radio Moscú. Incluso hizo que la repitieran dos veces. El 28 de octubre, por la mañana, la crisis más inminente se había terminado.

La crisis de los misiles cubanos fue la confrontación nuclear más peligrosa entre la Unión Soviética y Estados Unidos durante la Guerra Fría (aunque no la última). Los historiadores llevan mucho tiempo debatiendo sobre quién ganó y quién perdió. La respuesta verdadera es, por supuesto, que todos ganaron, dado que se evitó una guerra nuclear. Pero también está claro que, al verse obligado a retirar sus misiles de Cuba de una forma tan pública y visible, Jruschov fue el que más perdió. ¿Por qué dio marcha atrás? Él sabía que la Unión Soviética iba a salir más perjudicada en caso de una guerra nuclear, dado que su capacidad de infligir daño a Estados Unidos era mucho menor que la recíproca. También temía por la supervivencia de su régimen en caso de guerra. Pero probablemente el motivo real fue su marxismo. Jruschov estaba convencido de que el comunismo estaba en auge en todo el mundo, y que su papel histórico consistía en guiar a la Unión Soviética a través de un periodo en que, en virtud de las leyes de la propia historia, el equilibrio mundial de fuerzas acabaría inclinándose a favor del comunismo. Una guerra nuclear podría acabar con ese logro histórico. Jruschov quería celebrar el triunfo del comunismo, no hacer un elogio fúnebre ante su pira funeraria.

A lo largo de la crisis, el presidente Kennedy demostró ser un líder y un diplomático hábil. Había asumido grandes riesgos, y si Jruschov no hubiera dado marcha atrás, es muy posible que hubiera llevado a su país a una guerra nuclear. Pero aparentemente, los riesgos que asumió eran unos riesgos que estaban dispuestos a correr la mayoría de los estadounidenses a fin de mantener su creciente hegemonía a nivel mundial. John Kennedy afrontó bien la crisis de los misiles porque en general estaba en línea con las actitudes de quienes le habían elegido, pero también porque a eso le añadió los cruciales instrumentos de la diplomacia, pública y secreta. Y al final se pudo encontrar una «solución» –voluble, incompleta y endeble– gracias a dichos instrumentos.

De acuerdo con su propio testimonio, Fidel Castro estaba muy furioso. «Nosotros realmente nos sentimos indignados. ¿Cómo lo supimos? Por la radio, el 28 por la mañana. Decían que la Unión Soviética y Estados Unidos habían llegado a un acuerdo, que Kennedy le ofrecía una garantía a Jruschov. Realmente fue un acuerdo deshonroso. Nunca se me pasó por la cabeza que fueran a hacer algo así.»[39] Para el dirigente cubano, habría sido mejor morir con honor que vivir con deshonra. Su relación con los soviéticos nunca volvió a ser la misma, aunque ambos países siguieron siendo estrechos aliados durante el resto de la Guerra Fría.[40]

John Kennedy fue asesinado en noviembre de 1963. Tenía cuarenta y seis años. De no haber sido asesinado, y de haber sido reelegido en 1964, ¿podría haber sido el presidente que pusiera fin a la Guerra Fría? No hay demasiados indicios de ello, aunque después de la crisis de octubre de 1962 Kennedy retomó su agenda de política exterior con mayor preocupación y más cuidado. A pesar de todo, su objetivo era ganar la Guerra Fría, aunque tuviera que hacerlo evitando las crisis que pudieran dar lugar a un conflicto total. Kennedy seguía creyendo que la Unión Soviética suponía un desafío global para los intereses de Estados Unidos, y que Estados Unidos tenía que obligar a retroceder a la URSS cuando le desafiara. Un año después, al reflexionar sobre la crisis de los misiles en un discurso público, el presidente dijo que tenía «esperanzas de un avance constante hacia unas relaciones con los soviéticos menos críticamente peligrosas, pero nunca trabajo haciéndome ilusiones sobre los métodos comunistas ni sobre las metas del comunismo».[41]

Un cambio crucial que puso de manifiesto la crisis fue lo mucho que ambos bandos sabían el uno del otro, tanto a través del espionaje como de fuentes públicas. El espionaje siempre había desempeñado un papel clave en la Guerra Fría, pero durante los años sesenta y setenta adquirió una relevancia aún mayor. En la era inmediatamente posterior a 1945, los soviéticos se apuntaron los mayores éxitos. Klaus Fuchs y otros espías atómicos le habían proporcionado a Stalin lo que necesitaba saber sobre los programas nucleares de Estados Unidos. El Foreign Office británico había quedado totalmente en entredicho cuando en 1951 quedó claro que el

director de su Departamento para Estados Unidos, Donald Maclean, era un espía soviético. Maclean huyó a Moscú, igual que otros miembros del grupo de espías al que pertenecía, conocido como «los cinco de Cambridge», incluido Kim Philby, que había sido el principal enlace de la inteligencia británica con Estados Unidos. Resulta difícil imaginar un desastre mayor en materia de inteligencia.

En los años sesenta el equilibrio de poder en materia de espionaje empezó a cambiar. Uno de los posibles motivos era que, después de los acontecimientos de Hungría, la Unión Soviética había perdido parte de su atractivo para la gente culta de Occidente, lo que hacía más difícil reclutar espías con un planteamiento ideológico. Al mismo tiempo, tanto Europa occidental como Estados Unidos parecían ser más capaces de afrontar los problemas de desigualdad social que antes: en los años treinta, personas como Fuchs y Maclean habían sido reclutados al servicio de los soviéticos en parte debido a su desagrado por el capitalismo explotador. Sin embargo, en los años sesenta los espías más importantes fueron soviéticos, hartos de su propia sociedad. Anatoli Golitsyn, Oleg Penkovski, Dmitri Poliakov y otros agentes de los servicios de inteligencia soviéticos que proporcionaron información crucial a Occidente, explicaban que querían que Occidente ganara la Guerra Fría. Penkovski se consideraba un «combatiente por la causa de la verdad, por los ideales de un mundo verdaderamente libre y de la democracia. [...] Deseo hacer mi aportación, puede que modesta, pero a mi juicio importante, a nuestra causa común».[42] Poliakov, que acabó siendo general de división del Departamento Central de Inteligencia del Ejército Rojo (GRU), era, según su controlador estadounidense, «nuestra joya de la corona [...] la mejor fuente, por lo menos que yo sepa, que han tenido nunca los servicios de inteligencia estadounidenses, y me atrevería a decir que [...] la mejor fuente que ha tenido jamás un servicio de inteligencia».[43]

A pesar de las ventajas que había conseguido respecto a sus adversarios, el último año de Kennedy en el cargo lo dedicó a afrontar las crisis políticas nacionales, como el creciente movimiento por los derechos civiles de los afroamericanos, a la extensión de la guerra en Vietnam, y a intentar encontrar alguna forma de estabilidad duradera en las relaciones con la

Unión Soviética. Kennedy y Jruschov acordaron un tratado limitado de prohibición de las pruebas nucleares; un pequeño paso, hay que reconocerlo, que los chinos interpretaron que estaba dirigido exclusivamente contra ellos, dado que se encontraban a punto de probar su primera arma nuclear. Aun así, fue un indicio de que había algunos asuntos sobre los que Estados Unidos y la URSS podían ponerse de acuerdo. Al igual que Eisenhower, Kennedy consideraba que los comunistas chinos eran aún más irracionales que sus hermanos soviéticos. En enero de 1963 Kennedy explicaba ante el Consejo de Seguridad Nacional que a su juicio los chinos iban a ser «nuestros principales antagonistas de finales de los años sesenta y más allá».[44]

¿Fueron las crisis de Berlín y Cuba un punto de inflexión de la Guerra Fría? Hay quien afirma que lo fueron: la primera, en el sentido de que a partir de entonces la Guerra Fría en Europa se estabilizó visiblemente, y la segunda, porque tanto los estadounidenses como los soviéticos vieron la necesidad de alguna forma de distensión, o por lo menos la necesidad de evitar las crisis nucleares extremas en el futuro. Pero a principios de los años sesenta las cosas no parecían ser necesariamente así: la Guerra Fría prosiguió, y en cualquier momento podían producirse nuevas crisis, aunque cada vez parecía más probable que tuvieran lugar en el Tercer Mundo y no en Europa. Durante el tiempo que Kennedy estuvo en el cargo, la Guerra Fría fue haciéndose verdaderamente mundial, y el lastre que supuso para los recursos materiales y mentales de sus principales protagonistas aumentaba implacablemente.

12

Encuentro con Vietnam

La revolución vietnamita empezó como una sublevación contra la opresión colonial y terminó como una serie de guerras profundamente enredadas con la Guerra Fría global. Sus orígenes se remontan a la colonización francesa de Indochina durante el siglo XIX, o puede que incluso más atrás, a los largos años de dominación china sobre Vietnam. En el núcleo del movimiento había un grupo de revolucionarios nacionalistas vietnamitas que durante su juventud se convirtieron en marxistas convencidos y en admiradores de la experiencia soviética. Para aquellos jóvenes, hombres y mujeres, el nacionalismo y el marxismo eran una misma cosa. Estaban convencidos de que Vietnam únicamente podía triunfar en el mundo moderno mediante el desarrollo de su movimiento, su nación y su Estado conforme a las leyes marxistas de la evolución. Su programa era a largo plazo, expansivo y utópico, pero su implementación dependía en primer lugar de lograr la independencia y la unidad nacional. Y fue por estos objetivos por lo que casi tres millones de vietnamitas combatieron y murieron durante el siglo XX.[1]

Aunque los responsables de las políticas de todo el mundo no lo advirtieron en su momento, Vietnam era en muchos aspectos distinto del resto de Asia. Era el único lugar donde el comunismo se convirtió en la principal vía de salida del nacionalismo casi desde el principio. Incluso en los países donde el movimiento comunista se hizo muy grande, como en China, en Corea o en Indonesia, se trató de un fenómeno mucho más gradual, y los contendientes al poder eran más fuertes. Pero en Vietnam los adversarios del comunismo estaban contaminados por su colaboración con

los franceses, y Hố Chí Minh podía presentar su movimiento, el Viet Minh, como auténticamente vietnamita, tanto en lo cultural como en lo político. Al margen de su largo servicio como agente del Comintern, Hố se reinventó a sí mismo a partir de 1945 como el símbolo de la independencia nacional, y como un anciano para su pueblo que se merecía el respeto, casi la veneración, de todos los vietnamitas.

Por consiguiente, la guerra de Estados Unidos en Vietnam fue una insensatez desde el principio. No porque no hubiera vietnamitas anticomunistas dispuestos a luchar por su causa, sino porque eran una minoría y estaban abocados a fracasar en cualquier disputa por la autenticidad nacionalista. Además, los comunistas vietnamitas podían contar con la ayuda de sus vecinos, los comunistas chinos, y con la asistencia soviética. Pero las sucesivas administraciones estadounidenses creían que Estados Unidos tenía que actuar para evitar una victoria comunista en Indochina. La teoría del dominó, inventada originalmente para el caso de China, se trasladó a Vietnam. Para los estadounidenses, la Guerra Fría era un juego de suma cero, donde la pérdida de un bando era la ganancia para el otro. Y consideraban que la Unión Soviética, o, peor todavía, China, controlaban el comunismo vietnamita, y tenían grandes posibilidades de ser los beneficiarios de su éxito.

Dentro de Vietnam, las cosas se veían de una forma bastante diferente. Para Hố Chí Minh y los que colaboraban con él en el movimiento comunista de Vietnam desde los años veinte, la Conferencia de Ginebra de 1954 había sido un desastre. En vez de obtener el Vietnam unido y socialista por el que habían luchado –y que creían haberse ganado merced a su destreza en el campo de batalla–, tan solo recibieron la mitad del país, y unas inciertas perspectivas de reunificación en un futuro inmediato. Y lo que era aún peor, Moscú y Beijing, sus dos principales patrocinadores extranjeros, les habían obligado conjuntamente a aceptar aquella división. Aunque a Hanói le dijeron que se trataba de una «consolidación» temporal de las conquistas revolucionarias, a ningún comunista vietnamita le cabía la mínima duda de

que la unidad de su país había sido sacrificada en aras de la política de las grandes potencias. Pero los dirigentes también sabían que no tenían ninguna posibilidad de luchar por sí solos contra el nuevo régimen del sur de Vietnam y sus patrocinadores estadounidenses. Hố Chí Minh estaba convencido de que la reunificación llevaría tiempo. En primer lugar, el Vietnam del Norte comunista tenía que construir un Estado, perfeccionar su Ejército, y establecer fuertes lazos con sus aliados comunistas. Hố estaba sometido a una gran presión por parte de los dirigentes más jóvenes, y sobre todo de los que procedían del sur, que exigían una política más militante. Hố era más un símbolo que un constructor del Estado; su poder iba menguando, y la impaciencia iba en aumento, durante el desarrollo de Vietnam del Norte a finales de los años cincuenta.

El Estado norvietnamita, denominado República Democrática de Vietnam, fue comunista desde el principio. En 1951 Hố Chí Minh había creado el Partido Obrero de Vietnam (POV) para que actuara como el núcleo comunista dentro del frente del Viet Minh. A raíz de los Acuerdos de Ginebra de 1954, el POV fue el encargado de construir el Estado, y el Estado que construyó al norte del paralelo 17 fue una copia del modelo soviético tal y como se había implementado en China a partir de 1949. Controlaba el Ejército, la policía, y tenía una gran red de informadores y de ejecutores políticos por todo el país (incluso en grandes zonas del sur). Encarcelaba a sus adversarios en campos de trabajo al estilo estalinista. Aproximadamente 15.000 opositores fueron ejecutados, la mayoría de ellos durante una campaña de reforma agraria realizada de forma apresurada, y calcada de la de China. Al menos un millón de personas huyeron al sur. Incluso los soviéticos y los chinos criticaban a los norvietnamitas por haber ido demasiado lejos y demasiado deprisa.

No obstante, los comunistas vietnamitas superaron los problemas que ellos mismos habían creado por el procedimiento de disfrazarlos de nacionalismo. Hố afirmaba que todo lo que se hacía era por el bien de la nación, para que fuera rica, fuerte, y estuviera unida. La propaganda comunista, tanto en el norte como en el sur, remachaba las credenciales nacionalistas del Gobierno de Hanói y, lo que era igual de importante, que

el Gobierno del sur carecía de ellas. Los dirigentes de Hanói seguían convencidos, puede que acertadamente, de que «ganarían» unas elecciones en todo Vietnam en caso de que se celebraran, y esa era la razón de que la administración de Eisenhower se opusiera a ese tipo de elecciones, a pesar de los Acuerdos de Ginebra. A partir de 1957 ya estaba claro que la perspectiva de unas elecciones a nivel nacional era improbable, y que tanto los soviéticos como los estadounidenses aceptaban de buena gana el statu quo de Vietnam y del resto de Indochina. Lo último que deseaba Jruschov, que había puesto en marcha su ofensiva de paz, era otra guerra en Asia.

Sin embargo, los estadounidenses sí tenían el problema de qué hacer con Vietnam del Sur. Los franceses se habían marchado, con alivio tras su humillación militar. El antiguo emperador, Bao Dai, estaba manchado por su colaboración tanto con los franceses como con los japoneses. Conjuntamente, el emperador y sus asesores estadounidenses acordaron nombrar primer ministro a Ngo Dinh Diem. Diem era un nacionalista vietnamita, enemigo del Viet Minh, y que había vivido en el exilio, casi siempre en Estados Unidos, desde 1950. Su postura política era indigenista, católica y conservadora: Diem estaba convencido de que para que Vietnam llegara a convertirse en la gran potencia que merecía ser, debía volver a sus raíces tradicionales en una nueva y reforzada forma católica. Su nuevo Vietnam debía ser moderno, conforme a las pautas establecidas por Occidente, pero también debía servirse de las peculiares capacidades que tenían los vietnamitas para crear una sociedad justa y estable. Muy pronto Diem prescindió del emperador y creó una República de Vietnam en el sur, con él como presidente. Estados Unidos empezó a destinar una ayuda sustancial al nuevo Estado sudvietnamita, pero las reformas que había prometido Diem se hacían esperar. Su principal objetivo era consolidar su propio régimen contra todos sus contendientes, incluidos los comunistas que quedaban en el sur.

Haciendo caso omiso de los consejos de sus socios internacionales, los comunistas vietnamitas empezaron a ampliar poco a poco sus campañas contra el régimen de Diem en el sur. En 1956, animado por la desestalinización de Jruschov y por su insistencia en que cada partido tenía

que encontrar su propio camino al socialismo, el comunista sudvietnamita Le Duan redactó un magistral manifiesto cuajado de ambigüedades, donde insistía en lo acertado de la idea soviética de que «en la actualidad todos los conflictos del mundo pueden resolverse por medios pacíficos». Pero también advertía de que, en el sur, «con toda seguridad se alzará un movimiento revolucionario popular». En otras palabras, el Partido Comunista tenía que apoyar el movimiento de masas espontáneo del sur, darle forma y liderarlo.[2] En 1957, como respuesta a los intentos de Diem de erradicar el comunismo en el sur, el partido inició una campaña de asesinatos y de atentados con bombas. Le Duan fue nombrado jefe del partido, y poco a poco fue sustituyendo a Hố Chí Minh como el verdadero centro de poder. En enero de 1959, el POV aprobó una «guerra popular» en el sur, y empezó a infiltrar a sus cuadros en el sur a través de Laos, a lo largo de lo que acabó conociéndose como «la ruta Hố Chí Minh». En julio de 1959 los comunistas del sur asesinaron a dos asesores militares estadounidenses a las afueras de Saigón, la capital del sur. Fueron los primeros estadounidenses que murieron en la nueva guerra en Vietnam.

La explicación de por qué en 1960 Hanói fue capaz de organizar una sublevación general contra el Gobierno de Diem era el cisma chino-soviético. Con gran habilidad, los vietnamitas empezaron a enfrentar entre sí a sus dos patrocinadores a fin de conseguir el apoyo que necesitaban. No cabe duda de que Le Duan y su grupo de dirigentes estaban considerablemente más cerca de los chinos que de los soviéticos en lo ideológico, y que el creciente radicalismo de Mao les inspiraba para actuar por la fuerza. Pero a Jruschov no solo le movía la competencia y las circunstancias. En 1960, a raíz de los sucesos de Cuba, Argelia y Congo, los soviéticos eran mucho más conscientes que tan solo unos años atrás del potencial de las «guerras de liberación» nacional para conseguir avances. Por consiguiente, el momento elegido por Hanói para la sublevación en el sur fue casi perfecto, aunque en aquel momento ni Le Duan ni sus patrocinadores extranjeros esperaban otra cosa que una lucha prolongada, interminable, con un desenlace incierto.

John Kennedy heredó su dilema vietnamita del presidente Eisenhower, y nunca tuvo ni tiempo ni ocasión de concentrarse en él hasta el extremo de encontrar una estrategia sólida. Por el contrario, la política de Kennedy sobre Vietnam se convirtió en un deslizamiento gradual hacia una mayor implicación de Estados Unidos, aunque Kennedy se resistía a enviar tropas estadounidenses regulares a Indochina. Participó en las negociaciones para la neutralización de Laos, lo que dio cierta apariencia de estabilidad a la región. Pero el mayor enredo de Kennedy, en línea con su enfoque general del Tercer Mundo, fue a través de sus intentos de reformar el Estado sudvietnamita y de mejorar la capacidad de combate de su Ejército y su Fuerza Aérea. En 1963 el número de asesores militares estadounidenses en Vietnam del Sur había ascendido hasta los 16.000, desde los seiscientos que había cuando Kennedy llegó a la presidencia. Las principales unidades militares vietnamitas tenían oficiales estadounidenses agregados, y aunque supuestamente los asesores estadounidenses no participaban directamente en los combates contra Hanói ni contra el Frente de Liberación Nacional (FLN) del sur, controlado por los comunistas, fueron haciéndose cada vez más indispensables para el esfuerzo bélico sudvietnamita. Los aviones y helicópteros estadounidenses transportaban a las tropas vietnamitas, incluso en las incursiones contra Vietnam del Norte. Además, los estadounidenses empezaron a utilizar herbicidas para destruir las cosechas, y así privar de alimento a los rebeldes sudvietnamitas y a sus simpatizantes, y a establecer «aldeas estratégicas» en las que se podía realojar a los campesinos «rescatados» de las zonas controladas por el FLN.

A pesar del aumento del apoyo estadounidense, a partir de 1963 ya estaba claro que el régimen de Diem tenía graves problemas. No era solo que el FLN estuviera ampliando sus operaciones, sobre todo en las zonas aledañas a la capital del sur, Saigón; era también que el presidente sudvietnamita empezó a enemistarse con la oposición política no comunista, con los grupos budistas y las organizaciones estudiantiles. Además, sus relaciones con sus patrocinadores estadounidenses se estaban deteriorando; Diem insistía en que Vietnam del Sur era un país soberano, y en que él era el responsable último de la planificación civil y militar.

Numerosos monjes budistas se inmolaron en las calles de Saigón para protestar contra el régimen, y sus cuerpos en llamas aparecían en los informativos de las televisiones de Estados Unidos, provocando que muchos estadounidenses dudaran del éxito de la intervención de su país en Vietnam. A la desesperada, la administración de Kennedy animó discretamente a los generales sudvietnamitas a dar un golpe de Estado contra Diem. El 1 de noviembre de 1963, el presidente sudvietnamita fue secuestrado y asesinado por sus propios oficiales. Tres semanas más tarde se produjo el atentado mortal contra Kennedy en Dallas.

El mayor error de Kennedy con respecto a Vietnam fue que siempre consideró que el sur y el norte eran dos países diferentes. De ahí se desprendía que la intervención militar del norte en el sur era una invasión, y que las grandes potencias comunistas –y especialmente China– estaban detrás de la agresión. Esa línea de pensamiento, que el nuevo presidente, Lyndon B. Johnson, tomó de Kennedy, vinculaba directamente la guerra de Vietnam con la Guerra Fría. También establecía relaciones que se remontaban a Corea, a la Guerra Civil china, y en última instancia a la Segunda Guerra Mundial. Supuestamente la moraleja era que si Estados Unidos no plantaba cara a la agresión comunista, se pondría en duda su determinación y se debilitarían sus posturas, incluidas las ideológicas. Pero tanto Kennedy como Johnson estaban convencidos de que las administraciones estadounidenses –y sobre todo las administraciones del Partido Demócrata– que aparentemente no plantaban cara a la agresividad comunista eran objeto del castigo de los creadores de opinión y de los votantes. Tanto Kennedy como Johnson, de formas muy distintas, tenían mucho miedo a la debilidad. Citando a unos amigos suyos de Texas, su estado natal, a Johnson le gustaba decir que los estadounidenses «están dispuestos a perdonarte cualquier cosa excepto que seas débil».[3]

En materia de política interior, Lyndon Johnson fue uno de los presidentes mejor preparados que ha tenido Estados Unidos en toda su historia. Llevaba en el Congreso desde 1937, y se le conocía como el amo del Senado, donde, en calidad de líder de la mayoría, había defendido las causas progresistas al estilo de Franklin Roosevelt. Como vicepresidente de

Kennedy, había prestado servicio con poco entusiasmo en los márgenes del poder. A raíz del asesinato del presidente, Johnson fue catapultado al máximo cargo de la política estadounidense, y él tenía una serie de reformas que quiso llevar a cabo casi desde el principio. Algunas de ellas eran planes que se habían desarrollado en la administración de Kennedy. Pero la mayoría eran causas del propio Johnson, y él tenía la experiencia, la actitud agresiva y los medios para impulsarlas. Johnson, que tal vez haya sido el presidente más exitoso en términos legislativos en la historia de Estados Unidos, aplicó importantes iniciativas en materia de reducción de la pobreza, de derechos civiles y de atención sanitaria, así como reformas en materia de inmigración y educación, y afrontó algunos asuntos espinosos que se le habían escapado a su predecesor (y, en realidad a sus sucesores). En las elecciones presidenciales de 1964 Johnson aplastó a su adversario republicano, y fue reelegido con el máximo porcentaje de voto popular de la historia.

No obstante, da la sensación de que a Johnson también se le escapaba la solución a la escalada bélica en Vietnam. Aunque su intuición política le aconsejaba encontrar la forma de salir de allí lo antes posible, Johnson tenía miedo de las consecuencias. Sus prioridades eran sus reformas dentro del país, pero tenía la sensación de que no iba a poder llevarlas a cabo si no tenía un expediente intachable en política exterior. Debatiendo cómo presentar la guerra al pueblo estadounidense, Johnson le confió a un antiguo colega suyo en el Senado:

> Creo que tengo que decir que yo no fui el que os metió ahí, sino que estamos en virtud de un tratado [con Vietnam del Sur] y que está en juego nuestro honor nacional. Y si ese tratado no sirve de nada, ninguno sirve de nada. Por consiguiente, estamos ahí. Y ya que estamos ahí, tenemos que comportarnos como hombres. Eso es lo primero. Y lo segundo, en nuestra propia revolución, queríamos libertad, y como es natural vemos con simpatía a otros pueblos que quieren libertad, y si les dejamos en paz y les damos libertad, mañana estaremos fuera.[4]

A lo largo de 1964, la administración de Johnson fue convenciéndose cada vez más de que Estados Unidos se enfrentaba a un desafío total por parte del bando comunista en Vietnam. El golpe de Estado contra Diem

había generado algo de estabilidad, pero no demasiada. La insurrección en la República de Vietnam seguía extendiéndose. Las evidencias de que el norte abastecía y dirigía esa insurrección seguían aumentando. Y detrás de Hanói estaban Beijing y Moscú, más o menos en ese orden. En contra de las abundantes evidencias de un creciente cisma entre China y la Unión Soviética, Johnson seguía centrándose en Vietnam como un problema con el Bloque comunista. Según la administración de Johnson, la diferencia entre las grandes potencias comunistas consistía en que los soviéticos eran prácticos y racionales, mientras que los chinos eran poco razonables y cada vez más irracionales. No es difícil advertir ciertos estereotipos raciales detrás de esa forma de pensar: al fin y al cabo, por lo menos los dirigentes soviéticos eran europeos, mientras que los chinos eran orientales que no comprendían –o no querían asumir– el toma y daca normal entre las potencias. A juicio de Robert McNamara, ministro de Defensa de Johnson, esa irracionalidad, más que ninguna otra cosa, era lo que impulsaba la guerra.

A mediados de 1964 el presidente ya había llegado a la convicción de que la única forma de ganar la guerra en Vietnam era demostrar su disposición a hacerlo militarmente sobre el terreno. Si Estados Unidos le demostraba a Hanói y a Moscú que no iban a conseguir nada prolongando su agresión, acabarían sentándose a la mesa de negociaciones, al margen de los aullidos de protesta por parte de los chinos. McNamara y McGeorge Bundy, el asesor de seguridad nacional del presidente, presionaban a favor del bombardeo de Vietnam del Norte, del despliegue de fuerzas terrestres estadounidenses y de la ampliación de la participación de Estados Unidos en la guerra junto a las tropas sudvietnamitas. En el borrador de un discurso presidencial, Bundy argumentaba que Estados Unidos «no estaba dispuesto a dar a los agresores ninguna garantía en contra de las represalias conjuntas y pertinentes por sus reiterados actos de guerra contra los hombres libres de Vietnam del Sur. Lo que se ha ordenado desde fuera de Vietnam del Sur puede castigarse fuera de Vietnam del Sur, conforme a todas las leyes de las naciones, y por la norma básica de que los hombres deben responder de lo que se hace por orden suya. El agresor de Hanói es consciente de su culpa,

y el mundo también».[5] Incluso Dean Rusk, el secretario de Estado, un político relativamente moderado en materia de asuntos exteriores, azuzaba al presidente. «La cuestión de la guerra y la paz radicaba en el Pacífico –le dijo a Johnson–. Si diéramos la impresión de desfallecer ante la Unión Soviética y la China comunista, se interpretaría como una recompensa por el camino que han venido siguiendo, lo que incrementaría las posibilidades de una guerra. Si tomáramos una decisión que le indicara a Peiping [Beijing] que estamos flaqueando, estaríamos incrementando nuestro peligro.»[6]

En agosto de 1964 Johnson utilizó unos informes inexactos que afirmaban que unos buques de guerra norvietnamitas habían disparado contra un barco de la Armada estadounidense en aguas internacionales como excusa para pedir autorización al Congreso para ampliar la guerra. La denominada resolución del Golfo de Tonkin autorizaba al presidente a «tomar todas las medidas pertinentes para repeler cualquier ataque armado contra las fuerzas de Estados Unidos y evitar nuevas agresiones».[7] En 1965 la Fuerza Aérea estadounidense empezó a bombardear Vietnam del Norte, y el número de soldados estadounidenses aumentó hasta casi 200.000. A finales de aquel año casi 2.000 estadounidenses habían muerto en combate, y dentro del país la mayoría de la gente tenía claro que aquello era una guerra de verdad y no una guerra de carácter vicario como las que Estados Unidos había emprendido por todo el mundo durante la década anterior.

Hoy sabemos que muchas de las hipótesis de Estados Unidos sobre los cálculos políticos y militares del bando norvietnamita, del soviético y del chino en la guerra de Vietnam eran erróneas. Los dirigentes norvietnamitas veían la guerra como una lucha nacional de liberación. Aspiraban a una victoria militar, pero eran conscientes de que esta solo podía llegar tras la salida de Estados Unidos del conflicto. Los soviéticos eran conscientes de que la guerra de Vietnam iba en perjuicio de Estados Unidos en la lucha de la Guerra Fría, ya que le llevaba a perder el apoyo de los países y los movimientos del Tercer Mundo, y hacía que la Unión Soviética pareciera un país que representaba la paz y la ayuda a Vietnam, una pequeña nación que luchaba contra el Goliat estadounidense. Según casi cualquier criterio, la

URSS se jugaba muy poco en Vietnam, pero Estados Unidos se jugaba cada vez más. Sin embargo, Moscú siempre temió que la guerra se extendiera a otras zonas del sudeste asiático, lo que obligaría a los soviéticos a asumir un papel más activo y visible en defensa de las revoluciones locales. Tal y como estaban las cosas, los sucesores de Jruschov se contentaban con condenar la agresión estadounidense y suministrar una ayuda limitada a Vietnam del Norte (en parte para intentar apartar al país de su alianza con China), al tiempo que en privado le decían a Johnson que Moscú estaba intentando moderar la conducta de Hanói. El mensaje, no excesivamente sutil, de los soviéticos a los estadounidenses venía a decir que la cuestión de Vietnam se podía solucionar únicamente si Washington estaba dispuesto a colaborar con Moscú en otros asuntos de la Guerra Fría.

Lo que más cambió fue el papel de China en Vietnam, en línea con las caóticas políticas de Beijing en los años sesenta. Durante la primera parte de la década, y sobre todo a partir de 1962, Mao Zedong empezó a utilizar cada vez más la guerra de Vietnam como un arma contra los soviéticos. Mao proclamaba que los comunistas chinos daban su pleno apoyo a los intentos de Hanói de llegar al comunismo por la vía rápida y de liberar el sur. El mensaje de Mao era que mientras que Moscú se andaba con rodeos, Beijing actuaba. La ayuda china a Vietnam del Norte iba aumentando sustancialmente año tras año, al tiempo que ideológicamente Hanói se ponía de parte de China en sus disputas con los soviéticos. Pero en 1964, cuando se amplió la intervención de Estados Unidos, Mao quiso evitar a toda costa un conflicto directo con los estadounidenses, como había ocurrido en Corea. Beijing indicó a Washington que no pensaba intervenir con sus propias fuerzas a menos que los estadounidenses invadieran el norte. A pesar de su postura cada vez más revolucionaria dentro y fuera del país, Mao sentía un saludable respeto por el poderío estadounidense. Aparte de eso, dado que su confrontación con los soviéticos iba agravándose –sobre todo, hay que decirlo, por culpa de sus propios actos– Mao Zedong no tenía ganas de una guerra total en Indochina. Por consiguiente, la política china acabó consistiendo en ayudar a los norvietnamitas y al FLN en el sur, al tiempo que les instaba a luchar «implacablemente» contra los

estadounidenses y a evitar toda negociación. Pero Beijing también había aprendido de Corea que no debía correr riesgos. En 1967 China ya tenía a 170.000 soldados de su Ejército estacionados en Vietnam para ayudar a los norvietnamitas con su defensa, y al mismo tiempo estaba dispuesta a luchar en caso de que los estadounidenses cruzaran la línea divisoria entre Vietnam del Norte y Vietnam del Sur. «Mi idea fundamental –le decía el primer ministro chino Zhou Enlai a los norvietnamitas–, es que debemos ser pacientes. Paciencia significa victoria. Puede que la paciencia os cause más penalidades, más sufrimientos. Sin embargo, el cielo no caerá sobre vuestras cabezas, la tierra no se vendrá abajo, y es imposible exterminar totalmente al pueblo. Así pues, la paciencia puede tener como recompensa la victoria, y con ello provocar cambios históricos, alentar a los países asiáticos, africanos y latinoamericanos, y debilitar a los imperialistas estadounidenses.»[8]

Además, la administración de Johnson contemplaba la guerra de Vietnam en términos internacionales. A lo largo de 1965 y 1966, el presidente estaba convencido de que mostrarse débil en Vietnam se traduciría en más reveses en otros lugares del Tercer Mundo, y acaso también en Europa. Johnson veía el asunto sobre todo en términos de su alianza: si Estados Unidos no mantenía su palabra en el sudeste asiático, ¿qué pensarían sus aliados y sus potenciales enemigos en el resto del mundo? Pero además Johnson –muy alentado por sus asesores– tenía la sensación de que tal vez los acontecimientos podían dar un giro favorable a Estados Unidos en algunas regiones importantes de Asia, África y América Latina. A juicio de Johnson, lo importante era resistir en Vietnam al tiempo que otros nuevos países –con la asistencia y el fomento de los programas de ayuda estadounidenses– se apartaban del radicalismo y optaban por la libertad y el crecimiento económico. Consciente de que la ayuda exterior no era popular entre el público en general ni en el Congreso, el presidente difundió un mensaje especial que era Lyndon B. Johnson en estado puro tanto en su forma como en su contenido. «A las naciones que se comprometan con el progreso en régimen de libertad, nuestra ayuda y la de otros países puede suponer el margen de diferencia entre el fracaso y el

éxito –decía Johnson–. Ese es el meollo de la cuestión. [...] Estaríamos sembrando una cosecha de desgracias para nosotros y nuestros hijos si rehuyéramos la tarea de luchar contra la pobreza y la ignorancia en la comunidad mundial. La pobreza y la ignorancia son el banderín de enganche del comunismo. Florecen cuando nosotros flaqueamos. Si incumplimos nuestras obligaciones, el comunismo ampliará sus ambiciones. Esa es la cruda ecuación que domina nuestra era, y de la que no hay escapatoria en cuestión de lógica ni de honor.»[9]

La administración estadounidense tenía razón al considerar que aquellos años de mediados de los sesenta eran un punto de inflexión en el Tercer Mundo, aunque se equivocaban en las repercusiones de esa inflexión para Vietnam y el resto de Indochina. En Argelia, que desde hacía tiempo era la tribuna de la revolución en el Tercer Mundo, el Ejército se volvió contra el presidente Ben Bella en junio de 1965 y le derrocó con un golpe de Estado. Hubo poca resistencia. La mayoría de los argelinos pensaba que Ben Bella había sido generoso en retórica pero escaso en la ejecución de sus planes. Querían un enfoque más práctico y pragmático del desarrollo económico, y que ese desarrollo diera unos frutos tangibles para los que habían luchado durante tanto tiempo por un Estado propio. A lo que la gente se oponía no era tanto al contenido del programa del Frente Nacional de Liberación argelino (FLN), sino a su deficiente ejecución, y al creciente egocentrismo de la nueva élite revolucionaria. Houari Bumedián, jefe del Ejército, cuyas tropas tomaron la capital argelina simulando ser extras en el rodaje de la película *La batalla de Argel*, de Gillo Pontecorvo, prometió menos discursos y más acción, y eso fue también lo que recibieron los argelinos durante los años siguientes. En su política exterior, y en gran parte de su planificación económica, Argelia se aproximó a la Unión Soviética y se alejó del idealismo del Tercer Mundo.

En Ghana se produjeron unos acontecimientos parecidos. Kwame Nkrumah, que durante casi una década había sido el líder indiscutible de su país y un importante portavoz del Tercer Mundo, fue derrocado por un golpe de Estado militar en 1966. Nkrumah había perdido gran parte de su apoyo popular debido a que sus políticas económicas tardaban mucho en

dar resultados y a que se estaba volviendo cada vez más dictatorial. En 1962 destituyó al presidente del Tribunal Supremo. Dos años después ilegalizó todos los partidos de la oposición, hizo de Ghana un Estado de partido único, y se nombró a sí mismo presidente vitalicio. El golpe de Estado se produjo cuando Nkrumah iba de camino a China y a Vietnam del Norte, y los oficiales del Ejército que se hicieron con el poder afirmaban que uno de sus objetivos era salvar a Ghana del inminente control por los comunistas. En su libro *El neocolonialismo, la última etapa del imperialismo*, publicado seis meses antes de su derrocamiento, Nkrumah acusaba a sus opositores nacionales de haber sido engullidos por «una oleada de propaganda antiliberación [que] emana de las capitales de Occidente, dirigida contra China, Vietnam, Indonesia, Argelia, Ghana y todos los países que se abren camino de forma independiente hacia la libertad. [...] ¡Dondequiera que hay lucha armada contra las fuerzas de la reacción, se califica a los nacionalistas de rebeldes, terroristas, o a menudo de "terroristas comunistas"!».[10]

Los golpes de Estado de Argelia y Ghana fueron dos regalos caídos del cielo para la administración de Johnson. Aunque no hay pruebas de que la CIA estuviera directamente implicada en ninguno de los dos sucesos, el Gobierno de Estados Unidos había alentado una acción de ese tipo por parte del Ejército, y había dejado claro su apoyo. Si bien en Ghana el resultado fue una dictadura militar con estrechos vínculos con Estados Unidos, en Argelia el desenlace fue más turbio desde el punto de vista estadounidense. Bumedián no era ningún incauto en materia de asuntos internacionales, y su afinidad con la planificación al estilo soviético era bien conocida por los estadounidenses. Aun así, Washington prefería con diferencia a Bumedián frente al tercermundista Ben Bella. En su informe sobre el golpe de Estado, la CIA comentaba que «en muchas zonas de Argelia el Ejército probablemente ya ha aportado un liderazgo y una administración más responsables que el Gobierno de Ben Bella o que el partido FLN».[11] Para la administración de Johnson, que un Gobierno de fuera de Europa pensara como los soviéticos había pasado a ser un problema menor que los revolucionarios antiimperialistas y que toda la gama de amigos de los

chinos o los cubanos. A pesar de que proseguía la Guerra Fría, Moscú había pasado a ser una especie de enemigo «normal» –europeo, convencional y bastante previsible– mientras que el Tercer Mundo era caótico y propenso a los excesos. En el núcleo de los temores de Estados Unidos estaba la sospecha de que en un futuro la oposición a la hegemonía mundial estadounidense se inspirara más en China y en Cuba que en la Unión Soviética.

Si alguna serie de acontecimientos podían darle a Washington una tregua en esa forma de pensar, fueron las derrotas de la izquierda en Indonesia y en Congo en 1965. Ambas venían a indicar que, a pesar de todo, el futuro, por lo menos en términos de un desafío comunista, podía no estar en manos de Beijing o de La Habana. Además, cada una a su manera, señalaban el principio del fin del Tercer Mundo como oposición política global. Para Washington, las contrarrevoluciones en Indonesia y en Congo –y más tarde en Bolivia– confirmaban que las campañas estadounidenses contra los proyectos del Tercer Mundo podían dar resultado, en caso de que pudieran contar con algún aliado local fuerte dispuesto a luchar contra los radicales por sus propias razones. Era el tipo de lección que conceptualmente no podía aplicarse a Vietnam porque allí no existía ese tipo de aliado, y por la presencia de una agresiva China justo al otro lado de la frontera. Pero la conclusión lógica de aquella discrepancia, a saber, que Estados Unidos debía retirar sus tropas de Vietnam, era igualmente irrealizable debido al temor a ser percibido como un país débil, indeciso y derrotista en el marco de la Guerra Fría.

Desde el asesinato de Lumumba en 1960, en Congo se habían producido combates esporádicos por parte de grupos izquierdistas o separatistas contra un Gobierno central débil y apoyado por los estadounidenses, los belgas y las compañías europeas, ávidas de explotar la enorme riqueza mineral del país. En 1964 estalló una rebelión a gran escala en el Congo oriental, encabezada por un grupo radical que conquistó Kisangani (que entonces se llamaba Leopoldville) y proclamó una República Popular. Cuando las tropas congoleñas, con la ayuda de mercenarios europeos y sudafricanos, y de asesores estadounidenses, se

aproximaban a Kisangani, los rebeldes tomaron rehenes europeos y amenazaron con ejecutarlos si proseguía la ofensiva. El primer ministro Moïse Tshombe, que había sido el responsable del asesinato de Lumumba, solicitó la intervención de Occidente. En noviembre de 1964, el presidente Johnson decidió ordenar el envío de aviones estadounidenses para el transporte de tropas belgas al Congo oriental a fin de evacuar a los rehenes. «No podíamos permitir así como así que los caníbales mataran a un montón de gente», observaba el presidente desde su rancho de Texas.[12] Aunque se logró rescatar a más de mil rehenes, los rebeldes mataron a más de doscientos, junto a miles de congoleños. Con la ayuda de una gran operación encabezada por la CIA, el Gobierno congoleño recuperó poco a poco el control del territorio de los rebeldes y se cobró su brutal venganza.

La intervención de Estados Unidos en Congo dio lugar a reacciones airadas en el resto de África, no tanto debido al cariño que pudiera existir por los rebeldes congoleños, a los que en general se consideraba un grupo desorganizado y salvaje, sino por su asociación con los antiguos señores coloniales belgas. El resto de *simbas* (leones), como se hacían llamar los supervivientes de la República Popular, recibieron ayuda de los egipcios y de los argelinos, pero también de los cubanos, que enviaron al Che Guevara con una fuerza de más de cien soldados para combatir junto a ellos en abril de 1965. El Che se pasó siete infructuosos meses en las selvas del Congo oriental, cada vez más frustrado por la falta de coordinación de los rebeldes y la afición de sus dirigentes a la buena vida en El Cairo en vez de a los terribles combates en el Congo. A finales de 1965 la sublevación ya había sido derrotada. Estados Unidos «ha liquidado la rebelión del Congo», le comunicaba a sus jefes Robert Komer, ayudante del asesor de seguridad nacional de Johnson. «Nosotros y los belgas hemos estado prácticamente diciéndole a Tshombe lo que tenía que hacer, y suministrándole todo lo que pensaba que podía necesitar: dinero, armas y asesores.»[13]

Al otro lado del mundo, Indonesia ocupaba un lugar más destacado en la lista de lugares problemáticos para Estados Unidos. Los nacionalistas indonesios, liderados por el voluble Sukarno, habían obtenido su independencia de los Países Bajos en 1949, con Estados Unidos como

facilitador de la liberación. Uno de los motivos por los que Washington decidió presionar a los holandeses para que concedieran la independencia total a su antigua colonia era que Sukarno parecía un acérrimo anticomunista. En 1948 sus fuerzas habían librado una breve guerra civil contra el poderoso Partido Comunista indonesio (PKI) y habían obtenido una victoria decisiva. Pero cuando Sukarno empezó a interesarse más por las luchas anticoloniales en todo el mundo, y radicalizó sus políticas económicas dentro del país, Indonesia cayó en desgracia a ojos de Estados Unidos. Para Washington, la Conferencia de Bandung, donde Sukarno, en calidad de anfitrión, había desempeñado el papel protagonista, equivalía a un desafío a la política exterior estadounidense, y Sukarno pasó a ser otra bestia negra para la administración de Eisenhower. Cuando el presidente indonesio optó por un mayor grado de centralización y de colaboración con el resucitado Partido Comunista en 1957, la paciencia de Estados Unidos empezó a agotarse. Con el respaldo de Gran Bretaña y los Países Bajos, la administración de Eisenhower llevó a cabo un programa encubierto para ayudar a los rebeldes islámicos de Sumatra, que estaban en contra de Sukarno. «Debemos evitar que Indonesia caiga en manos de los comunistas –le dijo Dulles a sus homólogos británicos–. Si Java acaba bajo el dominio de los comunistas, lo mejor que se puede hacer es socavar su sistema por el procedimiento de fomentar la independencia de las islas exteriores, empezando por Sumatra.»[14]

La campaña de la CIA contra Sukarno fracasó, pero, comprensiblemente, provocó que el dirigente indonesio fuera consciente de que los estadounidenses iban por él. Durante los años sesenta sus políticas se centraron aún más en crear un Estado central fuerte para todos los indonesios, que a su juicio debía incluir la totalidad de la isla de Borneo, Nueva Guinea e incluso la península malaya. Intentó formalizar la coalición que le mantenía en el poder, proclamando que su Gobierno se basaba en el *Nasakom:* nacionalismo, religión y comunismo. Cuando Malasia se independizó en 1963, Sukarno, como era previsible, denunció el nuevo país como un Estado títere neocolonialista de los británicos, e inició una guerra de bajo perfil contra Malasia que duró tres años, y que en lengua malaya se

denominó *konfrontasi*, la confrontación. Mientras las fuerzas indonesias se enfrentaban a las fuerzas británicas y australianas en Borneo, y el Partido Comunista ganaba terreno político en Indonesia, Estados Unidos se desesperaba buscando una política. La administración de Johnson titubeaba. El presidente quería retirar toda la ayuda a Indonesia, pero el Pentágono y la CIA recomendaron proseguir con los contactos con el Ejército, con la esperanza de que sus oficiales actuaran contra Sukarno.

Pero Washington no era la única potencia que se protegía de sus relaciones con aquel agitador del Tercer Mundo. A los soviéticos les molestaban las críticas de Sukarno, que afirmaba que eran viejos, blancos y aletargados, y del PKI, que, al igual que los chinos, les tachaba de revisionistas. A pesar de todo, la URSS era con diferencia el mayor proveedor de armamento. Al igual que los estadounidenses, Moscú mantenía una línea abierta con los oficiales del Ejército indonesio, pero tenía escasa influencia política directa. Por otra parte, los chinos parecían más próximos tanto a Sukarno como a los comunistas indonesios. A principios de los años sesenta, cuando ya era evidente el cisma chino-soviético, el presidente indonesio se imaginaba que podía atraer a Beijing a una plataforma del Tercer Mundo antiimperialista y anti-Guerra Fría. En sus discursos y en sus escritos, Sukarno elogiaba la importancia de China. Pero Mao Zedong no estaba igual de convencido de aquella relación. Cuando Mao dio un nuevo giro a la izquierda a mediados de los años sesenta, Sukarno y su régimen se le antojaban cada vez menos de fiar, simplemente porque era un Gobierno «burgués», no socialista de verdad.

A medida que aumentaba la tensión en Indonesia, a Sukarno parecía sentarle muy bien la angustiosa situación política. Calificó el año 1965 como «el año de vivir peligrosamente», e intensificó su compromiso con los cambios políticos y económicos. Su temeridad fue su perdición. Durante el verano de 1965, los jefes del Ejército perdieron la paciencia a raíz de la propuesta del presidente de crear una milicia popular armada equivalente al Ejército convencional. Mientras tanto, los comunistas temían por la salud de Sukarno, a raíz de la información que aportaban sus médicos chinos. Presuponían que si Sukarno desaparecía, los generales volverían a

arremeter contra ellos. El PKI golpeó primero, respaldando un intento de golpe de Estado de los oficiales comunistas de menor graduación el 30 de septiembre de 1965, en el que fueron asesinados seis generales. Pero los demás generales, encabezados por Suharto, contraatacaron y tomaron el control de Yakarta, «protegiendo» a Sukarno e ilegalizando el Partido Comunista indonesio.

El golpe de Estado de Yakarta vino seguido de algunas de las peores matanzas de civiles de toda la Guerra Fría. Los nacionalistas de derechas del Ejército y algunos líderes religiosos musulmanes instigaron y organizaron masacres contra los comunistas, que aparentemente no estaban demasiado preparados para la ferocidad de los ataques. Las minorías sospechosas, a menudo sin motivos de ningún tipo, de colaborar con los comunistas también fueron blanco de los ataques. La comunidad china se vio afectada de una forma particularmente grave. En total, fueron asesinadas por lo menos medio millón de personas, en su mayoría decapitadas o degolladas. «Como un relámpago –contaba un testigo ocular–, el machete del verdugo rebanó el cuello de su víctima, un hombre tuerto, impotente, mecánico de bicicletas. Su cabeza fue a parar al saco. Después le desataron las manos, para que pareciera que había muerto sin que primero le ataran. Al principio su cuerpo decapitado desapareció bajo la superficie del agua, pero al final afloró. La siguiente persona que asesinaron era una mujer. No sé quién era.»[15] En una zona del país, había tal acumulación de cadáveres en los ríos que el agua corría con dificultad. La embajada de Estados Unidos contribuyó a las matanzas entregando listas de comunistas a los militares.[16]

En el plano internacional, todos los bandos parecían aliviados por el hecho de que Sukarno hubiera desaparecido. Los estadounidenses eran los que más motivos tenían para sentirse aliviados. «Es posible que por fin nos hayamos quitado de en medio a Sukarno –le escribía Robert Komer al presidente Johnson–. No hay suficientes palabras de aprecio para la potencial relevancia de lo que parece una victoria del Ejército sobre Sukarno. Indonesia [...] estaba a punto de convertirse en otro Estado comunista expansionista, lo que habría amenazado gravemente la

retaguardia del conjunto de la posición de Occidente en el sudeste asiático continental. Ahora [...] se ha revertido drásticamente esa tendencia.»[17] Los soviéticos se lamían las heridas, pero culpaban del desastre a Sukarno y al PKI. Los chinos, desde su punto de vista maoísta provinciano, se mostraban impertérritos. «Creo que sería bueno que derrocaran a Sukarno –dijo el ministro de Asuntos Exteriores, Chen Yi–. Sukarno podría mediar entre la derecha y la izquierda. Pero el futuro de Indonesia depende de la lucha armada del PKI. Eso es lo más importante.»[18] Las fantasías de Chen Yi se disiparon muy pronto. El Partido Comunista más poderoso fuera de la Unión Soviética fue aplastado para siempre, e Indonesia inició un periodo de Gobierno dictatorial de derechas que duró treinta años.

El derrocamiento de tantos líderes del Tercer Mundo a mediados de los años sesenta trajo consigo una crisis para el movimiento en su conjunto. Es revelador que la conferencia afroasiática de Argel, prevista para el otoño de 1965 nunca llegó a celebrarse. El fiasco de la cancelación de la reunión fue, en palabras de uno de los delegados, «la lápida del mundo afroasiático».[19] Varios países del grupo afroasiático, como Egipto, Argelia, Siria, Irak e India empezaron a orientarse hacia la Unión Soviética, por lo menos en lo referente a la ayuda y a los modelos de desarrollo. Los cubanos y los yugoslavos, comunistas declarados, aunque de muy distinto cariz, también incrementaron su influencia. Otros países del Tercer Mundo empezaron a hacer más hincapié en sus propios intereses económicos, habitualmente relacionados con la exportación de recursos como el petróleo. Para los estadounidenses, los derrocamientos fueron un indudable motivo de alivio. Pero era preciso desarrollar aquellas victorias. «Al manifestar su satisfacción al secretario de Estado y otros por los golpes de Estado de Indonesia y Ghana –le aconsejaba Robert Komer al presidente Johnson–, deja usted claro que deberíamos aprovechar dichos éxitos lo más rápida y hábilmente posible.»[20]

El abandono de los ideales del Tercer Mundo en Asia y África endureció los planteamientos de Estados Unidos sobre Vietnam e Indochina. En

retrospectiva, es fácil advertir que la administración de Johnson sacó las conclusiones equivocadas del vuelco de mediados de los años sesenta. Los estadounidenses pensaron que su determinación en Vietnam había contribuido significativamente a las defecciones del radicalismo en otras partes del mundo, aunque ni siquiera la CIA encontraba pruebas de que fuera así. Resulta llamativa la falta de imaginación en la política estadounidense sobre Vietnam a partir de mediados de los sesenta. Ante la persistente inestabilidad en Vietnam del Sur, el secretario de Estado, Dean Rusk, concluía en abril de 1966 que «frente a las naciones amenazadas de Asia, debemos preguntarnos si un fracaso en Vietnam debido a unas dificultades políticas claramente visibles que no están bajo nuestro control sería menos grave que un fracaso sin ese factor»:

> La cuestión se reduce, como siempre, a si hay alguna línea sostenible de defensa en el sudeste asiático en caso de que caiga Vietnam del Sur. Aquí hemos de reconocer que el régimen anticomunista en Indonesia ha sido una «tregua» sensacional para nosotros. [...] Pero durante uno o dos años a partir de ahora, cualquier posibilidad de conservar el resto del sudeste asiático gira en torno a los mismos factores que evaluábamos hace un año, a saber, si a Tailandia y a Laos, en primera instancia, y a Malasia, Singapur y Birmania, a continuación, les quedaría –a la vista de un fracaso de Estados Unidos, por la razón que sea, en Vietnam– alguna voluntad significativa de resistirse a las presiones que probablemente ejercerían los comunistas chinos en ese supuesto. [...] Sería sencillamente imposible defender Tailandia en esas circunstancias, y el resto del sudeste asiático probablemente le seguiría a su debido tiempo. En otras palabras, lo que está en juego desde el punto de vista estratégico en el sudeste asiático permanece básicamente inalterado por la naturaleza política de las causas de un fracaso en Vietnam. Y lo mismo cabría decir casi con seguridad de las ondas de choque que surgirían contra otras naciones libres –Corea, Taiwán, Japón y Filipinas– en el contexto más amplio de Asia oriental.[21]

Por consiguiente, Estados Unidos siguió combatiendo en Vietnam, aunque la victoria parecía esquiva. Por consejo del Pentágono, la administración de Johnson volcaba más personal y más recursos en el país, construía aeropuertos y puertos de aguas profundas, bases y hospitales, y además prestaba ayuda civil al Gobierno sudvietnamita, que parecía cada vez más propenso a las luchas internas y menos capaz de defenderse. Estados Unidos amplió su campaña de bombardeos, con el empleo de

bombarderos B-52 contra objetivos en territorio norvietnamita. Su estrategia –si puede denominarse así– consistía en desplegar las tropas estadounidenses en el perímetro de las defensas sudvietnamitas para que infligieran el máximo daño a las unidades del FLN y del Ejército norvietnamita. Y a partir de ahí el Ejército sudvietnamita podría encargarse de los combatientes del FLN dentro de las zonas centrales de Vietnam del Sur. A medida que aumentaran las bajas comunistas, rezaba la teoría, se llegaría a un punto en que a Hanói no le quedaría otra opción que sentarse a la mesa de negociaciones en los términos que dictara Estados Unidos.

Ninguno de los elementos de aquella estrategia dio resultado. Las tropas estadounidenses, a las órdenes del general William Westmoreland, infligían enormes daños a las fuerzas comunistas. Durante la guerra murieron 800.000 soldados norvietnamitas y del FLN, frente a un total de 58.000 soldados estadounidenses. Pero las victorias estadounidenses en el campo de batalla no se traducían en la conservación del territorio. En cuanto los estadounidenses avanzaban, las unidades comunistas volvían a la zona. Había áreas enteras que estaban en manos sudvietnamitas y estadounidenses durante el día, y en manos del FLN por la noche. La lealtad de la población local al Gobierno de Saigón era dudosa en todo el país. Aunque la mayoría de los campesinos simplemente quería alejarse de los combates, un número sustancial de hombres y mujeres jóvenes se presentaban voluntarios para combatir en el bando comunista. Para superar sus problemas de control, los estadounidenses y los sudvietnamitas empezaron a trasladar a los campesinos a «aldeas estratégicas», donde –supuestamente– disfrutarían de mejores viviendas y educación. En realidad era para evitar que los campesinos entraran en contacto con el FLN. Pero los resultados de ese tipo de ingeniería social de tiempos de guerra a menudo eran lo contrario de lo esperado, dado que a los sudvietnamitas les molestaba que les sacaran de sus pueblos y sus granjas ancestrales.

Como en todos los conflictos de la Guerra Fría, la población civil sufrió enormemente. Aproximadamente 50.000 norvietnamitas murieron a consecuencia de los bombardeos estadounidenses. Estados Unidos lanzó más bombas contra el norte del país que contra Japón durante toda la

Segunda Guerra Mundial. Más de 200.000 personas murieron a raíz de las campañas políticas comunistas, en el norte y en el sur. Cientos de miles de personas se convirtieron en refugiados en su propio país, y decenas de miles resultaron heridas a consecuencia de los bombardeos estadounidenses con napalm o del uso del «agente naranja». La guerra de Vietnam fue una de las manifestaciones más trágicas de la Guerra Fría, que se libró, o eso parece ahora, con una enorme cifra de víctimas mortales y en vano.

Una de las principales razones de que la estrategia de Estados Unidos no diera resultado fue el apoyo que prestaron China y la Unión Soviética a Vietnam del Norte. Le Duan negoció sus alianzas con habilidad. Aunque Moscú y Beijing estuvieron enfrentadas durante toda la guerra de Estados Unidos en Vietnam, Hanói siguió recibiendo ayuda de ambos, incluso después de que China y la Unión Soviética estuvieran a punto de entrar en guerra entre ellas en 1969. Hanói lo logró en parte por el procedimiento de convertir el apoyo a Vietnam del Norte en la prueba de fuego de la dedicación internacional a la causa, y en parte enfrentando entre sí a las dos grandes potencias comunistas en términos de asistencia. Hasta 1965, la ayuda militar y civil de China a Vietnam del Norte había sido más sustancial que la que llegaba de la Unión Soviética. Además, Beijing y Hanói estaban mucho más próximas en lo político, dado que los dirigentes comunistas vietnamitas apoyaban las acusaciones de «revisionismo» y de «desviacionismo de derechas» que formulaban los chinos contra los soviéticos. Pero el radicalismo de la Revolución Cultural de Mao alteró la relación. A los norvietnamitas les molestaba que les estuvieran recordando constantemente cómo debían comportarse políticamente dentro del país y que debían evitar «insultar» a China mencionando a la vez la ayuda soviética y la china. La Guardia Roja formada por los asesores chinos convocaba mítines en Hanói y en Hai Phong para instar a los vietnamitas a condenar el revisionismo y a aprender del presidente Mao. Mientras tanto, los maoístas retenían los suministros militares soviéticos que llegaban a través de China. En Beijing, Mao seguía insistiendo en que él debía ser el juez de última instancia sobre cómo debían librar su guerra los vietnamitas. En una reunión con el primer ministro norvietnamita Pham Van Dong y con

el general Vo Nguyen Giap en 1967, Mao les dijo que «librar una guerra de desgaste es como almorzar: [lo mejor es] no dar bocados demasiado grandes. Al combatir contra las tropas estadounidenses, ustedes pueden dar un bocado del tamaño de un pelotón, de una compañía o de un batallón. Respecto a las tropas del régimen títere, pueden dar un bocado del tamaño de un regimiento. Eso significa que combatir es parecido a almorzar, hay que dar un bocado después de otro. Al fin y al cabo, combatir no es una empresa demasiado difícil. La forma de llevarla a cabo es parecida a la forma en que se come».[22]

No es de extrañar que a los dirigentes políticos de Hanói les quedara la sensación de que China estaba dispuesta a librar la guerra hasta el último vietnamita. Por consiguiente, recurrieron cada vez más a la Unión Soviética. Y los soviéticos estaban dispuestos a corresponderles. Veían una oportunidad de humillar a los estadounidenses y de dar un escarmiento a los chinos. La ayuda soviética a Vietnam del Norte aumentó drásticamente en 1967, tanto en lo militar como en lo civil.[23] Pero al mismo tiempo Moscú aconsejaba a Le Duan y a sus colegas que negociaran si surgía la oportunidad. El objetivo de los soviéticos era asegurarse de que a los estadounidenses les fuera mal en su guerra en Vietnam, al tiempo que mantenían el papel de Moscú como potencial facilitador de las conversaciones. Como es comprensible, los norvietnamitas tomaron la decisión de intentar conseguir victorias sustanciales y repentinas en el campo de batalla a fin de lograr una posición de fuerza en relación con sus patrocinadores y frente a los sudvietnamitas y a los estadounidenses. A juicio de Le Duan, esos avances serían importantes en caso de que se iniciaran unas negociaciones. Pero Le Duan también tenía esperanzas de un hundimiento del régimen sudvietnamita y de una victoria total.

La ofensiva del Tet, a cargo de los norvietnamitas y el FLN, comenzó en enero de 1968. Hanói ordenó un ataque militar arrollador y una sublevación general en el sur. Aunque nunca estuvo cerca de lograr sus máximos objetivos, la ofensiva hizo temblar la estructura del poder sudvietnamita y puso aún más en duda la eficacia del compromiso estadounidense con el régimen de Saigón. Las unidades comunistas atacaron a lo largo y ancho del

país, incluso en los barrios céntricos de la capital. Allí lograron entrar en la embajada de Estados Unidos, tomaron la principal emisora de radio, y combatieron en los alrededores del palacio presidencial. Aquellas operaciones, y otras acciones «espectaculares» por todo Vietnam del Sur, eran en realidad misiones suicidas, donde casi siempre los combatientes comunistas eran aniquilados al cabo de unas horas. Los refuerzos de unidades mayores nunca llegaron, y la sublevación general no se materializó. Pero los combates en Saigón y en otras ciudades se emitieron por televisión en Estados Unidos en horario de máxima audiencia, y algunos presentadores de informativos empezaron a cuestionar la eficacia de la guerra. Walter Cronkite, de la CBS, que acababa de regresar de Vietnam, le dijo a sus espectadores que «nos hemos sentido defraudados demasiadas veces por el optimismo de los dirigentes estadounidenses, tanto en Vietnam como en Washington, como para seguir teniendo fe en las ventajas que puedan llegar tras estas horas aciagas. [...] Porque ahora nos parece más indiscutible que nunca que la sangrienta experiencia de Vietnam acabará en tablas. [...] A este reportero le parece cada vez más claro que por consiguiente la única salida racional sería negociar, no como vencedores, sino como un pueblo honorable que mantuvo su promesa de defender la democracia y que lo hizo lo mejor que pudo».[24]

En la ofensiva del Tet murieron 1.500 soldados estadounidenses, y 7.000 resultaron heridos. Aunque probablemente los comunistas perdieron veinte veces más, en Estados Unidos y entre sus aliados empezó a cundir la sensación de que la guerra era imposible de ganar. Desde 1967 se sucedían las manifestaciones a gran escala contra la guerra por todo Estados Unidos, convocadas por las organizaciones estudiantiles o por grupos activistas independientes. Al coincidir con el aumento de la militancia del movimiento afroamericano, muchos estadounidenses empezaron a sentir que su país había perdido el rumbo y que estaba amenazado por el caos. Para la mayoría de los manifestantes, la resistencia contra la guerra de Vietnam y contra la opresión racial dentro del país eran una misma cosa. «Matarles... ¿para qué? Ellos nunca me han llamado *nigger*», le dijo Muhammad Alí, el boxeador campeón mundial de los pesos pesados, a los

que intentaban reclutarle.[25] Incluso Martin Luther King Jr., un dirigente moderado del movimiento de defensa de los derechos civiles, declaraba en abril de 1967 que «llega el momento en que el silencio equivale a una traición»:

> Para nosotros ese momento ha llegado por lo que respecta a Vietnam. [...] Hemos estado reclutando a los jóvenes negros damnificados por nuestra sociedad y enviándolos a 12.875 kilómetros de distancia para que garanticen unas libertades en el sudeste asiático de las que no gozaban en el sudoeste de Georgia ni en el barrio de East Harlem. [...] He intentado ofrecerles mi más profunda solidaridad al tiempo que he sostenido mi convicción de que el cambio social llega de forma más significativa a través de la acción no violenta. Pero ellos preguntaban, con toda la razón. «¿Y Vietnam qué?». Preguntaban si nuestra nación no estaba utilizando ingentes dosis de violencia para resolver sus problemas, para provocar los cambios que quería. Sus preguntas dieron en el blanco, y entonces supe que nunca podría volver a alzar mi voz contra la violencia de los oprimidos en los guetos sin antes hablar claramente al mayor proveedor de violencia que hay hoy en el mundo: mi propio Gobierno.[26]

La guerra de Vietnam destruyó la presidencia de Lyndon Johnson, y le llevó a decidir no presentarse a la reelección en 1968. En muchos aspectos, fue una tragedia: una administración que tenía tantas aspiraciones de una transformación interna de Estados Unidos, y que había conseguido tantas cosas, quedó destruida por una guerra en el extranjero que libró por ignorancia y por las convenciones de la Guerra Fría. Pero es posible que el planteamiento de Lyndon Johnson sobre el resto del mundo sea más coherente de lo que se le reconoce. Para él, igual que para Kennedy, las reformas dentro del país y la Guerra Fría iban de la mano. Estados Unidos no podía triunfar del todo con las primeras a menos que venciera en la segunda. La verdadera tragedia de Vietnam en Estados Unidos fue que se convirtió en el catalizador del fracaso en ambos conceptos. Johnson dejó a su país más desorientado respecto a lo que se podía lograr internamente, y con una mayor sensación de inseguridad respecto a cómo podía influir en los acontecimientos en el extranjero que a lo largo de todo el siglo XX.

La verdadera tragedia de la guerra de Vietnam es, por supuesto, la tragedia de Vietnam. Al igual que en el caso de Corea, Vietnam quedó arrasado por la Guerra Fría, tanto por la brutalidad del Partido Comunista

como por el fracaso de los planes de desarrollo, y por culpa de la ocupación y los bombardeos estadounidenses. La diferencia con Corea era que los comunistas vietnamitas tenían prácticamente el monopolio del activismo nacionalista, y que los dirigentes sudvietnamitas nunca fueron capaces de consolidar un Gobierno creíble por sí solos. ¿Las cosas podrían haber sido distintas si Vietnam del Sur hubiera tenido más tiempo para consolidarse? No hay pruebas de ello. Al contrario, Estados Unidos dedicó más dinero y esfuerzos a Vietnam que a cualquier otra intervención durante la Guerra Fría. Que no triunfara no fue por falta de compromiso. Fue probablemente porque Vietnam era el lugar equivocado para intervenir.

Al tiempo que la guerra avanzaba lentamente hacia una verdadera negociación, quedaba claro que la intervención estadounidense en el país había supuesto una drástica disminución del apoyo al papel de Estados Unidos a nivel mundial. Resulta irónico que justo en el momento en que gran parte de África y de Asia empezaban a apartarse del proyecto del Tercer Mundo, y en que los cubanos no lograban revolucionar América Latina, Estados Unidos se atascara en uno de los pocos conflictos en los que no fue capaz de vencer. Desde el punto de vista de la percepción, Estados Unidos pagó un alto precio por su insensatez. Muchos aliados europeos de Estados Unidos hicieron llamamientos al fin incondicional de los bombardeos estadounidenses contra Vietnam del Norte. El presidente francés, De Gaulle, con su petulancia característica tras los desastres de la propia Francia en Indochina, se refería a la guerra como la «resistencia nacional» vietnamita contra Estados Unidos, y a la escalada estadounidense como una «ilusión» que provocaba a China y a la Unión Soviética, una escalada que había sido «condenada por numerosos pueblos de Europa, de África, de América Latina, y que, a fin de cuentas, resulta cada vez más amenazadora para la paz mundial».[27]

En términos de la Guerra Fría a nivel mundial, la intervención de Estados Unidos en Indochina brindó la oportunidad a la Unión Soviética para reafirmarse como la alternativa universal al dominio estadounidense y a la explotación capitalista. Desde la sublevación húngara hasta las crisis del Muro de Berlín y el Congo, daba la impresión de que la Unión Soviética

se estaba quedando atrás. Ante el desafío del poderío estadounidense, y también de la insatisfacción en Europa oriental, la ruptura con China y la creación del Tercer Mundo, parecía que los soviéticos no estaban en sintonía con la forma en que estaba girando el mundo. Vietnam les dio una oportunidad para recobrar fuerza. Que esa reafirmación no dependiera tanto de sus propios avances como de los fracasos de los demás tiene menos relevancia en este punto del relato. Si pensamos en términos bipolares, como lo hacía mucha gente durante la Guerra Fría, viene a ser más o menos lo mismo. El retroceso de Estados Unidos se percibía como un avance de los soviéticos.

Aunque el énfasis en Vietnam no distrajo sustancialmente la atención de Estados Unidos sobre Europa, donde la OTAN seguía siendo fuerte a pesar de las objeciones de De Gaulle y de otros dirigentes, sí podría decirse que evitó que la administración de Johnson se implicara plenamente en otras crisis emergentes. Una de ellas fue el problema de los refugiados palestinos en Oriente Medio, donde la tensión volvía a aumentar. Johnson había incrementado la ayuda de Estados Unidos a Israel, un país al que consideraba una isla de estabilidad de corte occidental en una región caótica. Los israelíes recibían más ayuda civil así como un mayor acceso a equipos militares como bombarderos y carros de combate. Además, Johnson ignoraba deliberadamente el programa israelí de armamento nuclear. En 1965, el presidente le dijo a uno de sus ministros judíos, Abraham Ribicoff, lo mucho que le gustaba trabajar con los israelíes. «Ayer recibí un largo mensaje de [el primer ministro de Israel, Levi Eshkol –un mensaje bien largo– por mi cumpleaños. Realmente le he salvado la vida, y le he echado una mano con su material y sus cosas. Lo he hecho discretamente, y, a mi juicio, con bastante eficacia.»[28] Los palestinos simplemente no figuraban en la ecuación.

Otra omisión fueron los acontecimientos en el sur de África, donde los portugueses se aferraban a su desvencijado imperio, y surgían regímenes supremacistas blancos en Sudáfrica y en Rodesia. El sur de África era el último gran problema en materia de descolonización, y Johnson lo eludía lo mejor que podía. Aunque no cabe duda de su desagrado por el régimen de

apartheid sudafricano –al fin y al cabo, Johnson fue el mejor presidente en materia de derechos civiles de la historia de Estados Unidos–, pensaba que necesitaba tener de su parte tanto a los sudafricanos como a los portugueses en el contexto de la Guerra Fría. Robert Komer le expuso sucintamente a Johnson su dilema: la base de las Azores, que Estados Unidos tenía alquilada a Portugal, «hace difícil que seamos antiportugueses, mientras que la participación económica del Reino Unido en Rodesia y en Sudáfrica nos obliga a ser reacios a presionarles demasiado. [...] En la medida que podamos tener una mínima ventaja en esos asuntos, en vez de que nos arrastren de mala gana hacia lo inevitable, podemos mantener nuestros asuntos africanos en un estado razonablemente bueno».[29]

Pero los acontecimientos en el sur de África no esperaron a ese lento ritmo de cambio que estaba intentando establecer Estados Unidos para los asuntos de la descolonización y la igualdad racial. En 1968 los movimientos de liberación ya se habían alzado en armas contra los portugueses en Angola, Mozambique y Guinea-Bisáu. En Sudáfrica, el principal movimiento anti*apartheid,* el ANC, se había comprometido a una lucha armada contra el régimen de Pretoria. En vez de manifestar su solidaridad con los oprimidos, a la administración de Johnson lo que le preocupaba era la influencia soviética y china en los movimientos de liberación. Johnson pensaba que, al igual que los afroamericanos, los africanos tenían que estar agradecidos por lo que el presidente estaba intentando hacer por ellos. Mientras su presidencia se venía abajo por las protestas de los negros y los estudiantes dentro del país, sumadas a una guerra imposible de ganar en Vietnam, el presidente se lamentaba de su suerte. «Yo pedía muy poco a cambio –le dijo a sus asesores–. Tan solo un poco de agradecimiento. Un poco de reconocimiento. Nada más. Pero en cambio miren lo que me dan. Disturbios en 175 ciudades. Saqueos. Incendios. Tiroteos. Lo han echado todo a perder.»[30] Y mientras Johnson se preguntaba por qué ardían las ciudades de Estados Unidos, daba la impresión de que la Guerra Fría estaba a punto de dar un nuevo giro en el extranjero.

13

La Guerra Fría y América Latina

Después de la Revolución cubana, ningún otro acontecimiento situó más a América Latina en el contexto de la Guerra Fría que el golpe de Estado de 1973 en Chile. Al derrocar a su propio Gobierno democrático en nombre del anticomunismo, los oficiales chilenos llevaron el conflicto global a su país en una medida que pocos compatriotas suyos habrían considerado posible. Además, llevaron el terror y la violación masiva de los derechos humanos a un país que había conocido pocos crímenes de ese tipo a lo largo del siglo XX. Los simpatizantes del Gobierno elegido democráticamente fueron detenidos en campos de deportes y en salones de actos y después enviados a los campos de prisioneros sin ningún tipo de proceso legal. Muchos fueron torturados. «Las torturas se producían a diario –contaba una mujer que las sufrió–. Nos vendaban los ojos, nos ataban a una cama, y entonces empezaban. Nos administraban descargas eléctricas por todo el cuerpo, y después nos violaban.»[1] Al cabo de un siglo de paz, los chilenos fueron capaces de cometer terribles atrocidades entre ellos en nombre de la ideología.

En 1973 Sudamérica no era una recién llegada a la Guerra Fría. La hegemonía estadounidense en el continente se remonta a finales del siglo XIX, cuando Estados Unidos sustituyó gradualmente a Gran Bretaña como principal potencia en la región. Sin embargo, los orígenes de la Guerra Fría en América Latina no solo tienen que ver con los efectos de la supremacía estadounidense. También están relacionados con los conflictos de clase y

étnicos dentro de las repúblicas latinoamericanas y con el crecimiento del nacionalismo, del populismo y de la izquierda. Es posible que, en conjunto, las raíces de la Guerra Fría en América Latina se nutrieran de unos altos niveles de desigualdad y de opresión social. El mayor reto de la región ha consistido en superar las diferencias extremas en los niveles de ingresos y la inestabilidad política que genera ese tipo de desigualdades a largo plazo.

Lo que vino a añadir la Guerra Fría a esa mezcla de dominio y resistencia era la decidida obsesión de Estados Unidos con el comunismo, que pasó a ser implacable a partir de finales de los años cuarenta. Las sucesivas administraciones estadounidenses consideraban que el radicalismo latinoamericano y el comunismo de tipo soviético eran aliados naturales. Esa obsesión se volvió especialmente importante tras la Revolución cubana, pero era claramente visible desde mucho antes, por ejemplo en la intervención estadounidense en Guatemala en 1954. Llevó a Estados Unidos a aliarse con los regímenes militares de todo el continente. Dichos regímenes fueron la verdadera tragedia de la Guerra Fría en América Latina. Paralizaron el continente, incluso en los pocos casos en que su periodo de Gobierno coincidió con los avances económicos. Disuadieron a sus poblaciones de participar en la política y de identificarse con el Estado. Impidieron el progreso social que habría generado una clase media más incluyente. Aquellos regímenes no fueron buenos ni para sus países ni para las relaciones de Estados Unidos con ellos. Pero la Guerra Fría nublaba el juicio tanto de las élites latinoamericanas como del Gobierno de Estados Unidos, generando un sistema simbiótico de opresión del que ninguna de las dos partes se benefició a largo plazo.

El ascenso de la hegemonía estadounidense en América Latina fue un proceso mucho más lento de lo que piensa la mayoría de la gente. En una fecha tan tardía como 1939, los principales países europeos eran más importantes que Estados Unidos para el conjunto del comercio latinoamericano, a pesar de que la inversión estadounidense había aumentado sustancialmente durante el periodo de entreguerras. A principios

del siglo XX, tras la invasión de Cuba por Estados Unidos en 1898, la influencia estadounidense fue extendiéndose gradualmente desde el Caribe, México y América Central a los países de América del Sur. Pero fue la Segunda Guerra Mundial la que marcó el gran avance de la supremacía de Estados Unidos a lo largo y ancho de las Américas. Para entonces no solo la economía estadounidense era predominante respecto a la de todos sus socios latinoamericanos (el PIB per cápita de Argentina, que en 1900 ascendía a dos terceras partes del estadounidense, se había reducido a la mitad en 1950), sino que la guerra volvió a aislar al continente de su comercio con Europa, y Washington intentó consolidar su dominio político a fin de evitar cualquier influencia de las potencias del Eje, lideradas por Alemania, en las repúblicas americanas. Por consiguiente, la hegemonía plenamente desarrollada en las Américas coincidió en el tiempo con la Guerra Fría como sistema internacional, y debería entenderse a la luz de ese hecho.

Las administraciones estadounidenses de la posguerra tenían un temor especial a que el comunismo sedujera a los latinoamericanos y les apartara de los modelos de desarrollo inspirados en Estados Unidos. Según los puntos de vista generalizados en Estados Unidos, había que guiar a los latinoamericanos, igual que se hace con los niños, por el camino correcto en materia de política y de economía, y los estadounidenses eran los encargados de guiarles. En caso de que en Estados Unidos fracasara esa sensación de misión, los soviéticos y sus aliados podían hacer lo que habían intentado durante la Segunda Guerra Mundial: tentar a las repúblicas latinoamericanas, fácilmente excitables, para que tomaran una dirección que resultaría desastrosa para los intereses económicos y estratégicos de Estados Unidos y para los propios latinoamericanos. Al igual que en Europa, la facilidad con la que las imágenes estadounidenses de la subversión nazi se fundían con las descripciones igualmente aterradoras de la subversión comunista resulta llamativa en la formulación de las políticas y también en las suposiciones de la opinión pública de Estados Unidos. A partir de 1948, tanto el Departamento de Estado como la CIA estaban alerta ante cualquier influencia comunista en América Latina, pero hasta ese

momento, tal y como le informaban sinceramente al presidente Harry Truman, habían podido observar escasos indicios de ella.

Para los presidentes estadounidenses de la Guerra Fría, América Latina se encontraba en una zona especial donde el poder de Estados Unidos no podía tener rival, a fin de proteger sus objetivos básicos en materia de seguridad y de política mundial. De una forma muy parecida a lo que pensaban los rusos acerca de las zonas eslavas de Europa oriental, como una esfera con la que tenían unas relaciones especiales por razones étnicas y culturales, muchos dirigentes estadounidenses consideraban que había una relación especial entre su país y los países más al sur, no debido a su cultura, sino a la política. Los estados latinoamericanos eran repúblicas; al igual que su hermano mayor del norte, se habían liberado de las potencias europeas, e inicialmente prometían mucho. Pero, a juicio de Washington, en América Latina todas las promesas del republicanismo habían sido desaprovechadas por los latinoamericanos por culpa de su apatía, de sus caprichos y de su ineptitud moral. En América Latina, el buen Gobierno requería una fuerte dosis de paternalismo estadounidense si lo que se pretendía era que nadie la tentara a apartarse de ese cometido.

Sin embargo, la vocación de Estados Unidos como guía de los latinoamericanos hacia sus metas entraba en conflicto con los conceptos estadounidenses de raza y de imperio. A partir del siglo XIX, en Estados Unidos los blancos se preguntaban si los latinoamericanos eran capaces de copiar el modelo estadounidense de modernidad. ¿Podía la «raza» a la que pertenecían –un concepto que los estadounidenses originarios del norte de Europa situaban muy por debajo de ellos en la jerarquía étnica– impedir que los latinoamericanos alcanzaran alguna vez el orden y la prosperidad, incluso si se les guiaba hacia esos estándares? Y por añadidura: ¿la relación de Estados Unidos con América Latina era una relación donde podían ser válidas las fronteras normales para el comportamiento entre estados? ¿Podía considerarse a las «repúblicas» que a juicio de Estados Unidos no tenían ninguna de las virtudes fundacionales del buen Gobierno –la autonomía personal, el Derecho, los derechos de propiedad– como iguales a *la* república estadounidense? ¿Tenía Estados Unidos unas fronteras naturales,

y –de ser así– dónde terminaban dichas fronteras? En una fecha tan tardía como 1864 el secretario de Estado William Seward creía que «de aquí a cinco años, diez años, veinte años, México se abrirá tan alegremente a la inmigración estadounidense como ocurre actualmente con Montana e Idaho».[2] Durante el siglo XX, aunque los latinoamericanos tenían la esperanza de que Estados Unidos fuera socializándose gradualmente para comportarse más como un Estado normal en los asuntos internacionales, muchos estadounidenses seguían cuestionando la validez de las aspiraciones nacionales de sus vecinos.

Como si se tratara de una reacción consciente al menosprecio por parte de Estados Unidos, desde el siglo XIX en América Latina las agendas políticas han estado dominadas por el nacionalismo. De forma muy parecida a la mayoría del resto del mundo, los nacionalismos latinoamericanos han estado íntimamente relacionados con la aparición de la política de masas, y han sido manipulados por las élites a fin de fortalecer su control del poder. Los temas comunes de los distintos nacionalismos al sur del Río Grande han sido la resistencia a la presión extranjera, sobre todo la de Estados Unidos, y la fe en la autoridad nacional del poder militar. Además, sobre todo en Hispanoamérica, ha existido una fuerte sensación de unidad cultural, un panlatinoamericanismo de una gran fuerza, aunque teñido con las agendas nacionales específicas y la ubicación geográfica de sus activistas. Durante la primera mitad del siglo XX, los nacionalismos latinoamericanos fueron haciéndose cada vez más populistas, a menudo con unos componentes de derecha y de izquierda muy diferenciados, como ocurría en Europa más o menos en aquella misma época. Al tiempo que la influencia económica de Estados Unidos aumentaba drásticamente, algunos de los conflictos políticos internos de los países latinoamericanos alcanzaban su punto crítico.

Si uno considera que una parte sustancial de la Guerra Fría en América Latina era interna e ideológica, no cabe duda de que las décadas de 1920 y 1930 fueron la primera era de la Guerra Fría.[3] Al tiempo que los obreros se

organizaban y los campesinos sin tierra protestaban contra los privilegios y la opresión, para algunos de ellos la Revolución rusa era el ejemplo a seguir. En 1929 ya habían surgido pequeños partidos comunistas en quince países de la región. En algunos casos, como en Brasil, Chile, México o Guatemala, tenían una influencia mucho mayor que el número de sus militantes.[4]

Brasil se convirtió en un punto focal para la guerra de clases en Sudamérica. Allí, los jóvenes oficiales que se hicieron con el control de la importante ciudad de São Paulo en 1924 contaron con el apoyo de los intelectuales comunistas. Tras ser expulsados de la ciudad, los revolucionarios emprendieron una larga marcha por todo el país, que terminó en Bolivia en 1927. Luis Carlos Prestes, que estaba al mando de las tropas, posteriormente llegó a ser el presidente del Partido Comunista brasileño y una importante figura del Comintern. Pero, incluso allí donde consiguieron cierto apoyo local, frecuentemente ni los simpatizantes del comunismo internacional ni los frentes que intentaron establecer fueron capaces de competir con sus rivales políticos, que a menudo los reprimían cruelmente. Los principales líderes de la nueva política popular que surgió en América Latina en aquella época no eran comunistas sino populistas radicales, que se inspiraban tanto en la derecha radical europea como en la izquierda europea. Puede que Getúlio Vargas en Brasil, Juan Domingo Perón en Argentina y Lázaro Cárdenas en México colaboraran en ocasiones con los comunistas y otros sectores de la izquierda, pero su objetivo era fortalecer el Estado y su propio poder personal.

Sin embargo, al mismo tiempo que el populismo latinoamericano ganaba fuerza, también lo hacía el poder económico estadounidense en la región. Durante los años veinte y treinta –que a menudo se consideran una era aislacionista en los asuntos exteriores de Estados Unidos– la participación económica estadounidense en las repúblicas del sur aumentó drásticamente, con la importante ayuda del nuevo comercio a través del canal de Panamá, inaugurado en 1914. También aumentaron las inversiones estadounidenses, más que en cualquier otra región del mundo. Y asimismo se intensificaron los lazos políticos, aunque no todos ellos eran del agrado

de los nuevos nacionalistas radicales latinoamericanos. En un país tan distante como Chile, los estadounidenses intentaban utilizar su peso económico para fijar los precios de las materias primas o intervenir en las elecciones. En Centroamérica y el Caribe, Estados Unidos intervino militarmente nada menos que trece veces durante las tres primeras décadas del siglo. Sometidos a una gran presión interior, en 1928 México, Argentina y otros países latinoamericanos protestaron contra el intervencionismo estadounidense en la Conferencia Panamericana de La Habana. Antes de la conferencia, el diario argentino *La Prensa* afirmaba que el imperialismo estadounidense «se ha quitado la máscara y el pueblo libre lo rechazará. [...] Las órdenes de un Gobierno [ahora] se presentan como válidas para todos». Estados Unidos estaba intentando ser «el administrador mundial de justicia» y el «amo supremo a través del control económico [...] humillando la soberanía con una arrogancia indigna de las grandes naciones».[5]

A partir de 1933, la administración de Franklin D. Roosevelt intentó aplacar el enfado de las repúblicas del sur con su «política de buenos vecinos». Se lograron muchas cosas en materia de relaciones con los estados latinoamericanos. Al constatar que tenían, en la Casa Blanca, una administración más dispuesta a colaborar, o por lo menos más amable, las repúblicas del sur fueron más proclives a aceptar el aislamiento de los estados enemigos durante la Segunda Guerra Mundial. Nueve estados latinoamericanos declararon la guerra a Japón y a Alemania inmediatamente después del ataque a Pearl Harbor. Cuando terminó la guerra, otros once estados se habían sumado a Estados Unidos, aunque Argentina no lo hizo hasta marzo de 1945, y Chile el mes siguiente, cuando ya habían concluido los combates en Europa.

Para Estados Unidos, la principal preocupación durante la guerra fue México. Con una frontera de más de 3.000 kilómetros con Estados Unidos, una gran población inmigrante y un historial de oposición a la política exterior en la región, México destacaba como un país desde el que podían operar los agentes enemigos. México le había declarado la guerra a las potencias del Eje en mayo de 1942, pero el Gobierno de Estados Unidos seguía desconfiando de la orientación política de su vecino del sur. Y si

México parecía sospechoso, Argentina se antojaba verdaderamente alarmante: tras negarse en un principio a unirse al bando aliado, Argentina fue sometida a un embargo, y Washington rompió las relaciones diplomáticas en 1944. Además, la inestabilidad política en Buenos Aires alarmaba a los estadounidenses, sobre todo después de que Juan Perón fuera nombrado vicepresidente en las postrimerías de la guerra. El coronel Perón representaba exactamente la imagen que tenía Estados Unidos del agitador latinoamericano. Había participado en varios golpes de Estado militares, estaba creando organizaciones personalmente leales a él, y se sabía que había elogiado el fascismo y el nazismo europeos. En 1946, tras ser elegido presidente de Argentina, Perón permitió la entrada en el país de los fugitivos procedentes de la Europa nazi, lo que dio lugar a otra crisis diplomática con Washington.

La política de Estados Unidos hacia la Argentina de Perón marcó la pauta de sus políticas hacia los países latinoamericanos durante la Guerra Fría. Cuando la atención de Estados Unidos en materia de subversión en las repúblicas del sur pasó de los fascistas a los comunistas a finales de 1940, el enfoque siguió siendo más o menos el mismo. No se podía confiar en los latinoamericanos para que plantearan sus propias preferencias políticas, ni siquiera a través de las elecciones. Los subversivos nacionales y extranjeros esperaban entre bastidores para hacerse con el escenario político, utilizando a los populistas radicales como actuación de calentamiento. Por consiguiente, Estados Unidos debía estar en guardia contra cualquier cambio que permitiera a los comunistas acercarse al poder en cualquier república americana. Como observaba en 1950 George F. Kennan, el arquitecto de la política de contención estadounidense: «en esas actividades comunistas está implícito el posible derribo de [...] las relaciones [...] básicas para el papel que desempeña América Latina en nuestras políticas globales. [...] El peligro no consiste tanto en que [los comunistas] consigan un apoyo masivo como en su astuta infiltración en puestos clave, del Gobierno y de otras instituciones, desde los que sabotear las relaciones entre dichos países y Estados Unidos».[6]

La primera prueba de la atención que prestaba Estados Unidos a América Latina en un contexto de Guerra Fría se produjo en Guatemala en 1954, cuando la administración de Eisenhower intervino contra un régimen reformista radical elegido democráticamente que contaba con el apoyo del diminuto Partido Comunista guatemalteco. Encabezado por Jacobo Árbenz, un oficial de una familia adinerada, el Gobierno democrático intentó aplicar una reforma social y agraria muy necesaria en el que probablemente era el país más desigual de toda América Latina. En Guatemala, el 2,5 % de la población era propietario de más del 70 % de las tierras cultivables, y la mayoría de la población eran campesinos sin tierra. Desde finales del siglo XIX, las compañías estadounidenses, entre ellas la poderosa United Fruit Company, se habían enriquecido con la producción en Guatemala, gracias a sus buenas condiciones para el cultivo de fruta tropical y a sus bajos salarios. En 1952, el presidente Árbenz expropió las tierras no cultivadas –incluidas algunas que pertenecían a empresas estadounidenses– a cambio de una compensación que a los propietarios les parecía muy escasa. El Gobierno guatemalteco repartió las tierras expropiadas entre 100.000 familias campesinas sin tierra. Washington protestó, pero en vano.

No obstante, no fueron las quejas de los directivos de United Fruit, ni las noticias manipuladas que insertaba su departamento de relaciones públicas en los periódicos de Estados Unidos, lo que llevó al Gobierno estadounidense a intervenir. Fue el temor al comunismo. «En Guatemala –le dijo el presidente Eisenhower a una delegación del Congreso–, los rojos tienen el control y están intentado extender su influencia a San Salvador como primer paso de su contagio [...] a otros países sudamericanos.»[7] En la primavera de 1954 Eisenhower ya había dado luz verde a los preparativos para derrocar a Árbenz, y la CIA organizó una operación en la que también participaban militares contrarios al presidente guatemalteco y algunos sectores de la oposición civil. Estados Unidos organizó la instrucción de las tropas rebeldes, montó una emisora de radio de propaganda y –después de que el Gobierno guatemalteco intentara potenciar su capacidad militar con la compra de armas a Checoslovaquia, un país miembro del Bloque soviético– declaró un bloqueo contra Guatemala.

En junio de 1954, las tropas rebeldes adiestradas por Estados Unidos entraron en Guatemala con listas de izquierdistas señalados por la CIA para su «eliminación». Los cazas rebeldes, pilotados por estadounidenses, bombardeaban la capital. Al cabo de unas semanas de combates, Árbenz dimitió, sobre todo porque pensaba que era la única forma de evitar una invasión estadounidense a gran escala. Fue sustituido por una sucesión de juntas militares que contaban con la bendición de Estados Unidos. Los militares revocaron la mayor parte de las reformas sociales de Árbenz. Entre las décadas de 1960 y 1990, las desigualdades de Guatemala desencadenaron una serie de guerras civiles que devastaron el país. El derrocamiento del presidente Árbenz a manos de Estados Unidos había generado unos conflictos que ni los estadounidenses ni la derecha guatemalteca eran capaces de controlar. Desde su exilio en Cuba, el expresidente llegaba a la conclusión de que lo que había desencadenado la intervención era el anticomunismo de Estados Unidos, no la necesidad de proteger las inversiones estadounidenses. «Nos habrían derrocado aunque no cultiváramos bananas», se dice que comentó José Manuel Fortuny, íntimo amigo de Árbenz.[8]

No cabe duda de que Árbenz tenía razón sobre lo que desencadenó la intervención estadounidense. Dulles, el secretario de Estado, celebraba el derrocamiento del presidente guatemalteco como «el mayor éxito contra el comunismo de los últimos cinco años».[9] Pero la diplomacia estadounidense pagó un precio sustancial por su beligerancia con Guatemala. Incluso después de que se conociera la importación de las armas checoslovacas, a Washington le resultó muy difícil llamar al orden a sus aliados. Justino Jiménez de Aréchaga, ministro de Asuntos Exteriores uruguayo, elogiaba «la grandeza intangible del principio de no intervención», y censuraba a quienes se prodigaban en el «miedo histérico» o «utilizan la expresión "Guerra Fría" demasiado generosamente».[10] Guillermo Toriello, ministro de Asuntos Exteriores de Árbenz, «dijo muchas cosas que a los demás nos gustaría decir si nos atreviéramos», le decía un diplomático latinoamericano al *New York Times*.[11] Incluso el Gobierno británico de Winston Churchill puso objeciones: «Los estadounidenses se están complicando demasiado la

vida con este asunto, y están actuando de una forma que probablemente le llevará a perder la simpatía del mundo».[12] El presidente Eisenhower, exasperado, le decía a su equipo que «estaban siendo demasiado amables con los británicos», y ordenó al Departamento de Estado que «le dejara claro a los británicos que no tienen derecho a meter sus narices en un asunto que afecta enteramente a este hemisferio. [...] Vamos a darles una lección».[13]

La Unión Soviética no tuvo ningún papel en los acontecimientos de Guatemala; la distancia era demasiado grande, y Moscú consideraba a los comunistas guatemaltecos demasiado débiles como para hacerles mucho caso. Fue la intervención estadounidense lo que generó cierto interés de los soviéticos. Pero incluso después de Guatemala, la sensación general en Moscú era que no se podía hacer gran cosa para ayudar a los revolucionarios latinoamericanos, salvo incrementar algo el apoyo a los partidos comunistas locales. Al margen de Europa, la atención de los soviéticos estaba en Asia, donde –tras la estela de la Revolución china– se esperaba que se produjeran algunos de los grandes acontecimientos del futuro. En el marco de este cuadro general, los comunistas latinoamericanos tuvieron que arreglárselas solos. Contribuyeron a organizar el movimiento obrero de sus respectivos países, y a veces tuvieron un impacto sustancial dentro de él. Pero nunca estuvieron cerca de alcanzar el poder político ni de dirigir el curso general de los acontecimientos en ningún país.

La consolidación de la Revolución cubana lo cambió todo. A partir de 1959, en América Latina hubo un Gobierno revolucionario radical que operaba en colaboración con los comunistas locales. Y aunque el Partido Comunista cubano como tal desempeñó un papel muy limitado en la Guerra Civil –y enseguida se vio eclipsado por la organización revolucionaria del propio Fidel Castro, con la que se fusionó en 1961– los comunistas desempeñaron un papel crucial en el nuevo régimen desde el principio. Los soviéticos se convirtieron en el aliado más estrecho de Cuba, a pesar de unas diferencias políticas que sufrieron altibajos a lo largo de los años sesenta. Moscú, con el apoyo de casi todos los principales comunistas latinoamericanos, quería un planteamiento gradual para la revolución en

otros países de la región, y se mostraba escéptico frente al enfoque insurreccional guerrillero que representaban los cubanos. Además, entre los radicales sudamericanos, existía la sensación de que Cuba estaba en la periferia, tanto desde el punto de vista geográfico como desde el punto de vista histórico, de los principales acontecimientos del continente –está bastante claro que muchos izquierdistas de Argentina, Chile o Brasil, por lo menos para empezar, miraban por encima del hombro a los nuevos dirigentes de La Habana. Pero esos conflictos y esas dudas eran de una importancia menor en comparación con la gran noticia: por primera vez América Latina había asistido al triunfo de una revolución socialista, que –con la ayuda activa de la Unión Soviética– era capaz de defenderse frente a los ataques de Estados Unidos.

La Revolución cubana fue una fuente de inspiración para los radicales de otros países, pero no todos ellos pertenecían a partidos comunistas. En Venezuela, donde las elecciones libres de 1959 habían llevado al poder a una coalición reformista encabezada por el presidente Rómulo Betancourt, fueron las juventudes del propio partido del presidente las que se escindieron y formaron el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Los jóvenes marxistas-leninistas del MIR, que acusaban a Betancourt de transigir con Estados Unidos, con el Ejército y con la derecha, pusieron en marcha –con ayuda de Cuba– una insurrección armada contra él. El Partido Comunista se unió a la sublevación, pero esta fue rápidamente aplastada por el Ejército venezolano. Ambos partidos recurrieron al terrorismo urbano y a la lucha guerrillera en el campo. Entre sus tácticas figuraban atracar bancos, asesinar policías, incendiar edificios del Gobierno y secuestrar empresarios adinerados. Aunque al principio ambos partidos tenían cierto apoyo popular, con sus tácticas perdieron la partida política. Los sindicatos y las organizaciones campesinas hicieron campaña a favor de medidas más duras contra los rebeldes. El 92 % de los votantes acudió a las urnas en las elecciones de 1963, que los insurrectos intentaron sabotear. En 1967, la extrema izquierda venezolana ya había sido derrotada, y la insurgencia a menudo asociada a la experiencia cubana parecía una causa perdida entre la mayoría de los latinoamericanos.

No obstante, la preocupación de Estados Unidos por la posibilidad de que Cuba se replicara en otros países no conocía límites. La administración de Kennedy estaba obsesionada con la idea de una invasión comunista al sur de Estados Unidos. Pero también era mucho más consciente que sus predecesoras de que lo que había creado las condiciones en las que los movimientos políticos radicales podían operar con éxito eran la pobreza y la injusticia social. En abril de 1961, tan solo unas semanas antes de su ataque de la Bahía de Cochinos contra Cuba, el joven presidente estadounidense puso en marcha lo que él denominaba una Alianza para el Progreso entre su país y América Latina. El plan de Kennedy, un programa de diez puntos centrado en el desarrollo y la ayuda económica, que al mismo tiempo prometía defender a cualquier país cuya «independencia peligre», aspiraba a erradicar la pobreza en Latinoamérica en el plazo de diez años.

> Si tenemos éxito, si nuestro esfuerzo es lo bastante audaz y decidido, el final de esta década señalará el comienzo de una nueva era en la experiencia de América. El nivel de vida de todas las familias americanas irá en aumento, la educación básica estará al alcance de todos, el hambre será una experiencia olvidada, la necesidad de ayuda masiva desde el exterior será cosa del pasado, la mayoría de las naciones entrará en un periodo de crecimiento autosostenido, y, aunque seguirá quedando mucho por hacer, cada república americana será dueña de su propia revolución, de su propia esperanza y su propio progreso.[14]

A pesar de la elevada retórica del presidente, los objetivos de la Alianza para el Progreso eran demasiado amplios como para ser realistas. Las élites locales temían los efectos que podía tener la «revolución» de Kennedy en sus propios privilegios. Los radicales de izquierdas y de derechas consideraban que la alianza era el imperialismo estadounidense por otros medios. A la jerarquía de la Iglesia católica le preocupaba el declive moral y la desviación religiosa que dejaron tras de sí los voluntarios del Cuerpo de Paz y otros expertos estadounidenses. Y los métodos y las tecnologías que pretendía introducir Estados Unidos a menudo no eran adecuados para América Latina. Pero a pesar de todo, algunos programas de la alianza sí surtieron efecto, sobre todo porque contribuyeron a convencer a la emergente clase media latinoamericana de que las políticas estadounidenses

inspiradas en la Guerra Fría podían ser provechosas para ella. Los mejores programas de ese tipo –en materia de educación, sanidad, transporte y vivienda– también venían a mostrar un Estados Unidos más abierto, menos excluyente, dispuesto a colaborar con sus socios latinoamericanos en beneficio mutuo.

Sin embargo los aspectos positivos de la Alianza para el Progreso quedaron totalmente eclipsados por el empeño de Estados Unidos de apoyar a los regímenes militares antidemocráticos por toda la región. Desde el principio, la ayuda militar para resistir al comunismo fue una parte integrante del plan de la alianza. Bajo el mandato del sucesor de Kennedy, Lyndon Johnson, el aspecto contrainsurgente de la alianza a menudo llegó a prevalecer sobre los programas civiles. Influido por la extensión de la guerra en Vietnam, Johnson estaba obsesionado con la idea de evitar cualquier avance comunista en América Latina durante su mandato. El presidente era consciente de la desesperada situación social que instigaba a los jóvenes sudamericanos a sublevarse. Pero si la opción era entre otra «revolución castrista» y un dictador de derechas, a juicio de Johnson Estados Unidos debía preferir mil veces lo segundo.

Si algún país de Sudamérica parecía propenso a las perturbaciones por razones puramente sociales, ese país era Brasil. La desigualdad del país era la segunda más alta del mundo, algo menor que la de Sierra Leona.[15] Una pequeña minoría blanca tenía unos niveles de ingresos muy superiores a los de Europa o de Norteamérica. Mientras tanto, la inmensa mayoría –blancos y negros– vivía en la absoluta pobreza, ya fuera como jornaleros sin tierra en el campo o en los barrios de chabolas –las *favelas*– de las afueras de São Paulo o de Río de Janeiro, que crecían rápidamente. En la década de 1950, tras años de dictaduras y de gobiernos influidos por el Ejército, Brasil empezó a experimentar con la democracia. El presidente elegido en 1956, Juscelino Kubitschek, puso en marcha numerosos proyectos de desarrollo promovidos por el Estado, que dieron lugar a un fuerte crecimiento económico, pero también a un drástico aumento de la inflación. Sin embargo, Kubitschek y su sucesor no hicieron gran cosa para luchar contra la desigualdad social que parecía ser el origen de muchos problemas de

Brasil. En los comienzos de la Alianza para el Progreso, la administración de Kennedy a menudo comentó la necesidad de reformas sociales en Brasil.

Cuando João Goulart fue elegido presidente en 1961, sus medidas fueron mucho más allá de lo que había contemplado la administración de Kennedy. Desde el inicio de su presidencia, Goulart intentó abordar los problemas sociales de Brasil por el procedimiento de movilizar a las organizaciones obreras y de apoyar a los nuevos y militantes grupos de campesinos que se habían desarrollado en las áreas rurales durante la breve era democrática de Brasil. Su objetivo era contrarrestar las abundantes fuerzas conservadoras de la política brasileña, incluyendo algunas de su propio partido. Además quería conseguir más poder político para él –Goulart era un hombre impaciente, que tenía muchos motivos para estarlo. En materia de política exterior, el presidente brasileño aspiraba a una mayor independencia de Estados Unidos, pero recelaba tanto de Cuba como de la Unión Soviética. Goulart procedía de una familia terrateniente inmensamente rica del sur; quería reformas pero no una revolución, y mantuvo al Partido Comunista bajo un estricto control político. Sin embargo, su programa –que incluía una reforma agraria y la nacionalización de las empresas de servicios públicos– se topó con una resistencia cada vez mayor de la derecha. En marzo de 1964, en una manifestación masiva contra Goulart organizada por algunos miembros del clero católico, se leyó una proclama: «Esta nación que nos dio Dios [...] se enfrenta a un peligro extremo. [...] Algunos hombres de ambición ilimitada [...] se han infiltrado en nuestra nación [...] con los siervos del totalitarismo, ajenos a nosotros y que lo corroen todo. [...] ¡Madre de Dios, protégenos de la triste suerte y del sufrimiento de las mujeres martirizadas de Cuba, Polonia, Hungría y otras naciones esclavizadas!».[16]

La administración de Johnson instigó y apoyó un golpe de Estado militar contra Goulart ese mismo mes, al tiempo que las manifestaciones y contramanifestaciones alcanzaban su punto culminante por todo Brasil. «Creo que deberíamos tomar todas las medidas posibles, estar dispuestos a hacer todo lo que tengamos que hacer» a fin de apoyar a los golpistas, ordenó el presidente Johnson. «Esto sencillamente no lo podemos

tolerar.»[17] La campaña de miedo en contra de Goulart que Estados Unidos venía apoyando desde hacía varios meses contribuyó al rápido éxito del golpe. La crisis de la economía registrada durante los últimos dieciocho meses de su presidencia también ayudó a los jefes militares a derrocar a Goulart. La dictadura militar que se inauguró en 1964 iba a durar veinte años, durante los cuales se dio la espalda a los problemas más básicos de Brasil y se intensificó la Guerra Fría dentro del país.

Si Estados Unidos desempeñó un papel crucial para el mantenimiento en el poder de la dictadura brasileña, su papel en Bolivia fue aún más importante. En Bolivia, uno de los países más pobres de América Latina, gobernaba el general René Barrientos, que llegó al poder a través de un golpe de Estado en 1964 y fue elegido presidente dos años después. Barrientos era el tipo de general que gustaba a los estadounidenses, un modernizador joven y enérgico con un apoyo real entre la población, que quería hacer hincapié en la tecnología y en la reforma agraria en un intento de rehacer su país. Los asesores estadounidenses acudían en tropel a Bolivia. Pero el presidente boliviano se reservaba su opinión en lo político. Barrientos era un populista que se presentaba como un cristiano a ultranza, al tiempo que tenía docenas de hijos nacidos de sus relaciones extramatrimoniales; hablaba el quechua, y era amigo de los indios, aunque masacraba a los campesinos y a los mineros cuando se oponían a su Gobierno, y era piloto de la Fuerza Aérea, formado en Estados Unidos, y un modernizador que no tenía inconveniente en hacer uso de la retórica antiestadounidense cuando le resultaba políticamente conveniente. En 1967 había llegado a la cúspide de su poder –y recorría el país a bordo de un helicóptero que él mismo pilotaba, regalando balones de fútbol y radios, y estrechándole la mano a la gente.

Esa era la situación política en Bolivia cuando los cubanos decidieron hacer del país un caso que sentara jurisprudencia sobre su doctrina de la insurgencia. La operación estaba encabezada por el Che Guevara, que cada vez se sentía más inquieto en Cuba. El Che se consideraba un revolucionario internacionalista, vinculado tanto al panlatinoamericanismo como al internacionalismo comunista. A partir de 1966 el Che y los

servicios de inteligencia cubanos empezaron a preparar el apoyo a una insurrección armada en Bolivia. De una forma un tanto abrupta –y desoyendo el consejo del Partido Comunista boliviano– el Che decidió encabezar la insurgencia. Entró clandestinamente en una zona rural de Bolivia en octubre de 1966. Numerosos agentes llevaban meses preparando la situación desde allí. Al principio, los guerrilleros del Che se apuntaron algunas victorias contra los regulares del Ejército boliviano, y los insurgentes lograron el apoyo de algunos mineros militantes, gracias a la decisión del Partido Comunista boliviano de apoyar incondicionalmente la operación cubana. Pero por lo demás, desde el principio las cosas empezaron a irles mal a los guerrilleros. Muy pronto acabaron aislados en un par de zonas rurales, sin ser capaces de reclutar efectivos entre los campesinos bolivianos, y aislados de cualquier contacto con La Habana.

El enfrentamiento con los cubanos era una campaña que le venía muy bien a Barrientos. El presidente, que estaba convencido de que personificaba la «revolución» boliviana, como él denominaba su programa, iba a luchar contra los extranjeros y los invasores. También le agradaba el hecho de que mientras durara la insurgencia comunista, tenía motivos adicionales para pedir ayuda militar y económica a Estados Unidos. «La patria está en peligro –proclamaba Barrientos–. Una gigantesca conspiración comunista, planeada y financiada por el extremismo internacional, se ha aprovechado de la buena fe de algunos sectores de los trabajadores al intentar enfrentar al pueblo con las Fuerzas Armadas.»[18] En octubre de 1967, las fuerzas especiales de Barrientos capturaron al Che Guevara –hambriento y casi sin munición– y lo ejecutaron sumariamente. El Che le dijo a sus interrogadores, entre los que había agentes de la CIA, que su derrota se debía a «la eficaz organización del partido político de Barrientos [...] que se encargó de alertar al Ejército de nuestros movimientos».[19] El Che Guevara sobrevivió como icono revolucionario, aunque su derrota política en Bolivia fue otro enorme revés para quienes creían en las insurgencias de vanguardia como el camino a seguir para las revoluciones socialistas latinoamericanas. También fue un indicio de que el nacionalismo populista era un serio adversario del comunismo en todo el

continente. Sin embargo, René Barrientos no vivió mucho tiempo para poder saborear su victoria. En 1969 su helicóptero se estrelló en las montañas de Bolivia central, y murieron todos sus ocupantes.

La muerte del Che Guevara simbolizó el fracaso final del planteamiento revolucionario basado en los «focos»: la convicción de que un pequeño grupo de revolucionarios armados podían por sí solos crear un foco de descontento y encabezar una insurrección. Pero la gente sacó conclusiones muy distintas de aquel fracaso. En Chile, por ejemplo, los socialistas y los comunistas hacían hincapié en que solo era posible una vía pacífica a una sociedad socialista. El Gobierno de Estados Unidos consideraba que la derrota del Che significaba que su política de armar y apoyar a unos líderes locales fuertes estaba dando resultado. Quienes iban a derrotar a la izquierda eran los anticomunistas nacionalistas, no las intervenciones de Estados Unidos. Esa conclusión encajaba bien con una generación de dirigentes estadounidenses hastiada de intervenciones y de la guerra de Vietnam. También coincidía con lo que a juicio de algunos estadounidenses eran las conclusiones genéricas de mediados de los años sesenta, desde Ghana hasta Indonesia, donde los ejércitos locales habían derrocado a sus gobiernos de izquierdas, con el respaldo de Estados Unidos, pero con escaso apoyo directo por su parte. Mientras tanto, por medio de la retórica anticomunista, en 1965 se había justificado la intervención directa de Estados Unidos, coronada por el éxito, en la pequeña República Dominicana, pero igualmente podía considerarse una más de la serie de invasiones de ese tipo en el Caribe que se remontaban a mucho antes de la Guerra Fría. Washington consideraba que no era una operación que se pudiera replicar en el continente sudamericano.

Los pequeños grupos de la izquierda radical sacaron distintas conclusiones de la derrota del Che. Formaron nuevas organizaciones clandestinas que pretendían destruir el orden existente a través de la lucha armada, pero ahora a menudo en las ciudades, no en el campo. En Argentina, el país natal del Che, numerosos movimientos juveniles desafiaban al Gobierno, y algunos de ellos empezaron a emplear métodos de guerrilla urbana. Procedían de una amplia gama de orígenes ideológicos.

Algunos eran trotskistas o marxistas-leninistas. Otros se inspiraban en el nacionalismo o en el catolicismo radical. El más importante, Montoneros, era un movimiento peronista cuyos dirigentes a menudo habían surgido de la derecha nacionalista, pero que a finales de los años sesenta habían empezado a adoptar expresiones revolucionarias en su campaña para el regreso de su héroe de su exilio en España. A su líder, Mario Firmenich, le gustaba el eslogan «La patria socialista, sin yanquis ni marxistas».[20] Entre todos aquellos grupos y la represión cada vez más violenta por parte del Ejército, sometieron a Argentina a una época de terror.

Al principio Montoneros consiguió cierto apoyo público gracias a su espectacular secuestro y ejecución de Pedro Aramburu, antiguo dictador militar de Argentina, en 1970. Era un hombre muy odiado porque había derrocado a Perón en 1955. Pero cuando las guerrillas urbanas iniciaron una serie de asesinatos, secuestros, atentados con bomba y atracos a bancos, su apoyo se esfumó. Aun así, fueron capaces de reclutar el número suficiente de simpatizantes para llevar a cabo un flujo constante de terror, que llegó a ser de casi un atentado diario a principios de los años setenta.[21] Nadie estaba a salvo. Entre 1969 y 1975, los guerrilleros izquierdistas asesinaron a casi setecientas personas, entre oficiales del Ejército, industriales, sindicalistas, sacerdotes y diplomáticos extranjeros. El terror no amainó ni siquiera cuando Perón volvió a la presidencia en 1973. En 1975 Argentina ya parecía ingobernable, igual que el vecino Uruguay, donde el grupo guerrillero Tupamaros llevaba a cabo atentados similares.

No obstante, la primera parte del conflicto de la Guerra Fría en América Latina iba a alcanzar su punto crítico en Chile, al otro lado de la cordillera de los Andes. El país tenía una clase trabajadora fuerte, de la que una parte se había organizado en sindicatos desde los primeros años de entreguerras. Los partidos políticos de izquierdas, socialistas y comunistas, también contaban con un importante apoyo. En las elecciones de 1964, el candidato de su coalición, Salvador Allende, consiguió más del 38 % de los votos. Perdió frente al candidato del Partido Demócrata Cristiano, Eduardo Frei, cuya campaña fue fuertemente apoyada por la CIA. Pero aunque la administración de Johnson tenía mucho miedo de las consecuencias en caso

de que la izquierda ganara las elecciones, el democratacristiano Frei no era un defensor automático de los intereses estadounidenses. Como presidente, Frei puso en marcha muchas reformas importantes en el país, que Allende pudo desarrollar cuando –en unas elecciones muy reñidas–, ganó las elecciones presidenciales de 1970, a pesar de los intentos de la CIA por impedirlo.

El nuevo Gobierno era una alianza de socialistas y comunistas que aspiraban a superar el capitalismo en Chile. Aunque se inspiraba en la Revolución rusa, pretendía llevar a cabo una transición pacífica a un Estado socialista, a través del principio de legalidad, del desarrollo de las instituciones, las libertades políticas, la evitación de la violencia y la socialización de los medios de producción, como señalaba Allende en su primer discurso presidencial al Congreso.[22] Pero Chile era una sociedad muy conservadora, donde la vieja burguesía y la nueva clase media no tenían intención de consentir una transición al socialismo, pacífica o no. Las reformas del Gobierno de Allende fueron acogidas con protestas crecientes, que provocaron una división del pueblo chileno en dos bandos. Las organizaciones obreras y campesinas apoyaban las políticas de Allende en materia de nacionalizaciones y de reforma agraria, pero todos los grupos políticos ajenos a la izquierda, incluidos los democratacristianos, se oponían a ellas. La oposición afirmaba que el Gobierno «se ha ido empeñando en conquistar el poder total, con el evidente propósito de someter a todas las personas al más estricto control económico y político por parte del Estado y lograr de ese modo la instauración de un sistema totalitario».[23]

En Washington, la victoria de Allende en las elecciones de 1970 desencadenó lo más parecido al pánico. El presidente Nixon pensaba que Chile iba a convertirse en una segunda Cuba, con gravísimas consecuencias para América Latina y para la Guerra Fría en el resto del mundo. La distensión con Moscú no era óbice para ese punto de vista. Por el contrario, tanto Nixon como Kissinger estaban convencidos de que si se permitía el triunfo de Allende en Chile, era más improbable que los soviéticos colaboraran con Estados Unidos en otras partes del mundo. Posteriormente Nixon afirmaba que con la victoria de Allende en unas elecciones

democráticas, los soviéticos tenían un «sándwich rojo» entre La Habana y Santiago de Chile, que podía engullir a toda América Latina. Kissinger era, si acaso, aún más alarmista. La forma en la que Allende había conseguido su mandato le hacía aún más peligroso que Castro, afirmaba el asesor de seguridad nacional. Kissinger decía que Chile representaba un modelo «insidioso» que los demás comunistas del continente –o en realidad de Europa occidental– podían seguir a continuación.[24]

En 1973 ya estaba claro que el futuro de Chile dependía de si sus Fuerzas Armadas iban a seguir siendo fieles a la constitución. La derecha chilena y Estados Unidos presionaban a favor de un golpe de Estado militar. Washington había destinado considerables sumas de dinero a través de la CIA para crear las condiciones de un golpe militar, y había hecho todo lo posible por sabotear la economía chilena, para «hacer que grite la economía», como le dijo Nixon a Richard Helms, director de la CIA.[25] Tanto los soviéticos como los cubanos dudaban de las probabilidades de que sobreviviera el Gobierno de Allende, y los cubanos le aconsejaron que armara a la población contra la amenaza de un golpe de Estado. Por su parte, Brasil –el régimen militar de derechas más poderoso de Sudamérica– estaba suministrando información de inteligencia a un pequeño grupo de oficiales disidentes en Santiago, que empezaban a planear el derrocamiento de Allende por la fuerza. La CIA sabía que estaba en marcha un complot para un golpe de Estado, pero no participó directamente en él. La CIA no se enteró de la fecha fijada para la toma del poder hasta la víspera del día en que los conspiradores dieron el golpe de Estado.

El Gobierno de Allende fue derrocado en un golpe de Estado militar el 11 de septiembre de 1973 (razón por la cual el significado del «11-S» en América Latina y en Estados Unidos es muy distinto). Una de las razones por las que triunfaron los conspiradores fue que consiguieron el apoyo del general Augusto Pinochet, que acababa de ser nombrado comandante en jefe del Ejército por Allende. Pinochet traicionó tranquilamente a su presidente en cuanto se convenció de que el golpe de Estado tenía posibilidades de triunfar. El general estaba convencido de que Chile afrontaba una batalla existencial contra los comunistas extranjeros y los

subversivos del país, y se aseguró de que se empleara la máxima fuerza contra el Gobierno. El presidente Allende se suicidó cuando los soldados asaltaron el palacio presidencial. En Washington, la administración de Nixon dio un suspiro de alivio, y se ofreció para ayudar al nuevo régimen.

La dictadura de Pinochet en Chile duró diecisiete años. En un país con una amplia tradición democrática, la longevidad y la brutalidad de la dictadura fue un shock para la mayoría de la gente, incluso para algunos de los que habían apoyado el golpe de Estado. Más de 3.000 personas fueron asesinadas sin la mínima apariencia de legalidad o de un proceso. Más de 40.000 personas fueron detenidas, la mayoría durante los tres meses posteriores al golpe de Estado, y muchas de ellas fueron torturadas por los militares.[26] «Nos metían en una habitación y nos obligaban a estar de pie, con las manos en el cuello y sin hablar –cuenta un detenido–. Al que se movía o hablaba lo tiraban al suelo y le golpeaban con las culatas de los fusiles y le daban patadas. [...] [Entre los detenidos] había un profesor de literatura de la Universidad de Chile. También había un sacerdote católico, y otro, un hombre llamado Juan, muy conocido en los barrios obreros de Valparaíso, que después murió durante una sesión de tortura. [...] Se oían unos gritos de dolor increíbles, y nunca cesaban, ni de día ni de noche.»[27]

A finales de los años setenta los dictadores militares gobernaban en gran parte de América Latina. En 1973 los militares también habían tomado el poder en Uruguay. En Argentina derrocaron a la viuda de Juan Perón, Isabel, en 1976, y establecieron una dictadura militar bajo el mando del gris pero homicida general Jorge Videla. En total, quince de los veintiún principales estados de América Latina estaban gobernados por dictadores militares al final de la década. La mayoría de ellos utilizaron su poder para atacar a la izquierda. En Argentina, casi 10.000 personas fueron asesinadas por la junta militar en su «guerra sucia» entre 1976 y 1983. La inmensa mayoría de ellas no tenían nada que ver con las guerrillas que habían aterrorizado al país; eran sobre todo organizadores obreros, periodistas, líderes estudiantiles o activistas de los derechos humanos. Los dictadores militares repitieron esa misma pauta desde Uruguay hasta Guatemala. Su violencia fue mucho más mortífera que la de los grupos de izquierda que

habían desafiado el orden existente. Y los dictadores militares podían ejercer esa violencia porque sabían que Estados Unidos no iba a romper relaciones con ellos a pesar de sus abusos en materia de derechos humanos. Incluso un colectivo tan gravemente carente de talento como la junta militar argentina supo cómo encuadrar su terror en el contexto de la Guerra Fría. El general Orlando Agosti, que estaba al mando de la Fuerza Aérea argentina, estaba convencido de que él y sus oficiales habían ganado una guerra «dentro del territorio nacional, pero la agresión no es más que el tentáculo de un monstruo cuya cabeza y cuyo cuerpo están fuera del alcance de nuestras espadas. [...] El combate armado ha terminado, pero la confrontación mundial prosigue».[28]

La dictadura militar de Brasil, que se remontaba a 1964, siguió una trayectoria distinta. Al principio su terror contra la izquierda fue generalizado, con cientos de personas asesinadas y miles encarceladas, y en ocasiones torturadas. Algunos pequeños grupos de izquierdas respondían con ataques terroristas, por ejemplo con el secuestro de diplomáticos estadounidenses, europeos y japoneses. Pero a comienzos de los años setenta, una vez ganada la guerra contra la izquierda, y con la distensión imperante a nivel internacional, el Gobierno brasileño inició una política exterior más independiente, y puso en marcha un plan de desarrollo económico más centrado en el Estado. El país implementó, de la mano de João Reis Velloso, ministro de Planificación, una serie de planes para la sustitución de importaciones y el desarrollo nacional. Brasil era con diferencia el país más grande de América Latina. Los generales brasileños eran nacionalistas, y querían fortalecer el Estado y mejorar la posición internacional de su país. Se inspiraban en otros gobiernos del Tercer Mundo, de convicciones ideológicas muy diferentes, que consideraban crucial para el progreso de su país la planificación estatal, el control nacional de los recursos y un orden económico mundial más justo. Para gran irritación de Estados Unidos, Brasil no solo apoyaba las reivindicaciones del Tercer Mundo en Naciones Unidas, sino que bajo el mandato del presidente Ernesto Geisel –un anticomunista conservador de origen prusiano– reconoció al Gobierno marxista de Angola, que Estados

Unidos intentaba derrocar. Brasil quería ser visto como una potencia mundial, incluso fuera del mundo de habla portuguesa. Estados Unidos respondió no renovando su acuerdo de cooperación militar con el país en 1977.

Al margen de Cuba, la Unión Soviética fue más bien un espectador activo que un participante destacado en la Guerra Fría en América Latina. Subvencionaba a los partidos comunistas y a sus frentes y alianzas (incluida la Unidad Popular de Allende en Chile) con dinero y les ofrecía consejos (que a veces eran bien recibidos y a veces no). Mantenía sobre el terreno a sus agentes del KGB y del GRU incluso en los países latinoamericanos más pequeños. Sin embargo la tarea de aquellos agentes consistía más en informar a Moscú que en influir en los acontecimientos locales. «Lo principal –le aconsejaba Yuri Andrópov, presidente del KGB a sus agentes en Latinoamérica–, es seguir el pulso de los acontecimientos y obtener información polifacética y objetiva sobre la situación en el país, y sobre la correlación de fuerzas.»[29] Los soviéticos estaban dispuestos a intentar cambiar el rumbo de los acontecimientos y a aprovechar cualquier oportunidad que surgiera. Pero en realidad, debido a la distancia, a las prioridades y al relativo equilibrio de poder, Moscú fue una influencia limitada en América Latina durante la Guerra Fría.

Sin embargo, si bien la Unión Soviética desempeñó un papel limitado en Latinoamérica, también ocurría lo mismo, en un sentido diferente, con Estados Unidos. Por supuesto, el poderío de Estados Unidos era muy superior al de la Unión Soviética, y en el ámbito del Caribe y de América Central siempre cabía la posibilidad de una intervención militar estadounidense. En otras zonas del continente, la influencia económica de Estados Unidos era crucial, y Washington intentó reiteradamente utilizar la ampliación o la restricción de los créditos, de las inversiones o del comercio, como herramienta política. Ocasionalmente también intentó manipular los precios de las materias primas de las que dependían las economías latinoamericanas para conseguir ventajas políticas. Se encargaba de la instrucción de los oficiales y suministraba armas a los ejércitos latinoamericanos. La CIA sobornaba a los políticos y a los altos funcionarios

y dedicaba dinero a subvencionar las campañas electorales de los políticos favoritos de Estados Unidos. Pero ninguno de esos factores facultaba a Estados Unidos a establecer por sí solo la agenda de ningún país latinoamericano importante. El nacionalismo latinoamericano –incluido el de derechas– imposibilitaba una hegemonía tan absoluta. A diferencia de la presencia soviética en Europa –con la que se la compara a menudo– Estados Unidos no tenía aliados ideológicos sumisos en el poder en América Latina. Un Betancourt, un Barrientos, o incluso otras criaturas por lo demás despreciables, como un Videla o un Pinochet, no eran hombres de paja para Estados Unidos. Eran nacionalistas latinoamericanos, que se oponían a la izquierda por unos motivos que les eran propios.

México, con su larga frontera con Estados Unidos, es tal vez el mejor ejemplo. Después de la Segunda Guerra Mundial, México, gobernado desde 1929 por el Partido Revolucionario Institucional (PRI), era una mezcla de capitalismo y corporativismo, centrado en torno a los compromisos políticos entre la derecha y la izquierda del partido gobernante. Pero al mismo tiempo, las élites mexicanas empezaban a estar cada vez más preocupadas por la amenaza de un desafío de la izquierda al margen del sistema político. A pesar de su corrupción y su autoritarismo, el PRI estaba orgulloso de haber creado un Estado fuerte, un progreso económico sustancial, y defensas contra las presiones políticas y financieras de Estados Unidos. Su incapacidad de crear mayor igualdad social o una política más incluyente eran su talón de Aquiles. Cuando los movimientos estudiantiles y obreros empezaron a protestar a finales de los años sesenta, el régimen reaccionó con la represión de la disidencia. El Gobierno utilizó el Ejército contra los manifestantes, y hubo cientos de muertos. En uno de los principales barrios de viviendas sociales de Ciudad de México, Tlatelolco, el 2 de octubre de 1968 se produjo una masacre en la que murieron docenas de personas. El jefe de prensa del presidente Gustavo Díaz Ordaz afirmaba que los «disturbios» habían sido provocados por «agitadores comunistas internacionales [...] bajo la influencia de unos intereses extranjeros que todo el mundo debería conocer».[30] Con ayuda estadounidense, el PRI organizó unas milicias anticomunistas, que actuaban contra la «infiltración cubana»

en México. En 1960, en una manifestación, los asistentes corearon consignas contra el Che Guevara y vivas a Cristo Rey y a Díaz Ordaz.[31]

La Guerra Fría en América Latina fue más interna que externa. Se centró en los conflictos, crecientemente violentos, entre la izquierda y la derecha, y algunos sectores de ambas se hicieron cada vez más extremistas. Pero en América Latina derecha e izquierda son categorías complicadas. Dentro de la izquierda había provocadores sanguinarios del tipo Montoneros, y reformistas con principios como Salvador Allende. El cisma entre esas dos tendencias fue haciéndose cada vez más profundo en las últimas fases de la Guerra Fría. Pero la derecha también estaba profundamente dividida. Algunos luchaban simplemente para conservar su enorme tajada de dinero y de recursos. Otros estaban profundamente comprometidos ideológicamente con los conceptos de religión y nación. Algunos –sobre todo entre la pequeña clase media del Cono Sur– consideraban a Estados Unidos una fuente de inspiración directa en materia de política y de organización de la sociedad.

Como en tantos otros ámbitos, los años setenta fueron un punto de inflexión para esas tendencias políticas en América Latina. La aparición de las dictaduras militares no implicaba «unidad nacional», como a menudo proclamaban sus dirigentes, sino una ulterior fragmentación. En la izquierda había una creciente división entre quienes creían en la vía democrática y los que tenían una fe ciega en la violencia revolucionaria. A veces esas diferencias obedecían a historias o a contextos nacionales distintos: resultaba mucho más fácil creer en un retorno pacífico a la democracia, pongamos, en Uruguay, con sus muchas generaciones de Gobierno parlamentario, que en Nicaragua, a pesar de la brutalidad de los dirigentes militares de Montevideo.

Sin embargo, a menudo los cismas de la izquierda eran una cuestión de política o de ideología: quienes se inspiraban en Cuba o en el Che Guevara, o en las luchas de liberación de África o de Asia, frecuentemente optaban por la resistencia armada. Quienes se organizaban en los sindicatos o en el

seno de la Iglesia, y los militantes de los viejos partidos comunistas, en su mayoría preferían las actividades pacíficas. Mario Firmenich, que había sido el primero de su promoción en la Universidad de Buenos Aires, admiraba al Che Guevara (y a Juan Perón), y llegó a ser el líder del grupo guerrillero Montoneros. Luiz da Silva, más conocido como «Lula», que carecía de estudios, llegó a ser el presidente del Sindicato de Metalúrgicos en la ciudad de São Bernardo do Campo, sede de una fábrica de automóviles, y admiraba a Gandhi y a Dom Hélder Câmara, el arzobispo radical de Recife. Lula llegó a ser el primer presidente de izquierdas de Brasil. Firmenich acabó siendo profesor de teoría económica en España.[32]

Pero si la izquierda estaba dividida, la derecha también lo estaba. Las brutales dictaduras militares que dominaron América Latina durante los años setenta tenían pocas cosas en común en lo político, salvo su repugnancia por la izquierda y las referencias genéricas al «orden» y a la «civilización cristiana». Si bien todas ellas llevaron a cabo una represión sangrienta, tenían poca idea de cómo gobernar sus países en la práctica – algunos de ellos incluso pedían consejos a unos intelectuales que tenían mucho más en común con los planteamientos en que se inspiraba la izquierda en general. Y así fue como, por ejemplo, la dictadura militar brasileña acabó poniendo un gran énfasis en la planificación económica centralizada y en una política exterior un tanto tercermundista a mediados de los años setenta.

En tiempos de Pinochet, Chile tomó un rumbo muy distinto. En una muestra de fe, Chile vinculó su futuro económico a los economistas estadounidenses de la derecha radical que incluso muchos estadounidenses consideraban extremistas. Sus políticas dieron lugar al empobrecimiento de gran parte de la clase trabajadora y ayudaron al régimen a derrotar a las organizaciones sindicales. Pero en una época en que gran parte del mundo empezaba poco a poco a avanzar en la misma dirección neoliberal, los experimentos que realizaron los *Chicago Boys*, los economistas chilenos de la escuela de Chicago, colocaron a la economía chilena en una posición ventajosa. Sin embargo, para gran sorpresa del régimen, la nueva clase media que contribuyó a crear se volvió políticamente en su contra casi

desde el principio. A mediados de los años ochenta no eran solo la clase trabajadora y la izquierda las que detestaban a Pinochet; también le aborrecían muchos de los que se habían aprovechado de la privatización de la economía chilena, y que ahora consideraban al dictador y sus métodos violentos como una vergüenza arcaica para su país.

Estados Unidos contribuyó sustancialmente a la inestabilidad, a la incertidumbre y a la violencia que caracterizaron a América Latina durante la era de las dictaduras militares. Lo hizo debido a las prioridades de la Guerra Fría. Washington consideraba que la derrota de la izquierda latinoamericana era una derrota para Moscú, y estaba dispuesto a apoyar a las dictaduras militares que lograran esa victoria a pesar de la violencia con la que llevaron a cabo sus campañas. Y con ello también estaba dispuesto a ignorar sus intereses económicos más directos; la junta militar brasileña desarrolló industrias de titularidad estatal, practicó la sustitución de importaciones, y manipuló su moneda para conseguir ventajas frente al dólar estadounidense. Washington aceptaba todo aquello mientras siguiera considerando al Ejército brasileño un baluarte contra la influencia comunista en Brasil. Como tantas veces ocurrió a lo largo de la Guerra Fría, la lógica del conflicto se impuso tanto al interés propio como a la simple decencia humana.

14

La era de Brézhnev

A menudo mis alumnos protestan cuando denomino «la era de Brézhnev» al periodo que abarca los últimos años sesenta y la década de 1970. Argumentan que forzosamente tiene que existir alguna otra figura más significativa para ponerle nombre a una era. ¿No podría ser Johnson, Nixon o Kissinger? ¿O incluso, y acaso más apropiadamente, y sin duda con mayor aprobación, Willy Brandt, Betty Friedan o Julius Nyerere? Mis alumnos tendrían razón en la sustancia, pero se equivocarían en el ejemplo, como suele ocurrir con los estudiantes. Puede que Nixon o Brandt –de formas muy distintas– aportaran más. Pero fue Brézhnev quien simbolizó el espíritu de la época en el contexto de la Guerra Fría. En una época en la que las realidades sociales y económicas cambiaban muy deprisa, el dirigente soviético destacó por su negativa a adaptarse a las nuevas condiciones y por su obstinada defensa de la posición de su país en el sistema de la Guerra Fría. Cauto, reactivo, formalista y tecnocrático, Brézhnev es justamente el modelo de la fase intermedia de la Guerra Fría, una época en la que los dirigentes intentaban imponer orden en la incertidumbre.

Leonid Ilich Brézhnev nació en 1906 en una familia rusa de clase trabajadora de una mísera ciudad de Ucrania oriental. Tenía la edad suficiente como para recordar la existencia antes de la Revolución rusa, pero solo vagamente; había vivido toda su vida en la Unión Soviética. Fue el primer miembro de su familia que estudió en la universidad, donde se licenció como ingeniero. Se afilió a las Juventudes Comunistas a los diecisiete años e ingresó en el Partido Comunista a los veintitrés, en 1929. Brézhnev salió indemne de las purgas de Stalin –por pura suerte, como

admitiría más tarde– aunque muchos de sus amigos fueron detenidos. Durante la guerra prestó servicio como oficial político, primero en el Cáucaso y después en el frente de Ucrania. Cuando Alemania capituló, Brézhnev, que aún no había cumplido cuarenta años, había sido ascendido a general de división, después de que el 18.º Ejército, en el que prestó servicio, se abriera paso hasta Checoslovaquia occidental.

La Segunda Guerra Mundial fue la experiencia decisiva para Leonid Brézhnev, como lo fue para toda su generación en la Unión Soviética. Le enseñó la necesidad de organización, de disciplina y de implacabilidad. También le enseñó los horrores de la guerra. No cabe duda de que Brézhnev, aunque raramente vio el combate de cerca, llevó consigo durante el resto de su vida las imágenes de la devastación, unas imágenes que le hacían temer la guerra. «No quiero volver a infligirle algo así a mi pueblo», le dijo al presidente estadounidense Gerald Ford en 1974.[1] En la guerra, decía Brézhnev, «todo el mundo pierde».[2] Pero, aunque temía los estragos que podía provocar el combate armado, también creía en la misión mundial del comunismo y en la necesidad de defender los logros de la Unión Soviética, incluido su control sobre Europa oriental. «Cuando las fuerzas hostiles al socialismo intentan desviar hacia el capitalismo el desarrollo de algún país socialista, se convierte no solo en un problema del país implicado sino en un problema y una preocupación comunes para todos los países socialistas», le dijo a los polacos en su habitual estilo tosco.[3]

Brézhnev fue nombrado miembro de la cúpula dirigente soviética en 1956, como responsable de la industria de defensa. Había sido un protegido de Jruschov en Ucrania, y en 1960 este le nombró presidente del Presidium del Soviet Supremo, el equivalente a jefe del Estado. Jruschov pensaba que era una opción segura, debido al estilo discreto de Brézhnev y a su demostrada lealtad. Pero a medida que aumentaba el descontento con Jruschov como jefe del partido, cada vez más dirigentes veían a Brézhnev como un posible sucesor. En octubre de 1964 la mayoría de los dirigentes soviéticos se rebelaron contra Jruschov en lo que venía a ser un golpe de Estado palaciego. En aquella ocasión, el primer secretario no tuvo fuerzas para presentar batalla. «Os doy las gracias por la oportunidad que me

brindáis de jubilarme –le dijo a sus colegas–. Os pido que me redactéis una declaración apropiada, y yo la firmaré.»[4] Brézhnev fue nombrado nuevo secretario general del Partido Comunista. Jruschov se retiró a su dacha a las afueras de Moscú.

Era el primer traspaso de poderes pacífico de la historia de la Unión Soviética, un traspaso que iba a tener enormes implicaciones para el futuro, no solo por cómo se produjo, sino también por el significado que le atribuyeron los conspiradores. A Jruschov le acusaban sobre todo de ser una persona poco deliberante, precipitada, que menospreciaba a los demás dirigentes y actuaba por su cuenta. El voluble, omnipresente y prepotente Jruschov era simplemente demasiado para ellos. Querían un liderazgo más colectivo, con la organización del partido como institución clave. Las acusaciones contra Jruschov aludían a los errores que había cometido en cuestiones nacionales, pero en la documentación que se preparó también había referencias a asuntos exteriores. En ella se afirmaba que en 1961 Jruschov había dado «un ultimátum: o Berlín es una ciudad libre para tal fecha, o no nos detendrá ni siquiera la guerra. No sabemos qué pretendía hacer, porque no contamos con ningún estúpido que crea necesario luchar por una "ciudad libre de Berlín"». Jruschov, proseguía el documento, «quería asustar a los estadounidenses; sin embargo, ellos no se asustaron, y tuvimos que retirarnos, y sufrimos un golpe palpable contra la autoridad y el prestigio del país, de nuestras políticas, y de nuestras Fuerzas Armadas».[5]

Por consiguiente, el mandato de Brézhnev era bastante claro. Quienes habían contribuido a que Brézhnev llegara al poder aspiraban a un mayor énfasis en la planificación, en el aumento de la productividad y en el bienestar. Querían unos dirigentes que evitaran crisis innecesarias con Occidente, pero que también defendieran los avances de la Unión Soviética y del comunismo en todo el mundo. Brézhnev era el hombre ideal para ese cometido. Como dirigente, le gustaba consultar con los demás, aunque solo fuera para que se sumaran a unas decisiones ya tomadas. Tras el amenazador Stalin y el voluble Jruschov, Brézhnev era agradable y un buen camarada; se acordaba de los cumpleaños de sus colegas y de los nombres de sus esposas e hijos. Sus expresiones favoritas eran «normal desarrollo» y

«de acuerdo con el plan». Y resultaba fácil perdonarle al nuevo líder cierta vaguedad respecto al conjunto de los planes de reforma, siempre y cuando hiciera hincapié en la estabilidad y en el crecimiento año tras año de la economía soviética.

En contra de lo que a menudo se piensa, la economía soviética no fue una zona catastrófica durante el largo reinado de Leonid Brézhnev y de la cohorte de dirigentes que llegó al poder con él. Los datos apuntan a un crecimiento lento y limitado, pero sostenido, en el marco que aportaba el sistema de economía planificada. Las mejores estimaciones de que disponemos dicen que, en conjunto, la economía soviética creció un promedio de entre un 2,5 y un 3 % anual durante los años sesenta y setenta. Es un crecimiento menor que el de Estados Unidos y Europa occidental durante el mismo periodo, y considerablemente más bajo que el de las economías de Asia oriental, pero suficiente como para mantener a flote la economía y ofrecer un crecimiento real limitado, por lo menos en algunos sectores. Además, la economía planificada soviética supuso una expansión uniforme (aunque cada vez más lenta), a diferencia de las economías capitalistas, donde la irregularidad de un año para otro forma parte del sistema.

Sin embargo, el sistema soviético también llevaba incorporados algunos defectos intrínsecos. La imprecisión en la asignación centralizada de los recursos daba lugar a grandes niveles de derroche en la producción. Y la economía adolecía de una baja productividad persistente, que se hacía más visible a medida que crecía la economía y el capital se hacía más abundante respecto a la mano de obra. En los años setenta ya había quedado en evidencia la rentabilidad cada vez menor de la economía planificada, aunque los dirigentes soviéticos esperaban que las reformas selectivas pudieran reactivarla. Sin embargo, lo cierto es que resultaba difícil revertir la baja tasa de crecimiento. Es probable que el altísimo crecimiento de los primeros años de la Unión Soviética obedeciera a la explotación de unos recursos abundantes y a la simple recuperación del terreno perdido a raíz de los muchos años de guerras y turbulencias. Dado que la economía soviética estaba aislada de los mercados mundiales de tecnología, educación, capital

e inversión, resultaba extremadamente difícil generar un mayor crecimiento. Ese estancamiento relativo era un problema evidente, sobre todo para un país que afirmaba representar el futuro del mundo.

La dirección de la producción de la economía soviética se decidía casi enteramente en función de las prioridades políticas. Al igual que sus predecesores, el Gobierno de Brézhnev concedía prioridad a la industria pesada y a los equipos militares frente a las necesidades de los consumidores, aunque afirmara tener otras prioridades. Por consiguiente, aunque en conjunto la economía creció, a veces resultaba difícil encontrar bienes de consumo y determinados alimentos en las tiendas. Uno de los chistes favoritos decía: «Una mujer entra en una tienda de comida. "¿Tienen carne?" "No, no tenemos." "¿Y leche?" "Aquí solo despachamos carne. La tienda donde no tienen leche está en la acera de enfrente"».

En los años sesenta la gente esperaba que la situación fuera a mejor. En 1965, el nuevo primer ministro soviético, Alekséi Kosyguin, intentó aplicar unas reformas que pudieran racionalizar las asignaciones, mejorar el control de las fábricas sobre los métodos de trabajo y los excedentes, y recompensar a quienes trabajaban más. Pero ni siquiera las cuidadosas reformas de Kosyguin contaron con el pleno apoyo de sus colegas. Los responsables de la planificación central soviética no estaban dispuestos a cambiar de hábitos. Algunos pensaban que aquellas innovaciones podían poner en peligro sus cargos. A otros les preocupaba que la racionalización y los incentivos afectaran a la pureza ideológica. El resultado fue un sistema de planificación que no estaba a la altura de una economía cada vez más compleja. Y cuando algunos jefes recuperaron los métodos estalinistas de coerción, tampoco dieron resultado. En 1962, en Novocherkask, los obreros se rebelaron con el eslogan «Leche, carne y salarios más altos». Ocuparon la comisaría de policía y la sede del partido. El KGB logró restablecer el orden dejando un saldo de al menos treinta muertos. Las autoridades soviéticas no estaban dispuestas a que se repitieran los sucesos de Novocherkask en ningún otro lugar del país, y por consiguiente tuvieron cuidado de no exigirle demasiado a la clase obrera a la que afirmaban representar.

Aunque los problemas estructurales de la economía soviética eran claramente visibles a finales de los años sesenta, en conjunto tanto las condiciones de vida de sus ciudadanos como la fuerza militar del país parecían ir a mejor. En comparación con diez años atrás, por no hablar de la época de la guerra o del terror de Stalin, en tiempos de Brézhnev el ciudadano soviético corriente llevaba una vida de seguridad y abundancia, a pesar de las escaseces. Los bienes de consumo más caros –los coches, los frigoríficos, los televisores–, aunque seguían escaseando, a veces estaban a la venta. La mayoría de la gente ganaba lo que consideraba un salario aceptable y vivía en apartamentos decentes (una vez más, en comparación con otros tiempos). El Estado suministraba gratuitamente educación, atención sanitaria, vivienda e incluso vacaciones. La mayoría de las familias tenían acceso a guarderías gratuitas y a programas extraescolares. Había pleno empleo, un seguro de discapacidad gratuito y generoso, y una edad de jubilación muy temprana (cincuenta y cinco años para las mujeres y sesenta para los hombres) con el máximo de pensión del Estado. «Sentíamos que había una gran estabilidad y seguridad –decía un amigo mío que se crió en Kiev en los años sesenta–. Teníamos casi todo lo que necesitábamos. Nadie pasaba hambre. Y siempre esperábamos que el año siguiente fuera mejor que el anterior.»

En los años setenta el socialismo ya se había convertido en la nueva normalidad en la Unión Soviética, y había pocos indicios externos de oposición. Al igual que en Europa y en Norteamérica, a los jóvenes les irritaba la conformidad que les imponía el Estado. Pero la asombrosa falta de democracia o de garantías procesales en un país que se erigía en la envidia del mundo no parecía importarle a la mayoría de los soviéticos. Aunque la propaganda estaba por doquier, el régimen de Brézhnev era selectivo a la hora de emplear la represión. A veces se señalaba a los judíos como objeto de persecución, en parte debido al gran arraigo del antisemitismo, y en parte por una supuesta vinculación (casi siempre ficticia) con Israel, que para entonces se había convertido en un enemigo de la URSS. Se encarcelaba o se castigaba por otros métodos a los disidentes políticos, igual que a los sospechosos de nacionalismo o a los activistas

religiosos en las repúblicas de etnia no rusa. Pero, en conjunto, la Unión Soviética de Brézhnev parecía un país de una calma sorprendente, aunque un tanto apagada, sobre todo en comparación con el pasado de Rusia.

Europa oriental, bajo el dominio soviético, también parecía haber entrado en una nueva normalidad, aunque no era aquella a la que aspiraba la mayoría de su pueblo. Casi todo el mundo seguía viendo el control soviético y comunista como una imposición. Pero en toda la región la gente había aprendido a transigir con sus regímenes y a sacar el máximo partido de su situación. A eso les ayudó un crecimiento económico modesto pero apreciable. El nivel de vida iba en aumento por doquier. Aunque las economías de Europa oriental padecían las mismas escaseces de bienes de consumo que la economía soviética, en conjunto seguían teniendo un nivel de vida superior que más al este. Eso era especialmente válido en los países más avanzados del Bloque soviético, la República Democrática Alemana y Checoslovaquia, donde el salario mensual medio para los técnicos y los trabajadores cualificados era sustancialmente más alto que en la URSS. Incluso en Polonia, en 1964 los ingenieros ganaban de media un 15 % más que sus homólogos soviéticos.[6] A pesar de todo, la gente seguía esperando que las cosas mejoraran, tanto a nivel nacional como en términos económicos. Proliferaban los panfletos clandestinos y los libros prohibidos, a pesar de los intentos de los distintos regímenes por impedir su circulación y castigar a quienes los distribuían. Muchos europeos orientales seguían lamentando su triste suerte, pero lo hacían en un mundo que se había vuelto más previsible y cómodo que antes.

Aun así, el progreso social y económico en Europa oriental palidecía en comparación con lo que ocurría en Occidente. Desde los años cuarenta, Europa occidental y otros países de la zona capitalista (como por ejemplo Grecia y Turquía), habían experimentado una profunda transformación. En los años sesenta todos ellos ya habían pasado de ser mayoritariamente agrícolas y estar centrados en sus propias tradiciones y culturas, a ser cada vez más urbanos, industriales, abiertos al exterior y alfabetizados. Y ocurrió a raíz de un fuerte crecimiento económico, con una economía alemana que crecía un 5,5 % anual de media durante los años sesenta, una economía

francesa que crecía a un ritmo del 7 % y una economía italiana que lo hacía al asombroso ritmo del 8 %. Para muchos países los años sesenta fueron el periodo de crecimiento más intenso de su historia, una parte de lo que en Francia se denominaba *les trente glorieuses*, los treinta años gloriosos de boom económico de la posguerra.

En los países del núcleo de la economía de Europa occidental, el crecimiento económico dio lugar al pleno empleo y a mejores condiciones para los trabajadores, por lo menos en términos de poder adquisitivo. También se beneficiaron las regiones de la periferia, pero en términos diferentes: su beneficio consistió tanto en la exportación de mano de obra como en la industrialización local. Turquía, Grecia, Yugoslavia, el sur de Italia, España y Portugal enviaban trabajadores para contribuir a construir el milagro de Europa occidental. En torno a 1970, las remesas de los trabajadores en el extranjero suponían más del 50 % de los ingresos por exportaciones en Grecia, en Yugoslavia y en Portugal, y más del 90 % en Turquía. Lo que hacía posible aquellas migraciones eran las alianzas de la Guerra Fría; en Europa oriental, controlada por los soviéticos, no se vio nada parecido.

El pleno empleo vino acompañado de un papel significativo para los sindicatos, pero en la mayoría de los casos (con la excepción parcial de Gran Bretaña) era un papel menos militante que durante el periodo de entreguerras. La mayoría de los sindicatos, que negociaban desde una posición de fuerza, y con un nivel de vida para sus afiliados que en conjunto iba en aumento, se integraron de buena gana en los mecanismos de negociación colectiva del sistema capitalista, en vez de oponerse a ese sistema desde fuera. En esa transformación contaron con la gran ayuda de los estados del bienestar social que estaban desarrollando las élites políticas europeas. Gran parte del impulso para la reorganización del Estado se originaba en la experiencia de las guerras y la depresión. Pero también era un síntoma de que una parte sustancial de la izquierda y de la derecha europeas estaba dispuesta a atenerse a su compromiso con las nuevas modalidades de las redes de seguridad social a medida que las economías empezaban a crecer. De hecho, fue el resurgir económico de Europa

occidental lo que hizo posible la construcción de unos estados del bienestar avanzados. En 1970, todos los países de Europa occidental ya habían desarrollado sistemas de seguridad social para los enfermos y los ancianos; contaban con educación gratuita hasta la universidad, con una edad de jubilación garantizada y sus correspondientes prestaciones, y con una atención sanitaria gratuita o fuertemente subvencionada.

El Estado del bienestar de los años sesenta en Europa occidental fue posible únicamente gracias a la combinación del crecimiento demográfico, del beneplácito de Estados Unidos y de los temores a los fantasmas del pasado. Además, exigía un liderazgo político fuerte, y el intercambio de tecnología, productos e ideas a través de las fronteras. A lo largo y ancho de Europa occidental, los partidos socialdemócratas y democratacristianos aportaban el liderazgo necesario para crear un alto grado de consenso en torno a las prestaciones básicas del bienestar social, al tiempo que se preparaban para librar la Guerra Fría. Y los dirigentes de Estados Unidos, tan temerosos del pasado de Europa como los propios dirigentes de Europa occidental, no ponían obstáculos ni para la expansión del Estado ni para la de la integración europea que parecía acompañarla, aunque en el pasado ese tipo de medidas fueran ajenas a la forma de pensar de Estados Unidos. Por el contrario, muchos de los programas de bienestar social del presidente Johnson a mediados de los sesenta parecían un calco de los prototipos europeos.

Durante los años sesenta, el único desafío político a la nueva forma de capitalismo que se estaba creando en Europa occidental provino de los partidos comunistas francés e italiano. La otra posible oposición, las dictaduras de derechas de España y Portugal, habían capitulado hacía tiempo ante el consumismo y los planes de bienestar social –es muy difícil ser fascista si uno tiene que cuidar de un sistema de seguridad social complicado y negociado. Charles de Gaulle le ganó con facilidad la partida a los comunistas al asumir el papel de defensor tanto del nacionalismo como del colectivismo. Los comunistas tan solo llegaron a plantear un desafío electoral en Italia. En 1972 obtuvieron el 27 % de los votos. Y su

principal líder desde finales de los sesenta, el joven aristócrata sardo Enrico Berlinguer, era con toda probabilidad el político más popular del país.

Sin embargo, al tiempo que subsistía su popularidad entre la clase trabajadora, el Partido Comunista italiano (PCI) se estaba reorganizando desde dentro. Un nuevo grupo de dirigentes, encarnado por Berlinguer, creía que Italia debía encontrar su propio camino al socialismo, y que la Unión Soviética era –cada vez más– un estorbo, más que una ayuda en ese proceso. El programa del partido de 1966 hacía hincapié en la política electoral, en las reformas graduales, y en la alianza entre los comunistas, los socialistas y los católicos «progresistas». Aunque seguía comunicándose asiduamente con Moscú, y recibiendo un gran apoyo económico de la Unión Soviética, estaba claro que el PCI quería establecer sus propias prioridades, incluso en materia de política exterior, donde Berlinguer empezó a restar importancia a la oposición de su partido a la pertenencia de Italia a la OTAN.

La postura de los comunistas italianos tuvo una gran influencia en las ideas políticas entre los comunistas de otros países de Europa, al este y al oeste. El Partido Comunista de España en el exilio empezó a pensar en una transición pacífica desde la dictadura de Franco a una democracia pluralista. El Partido Comunista francés, que seguía siendo influyente en el movimiento comunista internacional, defendió la postura de los comunistas italianos cuando fue atacada por Moscú, aunque muchos dirigentes comunistas franceses consideraban que Berlinguer había ido demasiado lejos en sus críticas a las tradiciones comunistas. A pesar de todo, a finales de los años sesenta estaba claro que por lo menos algunos partidos comunistas de Europa occidental pensaban que tenían más cosas en común entre sí que cualquiera de ellos con la Unión Soviética, lo que dio pie al sobrenombre de «eurocomunismo» (un término del que ni los comunistas italianos, ni los franceses, ni los españoles dieron una definición concreta, pero del que les gustaba hacer alarde cuando les convenía para sus propósitos nacionales).

Además, algunos comunistas de Europa oriental empezaban a preguntarse qué le deparaba el futuro a sus respectivos partidos. En

Checoslovaquia, que contaba con una sólida tradición comunista muy anterior al golpe de Estado de 1948, los dirigentes más jóvenes del partido querían desarrollar un Estado comunista que estuviera más en línea con las prioridades del pueblo que en el pasado. Para empezar, contaban con el apoyo de la dirección de Brézhnev en Moscú, que consideraba a Antonín Novotný, el líder comunista checoslovaco, poco menos que una antigualla. En un principio, el nuevo jefe del partido que eligieron los reformistas en enero de 1968, con la bendición de Brézhnev, el comunista eslovaco Alexander Dubček, intentó gestionar las expectativas, y se concentró en las reformas económicas conforme a las directrices propuestas por Kosyguin en la Unión Soviética. Pero Dubček muy pronto se vio presionado para que permitiera un sistema político más abierto y una mayor libertad de expresión. Y, para sorpresa de todo el mundo, incluida la del propio Dubček, la mayoría del partido parecía estar de acuerdo con aquellas reivindicaciones.

En abril de 1968 Dubček puso en marcha lo que él denominaba el «programa de acción» del partido. Al tiempo que confirmaban el «papel de liderazgo» del Partido Comunista en el Estado y en la sociedad, los comunistas checoslovacos afirmaban que su país debía encontrar su propia vía al socialismo avanzado:

> La democracia debe aportar más espacio para la actividad de cada individuo, de cada colectivo, de cada eslabón de la gestión, tanto a los niveles inferiores como superiores, y también en el centro. La gente debe tener la oportunidad de pensar por su cuenta y de expresar sus opiniones. Debemos modificar radicalmente las prácticas que han convertido la iniciativa de la gente, y los comentarios críticos y las sugerencias desde abajo en palabras que caían en los proverbiales oídos sordos. Debemos asegurarnos de que las personas incompetentes [...] sean realmente sustituidas por quienes se esfuerzan en favor del socialismo, por quienes se preocupan por su futuro.[7]

Dubček y sus colegas aspiraban a una reforma gradual de la economía y del sistema político, y esperaban que la eliminación de la censura de prensa, que tuvo lugar durante la primavera, contribuyera a concederles el tiempo que necesitaban. Además, estaban convencidos de que la mayoría del

pueblo defendía el socialismo, aunque deseaba que se reformara. Pero la oleada de críticas contra el sistema político que muy pronto se desató en la prensa les sorprendió. Los soviéticos estaban horrorizados, sobre todo cuando algunos comentaristas checos y eslovacos argumentaron a favor de la retirada de su país del Pacto de Varsovia. A regañadientes, Moscú puso en marcha los preparativos para una posible acción militar contra los nuevos dirigentes de Praga.

Dubček, que había empezado a referirse a su programa de reformas como «el socialismo con rostro humano», estaba seguro de que podía mantener la situación bajo control. Pero los soviéticos, que debían de preguntarse si ellos representaban «el socialismo con rostro inhumano», no estaban tan seguros. Junto con los dirigentes de los demás países del Pacto de Varsovia, que estaban aterrados por la posibilidad de que la «Primavera de Praga» se extendiera a sus territorios, elaboraron un plan para derrocar a Dubček por la fuerza. En una reunión convocada apresuradamente en la frontera entre la URSS y Checoslovaquia a finales de julio, Brézhnev exigió que se pusiera fin a las «declaraciones antisoviéticas» en Praga y en Bratislava. Dubček y su delegación le prometieron que iban a cesar. Los checoslovacos intentaron convencer a los soviéticos de que «los acontecimientos de nuestro país no avanzan en una dirección que pudiera suponer la destrucción de las conquistas de la revolución, y menos aún se observa siquiera el mínimo alejamiento del bando socialista ni de los fundamentos del socialismo». Kosyguin comentó mordazmente que los checoslovacos parecían estar más preocupados por atraer a los turistas occidentales que por defender la frontera común del Pacto de Varsovia.[8] Tras su regreso a Moscú, en un principio los dirigentes soviéticos decidieron no tomar ulteriores medidas. Incluso después de hacer todos los preparativos, Brézhnev seguía esperando que no fuera necesaria una invasión a gran escala. Argumentaba que si se llevaba a cabo una acción de ese tipo, conllevaría unos elevados costes políticos.

A mediados de agosto los dirigentes soviéticos se sentían atrapados. Querían impedir la celebración de un congreso del Partido Comunista checoslovaco, previsto para septiembre, porque temían que pusiera en vigor

nuevas reformas progresistas. Brézhnev telefoneó a Dubček una última vez. Insistió en que el dirigente checoslovaco debía cerrar de inmediato los periódicos más abiertamente críticos y expulsar del partido a los disidentes. Dubček pidió más tiempo. Brézhnev le interrumpió.

> BRÉZHNEV: Sacha, no puedo estar de acuerdo con eso. A lo largo de los últimos dos o tres días, los periódicos que he mencionado han seguido publicando obstinadamente desvaríos difamatorios sobre la Unión Soviética y los demás países hermanos. Mis camaradas del Politburó insisten en que le planteemos urgentemente esta cuestión. [...] Esto es otro indicio de que usted nos está engañando, y yo no puedo considerarlo de otra forma, permítame que se lo diga con toda honestidad. Si usted ni siquiera es capaz de solucionar este asunto ahora, me parece que su Presidium en general ha perdido todo su poder.
>
> DUBČEK: No veo ningún engaño en ello. Estamos intentando cumplir con las obligaciones a las que nos comprometimos. Pero estamos llevándolas a cabo de la mejor manera posible en una situación que está cambiando radicalmente.
>
> BRÉZHNEV: Pero estoy seguro de que usted comprende que esa solución, esa forma de cumplir con las obligaciones [...] nos obligará a reevaluar toda la situación y a recurrir a medidas nuevas e independientes...[9]

Brézhnev y Dubček quedaron en hablar de nuevo. Por el contrario, la madrugada del 21 de agosto, las tropas de la Unión Soviética, Polonia, Hungría y Bulgaria invadieron Checoslovaquia y ocuparon las principales ciudades. Dubček, el presidente Ludvík Svoboda y otros miembros del Gobierno fueron detenidos y conducidos a Moscú, donde se les obligó a firmar un protocolo que autorizaba el estacionamiento de las tropas soviéticas y decretaba el cierre de varios periódicos, y el fin de las reformas más polémicas. Hubo alguna resistencia esporádica en las ciudades, con un saldo de setenta checoslovacos muertos. Unos 70.000 checoslovacos huyeron a Europa occidental cruzando la frontera. Después de mantenerle en el cargo como figura decorativa hasta que los soviéticos estuvieron convencidos de que Dubček había perdido su prestigio entre los checoslovacos que aborrecían la invasión, le enviaron a trabajar para el servicio de guardas forestales de Eslovaquia. Su sucesor, Gustáv Husák, elegido a dedo por Moscú, convirtió a Checoslovaquia en el régimen más represivo del Bloque soviético.

La reacción internacional a la invasión soviética de Checoslovaquia vino a demostrar que a finales de los años sesenta el mundo avanzaba en una nueva dirección. A diferencia de las repercusiones de los acontecimientos de 1956 en Hungría, la reacción de Estados Unidos fue apagada, casi indiferente. Cuando el embajador soviético Dobrynin fue a la Casa Blanca a ver al presidente Johnson para informarle de la invasión, Johnson –consumido por la guerra de Vietnam– apenas lo comentó, y le ofreció al atónito embajador un julepe de menta. La reacción más importante vino de los europeos occidentales corrientes, que salieron multitudinariamente a las calles para protestar contra la invasión. Incluso la mayoría de los partidos comunistas de Occidente condenaron la acción soviética, y el PCI la calificó públicamente de «injustificada» y destacó su «fuerte discrepancia».[10] Para espanto de Brézhnev, Rumanía, un país miembro del Pacto de Varsovia, también discrepó, y su hombre fuerte, Nicolae Ceaușescu, calificó la invasión de «grave error y una seria amenaza para la paz en Europa y para el destino del socialismo mundial».[11]

Mientras los soviéticos se esforzaban por mantener unido su bloque, la influencia de Estados Unidos en Europa occidental seguía siendo sólida, aunque a veces su paciencia se veía sometida a duras pruebas. Se veía a Estados Unidos como el garante de la seguridad europea contra la Unión Soviética, y en Europa había un fuerte apoyo a la presencia militar estadounidense. Pero los europeos occidentales, y sobre todo los jóvenes, también buscaban inspiración de Estados Unidos en materia de tendencias sociales, moda, música, baile y cine. Obviamente, las agencias de propaganda estadounidenses, como la Agencia de Información de los Estados Unidos (USIA), intentaban fortalecer aún más esos sesgos. Pero lo cierto era que no hacía falta, y a veces, cuando lo intentaban, su torpeza les perjudicaba en vez de beneficiarles. Mucho más importantes que la USIA eran los programas estadounidenses de la televisión comercial, que a mediados de los años sesenta estaban a disposición de la mayoría de los europeos. En los años cincuenta, como ya se ha comentado antes, Elvis Presley y Marlon Brando se habían convertido en figuras de culto en Europa, en parte debido a su rebeldía. Y cuando la música rock conquistó el

mundo en los años sesenta, la mayoría de sus puntos de referencia eran estadounidenses, incluso en el caso de los artistas que eran profundamente anti*establishment*. Un Bob Dylan o un Jimi Hendrix estaban en contra de la mayoría de las cosas que defendía el Gobierno de Estados Unidos, pero para los jóvenes europeos de los años sesenta, ambos abrían una ventana a un país del que los extranjeros querían formar parte, culturalmente, cuando no políticamente.

La guerra de Vietnam de Lyndon Johnson hizo mella en esa imagen, pero no la destruyó. Los europeos occidentales de más edad, por lo menos al principio, simpatizaron con el esfuerzo de Estados Unidos en Indochina, porque lo equiparaban a lo que hicieron los estadounidenses en Europa después de la Segunda Guerra Mundial. Pero los europeos más jóvenes discrepaban cada vez más, sobre todo los estudiantes universitarios, que empezaron a organizar protestas, en parte inspiradas por sus homólogos estadounidenses. A juicio de mucha gente, lo radicalmente injusto de la guerra de Estados Unidos en Vietnam era que un país rico estaba machacando a un país pobre. Pero algunos estudiantes consideraban que la conducta de Estados Unidos en Indochina formaba parte del imperialismo estadounidense, del que, a su juicio, Europa también había sido víctima. Por consiguiente las protestas en Europa contra la guerra de Vietnam eran, por lo menos en parte, una protesta contra lo que a juicio de algunos era una influencia abrumadora de Estados Unidos en sus respectivos países, una forma de tutela que no podía causar más que resentimiento.

Sin embargo, las protestas que se extendían entre los jóvenes de Occidente durante los años sesenta no solo tenían que ver con lo que se consideraba una guerra injusta en Vietnam. También surgían de una sensación de impotencia y de falta de democracia real en sus propias sociedades. Debido al boom de la natalidad de la posguerra, había muchos más jóvenes, y un porcentaje mucho mayor de ellos iba a la universidad, una afluencia que ni las universidades europeas ni las estadounidenses estaban preparadas para manejar. Muy a menudo, unas protestas que inicialmente se centraban en las formas arcaicas del saber y de la forma de Gobierno en las universidades se ampliaban hasta convertirse en protestas

contra la opresión ejercida por la sociedad y el Estado contra los jóvenes. Y poco a poco, por lo menos una parte de los jóvenes manifestantes empezaron a ver la correlación entre los sueños incumplidos de igualdad y su propia representación y la de otros grupos marginados: las minorías étnicas (en especial los afroamericanos en Estados Unidos) y, sobre todo, las mujeres. Puede que el mundo capitalista estuviera aportando crecimiento económico, rezaba el argumento de aquellos jóvenes, pero no democracia ni igualdad reales. El Manifiesto de Port Huron, presentado por la organización estadounidense SDS (Estudiantes por una Sociedad Democrática) en 1962, resumía bien sus acusaciones:

> Algunos quieren que creamos que los estadounidenses sienten satisfacción en medio de la prosperidad –pero ¿no sería mejor considerarlo una pátina que recubre una inquietud profunda sobre su papel en el nuevo mundo? [...] La búsqueda de alternativas verdaderamente democráticas al presente, y el compromiso con la experimentación social con ellas, es una empresa humana digna y satisfactoria, una empresa que nos anima. [...] Sobre esa base ofrecemos [...] un esfuerzo para comprender y modificar las condiciones de la humanidad de finales del siglo XX, un esfuerzo arraigado en la antigua y aún incumplida concepción de que el ser humano llegue a tener una influencia determinante sobre las circunstancias de su existencia.[12]

Aunque en todos los países de Europa occidental se produjeron protestas juveniles durante los años sesenta, en 1968 París se convirtió rápidamente en el símbolo de lo que los estudiantes y los jóvenes eran capaces (e incapaces) de lograr. Durante la primavera, aquellos estudiantes empezaron a protestar contra las condiciones en las universidades, y poco a poco también contra el consumismo, el patriarcado y una falta general de democracia. La brutalidad policial contra los manifestantes sacó todavía a más gente a las calles. «¡Ser libre en 1968 significa participar!», decía uno de los eslóganes. «¡Tu jefe te necesita, tú a él no!» «¡La imaginación al poder!» Y el inimitable «¡Sé realista, exige lo imposible!». A finales de mayo ya se habían sumado a la huelga también millones de obreros, en contra de las recomendaciones de sus sindicatos, para exigir más influencia en el lugar de trabajo y mejores salarios. El presidente De Gaulle fue presa

del pánico y se refugió entre las fuerzas francesas estacionadas en Alemania, que esperaba que le fueran leales. Parecía que el poder estaba en las calles; a algunos les parecía una Revolución francesa clásica.

Pero no lo era. Cuando se celebraron nuevas elecciones en el mes de junio, De Gaulle obtuvo una victoria decisiva. Los comunistas franceses, que habían intentado sumarse al movimiento juvenil a pesar de que habían sido objeto de sus ataques políticos, perdieron la mitad de sus escaños. Para la mayoría de los franceses que habían vivido unos profundos cambios sociales y económicos desde 1945, las protestas les habían dado la posibilidad de manifestarse en contra de unas condiciones que les parecían opresivas, aburridas o simplemente incomprensibles. Pero en las urnas confirmaron su fe en el orden existente, igual que lo hacían indirectamente muchos de los que participaban en las algaradas callejeras cuando se ponían sus pantalones vaqueros Levi's o lanzaban contra la policía sus botellas de Coca-Cola.

Es muy posible que el verdadero perdedor de Mayo del 68 fuera el Partido Comunista. A los jóvenes les parecía anticuado, tímido y cada vez más desconectado de la realidad. Por el contrario, algunos de los manifestantes de mayo en París, junto con sus simpatizantes de otros lugares, defendían una Nueva Izquierda, en la que el marxismo se veía como un instrumento de liberación tanto personal como social. Los héroes de su imaginación eran Lev Trotski y el Che Guevara (ambos bien muertos en 1968), o asombrosamente, Mao Zedong, pues equiparaban su Revolución Cultural a su propia rebelión contra las autoridades en su país. Los símbolos y las ideas del Tercer Mundo gozaron de una vida después de la muerte, sobre todo entre los jóvenes burgueses de Europa occidental, donde muy pronto pasaron a verse como una parte representativa de una rebelión global, en la que algunos jóvenes europeos también reclamaban su papel. Mientras que la menguante clase obrera seguía siendo mayoritariamente receptiva a los partidos comunistas al viejo estilo en Francia y en Italia, o a los socialdemócratas en la República Federal de Alemania o en Escandinavia, los jóvenes rebeldes formaban por su cuenta pequeños partidos maoístas o trotskistas. Mientras duró la Guerra Fría,

ninguno de aquellos partidos radicales –por ejemplo el trotskista Lutte Ouvrière en Francia, o el Partido Comunista Maoísta en los Países Bajos (marxista-leninista), y el Partido Comunista de los Trabajadores (marxista-leninista) en Noruega– logró demasiado apoyo fuera de los campus universitarios.

La única campaña social y política de los años sesenta que tuvo un impacto duradero, también en la Guerra Fría, fue el movimiento feminista. Si bien el crecimiento económico había eclosionado en Occidente durante la era de la posguerra, la posición de las mujeres dentro de ese crecimiento seguía siendo débil: en la sociedad, en el lugar de trabajo y en la familia. Uno de los argumentos recurrentes de los comunistas era que el Bloque soviético había abolido la discriminación contra las mujeres (un argumento que difícilmente se sostenía, pero que resultaba útil a efectos de propaganda). A partir de los años sesenta, los grupos feministas autónomos de Europa occidental y de Norteamérica habían iniciado una campaña a favor de un mayor papel de las mujeres en todos los ámbitos de la existencia. Aunque persistía la discriminación contra las mujeres en el ámbito laboral, sobre todo en términos de desigualdad de salarios, aquellos movimientos feministas se apuntaron algunos éxitos sorprendentes en materia de derechos jurídicos, de planificación familiar y de liberación sexual. La feminista estadounidense Betty Friedan fue una de las muchas que aportaron una dirección a dichos grupos. ¿Podía ser aceptable, se preguntaba Friedan en 1963, que en las sociedades industriales las mujeres no pudieran combinar las tareas domésticas con un empleo satisfactorio y bien remunerado para el que se habían cualificado a través de sus estudios? «Mientras hacía las camas, iba a la compra, buscaba una tela a juego para unas fundas, comía sándwiches de mantequilla de cacahuete con sus hijos, hacía de chófer para niños y niñas exploradoras, o acostada en la cama junto a su marido por la noche, ella temía plantear, siquiera a sí misma, la pregunta tácita: "¿Esto es todo?"».[13]

A partir de los años setenta, miles de mujeres líderes en todo Occidente se habían asegurado de que aquello no fuera todo. La representación de las mujeres entre la mano de obra cualificada y en las profesiones se disparó.

En 1980 había un 32 % de mujeres entre los abogados de la República Federal de Alemania (frente a menos del 7 % en 1960). Los cambios en la política fueron igual de espectaculares. En 1985, en la Asamblea Nacional de Finlandia había más de un 30 % de diputadas (frente a menos de un 15 % en 1965). El aumento de la representación política –a lo largo de todo el espectro político– vino acompañado de una mayor atención a las cuestiones que eran especialmente importantes para las mujeres, como las guarderías, los anticonceptivos y el aborto, y el derecho al divorcio. Al final de la Guerra Fría, las mujeres seguían sufriendo discriminación en materia de salarios y de pautas de trayectoria profesional (incluso hoy en día, menos del 15 % de los máximos directivos de las principales empresas estadounidenses son mujeres). Pero el argumento comunista de que únicamente el socialismo podía poner fin al injusto trato que se daba a las mujeres ha demostrado ser falso.

Los logros de los movimientos sociales en el Occidente capitalista no impidieron que muchos líderes políticos consideraran los años sesenta como una década de caos y trastornos crecientes. La autonomía que reclamaban para sí mismos muchos grupos militantes alimentaba entre las élites el temor a que la sociedad llegara a hacerse ingobernable. Con el tiempo, ese temor favoreció la búsqueda de nuevas formas de estabilizar la Guerra Fría, de hacerla menos perturbadora y peligrosa, por lo menos en Europa y en la relación entre las superpotencias. Ninguno de los acontecimientos de finales de los sesenta parecía presionar en la dirección de una confrontación inmediata entre las superpotencias, ni de un conflicto a través de las líneas divisorias de Europa. Ningún estadounidense pensaba que la Unión Soviética estuviera a punto de intervenir en la guerra de Vietnam, la obsesión que carcomía a Estados Unidos. Y la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968 demostró que aunque los europeos occidentales protestaban contra los crímenes de la URSS, no estaban dispuestos a hacer nada al respecto. El punto más bajo del desinterés lo alcanzaron los

estudiantes radicales de Europa occidental, ya que en 1968 muchos de ellos coreaban eslóganes no a favor de Dubček, sino de Mao Zedong.

Desde el punto de vista de Europa occidental y de las superpotencias, la idea de estabilizar la Guerra Fría a través de una reducción gradual de la tensión entre los bloques empezó a tener sentido a finales de los sesenta. Una distensión así podía permitir que los líderes abordaran mejor los problemas de sus propias sociedades, dentro de sus alianzas, y en el Tercer Mundo. Reduciría las posibilidades de una guerra nuclear y –algo crucial en un momento en que tanto los estadounidenses como los soviéticos acusaban la sangría del gasto en armamento– reduciría el coste de nuevas escaladas militares. También había quienes, por lo menos en Occidente, pensaban que los dos sistemas ideológicos acabarían convergiendo con el paso del tiempo. La sociedad industrial parecía plantear retos parecidos al este y al oeste, rezaba el argumento. También era probable que algunas de las soluciones, basadas en la tecnología y en la ingeniería social, fueran similares, y que por consiguiente los estados que las aplicaran acabarían pareciéndose más entre sí, aunque el contexto político fuera diferente.

Los intentos de estabilizar la Guerra Fría a través de una distensión duradera comenzaron en Europa a principios de los años sesenta. El presidente francés De Gaulle –siempre consternado ante la idea de la bipolaridad de las superpotencias, y en busca de un mayor papel de Francia en los asuntos internacionales– intentó tender la mano al este por su cuenta. Después de que Francia realizara con éxito su primera prueba nuclear en 1960, De Gaulle tenía la sensación de que su país debía defender su independencia en materia de política exterior, incluso en el seno de la OTAN. El presidente francés, un conservador con un sentido muy arraigado de la unidad cultural de Europa, creía que Estados Unidos había llegado a ser demasiado predominante en la relación con sus socios. Quería ver una Europa occidental más independiente, bajo el liderazgo de Francia, que pudiera contrarrestar el papel de Estados Unidos en la OTAN. El famoso *non* de De Gaulle a los intentos británicos de ingresar en la cada vez más integradora Comunidad Económica Europea se basaba en su sensación de que Londres era un caballo de Troya de Washington. De Gaulle pensaba que

Francia era el único país capaz de liderar una Europa occidental más independiente, al tiempo que se mantenía la garantía de Estados Unidos en materia de seguridad y que se tendían puentes con el este.

En 1964, el presidente francés puso en marcha un programa más activo para la cooperación técnica y cultural con Europa oriental y con la Unión Soviética. Su objetivo, como declaró en 1965 en una espectacular rueda de prensa con motivo del vigésimo aniversario de la Conferencia de Yalta, consistía en superar «Yalta» y poner fin a la división de Europa. «La reaparición de la nación con las manos libres que hemos vuelto a ser modifica evidentemente el juego mundial que, desde Yalta, ya parecía limitarse a dos socios.»[14] Poco después el presidente francés iba de visita a Moscú, a Varsovia y a Bucarest, donde fue recibido como un héroe por parte de sus respectivos regímenes, después de que De Gaulle retirara abruptamente a Francia del mando militar integrado de la OTAN en 1966. El futuro de Europa, declaraba el general, no estaba en una bipolaridad dominada por las superpotencias, sino en «la distensión, el entendimiento y la cooperación». Sin embargo, los resultados prácticos de las políticas de De Gaulle fueron escasos. Y en 1968, tanto Moscú como Washington se regodearon un poco al asistir a la lección de humildad que sufrió la *grandeur* de De Gaulle a raíz de los acontecimientos de mayo. Cuando De Gaulle dimitió un año después, tras perder un referéndum sobre una reforma administrativa, quienes se consolaban con el statu quo europeo dieron un suspiro de alivio colectivo.

La razón de que los estadounidenses, a pesar de su irritación, podían más o menos ignorar los tejemanejes de De Gaulle era que el futuro del componente europeo de la OTAN parecía estar asegurado. El presidente Johnson sabía que lo último que deseaba el presidente francés, a pesar de sus quejas sobre «Yalta», era la retirada estadounidense de Europa. La esperanza de Johnson, sobre todo a la luz del creciente gasto militar de Estados Unidos en Indochina, era conseguir que Europa occidental (y Japón), asumieran ellos mismos una mayor parte de la carga de su defensa. Pero Johnson no creía que Estados Unidos debía retirar fuerzas de Europa. Cuando Mike Mansfield, el líder del Partido Demócrata en el Senado,

presentó una resolución para una reducción sustancial de tropas en Europa, Johnson le comentó en tono de burla a sus colaboradores: «No soy uno de esos que se dejan engañar fácilmente por los rusos. No creo en la [...] maldita teoría de que allí la cosa se acabó. [...] Yo creo que esos hijos de perra quieren devorarnos en cuanto puedan».[15]

Sin embargo, Johnson sí estaba convencido de que Alemania ya no era un problema tan importante en el contexto de la Guerra Fría, teniendo en cuenta lo afianzada que estaba la República Federal de Alemania en la OTAN. Mientras que De Gaulle resoplaba y ponía reparos, y los estudiantes protestaban –incluso en la RFA– contra el imperialismo estadounidense, los dos principales partidos de la República Federal, el Partido Demócrata Cristiano y el Partido Socialdemócrata, consideraban que la progresiva integración de su país en Occidente era un factor crucial para el futuro de Alemania. De hecho, la insistencia de De Gaulle en construir su «nueva Europa» en torno a un eje franco-alemán parecía confirmar el lugar de Alemania. La integración económica de Europa occidental pasó a ser un instrumento tanto del ulterior crecimiento como de la cohesión en el marco de la Guerra Fría. El proyecto de integración europea tenía cada vez más como eje el espectacular éxito industrial y comercial de la República Federal de Alemania. En 1970, la economía de la RFA era casi un 40 % mayor que la de Francia, y un 65 % mayor que la de Gran Bretaña.

Tenía sentido que la locomotora económica alemana fuera el núcleo de la integración europea, tanto en términos económicos como políticos. El Tratado de Roma de 1957 había creado una Comunidad Económica Europea (CEE) por el que sus miembros –Bélgica, Francia, Italia, Luxemburgo, Países Bajos y la República Federal de Alemania– se comprometían a crear un mercado común de bienes, de capital y de mano de obra. A pesar de las objeciones de De Gaulle y de la lentitud, a veces exasperante, del proceso de negociación, diez años después la eliminación de los aranceles internos era total, con una plena unión aduanera dentro de lo que entonces se denominaba las Comunidades Europeas. El secreto del éxito tenía dos vertientes. Una era interna: permitir que la República Federal de Alemania exportara libremente sus productos industriales, a

cambio de que contribuyera sustancialmente a subvencionar a los agricultores franceses e italianos: la denominada Política Agrícola Común. Y la otra era externa: la sensación, en todas las capitales de Europa occidental, de que Europa únicamente podía recuperar una voz fuerte en el contexto de la Guerra Fría si estaba más unida.

Por consiguiente, fue la suma de la fuerza económica de Alemania y la europeización de los principios gaullistas lo que, en las condiciones de la Guerra Fría, generó un nuevo impulso hacia la integración europea. Tras la dimisión de De Gaulle en 1969, Gran Bretaña pudo reabrir las negociaciones para su ingreso en la CEE, y se incorporó, tras un referéndum, y junto con Dinamarca, en 1973. Para entonces estaba claro que las comunidades iban a ser el futuro de la integración europea, y que la Asociación Europea de Libre Comercio, el otro bloque comercial europeo que había cultivado Gran Bretaña como una alternativa menos integracionista, no era capaz de aportar la conexión con los mercados europeos a la que aspiraba Gran Bretaña. Además, el ingreso de Gran Bretaña convenció a los estadounidenses de que no tenían nada que temer, salvo acaso en términos económicos, de una mayor integración de Europa occidental. La presencia de Gran Bretaña en la CEE hacía del mercado común algo parecido a un departamento económico europeo de la OTAN, lo que aumentaba el atractivo del modelo europeo occidental para los países del este.

El mayor papel de la República Federal de Alemania en Europa también figuraba en la agenda de la política interior de ese país. En las elecciones de 1965, el presidente del Partido Socialdemócrata (SPD), Willy Brandt, había argumentado a favor de la política de tender puentes con Europa oriental y la Unión Soviética, con el fin de reducir ulteriormente la tensión militar en Europa y al mismo tiempo de allanar el camino a unas negociaciones para la reunificación de Alemania. En 1966, tras su nombramiento como ministro de Asuntos Exteriores de un Gobierno de gran coalición entre los democratacristianos y los socialdemócratas, Brandt estaba en condiciones de poner en práctica una parte de esa política. Al haber demostrado sus credenciales anticomunistas como alcalde de Berlín Occidental, Brandt

tenía la sensación de que podía tender la mano al este sin generar efectos adversos entre los alemanes occidentales, que en conjunto daban prioridad a un mayor crecimiento económico y a un aumento de las prestaciones de bienestar social y no a que se hablara tanto de la unidad de Alemania. No sería fácil, le decía Brandt a los diputados del SPD en 1967. Iba a consistir en pequeños pasos, no en grandes saltos. Y la nueva política para Europa oriental de la RFA, la *Ostpolitik*, dependía de «una política occidental orientada a un acuerdo de paz europeo».[16]

Las elecciones de 1969 en la República Federal de Alemania hicieron canciller a Willy Brandt. Por primera vez desde 1930 un socialdemócrata llegaba al poder en Alemania, y Brandt estaba decidido a aprovechar la oportunidad tanto para llevar a cabo reformas dentro del país como para fomentar la distensión con el este. Brandt había ido desarrollando gradualmente su *Ostpolitik* a través de sus conversaciones con sus asesores más próximos. Egon Bahr, con el que Brandt había colaborado en Berlín, y que se convirtió en su hombre clave para los contactos con el este, había hablado de *Wandel durch Annäherung* (cambio a través del acercamiento). Esa expresión acabó siendo un buen resumen de la política de Brandt: un cuidadoso refuerzo de la confianza entre los gobiernos de Europa oriental y occidental, que posibilitaría el desarme, un aumento del comercio, de los viajes, y de los contactos culturales, y, por último, la reunificación de Alemania y la eliminación total de las líneas divisorias de la Guerra Fría en Europa. Era bastante menos que una revolución, como les gustaba señalar a los críticos de Brandt tanto entre la izquierda como entre la derecha. Pero también era mucho más de lo que Europa habría podido esperar tan solo unos años atrás.

Brandt sabía que el camino a Berlín Oriental pasaba por Moscú. En 1970, en sus negociaciones con Brézhnev, Brandt prometió un aumento del comercio y de la cooperación económica, y un tratado con la Unión Soviética por el que ambas partes acordaran que las fronteras de la posguerra en Europa, incluida la nueva frontera entre Polonia y Alemania, y la frontera entre la República Federal y la República Democrática, fueran inviolables. Brézhnev estaba encantado. Un tratado con la RFA significaba

reducir el temor al revanchismo alemán y, lo que era todavía más importante, la perspectiva de que en algún momento una Alemania neutral pudiera inclinar la balanza de la Guerra Fría en Europa a favor de la Unión Soviética. El dirigente soviético se enfurecía ante las objeciones de algunos de sus asesores, que temían que el objetivo del anticomunista Brandt fuera más insidioso, a saber, la gradual disolución de los lazos que vinculaban a Europa oriental con la URSS. Incluso cuando Brandt, antes de la firma del tratado, le envió una nota a Brézhnev donde decía que «este acuerdo no contradice el objetivo de la política de la República Federal de Alemania, que consiste en trabajar hacia unas condiciones de paz en Europa bajo las que el pueblo alemán recupere su unidad a través de la libre autodeterminación», el secretario general no puso ningún reparo.[17] No eran más que palabras, argumentó Brézhnev. Alemania necesitaba a la Unión Soviética mucho más de lo que los soviéticos necesitaban a Alemania.

De no haber sido porque a su vez la administración de Nixon renovó sus esfuerzos para lograr una distensión con los soviéticos, es muy posible que en el contexto de la OTAN la política de Brandt se considerara absolutamente traicionera. Tal y como estaban las cosas, el canciller podía afirmar que estaba desarrollando las iniciativas planteadas por Francia y posteriormente también por Estados Unidos. Aun así, en otros países de Europa y en Washington había una sustancial sensación de hastío ante las acciones de Brandt. La cuestión no era tanto lo que estaba haciendo Brandt en ese momento como cuál podía ser su objetivo en última instancia. ¿Pretendían los socialdemócratas alemanes llevar a cabo un gran acuerdo con los soviéticos a cambio de la reunificación? De ser así, podía estar en juego el futuro de la alianza atlántica. Pero Brandt era lo bastante inteligente como para hacer uso de sus credenciales como europeo proestadounidense, como el hombre que había combatido contra su propio país durante la Segunda Guerra Mundial, a fin de mitigar aquellas dudas, aunque nunca llegaran a esfumarse del todo.

Brandt consolidó su tratado con Moscú con otro tratado independiente con Polonia, unos meses después. En dicho tratado, la RFA reafirmaba su aceptación de la frontera occidental de Polonia y prometía una ulterior

cooperación pacífica entre los dos gobiernos. Pero el aspecto más importante de las negociaciones fue la visita de Brandt a Varsovia en diciembre de 1970. Brandt, que insistió en visitar el monumento a la sublevación del gueto judío de Varsovia contra la ocupación alemana en 1943, depositó una corona de flores para honrar a los combatientes de la resistencia. A continuación se arrodilló sobre la nieve y el barro, y permaneció allí, en silencio, ante las cámaras de televisión. Para los polacos y los espectadores de otros países de Europa oriental se trataba de un elocuente símbolo de un nuevo Gobierno alemán que había optado decididamente por la paz, presidido por un hombre de una nueva generación, un hombre que no tenía ninguna culpa de las atrocidades de Alemania durante la guerra. Aquello contribuía mucho más que cualquier tratado a la hora de crear una imagen de una nueva República Federal de Alemania ante los pueblos de Europa oriental.

Mientras sucedía todo aquello, los comunistas de la República Democrática Alemana contemplaban nerviosos la escena entre bastidores. Aunque veían con buenos ojos una política de menor confrontación por parte de la RFA, los dirigentes de la RDA tenían miedo de la inmensa popularidad de Brandt y de su atractivo entre los alemanes del este. También temían que Brandt estuviera pasando por encima de ellos en sus tratos con Moscú y con Varsovia. Para ellos, los logros de la *Ostpolitik* se parecían a los debates de finales de la era de Stalin en Moscú sobre los objetivos de la RDA. Se negaron a reunirse con Brandt a menos que este accediera primero al pleno reconocimiento diplomático de la República Democrática. Sin embargo, en 1972, Walter Ulbricht y los dirigentes de la RDA ya tenían claro que debían negociar con Brandt, a fin de evitar el descontento de Moscú y al mismo tiempo para no debilitar su posición dentro del país.

El resultado de aquellas negociaciones, que por parte de la RFA corrieron sobre todo a cargo de Egon Bahr, fue el Acuerdo Básico entre los dos estados alemanes en diciembre de 1972. Para los alemanes del este, el término «básico» significaba que especificaba lo mínimo que debían hacer. Para Brandt señalaba el primer paso en el acercamiento entre la RFA y la

RDA. El tratado incluía una promesa por parte de ambos gobiernos de respetar la jurisdicción del otro en su territorio, y la independencia mutua en los asuntos internacionales. También se comprometían a cooperar en toda una serie de cuestiones, que iban desde las ciencias y el deporte hasta el correo y las comunicaciones. La verdadera relevancia del tratado radicaba en que por primera vez en veinticinco años los dos estados alemanes trataban directamente el uno con el otro, aunque aún no se vislumbraba el pleno reconocimiento. Y Brandt tenía razón en que se trataba de un primer paso. A lo largo de los años setenta ambos países firmaron muchos otros acuerdos, lo que hacía improbable que se volviera a la actitud de confrontación absoluta de la época anterior de la Guerra Fría.

Por consiguiente, parecía que Brandt había logrado muchas cosas en su intento de tender puentes en Europa, aunque es improbable que hubiera podido lograr siquiera la mitad de no ser por el espíritu general de distensión de principios de los años setenta. Además, el canciller alemán tenía sus detractores entre quienes afirmaban que estaba concediendo demasiadas cosas al este y que no defendía los derechos humanos y la libertad de expresión. Mientras Brandt y sus sucesores negociaban con las autoridades de la RDA, 48 personas fueron tiroteadas cuando intentaban cruzar a Berlín Occidental y once mil fueron encarceladas por expresar opiniones contrarias al régimen comunista. ¿Qué tipo de cambio traía consigo aquel acercamiento?, se preguntaban los críticos. ¿Acaso el verdadero cambio estaba en la República Federal, donde los pequeños grupos terroristas de extrema izquierda –secretamente asistidos por la RDA– hacían que el país fuera más difícil de gobernar?

La respuesta de Brandt fue que no se podía tratar eficazmente con los gobiernos de Europa oriental si al mismo tiempo uno estaba instando activa y abiertamente a su población a derrocarlos. La desaparición de las divisiones de la Guerra Fría en Europa iba a llevar tiempo, argumentaba el canciller. Mientras tanto, lo más importante era evitar la guerra y fomentar los contactos entre los pueblos. Lo que Europa necesitaba, como afirmó Brandt en Naciones Unidas con motivo del ingreso de ambos estados alemanes, por fin, en la organización en 1973, era «un estado de paz

cotidiana». Era preciso reducir los gigantescos presupuestos militares en ambos bandos: «En caso de que se lograra, mediante pasos que incrementen la confianza, reducir ese monstruoso derroche, que es una consecuencia de la desconfianza entre sistemas antagónicos, con ello habríamos dado un ejemplo histórico. [...] Al final de la Guerra Fría [...] no puede haber ni vencedores ni vencidos. La verdad es que la paz, si uno desea conquistarla, no puede exigir la victoria de unos y la derrota de otros, sino tan solo aspirar a una victoria de la razón y de la moderación».[18]

La visión de Brandt de una Europa más pacífica, en gran medida basada en sus propias experiencias a lo largo del siglo XX, también contribuyó a lo que indudablemente fue el máximo logro de la distensión europea, la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE). En los años cincuenta, los soviéticos habían puesto en marcha un plan para que una organización de seguridad a nivel europeo sustituyera a los bloques de poder. Se trataba de un intento mal disimulado de excluir a Estados Unidos, como potencia «no europea», de los debates sobre el futuro de Europa. Así lo vieron los europeos occidentales y lo rechazaron de plano. Pero a finales de los años sesenta, las propuestas soviéticas para el inicio de una ronda de conversaciones tuvieron una mejor acogida entre los europeos del oeste y del este. A la vista de los nuevos intentos por parte de Washington y de Moscú de fomentar la distensión entre las superpotencias, los dirigentes europeos querían evitar a toda costa que se tomaran decisiones por encima de ellos. La *Ostpolitik* de Brandt había reducido el miedo a Alemania en Europa oriental. Y, de forma un tanto extraña, la invasión de Checoslovaquia había convencido a mucha gente de que no había alternativa a tratar con la Unión Soviética si lo que se pretendía era dejar atrás la partición de Europa.

El proceso de la CSCE estaba firmemente anclado en el hecho de que siguieran existiendo la OTAN y el Pacto de Varsovia. Pero, a pesar del escepticismo tanto respecto a la *Ostpolitik* como al proceso de la CSCE, la nueva administración de Richard Nixon en Estados Unidos tuvo el acierto de permitir que sus aliados europeos exploraran qué posibilidades ofrecía. Una condición clara, que los soviéticos aceptaron a regañadientes, fue la

inclusión de Estados Unidos en las conversaciones. Otra condición eran las consultas periódicas con la OTAN tanto sobre el proceso como sobre las posturas. Los dirigentes de Europa occidental no tuvieron ningún problema en aceptar ese marco. Aunque todos deseaban explorar lo que se podía lograr hablando con el este, ninguno de ellos quería que hubiera demasiadas dificultades internas en la alianza occidental.

El elemento más sorprendente en el camino a la CSCE fue el activismo de los gobiernos de Europa oriental. Que los rumanos, en calidad de disidentes dentro del bloque, presentaran sus propias propuestas, no fue ninguna sorpresa. Pero que Polonia y Hungría, que habían demostrado su lealtad a la URSS al participar en la invasión de Checoslovaquia en 1968, desearan presentar sus propios planes para el desmantelamiento gradual de las líneas divisorias de la Guerra Fría en Europa, resultaba más asombroso. Al igual que Occidente, el este planteó las conversaciones a través de consultas en el Pacto de Varsovia y en otros foros comunistas. Pero a principios de 1970 ya estaba claro que si los soviéticos ordenaban el cese unilateral del proceso, todos tendrían que pagar un considerable precio político en Europa oriental.

En 1973 los soviéticos se encontraban ante un dilema. Pretendían utilizar el proceso de negociación sobre todo como arma propagandística contra Estados Unidos. Pero a medida que aumentaba el calado de sus compromisos con los estadounidenses, y cundían las expectativas de una conferencia sobre seguridad a escala continental en Europa, no les quedaba otra opción que seguir adelante con su participación. Numerosos países menores de Europa occidental, a los que posteriormente se sumó Francia, insistían en que las cuestiones relativas a los derechos humanos y la libertad de expresión pasaran a formar parte de las negociaciones, junto con el reforzamiento de la confianza en materia militar y la cooperación económica. Posteriormente esas cuestiones pasaron a formar parte de la «tercera cesta» del proceso de negociación cuando, para sorpresa de todos, los soviéticos accedieron a su inclusión. Brézhnev consideró que hablar de las cuestiones de la tercera cesta era un pequeño precio que había que pagar para poder avanzar en otros asuntos. Sabiendo lo mucho que el secretario

general deseaba llegar a un acuerdo, incluso el KGB concluyó que «la tercera cesta depende de nuestra interpretación. [...] Se tratará de medidas prácticas del partido y de los órganos de la seguridad del Estado. La tercera cesta no concede a nadie la posibilidad de intervenir en los asuntos internos de otro Estado. Contiene muchas referencias a la legislación nacional».[19]

La ratificación del Acta Final de Helsinki de la CSCE a mediados de 1975 fue el punto culminante de la distensión europea. Para Brézhnev fue el mayor hito de su carrera política. Unos 35 países acordaron una Declaración sobre los Principios que Rigen las Relaciones entre los Estados Participantes. Entre dichos principios figuraban la igualdad soberana, la inviolabilidad de las fronteras y la no intervención en los asuntos internos. Todas ellas eran propuestas que los soviéticos habían planteado desde la fundación de su Estado. Pero el Acta Final también incluía algunos párrafos clave sobre los derechos del individuo. Declaraba que sus signatarios

> respetarán los derechos humanos y las libertades fundamentales de todos, incluyendo la libertad de pensamiento, conciencia, religión o creencia, sin distinción por motivos de raza, sexo, idioma o religión. Promoverán y fomentarán el ejercicio efectivo de los derechos y libertades civiles, políticos, económicos, sociales, culturales y otros derechos y libertades, todos los cuales derivan de la dignidad inherente a la persona humana y son esenciales para su libre y pleno desarrollo. [...] Los estados participantes reconocen el valor universal de los derechos humanos y de las libertades fundamentales, cuyo respeto es un factor esencial de la paz, la justicia y el bienestar necesarios para asegurar el desarrollo de relaciones amistosas y de cooperación tanto entre ellos como entre todos los estados. [...] Confirman el derecho de la persona a conocer y poner en práctica sus derechos y obligaciones en este terreno.[20]

Brézhnev se decía a sí mismo y a los demás que aquello no eran más que palabras, que no tenía demasiada importancia. Pero en el contexto de la Guerra Fría, el Acta Final de Helsinki iba a tener unas consecuencias mucho mayores de lo que nadie habría podido imaginar en 1975.

Al tiempo que los europeos se esforzaban en gestionar su legado de la Guerra Fría, el proyecto del Tercer Mundo se disgregó aún más. Una vez

que las duras realidades poscoloniales moderaron el entusiasmo por la libertad y las nuevas oportunidades, los conceptos de solidaridad y de cooperación transnacional entre los países del sur que se desarrollaron durante la lucha anticolonial retrocedieron en casi todos los países. Tras los vuelcos políticos de mediados de los años sesenta, la mayoría de los gobiernos poscoloniales dieron prioridad a los intereses de sus propios estados y a sus propios planes para el desarrollo económico por encima de la cooperación y la cohesión en sentido amplio que habían imaginado Nehru, Nkrumah o Sukarno. Los países de África, Asia y América Latina podían seguir cooperando contra las limitaciones de la Guerra Fría y contra la hegemonía europea. Pero a partir de ese momento ese tipo de cooperación iba a concebirse de una forma más limitada, y a basarse principalmente en los intereses estratégicos o económicos de cada país.

En la primera reunión de la Conferencia de Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo de 1964, un grupo de 77 países no europeos se comprometieron a consultarse más entre ellos en las cuestiones relacionadas con el comercio. Tres años después, en su primera reunión como el Grupo de los 77 en Argelia, la nueva organización hizo pública la Carta de Argel, que reivindicaba unos precios más justos de las materias primas, la aceptación de los principios de soberanía política y jurídica en el comercio mundial, y unos mercados mundiales más abiertos y equitativos. «El destino de más de mil millones de personas del mundo en vías de desarrollo sigue deteriorándose a consecuencia de las tendencias en las relaciones económicas internacionales», señalaba la carta.

> El ritmo del crecimiento económico del mundo en vías de desarrollo se ha ralentizado, y la desigualdad entre dicho mundo y el mundo próspero está aumentando. [...] La comunidad internacional tiene la obligación de rectificar esas tendencias desfavorables y de crear las condiciones en las que todas las naciones puedan disfrutar del bienestar económico y social, y disponer de los medios para desarrollar sus respectivos recursos a fin de hacer posible que sus pueblos lleven una vida libre de privaciones y de temor. En un mundo de una interdependencia creciente, la paz, el progreso y la libertad son comunes e indivisibles. Por consiguiente, el desarrollo de los países en vías de desarrollo también beneficiará a los países desarrollados.[21]

Los gobiernos de Europa occidental veían una relación entre su deseo de reducir las tensiones de la Guerra Fría en Europa y las esperanzas de los países de África, Asia y América Latina de un desarrollo económico más estable. Un asunto importante era evitar las turbulencias revolucionarias que pudieran complicar ulteriormente la Guerra Fría a nivel mundial. Otro, sobre todo entre los socialdemócratas europeos como Willy Brandt y el sueco Olof Palme, era que el Grupo de los 77 tenía razón al considerar que el desarrollo mundial estaba interconectado, independientemente de los sistemas políticos y económicos. En 1973, en su discurso ante Naciones Unidas, Brandt había subrayado exactamente esa dimensión al hacer hincapié en que Occidente ganaría poco –y sobre todo los europeos– si a los conflictos este-oeste les sustituyeran los conflictos norte-sur.

A principios de los años setenta, el Grupo de los 77 y otras organizaciones que colaboraban con él habían elaborado un plan por el que, a través de Naciones Unidas, podía fomentarse una economía mundial más justa. El Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), un término un tanto grandioso, aprobado por mayoría en la Asamblea General de Naciones Unidas en 1974, apelaba al derecho de los estados a controlar la extracción de sus recursos naturales a través de cárteles de recursos gestionados por el Estado. También aspiraba a la regulación de las grandes empresas transnacionales, a las transferencias de tecnología del norte al sur, al trato preferente en el comercio, y la condonación de la deuda. En conjunto, la carta del NOEI aspiraba a crear lo que Julius Nyerere, presidente de Tanzania, denominó un «sindicato de los pobres». Otros lo calificaron, menos caritativamente pero acaso más exactamente, de «socialismo entre estados». Como era de esperar, Estados Unidos rechazó las reivindicaciones, y su embajador en Naciones Unidas condenó la resolución por considerarla una «apisonadora» que representaba la «tiranía de la mayoría».[22]

Las reivindicaciones de un Nuevo Orden Económico Internacional sí tuvieron algunos efectos positivos. A instancias de Brandt y otros, la CEE inició una serie de convenciones con las antiguas colonias europeas en África y el Caribe. Las denominadas Convenciones de Lomé, la capital de

Togo, autorizaban las importaciones libres de aranceles a la CEE y destinaban 3.600 millones de dólares (casi 13.500 millones en dólares actuales) a la ayuda y la inversión. Pero en conjunto, los resultados inmediatos fueron negativos. Al centrarse en las reivindicaciones económicas, la renqueante coalición del Tercer Mundo provocó su propia desintegración. Los países que dependían de la importación de materias primas baratas para sus pujantes industrias, como por ejemplo Singapur, descubrieron que no tenían mucho en común con los países que dependían de una mejora de los precios de las materias primas, como por ejemplo Zambia. Los países exportadores de petróleo descubrieron que sus intereses a menudo entraban en conflicto con los países que dependían del petróleo barato. Por consiguiente, la década de 1970 fue un periodo en que los papeles económicos y políticos a nivel mundial cambiaron espectacularmente, con unos efectos considerables y sostenidos en la forma en que se libraba la Guerra Fría.

15

Nixon en Beijing

Mientras que en los años sesenta se iniciaron unos cambios que acabaron transformando Europa, en los años setenta se asistió a una metamorfosis que transformó Asia, y con ella, poco a poco, el mundo. Aunque China se marginó a sí misma a través de su Revolución Cultural, otros países asiáticos habían estado preparándose para un despegue económico en el seno del sistema capitalista mundial dominado por Estados Unidos. Japón había estado a la vanguardia. Durante los años sesenta, su economía había crecido un 11 % anual, una de las mayores tasas de crecimiento nunca vistas para lo que ya era, en esencia, un país desarrollado. Pero a partir de finales de los sesenta otros países asiáticos se sumaron a Japón en materia de crecimiento acelerado, tomando prestados algunos aspectos de sus principios económicos basados en las exportaciones. En el plazo de una década, Corea del Sur, Taiwán y Singapur pasaron de ser países pobres y sin recursos a convertirse en locomotoras económicas, principalmente en virtud de la solidez de sus empresas industriales integradas, de la guía de sus gobiernos y de una mano de obra trabajadora y bien formada.

No es de extrañar que todos los «pequeños tigres» de una economía de Asia oriental que crecía rápidamente fueran estrechos aliados políticos de Estados Unidos. Al igual que en el caso de Japón, la alianza con Washington en el marco de la Guerra Fría conllevaba el acceso a los mercados de Estados Unidos y de otros países occidentales en términos preferentes. También significaba que los gobiernos autoritarios de Asia oriental, con la ayuda de los asesores y del apoyo militar de Estados Unidos, podían defenderse contra las insurrecciones de su propia población.

Ninguno de los vínculos con Estados Unidos habría bastado por sí solo para generar el crecimiento económico de Asia oriental, que principalmente fue una consecuencia de factores internos. Y tampoco es cierto, como a veces se afirma, que la guerra de Estados Unidos en Vietnam sirviera para ganar tiempo y para que triunfara la industrialización capitalista en otros países de Asia. En su ejecución, así como en sus consecuencias, se trató de unos fenómenos sin relación entre sí, aunque es cierto que la demanda de bienes que crearon las guerras en Indochina estimuló a otras economías de la región. Pero, en términos generales, la Guerra Fría sí contribuyó a que el crecimiento impulsado por las exportaciones fuera un camino más seguro hacia una rápida transformación económica, creando así una interacción económica mundial a una escala cada vez mayor.

Durante los años setenta, muchos estadounidenses empezaron a temer cada vez más que el resurgir de Europa y el rápido crecimiento de algunas zonas de Asia conllevara la pérdida de empleos y de ingresos en Estados Unidos. Y, en términos relativos, la economía estadounidense iba siendo cada vez menos predominante. En 1945, Estados Unidos aportaba nada menos que un 33 % de la economía global. En 1970, esa cifra era inferior al 25 %, y con tendencia a la baja. No debía ser una sorpresa para nadie. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, los principales competidores de Estados Unidos estaban en ruinas. Una generación después, se habían reconstruido y por consiguiente podían competir con más eficacia. Lo que realmente preocupaba a los responsables de las políticas estadounidenses eran la combinación de una baja tasa de crecimiento interior y un elevado nivel de gasto del Estado, sobre todo en defensa. En 1970, la economía japonesa creció un 10,7 %, y la de la República Federal de Alemania un 2,6 %. La economía estadounidense tan solo creció un 0,5 %. Además, sus competidores estaban recuperando el terreno perdido en términos de productividad general.

En 1971 el Gobierno estadounidense actuó para defender sus intereses económicos. Al suspender abruptamente el patrón oro del dólar, a todos los

efectos el Gobierno estaba devaluando el dólar estadounidense frente a las demás divisas, ayudando a los exportadores estadounidenses y a las empresas radicadas en el país. Por consiguiente, aquella medida acabó deliberadamente con el sistema de Bretton Woods, por el que la mayoría de las demás divisas habían estado vinculadas al dólar a un tipo de cambio fijo. Por primera vez desde 1945, los dirigentes de Estados Unidos pensaron más en su cuenta de resultados que en mantener e integrar el sistema económico mundial. Por supuesto, cabría argumentar que las sucesivas administraciones estadounidenses habían mantenido ese sistema porque estaba, ante todo, al servicio de la economía de Estados Unidos. Pero a principios de los años setenta las cosas ya no parecían ser así. La economía mundial entró en una nueva y turbulenta era.

El hundimiento de Bretton Woods tuvo un efecto sustancial en la Guerra Fría. Desde finales de los años cuarenta la economía mundial había sido estable en términos estructurales. Por supuesto que había habido fluctuaciones, tanto en el volumen como en los beneficios. Pero había sido estable en el sentido de que las economías capitalistas se habían ido integrando gradualmente más y más a través de su dependencia común del dólar estadounidense. Aunque había sido un proceso lento, había facilitado la recuperación de Europa occidental y de Japón. También había provocado una deflación de los precios de las materias primas, lo que suponía una ventaja para los países industrializados. Así pues, mientras la protección y la expansión del sistema capitalista mundial fue un objetivo fundamental de Estados Unidos en la Guerra Fría, su interés por lograr ese objetivo había sido hegemónico, no particularista. El éxito del capitalismo impulsaba las políticas de Estados Unidos en una medida mucho mayor que las consideraciones sobre la rentabilidad de las empresas estadounidenses o incluso que el gasto del Estado en el extranjero.

Todo eso cambió durante los «largos años setenta», desde 1968 hasta 1982, más o menos. Al tiempo que la fallida guerra en Indochina creaba una sensación de debilidad política y militar de Estados Unidos, las medidas unilaterales para apuntalar sus propios intereses económicos hacían que Estados Unidos pareciera menos hegemónico y más interesado. Puede que

en conjunto aquellas percepciones no fueran del todo ciertas, pero en aquella época eran generalizadas, tanto dentro como fuera de Estados Unidos. Sin embargo, más importantes que las percepciones eran las nuevas realidades creadas por los cambios económicos y tecnológicos. El derrumbe de Bretton Woods y la fluctuación de los tipos de cambio no eran una causa, sino un síntoma de una reestructuración a nivel mundial. En el Occidente capitalista, el mundo de la posguerra, centrado en el Estado, de orientación arancelaria, y dominado por los controles de capital, iba cediendo el paso al comercio internacional y a un sector financiero internacional. El comercio mundial se triplicó entre mediados de los sesenta y 1980, sobre todo gracias a la mayor eficacia de los medios de transporte y por la gran cantidad de divisas, sobre todo de dólares estadounidenses, en manos de los países extranjeros. También aumentaron drásticamente las inversiones en el extranjero, en parte gracias a que las mejoras en las comunicaciones proporcionaban más información a los inversores, y por consiguiente incrementaban la confianza. Durante los años setenta, el capitalismo se hizo global, con unas consecuencias que muy pocos podían prever. Con el tiempo, Estados Unidos iba a ser uno de los grandes beneficiarios de la denominada «globalización». Pero al principio del proceso, era algo difícil de imaginar, y menos aún para los propios estadounidenses, que tenían la sensación de que su país se estaba quedando rezagado.

Las elecciones de 1968 en Estados Unidos –al igual que las de Francia ese mismo año– arrojaron un resultado conservador, fruto de unos profundos trastornos sociales. Martin Luther King Jr., líder del movimiento por los derechos civiles, y Robert F. Kennedy, hermano del desaparecido presidente, y favorito a la nominación como candidato a la presidencia por el Partido Demócrata, fueron asesinados en los meses previos a las elecciones. Richard Nixon, el candidato del Partido Republicano, que había sido vicepresidente de Eisenhower durante ocho años, fue elegido en una reñida carrera entre tres aspirantes. Nixon obtuvo el porcentaje de voto popular más bajo desde Woodrow Wilson en 1912. En su campaña, Nixon

había apelado a «la mayoría silenciosa» que temía los cambios, los tumultos y las guerras en el extranjero. «Oímos sirenas por la noche –afirmaba en la convención de su partido–. Vemos morir a los estadounidenses en lejanos campos de batalla en el extranjero. Vemos a los estadounidenses odiándose mutuamente; peleando entre ellos; matándose unos a otros dentro del país.» Nixon prometía estabilidad en Estados Unidos y «una paz honrosa» en Vietnam. Sus seguidores, afirmaba, serían «la gran mayoría de los estadounidenses, los estadounidenses olvidados –los que no vociferan; los que no se manifiestan. No son ni unos racistas ni unos locos», les aseguraba Nixon, «ni tampoco son culpables de la delincuencia que asola el país».[1]

Para quienes le conocían, Nixon a menudo destacaba por su estrechez de miras y por su inseguridad, pero en 1969 contaba con una enorme experiencia política. Su sensación de desesperación por el futuro de su país le convertía en un político imaginativo en materia de asuntos exteriores, dispuesto a romper barreras. Nixon quería librar y ganar la Guerra Fría. Pero, caso único entre los últimos presidentes, Nixon pensaba en Estados Unidos como un país entre muchos en el sistema internacional. Era el país más poderoso, por lo menos por ahora. Pero Nixon no confiaba en que el pueblo estadounidense, y sobre todo su juventud, estuviera dispuesto a pagar el precio que conllevaba el estatus de superpotencia en los tiempos que estaban por llegar. Le preocupaba que en un futuro la falta de cohesión interna y el ascenso de otros aspirantes más poderosos y decididos pudieran acabar con la hegemonía de Estados Unidos. Sus políticas de distensión estaban concebidas para postergar ese día y lograr que aquel futuro incierto fuera más predecible, y por consiguiente menos peligroso para Estados Unidos.

Nixon se había hecho famoso como político conservador partidario de la Guerra Fría. Su campaña electoral estuvo plagada de promesas de restablecer la grandeza de Estados Unidos, y despedía algo más que un leve tufillo de prejuicios contra las minorías raciales dentro del país y contra los extranjeros empeñados en aprovecharse de Estados Unidos. Pero Nixon sabía que iba a tener que gobernar prescindiendo de muchas de las fibras sensibles que había tocado durante su campaña. En el plano nacional, el

nuevo presidente mantuvo la mayoría de reformas sociales de los años de Johnson, e incluso amplió algunas de ellas. En el plano internacional, pretendió, desde el primer día de su presidencia, reformar el marco mundial a fin de que Estados Unidos mantuviera su predominio con un coste menor que antes. Y Nixon sabía que para lograrlo tenía que sentarse con los dirigentes soviéticos y negociar algún tipo de tregua temporal en la Guerra Fría.

En sus primeras instrucciones a Henry Kissinger, su asesor de seguridad nacional y catedrático de Harvard, Nixon hacía hincapié en que todas las medidas de política exterior estaban interrelacionadas. La máxima prioridad del nuevo presidente era desvincular a Estados Unidos de las guerras de Indochina. Pero tenía la sensación de que el camino para lograrlo no pasaba ante todo por unas negociaciones de paz con Hanói, sino por Moscú y por Beijing. Ya desde antes de ser elegido presidente, Nixon había empezado a pensar en la posibilidad de explorar alguna forma de relajar la tensión con China. En un artículo que escribió en 1967 para la influyente revista *Foreign Affairs*, había argumentado que, al margen de Indochina, desde el punto de vista de Estados Unidos en realidad Asia era una gran historia de éxito. Contaba con unos estados que se estaban modernizando rápidamente y con un fuerte crecimiento económico. Tarde o temprano China iba a sumarse a los demás. «Sencillamente, no podemos permitirnos el lujo de dejar para siempre a China fuera de la familia de naciones. [...] En este pequeño planeta no hay lugar para que mil millones de sus habitantes potencialmente más cualificados vivan en un airado aislamiento», argumentaba Nixon.[2] Si China quería hablar, Nixon estaba dispuesto a escuchar.

Nixon tenía razón respecto al resto de Asia, o por lo menos respecto a algunos países de su mitad oriental. En aquella región, superar los efectos de la guerra había llevado más tiempo que en Europa. Pero para cuando Nixon salió elegido, las economías de mercado impulsadas desde el interior de sus respectivos países estaban empezando a transformar la vida de la

gente en Corea del Sur, en Taiwán, en Hong Kong y en Singapur. Resultaba difícil apreciar la relevancia del fenómeno en aquel momento. La guerra de Vietnam ensombrecía la mayoría del resto de acontecimientos. Y algunos países más grandes apenas se veían afectados por los cambios, por lo menos para empezar: China por decisión propia, otros por su indigencia. Pero la entrada de los «pequeños tigres» de Asia en la economía capitalista mundial iba a modificar el cuadro general, sobre todo en términos de la relevancia económica global de Asia oriental. Y nada de aquello habría podido ocurrir sin las limitaciones y los resquicios de la Guerra Fría.

Japón fue el precursor de buena parte de aquellos cambios. Aportaba un modelo, aunque las demás economías de mercado a duras penas eran simples copias de la experiencia japonesa. En 1951, cuando Estados Unidos puso fin a su ocupación de Japón, muy poca gente, en Asia o en otros países, habrían podido predecir un glorioso futuro económico para la nación insular. El crecimiento anual se ralentizaba, y el *impasse* político entre la derecha y la izquierda hacía difícil gobernar el país. Pero estaban ocurriendo dos cosas que iban a cambiar el futuro. La derecha japonesa empezó a dejar a un lado sus luchas internas, lo que significó que los conservadores que habían apoyado la guerra y los pocos que la consideraron un desastre se unieron en un mismo partido. Su Partido Liberal Democrático (PLD), de nombre un tanto inapropiado, derrotó a la izquierda y consolidó una hegemonía política que duró 35 años. La política industrial del nuevo Gobierno hacía hincapié en incrementar la productividad (en parte por el procedimiento de poner coto al poder de los sindicatos) y en otorgar al Estado un papel primordial a la hora de dirigir las inversiones, la producción y las exportaciones al extranjero.

Al tiempo que Japón conseguía un Gobierno estable que priorizaba el crecimiento económico a largo plazo, empezaron a confluir algunos de los fundamentos de la expansión del sector privado. Las necesidades de Estados Unidos durante la guerra de Corea habían provocado que algunos sectores de la industria japonesa fueran muy rentables. Guiadas por el Gobierno, las grandes empresas, las *zaibatsu*, utilizaron sus beneficios para invertir en racionalización y en nuevas tecnologías. Mientras tanto, la

administración de Eisenhower –temerosa de la influencia de la izquierda japonesa– allanó el camino a las exportaciones de Japón no solo a Estados Unidos sino también a Europa occidental y al sudeste asiático. Muy pocos países receptores vieron con entusiasmo la perspectiva de abrir sus mercados a las importaciones de productos baratos procedentes de un antiguo enemigo. Pero los estadounidenses insistieron, con el argumento de que los intereses estratégicos debían tener prioridad sobre las cuestiones del equilibrio de la balanza de pagos comercial a corto plazo. La política de Estados Unidos respecto a Japón, decía una directiva del Consejo Nacional de Seguridad en 1960, fomentaba «una economía fuerte, sana, autofinanciada y en vías de expansión, lo que permitirá una mejora en el nivel de vida de Japón, aportará más capital para el desarrollo de las naciones menos desarrolladas, y supondrá una mayor contribución a la fuerza del Mundo Libre».[3]

El año 1960 fue decisivo para el futuro de Japón. Con la renovación del Tratado de Seguridad estadounidense-japonés pendiente, la izquierda japonesa movilizó sus mermadas fuerzas en un intento de impedir su aprobación en el Parlamento. La batalla parlamentaria por el futuro del tratado desencadenó protestas de los sindicatos, de los estudiantes y de los funcionarios del Estado, que tenían la sensación de que el PLD había hecho caso omiso de sus intereses. La crisis provocó violencia en las calles y la cancelación de una visita del presidente Eisenhower prevista con anterioridad. La crisis de 1960, aunque no provocó la caída del Gobierno ni impidió la renovación del tratado de seguridad, vino a decirles a los notables del PLD que tenían que procurar que la reindustrialización de Japón fuera más incluyente en lo social. El partido se deshizo del primer ministro Kishi Nobusuke, ministro de Armamento durante la guerra, que se había mostrado demasiado ansioso por ajustar viejas cuentas con la izquierda. El nuevo Gobierno del PLD insistía en que el objetivo de su política económica era el bienestar para todos, y prometió que los ingresos personales de los japoneses se duplicarían en el plazo de diez años.

Con una economía que para entonces crecía a un ritmo de dos dígitos, a Japón tan solo le llevó siete años hacer realidad el plan de duplicación de

ingresos. Durante los años sesenta y setenta, Japón pasó de ser el enfermo del mundo industrializado a ser su principal locomotora económica. Con la ayuda de la liberalización de los regímenes del comercio internacional, de los créditos del Estado y de las directrices en materia de exportaciones, y con unas empresas fuertes y cohesionadas, el acceso de Japón a los mercados internacionales llevó al país a convertirse en la segunda economía más grande del mundo, y en líder mundial en tecnología y productividad a partir de 1970. En 1960, Charles de Gaulle había menospreciado al primer ministro japonés, de visita en Francia, calificándolo de «vendedor de transistores». Veinte años después, la economía japonesa duplicaba en tamaño a la de Francia, y su productividad era nada menos que un 25 % más alta.[4]

A juicio de muchos occidentales, Japón seguía siendo la excepción que confirmaba la regla del subdesarrollo de Asia. En una fecha tan tardía como mediados de los años sesenta, cuando el presidente Johnson tomaba la fatídica decisión de enviar tropas terrestres a Vietnam, una opinión generalizada era que el resto de Asia iba a quedarse cada vez más rezagada respecto a Norteamérica, a Europa occidental, e incluso a los estados ricos en recursos de Oriente Medio y África. Los países asiáticos estaban superpoblados, eran pobres en recursos y estaban muy mal gobernados, argumentaban los expertos estadounidenses. En cierto sentido esa era la razón de que fueran el principal objetivo de la agresión comunista y de que tuvieran que ser defendidos por Estados Unidos. Asia era una región para la expansión de la Guerra fría, no por su importancia sino por su debilidad.

Quienes pensaban así no habían hecho los deberes sobre Corea del Sur, Taiwán ni las ciudades-Estado de Hong Kong y Singapur. En 1954 Corea del Sur era el país más pobre de Asia oriental, devastado por tres años de una guerra durante la que las líneas del frente habían recorrido varias veces todo el país. Todo el mundo se había visto afectado por el cataclismo. Su PIB per cápita estaba por detrás del de Ghana o el de Kenia, y no daba muestras de mejorar. Pero durante los años sesenta las cosas cambiaron, y con ello se

sentaron las bases para una masiva expansión económica durante los años setenta y ochenta. Lo mismo puede decirse de Taiwán, un resto de Estado chino gobernado por los refugiados procedentes de China continental. Una parte de la historia de ambos países se parece a la de Japón: desarrollo liderado por el Estado, crecimiento orientado a las exportaciones, y una alta tasa de ahorro nacional. Pero otros rasgos son característicos: el énfasis en mejorar la educación, en algunos casos casi desde cero; la importancia de los programas sociales y de bienestar desde el principio de la expansión económica, y el imperio de las «dictaduras desarrollistas», gobernadas con puño de hierro por sus dirigentes militares.

Tanto Corea del Sur como Taiwán fueron estados de la línea del frente de la Guerra Fría. La ayuda estadounidense a ambos países fue sustancial. Entre 1946 y 1978, Corea del Sur recibió casi tanta ayuda estadounidense como el conjunto de África.[5] Pero la facilidad de acceso a los mercados estadounidense y japonés resultaba por lo menos igual de importante. En 1970, las tres cuartas partes de las exportaciones de Corea del Sur iban a parar a Estados Unidos o a Japón.[6] Evidentemente, el periodo central de la Guerra Fría concedió a Corea del Sur y a Taiwán unas oportunidades que de otra forma no habrían tenido. Pero aquel periodo también planteaba problemas. Las dictaduras se mantenían en el poder en parte gracias a su acceso al apoyo estadounidense, que incluía una sustancial ayuda militar. Sin embargo, la cuestión más importante es que Corea del Sur y Taiwán aprovecharon las oportunidades que se les ofrecían e hicieron buen uso de aquella inesperada ventaja.

Lo mismo puede decirse, aún en mayor medida, de Singapur y de Hong Kong. Dos ciudades poco queridas (y algunos dirían poco aseadas) que habían perdido su importancia estratégica a raíz del declive del Imperio británico la recuperaron gracias a la Guerra Fría. Hong Kong pasó a ser un puesto de escucha contra China, y fue una colonia británica hasta el final de la Guerra Fría, en parte para compartir su información secreta con los estadounidenses. Singapur se convirtió, primero en un miembro descontento de la Federación Malaya, y después, a partir de 1964, cuando fue expulsada de Malasia, en una ciudad-Estado independiente. Desde el

nacimiento del Estado soberano de Singapur, su líder, Lee Kuan Yew, estaba convencido de que, tras la marcha de los británicos, únicamente la presencia estadounidense podía salvar a su nuevo país. «Cualquiera que no fuera comunista y quisiera que Estados Unidos abandonara el sudeste asiático era un estúpido», le dijo Lee a la primera ministra india Indira Gandhi.[7] Aunque él mismo era de origen chino, Lee temía la hegemonía de China en su región.

Sin embargo, la verdadera relevancia de Singapur para la Guerra Fría, por lo menos en términos simbólicos, era el grado en que el antiguo organizador laborista Lee Kuan Yew rompió con los ideales de la solidaridad del Tercer Mundo, que le habían atraído mucho en su juventud, y optó por el desarrollo interno basado en los mercados. En el momento de su independencia, Singapur era muy pobre. No tenía más recursos que su población. Para Lee, la presencia de Estados Unidos en la región era una garantía de seguridad y de oportunidades económicas. A principios de los años setenta, a Lee ya no le interesaban las reivindicaciones de una mejora de precios de las materias primas o del no alineamiento político. Lee decidió que Singapur únicamente podía hacerse rico, y él mismo convertirse en un personaje más poderoso, integrándose en los mercados mundiales.

Mientras otros países de Asia oriental crecían dentro del sistema mundial encabezado por Estados Unidos, la República Popular China de Mao se había dedicado a explorar las profundidades de la ortodoxia política marxista. La Revolución Cultural, aunque no fue un desastre económico comparable al de la campaña del Gran Salto Adelante de la década anterior, aisló aún más a China del mundo que la rodeaba. Además, muy pronto empezó a generar problemas dentro del país. Al tiempo que los estudiantes vociferaban y cumplían la orden de Mao de «bombardear el cuartel general», y mientras los comunistas veteranos eran llevados a rastras por las calles o castigados como criminales, el país iba haciéndose cada vez más ingobernable. En vista de que algunos servicios cruciales, como los ferrocarriles o el teléfono, funcionaban cada vez peor, sobre todo debido a

que muchos de sus trabajadores eran enviados a centros de reeducación, Mao empezó a preocuparse por la falta de preparación de China frente a un ataque extranjero. En 1969 se puso fin a muchos de los aspectos más demenciales de la Revolución Cultural –sesiones de tortura pública, mítines que duraban todo el día, griterío constante de eslóganes– en parte mediante el empleo del Ejército contra los activistas de la Guardia Roja. Los campos de trabajo y los centros de reeducación subsistieron, ahora a menudo poblados por quienes habían sido los mayores partidarios de Mao cuando empezó la Revolución Cultural. Aunque el terror maoísta seguía vigente, el paisaje político en China estaba variando poco a poco.

Uno de los motivos de que Mao cambiara de opinión fue que adoptó un nuevo punto de vista sobre la Guerra Fría. En 1965, la principal preocupación de Mao en política exterior era la intervención de Estados Unidos en Vietnam. Y aunque Mao ya había vaticinado un aumento de la intervención estadounidense en aquel país, le sorprendió su magnitud. Mao estaba convencido de que los norvietnamitas no tenían la mínima posibilidad de vencer sin un apoyo directo de China, como ocurrió en Corea. Y, en medio del caos provocado por la Revolución Cultural, Mao se resistía a entrar en otra guerra contra el país más poderoso del mundo. Pero, al igual que Stalin en el caso de Corea, Mao tampoco veía ningún inconveniente en que los estadounidenses se quedaran empantanados en Indochina. En 1968, cuando Hanói accedió a tantear la posibilidad de negociar con la administración de Johnson tras el fracaso de la ofensiva del Tet, el primer ministro chino Zhou Enlai arremetió contra los vietnamitas por poner en riesgo la causa y hacer peligrar su posición. «Sin que les rompan el espinazo, o les partan cinco o seis dedos primero, [los estadounidenses] no aceptarán su derrota, y no se marcharán», le comentaba Zhou a Xuan Thuy, el negociador jefe norvietnamita. Incluso acusaba a Hanói de haber provocado con sus concesiones el asesinato de Martin Luther King Jr. y la subida de la Bolsa en Estados Unidos (algo muy malo a ojos de los chinos).[8] No es de extrañar que Le Duan, que para entonces estaba convencido de que Beijing quería librar la guerra de Vietnam hasta el

último vietnamita, acudiera cada vez más a su otro patrocinador, la Unión Soviética, en busca de ayuda.

Como en tantas otras cuestiones, los propios actos de Mao Zedong acabaron produciendo los resultados que más temía. A finales de 1968 su atención había pasado a centrarse casi exclusivamente en la amenaza soviética contra China. Mao estaba convencido de que la URSS era la superpotencia en ascenso, mientras que Estados Unidos era la potencia en declive. Juntas, estaban completando el cerco contra China. China tenía que romper el asedio. Con la intención de demostrarle a Moscú que China no tenía miedo de su poderío militar, Mao ordenó que los soldados chinos patrullaran por las zonas en disputa a lo largo de la frontera chino-soviética. Las contramedidas soviéticas alimentaron la alarma de guerra que se vivió en Beijing en 1969.

Aquel verano, temiendo un ataque nuclear soviético, Mao rescató a cuatro de sus antiguos camaradas militares de los cuchitriles a los que les había relegado durante la Revolución Cultural, y les ordenó redactar un informe secreto sin ningún tipo de restricciones sobre las opciones internacionales de China. El informe de los cuatro militares, titulado «Evaluación preliminar de la situación bélica», empezaba, prudentemente, confirmando la cosmovisión de Mao: las superpotencias odiaban a China debido al éxito de su comunismo y a las conquistas de su Revolución Cultural. En aquel momento la Unión Soviética era más peligrosa para China que Estados Unidos. La guerra con los soviéticos iba a llegar, aunque no se produciría de inmediato. Los estadounidenses preferirían que la URSS y China combatieran entre ellas. «Por el procedimiento de "sentarse en lo alto de la montaña para contemplar un combate entre dos tigres", verán cómo se debilitan tanto China como la Unión Soviética.»

Los cuatro antiguos mariscales hacían hincapié en lo apremiante de la situación. La equiparaban a la posición de China justo antes del ataque japonés de 1937. China, afirmaban, debía mejorar su posición defensiva. Aunque los soviéticos y los estadounidenses tenían algunos intereses en común, el conflicto entre ellos era «real y concreto». Y Nixon, obsesionado con la guerra de Vietnam, «considera a China una "amenaza potencial",

más que una amenaza real».[9] Chen Yi, Nie Rongzhen y los otros dos mariscales dejaban sensatamente que Mao sacara sus propias conclusiones. Pero el mensaje implícito de su informe, que tal vez China debía atenuar sus conflictos con Estados Unidos a fin de luchar contra la Unión Soviética, estaba claro.

En Washington, Richard Nixon se apresuró a poner en marcha sus nuevas iniciativas sobre China. El presidente, aunque se alarmó ante las escaramuzas fronterizas entre chinos y soviéticos durante la primavera de 1969, temiendo que pudieran dar lugar a una guerra nuclear, también veía enormes oportunidades para Estados Unidos. A partir del verano dio orden a los diplomáticos estadounidenses de que transmitieran que Estados Unidos estaba dispuesto a hablar con Beijing. Además, redujo las restricciones al comercio y a los viajes entre Estados Unidos y la República Popular. Con vistas a salir de la guerra de Indochina y a mejorar las relaciones con los chinos, Nixon le dijo al presidente sudvietnamita Nguyen Van Thieu que en el futuro Estados Unidos iba a seguir apoyando a los gobiernos anticomunistas en Asia, pero que no iba a intervenir con sus propias tropas para ayudarles. A continuación inició una gira relámpago por todo el mundo, y se reunió con los dirigentes de Pakistán y de la Rumanía comunista –la primera visita que hacía un presidente estadounidense. En ambos países Nixon le dijo a sus anfitriones, en un lenguaje muy directo, que quería hablar con Beijing, y les pidió que le ayudaran a transmitirle el mensaje a Mao y a Zhou Enlai.

Tras una nueva escalada de tensión chino-soviética en otoño, y antes de que los chinos respondieran a sus tanteos, Nixon empezó a pensar en las implicaciones a largo plazo de tenderle la mano a China. Con la vista siempre puesta en la política nacional, el presidente era consciente de que las amenazas soviéticas contra China podían facilitar que la opinión pública estadounidense aceptara una moderación de la política de Estados Unidos respecto a China. Pero Nixon también le dijo al Consejo de Seguridad Nacional que el único país que podía suponer una amenaza a largo plazo

para Estados Unidos era la Unión Soviética. Por consiguiente, le preguntaba Nixon a su equipo, «¿debemos reflexionar si el mundo es más seguro con una China débil, o debemos procurar que China siga siendo fuerte?».[10] Se trataba de unas ideas revolucionarias para un presidente estadounidense, y apuntaban a un plan que únicamente Richard Nixon, con su historial conservador dentro del país, podía tener esperanzas de llevar a cabo.

Cuando amainó la alarma de guerra en 1969, los dirigentes chinos se cuidaron mucho de manifestar demasiado abiertamente que veían con buenos ojos el intento de acercamiento de Nixon. La atención de Mao volvió a centrarse en los asuntos nacionales y en el caos de la Revolución Cultural. A Beijing le preocupaba la posibilidad de que Nixon estuviera tendiéndoles una trampa, y que la verdadera intención de su política respecto a China fuera simplemente facilitar que Estados Unidos ganara la guerra de Vietnam. Los ataques de Nixon en territorio de Camboya y de Laos en 1970, concebidos principalmente para cortar las líneas de abastecimiento de Vietnam del Norte hacia el sur, parecían confirmar ese punto de vista. Mao condenó la «agresión fascista» de Nixon y accedió a acoger a Sihanouk, el exiliado rey de Camboya, en Beijing. Por consiguiente, al principio ocurrieron pocas cosas tangibles en las relaciones entre China y Estados Unidos, aunque estaba claro que se habían sentado nuevos cimientos para el futuro.

En cierto sentido, Nixon tuvo suerte de que sus iniciativas sobre China tardaran un tiempo en materializarse. Al fin y al cabo, su principal objetivo para la relajación de la tensión mundial era la Unión Soviética, no China. Y los soviéticos le habían comunicado muy directamente sus reservas sobre cualquier intromisión de Estados Unidos en los asuntos de sus antiguos clientes chinos. Anatoli Dobrynin, el veterano embajador soviético en Estados Unidos, le había entregado al presidente un mensaje de Moscú, que incluía serias advertencias. «Si en Estados Unidos alguien sintiera la tentación de aprovecharse de las relaciones soviético-chinas a expensas de la Unión Soviética, y si hubiera indicios de ello, nos gustaría advertir francamente y por anticipado que esa línea de conducta, en caso de proseguir, podría dar lugar a un grave error de cálculo, y de ninguna manera

sería coherente con el objetivo de mejorar las relaciones entre Estados Unidos y la URSS.»[11] Nixon esperaba que los soviéticos y los chinos intentaran elevar más y más la puja a fin de hacerse con los favores de Estados Unidos. Pero al mismo tiempo debía tener cuidado de no jugar la baza de China de una forma que echara a perder la partida más importante, la que tenía con la Unión Soviética.

Nixon quería encontrar un equilibrio estable en las relaciones con los soviéticos, por lo menos para el futuro más inmediato. Su objetivo era reducir el riesgo de guerra y, con el tiempo, socializar a Moscú para que se integrara en el sistema internacional que había creado Estados Unidos. Nixon estaba convencido de que la Unión Soviética era un Estado posrevolucionario, cuyos intereses estatales pesaban más que su ideología. Mientras los soviéticos no cuestionaran el poderío mundial de Estados Unidos, el presidente no tenía inconveniente en reconocer a la URSS como la otra superpotencia, y permitir que conservara su hegemonía en Europa oriental. Nixon había llegado a la conclusión de que los dirigentes rusos de la Unión Soviética también eran, a fin de cuentas, europeos. Resultaba más fácil hablar con ellos, y convencerles, que los variopintos radicales del Tercer Mundo, incluidos los de Vietnam.

Sin embargo, también llevó cierto tiempo poner en práctica la política de distensión de Nixon respecto a la Unión Soviética. Aunque Brézhnev ansiaba una estabilización de las relaciones con Estados Unidos, numerosos puntos de conflicto se interponían en el camino. Brézhnev insistía en que la Unión Soviética no estaba dispuesta a aceptar una posición de sumisión a Estados Unidos a cambio de la paz. La URSS iba a seguir decidiendo sus posturas en la política mundial a escala global y defendiendo el socialismo a nivel internacional, también en Cuba y en Oriente Medio. Los soviéticos no estaban dispuestos a que les metieran prisa ni siquiera a la hora de alcanzar un acuerdo para limitar el número de misiles nucleares estratégicos, algo a lo que el propio Brézhnev había instado en el pasado. En Moscú, los dirigentes estaban convencidos de que las circunstancias les favorecían. «Tenemos tiempo –le decía Brézhnev a sus colegas–. Los estadounidenses [...] intentan apremiarnos. Pues bien, no vamos a

abandonar las conversaciones, pero tampoco las vamos a impulsar.»[12] En 1971, a medida que se aproximaba su campaña para la reelección, Nixon se impacientaba, sobre todo respecto a las conversaciones sobre armamento nuclear. «Haz el favor de llegar a cualquier tipo de acuerdo –le dijo a Henry Kissinger–. Ya sabes que no va a haber ninguna diferencia. De todas formas vamos a decir que sí y a zanjar el asunto.»[13]

Fue la actitud de dar largas al asunto por parte de Brézhnev lo que forzó a Nixon a hacer la mayor apuesta de su carrera política. En abril de 1971, Mao por fin se decidió a responder a los acercamientos de Nixon. A través de los paquistaníes, Mao invitó al presidente a visitar Beijing para unas conversaciones directas con los dirigentes chinos. Nixon decidió aceptar inmediatamente. Pensaba que tendiéndole la mano a Beijing iba a ejercer la presión necesaria tanto sobre los soviéticos como sobre los norvietnamitas. «La diferencia entre [los chinos] y los rusos –explicaba Henry Kissinger–, es que si se te caen al suelo unas monedas, cuando vas a recogerlas los rusos te pisan los dedos, y los chinos no. [...] Los rusos nos aprietan a cada paso que damos, y eso ha sido simplemente una estupidez.»[14]

A pesar de las dudas de Nixon sobre la habilidad negociadora de su asesor de seguridad nacional, decidió enviar a Kissinger a Beijing como avanzadilla. La misión preparatoria debía ser secreta, y Nixon sabía que enviar a Kissinger era su mejor apuesta para que así fuera. El 8 de julio de 1971, Kissinger viajó a Pakistán para celebrar una serie de reuniones muy publicitadas con los dirigentes de aquel país. Tras la recepción de bienvenida de la primera noche, Kissinger fingió ponerse enfermo, y su portavoz le dijo a la prensa que tenía que descansar fuera de Islamabad durante un día o dos. Por el contrario, aquella noche Kissinger voló secretamente a Beijing a bordo de un avión paquistaní, y allí fue recibido por el primer ministro chino Zhou Enlai. Kissinger, acobardado por ser el primer dirigente estadounidense que visitaba la China comunista, empezó a leer un texto preparado con anterioridad. Zhou le interrumpió. China, dijo, abrigaba esperanzas de «coexistencia, igualdad y amistad». Pero para que eso ocurriera, Estados Unidos debía «reconocer a la República Popular China como el único Gobierno legítimo de China sin hacer excepciones. Al

igual que nosotros reconocemos a Estados Unidos como el único Gobierno legítimo, sin considerar a Hawái, el último estado de la Unión, una excepción a su soberanía, o menos aún a Long Island». En otras palabras, Estados Unidos tenía que poner fin a su relación con Taiwán.

El 15 de julio, tras el regreso de Kissinger, Nixon asombró al mundo al aparecer por televisión en directo para anunciar que muy pronto iría de visita a la República Popular China. Su objetivo, dijo, era fomentar la causa de la paz mundial. En Beijing, el anuncio público fue un shock para todos los que se habían criado con el antiamericanismo como parte integrante de sus creencias básicas. Pero también reforzó la posición de Zhou Enlai en las frenéticas luchas internas por las que estaba pasando el régimen chino a raíz de la Revolución Cultural. Como siempre, Zhou había logrado cumplir los deseos de Mao. Lin Biao, el sucesor designado de Mao, que sospechaba que estaba cayendo en desgracia, en parte a raíz del acuerdo con Estados Unidos, intentó escapar hacia la frontera soviética, pero falleció cuando el avión en el que volaba se estrelló en Mongolia. El caos creado por la defección y muerte de Lin en septiembre de 1971 obligó a posponer la visita de Nixon. También reavivó el odio de Mao a la Unión Soviética. Al igual que hizo en el caso de Liu Shaoqi, Mao vinculaba la traición de Lin al imperialismo social soviético. Lin Biao «había querido llegar a un acuerdo con los revisionistas soviéticos en un claro desafío a los esfuerzos de nuestro partido de dejar en evidencia y criticar el revisionismo soviético», afirmaba Mao.[15] Cuando el presidente rumano Ceaușescu, que había contribuido a contactar con los estadounidenses, le preguntó si China a su debido tiempo también podría arreglar la situación con Moscú, Mao respondió categóricamente: «No vamos a arreglar nada, y proseguiremos en nuestro dogmatismo; incluso 10.000 años».[16]

El 21 de febrero de 1972 Nixon llegó a Beijing; era el primer presidente estadounidense de la historia que visitaba China. Teniendo en cuenta que todavía estaban en curso las conversaciones con los soviéticos sobre limitación de armas, y que aún no se vislumbraba un final para la guerra de Vietnam, el presidente necesitaba apuntarse un éxito en política exterior. Estaba decidido a que fuera este. Mao estaba enfermo, convaleciente de una

grave neumonía, y tan solo hizo una breve aparición, durante la que divagó sobre su debilidad y su incapacidad. Cuando el presidente le dijo a modo de elogio que «los escritos del presidente Mao han impulsado a una nación y han cambiado el mundo», Mao le contestó que «no he sido capaz de cambiarlo. Tan solo he podido cambiar algunos lugares de los alrededores» de Beijing. Mirando a Nixon, Mao afirmó que le gustaba. «Me gustan los políticos de derechas –dijo–. Soy relativamente feliz cuando esta gente de derechas llega al poder. [...] No estábamos demasiado contentos con esos otros presidentes, Truman y Johnson.»[17] Mao dejó las negociaciones en manos de Zhou, pero estuvo ojo avizor a lo que ocurría.

Dirigiéndose a Zhou como si fuera un congresista estadounidense al que el presidente quisiera poner de su parte, Nixon destacó que los chinos tenían que tratar directamente con él, con el presidente. Los demás políticos estadounidenses se habrían opuesto a un acuerdo con China, dijo Nixon. Tan solo él podía lograrlo. Pero para conseguirlo necesitaba que ni siquiera algunos miembros de su Gobierno estuvieran al tanto de lo que sucedía. Entre ellos figuraba el secretario de Estado, William Rogers, de cuyo departamento Nixon sospechaba que estaba filtrando documentos a la prensa a fin de perjudicar al presidente. Zhou escuchó aquella parrafada inesperada y halagadora y casi no dijo nada.

Acto seguido el presidente entró de lleno en su punto de vista de por qué Estados Unidos y China debían cooperar. La Unión Soviética amenazaba la paz mundial. «Estoy convencido, le dijo Nixon a Zhou, de que los intereses de China, así como los intereses de Estados Unidos, requieren urgentemente que Estados Unidos mantenga su despliegue militar aproximadamente a los niveles actuales y […] una presencia militar en Europa, en Japón, y por supuesto nuestras fuerzas navales en el Pacífico. Creo que el interés de China es igual de grande que el de Estados Unidos en esa cuestión», dijo Nixon. El presidente explicó que aquello no tenía que ver con Taiwán, ni con Asia oriental, ni siquiera con la guerra de Vietnam. Tenía que ver con la estabilidad mundial.[18]

Sabiendo que Mao estaba al tanto de todo lo que se hacía, resultaba difícil, incluso para un diplomático avezado como Zhou Enlai, pensar en

algo que quisieran oír los estadounidenses, salvo atacar a los soviéticos. Sobre la cuestión de Indochina, Zhou le dijo a Nixon que Estados Unidos debía retirarse, pero que los chinos iban a seguir apoyando a Vietnam del Norte, al FLN, y a los comunistas camboyanos y laosianos. Japón, dijo el primer ministro, debía hacerse «pacífico, independiente y neutral». Corea era un asunto interno de los coreanos, sobre el que le correspondía decidir a ellos. Y Taiwán iba a ser «liberado» por la República Popular China una vez que Estados Unidos rompiera sus vínculos militares con el régimen de Chiang Kai-shek, algo que Zhou esperaba que ocurriera durante el segundo mandato de Nixon como presidente.

Sin embargo, Zhou no tuvo que ofrecer grandes cosas. Nixon necesitaba un avance decisivo con China por sus propios motivos. Esperaba que la positiva cobertura de la prensa estadounidense sobre su visita le ayudara a salir reelegido. Pero también esperaba que los soviéticos y los norvietnamitas se preocuparan lo bastante por los contactos entre chinos y estadounidenses como para buscar sus propios acuerdos con Washington. La declaración final de la visita, el Comunicado de Shanghái, empezaba exponiendo por separado los puntos de vista de los gobiernos chino y estadounidense. Pero después concluía que los dos países iban a seguir colaborando hacia la plena normalización de sus relaciones bilaterales y cooperando en materia de comercio y tecnología. Sobre la cuestión crucial de Taiwán, el comunicado dejaba claro que ninguna de las dos partes deseaba que el futuro de la isla fuera un obstáculo para las actuales interacciones chino-estadounidenses:

> Estados Unidos reconoce que todos los chinos a ambos lados del Estrecho de Taiwán afirman que solo hay una China, y que Taiwán es parte de China. El Gobierno de Estados Unidos no cuestiona esa postura. Reafirma su interés en una solución pacífica de la cuestión de Taiwán por los propios chinos. Con esa perspectiva en mente, el Gobierno de Estados Unidos reafirma su objetivo en última instancia de una retirada de Taiwán de todas las fuerzas e instalaciones militares estadounidenses. Mientras tanto, irá reduciendo progresivamente sus fuerzas e instalaciones militares en Taiwán a medida que disminuya la tensión en la región.[19]

Como ocurre en la mayoría de los grandes hitos diplomáticos, ninguna de las dos partes consiguió del todo lo que quería. Pero Nixon tenía razón en que el valor para Estados Unidos de iniciar un proceso abierto con China podía aprovecharse en beneficio de los intereses estadounidenses. Por su parte, Mao había conseguido una mayor seguridad contra la Unión Soviética y por lo menos alguna esperanza de recuperar Taiwán en un futuro próximo. Sin embargo, a Mao seguía intrigándole cuál podía ser en última instancia el propósito de los estadounidenses. No podía entender por qué Nixon apoyaba a la «verdadera» revolución comunista, a su revolución, frente a los falsos comunistas de Moscú. En 1970, Mao les había dicho a los vietnamitas que Kissinger «es un maldito erudito, [...] un catedrático de universidad que no sabe nada de diplomacia».[20] Cinco años después, Mao acusaba a Kissinger de «dar un salto hacia Moscú apoyándose en nuestros hombros».[21] En aquella relación hubo una cooperación limitada, pero casi no hubo confianza, ni siquiera después de que los estadounidenses empezaran a compartir con los chinos información altamente sensible de sus servicios de espionaje.

Para el resto del mundo, y sobre todo para el resto de Asia, el decisivo avance en las relaciones chino-estadounidenses equivalía a un terremoto estratégico. Washington llevaba más de veinte años diciéndole a los japoneses, a los surcoreanos y a los países del sudeste asiático que los estadounidenses estaban en Asia para protegerles de los planes expansionistas del comunismo chino. En Europa y en otras partes del mundo, Estados Unidos había protestado ante cualquier intento por parte de sus aliados o de otros países neutrales de reconocer la República Popular China. Y ahora el presidente aparecía, sonriente y saludando, en Beijing con Mao Zedong y Zhou Enlai. El primer ministro japonés Sato Eisaku, que había sido informado tan solo unos minutos antes de la emisión del discurso de Nixon por televisión en 1971, se puso a llorar. «He hecho todo lo que me han pedido [los estadounidenses]», exclamó Sato, pero «me han decepcionado».[22]

Para Japón, los *Niksonu shokku* (shocks de Nixon) de 1971 dieron lugar a grandes debates sobre el futuro del país, incluso dentro del PLD, el partido

gobernante. Aquel fue el punto de inflexión de Japón en la Guerra Fría. El abandono de Bretton Woods por parte de Nixon estaba en gran medida dirigido contra los intereses comerciales de Japón. Desde el punto de vista de Washington, a Japón le había ido demasiado bien bajo la tutela de Estados Unidos. Y la aventura de Nixon en China había dejado en la estacada a Japón a nivel diplomático. Mientras tanto, la Guerra Fría nacional de Japón, entre el PLD por un lado y los comunistas, los socialistas y los sindicatos por otro, había amainado (aunque seguía habiendo muchas cosas que les dividían). En 1972 el desventurado Sato fue sustituido por Tanaka Kakuei, que partió de inmediato hacia Beijing para recuperar el tiempo perdido. China y Japón acordaron establecer relaciones diplomáticas plenas, el reconocimiento de Taiwán como parte de la República Popular China, y oponerse conjuntamente a la «hegemonía» (una forma de referirse a la Unión Soviética) en la región.

Otros países asiáticos hicieron lo propio. Alentados por Beijing, los norvietnamitas decidieron que Nixon iba en serio cuando decía que Estados Unidos quería retirarse, y accedieron a firmar un tratado de paz con Estados Unidos en París en enero de 1973. Los Acuerdos de París fueron una curiosa mezcla de puntos incluidos unilateralmente por Washington y por Hanói, que afirmaban simultáneamente la unidad de Vietnam y la soberanía del Vietnam del Sur. «La línea de demarcación militar del paralelo 17 entre las dos zonas tan solo es provisional, y no es una frontera política ni territorial», decía el texto. Pero también establecía que «el derecho del pueblo sudvietnamita a la autodeterminación es sagrado, inalienable, y deberá ser respetado por todos los países». Como es comprensible, Nixon tuvo que presionar mucho a los dirigentes sudvietnamitas para conseguir que firmaran un acuerdo tan chapucero. En Beijing, Mao les dijo a los norvietnamitas que debían hacer una pausa de por lo menos seis meses antes de emprender la conquista de todo el país. Pero la relación chino-vietnamita ya estaba en caída libre. A medida que Vietnam se aproximaba a la reunificación por la fuerza bajo el mando de los comunistas, Beijing sospechaba que sus aliados de tantos años ahora se aliaban con los soviéticos para controlar toda Indochina.

El acercamiento de Richard Nixon a China había resultado manifiestamente rentable en términos de lo que más le importaba al presidente. Leonid Brézhnev, que repentinamente temió desaprovechar la oportunidad de distensión con su principal enemigo, había presionado para que las conversaciones con los estadounidenses sobre limitación de armamento culminaran en un acuerdo. Cuando Nixon llegó a Moscú en mayo de 1972, tres meses después de su visita a Beijing, el Tratado de Limitación de Armas Estratégicas (SALT I) estaba listo para su firma. Para Brézhnev, aquella cumbre fue el punto culminante de su trayectoria como hombre de Estado. El acuerdo SALT no solo presuponía que la Unión Soviética había alcanzado la paridad con Estados Unidos en términos de fuerzas nucleares estratégicas, y que por consiguiente era su igual desde el punto de vista militar, sino que además el presidente estadounidense estaba dispuesto a aceptar un texto genérico, que incluía algunos de los principales conceptos que los soviéticos habían planteado en las relaciones internacionales a lo largo de los últimos veinte años. «En la era nuclear», decía el acuerdo sobre Principios Básicos firmado en Moscú,

> no existe una alternativa a mantener unas relaciones mutuas [entre Estados Unidos y la URSS] sobre la base de la coexistencia pacífica. Las diferencias de ideología y de sistema social entre Estados Unidos y la URSS no son un obstáculo para el desarrollo bilateral de unas relaciones normales basadas en los principios de soberanía, igualdad, no injerencia en los asuntos internos y beneficio mutuo [...] [Ambos países] deberán ejercer siempre la contención en sus relaciones mutuas, y estar dispuestos a negociar y zanjar sus diferencias por medios pacíficos. Los debates y las negociaciones sobre los asuntos más destacados se realizarán con un espíritu de reciprocidad, de acuerdo mutuo y de beneficio mutuo. Cada una de las partes reconoce que cualquier esfuerzo por conseguir ventajas unilaterales a expensas de la otra es incoherente con estos objetivos. Los prerrequisitos para mantener y fortalecer las relaciones pacíficas entre Estados Unidos y la URSS son el reconocimiento de los intereses de seguridad de ambas partes, sobre la base del principio de igualdad y de la renuncia al uso o la amenaza de uso de la fuerza.[23]

Se trataba de una extraordinaria declaración de tregua en la Guerra Fría, y del reconocimiento de la Unión Soviética como un igual por parte de Estados Unidos. Para un país que a lo largo de toda su historia del siglo XX había construido su política exterior sobre los conceptos de su singularidad

y, en última instancia, de su poder sin rival, se trataba de un gran paso, que con el tiempo llegó a ser muy polémico dentro del país. Pero a nivel internacional generó un momento durante la Guerra Fría en que la gente de muy distintas partes del mundo pensó por primera vez que el conflicto podía resolverse a través de la negociación y la convergencia mutua. En aquella coyuntura en particular, probablemente importaba menos que ni Nixon ni Kissinger lo pensaran. Su mundo seguía profundamente arraigado en la Guerra Fría. En el resto del mundo sus medidas contribuyeron a que algunos empezaran a pensar más allá de la Guerra Fría.

En los años setenta, un cambio como aquel venía a destacar la interdependencia humana y gubernamental entre los bloques de la Guerra Fría. La humanidad se enfrentaba a muchos retos comunes al este y al oeste por igual, rezaba el argumento de algunos intelectuales y políticos. Los estados eran cada vez más difíciles de gobernar porque se iban haciendo más complejos. Cada vez resultaba más complicado controlar los flujos de información, tanto para la actividad pública como para la privada, porque cada vez eran más numerosos. Los desafíos de la educación, la sanidad, la atención social, la planificación urbana y el transporte eran similares en todas las sociedades industrializadas. Así pues, ¿no cabía la posibilidad de que con el paso del tiempo el este y el oeste acabaran pareciéndose cada vez más, y de que las ideologías importaran menos? El economista estadounidense John Kenneth Galbraith, que había trabajado en la administración de Kennedy, ya lo había pronosticado en sus Conferencias Reith para la BBC en 1966:

> La convergencia entre los dos sistemas industriales aparentemente distintos, uno anunciado como socialismo y otro derivado del capitalismo, es un hecho. Y también debemos presuponer que es una buena cosa. Con el tiempo, y acaso en un plazo menor de lo que cabría imaginar, la convergencia acabará con la idea de un conflicto inevitable basado en diferencias irreconciliables. [...] En Estados Unidos, de no ser un asunto tan ensalzado por la ideología, hace tiempo que todo el mundo estaría de acuerdo en que la línea que actualmente separa lo público de la denominada organización privada en materia de suministros militares, de exploración espacial y de energía atómica es tan imprecisa que resulta casi imperceptible.[24]

Galbraith y otros argumentaban que la percepción común del papel central de la ciencia y la tecnología resultaría clave a la hora de aproximar a los estados de ideologías diferentes. Pero la carrera armamentista se interponía en el camino de la cooperación científica. La desconfianza impedía los éxitos comunes. Aunque Nixon y Brézhnev avanzaron en materia de control de armas, muchos expertos opinaban que dichos esfuerzos no progresaban con la suficiente rapidez. Las Conferencias de Pugwash, en las que se reunieron científicos del este y del oeste sin interferencias (por lo menos visibles) de los gobiernos, sirvieron para difundir la idea de que la élite científica tenía una particular responsabilidad en la paz mundial. En su informe de 1969, la conferencia sostenía que «es posible conseguir una disuasión eficaz con un nivel drásticamente inferior de arsenales nucleares. [...] La enormidad de la destrucción que provocaría una guerra nuclear a gran escala con los actuales arsenales de armas nucleares es algo que el público en general simplemente no entiende. Los científicos tienen una gran responsabilidad a la hora de contribuir a que el público esté informado de ello».[25]

No cabe duda de que los científicos de Pugwash tenían razón al afirmar que en los años setenta los arsenales nucleares estadounidense y soviético ya habían alcanzado unos niveles desorbitados. Las negociaciones del SALT, pese a ser importantes para reforzar la confianza entre ambos bandos, no hicieron nada para reducir dichos niveles. Únicamente aspiraban a reducir el crecimiento de los arsenales en el futuro. Durante los años sesenta, el número de cabezas nucleares había aumentado enormemente. La mayor parte de ese aumento se dio en la Unión Soviética y en Estados Unidos. Las otras potencias nucleares –Gran Bretaña, Francia y China– disponían de unos arsenales mucho más pequeños. Los soviéticos intentaron reducir la ventaja de Estados Unidos. En 1964, Estados Unidos tenía un número de cabezas nucleares estratégicas diez veces mayor que la Unión Soviética. Diez años después esa ventaja se había reducido, aunque los estadounidenses seguían teniendo más del triple de cabezas nucleares, con una precisión y una capacidad de lanzamiento mucho mayores. No obstante, entre ambos países, el aumento era pasmoso, dado que durante los

años sesenta el número total de armas nucleares aumentó a más del doble. En 1975 ya había casi 50.000 armas nucleares. Algunas de ellas tenían entre seis y diez cabezas a las que se les podían asignar blancos independientes. La suma de su poder explosivo era más que suficiente para destruir la totalidad de la masa continental de la Tierra.

Sin embargo, la lógica perversa de la carrera armamentista no se acababa en la Tierra. En 1957, cuando la Unión Soviética puso en órbita el primer satélite, la Guerra Fría amenazó con extenderse también al espacio. Los cohetes que se empleaban para transportar a los satélites hasta su posición eran prácticamente idénticos a los que propulsaban los misiles nucleares intercontinentales de las grandes potencias. Ambos bandos sabían que dar un uso militar a ese tipo de satélites mejoraría espectacularmente su posición en la carrera armamentista. Muy pronto los satélites se utilizaron no solo para los sistemas de comunicaciones y de guiado de misiles, sino también para tareas de vigilancia. Algunos expertos de ambos bandos argumentaban a favor de poner en órbita armas ofensivas. Afortunadamente, los dirigentes políticos se contuvieron. Uno de los primeros indicios de la llegada de una era de distensión fue un tratado promovido por Naciones Unidas en 1967 que prohibía el despliegue permanente de armas de destrucción masiva en el espacio.

En 1969, tras los aterrizajes estadounidenses en la Luna, Nixon y Brézhnev se dieron cuenta de que algún tipo de cooperación en materia de exploración espacial podía ser beneficioso para ambos países, y podría suponer un símbolo elocuente de una nueva era en las relaciones entre las superpotencias. Impulsado por los científicos de ambos países, ambos dirigentes firmaron un acuerdo sobre cooperación en la investigación espacial durante la visita de Nixon a Moscú en 1972. «Eso ha sido un alarde de imaginación», se jactaba Kissinger ante su jefe. Nixon, por ser quien era, dijo: «Ni siquiera Kennedy habría logrado algo así, como ese asunto del espacio». Tres años después, la cooperación espacial dio como fruto una de las imágenes más llamativas de la distensión, cuando una nave espacial *Apolo* estadounidense se acopló con una nave *Soyuz* soviética y los astronautas se dieron la mano al abrirse la escotilla.

Aunque algunos escépticos de la Guerra Fría se dedicaban a promover los contactos entre las sociedades, los intercambios científicos o el desarme, otros protestaban contra la Guerra Fría por considerarla una ampliación del control del Estado sobre el individuo. Las protestas juveniles de los años sesenta sufrieron una transformación en los años setenta, por lo menos para algunos de sus protagonistas. Atrás quedó la fe en las alternativas trotskistas o maoístas, por lo menos para el mundo occidental. Lo nuevo era la preocupación por la vigilancia del Estado y por los crímenes de Estado. El filósofo francés André Glucksmann, que en 1968 había coreado eslóganes maoístas por las calles, seis años después escribió un libro donde comparaba los crímenes de Stalin con los de Hitler. El libro, titulado *La Cuisinière et le mangeur d'hommes - Essai sur les rapports entre l'État, le marxisme et les camps de concentration [La cocinera y el devorador de hombres]* argumentaba que el marxismo, en cualquiera de sus formas, conducía al totalitarismo. También en Estados Unidos, algunos antiguos socialistas –como la catedrática de la Universidad de Georgetown Jean Kirkpatrick, y radicales como Daniel Patrick Moynihan, uno de los arquitectos de la «guerra contra la pobreza» del presidente Johnson– empezaban a hacer hincapié en los derechos del individuo y en las opciones sobre prestación de servicios de bienestar social.

Una parte de aquella renovada preocupación por las libertades personales en Occidente enlazaba con la crítica a la sociedad estalinista por parte de los soviéticos y los europeos orientales. El escritor Aleksandr Solzhenitsyn, galardonado con el premio Nobel, destacó como uno de los más valientes investigadores de los crímenes de su Gobierno. Su novela *Un día en la vida de Iván Denísovich* revelaba las inhumanas condiciones de los campos de trabajo soviéticos, en las que habían estado millones de personas absolutamente por ningún motivo. Para Solzhenitsyn, el grito de los guardias del campo se convirtió en un emblema de la propia Unión Soviética: «Atención prisioneros. Debéis obedecer estrictamente las órdenes de marcha. Permaneced en vuestras filas. No corráis, mantened un paso constante. No habléis, mantened la vista al frente y las manos a la

espalda. Un paso a la derecha o a la izquierda se considera un intento de fuga, y la escolta tiene órdenes de disparar sin previo aviso».[26]

Solzhenitsyn fue expulsado de la Unión Soviética en 1974. Después le siguieron otros escritores. Andréi Amalrik fue obligado a marcharse al extranjero dos años después. Su crimen fue que en un ensayo publicado en Occidente había preguntado si la Unión Soviética podría sobrevivir hasta el infame año 1984 de George Orwell. Un Estado tan dependiente del control y la represión tarde o temprano tendría graves problemas, argumentaba Amalrik. Cuanto más durara el autoritarismo y el aislamiento internacional, «más rápido y decisivo será el colapso cuando resulte inevitable la confrontación con la realidad». En contra de quienes afirmaban, tanto dentro como fuera de la Unión Soviética, que «la situación es mejor ahora que hace diez años; por consiguiente, dentro de diez años será aún mejor», Amalrik tenía la sensación de que por el contario la Revolución rusa había llegado a su fin y ya no tenía nada más que ofrecer a los pueblos de la Unión Soviética.[27]

Otros críticos de la Guerra Fría elevaban su argumento a nivel global. Argumentaban que ni el socialismo ni el capitalismo habían sido capaces de resolver los grandes problemas comunes a los que se enfrentaba la humanidad, y que la competencia ideológica era más bien una distracción para su resolución. El daño al medio ambiente que provocaban ambas formas de desarrollo industrial, el rápido aumento de la población, que muchos expertos presuponían que contribuía al hambre y a la agitación, y la espantosa pobreza reinante en los estados poscoloniales, convencían a muchos en Occidente de que muy pronto la Guerra Fría sería cosa del pasado. La Guerra Civil de 1967-1969 en Nigeria, motivada por la lucha por el control de los recursos y por conflictos étnicos, más que por la intervención de las superpotencias, parecía más real que cualquier potencial enfrentamiento a través de la línea divisoria de la Guerra Fría en Europa. Las imágenes de los niños famélicos en Biafra, retransmitidas a todo el mundo por las televisiones tanto del este como del oeste, parecían una amenaza mayor para el futuro común que la arcana amenaza de un apocalipsis nuclear.

Sin embargo, incluso para quienes pronosticaban la aparición de otras amenazas cada vez más importantes, la distensión entre el este y el oeste destacaba como un paso positivo. En 1973, casi el 70 % de la población estadounidense estaba convencida de que Estados Unidos y la URSS podían cooperar a favor de la paz. Se registraba un nivel de apoyo aún más alto a los acuerdos SALT y al aumento de los contactos en otros campos, como por ejemplo el comercio y la cooperación tecnológica.[28] En Europa occidental las encuestas de opinión revelaban que mucha gente pensaba que la Guerra Fría se había acabado para siempre. Menos del 10 % de la población de la República Federal de Alemania pensaba que la Unión Soviética era una amenaza real para su país. Curiosamente, a la pregunta de quién pensaban que sería más poderoso en el plazo de cincuenta años, los alemanes que respondían que la Unión Soviética eran más del doble que los que decían que Estados Unidos.[29] Pero, a diferencia de los años cincuenta, esa perspectiva ya no parecía aterrorizarles.

Al principio, por lo menos, ni siquiera las flaquezas más visibles de los principales protagonistas de la distensión en Occidente, el presidente Nixon y el canciller de la RFA Brandt, podían debilitar el apoyo público a la distensión. Los problemas de Nixon con la ley sepultaron su presidencia inmediatamente después de su reelección en 1972. Se descubrió que el presidente había obstruido la investigación de un allanamiento del cuartel general del Partido Demócrata, sus adversarios políticos, en el edificio Watergate de Washington. El robo se cometió por orden de algunos funcionarios de la Casa Blanca, y la presión sobre Nixon para que acudiera a testificar fue en aumento. Cuando quedó claro que se enfrentaba a un procesamiento y a su probable destitución del cargo, Nixon dimitió en agosto de 1974. Era el primer presidente estadounidense que dimitía, y lo hacía de forma deshonrosa.

El mandato de Willy Brandt como canciller también encalló en los problemas que él mismo se creó. Al igual que Nixon, Brandt había sido reelegido en otoño de 1972, con un sólido mandato público. Sin embargo, no parecía estar muy seguro de hacia dónde dirigir las siguientes iniciativas de su *Ostpolitik*. No quería cuestionar demasiado directamente el concepto

estadounidense de una distensión liderada por las superpotencias, y esperaba ver más cambios positivos en el este, y sobre todo en la República Democrática Alemana, antes de presentar nuevos planes para la cooperación este-oeste. Mientras tanto, la vida privada de Brandt era cada vez más problemática. Bebía demasiado, y sus aventuras extramatrimoniales preocupaban a sus colegas, aun antes de que se descubriera que un importante funcionario de la oficina de Brandt era un espía de la RDA. Temiendo que intentaran chantajearle, Brandt dimitió en mayo de 1974. Su sucesor, Helmut Schmidt, apoyaba la *Ostpolitik*, pero era un destacado escéptico acerca de la disposición de los países de Europa oriental y de la Unión Soviética a corresponder a las concesiones de Occidente.

El sucesor de Nixon en la Casa Blanca, Gerald Ford, también era un firme partidario de ampliar las relaciones con los soviéticos y los chinos. Henry Kissinger siguió siendo el gran jefe de la política exterior, esta vez en calidad de secretario de Estado, aunque su posición en el seno de la nueva administración se fue restringiendo gradualmente. Ante un Congreso controlado por el Partido Demócrata, e incluso, a raíz del escándalo Watergate, ante un sector del Partido Republicano crítico con el fuerte Ejecutivo que había intentado organizar Nixon, el margen de maniobra de la Casa Blanca en materia de política exterior acabó siendo limitado. A pesar de todo, la administración de Ford logró completar el marco para un nuevo acuerdo de limitación de armas estratégicas, SALT II, que establecía unos límites iguales y claros al número de armas nucleares estratégicas que podía poseer cada bando, incluso en el caso de los misiles con cabezas nucleares múltiples (MIRV). Además, el acuerdo intentaba impedir el despliegue de nuevos tipos de armas estratégicas en el futuro.

En noviembre de 1974, el presidente Ford viajó a la ciudad de Vladivostok, en la costa soviética del Pacífico, para firmar el acuerdo marco de SALT II. En las negociaciones que se llevaron a cabo allí, ambos líderes intentaron avanzar lo más rápidamente posible, a veces en contra de los consejos de sus propios expertos militares. Brézhnev afirmaba que su objetivo era zanjar la carrera armamentista para que la Unión Soviética

pudiera centrarse en el desarrollo del país. «Estamos gastando miles de millones en todas estas cosas, miles de millones que sería mucho mejor gastar en beneficio del pueblo», le dijo Brézhnev a Ford.[30] Pero el dirigente soviético también aspiraba a la plena igualdad en todo tipo de armas estratégicas, incluidos aquellos en los que en realidad los soviéticos iban rezagados respecto a Estados Unidos. Por consiguiente, la plena paridad estratégica se convirtió en una especie de trampa para Brézhnev, si lo que pretendía era rescatar más fondos para fines civiles. La Unión Soviética tuvo que gastar sumas cada vez mayores para alcanzar los niveles de armamento que habían afirmado falsamente poseer, y de los que en general los estadounidenses creían que el Ejército Rojo ya disponía.

A mediados de los años setenta, los defensores de la distensión habían logrado grandes cosas, en una medida que no habría sido posible prever diez años antes. Resulta demasiado fácil afirmar, como hacen algunos, que había llegado el momento propicio para ese tipo de medidas de aumento de la confianza. Aunque el proceso de distensión fue irregular, y contradictorio en algunos asuntos cruciales, había hecho falta verdadera valentía para llevarlo al punto en que estaba en 1975. El anciano Brézhnev había hecho de él la obra de su vida, y estaba convencido de que serviría para mantener la paz, aunque él y sus colegas marxistas empezaban a sospechar que el capitalismo mundial estaba entrando en una crisis estructural que daba ventaja a la Unión Soviética en los asuntos internacionales. Los dirigentes chinos también merecen cierto reconocimiento por romper con el pasado, aunque quisieran utilizar la seguridad que habían obtenido para nuevos y nefandos propósitos dentro del país. Sin embargo, fue Richard Nixon quien hizo posible todo aquello. Como básicamente desconfiaba de su propio pueblo, Nixon encauzó a la fuerza la política exterior de Estados Unidos por una senda en la que, por primera vez durante la Guerra Fría, se trataba a los demás sobre el presupuesto de que la hegemonía mundial de Estados Unidos no podía durar para siempre.

16

La Guerra Fría e India

En contra de lo que a menudo afirmaba Henry Kissinger, asesor de seguridad nacional del presidente Nixon, el factor imponderable de la Guerra Fría no era China. En tiempos de Mao, China era demasiado ideológica, demasiado introvertida para desempeñar ese papel. Si en la Guerra Fría había un factor imponderable, era India, una democracia que a la sazón contaba con más de cuatrocientos millones de habitantes, que había logrado su independencia de Gran Bretaña en 1947, y que en gran parte había adoptado un sistema de Gobierno de estilo británico. Los nuevos dirigentes indios, liderados por el primer ministro Jawaharlal Nehru y su Partido del Congreso, se autodefinían como no alineados, anticoloniales y socialistas. Aunque en gran medida se inspiraba en las ideas soviéticas de la planificación centralizada, Nehru se oponía ferozmente al concepto de los bloques de poder. La Guerra Fría, como sistema internacional, le repugnaba. A juicio de Nehru, ese sistema se basaba esencialmente en obsesiones europeas, y distraía la atención de los verdaderos problemas a los que se enfrentaba la mayoría de la población mundial: el subdesarrollo, el hambre y la opresión colonial.

Para el patricio Nehru, el socialismo tenía que ver ante todo con la ayuda social y con la igualdad en su sentido más amplio. El primer presidente del Gobierno de India, muy influido por las tradiciones de la izquierda británica durante su educación en Harrow y en Cambridge, se veía a sí mismo «por temperamento y formación como un individualista, e intelectualmente como un socialista. [...] Espero que el socialismo no mate ni suprima la individualidad. De hecho, me siento atraído por el socialismo

porque liberará a incontables individuos de la esclavitud económica y cultural».[1] En la resolución del Partido del Congreso sobre política económica, aprobado en 1956, un año antes del inicio del segundo Plan Quinquenal, «el objetivo nacional es un Estado del bienestar y una economía socialista. Eso únicamente puede lograrse a través de un considerable aumento de los ingresos y un volumen mucho mayor de bienes, servicios y empleo. Por consiguiente, la política económica debe aspirar a la abundancia y a un reparto equitativo».[2]

Para conseguir el tipo de desarrollo al que aspiraban Nehru y el Partido del Congreso, eran esenciales la solidaridad del Tercer Mundo, la soberanía nacional y la libertad de acción. Por consiguiente, la nueva India se definía en muchos aspectos en contraposición con la Guerra Fría, tanto en el plano nacional como en el internacional. Fue uno de los principales convocantes de la Conferencia de Bandung de 1955, y se convirtió en uno de los miembros fundadores del Movimiento de Países No Alineados en 1961. En materia de política exterior, India destacaba el papel de las instituciones internacionales incluyentes, sobre todo de Naciones Unidas. Mucho antes de que surgiera la distensión en Europa o entre las superpotencias, Nehru estaba convencido de que la Guerra Fría como sistema internacional era perjudicial para los intereses de India y para los valores que a su juicio representaba su país. A veces los líderes internacionales acababan cansándose de los sermones moralistas de Nehru y de su insistencia en India como ejemplo. Pero su país era una potencia a tener en cuenta, tanto en el marco de Asia como por la insistencia de Nehru en el papel de India como antídoto contra la Guerra Fría.

Aunque poner a India como ejemplo para los demás países parecía relativamente fácil, teniendo en cuenta el caos reinante en muchas zonas del mundo poscolonial, forjar unas políticas que favorecieran las metas de Nehru dentro y fuera del país resultaba más difícil. Bajo el mandato de Nehru, el Partido del Congreso permaneció muy vinculado a las instituciones de corte británico que había adoptado el país, como por

ejemplo la convocatoria de elecciones sobre la base de una persona/un voto por lo menos cada cinco años. Algunos indios argumentaban que en un país con una tasa de analfabetismo de más del 80 %, semejante sistema resultaba administrativamente ineficaz y políticamente carecía de sentido. El Partido Comunista indio fustigaba a Nehru por no hacer lo suficiente para erradicar la ancestral opresión social en el campo, sobre todo a través del sistema de castas, o para poner coto a la explotación de los trabajadores en las ciudades. El Partido Comunista había logrado un apoyo sustancial en muchos estados indios, como Kerala y Bengala Occidental, y era el mayor partido de la oposición en el Parlamento. Pero los comunistas siempre fueron vulnerables a los ataques de Nehru por su apoyo a la violencia, por no tener en cuenta los intereses nacionales de India y por oprimir las libertades individuales. A finales de los años cincuenta, después de que los comunistas ganaran las elecciones en Kerala, Nehru intervino para que el Gobierno central les destituyera de sus cargos sin contemplaciones. La hija de Nehru, Indira Gandhi, que había sido elegida presidenta del Partido del Congreso con el que se habían estado peleando los comunistas locales, no toleraba la mínima resistencia: «Cuando Kerala está prácticamente en llamas, el deber del Gobierno central es ir en ayuda del pueblo; el mal Gobierno de los dirigentes comunistas del Estado ha creado una situación que [...] no admite reparos jurídicos».[3]

El principal desafío en materia de política exterior del Partido del Congreso, que no estaba dispuesto a tolerar la mínima resistencia dentro del país –ya fuera por parte de los comunistas, de los terratenientes y los aristócratas recalcitrantes, o de los grupos étnicos minoritarios– consistía en combatir las consecuencias de la partición de India en 1947. Nehru afirmaba que había aceptado la creación de Pakistán como Estado independiente, y efectivamente la prefería, como haría cualquier persona sensata, a que prosiguieran las matanzas étnicas en las que se había sumido India durante el año de la independencia. Pero la existencia de un Estado religioso, amputado del territorio indio al este y al oeste del país, le sacaba de quicio, como buen laicista radical. En privado, Nehru confesaba que habría sido mejor que Pakistán no existiera. Pero, dado que existía, él

insistía en que había que tratarlo como a un igual. Lo que dificultaba aquel enfoque eran los incesantes combates en el estado de Cachemira, situado al noroeste, entre India y Pakistán. En 1947 Cachemira se había incorporado a India, pero una parte de su mayoría musulmana clamaba a favor de su inclusión en Pakistán o de su independencia. Tras una breve guerra, India pasó a controlar dos tercios de Cachemira y Pakistán, el resto del territorio. Para los dirigentes paquistaníes, luchar contra el control de India sobre Cachemira era una cuestión de liberación nacional. Para Nehru, era una cuestión que afectaba a la integridad territorial de India y a su estatus de Estado no comunitario y multiétnico. Los antepasados del propio Nehru provenían de Cachemira. Aunque India ofrecía un plebiscito para zanjar la cuestión, ni el primer ministro ni el país estaban dispuestos a renunciar a Cachemira por las presiones de Pakistán.

En el escenario mundial, Nehru hacía hincapié en la política exterior no alineada de India y en la necesidad de soluciones globales para los problemas del mundo, preferiblemente a través de Naciones Unidas. Su visita a Estados Unidos, célebre por el hecho de que Nehru no congenió con su anfitrión, el presidente Truman, estaba concebida para socializar a los estadounidenses con vistas a su integración en la creciente comunidad de naciones. «Dos trágicas contiendas han demostrado la inutilidad de la guerra –dijo Nehru ante el Congreso de Estados Unidos–. La victoria sin voluntad de paz no consigue resultados duraderos. [...] ¿Puedo aventurarme a afirmar que esa no es una descripción incorrecta del mundo hoy en día? No resulta halagadora ni para la razón del hombre ni para nuestra humanidad común. ¿Ha de persistir este desafortunado estado, y que el poder de la ciencia y la riqueza siga utilizándose al servicio de la destrucción? [...] Cuanto más grande es una nación, mayor es su responsabilidad de encontrar y trabajar a favor de la respuesta adecuada.»[4]

India se negaba a sumarse al bando de Estados Unidos en la Guerra Fría, como ansiaba Truman, y prácticamente esperaba. La ayuda económica bilateral estadounidense prosiguió. Pero «ellos esperaban algo más que gratitud y buena voluntad –dijo Nehru a su regreso–, y yo no podía ofrecerles ese algo más.»[5]

Efectivamente, los estadounidenses esperaban más. A Truman y a su secretario de Estado, Dean Acheson, les resultaba muy difícil aceptar que el no alineamiento, en el caso de India, significara justamente eso: la insistencia en una política exterior independiente y la negativa a someterse a cualquiera de los dos bloques de poder. Por ejemplo, sobre la cuestión de Corea, Nehru condenó el ataque norcoreano, pero enseguida empezó a buscar una resolución pacífica del conflicto. Aunque Washington las descartó por considerarlas absolutamente ingenuas, las iniciativas de India sí tuvieron algún efecto, sobre todo a propósito del alto el fuego y de las negociaciones sobre los prisioneros de guerra al final de la contienda. Pero los esfuerzos de Nehru para poner fin a la guerra no impresionaron demasiado a Truman. «Nehru nos ha vendido en Naciones Unidas –se dice que comentó el presidente a finales de 1950–. Su actitud ha sido la responsable de que hayamos perdido la guerra en Corea.»[6]

Mientras que Nehru mantenía las distancias con los estadounidenses, los dirigentes paquistaníes estaban encantados de echarse en sus brazos. La élite musulmana que había creado el Estado paquistaní, agobiada por una mala situación económica dentro del país y por las presiones de India, se apresuró a sumarse a los esfuerzos de Estados Unidos en el marco de la Guerra Fría. Los enviados paquistaníes presentaron a su país como un eslabón crucial de la cadena de la Guerra Fría alrededor de la Unión Soviética, sobre todo teniendo en cuenta que India se había negado a contribuir a la causa anticomunista. Afirmaban que Pakistán, sin la ayuda de Estados Unidos, podía convertirse en un blanco fácil para el expansionismo de la URSS en su búsqueda de puertos de aguas cálidas. En 1954, la administración de Eisenhower recompensó a Pakistán con un Acuerdo de Ayuda para la Defensa Mutua, por el que el país recibió una ayuda militar sustancial de Estados Unidos. Además, Pakistán se adhirió a la Organización del Tratado del Sudeste Asiático (SEATO) y al Pacto de Bagdad, que garantizaban el apoyo de Estados Unidos y Gran Bretaña en caso de ataque contra su territorio. Los otros miembros asiáticos de esos pactos eran Filipinas, Tailandia, Irán, Irak y Turquía. Nehru estaba fuera de sí. En 1956, cuando recibió en Nueva Delhi a John Foster Dulles, secretario

de Estado de Eisenhower, el primer ministro indio condenó la política de Estados Unidos. «Dijo que reconocía que probablemente la OTAN hubiera surgido de una necesidad real», informaba Dulles, pero

> dudaba de si los acuerdos asiáticos tenían un verdadero valor para la seguridad. Deploraba amargamente SEATO y Bagdad, porque a su juicio los paquistaníes se habían adherido no por seguridad frente a los comunistas soviéticos sino a fin de conseguir fuerza para utilizarla contra India. Tenía la sensación de que los paquistaníes eran un pueblo marcial y un pueblo fanático que fácilmente podía atacar a India. [...] Deploraba el hecho de que el rearme de Pakistán por Estados Unidos estuviera llevando a India a armarse y a realizar un gran gasto en defensa, cuando el país quería concentrar sus esfuerzos en mejorar su situación económica y social. (En esta conversación sobre Pakistán, sobre el que se explayó por extenso, dio muestras de fuertes emociones.)[7]

Gran parte de la política exterior de Nehru estaba concebida para librarse de las limitaciones que imponía la división en el sur de Asia. Con cierta razón, culpaba al colonialismo de los males de la región. A juicio de Nehru fueron los ingleses los que enemistaron a los musulmanes con los hindúes, y quienes habían creado estados independientes en la periferia del subcontinente: Birmania, Ceilán, Nepal, Bután y Sikkim. Habían aceptado Goa como colonia portuguesa en la costa occidental de India. Habían otorgado poder a diversos territorios gobernados por príncipes y marajás, a los que ahora el primer ministro tenía que tentar, engatusar y amenazar para que aceptaran convertirse en miembros de pleno derecho del Estado indio. Por consiguiente, la solidaridad anticolonial y asiática era importante para Nehru, sobre todo entre los principales estados asiáticos. Durante sus primeros años en el poder, Nehru tendió la mano a Indonesia, a la que consideraba un equivalente de India en el sudeste asiático. También quería colaborar estrechamente con China, en parte a fin de convencer a los comunistas chinos de que ante todo ellos eran asiáticos. Y se opuso al Tratado de Seguridad de Estados Unidos con Japón, que a su juicio era una imposición de la Guerra Fría sobre una nación asiática.

En 1955, en Bandung, algunos participantes llegaron a considerar la conferencia un espectáculo excesivamente indio, teniendo en cuenta el

estatus de superestrella de Nehru. Sin embargo, su mensaje a los asistentes fue claro. La Guerra Fría iba en contra de los intereses del Tercer Mundo. Amenazar al mundo con la aniquilación nuclear no solo era inmoral, sino que además distraía la atención de los verdaderos problemas a los que se enfrentaban los países poscoloniales: la pobreza, el analfabetismo, las epidemias y las turbulencias sociales que había creado el colonialismo. Los nuevos estados poscoloniales tenían que trabajar juntos para superar los males que había dejado tras de sí la era colonial, así como las actuales amenazas de la Guerra Fría. Y la única forma de poner en marcha dicha cooperación era que los demás países aprendieran del no alineamiento de India y de su voluntad de defender los principios del Tercer Mundo, aunque las superpotencias de la Guerra Fría le dijeran que no lo hiciera. Con un tono un tanto moralista, Nehru les dijo a los líderes reunidos en Bandung que en algunos asuntos debían renunciar a sus intereses nacionales para apoyar lo que era moralmente justo y bueno para la causa común.

La principal obsesión de Nehru durante el periodo posterior a la Conferencia de Bandung consistió en difundir lo que él denominaba la solidaridad práctica con las causas de la descolonización, la unidad nacional y la oposición al dominio extranjero. En Naciones Unidas, India arremetió contra la tardanza de los países europeos en liberar a los países africanos. Habló en contra del creciente papel de Estados Unidos en Indochina, y acogió favorablemente las revoluciones de Egipto y Cuba. Pero, a diferencia de los países más radicales del Tercer Mundo, Nehru seguía creyendo que era posible la colaboración con los europeos, y que era preciso evitar los conflictos violentos. Los radicales como Nasser se sintieron decepcionados con la postura india favorable a las negociaciones durante la Crisis de Suez o con su falta de apoyo militar a los movimientos de liberación africanos. Nasser, Ben Bella y Nelson Mandela deploraron el énfasis de India en la mediación y el arbitraje, y que el país siguiera estando de acuerdo con formar parte de la Commonwealth británica.

Sin embargo, dentro de su país, Nehru se estaba desplazando más a la izquierda en sus intentos por fomentar el rápido desarrollo de India. Desde la década de 1930, los dirigentes del Partido del Congreso estaban

fascinados con los modelos soviéticos de planificación y con el éxito que aparentemente tenían dichos planes a la hora de modernizar un país atrasado. Tras la independencia, los economistas indios formados en Gran Bretaña, e influidos por las ideas laboristas de izquierdas sobre el desarrollo centrado en el Estado, empezaron a elaborar planes a gran escala para convertir a India en una potencia industrial y al mismo tiempo dar de comer a su creciente población. Pero, a pesar de su formación británica, los planes quinquenales que elaboraron los expertos indios estaban más cerca del GosPlan (el comité para la planificación económica de la URSS) que de la London School of Economics, más cerca de Lenin que de Harold Laski. El ejemplo tangible y demostrado del experimento soviético tenía más peso que los imprecisos y polémicos planes británicos. En el segundo Plan Quinquenal, iniciado en 1956, el planificador jefe de Nehru, Prasanta Chandra Mahalanobis, esbozaba los objetivos de la iniciativa:

> Debe contemplar un mayor aumento de la producción, de la inversión y del empleo. Al mismo tiempo, debe acelerar los cambios institucionales requeridos para que la economía sea más dinámica y más progresista tanto en términos de sus fines sociales como de sus fines económicos. El desarrollo es un proceso continuo; afecta a todos los aspectos de la vida de la comunidad y debe contemplarse con amplitud. Así pues, la planificación económica se extiende a las esferas extraeconómicas, educativas, sociales y culturales. Cada plan para un periodo limitado se convierte en el punto de partida de un esfuerzo más sostenido que abarca periodos más largos, y cada paso en el avance nos abre nuevas perspectivas y saca a relucir nuevos problemas a resolver.[8]

El arranque del segundo Plan Quinquenal coincidió no solo con la defensa de la solidaridad entre los países del sur por parte de India, como en Bandung, sino también con un sustancial impulso a sus vínculos con el Bloque soviético. Jruschov visitó India en 1955, y a pesar de que Nehru le resultó casi tan difícil de tratar a nivel personal como a los estadounidenses, el dirigente soviético se apresuró a proclamar una nueva era de amistad soviético-india. La ayuda soviética empezó a llegar a India, aunque durante muchos años no pudo compararse con la ayuda al desarrollo procedente de Norteamérica y Europa occidental.[9] Pero Jruschov fue más allá del dinero,

de la tecnología y de los expertos. Además apoyó inequívocamente la postura india sobre asuntos internacionales, como Cachemira. De una forma un tanto cínica, la embajada india en Moscú le dijo a Nehru que «los soviéticos temen que su socio oriental, China, con sus enormes recursos humanos y su creciente fuerza industrial pueda acabar siendo una amistad incómoda. Para afrontar tal contingencia en caso de que surgiera, desean establecer unas condiciones para contrarrestarla. [...] ¿Quién más podría hacerlo mejor que India?».[10]

China había sido un enigma para Nehru desde su nombramiento como primer ministro indio. Durante la Guerra Civil china, la simpatía de Nehru había estado sobre todo de parte de los comunistas, debido a sus raíces rurales y a su programa a favor de la justicia social. Pero ante todo deploraba la violencia de la guerra y el enfoque marxista doctrinario de que hizo gala el Partido Comunista de China (PCCh) tras su victoria. A juicio de Nehru, ambas cosas estaban relacionadas. La guerra fomentaba el radicalismo y la agresividad extremos. Nehru quería construir unas relaciones más estrechas con China por tratarse de otro país asiático, pero se mostraba cauto debido a la disposición del nuevo régimen de Beijing a emplear el terror para resolver los problemas internos, y debido a su alianza ideológica con la Unión Soviética. Aun así, Nehru dejó claro que China tenía que estar incluida en el grupo de países afroasiáticos que él aspiraba a crear. «No tengo absolutamente ninguna duda –les decía a sus colegas–, de que el Gobierno y el pueblo de China desean la paz.»[11]

El estatus del Tíbet, una región fronteriza autónoma que China reclamaba como parte de su territorio soberano, era un importante problema en la relación chino-india. Los dirigentes comunistas chinos temían que la India independiente siguiera adelante con los intentos de Gran Bretaña de influir en el Tíbet para sus propios fines. Sin embargo, Nehru no tuvo ningún problema en aceptar la soberanía de China sobre la región, aunque se solidarizaba con los intentos del joven Dalái Lama de conservar el mayor grado posible de autogobierno. Además, el primer ministro indio deseaba que el Tíbet mantuviera la libertad de culto para su población, mayoritariamente budista. El consulado indio en Lhasa, que hacía las

funciones de puesto de escucha para todo lo que ocurría en el Tíbet, informaba del atraso del país y de su necesidad de desarrollo para dejar atrás «un anticuado sistema feudal curiosamente preservado, más cruel que benigno».[12] Pero también destacaba el papel del Tíbet como gigantesca zona parachoques entre China e India.

En 1950, cuando las tropas comunistas chinas entraron en el Tíbet, Nehru hizo un llamamiento a la «tolerancia y generosidad» con los tibetanos por parte de los chinos, pero también aconsejó a los tibetanos que procuraran colaborar con Beijing. Por si acaso, Nehru le ofreció al Dalái Lama asilo en India en caso necesario. Pero también autorizó ayuda militar al Gobierno tibetano. «A partir de abril de 1950 empezaron a llegar al Tíbet importantes suministros de armas y munición», según el consulado indio en Lhasa.[13] No obstante, el apoyo de India no fue de gran ayuda, y a finales de 1950 la mayor parte del Tíbet estaba bajo el control del Ejército Popular de Liberación. Nehru rechazó las ofertas de Estados Unidos para un apoyo conjunto a la resistencia tibetana. Por el contrario, le aconsejó al Dalái Lama, que tenía su campamento cerca de la frontera india, que regresara a Lhasa y accediera a una parte de las exigencias de China a fin de conservar las libertades del Tíbet en la medida de lo posible.[14]

Mao Zedong se enfureció ante la conducta de los indios respecto al Tíbet. En sus conversaciones con los soviéticos, Mao calificaba a Nehru de agente doble del imperialismo y de «lacayo» de los intereses británicos y estadounidenses. El hecho de que Nehru hubiera mantenido en su cargo de cónsul de India en Lhasa al diplomático británico y experto en el Tíbet Hugh Richardson venía a demostrar sus acusaciones, a juicio de los dirigentes del PCCh. Aunque Beijing agradecía el apoyo de India para poner fin a la guerra de Corea, hizo falta mucho tiempo para que se desarrollara una confianza genuina entre ambos países.

En 1954, como contribución de China a la ofensiva por la paz de la Unión Soviética después de Stalin, Beijing accedió a mantener conversaciones con Nueva Delhi sobre la cuestión del Tíbet. Nehru, que llevaba mucho tiempo reclamando ese tipo de encuentro, estaba encantado con aquel nuevo planteamiento de China. Sabía, por supuesto, que para

entonces China ya había consolidado su posición en el Tíbet, y que la repentina actitud razonable de Mao en parte obedecía a esa situación. Pero el primer ministro indio se vio genuinamente sorprendido de lo mucho que encajaban con sus puntos de vista los principios que planteaban los chinos como conceptos generales de la cooperación entre China e India. Se incorporaron al acuerdo las «cinco virtudes», a las que Nehru empezó a referirse con el término sánscrito *Panch Sheel*, y que los chinos, tras consultarlo con los soviéticos, denominaron los Cinco Principios de la Coexistencia Pacífica, y que incluían los principios de «respeto mutuo a la integridad territorial y la soberanía de cada uno; la no agresión mutua; la no injerencia mutua en los asuntos internos de cada uno; igualdad y beneficio mutuo, y la coexistencia pacífica».[15]

En Bandung, Nehru hizo hincapié en los principios *Panch Sheel* como la base de la política exterior de los países y movimientos afro-asiáticos. En realidad, por supuesto, eran mucho menos que una política, pero al mismo tiempo más, en términos de enunciados comunes, de lo que el este y el oeste habían sido capaces de acordar durante la Guerra Fría. Para los indios, los cinco principios eran sobre todo una forma de vincular a China a un círculo exterior de cooperación con el Tercer Mundo. Aunque los países verdaderamente independientes y no alineados como India, Indonesia, Egipto y Ghana debían ser el núcleo de las redes entre los pueblos del sur, Nehru esperaba que otros estados asiáticos como China o Japón fueran capaces de participar a pesar de sus alianzas en el contexto de la Guerra Fría. Nehru declaró abiertamente que el objetivo a largo plazo era apartarles de su orientación a la Guerra Fría e incorporarlos de lleno a una asociación afroasiática a favor del cambio mundial.

Después de Bandung, la política exterior de India aspiraba a fomentar una colaboración más estrecha entre los países de Asia y África en cuestiones como el anticolonialismo, el desarme y el desarrollo. Los dirigentes del Partido del Congreso invitaban a visitar India a las delegaciones de otros nuevos países y a estudiar la experiencia india en ciencia, tecnología, planificación y educación. En Naciones Unidas, los representantes indios presionaban a favor de una solución internacional a

los conflictos de la Guerra Fría, y apoyaban los movimientos de liberación del sur de África, Argelia e Indochina (donde, a juicio de Nueva Delhi, el conflicto de Vietnam era sobre todo una cuestión de descolonización, y por ese motivo India se oponía a la intervención de Estados Unidos). Además, los diplomáticos y activistas indios denunciaban los problemas raciales de Estados Unidos. Para la mayoría de ellos, la negativa de los estadounidenses a afrontar el problema de la opresión racial en su propio país era un indicio de lo poco que cabía esperar de Washington en materia de descolonización internacional. Nehru estaba firmemente convencido de que la descolonización y los derechos humanos estaban estrechamente vinculados en un contexto global. Aun así, seguía siendo escéptico ante la posibilidad de utilizar las declaraciones de Naciones Unidas sobre derechos humanos como un instrumento de política exterior, porque estaba convencido de que en la mayoría de los casos la soberanía del Estado prevalecía sobre los acuerdos internacionales en los asuntos de ámbito nacional. No obstante, a Nehru le parecía que las resoluciones y las convenciones de Naciones Unidas resultaban muy útiles, ya que podían emplearse en contra de la discriminación racial en Sudáfrica o contra la opresión colonial británica en Kenia.

El otro aspecto principal de la política exterior de India consistía en crear un amplio bloque de estados no alineados a fin de acabar con la Guerra Fría. Ese proyecto estaba vinculado con las iniciativas del Tercer Mundo surgidas de la Conferencia de Bandung, pero seguía siendo algo aparte. La intención del proyecto era conseguir que países de orientaciones políticas muy diferentes rompieran con la dicotomía de la Guerra Fría y se declararan no alineados. Ese objetivo significaba, por ejemplo, que China o Japón no tenían cabida en el proyecto, pero que Indonesia, Ghana y Egipto desempeñaban un papel primordial, igual que India. La gran incorporación fue Yugoslavia, cuyo exuberante líder, Tito, se convirtió en una de las principales figuras del Movimiento de Países No Alineados. Su visita a India en 1954, durante la que elogió todos los conceptos en materia de política exterior de sus anfitriones, le convirtió en un héroe para Nueva Delhi. Los diplomáticos indios señalaron que Tito era «el primer gran

hombre de Estado europeo que viajaba a Asia no como representante de los colonizadores, sino como un gran amigo de las naciones asiáticas».[16] Durante el verano de 1956, los debates entre Nehru, Nasser y Tito en la isla yugoslava de Brioni pusieron en marcha la idea de una cooperación más formal entre los países comprometidos con los principios del no alineamiento, no solo en Asia y en África, sino también en Europa y en América Latina.

Desde su expulsión del Bloque soviético en 1948 por capricho de Stalin, Yugoslavia había llevado una existencia precaria en los márgenes de Europa: seguía siendo comunista, pero apoyada por la ayuda de Occidente y defendida por su sustancial Ejército propio. Tito quería que su país fuera algo más que un marginado heroico. Veía a Yugoslavia como el faro del desarrollo socialista independiente y como modelo para los nuevos países del Tercer Mundo que no quisieran subsumirse en la dicotomía de la Guerra Fría. Tito afirmaba que era posible ser socialista, independiente y respetado por ambos bloques de poder. En 1955, después de que Jruschov admitiera que las acusaciones de Stalin contra Tito eran una pura fantasía, la consideración de Yugoslavia en el Tercer Mundo subió todavía más.

Para India y otros nuevos países, Yugoslavia también desempeñaba un importante papel como exportador de armas y proveedor de asesores militares. Hasta la muerte de Tito, en 1980, su país fue el ala militante del Movimiento de Países No Alineados, y suministraba equipos de su abundante industria militar, no solo a los países independientes del Tercer Mundo sino también a los movimientos de liberación de Angola, Zimbabue y Guinea. En algunos casos, los suministros militares yugoslavos competían con los de la Unión Soviética, y suponían una alternativa para los países que temían acabar dependiendo demasiado de Moscú para sus necesidades de defensa. Nehru y sus sucesores seguramente consideraban a Tito su aliado más estrecho. La hija de Nehru, Indira Gandhi, primera ministra de India, consideraba al líder yugoslavo su mentor en los asuntos internacionales, casi como un segundo padre.

No obstante, India también creía que podía ejercer una influencia más directa sobre la propia Unión Soviética. Nehru nunca abandonó la

esperanza de apartar a los soviéticos de su conducta en el contexto de la Guerra Fría. El primer ministro indio estaba convencido de que Moscú reaccionaba agresivamente porque se sentía amenazado. «Al margen de quién fuera el responsable de esta "Guerra Fría", sus efectos en la Unión Soviética fueron crear aprensión y una constante sensación de peligro», les decía a sus principales ministros en 1955. A juicio de Nehru, era «probable que si se produce una notable mejora en las tensiones mundiales y cesa la Guerra Fría, también se producirán desarrollos internos y cambios en esos estados de Europa oriental».[17] Los diplomáticos indios entendían la ruptura de Jruschov con las políticas de Stalin en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética de 1956 como una consecuencia de la influencia benigna de India. Cuando los dirigentes soviéticos visitaban India «debían de quedarse impresionados de inmediato por su progreso y su aborrecimiento de la violencia. Así pues, la teoría de que la violencia no era un prerrequisito para la transformación de la sociedad era el reconocimiento de que se había creado un determinado estado de las cosas. Las conversaciones de los dirigentes soviéticos con nuestro primer ministro, y el estudio intensivo de sus libros [...] también debieron de animar a los dirigentes soviéticos a rebajar el papel de la violencia en la marcha hacia el socialismo».[18]

La invasión soviética de Hungría en 1956 hizo mella en la imagen que tenía India de la URSS, pero no la destruyó. India siguió recibiendo ayuda soviética para sus programas de desarrollo y para mejorar su capacidad militar. Pero Nehru estaba cada vez más obsesionado con la causa de los países no alineados y con la idea de crear un bloque contra la Guerra Fría. Sus dudas sobre los planteamientos más radicales de Nasser, Nkrumah o Sukarno no generaban divergencias. Al contrario, ese tipo de dudas reafirmaba la necesidad de que India se mantuviera al lado de las demás naciones no alineadas para influenciarlas. Al fin y al cabo, concluía Nehru, lo que llevaba a sus colegas dirigentes del Tercer Mundo hacia un radicalismo innecesario era la negativa de los estados imperialistas a renunciar a sus posiciones y a sus privilegios. La crisis del Congo de 1960-1961 era un buen ejemplo. A Nehru le horrorizó el asesinato de Lumumba,

del que culpaba directamente a los belgas y a sus socios estadounidenses. India aportó 5.000 soldados para las operaciones de pacificación de Naciones Unidas en el país, a condición de que el secretario general garantizara la integridad nacional del Congo.

La crisis del Congo fue el empujón que llevó a los países no alineados a reunirse en 1961 en Belgrado, la capital de Yugoslavia, a fin de establecer conferencias y acuerdos periódicos, lo que posteriormente se denominó el Movimiento de Países No Alineados. Aunque Nehru era decididamente partidario de la cooperación entre los países no alineados, hasta ese momento se había mostrado escéptico sobre la creación de una organización más integrada, en parte porque temía que mermara la flexibilidad y la independencia de India en materia de asuntos exteriores. La preocupación por la crisis del Congo había demostrado, incluso al propio Nehru, que se equivocaba. Los países que no pertenecían a ninguno de los dos bloques tenían que cooperar y hacerse cargo del proceso de descolonización. De lo contrario, las superpotencias se aprovecharían de él en beneficio propio. Y la cancelación de la cumbre de París en 1960 entre Jruschov y Eisenhower venía a demostrar que las superpotencias no eran capaces de gestionar sus propios asuntos, y mucho menos los de los demás. «La guerra –decía la declaración final de la reunión de Belgrado–, nunca había amenazado a la humanidad con unas consecuencias tan graves como hoy en día.» Pero al mismo tiempo los participantes destacaban que «el imperialismo se está debilitando. Los imperios coloniales y otras formas de opresión extranjera sobre los pueblos de Asia, África y América Latina están desapareciendo gradualmente del escenario de la historia».[19]

El temor de muchos de los fundadores del Movimiento de Países No Alineados en 1961 era que los estertores de muerte del colonialismo pudieran dar lugar a nuevas guerras. Si bien «una paz duradera únicamente puede lograrse si [...] se elimina radicalmente la dominación del colonialismo-imperialismo y del neocolonialismo en todas sus manifestaciones, [...] la Conferencia rechaza inequívocamente la idea de que la guerra, incluida la "Guerra Fría", es inevitable, dado que esa idea refleja a la vez una sensación de impotencia y de desesperanza. [...]

Afirman su fe inquebrantable en que la comunidad internacional es capaz de organizar su existencia sin recurrir a unos medios que en realidad pertenecen a una época pasada de la historia de la humanidad».[20] Para Nehru, la declaración de Belgrado era al mismo tiempo el designio de un futuro sin Guerra Fría y una advertencia de lo frágil que era en realidad la paz mundial.

El incipiente Movimiento de Países No Alineados estaba formado por algunos extraños compañeros de cama. Mientras que China había sido excluida, los cubanos de Fidel Castro realizaron uno de sus debuts internacionales en Belgrado. Tan solo un año después, durante la crisis de los misiles cubanos, Castro iba a apelar a la Unión Soviética y a correr el riesgo de una guerra nuclear mundial en defensa de la independencia de Cuba. Pero también estaban representadas numerosas monarquías conservadoras: Etiopía, Marruecos y Arabia Saudí. Belgrado no solo fue diferente de Bandung por el hecho de que estuvieran representados algunos países europeos y latinoamericanos; también era diferente porque la conferencia tenía más que ver con el derecho a la independencia, a la soberanía y a la paz que con la solidaridad del Tercer Mundo. El Estado, en sus distintas formas, desempeñó un papel más importante en Belgrado que anteriormente en Bandung. Tal vez no era de extrañar, simplemente por el gran número de nuevos estados que se habían creado entre 1955 y 1961. Pero, junto con el Grupo de los 77, la Conferencia de Belgrado apuntaba a un futuro en que los estados y sus reivindicaciones tendrían que vérselas con una reorganización más radical de los asuntos internacionales de lo que se contemplaba en las primeras fases de la descolonización.

En el caso de India, la necesidad de seguridad para su joven Estado iba a quedar claramente de manifiesto tan solo un año después de la fundación del Movimiento de Países No Alineados. La guerra de 1962 con China acabó con gran parte del optimismo ante el futuro del que habían hecho gala los colaboradores más jóvenes de Nehru, aunque no siempre el propio primer ministro. A Nehru le preocupaban menos las acusaciones de ingenuidad que se habían formulado contra él dentro y fuera de India que las consecuencias que podía tener la guerra para las aspiraciones

internacionales de su país. A medida que avanzaban los ejércitos chinos, Nehru llegó a desesperarse hasta el extremo de pedir la intervención de la Unión Soviética y después de Estados Unidos. Mientras que los soviéticos se cubrían, en parte porque necesitaban el apoyo de China en la crisis cubana que se estaba produciendo simultáneamente, la administración de Kennedy respondió con el envío por avión y el lanzamiento de armamento con paracaídas para el Ejército indio. El presidente quería aprovechar las apremiantes necesidades de India para mejorar las relaciones con Nueva Delhi. «A raíz de la acción de China –dijo Kennedy–, el subcontinente se ha convertido en una nueva zona de grave confrontación entre el mundo libre y los comunistas. [...] Los propios indios por fin son plenamente conscientes de la amenaza de los comunistas chinos, y parecen decididos a afrontarla.»[21]

A pesar de la considerable responsabilidad de su Gobierno en el estallido del conflicto, es justo decir que la guerra le rompió el corazón a Nehru. Él esperaba ser un pacificador entre el este y el oeste. Y esperaba que India, tanto en su política interior como en su política exterior, fuera un ejemplo de autosuficiencia y de no alineamiento que podían imitar otros países. Por el contrario, se vio reducido a tener que suplicar ayuda a las superpotencias para frenar el avance militar de otro país asiático. «Es una tragedia –señalaba–, que quienes hemos defendido la paz por doquier, seamos atacados de esta forma y nos veamos obligados a resistir a un ataque por la fuerza de las armas.»[22] Tras el alto el fuego, Nehru tenía la sensación de que su política para Asia estaba hecha trizas. Ni él ni sus sucesores renunciaron a la política de no alineamiento de India. Pero, sobre todo tras la muerte de Nehru en 1964, en esa política se injertó una fuerte dosis de nacionalismo indio, en particular en todo lo referente a su propia región.

La respuesta de Pakistán a la ayuda militar estadounidense a India durante la crisis con China consistió en fortalecer aún más sus relaciones con Beijing. Es posible que aquel fuera el romance más inverosímil de la Guerra Fría. Los oficiales paquistaníes que urdieron aquella alianza eran conservadores musulmanes que no tenían el mínimo interés en los excesos

comunistas de China. Y los chinos aceptaron aliarse con Pakistán simplemente por el principio de que el enemigo de mi enemigo es mi amigo. Cuando Washington, que seguía siendo el principal aliado de Pakistán, puso objeciones, el dictador paquistaní, el general Mohammed Ayub Khan, incrementó la presión contra India en Cachemira. Quería demostrar a los chinos la destreza militar de Pakistán, y al presidente Johnson, que su país no dependía de la ayuda estadounidense. Hacia el exterior, la incursión de Pakistán en 1965 contra la zona de Cachemira controlada por India se presentó como una sublevación de la población local. Pero el Gobierno indio sabía muy bien que no era así.

El sucesor de Nehru, Lal Bahadur Shastri, un hombre por lo demás sin pretensiones, decidió contraatacar. Ordenó ataques a gran escala contra las fuerzas paquistaníes no solo en Cachemira sino al mismo tiempo contra Pakistán Occidental y Pakistán Oriental. Tras las derrotas de sus fuerzas en el campo de batalla, el régimen de Ayub Khan se vio en apuros. Los estadounidenses se negaban a actuar, y los chinos carecían de medios. Las inverosímiles peticiones de ayuda de los paquistaníes a los soviéticos no hicieron más que demostrar en qué atolladero militar se habían metido. Sin embargo, la desesperación de Ayub por su propia insensatez le brindó a Moscú una rara oportunidad, en el marco de la Guerra Fría, para ejercer de pacificador. Los términos para el alto el fuego se negociaron bajo los auspicios de la URSS en la ciudad centroasiática soviética de Taskent. En términos territoriales, el resultado fue casi de statu quo. Pero los puntos flacos de Pakistán habían quedado en evidencia, igual que la capacidad y las intenciones de India de ser la potencia hegemónica en la región.

Indira Gandhi, la hija de Nehru, fue elegida primera ministra tras el repentino fallecimiento de Shastri, de un ataque al corazón, durante las negociaciones de Taskent. La nueva dirigente de India era una política mucho más dura que cualquiera de sus predecesores. Estaba comprometida con una India laica y socialista, que controlara su región y aspirara a tener influencia en el mundo a través de Naciones Unidas y del Movimiento de Países No Alineados a la luz de lo que a su juicio eran los intereses nacionales de su país. Era profundamente escéptica, aún más que su padre,

respecto al papel de Estados Unidos en el mundo, y consideraba que resultaba más fácil colaborar con los soviéticos, sobre todo en vista de la vigente alianza de Estados Unidos con Pakistán y de los devaneos de Pakistán con China. La principal preocupación de Gandhi en materia de seguridad era Beijing, y la intensificación del conflicto chino-soviético a finales de los años sesenta fue para ella un claro indicio de lo mucho que tenían en común los soviéticos y los indios en el aspecto estratégico, aunque ella no compartiera la ideología comunista de Moscú.

La deriva de China hacia un mayor radicalismo, y su Revolución Cultural, asustaron a los dirigentes indios, como a los de muchos otros países. Les convenció de que India iba a ser un blanco para Beijing en una medida aún mayor que antes. Aunque señalaban que el daño que se autoinfligía China «no nos causa ningún dolor», los dirigentes indios reaccionaban bruscamente ante cualquier acoso contra los indios que vivían en China, como por ejemplo ante el saqueo de un templo sij en Shanghái y ante los ataques contra la embajada india en Beijing. Indira Gandhi dejó claro que la política india respecto a China, incluida la decisión de conceder asilo al Dalái Lama, no iba a cambiar a menos que China dejara de instigar a Pakistán para que actuara agresivamente, y de fomentar las insurrecciones comunistas dentro del propio territorio indio. «India –señalaba en Nueva Delhi el Ministerio de Asuntos Exteriores–, es todavía el único sector donde los chinos pueden permitirse hacer alarde de su aventurerismo militar con la esperanza de salir impunes.»[23]

El Movimiento de Países No Alineados pasó a ser el escenario favorito de Gandhi en materia de política exterior. A medida que se expandía el movimiento, ella fue asumiendo un papel cada vez más importante. El movimiento, decía Gandhi, «significa la igualdad entre las naciones, y la democratización de las relaciones internacionales, económicas y políticas. Requiere de la cooperación global para el desarrollo sobre la base del beneficio mutuo. Es una estrategia para el reconocimiento y la conservación de la diversidad del mundo».[24] Pero Gandhi era demasiado realista como para jugárselo todo a una carta en materia de seguridad y de asuntos internacionales. Su Movimiento de Países No Alineados corría en paralelo,

sin ser un impedimento, con un aumento de la cooperación con la Unión Soviética en materia de tecnología y de defensa. Gandhi se aseguraba de mantener su independencia también respecto a Moscú. Criticó duramente la ocupación soviética de Checoslovaquia en 1968. Además, condenó cualquier intento soviético de incrementar su influencia en Pakistán, por ejemplo, a través de las ventas de armas a pequeña escala al régimen de Islamabad. Incluso un «suministro simbólico podría resultar peligroso», advertía el ministro de Asuntos Exteriores indio a una delegación de dirigentes soviéticos que visitó el país en 1969. «La perspectiva de que los carros de combate soviéticos combatan contra los carros de combate soviéticos no debería ser del agrado de la Unión Soviética.»[25] Estados Unidos siguió siendo uno de los principales abastecedores de ayuda civil a India. Aquella asistencia crucial procedía del Gobierno de Estados Unidos, de las aportaciones estadounidenses a las organizaciones multilaterales y de las fundaciones privadas. Pero la ayuda estadounidense a India y su apoyo durante la guerra con China no contribuyeron mucho a mejorar la relación política en su conjunto. Las críticas de India a las políticas de Estados Unidos en Asia resultaban chirriantes para muchos dirigentes estadounidenses, lo que les llevaba a calificar de ingratos a los indios. Los intentos de Estados Unidos de conseguir un mayor apoyo por parte de Nueva Delhi a su intervención en Indochina tras la guerra con China no obtuvieron demasiados frutos. Cuando Hubert Humphrey, vicepresidente de Estados Unidos, fue enviado a India para solicitar el apoyo de Indira Gandhi, «ella se limitó a manifestar su preocupación por la probable escalada del conflicto en Vietnam y la necesidad de una solución pacífica».[26] La negativa de Estados Unidos a sacrificar su alianza con Pakistán también se interponía en el camino de un estrechamiento de las relaciones entre Estados Unidos e India. Y los indios criticaban duramente lo que a su juicio era una falta de justicia racial en Estados Unidos y la falta de compromiso de Estados Unidos con la igualdad racial en todo el mundo. Estados Unidos, afirmaba un estudio realizado por diplomáticos indios en 1969 sobre los cambios internos en el país, «ha llegado a una fase en la que existe una peligrosa relación entre [...] la ira de los negros y el miedo de los

blancos. Las tácticas de confrontación de unos suscitan una respuesta reaccionaria en los otros». Gandhi estaba convencida de que esa respuesta era lo que había dado lugar a la victoria electoral de Richard Nixon en 1968.[27]

No obstante, el mayor desafío para Indira Gandhi, al tiempo que incrementaba su control sobre el Partido del Congreso y sobre la política india, no era la relación con Estados Unidos. Era el desarrollo interior de India. Ante todo, Gandhi sentía la necesidad de conseguir mayores avances en la lucha contra los problemas crónicos de su país, la pobreza y el hambre. India había evitado los desastres del desarrollo de China, pero también había avanzado mucho menos a la hora de promover la sanidad y la educación. Un país que se enorgullecía de su desarrollo democrático seguía dependiendo de la ayuda alimentaria extranjera. Gandhi estaba convencida de que el modelo de desarrollo de India acabaría dando buenos resultados si las condiciones políticas eran las adecuadas. Pero en India, al igual que en Pakistán y en gran parte de Oriente Medio, las formas extremas de opresión social permanecían intactas a pesar de la retórica socialista de los dirigentes. Los políticos del Partido del Congreso prometían oportunidades para todos, sobre todo en época de elecciones, pero después se aliaban con las élites locales en detrimento de los pobres de las castas inferiores. En vez de ser un instrumento para el cambio social, el Partido del Congreso se había convertido en una herramienta de las familias que habían gobernado y explotado a sus vecinos a lo largo de muchas generaciones en tiempos del dominio colonial.

Indira Gandhi estaba decidida a erradicar aquellas deficiencias, pero tenía la sensación de que necesitaba más poder para hacerlo. En 1969 nacionalizó los principales bancos y concentró el poder ejecutivo en su propio gabinete. Cuando sus políticas más radicales provocaron una escisión en el Partido del Congreso, la facción de Gandhi ganó fácilmente las elecciones nacionales de 1971 con el eslogan «Acabemos con la pobreza». Con Gandhi el país avanzó hacia un régimen de estricta planificación centralizada, donde el Estado era responsable de la mayor parte de la actividad económica. Cuando se le acusó de traicionar las

políticas más liberales de su padre, Indira se enfureció. «Mi padre era un hombre de Estado –respondió–. Yo soy una política. Mi padre era un santo. Yo no.»[28]

En 1971, la guerra de Bangladés, la mayor crisis política en el sur de Asia desde la independencia, le brindó a Indira Gandhi la oportunidad de demostrar que, en efecto, no era una santa. La crisis tenía sus raíces en la Guerra Fría, y sobre todo en las relaciones entre Pakistán, India, China, Estados Unidos y la Unión Soviética. Aunque la chispa que hizo estallar la guerra fue el atroz trato que dispensaban los generales paquistaníes a los habitantes de la mitad oriental de su país, el escenario ya estaba preparado de antemano por el repentino acercamiento entre Estados Unidos y China a través de la visita de Kissinger a Beijing en julio de 1971. Aquella armonización era lo que más temían los dirigentes indios. A partir de mediados de los años sesenta, los asesores de seguridad indios habían advertido de que «la gran tentación que tiene ante sí el mundo occidental sería apoyar a China como contrapeso a la URSS».

> No obstante, teníamos la sensación de que podría ser una medida peligrosa, porque existía una diferencia esencial entre esos dos países que era preciso reconocer. La URSS también tenía sus ambiciones a escala mundial, pero las perseguía de una forma más pacífica que los chinos. Es posible que se debiera a que habían contado con cuarenta años para desarrollarse, durante los cuales también habían generado algo de prosperidad para sí mismos; o tal vez se debía a que eran conscientes de los peligros de una guerra nuclear. Pero, en última instancia, la URSS suponía un peligro menor para la comunidad mundial que China, en particular respecto a la cuestión de la guerra y la paz. China estaba mucho más dispuesta que la URSS a seguir su rumbo con una determinación implacable, sin que la disuadiera demasiado la posibilidad de una guerra a gran escala.[29]

Para India, el peligro específico eran las estrechas relaciones de Pakistán tanto con Estados Unidos como con China. A los dirigentes de India no se les pasó por alto el simbolismo de que Kissinger partiera hacia Beijing desde Islamabad. Pero, a pesar de su centralidad en los asuntos internacionales, Pakistán como Estado iba cuesta abajo desde su creación en 1947. Cuando los generales intentaron democratizar el país en 1970, el

resultado fue una victoria electoral de la Liga Awami, un movimiento de Pakistán Oriental que aspiraba convertir al país en una confederación democrática, en la que la población bengalí del este tuviera una voz real. Como era previsible, el general de Pakistán Occidental que ejercía el cargo de presidente, Yahya Khan, anuló el resultado de las elecciones y ordenó detener a Sheikh Mujibur Rahman, líder de la Liga Awami. Cuando estallaron los disturbios en Pakistán Oriental, los generales decretaron la ley marcial. Los soldados empezaron a atacar los distritos del este con un elevado porcentaje de nacionalistas bengalíes o de hindúes pakistaníes. Un gran número de refugiados empezó a cruzar la frontera hacia India. Indira Gandhi comenzaba a calificar de genocidio la política de Pakistán hacia los bengalíes, tanto en público como en privado, y puso en marcha los preparativos para una intervención militar. Sus móviles eran humanitarios y a la vez estratégicos.

La administración de Nixon no quiso ver los desastres que infligían los generales paquistaníes a sus propios compatriotas, pero sí era consciente del contratiempo estratégico que podía suponer para Estados Unidos la división de Pakistán en el contexto de la Guerra Fría. En su visita a Nueva Delhi, de camino a Pakistán y, en secreto, desde allí a Beijing, Kissinger intentó asumir una pose de incertidumbre sobre hasta dónde podía llegar Estados Unidos para ayudar a Pakistán en caso de guerra. Los indios no cayeron en el engaño. Cuando Kissinger afirmó que no estaba al corriente de los incesantes envíos de armas de Estados Unidos a Pakistán durante la crisis, el ministro de Asuntos Exteriores indio le espetó: «Resulta sorprendente que a un dirigente con un cargo tan alto como el suyo no le den todos los datos. [...] El bochorno de todo este asunto es [...] para ustedes. Sin embargo, supone un duro golpe para nuestras relaciones». Pakistán, afirmaba Swaran Singh, ministro de Asuntos Exteriores, «ha sido apoyado enteramente por ustedes». Con siete millones de refugiados y un recrudecimiento de los combates a lo largo de la frontera oriental, «hay un límite a lo que podemos tolerar. [...] Nos gustaría saber si estamos siendo un obstáculo para sus intereses. De ser así, nos gustaría volver a evaluar nuestras políticas».[30]

Una semana después, Washington y Beijing anunciaron conjuntamente la inminente visita de Nixon a China. Kissinger le dijo al embajador indio que Estados Unidos no iba a ayudar a su país en caso de que China interviniera en una guerra entre India y Pakistán. La respuesta india no se hizo esperar. Recogiendo una propuesta anterior de los soviéticos, Gandhi accedió a firmar un tratado de amistad entre India y la Unión Soviética. «En caso de que cualquiera de los dos países fuera objeto de un ataque o de una amenaza de ataque –decía el tratado–, ambas partes iniciarán consultas mutuas a fin de eliminar dicha amenaza.»[31] Además, India puso en marcha un programa a gran escala para la instrucción de guerrilleros bengalíes para luchar en Pakistán Oriental. Y, por orden de la primera ministra, el Ejército indio inició los preparativos para una invasión a gran escala de Pakistán en caso de que los esfuerzos diplomáticos para resolver la crisis no fructificaran rápidamente. «Aparentemente, el tratado entre India y la URSS pilló por sorpresa tanto a Beijing como a Washington –informaba la embajada india en la capital estadounidense–. El tratado supone cierta tranquilidad para India y un cierto avance para la Unión Soviética en Asia, y el correspondiente revés para las maniobras chino-estadounidenses.»[32]

El 4 de diciembre de 1971 India puso en marcha una operación combinada por tierra, mar y aire contra Pakistán Oriental. Al cabo de unos días India aplastó al Ejército paquistaní oriental, y una administración bengalí empezó a gobernar en el territorio como un país independiente, Bangladés. Al contemplar las multitudes exultantes de la capital, Daca, resultaba difícil no ver la intervención india como una liberación. Pero Nixon y Kissinger lo veían como una agresión de India. Trasladaron una parte de la Séptima Flota estadounidense al océano Índico y les dijeron a sus nuevos amigos chinos que «nos tememos que si no se hace nada para impedirlo, Pakistán Oriental se convertirá en un Bután y Pakistán Occidental se convertirá en un Nepal. E India, con la ayuda de los soviéticos, será libre de concentrar sus energías en otras zonas».[33] Pero los chinos sabían que una intervención a esas alturas de la partida resultaba arriesgada, y una vez alcanzados todos sus objetivos militares, Indira Gandhi aceptó rápidamente un alto el fuego. El sur de Asia se instaló en un

nuevo statu quo, con una India aún más hegemónica, que seguía siendo un país no alineado, pero que también estaba más cerca que nunca de la URSS.

Nixon y Kissinger, en unas conversaciones que rezumaban racismo y misoginia, bufaban que «la perra» les había engañado. «Vamos a estar pagándolo mucho tiempo. [...] Va a ser interesante –les decía Kissinger a los miembros del Consejo de Seguridad Nacional–, ver cómo reaccionan todos los que estaban tan horrorizados ante lo que hacían los paquistaníes en Pakistán Oriental cuando los indios asuman el mando allí.»[34] «Lo que estamos viendo aquí –le decía Kissinger al presidente–, es una jugada soviético-india para humillar a los chinos y de paso un poco a nosotros. [...] Y el efecto será que todos los demás países que lo están viendo pensarán que India y la Unión Soviética les han dado una buena paliza a los amigos de China y de Estados Unidos.»[35] La administración de Nixon tomó la decisión de castigar a India lo mejor que pudiera.

La sensación de enemistad en Washington era correspondida en Nueva Delhi. «La ayuda militar de Estados Unidos a Pakistán ha sido una de las principales causas de que el Ejército se haya impuesto en los asuntos internos de Pakistán y de que haya mantenido unas posturas insólitamente hostiles contra India y respecto a las ambiciones de Pakistán en Cachemira –decía un informe del Ministerio de Asuntos Exteriores indio a la primera ministra–.[36] Ni a China ni a Estados Unidos les importa sacrificar los intereses de India si eso les mantiene estrechamente unidos.»[37] Los indios, afirmaba otro estudio sobre políticas del Gobierno de Nueva Delhi, «se han quedado atónitos e indignados ante la persistente postura de la administración estadounidense contra India, contra la lucha por la libertad de Bangladés y en apoyo del régimen de Yahya» [en Pakistán].[38] Indira Gandhi no tenía la mínima intención de buscar la amistad de Estados Unidos en un futuro inmediato.

Por el contrario, la primera ministra india se fue volviendo cada vez más autoritaria en los asuntos nacionales y más cordial con la Unión Soviética en el plano internacional. El punto culminante de la cooperación soviético-india llegó a mediados de los años setenta, cuando la URSS amplió su cooperación económica y militar con India, por ejemplo con la construcción

de plantas siderúrgicas y la explotación de las reservas de petróleo y carbón. Además, los soviéticos desempeñaron un papel decisivo con su ayuda a la «prueba nuclear pacífica» de India en 1974. «La Unión Soviética –decía un informe del Gobierno indio de 1974–, ha seguido apoyando la política de no alineamiento de India y su contribución al fortalecimiento de la paz mundial y a la lucha para la eliminación de todo vestigio de colonialismo, neocolonialismo y racismo.»[39]

En 1975, Indira Gandhi respondió a una decisión del Tribunal Supremo que anulaba las últimas elecciones negándose a convocar unas nuevas, limitando las libertades civiles y gobernando por decreto bajo el estado de emergencia; en aquel momento los soviéticos empezaron a abrigar esperanzas de que India siguiera los pasos de las democracias populares y de algunos estados poscoloniales e implantara el socialismo a través de un sistema de partido único. «¿Debemos consentir que una serie de grupos pequeños, con el respaldo de las grandes finanzas, de la prensa y de sus amigos extranjeros, pero sin el apoyo de las masas, imponga sus ideas a la mayoría? –le preguntaba Indira Gandhi a su partido–. ¿Habrá democracia cuando India se debilite?»[40] Pero la democracia india era demasiado sólida como para que la dejara a un lado incluso una política de la talla de Indira Gandhi. Presionada por un descontento cada vez mayor dentro del país, Gandhi convocó unas elecciones en 1977, que estaba segura de ganar, pero que acabó perdiendo frente a una alianza de la oposición encabezada por el antiguo ministro del Partido del Congreso Morarji Desai. El primer Gobierno que no era del Partido del Congreso desde la independencia tenía poco que ofrecer en términos de nuevas políticas. Pero logró reconstruir la democracia tras el estado de emergencia, al tiempo que mantenía sus políticas internacionales. El anciano Desai y sus asesores temían que los soviéticos rompieran sus lazos con India tras la marcha de Indira Gandhi. «Las relaciones indio-soviéticas se caracterizan por un profundo entendimiento y por una estrecha coincidencia o una amplia semejanza de sus puntos de vista –decía un informe general sobre políticas del nuevo ministro de Asuntos Exteriores–. Hasta ahora, la amistad y el entendimiento con la Unión Soviética han sido una de las principales direcciones de la

política exterior de India. Ello obedece tanto a un contenido ideológico como a una lógica obstinada. [...] Hoy en día existe un amplio espectro de relaciones que se entrelazan, de las que se han derivado ventajas tanto políticas como económicas para India.»[41]

El nuevo Gobierno de Desai no estaba dispuesto a tirar por la borda aquellas ventajas. El ministro de Asuntos Exteriores indio se reunió con los diplomáticos soviéticos y les dijo que «aunque en India se han producido numerosos acontecimientos importantes [...] cabe recordar que India ha seguido estando donde estaba, y que su política exterior no se ha visto alterada». El Gobierno de Desai iba a «mantener el carácter de la política exterior de India no solo porque la ha heredado, sino porque era consciente de su justificación en términos de los intereses de India». Los soviéticos y los indios, dijo el ministro de Asuntos Exteriores, «pueden seguir manteniendo su confianza mutua y contemplando el ulterior desarrollo de los muchos y diferentes vínculos de cooperación de los dos países en aras del beneficio mutuo».[42]

En 1979, durante una reunión cuidadosamente organizada con el también anciano Brézhnev en Moscú, el primer ministro indio intentó dar sentido a un mundo en rápida transformación. Se confirmó la asociación soviético-india. Ambos países estaban alarmados por el ascenso del islamismo político en el vecino Irán. Cuando Desai le preguntó a Brézhnev qué estaba ocurriendo realmente en Irán, el dirigente soviético le confesó que «Vaya usted a saber. [...] Se ha producido ese alzamiento del pueblo. Miles de personas manifestándose. [...] Siempre hemos tenido buenas relaciones con Irán, también con el sah. Venía a vernos, y yo iba a verle. [...] [Ahora] el sah ya no está. ¡Los estadounidenses le apoyaban! Ahora hay un nuevo régimen, y a los estadounidenses les gustaría adaptarse también al nuevo régimen. Los derechistas [islamistas] han hecho su aparición y quieren mantener unas estrechas relaciones con Estados Unidos».[43]

A nadie le sorprendió que Indira Gandhi volviera a estar al mando tras las elecciones de 1980 en India. La primera ministra no había escarmentado precisamente, pero desde luego era más consciente que nunca de su papel como «política». Además, estaba preocupada por la unidad y la cohesión de

India en un mundo donde las cuestiones de identidad, religión y nación habían empezado a reemplazar la línea divisoria de la Guerra Fría. El ascenso del islamismo alarmaba tanto como a Brézhnev y a Desai. Ya antes de las elecciones en India, el ministro de Asuntos Exteriores indio había alertado a los soviéticos sobre la resistencia que estaba generando el nuevo Gobierno comunista de Afganistán. «Aunque no podíamos decirlo abiertamente, [...] nuestros principios laicistas no se alegraron precisamente ante el ascenso del fervor religioso en muchos países que tanto India como la Unión Soviética consideran importantes», le decía el ministro de Asuntos Exteriores indio, Jagat Singh Mehta, al embajador soviético.[44] Pero una parte del daño era autoinfligido. «En muchos países árabes –proseguía Mehta–, había un fuerte sentimiento de que el islam estaba siendo amenazado por el Gobierno [comunista de Afganistán] del Partido Jalq. Por supuesto, no se trataba del punto de vista de India, pero se lo hemos señalado a ellos como país amigo.»

A partir de 1980, para India, y sobre todo para el nuevo Gobierno de Indira Gandhi, el mundo giraba más deprisa de lo que querían. La mayoría de los dirigentes indios, incluidos muchos miembros de la oposición al Partido del Congreso, estaban comprometidos con el modelo de desarrollo económico planificado de India. Les gustaba ver estados centralizados en el extranjero con los que poder negociar sobre asuntos de comercio y seguridad. Aunque se quejaban incesantemente del acercamiento chino-estadounidense, la distensión entre la Unión Soviética y Estados Unidos era beneficiosa para India en muchos aspectos. Indira Gandhi esperaba que, con el tiempo, su país pudiera desarrollar unas buenas relaciones de colaboración también con los estadounidenses, posiblemente a través de Moscú. La primera ministra temía que la movilización étnica y religiosa en el sur de Asia y en Oriente Medio pudiera interponerse en el camino de aquellas esperanzas.

Sin embargo, tras su regreso al cargo como primera ministra, Gandhi también sintió la influencia de la Guerra Fría en India. Deploraba «el incesante esfuerzo de otros países para que moldeemos nuestras políticas a fin de que encajen en sus estrategias mundiales». Para ella, en India existía

más que nunca una «aceptación acrítica de los postulados extranjeros». «No deberíamos imitar a otros países ni a otros sistemas, ni aspiramos a ser una edición mejorada de ellos», advertía.[45] Pero, al igual que para sus predecesores, el margen de maniobra de Indira Gandhi se veía limitado por la Guerra Fría. A pesar de sus muchos esfuerzos, ni siquiera un país tan relevante como India fue capaz en ningún momento de romper del todo con el conflicto mundial que condicionaba sus políticas.

17

Vorágines en Oriente Medio

Al igual que en otras partes de Asia y de África, la Guerra Fría en Oriente Medio debe entenderse como parte de una lucha a largo plazo entre el colonialismo y sus adversarios. Lo que la diferenciaba era la intensidad de sus conflictos, tanto nacionales como internacionales, y la relevancia que adquirían dichos conflictos a nivel mundial. En algunos momentos, como ocurrió en torno a las guerras de 1967 y 1973, daba la impresión de que la Guerra Fría en Oriente Medio se había hecho con el control del mundo bipolar para sus propios fines. Y aunque no todos los conflictos de la región estaban vinculados con la línea divisoria ideológica mundial, muchos dirigentes políticos hacían todo lo posible para que pareciera así, tanto a efectos de una movilización nacional como para formar alianzas contra sus enemigos regionales. Para los soviéticos y los estadounidenses, Oriente Medio era una vorágine que amenazaba con atraerlos hacia su vórtice, pues ambos bandos estaban firmemente convencidos de que las fuerzas que la impulsaban les interesaban, aunque siempre les resultaran difíciles de evaluar.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, la mayor parte de Oriente Medio estaba controlada por las potencias extranjeras. Las fuerzas británicas respaldaban la influencia de Francia en Siria y en Líbano, así como más al oeste, en el Magreb. Los propios británicos ocupaban Palestina y controlaban los gobiernos de Egipto, Irak, Jordania y los estados del Golfo. La mayor parte de la península Arábiga estaba controlada por la monarquía saudí, conservadora y religiosa, y aliada de las empresas petroleras estadounidenses. El norte de Irán estaba ocupado por los

soviéticos y el sur por los británicos, supuestamente para impedir que sus riquezas petroleras cayeran en manos de Alemania. Se trataba de un mundo colonial por los cuatro costados, donde a los árabes y a los persas se les recordaba constantemente su estatus de pueblos dominados y controlados.

Aproximadamente diez años después ese paisaje político había cambiado. La dominación británica y francesa era cada vez más un asunto del pasado, y la Crisis de Suez de 1956 vino a confirmar la fragilidad de Europa. Lo mismo ocurría con la guerra colonial en Argelia, donde Francia llevaba todas las de perder. Las revoluciones nacionalistas árabes impulsaban la política de Egipto, de Siria y de Irak. Palestina estaba dividida entre el nuevo Estado de Israel, definido por su religión, y los territorios ocupados por Egipto y Jordania. En aquel Oriente Medio en rápida transformación, las sucesivas administraciones estadounidenses, y sus aliados europeos y japoneses, estaban convencidos de que lo esencial era asegurar el suministro de petróleo y mantener una presencia estratégica occidental. Mientras tanto, los soviéticos esperaban que los nacionalistas radicales acabaran librándose del control capitalista y formando alianzas con Moscú. Algunos teóricos del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) pensaban que cortar el suministro de petróleo barato de Oriente Medio podía contribuir a provocar la crisis definitiva del capitalismo, mientras que los planificadores del Ejército Rojo sabían que, en caso de guerra, los ejércitos de la OTAN dependían del petróleo importado. Para ambos bandos se trataba de una vertiginosa mezcla de sueños y de temores que vinculaba la política de pesadilla de Oriente Medio con el conflicto de la Guerra Fría.

Además de sus suministros de petróleo, había otros dos factores que conectaban a Oriente Medio con la Guerra Fría. El primero era el conflicto en el seno de la región entre la política secular y la política religiosa. En todos los países de Oriente Medio, los laicistas –principalmente, aunque no siempre, socialistas– se enfrentaban a quienes creían que el Gobierno debía organizarse conforme a los preceptos religiosos. En el mundo árabe, los nacionalistas que llevaban ventaja eran laicistas socialistas, que aceptaban algún papel para la religión, pero que en general perseguían a los islamistas,

la minoría que creía en un gobierno religioso. Arabia Saudí era la excepción, pero incluso allí los aristócratas conservadores que detentaban el poder estaban demasiado ocupados asegurándose sus propios ingresos derivados de la riqueza petrolera del país y aprovechándose de la alianza con Estados Unidos a efectos de su seguridad nacional como para correr el riesgo de permitir actividades islamistas independientes. En Irán, que se diferenciaba del Oriente Medio árabe por su lengua, su cultura y su fe, un joven monarca decidido a modernizar su país bajo los auspicios de Estados Unidos perseguía implacablemente a los miembros del clero chií que creían en el Gobierno religioso. El sah estaba convencido, por buenos motivos durante los años cincuenta y sesenta, de que la mayoría de los mulás conservadores le apoyaban contra sus archienemigos, la izquierda y el Partido Comunista iraní.

El segundo factor de conexión fue la creación de un nuevo Estado judío en Oriente Medio. Tanto Estados Unidos como la Unión Soviética habían apoyado el Estado de Israel en el momento de su creación. Pero lo habían hecho por motivos muy diferentes. Para los estadounidenses, Israel era un refugio para los judíos supervivientes del Holocausto europeo y, por lo menos para algunos, el cumplimento de la profecía bíblica sobre el retorno de los judíos a su patria ancestral. También suponía la introducción de la modernidad occidental en Oriente Medio, y de un potencial aliado para la política exterior de Estados Unidos en la región. Para los soviéticos, Israel –por lo menos al principio– significaba más problemas para los británicos y una victoria para un tipo de sionismo de izquierdas con el que incluso Stalin, profundamente antisemita, creía poder colaborar con el paso del tiempo. Además, Israel podía ser una solución para su propio problema judío. Stalin no tenía nada en contra de enviar a los judíos soviéticos ancianos, enfermos o políticamente indeseables a Israel, de la misma forma que había trasladado pueblos enteros por el interior de la Unión Soviética.

Resultó que tanto los estadounidenses como los soviéticos estaban muy equivocados sobre la relevancia del Estado judío para ellos y para la región. La victoria de Israel sobre los países árabes en 1948 y la fortaleza y la cohesión de la sociedad israelí hicieron del país una fuerza que era preciso

tener en cuenta en sus propios términos. Israel estaba en deuda con la ayuda estadounidense, pero no dependía de ella, por lo menos hasta la guerra de 1967. Se enfrentó al antisemitismo del Bloque soviético por la sencilla razón de que en esa región estaba más presente que en cualquier otra. Pero el mayor error de las superpotencias en Oriente Medio fue infravalorar el vigor y el avance del nacionalismo árabe, alimentado en parte por la creación de un Estado judío en su territorio. Para muchos árabes, la existencia y el éxito de Israel, unido al gran número de refugiados palestinos árabes, eran el constante recordatorio de la necesidad de crear un movimiento nacionalista árabe unificado y poderoso, capaz de liberar a la nación árabe y acelerar su avance hacia su propia modernidad.

El nacionalismo árabe, al igual que otras modalidades de nacionalismo europeo y asiático, surgió en el siglo XIX. Encontró su forma contemporánea durante los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, tras el hundimiento del Imperio otomano. Cuando los países europeos se negaron a conceder la independencia a los países árabes, y por el contrario procedieron a una recolonización a gran escala de Oriente Medio, los grupos nacionalistas organizaron insurrecciones abiertas. En 1919 se produjeron manifestaciones masivas en Egipto para exigir la plena autonomía y el fin del control británico. En Irak la población se sublevó el año siguiente. Los británicos aplastaron la sublevación dejando un saldo de hasta 10.000 iraquíes muertos. La insurrección siria y libanesa de 1925 contra el dominio francés se cobró por lo menos 6.000 vidas. Al final de la Segunda Guerra Mundial, cuando no antes, el nacionalismo estaba al mando de la política local por todo el mundo árabe, y los regímenes coloniales estaban en retroceso.

Sin embargo, el nacionalismo árabe no se acababa en las reivindicaciones de independencia nacional. Para muchos nacionalistas árabes, los regímenes monárquicos que poco a poco fueron sustituyendo al Gobierno colonial eran casi tan malos como los británicos y los franceses. Los líderes nacionalistas consideraban a aquellos reyes y jeques como

productos de la presencia colonial, pues estaban deseosos de llegar a acuerdos con las antiguas potencias coloniales para su beneficio personal. Uno por uno, los reyes árabes fueron derrocados por unos movimientos que criticaban su «sociedad del 0,5 %» y exigían equidad social además de una rápida modernización. La postura política de los jóvenes militares que derrocaron al rey Faruk de Egipto en 1952 hacía hincapié en el antiimperialismo, en el antifeudalismo y en la abolición de los monopolios. Los golpistas también veían en la incapacidad de las monarquías árabes de derrotar a Israel en 1948 un síntoma de decadencia moral. «Los pueblos árabes entraron en Palestina con el mismo grado de entusiasmo –escribía Gamal Abdel Nasser, el líder de la revolución egipcia de 1952–. Lo hacían sobre la base de [...] un cálculo común y compartido por todos en lo relativo a las fronteras exteriores de su seguridad. Aquellos pueblos salieron de Palestina con una amargura y una decepción comunes; a continuación, cada uno de ellos se topó en sus asuntos internos con los mismos factores, con las mismas fuerzas gobernantes que habían provocado su derrota, y que les obligaban a agachar la cabeza por su humillación y su vergüenza.»[1]

Los discursos de Nasser sobre Palestina dejaban claro lo lejos que habían llegado él y otros nacionalistas a la hora de considerar a los árabes *un solo* pueblo. Aunque el mundo árabe había estado políticamente dividido desde el siglo XIII, resultaba bastante natural que los revolucionarios que aspiraban a un rápido cambio esperaran que la unidad cultural árabe pudiera traducirse en un objetivo común, sobre todo porque les aportaría una mayor relevancia, a ellos y a sus movimientos. «Cuando se acabó la lucha en Palestina –escribía Nasser–, ante mis ojos el círculo árabe se había convertido en una única entidad. [...] He seguido los acontecimientos de los países árabes, y encuentro que coinciden, punto por punto. Lo que ocurrió en El Cairo tuvo su contrapartida en Damasco al día siguiente, y en Beirut, en Amán, en Bagdad y en otros lugares. [...] Es una sola región. Las mismas circunstancias, los mismos factores, incluso las mismas fuerzas, unidas en contra de todo ello. [...] La más destacada de esas fuerzas era el imperialismo.»[2]

Nasser, nacido en 1918, era un oficial del Ejército con firmes ideas nacionalistas egipcias y panárabes. Contemplaba la lucha por la independencia de Egipto como parte de una lucha más amplia por la liberación de los árabes, lo que a su vez enlazaba con las cuestiones antiimperialistas globales y del Tercer Mundo. Desde el principio de su trayectoria política, Nasser creía en una forma imprecisa de socialismo, pero que tenía que ser una forma de Gobierno desarrollada por los propios árabes conforme a los principios del islam. Aunque Nasser admiraba el sistema económico soviético, temía la influencia política comunista en Egipto, y en varias ocasiones encarceló a los líderes de la izquierda cuando consideró que habían ido demasiado lejos en sus críticas al Gobierno. Pero su principal enemigo interior era lo que él consideraba la derecha religiosa. Nasser se burlaba abiertamente de los Hermanos Musulmanes, e ilegalizó todas las organizaciones islamistas después de que un enfurecido miembro de la hermandad intentara asesinarle en 1954. Para el dirigente egipcio, el islam era ante todo una fuente de inspiración para la liberación y la unidad regional de los árabes. Abolió los tribunales de la *sharía* y obligó a las autoridades religiosas de Egipto –que para muchos expertos de todo el mundo eran los principales teólogos islámicos– a publicar una fetua que afirmaba que todos los musulmanes, ya fueran suníes, chiíes o de otras sectas, pertenecían a la misma comunidad musulmana.

Las ideas de Nasser sobre la Guerra Fría eran directas. Estaba convencido de que Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia iban a intentar controlar el mundo árabe incluso tras el fin del colonialismo. Contemplaba las monarquías conservadoras de Arabia Saudí, Irán, Jordania y los estados del Golfo como instrumentos de aquella opresión política y económica. Al igual que los indios, y que Indonesia en tiempos de Sukarno, Nasser recurrió a la Unión Soviética porque estaba convencido de que Moscú podía ser un proveedor alternativo de ayuda económica y militar, y de conocimientos. Para Nasser los soviéticos eran un posible aliado en la lucha por sus objetivos políticos en el mundo árabe. Su forma de entender el no alineamiento pasaba por conservar su independencia, por la unidad con otros países del Tercer Mundo, y por colaborar cada vez más estrechamente

con los soviéticos en la persecución de los objetivos del propio Nasser. En el plano nacional, la demostración del éxito de sus políticas en el contexto de la Guerra Fría fue que los soviéticos financiaran la Presa de Asuán, el mayor proyecto de ese tipo en el mundo, una financiación que Nasser buscó y consiguió después de constatar que los estadounidenses iban a poner condiciones políticas a su ayuda. Cuando la administración de Eisenhower retiró airadamente su oferta de ayuda, los soviéticos diseñaron y ayudaron a construir la presa, que se concluyó en 1970.

En el plano internacional, Nasser también se benefició de su creciente proximidad a la Unión Soviética. Durante los años sesenta, Egipto libró un prolongado conflicto con los saudíes a raíz de su apoyo a la revolución de Yemen. Nasser pretendía demostrarles a las demás potencias regionales que Egipto controlaba el destino de la revolución árabe en todo Oriente Medio. Los soviéticos y otros países comunistas prestaron una ayuda sustancial a los más de 70.000 soldados egipcios desplegados en Yemen. Los monárquicos yemeníes contaban con el apoyo de Gran Bretaña y de Estados Unidos, así como de Jordania y de Irán, además del de los saudíes. La intervención de Nasser se enredó en las relaciones tribales y las diferencias entre los clanes yemeníes, y se encontraba en desventaja logística debido a la proximidad de los saudíes al otro lado de la frontera septentrional de Yemen y al acceso de los británicos desde su colonia de Adén. El presidente egipcio bufaba al afirmar que incluso las botas de los soldados egipcios muertos «eran más honorables que las coronas del rey Saud y del rey Husein».[3] Pero a finales de los años sesenta, el esfuerzo de Nasser en Yemen había fracasado, con cuantiosas bajas y escasos logros, aunque la presencia egipcia dejó tras de sí reductos de radicalismo en el sur de Arabia.

Sin embargo, existían otros movimientos además del de Nasser que tenían la mirada puesta en la causa del panarabismo. El Partido Baaz [del Renacimiento] Árabe fue fundado en 1940 en Damasco por Michel Aflaq, un antiguo comunista de una familia cristiana siria que creía en un movimiento de masas disciplinado que renovara la búsqueda de la unidad política y cultural de los árabes. Aflaq y sus seguidores acogieron favorablemente la revolución egipcia, pero criticaban a Nasser por ser

demasiado egoísta y estar demasiado centrado en los intereses de Egipto. Los dirigentes del Baaz, por el contrario, querían construir la unidad de los árabes desde abajo, con filiales del partido en todos los países, todas ellas decididas a tomar el poder y a unificar el mundo árabe en torno a un programa autoritario, nacionalista y socialista. Los dirigentes del Baaz eran la vanguardia que debía romper con muchas generaciones de atraso, de fragmentación y de dominio europeo. Ellos, decía Aflaq, tienen «la voluntad de la que carecía la nación, como un modelo y un ejemplo audaz de la transición de la pasividad y el sueño al despertar y la acción».[4]

Como suele ocurrir con los partidos que ponen la unidad por encima de todas las demás virtudes, el Baaz sufrió su buena dosis de luchas internas desde el principio de su existencia. Algunos de sus miembros apoyaron la fusión de Siria y Egipto para formar una República Árabe Unida en 1958, a pesar de las críticas del partido a Nasser. Esa unión acabó en acrimonia tres años después. En Irak, algunos miembros del Baaz apoyaron la revolución de 1958 que derrocó la monarquía, pero al cabo de un año el partido fue aplastado en el país. Sin embargo, a pesar de su desunión, la influencia de las distintas ramas del Partido Baaz aumentó en muchos países árabes a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta. Para muchos árabes que aspiraban a un cambio revolucionario sin adoptar el comunismo, el pensamiento baazista se ajustaba bien a sus objetivos.

La revolución de Irak en 1958 fue un punto de inflexión para la Guerra Fría en Oriente Medio. El régimen militar que tomó el poder se alió con el diminuto Partido Comunista iraquí, en parte porque el nuevo presidente, Abd al-Karim Qasim, desconfiaba del Baaz. Además, Qasim aspiraba a una alianza con los soviéticos a fin de proteger a su régimen contra una intervención de Occidente, como la que había tenido lugar en Irán cinco años antes. La revolución fue sangrienta. El rey y catorce miembros de su familia fueron asesinados a tiros en el palacio. La embajada británica fue saqueada. Como es comprensible, los dirigentes estadounidenses estaban horrorizados. En el plazo de unas pocas semanas, Irak había pasado de ser un aliado crucial para la seguridad de Estados Unidos a unirse a sus adversarios, Nasser y los soviéticos. «O actuamos ya o salimos de Oriente

Medio –le dijo el presidente Eisenhower a sus asesores–. Perder esa región por inacción sería mucho peor que lo que perdimos en China, debido a la posición estratégica y a los recursos de Oriente Medio.»[5] Siempre al tanto de un posible efecto dominó, Eisenhower quería hacer frente a lo que a su juicio era un desafío directo de los soviéticos al poder de Estados Unidos en Oriente Medio. «Nuestros asesores militares –afirmó el secretario de Estado Dulles ante el Congreso–, están convencidos de que en estos momentos gozamos de una superioridad considerable a la que probablemente la URSS no querrá enfrentarse. [...] Así pues, cabe la posibilidad de que si actuamos decisiva y rápidamente, los soviéticos entiendan que Nasser ha ido demasiado rápido. Puede que se retiren antes de que se vea comprometido su prestigio y de que surja el peligro de una guerra generalizada.»[6]

La respuesta inmediata de Estados Unidos puso claramente de manifiesto las limitaciones de la política exterior estadounidense en Oriente Medio. Eisenhower, cumpliendo una petición de Camille Chamoun, presidente del Líbano, ordenó el desembarco de 8.000 infantes de Marina en Beirut. El presidente aludió a la subversión comunista del Líbano y a la necesidad de «mantener su integridad territorial y su independencia política».[7] Pero en realidad el desembarco fue un intento casi a la desesperada de demostrar el poder y la determinación de Estados Unidos en Oriente Medio. Se pretendía asustar a los soviéticos y disuadirles de una implicación demasiado profunda en las revoluciones de Oriente Medio, y advertir a los nuevos dirigentes iraquíes de que no se adueñaran de Kuwait, un emirato rico en petróleo que la mayoría de los iraquíes consideraban parte de su territorio nacional. Más de la mitad de las importaciones de petróleo de Gran Bretaña procedían de Kuwait, y la pérdida del emirato habría significado que Europa y Japón pasarían graves apuros en su suministro energético.

En Moscú, Jruschov observaba las revoluciones de Oriente Medio con satisfacción y no sin cierto regocijo. «¿Cabe imaginar un Pacto de Bagdad sin Bagdad? Tan solo esta consideración basta para provocarle un ataque de nervios a Dulles», les decía sonriendo el líder soviético a sus camaradas de Moscú.[8] Pero Jruschov no estaba dispuesto a dar a los nuevos dirigentes

iraquíes, ni a los que les apoyaban desde Egipto, ninguna garantía fiable contra una intervención estadounidense. Le dijo a Nasser, que voló hasta Moscú para reunirse urgentemente con Jruschov tras el desembarco de las tropas estadounidenses en Líbano, que no estaba dispuesto a suministrar sistemas de armamento sofisticados para que los utilizaran los árabes. «Si surgiera la necesidad, –argumentaba el dirigente soviético–, sería mejor lanzarlas [dichas armas] desde nuestro territorio. [...] Y puede usted estar seguro de que si los agresores inician una guerra contra su país, nosotros les ayudaremos por medio de esos misiles.»[9] Para Jruschov Oriente Medio era una región prometedora pero confusa, donde el poder soviético podía hacer poco más que encauzar a los nuevos regímenes por el camino de las reformas sociales, de la planificación socialista y de unas relaciones militares, políticas y económicas cada vez más estrechas con la Unión Soviética.

El margen de maniobra de los soviéticos en Oriente Medio estaba por un lado en función del análisis marxista de sus expertos sobre la lucha de clases y por otro de los objetivos políticos y estratégicos de sus dirigentes. Oriente Medio, tanto en su vertiente árabe como en su vertiente persa, se veía como una región demasiado atrasada para las revoluciones genuinamente socialistas. Su futuro inmediato debía consistir en las revoluciones nacionalistas de la burguesía local y sus aliados contra la dominación imperialista occidental. La Unión Soviética debía apoyar ese tipo de revoluciones, aunque siendo consciente de su carácter, que obedecía a los estrechos intereses particulares y locales de sus protagonistas. Pero aunque los nacionalistas burgueses de Oriente Medio no podían tener la misma perspectiva de clase mundial que los comunistas soviéticos o de Europa oriental, sí podían formar parte de un frente internacional contra Occidente. Los objetivos de la URSS en Oriente Medio no requerían verdaderas revoluciones socialistas. Solo necesitaban movimientos y regímenes que se rebelaran contra el control occidental de sus recursos, y que al hacerlo solicitaran el apoyo de los soviéticos.

Además, los puntos de vista de la URSS y de Estados Unidos sobre Israel intentaban encajar unas realidades locales complejas en el marco demasiado

simplista de la Guerra Fría. Los soviéticos siguieron abrigando esperanzas, por lo menos hasta la Crisis de Suez, de que el Estado sionista fuera complaciente con las posturas de Moscú en los asuntos internacionales, lo que les posibilitaría patrocinar un acuerdo entre Israel y sus vecinos árabes. Esa idea no resultaba tan rocambolesca como parece hoy en día. El bolchevismo y el sionismo habían crecido políticamente codo con codo en Rusia y en Europa oriental, como rivales socialistas y a veces como enemigos. «La lucha entre los judíos sionistas y los judíos bolcheviques –había proclamado Churchill en 1920–, es poco menos que una lucha por el alma del pueblo judío.»[10] Pero hasta 1948, las políticas imperialistas británicas, y no los árabes ni los soviéticos, habían sido el enemigo más mortal del sionismo. Por consiguiente, la disposición del Gobierno laborista israelí presidido por David Ben-Gurión a alinearse totalmente con los británicos y los franceses le resultó un tanto chocante a Moscú.

Sabiendo lo que estaba ocurriendo en Israel, las alianzas del país no habrían debido sorprender a nadie. Para el Gobierno laborista de Israel, hacer frente a sus vecinos árabes era una cuestión de supervivencia. Y para mantener esa confrontación era necesario el apoyo de Occidente. «Cuando estamos aislados –explicaba Ben-Gurión–, los árabes piensan que se nos puede destruir, y los soviéticos se aprovechan de esa carta. Si nos respaldara una gran potencia, y los árabes supieran que somos un hecho que no puede modificarse, Rusia depondría su hostilidad hacia nosotros, porque esa hostilidad ya no conquistaría el corazón de los árabes.»[11] Las sospechas de los dirigentes israelíes se vieron confirmadas por los acuerdos de la URSS con Egipto tras la guerra de 1956. Los sionistas tenían la sensación de que debían acercarse más a Estados Unidos. El antisemitismo soviético, que Jruschov nunca combatió abiertamente, también contribuyó a convencer a Ben-Gurión y a otros dirigentes judíos de que el Estado comunista nunca podría llegar a ser un amigo de Israel.

Para Gamal Abdel Nasser, la alianza con los soviéticos también trajo sus frustraciones. Nasser esperaba poder utilizar la ayuda militar y económica de la URSS para posicionar a Egipto como la principal potencia en la región.[12] Por el contrario, la economía egipcia experimentó una crisis

durante los años sesenta, sobre todo debido a la baja productividad, a la corrupción, al elevado gasto militar y al excesivo reparto gratuito de bienes y servicios. Mientras tanto, la larga guerra en Yemen no impresionaba a nadie; la República Árabe Unida fue disuelta por los sirios en 1961, y en Irak, Qasim fue derrocado y asesinado en 1963. Tanto en Siria como en Irak el Partido Baaz iba en ascenso, a pesar de la desaprobación de los egipcios y los soviéticos. A mediados de los años sesenta, tanto en Damasco como en Bagdad había gobiernos baazistas, aunque tenían muy pocas cosas en común, salvo perseguir a los comunistas, a los líderes islamistas y a las minorías étnicas.

Durante los años sesenta, la Guerra Fría le brindó a Nasser la oportunidad de restablecer su talla internacional. Aunque seguía colaborando estrechamente con los soviéticos, el dirigente egipcio intensificó su compromiso con los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo, y asumió su defensa. Nasser consideraba que esa postura le permitía evadirse de un marco local que a menudo le resultaba irritante. El Cairo se convirtió, sobre todo a partir de 1965, tras la caída de Ben Bella en Argelia, en el punto de encuentro de los revolucionarios africanos, desde Angola hasta Marruecos. La Organización de Solidaridad de los Pueblos Afroasiáticos (AAPSO) tenía su sede central en El Cairo, y aunque la influencia soviética en la organización aumentó a finales de los años sesenta, Nasser siempre se aseguró de poder dar su imprimátur personal a sus procedimientos, habitualmente poco claros.[13]

Los compromisos de Nasser con el Tercer Mundo y su necesidad de que le consideraran el principal paladín de todos los árabes, sobre todo tras la debacle de Yemen, le llevó a centrarse más que antes en la difícil situación de los palestinos. Desde 1948, más de un millón de palestinos sin patria vivían como refugiados por todo el mundo árabe. Su existencia era precaria. La mayoría de los regímenes árabes les negaban la nacionalidad, y a menudo se les explotaba a través de las condiciones de trabajo y de vida. Pero a mediados de los años sesenta las organizaciones palestinas ya se habían hecho más visibles, y una de ellas, Al Fatah, encabezada por Yasser Arafat, un antiguo estudiante de la Universidad de El Cairo, había

empezado a realizar ataques armados a pequeña escala contra Israel. «No depondremos las armas hasta que Palestina sea liberada y hasta que Palestina ocupe el estatus que se merece en el corazón de la nación árabe», declaraba Arafat.[14]

Los orígenes de la guerra de 1967 en Oriente Medio hay que buscarlos en la intersección entre el redescubrimiento de la causa palestina por parte de los árabes y la intensificación de la Guerra Fría en la región. En 1966, tras enfrentar entre sí a los dirigentes árabes en su búsqueda de apoyos, Al Fatah se había trasladado de Egipto a Siria, donde para entonces gobernaba una facción radical del Partido Baaz. A pesar de su difícil relación con el Partido Baaz en el pasado, los soviéticos también respaldaban al nuevo régimen de Damasco, con la esperanza de que provocara un realineamiento de los baazistas con Moscú. De ser así, a juicio de Brézhnev la balanza de la Guerra Fría en Oriente Medio se inclinaría decisivamente a favor de los soviéticos. Las entregas de armas soviéticas tanto a Siria como a Egipto se intensificaron, igual que la retórica de los árabes en contra de la ocupación judía de Palestina.

En abril de 1967 Israel respondió a las incursiones de Al Fatah desde Siria y Jordania machacando a las fuerzas de ambos países con su aviación y sus carros de combate. Los cazas a reacción israelíes sobrevolaron Damasco. Los soviéticos estaban convencidos de que los israelíes preparaban un ataque a gran escala contra Siria, y advirtieron a sus aliados de la zona. Por temor a ser visto como menos antiisraelí que los baazistas, y alarmado ante las informaciones procedentes de Moscú, Nasser movilizó a sus tropas hacia la frontera israelí y bloqueó su acceso marítimo desde el golfo de Aqaba. Los soviéticos y los sirios esperaban que la presión de Egipto sobre Israel atenuara la belicosidad israelí en otras zonas.

Por el contrario, el temor a una acción concertada por parte de los árabes llevó a Israel a decidir atacar primero. El 5 de junio de 1967, en un ataque por sorpresa, la Fuerza Aérea israelí destruyó la aviación egipcia que se encontraba en tierra. A continuación sus ejércitos conquistaron la península del Sinaí, amenazando a El Cairo, y respondieron a los bombardeos de artillería por parte de Jordania conquistando Jerusalén Este

y Cisjordania, la orilla occidental del río Jordán. En el norte, las tropas israelíes derrotaron de forma aplastante a los sirios y se apoderaron de los Altos del Golán. En menos de una semana de combates, los vecinos árabes de Israel sufrieron una derrota militar total. En el desierto del Sinaí, las incontables hileras de carros de combate carbonizados, los tanques T-34 que le había suministrado la URSS al Ejército egipcio, atestiguaban la magnitud de la humillación de los árabes y su relevancia para la Guerra Fría.

Estados Unidos se mantuvo al margen de la guerra lo mejor que pudo. Pero aunque las únicas bajas estadounidenses fueron los miembros de la tripulación de un barco espía de la Armada, hundido accidentalmente (o eso se decía) por los israelíes, la opinión pública estadounidense estaba firmemente de parte de Israel. Aunque indudablemente el Estado judío era el agresor, la magnitud de su victoria contra unas fuerzas mucho mayores lo convertían en un David que luchaba contra Goliat. Además, a los estadounidenses les gustaba que los israelíes hicieran lo que aparentemente Estados Unidos era incapaz de hacer en Indochina: darle una paliza a la Unión Soviética y a sus aliados. Y la humillación de los regímenes árabes agresivamente antiamericanos también le venía bien a Washington. «Vamos a empezar a meter un poco en cintura a esa gente», le dijo McGeorge Bundy, asesor de seguridad nacional del presidente Johnson a sus colegas de la Casa Blanca.[15]

Para los nuevos dirigentes soviéticos, la derrota de los árabes fue un enorme revés. Durante los prolegómenos de la guerra, la diplomacia de Moscú había actuado de forma torpe y vacilante. Al tiempo que aconsejaban a Egipto y a Siria que rebajaran el tono de su retórica a fin de evitar una guerra, la advertencia por parte de los soviéticos de un inminente ataque israelí había contribuido a hacer realidad ese ataque. Pero, ante todo, lo que horrorizaba a Moscú era la magnitud de la derrota de los árabes. «Los datos de que disponemos –le explicaba un exasperado Leonid Brézhnev a sus colegas del Pacto de Varsovia el 20 de junio–, muestran claramente que gracias a esa generosa ayuda prestada por la URSS y otros países, los países árabes eran indiscutiblemente superiores a Israel en armamento y en personal militar antes del estallido de las hostilidades.» Los

dirigentes árabes habían fracasado debido a su falta de coordinación entre ellos y con la Unión Soviética. Tan solo un ultimátum que los soviéticos enviaron a Estados Unidos logró poner fin a la ofensiva israelí. Pero los soviéticos, afirmaba Brézhnev, iban a seguir ayudando a los estados árabes «progresistas», dado que Moscú estaba convencido de que Estados Unidos había alentado y facilitado el ataque israelí.[16]

Nasser presentó su dimisión, pero siguió en el cargo después de que una serie de manifestaciones multitudinarias en El Cairo y otras ciudades le pidieran que se quedara. Puede que la derrota hubiera hecho mella en la popularidad del presidente, pero no acabó con ella. Junto con los sirios, y con apoyo soviético, los egipcios mantuvieron su postura de confrontación hacia Israel. La «guerra de desgaste», como la denominaba Nasser, consistía en ataques a pequeña escala contra las fuerzas israelíes, al tiempo que se evitaba una guerra total. En todos los casos, los israelíes contraatacaban con lo que su nueva primera ministra laborista, Golda Meir, denominaba lisa y llanamente una respuesta asimétrica: causando más daño a los árabes del que ellos podían hacerle a Israel. Meir se negó a retirar sus tropas de los territorios ocupados. «No hay alternativa a nuestra consolidación a lo largo de las líneas de alto el fuego en vista de que los árabes siguen negándose a firmar la paz», dijo Meir.[17]

La guerra de 1967 agravó la tragedia palestina. Nuevos refugiados, esta vez procedentes de Cisjordania y Gaza, se asentaron en los países árabes circundantes. En Jordania y en Líbano se convirtieron en un importante sector de la población, y su Organización para la Liberación de Palestina (OLP), en una parte crucial del panorama político. La OLP era una confederación flexible, formada por Al Fatah y otros grupos, con Yasser Arafat como líder. Siguieron realizando ataques a pequeña escala contra Israel. Pero la OLP se fue volviendo cada vez más indisciplinada. Uno de sus grupos, el Frente Patriótico para la Liberación de Palestina (FPLP), un partido que se autoproclamaba marxista-leninista y que reivindicaba al Che Guevara entre sus héroes, secuestró un avión estadounidense en 1969 y le obligó a aterrizar en Damasco, donde el grupo tenía su cuartel general. Un año después el FPLP llevó a cabo una operación mucho más amplia:

secuestró cuatro aviones occidentales y llevó tres de ellos hasta Jordania, donde los destruyó con explosivos.

Aunque los terroristas habían dejado en libertad a todos los rehenes, su operación le brindó al rey Husein de Jordania la excusa que estaba esperando para doblegar la presencia palestina en su país. Tras acusar a la OLP y a otros grupos palestinos de actuar como un Estado dentro del Estado, el rey envió a sus tropas para expulsarlos de Jordania. Para sorpresa de la mayoría de los observadores, los jordanos lo lograron, a pesar de que Siria amenazó con intervenir. El «Septiembre Negro», como lo llamaron los palestinos, fue un hito en la Guerra Fría en Oriente Medio. Se había roto la unidad árabe. Los dirigentes de la OLP, aunque se habían opuesto a los atentados terroristas contra objetivos extranjeros, estaban manchados por su conflicto con otros árabes y por sus vínculos con las organizaciones terroristas internacionales. La Unión Soviética, que con cierta cautela había empezado a establecer vínculos con la OLP, fue humillada de nuevo en Oriente Medio, esta vez por un «pequeño rey valiente» al que consideraban un vestigio del pasado en la región.

Los soviéticos respondieron al Septiembre Negro intensificando su refuerzo de los ejércitos de Egipto y de Siria. Dentro del país, Brézhnev explicaba sus políticas haciendo hincapié en que la Unión Soviética quería un compromiso político en Oriente Medio, y que solo sería posible una solución diplomática cuando Israel y sus patrocinadores estadounidenses constataran que había un verdadero equilibrio de poder en la región. Brézhnev explicaba que el aumento de la implicación soviética no iba en contra de la distensión. «Nuestro partido siempre ha [...] demostrado que la política de coexistencia pacífica no es contraria al proceso de revolución mundial, sino que por el contrario lo fortalece», le dijo Brézhnev a sus colegas.[18] En 1970 los soviéticos ya habían reabastecido al Ejército y a la Fuerza Aérea de Egipto, y les habían suministrado unos misiles mucho más avanzados que los que habían tenido hasta entonces. El personal del Ejército Rojo guarnecía las posiciones de Egipto a lo largo del canal de Suez. «En Nikoláiev –contaba más tarde un soldado soviético–, nos vistieron de paisano, nos entregaron unos trajes confeccionados en el

extranjero (en los países del Bloque socialista). A los soldados les dieron una boina y a los oficiales un sombrero. Entregamos todos nuestros efectos personales y nuestra documentación militar y embarcamos como turistas a bordo del crucero *Almirante Najímov*. Mi puesto de vigilancia estaba camuflado como una ambulancia.»[19]

Tras la instalación de misiles antiaéreos S-125 soviéticos y la participación de los pilotos soviéticos en las misiones aéreas sobre territorio egipcio, el equilibrio en Oriente Medio empezó a cambiar. No cabe duda de que el alto el fuego que firmó Israel en agosto de 1970, donde se autorizaba el mantenimiento de los misiles S-125 a orillas del canal, era producto de la nueva intervención soviética. Aproximadamente 20.000 asesores soviéticos prestaron servicio en Egipto entre 1967 y 1971, la mayoría de ellos en puestos militares. Se iniciaron las negociaciones para un tratado de defensa que convertiría a Egipto en lo más parecido a un aliado de la URSS fuera del Pacto de Varsovia. La administración de Nixon intensificó su apoyo militar a Israel, al tiempo que intentaba que los soviéticos apoyaran un acuerdo de paz. Un «arreglo que resulte doloroso para ambas partes y que los soviéticos le vendan a la R.A.U. [Egipto] sería ventajoso para nosotros –les explicaba Kissinger a los miembros del Consejo de Seguridad Nacional–. Desde el punto de vista del conjunto de nuestra relación, queremos un acuerdo que no sea del gusto de la R.A.U., y que los soviéticos tengan que pagar el precio de vendérselo.»[20]

La repentina muerte de Gamal Abdel Nasser en octubre de 1970 modificó drásticamente la política en Egipto. Su sucesor, Anuar Sadat, se vio atrapado en una situación paradójica. Por un lado, quería presionar a los soviéticos para que incrementaran aún más el apoyo militar a su régimen. Por otro, estaba convencido de que tarde o temprano los egipcios tendrían que hablar con Washington a fin de conseguir un acuerdo de paz global para Oriente Medio. Tras firmar el nuevo tratado de defensa con los soviéticos en 1971, un año más tarde Sadat protestó por la renuencia de los soviéticos a suministrarle a Egipto misiles avanzados de largo alcance, y lo hizo por el procedimiento de expulsar arbitrariamente a una parte de los asesores militares soviéticos (pero no a todos). Además, abrió canales de

comunicación secretos con los estadounidenses. El presidente Nixon, impaciente ante la renuencia de Israel a negociar con los árabes, suspendió la ayuda militar de Estados Unidos a fin de presionar a Golda Meir. Para Nixon era mucho más importante que los soviéticos se marcharan de Egipto, y en última instancia de Oriente Medio, que hacer invulnerable a Israel frente a un ataque.

La paradoja por excelencia de los primeros años de Sadat en el poder era que quería una paz con Israel sobre la base de las fronteras previas a 1967, pero no veía otra forma de lograr ese objetivo más que forzando una solución militar. Convencido de que en aquel momento los ejércitos árabes estaban capacitados, si no para derrotar, sí para infligir graves daños a los israelíes, Sadat empezó a preparar un ataque. Dado que la posición de los soviéticos se había reducido, y que los estadounidenses seguían manteniéndose al margen, nada podía disuadir a Sadat. El 6 de octubre de 1973, la víspera del Yom Kipur, el día más santo del judaísmo, los ejércitos egipcios y sirios atacaron cruzando las líneas del alto el fuego. Hicieron retroceder al Ejército israelí tanto en el Sinaí como en los Altos del Golán, con cuantiosas bajas. Estaba claro que Israel tenía problemas para congregar suficientes tropas y material para combatir eficazmente en ambos frentes. El 9 de octubre, Meir ordenó preparar las fuerzas nucleares israelíes, que el país había desarrollado en secreto a finales de los años sesenta. La decisión de Meir fue un intento de obligar a los estadounidenses a prestarle ayuda militar y al mismo tiempo una garantía en última instancia contra una invasión árabe a gran escala. A instancias de Kissinger, ese mismo día se inició el reabastecimiento militar desde Estados Unidos. Los soviéticos ya habían empezado a reabastecer a sus aliados árabes.

Los sorprendentes reveses de los israelíes en la primera fase de la guerra de Octubre provocaron que el conflicto asumiera rápidamente una dimensión en el contexto de la Guerra Fría. «Es posible que los árabes estén oliéndose una victoria, no unas tablas –dijo Kissinger–. Eso significa que la Unión Soviética ha ganado. Para nosotros habría sido perfecto intervenir para salvarle el pellejo a los árabes.»[21] Pero, tal y como estaban las cosas, los estadounidenses se negaron incluso a apoyar a los soviéticos a favor de

una declaración del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas instando a un alto el fuego inmediato. Washington quería que se restableciera el statu quo, porque incluso una pequeña pérdida de territorio ocupado por parte de los israelíes habría significado una victoria para la Unión Soviética.

Con los suministros estadounidenses ya en camino, Israel podía pasar a la ofensiva. El 11 de octubre sus fuerzas cruzaron la antigua línea de alto el fuego de los Altos del Golán y se dirigieron hacia Damasco. El 15 de octubre los israelíes cruzaron el canal de Suez y empezaron a avanzar hacia Ismailía y El Cairo. Los soviéticos se enfurecieron ante lo que les parecía una connivencia entre Estados Unidos e Israel para consolidar ulteriores conquistas territoriales del Estado judío, o tal vez, para derrocar los regímenes de Siria y Egipto. Cuando finalmente los estadounidenses accedieron a apoyar una resolución de Naciones Unidas a favor de un alto el fuego, que fue aceptada por todas las partes, los israelíes siguieron avanzando en algunos sectores. Eso llevó a sus tropas a menos de cuarenta kilómetros de Damasco y a cien kilómetros de El Cairo. El 3.º Ejército egipcio, formado por 35.000 hombres, fue rodeado. Brézhnev le envió un mensaje a Nixon en el que amenazaba con una intervención directa del Ejército Rojo en caso de que Israel no pusiera fin a sus ofensivas. Los servicios de inteligencia estadounidenses decían que estaban convencidos de que los soviéticos estaban preparando tropas para enviarlas a Oriente Medio.

El 25 de octubre, por la noche, Nixon respondió poniendo en estado de alerta a las Fuerzas Armadas estadounidenses en todo el mundo. El Comando Aéreo Estratégico, el Comando de Defensa Aérea Continental, el Comando Europeo y la Sexta Flota pasaron a DEFCON 3, el nivel de preparación para el combate más alto desde la crisis de los misiles cubanos. Dado que Nixon ya estaba pasando por momentos difíciles a raíz del escándalo Watergate, Kissinger estaba convencido de que «ahora la estrategia soviética en su conjunto parece consistir en poner la distensión encima de la mesa, ya que, a su juicio no tenemos un presidente en condiciones, y por consiguiente debemos evitar que se salgan con la suya».[22] Al tiempo que Nixon advertía a los soviéticos de que la presencia

de tropas del Ejército Rojo en Oriente Medio significaría la guerra con Estados Unidos, Kissinger ejercía la máxima presión sobre los israelíes para que pusieran fin a su incumplimiento de la tregua.

En Moscú, el Politburó entró en estado de shock cuando detectaron la alerta nuclear de Estados Unidos. El debate que se produjo a continuación dejó claro que los dirigentes soviéticos aún no habían tomado la decisión de enviar tropas a Oriente Medio; lo suyo habían sido simples amenazas y planificación de contingencia. «No es razonable que entremos en guerra con Estados Unidos por culpa de Egipto y de Siria», dijo Kosyguin.[23] Brézhnev lo resumió diciendo que, a fin de cuentas, las advertencias soviéticas habían tenido el efecto deseado: los estadounidenses estaban metiendo en vereda a los israelíes. Pero los soviéticos se apresuraron a aceptar una resolución propuesta por Estados Unidos que otorgaba a Naciones Unidas la responsabilidad de separar a los ejércitos beligerantes. En una rueda de prensa no exenta de divagaciones, Nixon atribuyó la resolución de la crisis a su política de distensión. Dijo que había sido gracias a que él y Brézhnev «tenemos un contacto personal, hemos intercambiado notas, y así hemos llegado a un acuerdo en vez de a una confrontación».[24] Pero a ninguno de los dos bandos le cabía la mínima duda de que la guerra de 1973 había dejado en evidencia algunas limitaciones de la distensión.

La desesperación en el seno de los estados árabes por el desenlace de la guerra de Octubre era palpable. Libia había anunciado un embargo de las exportaciones de petróleo a Estados Unidos y a otros países que apoyaban a Israel. Para espanto de Kissinger, todos los demás países árabes productores de petróleo hicieron lo mismo, incluso países aliados incondicionales de Estados Unidos como Arabia Saudí. El embargo dio lugar a un enorme aumento del precio del petróleo, lo que de por sí agravó las penalidades económicas de Occidente a mediados de los años setenta. A pesar de la presión de Estados Unidos, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) se empeñaba en regular la producción para mantener unos precios altos incluso tras el fin del embargo. A partir de entonces, el precio del petróleo, una materia prima que a pesar del aumento de la demanda había sido barata y abundante desde los años cuarenta, se duplicó. Las

políticas de precios de la OPEP animaron a los países del Tercer Mundo, que aspiraban a un nuevo orden económico internacional basado en un aumento de los precios de las materias primas. También provocó que la consolidación de una verdadera hegemonía de Estados Unidos en Oriente Medio se convirtiera en un asunto más urgente para Washington.

Kissinger se había dado cuenta de que, a los ojos del resto del mundo, Estados Unidos tenía que contribuir a lograr algún tipo de acuerdo de paz en Oriente Medio si lo que pretendía era obligar a retroceder a la Unión Soviética. Y, a juicio del secretario de Estado, presionar a los israelíes para que se retiraran por lo menos de algunos territorios ocupados era esencial para que diera resultado cualquier negociación. La guerra de 1973 podía ayudar a convencer a Golda Meir de que su país necesitaba un acuerdo. Kissinger decía que los israelíes «han perdido su invencibilidad y los árabes han perdido su sensación de inferioridad».[25] Pero el Gobierno de Meir se negó a entrar en el juego, salvo para los acuerdos de repliegue militar, que Kissinger negoció con habilidad. A pesar de que el Egipto de Sadat iba distanciándose cada vez más de la Unión Soviética, y a pesar del apoyo que le habían prestado durante la guerra, los estadounidenses recibieron muy poca ayuda de los israelíes para que la situación diera un vuelco en perjuicio de Moscú.

«Oriente Medio –le explicaba Kissinger al presidente Gerald Ford inmediatamente después de su investidura en agosto de 1974–, es el peor problema que tenemos por delante. La situación del petróleo es la peor a la que nos enfrentamos. [...] Pero no podemos permitirnos otro embargo. Si nos enfrentáramos a algo así, puede que tuviéramos que apoderarnos de algunos campos petrolíferos.»[26] Cuando Isaac Rabin, el sucesor de Meir al frente del Gobierno laborista, se negó a llegar a un acuerdo provisional con los egipcios en marzo de 1975, tal y como proponía Washington, el presidente Ford perdió la paciencia. Le escribió una carta a Rabin «para transmitirle mi profunda decepción ante la posición adoptada por Israel en el transcurso de las negociaciones. [...] La imposibilidad de llegar a un acuerdo acabará teniendo efectos de largo alcance en la región y en nuestras relaciones. He ordenado una reevaluación inmediata de las relaciones de

Estados Unidos [...] con Israel, a fin de asegurarme de que el conjunto de los intereses de Estados Unidos en Oriente Medio y en el mundo estén protegidos. Será usted informado de nuestras decisiones».[27]

Sin embargo, el presidente de Estados Unidos estaba sometido a una presión cada vez mayor dentro de su país por parte de quienes consideraban que la política de distensión global había hecho demasiadas concesiones a los soviéticos. Al tiempo que Kissinger protestaba airadamente y alegaba que, al contrario, su política para Oriente Medio aspiraba a *arrebatarle* algo a la Unión Soviética, 76 senadores de ambos partidos le escribieron una carta al presidente Ford intentando desautorizar su nueva postura. «Estamos convencidos –afirmaban–, de que un Israel fuerte constituye la barrera más fiable contra el domino de terceros en la zona. Teniendo en cuenta el reciente e intenso flujo de armamento soviético a los estados árabes, es imprescindible que no consintamos que el equilibrio militar se altere en perjuicio de Israel. Creemos que el mantenimiento de la paz exige que Israel reciba un nivel de ayuda militar y económica adecuado para disuadir de cualquier reanudación de la guerra por parte de los vecinos de Israel.»[28]

Para un presidente no elegido, que tenía la esperanza de ganar las elecciones a la presidencia en 1976, aquella presión resultaba imposible de resistir. El Comité de Asuntos Públicos Estadounidense-Israelí (AIPAC) y algunas organizaciones judías de Estados Unidos lograron vincular su temor a que Estados Unidos no apoyara lo suficiente a Israel con las crecientes críticas a la distensión. Algunos grupos de derechas, a menudo denominados neoconservadores debido a sus eclécticas raíces en el pensamiento libertario, en la defensa de los derechos humanos y en la beligerancia en materia de política exterior, recogieron aquellas acusaciones. A su juicio, Nixon, Ford y Kissinger estaban malbaratando el apoyo al único amigo de verdad que tenía Estados Unidos en Oriente Medio, igual que habían malbaratado el apoyo a los pueblos oprimidos de Europa oriental y de la Unión Soviética. Plantar cara a la Unión Soviética significaba estar de parte de Israel. Cuando se puso en marcha la campaña electoral a la presidencia, la retórica del propio presidente Ford se había vuelto apreciablemente más proisraelí.

En cierto sentido, el giro de los acontecimientos en la política estadounidense era similar a lo que estaba ocurriendo en el propio Israel. La Guerra Fría acabó arrollando la promesa democrática de Israel. De ser una república que luchaba por su derecho a la autodeterminación, a partir de 1967 Israel se convirtió en una potencia ocupante cuya política dio un giro sustancial a la derecha. El Partido Laborista de Rabin perdió las elecciones de 1977 frente a una coalición conservadora, el Likud. Era la primera vez desde la fundación de Israel que el laborismo quedaba fuera del Gobierno. El nuevo primer ministro, Menájem Beguín, había sido el líder de Irgún, una de las organizaciones terroristas que lucharon a favor de la independencia de Israel antes de 1948, y que desde entonces había quedado marginado en la política israelí por sus ideas extremistas. El programa electoral del Likud dejaba claro que «el derecho del pueblo judío a la Tierra de Israel es eterno, y es una parte integrante de su derecho a la seguridad y a la paz. Por consiguiente, Judea y Samaria [Cisjordania] no serán entregadas a un Gobierno extranjero; entre el mar y el Jordán, tan solo habrá soberanía judía».[29] Cuando asumió el cargo, Beguín había decidido que quería la paz con los vecinos de Israel, pero no a expensas de las nuevas conquistas al este del país.

Mientras tanto, las organizaciones palestinas dificultaban aún más cualquier forma de negociación. En parte se debía a la desesperación de Arafat ante la falta de apoyo de los estados árabes. Pero también se debía a que cualquier acuerdo al que se pudiera llegar con los israelíes tendría un gran coste para los palestinos. A juicio de Arafat, la única esperanza de su pueblo era que la Guerra Fría impidiera que los países árabes buscaran acuerdos de paz por separado con sus enemigos. El terrorismo palestino tenía como objetivo principal dificultar que se ignorara su causa. En 1972, un grupo terrorista atacó a los atletas israelíes en los Juegos Olímpicos de Múnich, matando a doce personas, y también llevó a cabo una serie de secuestros de vuelos internacionales. No todos los atentados fueron obra de la OLP, pero Arafat se negaba a condenar cualquier forma de violencia palestina. A corto plazo, no cabe duda de que aquella estrategia daba prominencia a la causa palestina y dominaba los medios de información,

pero a largo plazo demostró ser catastrófica, ya que su insensatez y su nihilismo provocaron el distanciamiento de muchos estados y muchas personas que de lo contrario se habrían solidarizado con la terrible situación de los palestinos.

Mientras el Egipto de Sadat intentaba conseguir el apoyo de Estados Unidos para firmar la paz con Israel, otros países árabes se iban aproximando a la Unión Soviética.[30] En Siria y en Irak detentaban el poder dos facciones diferentes del Partido Baaz. Hafez el-Assad, el líder de Siria, despreciaba a sus colegas iraquíes, y estos le aborrecían en la misma medida. Sadam Husein, que se convirtió en el principal dirigente de Irak a mediados de los años setenta, estaba convencido de que los sirios habían decidido matarle para forzar la unificación de los dos países bajo el liderazgo de Assad. Sin embargo, ambos países recurrían a los soviéticos y a los europeos del Este para que les ayudaran, tanto en materia de seguridad como de desarrollo económico. Para los soviéticos, mantener unas estrechas relaciones con aquellos dos regímenes les servía para mitigar –puede que sobre todo en su fuero interno– el desastre de la defección de Sadat al bando estadounidense. Por supuesto, los expertos soviéticos eran conscientes de la volubilidad egoísta de ambos regímenes baazistas. Sabían que los sirios y los iraquíes perseguían a los comunistas, conocían sus elevados niveles de corrupción y el nepotismo de los dirigentes. Pero el Departamento Internacional del PCUS, en particular, argumentaba que los baazistas eran nacionalistas burgueses que habían roto con el imperialismo y que, por consiguiente, eran merecedores del apoyo de la Unión Soviética.

A finales de los años setenta, en ambos países estaban en marcha amplios programas de ayuda dirigidos por los soviéticos. En mayor medida que antes, los soviéticos dejaban que una parte de los programas de ayuda a Siria y a Irak corriera a cargo de los estados de Europa oriental, sobre todo de la República Democrática Alemana y de Bulgaria. De los 3.000 asesores del Bloque soviético que había en Siria en 1979, setecientos procedían de la RDA.[31] Aunque los soviéticos no lograban que los iraquíes y los sirios cooperaran, lo que a veces les sacaba de quicio –Assad, sobre todo, tendía a sacar de sus casillas a Brézhnev– la URSS siguió suministrando

pacientemente ayuda a ambos países. Los líderes más jóvenes daban ciertas esperanzas para el futuro. Sadam Husein era, según los comunistas húngaros, un «patriota nacionalista progresista» del que cabía esperar grandes cosas.[32] En 1980 Siria e Irak estaban entre los mayores receptores de ayuda soviética en todo el mundo, aunque las cifras palidecían en comparación con la ayuda estadounidense a Israel y a Egipto.

Si para los soviéticos Siria e Irak suponían alianzas problemáticas, una revolución en el sur de Arabia aparentemente hizo palpitar, por lo menos durante un tiempo, los corazones en Moscú. En 1967 Gran Bretaña volvió a batirse en retirada apresuradamente, esta vez de su colonia en Adén, en el extremo meridional de la península Arábiga. El Frente de Liberación Nacional yemení, que se hizo con el poder, declaró que su país era una república popular, y aspiraba a establecer estrechas relaciones con los soviéticos y sus aliados. A ojos de los comunistas, la República Democrática Popular de Yemen, como pasó a denominarse el país, era distinta de otros regímenes árabes «progresistas». Los líderes húngaros, que emprendieron un gran programa de ayuda para Yemen del Sur, afirmaban que «los dirigentes de la República Democrática Popular de Yemen se guían en su actividad sobre todo por la teoría marxista-leninista, más que por las ideas nacionalistas y religiosas».[33] Además, para los soviéticos, el acceso de su Armada al importante puerto de Adén era una ventaja sustancial, igual que la base naval de Tartús, en la costa siria.

Tanto Estados Unidos como la Unión Soviética aspiraban al establecimiento de regímenes a su gusto en Oriente Medio, pero dieron con muy pocos. Los estadounidenses habían encontrado la democracia en Israel y los soviéticos el marxismo-leninismo en Yemen del Sur, pero ninguno de los dos era de gran ayuda, pues se trataba de estados pequeños, activamente dedicados a enfrentarse con sus vecinos. Desde un punto de vista estratégico general, ninguna de las dos superpotencias podía esperar conseguir grandes cosas, salvo en sentido negativo. A partir de los años setenta, tanto los soviéticos como los estadounidenses necesitaban, cada uno por sus propias razones, impedir otra guerra en Oriente Medio. Ambos esperaban ir expulsando poco a poco al otro de la región, lo que podía

brindarles ventajas en la Guerra Fría a nivel mundial (aunque no demasiadas en Oriente Medio, ya que en aquella región no se producían cambios políticos y económicos importantes). Para las dos superpotencias, Oriente Medio era una zona de confusión y de incertidumbre, donde aparentemente era difícil conseguir ventajas duraderas.

La ausencia de grandes progresos económicos (salvo en Israel y, gracias a los cuantiosos ingresos por petróleo, en algunos estados del Golfo) resultaba más significativa para el futuro de la región que las cambiantes lealtades de los estados de Oriente Medio en el contexto de la Guerra Fría. De forma muy parecida a lo que ocurría en otros países del Tercer Mundo, los regímenes nacionalistas laicos de Oriente Medio fueron incapaces de ofrecer el tipo de mejoras en la vida cotidiana a las que aspiraba la mayoría de las personas. Por el contrario, la gente tenía que soportar unos gobiernos cada vez más prepotentes y antidemocráticos, aliados con las potencias extranjeras, y a los que la vida de su pueblo no parecía importarles demasiado. No es de extrañar que una parte de los jóvenes empezara a buscar otras formas de autoridad y otros cometidos a los que dedicarse. Una sensación de desesperanza y de humillación, sobre todo después de la guerra de 1973, llevó a miles de personas a asistir a las escuelas islámicas y a las mezquitas, donde los predicadores culpaban de los fracasos de los regímenes árabes a su distanciamiento de Dios.

Por supuesto, las interpretaciones políticas contemporáneas del islam no eran nada nuevo entre los musulmanes de Oriente Medio o de otros lugares. Pero hasta mediados de los años setenta dichos grupos –los denominados islamistas– eran minorías pequeñas y perseguidas. Incluso en Arabia Saudí, donde el rey afirmaba basar todo su sistema político en el islam, tan solo se permitían los grupos islamistas aprobados por el Gobierno. Egipto, Siria e Irak habían ilegalizado a los Hermanos Musulmanes, y quienes creían que los dirigentes musulmanes debían tener un papel político desaparecían en las cárceles de dichos regímenes o sufrían cosas peores. Poco a poco, los islamistas recurrieron a las organizaciones clandestinas y al terrorismo. En Siria, los baazistas supuestamente utilizaron armas químicas, entre otros

tipos de armamento, para aplastar una sublevación islamista en el oeste del país en 1982. Murieron por lo menos 10.000 personas.

Sin embargo, aparentemente la presión a la que los gobiernos de Oriente Medio sometían a las distintas organizaciones islamistas no hacía más que fortalecerlas. Su fe y la convicción de que Dios era la autoridad en última instancia de todos los asuntos políticos hacían que la persecución resultara más fácil de soportar. Algunos grupos, como los Hermanos Musulmanes en Egipto, también empezaron a extender su popularidad a través de programas de ayuda en los barrios pobres. Cuando los usuarios de aquellos servicios eran detenidos por el régimen, ellos admitían que preferían apoyar a unos musulmanes que hacían algo por los pobres que a un régimen que hablaba mucho pero hacía muy poco. Además, los regímenes eran vulnerables a las críticas a la corrupción, a su sumisión a las potencias extranjeras y a su ya proverbial incapacidad de destruir Israel.

Algunos de los principales líderes islamistas hicieron de la Guerra Fría el síntoma más destacado de la depravación de los regímenes de Oriente Medio. Sayyid Qutb, un egipcio que había viajado por Estados Unidos (cuyo estilo de vida le repugnaba), y que escribía profusamente, sobre todo desde la cárcel, afirmaba que solo el islam tenía la respuesta para los males del mundo.

> Hoy en día la humanidad está al borde de un precipicio, no [solo] por el peligro de aniquilación total que pende sobre su cabeza [...] sino porque la humanidad carece de valores vitales. [...] En Occidente la democracia se ha vuelto tan estéril que está tomando elementos prestados de los sistemas del Bloque oriental, sobre todo en el sistema económico, bajo el nombre de socialismo. Lo mismo ocurre con el Bloque oriental. [...] Al principio el marxismo atraía no solo a un gran número de personas de Oriente sino también de Occidente, ya que era una forma de vivir basada en un credo. [...] Esa teoría entra en conflicto con la naturaleza del hombre y sus necesidades. Esa ideología prospera únicamente en una sociedad degenerada o en una sociedad que ha acabado acobardada a consecuencia de alguna forma de dictadura prolongada. Pero ahora, incluso en esas circunstancias, su sistema económico materialista está fracasando.[34]

Qutb fue ahorcado en una cárcel egipcia en 1966. Pero sus ideas siguieron difundiéndose a lo largo de los años setenta, a medida que los

estados laicos de Oriente Medio sufrían presiones desde el interior debido a su deficiente desempeño económico. Estados Unidos no veía a los islamistas como una amenaza importante. Por el contrario, los islamistas podían resultar útiles porque se oponían a los regímenes nacionalistas de izquierdas que los propios estadounidenses despreciaban y pretendían eliminar. El conservadurismo social y el anticomunismo de los islamistas también encajaba con los objetivos de Estados Unidos. Los archienemigos de los islamistas eran los partidos comunistas, sobre todo en Irak y en Irán. Para los soviéticos, los islamistas eran un vestigio reaccionario del pasado. No debían tener ningún papel en unas sociedades progresistas que avanzaban –guiadas por los soviéticos– hacia el socialismo.

A finales de los años setenta la Guerra Fría en Oriente Medio había configurado una región con unos problemas difíciles, casi imposibles de resolver. La zona estaba dividida entre los aliados de Estados Unidos y los aliados de la Unión Soviética, algo muy parecido a lo que ocurría en Europa y en Asia oriental. Ambas potencias apoyaban a unos regímenes que no servían bien a sus propios pueblos. Ninguna de las dos potencias tenía un verdadero interés en resolver el conflicto árabe-israelí, salvo en la medida en que las negociaciones favorecieran sus respectivas posturas respecto a la otra superpotencia. Estados Unidos se negaba a hablar con los dirigentes palestinos, a los que consideraba terroristas. Los soviéticos decían apoyar la causa palestina, pero solo en la medida que les permitiera controlar las organizaciones palestinas. La obsesión de Estados Unidos por asegurar el suministro de petróleo de Oriente Medio había hecho de las dictaduras como Irán y Arabia Saudí aliados naturales de Estados Unidos. Se trataba de una mezcla explosiva, que garantizaba que la región siguiera siendo enormemente inestable hasta el final de la Guerra Fría y más allá.

18

El fracaso de la distensión

A mediados de la década de 1970 parecía como si la Guerra Fría se hubiera convertido en un sistema internacional consolidado, si bien el grado de tensión había disminuido significativamente. Algunas personas creían que, con el tiempo, la distensión ayudaría a poner fin al conflicto gracias a la convergencia social y económica o al desmantelamiento de los telones de acero por medio del contacto humano y la generación de confianza. Pero incluso aquellos que pensaban que la Guerra Fría estaba ahí para quedarse afirmaban que el conflicto se había transformado. En lugar de una tensión global cada vez mayor, el mundo parecía dirigirse hacia una especie de duopolio en el que Estados Unidos y la Unión Soviética compartían la responsabilidad de limitar los conflictos regionales, asegurándose de que no proliferasen las armas nucleares y evitando que la inquietud cundiese entre sus propias filas. Seguiría habiendo rivalidad, incluso una rivalidad precaria como la de Oriente Medio. Pero la Guerra Fría era estable y se podía controlar. Muy pocos creían que Leonid Brézhnev o Gerald Ford fueran a prender fuego al mundo por sus creencias. El corresponsal del *New York Times* en Moscú informó en 1973 de que Brézhnev «adquirió fama en Occidente por su gusto por la comida, la bebida, la caza y los coches rápidos, y por sus problemas con el peso y el tabaco. Cada vez más, los visitantes occidentales le encuentran sociable y parlanchín y se marchan […] impresionados por su cálida sonrisa».[1] Un hombre, al parecer, que disfrutaba tanto de la vida que la ideología no tenía la menor importancia.

Naturalmente, había quienes discrepaban de esta visión suavizada de la Guerra Fría. En la Unión Soviética y Europa oriental algunos se oponían al

Gobierno autoritario de los dirigentes comunistas. Los chinos, instalados en su propio rumbo, maldecían la posibilidad de un dominio global conjunto soviético-estadounidense. Los islamistas condenaban el régimen de las potencias infieles que trataban de impedir el retorno de los musulmanes a Dios. Los neoconservadores estadounidenses bramaban contra los pactos diabólicos que había llevado a cabo la administración de Nixon y afirmaban que Estados Unidos estaba vendiendo su legado por un corto periodo de paz con el enemigo. En su carrera contra Gerald Ford para lograr la designación como candidato republicano en 1973, Ronald Reagan afirmaba que la Unión Soviética tenía la mirada puesta en la hegemonía global. Le correspondía a Estados Unidos oponerse. «No pretendíamos el liderazgo mundial –dijo Reagan–, nos vino impuesto. Ha sido nuestro destino casi desde el primer momento en que esta tierra fue colonizada. Si no logramos mantener nuestra cita con el destino o, como dijo John Winthrop en 1630, "si somos hipócritas con nuestro Dios, todo el mundo se reirá de nosotros y nos despreciará." Los estadounidenses están ávidos por tener de nuevo un sentido de misión y grandeza.»[2]

Aunque las políticas de distensión de Nixon y Brézhnev no gozaban de aprobación en todas partes, es difícil imaginar su fracaso sin los cambios que tuvieron lugar en la política de Estados Unidos entre 1973 y 1976. El caso Watergate convenció a muchos estadounidenses de que algo iba especialmente mal en la forma de gobernar el país. Nixon, Kissinger y el secretismo con el que se habían llevado a cabo los acuerdos con la Unión Soviética eran parte del problema. El senador demócrata por el Estado de Washington Henry Jackson, atacó al Gobierno por no reconocer que la Unión Soviética violaba sistemáticamente los derechos humanos y que, por lo tanto, no era digna de confianza en asuntos internacionales. La distensión, pensaba Jackson, era una de las muchas formas en las que Nixon y su sucesor habían engañado al pueblo estadounidense. En 1974, Jackson y una mayoría del Senado aprobaron una enmienda que estipulaba que Estados Unidos no podía otorgar el trato de nación más favorecida en materia comercial a países con un mal historial en el marco de los derechos humanos. Esto incluía a la Unión Soviética, pero recibió una exención de

dieciocho meses para mejorar sus prácticas, entre ellas el derecho a emigrar. Los soviéticos estaban furiosos, pero Kissinger les dijo que la administración superaría estos problemas.

Durante la campaña electoral de 1976, los republicanos que querían rechazar la distensión presionaban a Ford cada vez más. Alegaban que el problema con el planteamiento de Nixon era que convertía a Estados Unidos en un país del mundo cualquiera. Ronald Reagan, exgobernador de California que compitió con Ford por la designación en 1976, dijo durante la campaña que

> durante el mandato de los señores Kissinger y Ford este país se ha convertido en el segundo poder militar en importancia en un mundo en el que ser el segundo mejor es peligroso, cuando no fatal […] Nuestra nación está en peligro. La paz no viene de la debilidad o de la retirada. Viene del restablecimiento de la superioridad militar estadounidense […] Pregunten a la gente de Letonia, Estonia, Lituania, Checoslovaquia, Polonia, Hungría y todas las demás: la RDA, Bulgaria, Rumanía, pregúntenles lo que es vivir en un mundo en el que la Unión Soviética es el Número 1. Yo no quiero vivir en esa clase de mundo; y pienso que ustedes tampoco […] Creo que Dios tuvo un propósito divino al colocar esta tierra entre los dos grandes océanos para que los que amaban la libertad y tenían el valor de dejar sus países natales la encontraran. Desde nuestros antepasados a nuestros actuales inmigrantes, procedemos de todos los rincones de la Tierra y todos los orígenes étnicos, y hemos devenido una nueva estirpe en el mundo. Somos estadounidenses y tenemos una cita con el destino.[3]

La retórica de Reagan no le valió la candidatura de su partido a la presidencia en 1976. Designaron a Ford, pero luego perdió las elecciones frente al novato demócrata Jimmy Carter, en parte debido al daño que la derecha republicana había infligido a su propio candidato. En las elecciones de 1976, la coalición neoconservadora se había convertido en una fuerza a tener en cuenta en la política estadounidense. Se oponía a las reformas de ámbito nacional que favorecían a las mujeres y a las minorías étnicas y creía que las revueltas de los años sesenta habían hecho que Estados Unidos fuera casi ingobernable. Por consiguiente, los soviéticos o las naciones del Tercer Mundo que atacaban a Estados Unidos pero estaban encantadas de recibir su ayuda cuando la necesitaban podrían aprovecharse fácilmente del país.

Muchos estadounidenses compartían la sensación de verse acosados desde fuera y abandonados por sus propios dirigentes, incluso aquellos que no apoyaron a Reagan en 1976. El crecimiento económico era lento y la inflación más alta de lo que había sido durante treinta años, alcanzando el 13% hacia el final de la década. Los críticos de la administración de Ford empezaron a utilizar el término «estanflación», que simbolizaba todo lo que iba mal en la economía estadounidense. Aunque casi todas las economías más importantes experimentaron la misma combinación de crecimiento bajo e inflación alta durante la década de 1970, los críticos del Gobierno estadounidense lo presentaban como si fuera un fenómeno específico del país y un indicador de la debilidad de Washington frente a otras naciones. En realidad, la estanflación era fruto de la libre flotación de las monedas, de la globalización del capital y la inversión, del incremento del precio de las materias primas y, con el tiempo, del aumento de la competencia internacional. Poco a poco, estos acontecimientos ayudarían en realidad a que la recuperación de la economía estadounidense fuese más rápida que muchas otras. Pero visto desde mediados de la década de 1970, todo parecía sombrío. La congelación de precios y salarios que introdujo la administración de Nixon no ayudó a mejorar ni la economía ni el estado de ánimo de la población.[4]

La impresión de los estadounidenses de que su país estaba mal dirigido y se estaban aprovechando de él venía propiciada también por acontecimientos reales en asuntos internacionales que hacían que Estados Unidos pareciera impredecible y débil. En Indonesia, tras una breve tregua en la lucha una vez completada la retirada de Estados Unidos en 1973, los ejércitos revolucionarios continuaron la ofensiva. Aunque la Unión Soviética y China, aliados de Vietnam del Norte, habían instado a la prudencia, los ejércitos norvietnamitas iniciaron un ataque en toda regla sobre Vietnam del Sur en diciembre de 1974. La garantía de un aumento de los suministros soviéticos tenía una importancia vital en la toma de decisiones de Hanói. Para los soviéticos, incrementar las ayudas a Vietnam del Norte no

constituía una ruptura con la política de distensión; de hecho, como señaló Brézhnev en repetidas ocasiones, Moscú nunca había prometido reducir su ayuda a Vietnam del Norte. Al contrario, los asesores soviéticos en Hanói estaban cada vez más de acuerdo con sus anfitriones vietnamitas en que el sur era terreno abonado. Los chinos también siguieron ayudando, en parte para rivalizar con los soviéticos. No es de extrañar que Le Duan y demás dirigentes comunistas vietnamitas vieran que 1975 se presentaba como una oportunidad única para reunificar su país, oportunidad que podría tardar en volver habida cuenta de la creciente discrepancia política entre ellos y los dirigentes de Beijing.

La ofensiva norvietnamita violaba por completo los acuerdos que el país había firmado tan solo un año antes. Si bien sobre el papel los ejércitos sudvietnamitas estaban en condiciones de defender su territorio, la falta de coordinación entre sus unidades militares, el tremendo problema de los refugiados creado por la ofensiva y el golpe psicológico de la retirada de Estados Unidos se unieron para derrotar rápidamente a Vietnam del Sur. Aunque los norvietnamitas eran conscientes de su superioridad estratégica, les sorprendió lo deprisa que se quebró la resistencia. En marzo de 1975, las fuerzas sudvietnamitas fueron expulsadas de las Tierras Altas Centrales. Sus enemigos procedieron luego a ocupar una a una las ciudades costeras y las bases. En abril, las autoridades norvietnamitas ordenaron a todas sus fuerzas que se dirigieran directamente a Saigón.

El presidente de Vietnam del Sur Nguyen Van Thieu dimitió el 21 de abril, acusando a sus antiguos partidarios estadounidenses de ser «injustos […] inhumanos […] irresponsables». «Huisteis y nos dejasteis para hacer el trabajo que no pudisteis hacer vosotros», dijo Thieu.[5] El Congreso ya había cortado la asistencia a Vietnam del Sur a mediados de 1974, y una nueva ayuda en 1975 no habría supuesto probablemente mucha diferencia en el campo de batalla. Los llamamientos de Vietnam del Sur para que Estados Unidos mantuviera las promesas extraoficiales de Nixon de un apoyo militar en caso de un ataque del norte, no fueron atendidas en Washington. Justo después de la amarga dimisión de Thieu, el presidente Ford dijo a los estudiantes universitarios que «Estados Unidos puede recuperar el

sentimiento de orgullo que existía antes de Vietnam. Pero no se puede lograr volviendo a combatir una guerra que en lo que concierne a Estados Unidos ha terminado […] El destino de los hombres y mujeres responsables en todas partes, en la decisión final, está en sus manos, no en la nuestra».[6]

Las fuerzas norvietnamitas, apoyadas por el Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur, tomaron Saigón el 30 de abril de 1975. Las imágenes de los helicópteros evacuando al personal estadounidense y a tantos oficiales sudvietnamitas aterrorizados como les fue posible transportar, no favorecieron la posición de Estados Unidos en el mundo. Fuera cual fuese la interpretación, el fin de la guerra de Vietnam fue una derrota para las fuerzas estadounidenses en Asia. En el país, los críticos atacaron al Gobierno por apático y cobarde. Y aunque sus afirmaciones de que las políticas de la Guerra Fría habían caído de la omnipotencia a la impotencia fueron sin duda exageradas, la huida de Saigón fue ciertamente el punto más bajo de la política exterior estadounidense en la era de la posguerra. Los comunistas y los revolucionarios del Tercer Mundo lo celebraron, al igual que muchos jóvenes de Estados Unidos y Europa que se habían opuesto a la guerra. Pero para los dos millones y medio de estadounidenses que combatieron en Vietnam, por no hablar de las familias de los 50.000 que murieron y los 75.000 que quedaron gravemente discapacitados, la caída de Saigón dejó una amargura hacia sus propios dirigentes políticos que nunca desapareció del todo.

Para la mayoría de los vietnamitas que simpatizaban con la liberación nacional tal como la explicaban los comunistas, la victoria de Hanói tuvo sus pros y sus contras. Su país se había reunificado y había paz. Pero los dirigentes del norte tomaron el control absoluto y dejaron poco al Frente de Liberación del Sur. Querían una reunificación rápida en materia social y política así como militar. El país fue declarado república socialista bajo el mando del Partido Comunista. Su forma de socialismo era inconfundiblemente soviética. Una planificación centralizada dirigía la economía. La propiedad privada fue abolida y la agricultura colectivizada. El Gobierno tomó el control del comercio y los mercados.[7] Al menos un millón de personas del sur −antiguos militares, hombres de negocios y

profesores− fueron enviados a campos de reeducación. En consecuencia, la economía del sur se desplomó. Dos millones de vietnamitas huyeron al extranjero, muchos por miedo, pero la mayoría por necesidades económicas.

Si muchos vietnamitas lo pasaron mal después de 1975, las condiciones al otro lado de la frontera, en Camboya, eran diez veces peores. Allí, un grupo fanático de comunistas, inspirados en las formas más extremas del maoísmo y la Revolución Cultural china, tomó el poder después de que el régimen apoyado por Estados Unidos se viniera abajo. Su líder, que se llamaba a sí mismo Pol Pot, creía que la combinación de influencia imperialista y vecinos rapaces amenazaba al pueblo camboyano con la extinción. La suya era una forma de maoísmo que puso un énfasis inaudito en la autarquía, la pureza racial y la eugenesia. Al tomar el poder, el Partido Comunista de Kampuchea de Pol Pot (conocido por su apodo francés Jemer Rojo), vació las ciudades y condujo a todos al campo para participar en las tareas agrícolas básicas. A pesar de la ayuda que había recibido de Hanói durante la guerra, se volvió ferozmente en contra de todas las minorías nacionales que vivían en Camboya, entre ellas la vietnamita y la china. Se calcula que como consecuencia de las políticas del Jemer Rojo murieron dos millones y medio de personas, un tercio de la población.[8]

Pasó tiempo antes de que la opinión pública occidental empezara a comprender la magnitud de lo que estaba sucediendo en Camboya. La condena de la guerra estadounidense en Indochina había sido tan enérgica que muchos no querían creer el verdadero alcance de los genocidios del Jemer Rojo. Pero cuando las atrocidades se empezaron a conocer contribuyeron significativamente a la crítica global del comunismo, fundamentalmente en Europa. No obstante, Camboya no dominó las páginas de noticias como hubiera debido, en parte porque los sucesos que allí ocurrían se vieron ensombrecidos por la crisis de Oriente Medio y la aparente implosión del sistema de Gobierno estadounidense después del caso Watergate. Y en medio de todo esto se produjo en Portugal una revolución cuyas consecuencias tuvieron un impacto sobre la Guerra Fría mayor incluso que el fin del conflicto en Indochina.

Portugal había sido una dictadura de corte fascista desde 1933. Al gobernar el país más pobre de Europa, el régimen se aferraba a sus colonias, pues creía que le daban categoría y esperanza de una futura expansión económica. Aun después de que los demás países europeos fueran obligados a descolonizarse, Portugal insistía en mantener sus posesiones africanas (Angola, Mozambique, Guinea-Bisáu, Cabo Verde y Santo Tomé y Príncipe) así como Timor Oriental en el archipiélago indonesio. El Gobierno dijo a su pueblo, a Estados Unidos y a sus aliados de la OTAN, que los movimientos de liberación que luchaban en estos países eran comunistas dirigidos por Moscú. Pero la paciencia de la población y los militares con lo que parecían guerras coloniales costosas e imposibles de ganar se estaba agotando. El acontecimiento que acabó con el régimen fue la crisis del petróleo de 1973. Sencillamente, Portugal no podía permitirse seguir subvencionando la gasolina a su población y mantener a sus fuerzas combatiendo en África.

El 25 de abril de 1974, un grupo de jóvenes oficiales que habían servido en ultramar actuó contra el Gobierno. En un golpe incruento, que luego se denominó Revolución de los Claveles, lo destituyeron y se constituyó una Junta de Salvación Nacional formada por generales destacados para dirigir el país. Se prometió la independencia a las colonias. Pero pronto el general António de Spínola y los moderados que encabezaban el nuevo Gobierno se las tuvieron que ver con algunos de los suboficiales que les habían colocado. Los más jóvenes querían un cambio más rápido en la sociedad portuguesa. Algunos de ellos se aliaron con el Partido Comunista portugués, un partido prosoviético que predicaba la revolución sin un gran plan para tomar el poder. Portugal atravesó un periodo de continua inestabilidad política durante el cual las confrontaciones entre la izquierda y la derecha hicieron que el país fuese prácticamente ingobernable.

Mientras tanto, una a una, las colonias portuguesas en África emprendían la sedición. En Guinea-Bisáu y Cabo Verde la transición fue suave. El frente unido de liberación tomó el poder y se transformó en un régimen marxista estrechamente unido a Cuba y la Unión Soviética. El Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO) se hizo allí con el poder y

declaró la República Popular. Aunque estaban alineados con el Bloque soviético, sus dirigentes mantuvieron su independencia. Sin embargo, en Angola tuvo lugar una guerra civil entre movimientos de liberación opuestos aun antes de la Revolución portuguesa. En 1974, mientras los portugueses preparaban su retirada, esta guerra se convirtió en un conflicto que amenazó con extenderse a los países africanos vecinos y también a las superpotencias.

De las antiguas colonias africanas de Portugal, Angola era con mucho la más rica en materia de recursos. Sin embargo, la población era pobre y los colonizadores pusieron todo su empeño en fomentar la rivalidad entre los principales grupos étnicos. El único movimiento de liberación que tuvo apoyos entre todos los grupos, incluida la élite blanca y mestiza de la capital, Luanda, fue el Movimiento Popular para la Liberación de Angola (MPLA). El MPLA era un frente dirigido por intelectuales marxistas muy vinculados al Partido Comunista portugués. Había recibido el apoyo de la Unión Soviética, Cuba y Yugoslavia desde comienzos de la década de 1960, pero había experimentado sus correspondientes luchas internas y fracturas. En 1970, justo después de que los soviéticos hubieran empezado a aumentar sus ayudas al movimiento, el MPLA registró una de sus rupturas. Cuando se produjo la Revolución de los Claveles, el movimiento se encontraba por lo tanto en desventaja en comparación con sus oponentes, el Frente Nacional para la Liberación de Angola (FNLA), un grupo autóctono que estaba apoyado por el presidente de Zaire, Mobutu Sese Seko, y la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA), que obtenía gran parte de su apoyo de la tribu ovimbundu.

Cuando en 1974 estalló la Guerra Civil angoleña entre estos grupos, el MPLA mejoró pronto su situación. Controlaba la capital y sus alrededores, y podía trabajar sin dificultades con los dirigentes portugueses que representaban al nuevo Gobierno de Lisboa. En el verano de 1975 dominaba once de las quince provincias angoleñas. Pero los gobiernos de Zaire y Sudáfrica intervinieron, con el apoyo encubierto de Estados Unidos, enviando tropas a Angola para luchar contra el MPLA. Ninguno quería un país comunista en sus fronteras. Los soviéticos y los cubanos se apresuraron

a ayudar a sus aliados. Cuando el dirigente del MPLA Agostinho Neto declaró la República Popular de Angola el 11 de noviembre de 1975, los cubanos empezaron a transportar tropas y armas a Luanda por vía aérea.

Los sudafricanos casi llegaron a la capital angoleña antes del contraataque cubano. Pero con la ayuda de los soviéticos que suministraban aviones y artillería, la respuesta de los cubanos y el MPLA fue decisiva. Los sudafricanos se retiraron hacia el sur sintiéndose traicionados por Estados Unidos. Allá, el Congreso había prohibido más ayuda militar para la oposición angoleña a pesar de las protestas de la Casa Blanca. En la primavera de 1976, el MPLA controlaba el país con el apoyo de casi 30.000 cubanos y un número cada vez mayor de asesores soviéticos y de Europa oriental. La administración de Ford estaba furiosa. En su opinión, Angola era un nuevo tipo de intervención soviética, llevada a cabo a miles de kilómetros y con los cubanos de representantes. «Es una situación espantosa –dijo Kissinger al embajador sudafricano–, y en última instancia los rusos podrán tomar el impulso de la victoria en Angola para derrotar a los poderosos mandatarios africanos, lo que daría lugar a una victoria total en África […] En determinadas situaciones la población estadounidense se divide, como con Vietnam, y luego no adoptará medidas. Por lo tanto, no podemos contar con ella.»[9]

Los estadounidenses hacían bien en considerar que Angola era un nuevo tipo de intervención soviética, si bien en Moscú fue casi el fruto de una reflexión tardía. Los cubanos habían sido la fuerza motriz, no los soviéticos.[10] Karen Brutents, subdirector del Departamento Internacional del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), explicó tiempo después que la intervención en Angola «se convirtió en un hecho sin un plan maestro».[11] Desde la perspectiva de Moscú, lo principal era respaldar a los cubanos, no dejarles en la estacada «por segunda vez», como dijo Brutents.[12] La crisis de los misiles en Cuba todavía irritaba en Moscú, lo mismo que la guerra de Octubre de 1973. Para empezar, y a pesar de que Brézhnev se mostraba escéptico a la hora de poner demasiado énfasis en Angola, el éxito de Cuba y el MPLA sobre el terreno les hicieron pensar a él y a otros muchos en Moscú que era «el momento de la venganza». Estados

Unidos había intervenido a nivel mundial durante una generación o más. Ahora, los soviéticos habían demostrado que también podían hacerlo en apoyo a sus intereses estratégicos e ideológicos.

Junto con la caída de Indochina, la intervención en Angola contribuyó a la enérgica reacción contra la distensión que ya se había puesto en marcha en Washington. El presidente Ford, candidato a la presidencia, vetó el uso del término «distensión» en su campaña. Su adversario, el gobernador demócrata Jimmy Carter, sin ninguna experiencia en política exterior, censuraba las políticas del Gobierno. «Nos hemos vuelto temerosos a la hora de competir con la Unión Soviética en condiciones de igualdad – afirmó Carter en los debates televisados con Ford… Hablamos de distensión. La Unión Soviética sabe lo que quiere de la distensión y lo ha estado consiguiendo. Nosotros no hemos sabido lo que queríamos y en casi todos los casos nos han superado en las negociaciones.»[13] Carter quería acabar con el secretismo de los años de Kissinger. Deseaba que Estados Unidos pusiera de relieve sus propios valores en las relaciones exteriores: derechos humanos, libertad de religión y emigración, autodeterminación. Carter creía que los principios estadounidenses, y no «la política del equilibrio de poder», devolverían a Estados Unidos el respeto que había perdido en el mundo.

Jimmy Carter ganó unas elecciones ajustadas en 1976. Desde el comienzo de su presidencia procuró establecer relaciones con la Unión Soviética en lo que él consideraba un terreno más seguro. En sus primeras cartas a Brézhnev, Carter expresaba su deseo de dejar atrás la Guerra Fría. El presidente estadounidense decía que había mucho en lo que ambos países podrían colaborar: «desarrollo, una mejor nutrición y una vida más plena para los segmentos más desafortunados de la humanidad».[14] En cuanto a las negociaciones SALT, Carter creía que no habían llegado demasiado lejos. Prefería, dijo a Brézhnev, que ambos lados redujeran drásticamente los arsenales nucleares. Las nuevas propuestas de Carter horrorizaron a los soviéticos. Creían que ya se había logrado un acuerdo básico en el nuevo tratado SALT y temían que las nuevas propuestas fueran una estratagema. Sabían muy bien que los misiles nucleares soviéticos eran mucho menos

precisos alcanzando el objetivo que los estadounidenses. Por eso, los soviéticos se sentían más seguros por el hecho de tener muchos misiles. Brézhnev se enfadó con Carter al ver que se alejaba del *statu quo*. El secretario de Estado de Carter, el experto diplomático Cyrus Vance, recordó que cuando trató de sacar el tema a colación en Moscú, «se rieron en su cara y le dijeron que se fuera a casa».[15]

Pero las cosas iban a ponerse mucho peor entre Carter y los soviéticos. A fin de insistir en su política de derechos humanos, el nuevo presidente optó por enviar un mensaje al disidente soviético Andréi Sájarov en el que subrayaba su «firme compromiso de promover el respeto a los derechos humanos no solo en nuestro país sino también fuera de él. Utilizaremos nuestros buenos oficios», decía Carter, «para procurar la puesta en libertad de los prisioneros por razones de conciencia».[16] El Kremlin palideció. Fue un «intento de acosarnos, de avergonzarnos», dijo después su embajador en Estados Unidos Anatoli Dobrynin.[17] Moscú suspendió los preparativos para un primer encuentro entre los dos presidentes.

Algunos de los primeros problemas de la política de Carter hacia la Unión Soviética surgieron de la falta de experiencia. Nadie del equipo de asesores de Carter tenía formación alguna en relaciones exteriores o, peor aún, experiencia en pensar en los asuntos internacionales desde la perspectiva de la política nacional. Por ejemplo, el poder y la influencia crecientes del lobby judío estadounidense al parecer cogieron por sorpresa al nuevo Gobierno. El jefe de gabinete de Carter reconocía ante el presidente nacido en Georgia que «esto no formaba parte de nuestra experiencia política sureña en Georgia y en consecuencia no acabamos de entenderlo».[18] Tanto en su política hacia la Unión Soviética como el Oriente Medio, Carter aprendió enseguida que necesitaba de aliados a grupos especiales de interés, pero no siempre se le daba bien ganárselos.

Los problemas de Carter crecieron porque desde su primer día de Gobierno estuvo recibiendo consejos contradictorios de sus ayudantes en política exterior. Cyrus Vance creía que mediante la distensión se habían logrado muchas cosas y que Carter debía de tener mucho cuidado en no echarla a perder por unos escasos beneficios. El secretario de Estado,

diplomático de la vieja escuela, suponía que a Estados Unidos no le interesaría enemistarse con los soviéticos a no ser que fuera absolutamente necesario. Zbigniew Brzezinski, profesor de Harvard que fue consejero de seguridad nacional de Carter, tenía una opinión y un carácter distintos. De origen polaco, Brzezinski era más afín al convencimiento del presidente de que había que enfrentarse a la Unión Soviética, como a cualquier otro país, en caso de que su conducta fuera contraria a las normas internacionales que estaba fomentando Estados Unidos. Brzezinski impulsaba lo que juzgaba una política exterior dura y realista porque, tal como le explicó a Carter, la Unión Soviética necesitaba la distensión más aún que Estados Unidos.

Desde un principio, la administración de Carter se vio sometida a la presión de una opinión pública nacional cada vez más amplia que pensaba que la Unión Soviética se estaba aprovechando de la debilidad de Estados Unidos. Si bien una mayoría seguía a favor de las conversaciones con los soviéticos sobre limitación de armas, casi el 70% de los estadounidenses pensaba en 1978 que no se podía confiar en que la Unión Soviética respetara sus acuerdos.[19] En muchos aspectos, el miedo y la desconfianza hacia la URSS reflejaban la preocupación de muchos estadounidenses por el conflicto, la decadencia y la indefensión dentro de su propia sociedad. Pero tuvieron que ser los grupos activistas los que pusieran voz a estas frustraciones. Uno de esos grupos, el Comité sobre el Peligro Actual (CPD por sus siglas en inglés), estaba formado por republicanos y demócratas que creían que la Unión Soviética estaba pasando a la ofensiva en todo el mundo. Capitaneado por Paul Nitze, Jeane Kirkpatrick y el exsubsecretario de Estado del presidente Johnson Eugene Rostow, el CPD se convirtió en un poderoso grupo de presión crítico con las conversaciones SALT y las violaciones de los derechos humanos por parte de los soviéticos y favorable a aumentar el gasto militar y los vínculos con Israel.

Carter había esperado dedicar más tiempo a tratar los temas más importantes de su programa de política exterior, ante todo la seguridad energética de Estados Unidos, la paz en Oriente Medio y los derechos humanos a escala mundial. En cambio, la bajada de su nivel de popularidad en las encuestas le obligó a volver a los asuntos de seguridad nacional en

relación con la Unión Soviética. Con las negociaciones SALT casi en punto muerto, los soviéticos, por su parte, estaban perdiendo la esperanza de poder conseguir gran cosa con este presidente. A su vez, esto sirvió de incentivo a los que querían una política soviética más firme y enérgica, sobre todo con respecto a África y Asia. Algunos de ellos alegaban que el mundo estaba volviendo al socialismo y que la URSS tenía que estar ahí para facilitar el proceso.

Vista desde una perspectiva soviética, la situación mundial a mediados de la década de 1970 podría parecer esperanzadora. Habían tenido contratiempos en Oriente Medio, pero a Brézhnev le explicaron que sucedieron debido a la perfidia imperialista, no a la lucha de clases en los países árabes. Siria e Irak trabajaban más estrechamente con los soviéticos. Yemen del Sur era una república popular. Todos los países africanos recién independizados tenían gobiernos marxistas-leninistas. Vietnam se había reunificado bajo un régimen comunista. India se convirtió en un aliado soviético. En Somalia, situada en el Cuerno de África frente a Yemen, tomó el poder el Partido Socialista Revolucionario e invitó a la Marina soviética a emplazar barcos en el puerto de Berbera. A nivel internacional, las cosas parecían irle bien a la Unión Soviética. Para algunos jóvenes comunistas de allí, estos avances mundiales compensaban una creciente desilusión con la práctica del socialismo en la propia Unión Soviética.

La revolución etíope tuvo su origen en los cambios que se propagaron por toda África en la década de 1970. A los dirigentes más jóvenes, sobre todo militares, les exasperaba la falta de progreso social y económico y les frustraba su propia falta de estatus. Para algunos, el marxismo-leninismo al estilo soviético era más atractivo que las formas más ambiguas del socialismo africano. Cuba era un gran estímulo, como sociedad multirracial y como economía planificada, y la idea de imponer un cambio social necesario de manera rápida y eficaz animaba a estos líderes. Les parecía que Etiopía, que durante siglos había sido una monarquía cristiana ortodoxa sin apenas cambios sociales ni económicos, estaba lista para una reforma de este tipo.

La revolución de Etiopía de 1974 derrocó al emperador Haile Selassie y lo sustituyó por un grupo de jóvenes oficiales que se denominaban a sí mismos el Derg, o Comité. El anciano emperador fue asesinado en la cárcel un año después y enterrado bajo las letrinas de su antiguo palacio. Un comandante de treinta y siete años, Mengistu Haile Mariam, se nombró a sí mismo jefe del nuevo Gobierno. Trató de entablar estrechas relaciones con la Unión Soviética, Europa oriental y Cuba. En principio a Moscú no le entusiasmaba; los dirigentes soviéticos dudaban de la dedicación de los etíopes al marxismo-leninismo y temían que unos vínculos demasiado estrechos con Etiopía afectaran a su actual alianza con la vecina Somalia, con la que el Derg se mostraba cada vez más en contra. Sin embargo, en 1977 los soviéticos empezaron a suministrar armas e instrucción militar a los etíopes y los cubanos enviaron asesores.

Preocupados por el creciente acercamiento entre Adís Abeba y Moscú, los somalíes decidieron actuar. Querían unir Ogadén, una región fundamentalmente somalí del sur de Etiopía, a su país y pensaron que el caos creado por la revolución etíope les daría la oportunidad de hacerlo. Los soviéticos y los cubanos advirtieron al presidente somalí Siad Barre contra un ataque de ese tipo y esperaban mediar para encontrar una solución. Pero en julio de 1977 estaba claro que Etiopía se enfrentaba a una invasión somalí sin cuartel.

Los soviéticos decidieron ayudar a salvar la revolución etíope. Rompieron relaciones con Siad Barre y empezaron a fletar armamento avanzado hacia Adís Abeba mediante un puente aéreo, la mayor operación de este tipo desde la ayuda a Egipto en 1973. Al menos llegaron 15.000 soldados cubanos, y el mando de las tropas etíopes y cubanas lo ostentaban oficiales soviéticos. Los somalíes resistían ferozmente, pero a comienzos de 1978 se vieron obligados a retroceder al otro lado de la frontera. Mientras tanto, las relaciones soviéticas con Etiopía se ampliaron para ayudar a todos los sectores del Gobierno. Algunos dirigentes soviéticos, sobre todo del Departamento Internacional del Partido Comunista, creían que Etiopía podría convertirse en un escaparate de la modernización del Tercer Mundo alentada por la Unión Soviética. Aunque recelaban de la brutalidad de

Mengistu y su guerra constante contra los grupos minoritarios, el jefe del Departamento Internacional Borís Ponomariov acordó enviar «un grupo de camaradas expertos del PCUS» para ayudar a integrar al Derg en un Partido Comunista en el futuro.[20]

Como cabía esperar, la intervención soviética en el Cuerno de África hizo saltar las alarmas en Washington. Brzezinski dijo al presidente que en el lado soviético observaba un patrón de conducta orientado a una mayor agresividad en todo el mundo. Carter estuvo de acuerdo. Aunque anhelaba avanzar en las relaciones bilaterales con la Unión Soviética, le preocupaba el comportamiento soviético en el Tercer Mundo. El presidente creía que la distensión incluía principios de no intervención en conflictos regionales. «La violación de estos principios por los soviéticos –dijo a la prensa–, sería para mí un motivo de preocupación, mermaría la confianza del pueblo estadounidense en la palabra y las intenciones de paz de la Unión Soviética, y dificultaría más la ratificación de un acuerdo SALT o un tratado de prohibición total de pruebas nucleares, si es que se llegara a cerrar; por consiguiente, los dos están ligados a las actuaciones de los soviéticos. Nosotros no seríamos responsables.»[21]

La crisis del Cuerno de África puso de relieve los conflictos internos de la administración de Carter. El secretario de Estado Cyrus Vance sencillamente no podía entender por qué Brzezinski y el presidente amenazaban con permitir que el cuerno eclipsara otros acontecimientos que eran mucho más importantes para Estados Unidos. Vance les dijo que vincular las intervenciones soviéticas al SALT sería desastroso. «Acabaremos perdiendo el SALT y eso será lo peor que podría pasar. Si no conseguimos un tratado SALT en los primeros cuatro años de mandato del presidente, supondría una mancha indeleble en su historial.»[22] Pero la voz de Vance contaba cada vez menos en la administración.

Una de las formas en que Estados Unidos podía hacer pagar a los soviéticos su aparente activismo en el Tercer Mundo era mejorando sus relaciones con China. Al principio Carter no quería apresurarse con el asunto del pleno reconocimiento de la República Popular. Le preocupaba el historial de derechos humanos de los comunistas chinos y comprendía que

trabajar más estrechamente con ellos sería una provocación para Brézhnev. Los nuevos dirigentes chinos que llegaron al poder después de la muerte de Mao Zedong en 1976 estaban deseando ampliar sus contactos con los estadounidenses. En tanto que a Mao Zedong las relaciones con Estados Unidos le interesaban ante todo por una cuestión de seguridad para China, su sucesor Deng Xiaoping deseaba la tecnología y el comercio estadounidenses. Deng necesitaba la ayuda de Estados Unidos para crear una China rica y fuerte. Llegó a la conclusión de que una relación más completa con Estados Unidos ayudaría a modernizar China.

Después de Etiopía se aceleraron los preparativos de Estados Unidos para el pleno reconocimiento de la República Popular China. Aunque a efectos prácticos dicho reconocimiento no cambió mucho las cosas entre ambos países, fue un acto de gran simbolismo y abrió nuevas posibilidades. Deng dijo a sus asesores más cercanos que quería aumentar sustancialmente la cooperación con los estadounidenses si ellos estuvieran dispuestos a corresponder. El dirigente chino temía el enorme fortalecimiento del poder soviético que observó a escala mundial. Le preocupaba especialmente la creciente cercanía de la relación soviético-vietnamita y sospechaba que formaba parte de un plan maestro para rodear China.

Las relaciones entre Vietnam y China se encontraban en caída libre desde 1975. Para asombro de los dirigentes estadounidenses que habían librado su guerra en Vietnam en gran medida para contener el expansionismo comunista chino, esta caída se militarizó cada vez más. En 1978, ambas partes se intercambiaron insultos y enviaron tropas a su frontera. Entonces, en lo que debió de ser el plan estratégico más descabellado del siglo, el régimen de los Jemeres Rojos en Camboya siguió expulsando a la población de ascendencia vietnamita y realizando incursiones militares en Vietnam. El Ejército vietnamita, diez veces más fuerte, contraatacó. Cuando sus soldados penetraron en Camboya se quedaron horrorizados por los niveles de violencia de los Jemeres Rojos contra sus propios ciudadanos. En 1978, el Gobierno de Hanói había decidido acabar con el régimen de Pol Pot no solo por la amenaza que suponía para la seguridad de Vietnam sino por sus políticas genocidas. En

dos semanas la guerra había terminado. Los Jemeres Rojos que quedaban huyeron hacia las fronteras con Tailandia y en Camboya se instaló un nuevo régimen provietnamita.

Aunque había actuado llevado por sus propias motivaciones, Vietnam había salvado a Camboya de uno de los regímenes más asesinos del siglo XX. Sin embargo, Deng Xiaoping estaba furioso. Se podía decir que los Jemeres Rojos habían sido aliados de China, y Deng estaba convencido de que los soviéticos estaban detrás de la invasión vietnamita. Decidió, según sus propias palabras, dar «una pequeña lección adecuada» a Vietnam.[23] En el lado estadounidense, el hecho de que Vietnam ocupara Camboya y se saliera con la suya también preocupaba a Zbigniew Brzezinski, ya que entonces también podría atacar a otros países. En cierto sentido era una vuelta a la teoría del dominó, solo que esta vez China y la Unión Soviética estaban en el mismo bando y Vietnam debía ser castigada por haber acabado con una dictadura maoísta asesina.

Cuando en enero de 1979 Deng Xiaoping llegó a Washington para inaugurar las nuevas relaciones con Estados Unidos, el dirigente chino informó a sus anfitriones con toda franqueza de que atacaría Vietnam para darles una lección. Sería un ataque limitado con objetivos limitados, y China se retiraría antes de que la Unión Soviética actuara en el norte. Comentando la situación general con respecto a los soviéticos, Deng dijo que «no veía posibilidad de distensión. Podemos decir que la situación se vuelve más tensa cada año […] Creemos que la Unión Soviética iniciará una guerra. Pero si actuamos debidamente, es posible posponerla. China espera poder aplazar la guerra veintidós años».[24]

Carter no podía consentir un ataque directo de China contra Vietnam, pero también dijo a Deng que comprendía que China «no puede permitir que Vietnam continúe agrediendo impunemente».[25] Estados Unidos acabó deplorando públicamente el ataque de China un mes después, pero en privado Carter compartía información con los chinos y les aseguraba que Estados Unidos les respaldaría si los soviéticos les amenazaban desde el norte. Sin embargo, la invasión china resultó ser un desastre para Beijing. A lo largo de un mes de lucha, China perdió casi la mitad de soldados que

Estados Unidos en toda su guerra de Vietnam. No cabe duda de que si Deng no hubiera decidido que la «lección» a Vietnam fuera completa, las pérdidas chinas hubieran sido mucho mayores. La guerra china en Vietnam no solo demostró la lamentable falta de preparación del Ejército Popular de Liberación para la verdadera lucha, sino que desde entonces las relaciones chino-vietnamitas transcurren por una senda de gran hostilidad.

A pesar de que la tensión iba en aumento lo mismo en Washington que en Moscú, los negociadores aún fueron capaces de cerrar un acuerdo SALT-II que firmarían ambas partes. En junio de 1979, Carter y Brézhnev viajaron a Viena para asistir a la ceremonia de la firma y la primera cumbre en casi cinco años. Sus encuentros no fueron bien. Brézhnev, envejecido, cansado y susceptible, recelaba del compromiso de Carter con la distensión. «No fue fácil empezar a reconstruir las relaciones soviético-americanas que habían sufrido la inercia de la Guerra Fría», dijo Brézhnev en su primera reunión.[26] Acusó a los estadounidenses de descuidar los principios de la distensión tal como los veía él: «plena igualdad, seguridad en igualdad de condiciones, respeto por los intereses legítimos de cada uno y la no interferencia en los asuntos del otro». Carter respondió que igualmente importante era que «ejerzamos la moderación en el enfrentamiento político regional y que limitemos nuestra intervención militar directa o por delegación en las zonas conflictivas del mundo. Es importante que nos preocupemos de no privar a nuestros países, o para el caso cualquier otro país, del acceso a los recursos naturales indispensables».[27] El Tratado SALT-II fue firmado, pero –tal vez como cabía esperar dado el sentir popular en Estados Unidos− el Senado retrasó la ratificación.

La referencia de Carter a los recursos naturales revelaba su creciente preocupación por la turbulencia política en Oriente Medio. El presidente egipcio Anuar el-Sadat había roto con los demás países árabes en noviembre de 1977 y viajó a Israel para iniciar negociaciones directas con el primer ministro Menájem Beguín. Este acto valiente convirtió a Egipto en un país marginado dentro del mundo árabe, pero también se aseguró la ayuda estadounidense a la hora de negociar un tratado de paz aparte con Israel. Egipto recuperó la península del Sinaí, y tras la firma de los acuerdos

de Camp David en marzo de 1979 consiguió también un gran aumento de la ayuda estadounidense. Pero por entonces, en otro país de Oriente Medio, Irán, había estallado la revolución. El sah, en el poder desde 1953 cuando el golpe auspiciado por Estados Unidos derrocó a Mosaddeq, se estaba enfrentando a manifestaciones masivas contra su régimen autocrático. En septiembre de 1978 había declarado la ley marcial. Dado que incluso el apoyo del Ejército iraní estaba en entredicho, el sah huyó del país en enero de 1979.

La revolución iraní provocó un aumento considerable de los precios del petróleo. Los estadounidenses temían que el poderoso Partido Comunista iraní, el Tudeh, tomara el poder durante el caos que sobrevino a la salida del sah. Pero en cambio los que controlaban la situación eran las organizaciones islamistas chiíes. Su coordinador era el ayatolá Ruhollah Jomeini, un clérigo de setenta y siete años que creía que Irán debía convertirse en una república islámica bajo su liderazgo carismático. Jomeini se consideraba el guardián del islam en Irán. En sus sermones, difundidos ilegalmente en cintas de audio y vídeo, condenaba a Estados Unidos y a la Unión Soviética por ser demonios que buscaban destruir a todos los musulmanes. El eslogan de Jomeini era «ni izquierda ni derecha, ¡islam!». Su regreso triunfal a Teherán desde el exilio en febrero de 1979 le convirtió inmediatamente en el líder de facto del país.

La revolución islámica en Irán fue un intento deliberado de romper con el orden de la Guerra Fría. Jomeini hizo un llamamiento a todos los musulmanes para que ayudaran a defender el nuevo régimen: «Hemos dado la espalda a Oriente y Occidente, a la Unión Soviética y Estados Unidos, para gobernar nosotros mismos nuestro país –declaró Jomeini–. La posición que hemos logrado es una excepción histórica dadas las actuales circunstancias en el mundo, pero nuestro objetivo no se perderá de ninguna manera si hemos de morir, martirizados y derrotados.»[28] Para empezar, ni Washington ni Moscú pensaron que el régimen de Jomeini fuera a durar. En ambas capitales, muchos creyeron que haría como los conservadores musulmanes en el pasado y que finalmente recurriría a Estados Unidos en busca de ayuda. Pero se equivocaron. Jomeini se veía a sí mismo como el

auténtico revolucionario contra un mundo de falsedad. En noviembre de 1979, algunos de sus partidarios ocuparon la embajada de Estados Unidos en Teherán y tomaron a sus diplomáticos como rehenes. Jomeini apoyó la ocupación, en parte para afirmar que cualquier reconciliación con Carter sería de lo más difícil.

La crisis de los rehenes fue la perdición de la presidencia de Carter. Lo veían débil e indeciso porque no respondió atacando territorio iraní o forzando algún tipo de confrontación con el ayatolá Jomeini, como si eso hubiera ayudado a los rehenes. En cambio, Carter se esforzaba en comprender lo que ocurría en Irán y no quería dejar a los iraníes en manos de los soviéticos. La Guerra Fría seguía siendo su preocupación principal. Al final se decidió por una operación militar de rescate que fracasó estrepitosamente cuando dos aviones estadounidenses chocaron en el desierto iraní. El intento fallido de abril de 1980 provocó la dimisión de Vance como secretario de Estado y condenó las posibilidades de Carter para su reelección. Un mes después, Ronald Reagan ganaba la candidatura republicana a la presidencia prometiendo acabar con la distensión y hacer que Estados Unidos volviera a ser grande.

Pero si los estadounidenses tenían problemas con el islamismo en Irán, los soviéticos se enfrentaban a sus propias dificultades más al norte. En abril de 1978, un partido marxista había llegado al poder en Afganistán mediante un golpe militar. El nuevo régimen empezó a trabajar estrechamente con los soviéticos, que les aconsejaron ir despacio a la hora de poner en práctica las reformas fundamentales en el campo. Los asesores soviéticos creían que la población afgana no estaba preparada para las iniciativas seculares a gran escala como la reforma agraria, la educación de las mujeres y la prohibición de los matrimonios infantiles. Pero los comunistas afganos no cejaron en su empeño. A principios de 1979 se enfrentaron a una rebelión islamista creciente organizada desde las vecinas Pakistán e Irán. Los islamistas afganos creían en una revolución islámica, como la que tuvo lugar en Irán (si bien consideraban que los chiíes eran sectarios). En su mayoría se habían educado en Oriente Medio, Egipto y

Arabia Saudí y querían soliviantar a la sociedad afgana tanto como hicieron los comunistas, aunque en la dirección de *más* islam, no menos.

Cuando se intensificaron los ataques de los islamistas contra las instalaciones gubernamentales, llegaron más asesores soviéticos para ayudar a los comunistas afganos. Aunque la premura política de Muhammad Taraki, el presidente afgano, exasperaba a los soviéticos, estos se habían comprometido a ayudar al régimen. Vieron la oportunidad y también el peligro. «Angola, junto con Etiopía, marcó el camino a Afganistán», comentó después Karen Brutents, vicedirector del Departamento Internacional del PCUS.[29] Pero cuando Taraki fue asesinado en septiembre de 1979 a causa de la lucha interna partidista con su segundo, Jafizulá Amín, los asesores soviéticos sobre el terrero dieron la voz de alarma. Amín declaró que seguiría una política marxista-leninista aún más extremista que la de Taraki, pero el KGB sospechaba que tenía contactos con los estadounidenses y que planeaba romper con la Unión Soviética como hizo Sadat. Con el avance de las guerrillas islamistas, los soviéticos empezaron a prepararse para destituir a Amín por la fuerza y colocar a un nuevo dirigente comunista afgano más leal a la Unión Soviética y más efectivo a la hora de combatir la rebelión islamista.

La intervención soviética comenzó la víspera de Navidad de 1979. La administración de Carter había podido seguir la concentración de tropas en el lado soviético de la frontera a través de los satélites espías, de modo que la invasión no fue ninguna sorpresa. El presidente seguía horrorizado ante la acción soviética. Brzezinski le había descrito lo que él llamaba un «arco de crisis», en el que los soviéticos esperaban introducir su poder y extenderlo desde el Cuerno de África a las orillas del océano Índico, pasando por el mar Rojo. La invasión de Afganistán parecía demostrar tales intenciones soviéticas. Algunos analistas estadounidenses creyeron que los auténticos objetivos de la operación del Ejército Rojo eran los puertos del océano Índico y el control del petróleo del Golfo. Por muy inverosímiles que fueran estas insinuaciones, afectaron la atmósfera frenética que se respiraba en la Casa Blanca durante la crisis de los rehenes.

Carter se dirigió al pueblo estadounidense en una alocución televisada la noche del 4 de enero de 1980. Dijo que la invasión soviética era «una amenaza sumamente grave para la paz». La razón, afirmó, no eran simplemente los acontecimientos que tenían lugar en Afganistán, sino

> la amenaza de una futura expansión a los países vecinos del sudoeste asiático y el hecho de que semejante política militar agresiva inquieta a otros pueblos de todo el mundo. Es una violación cruel del derecho internacional y la Carta de las Naciones Unidas. Es el intento deliberado de un Gobierno ateo poderoso de subyugar a un pueblo islámico independiente. Debemos reconocer la importancia estratégica de Afganistán para la estabilidad y la paz. Un Afganistán ocupado por los soviéticos amenaza tanto a Irán como a Pakistán y constituye un trampolín hacia un posible control sobre gran parte del suministro mundial de petróleo.[30]

Dos semanas después, en su discurso sobre el Estado de la Unión, Carter subrayó que «las repercusiones de la invasión soviética de Afganistán podrían plantear la amenaza más seria para la paz desde la Segunda Guerra Mundial».[31] El presidente pidió a sus asesores que le preparasen medidas para castigar a los soviéticos, y cuando las propuestas llegaron las firmó todas, de modo que hasta Brzezinski se quedó desconcertado ante la furia del presidente. Suspendió los intercambios comerciales y culturales, prohibió las exportaciones de cereales, tecnología y material de transporte, interrumpió la cooperación espacial, vetó a los pesqueros soviéticos en aguas estadounidenses y amenazó con boicotear los Juegos Olímpicos de Moscú. También retiró el tratado SALT-II de la consideración del Senado. «La historia –dijo Carter–, enseña […] muy pocas lecciones claras. Pero sin duda una de semejantes lecciones que ha aprendido el mundo a un coste considerable es que la agresión sin resistencia se convierte en una enfermedad contagiosa.»[32]

Si no fuera por los sucesos anteriores, empezando por la operación soviética en Angola en 1975, la reacción de Carter se habría considerado exagerada y desorbitada. La Unión Soviética había tenido una gran influencia en Afganistán durante dos generaciones y los islamistas afganos, a quienes Estados Unidos había empezado a apoyar aún antes de la invasión soviética, no suponían necesariamente una alternativa mejor para

Afganistán que el Gobierno comunista. Pero nada de esto importaba dentro del marco general de la Guerra Fría que aplicó Carter. Desde que se convirtió en presidente tenía la sospecha de que los soviéticos estaban preparando un desafío total a la posición de Estados Unidos en el mundo. En el momento de la crisis etíope, la distensión, desde la perspectiva estadounidense, ya atravesaba serias dificultades. El gasto militar, que había ido disminuyendo desde el inicio de la distensión, había empezado a aumentar de nuevo. En los cuartos presupuestos de Carter se incrementó casi un 12% en términos reales, un aumento sin precedentes en tiempos de paz.[33] El resumen que hace Zbigniew Brzezinski en sus memorias, que «la distensión yace enterrada en las arenas del Ogadén», podría parecer indignante, sobre todo a aquellos que han visitado esa parte inhóspita del mundo. Pero al describir la idea del presidente Carter en aquel momento es posible que llevara algo de verdad.

Y sin embargo, en términos políticos, de poco le sirvió a Carter el énfasis que puso en la Guerra Fría. En las elecciones presidenciales fue derrotado por Ronald Reagan, quien declaró que la inflación, el alza del poder soviético y las crisis del petróleo se debían a la incompetencia del presidente. Pero lo peor, insistía Reagan, era que en realidad Carter no creía en Estados Unidos.

> Dicen que Estados Unidos ha tenido su día de gloria, que nuestra nación ha llegado a su cénit. Esperan que les contéis a vuestros hijos que el pueblo estadounidense ya no tiene la voluntad de enfrentarse a sus problemas, que su futuro será de sacrificios y escasas oportunidades […] Ahora es el momento, queridos compatriotas, de recuperar nuestro destino y tomarlo en nuestras manos […] ¿Podemos poner en duda que solo una Divina Providencia puso aquí esta tierra, esta isla de libertad, para refugio de todas aquellas personas del mundo que anhelan respirar libres? Los judíos y los cristianos que soportan la persecución detrás del Telón de Acero; las embarcaciones cargadas de gentes del sudeste asiático, de Cuba, de Haití; las víctimas de la sequía y la hambruna en África; los que luchan por la libertad en Afganistán, y nuestros propios paisanos mantenidos en una cautividad despiadada.[34]

La retórica de Reagan era un retroceso a tiempos pasados, pero en opinión de muchos estadounidenses captó el momento perfectamente.

Querían que les devolviesen a un mundo de mayor certidumbre y les alejaran de los desafíos externos e internos que estaban transformando el país en el que vivían. No importaba que Reagan tuviera muy pocas soluciones concretas que ofrecer para los males nacionales. Al igual que Margaret Thatcher en Gran Bretaña, afirmaba que era partidario de una especie de rebelión conservadora contra aquellos que habían impedido el avance del país. En ese sentido, el primer Gobierno de Reagan conformó la administración estadounidense más radical desde el *New Deal*. Prometía rebajar drásticamente los impuestos, eliminar el déficit público, abolir el control de precios y suprimir la mayor parte de las regulaciones gubernamentales de la economía. Tanto sus partidarios como sus adversarios hablaban de la Revolución de Reagan, aunque en realidad las cosas no fueron tan bien como había prometido.

Desde el comienzo de su presidencia, Reagan creía que Estados Unidos debía fortalecer su defensa y su prestigio internacional para negociar con la Unión Soviética desde una posición ventajosa. De una enorme seguridad en sí mismo, pensaba que tendría éxito en aquello que, en su opinión, Nixon, Ford y Carter habían fracasado. No tuvo en cuenta el efecto que tenía su retórica en el otro lado. El lenguaje duro de Reagan asustaba de verdad a los viejos dirigentes de Moscú quienes, por primera vez, empezaron a creer que el mundo podría estar dirigiéndose hacia una guerra total entre las superpotencias. Cuando al inicio de su presidencia Reagan dijo que los estadounidenses deberían «empezar a planificar un mundo en el que nuestros adversarios solo se recuerden por su papel en un capítulo triste y más bien extraño de la historia de la humanidad», los líderes soviéticos le tomaron muy en serio.[35]

El miedo de los soviéticos a las políticas de Reagan se explica en parte por su propio fracaso en Afganistán. En lugar de una intervención corta que hubiera enderezado las cosas en ese país, como le habían prometido sus asesores, lo que consiguió Brézhnev fue una guerra larga y cada vez más intensa. La brutalidad de las operaciones militares soviéticas creó un enorme problema de refugiados que los islamistas pudieron utilizar para lograr adeptos a su causa. Los problemas soviéticos se agrandaron en 1982-

1983 cuando Reagan incrementó el apoyo a los islamistas afganos, los muyahidines y sus partidarios en Pakistán. Aunque la administración de Reagan era consciente de que algunos de estos islamistas eran al menos tan antiamericanos como antisoviéticos, llegaron a la conclusión de que ayudarles era esencial para hacer retroceder al poder soviético. «Aquí está la belleza de la operación afgana –dijo William Casey, director de la CIA en tiempos de Reagan, a sus colegas–. Por lo general, parece que los malvados estadounidenses arremeten contra los nativos. Afganistán es justo lo contrario. Los rusos golpean a los pequeños. No es nuestra guerra. Los muyahidines tienen todas las motivaciones que necesitan. Lo único que tenemos que hacer es ofrecerles ayuda, solo un poco más.»[36]

Afganistán no era el único lugar en el que Reagan quería neutralizar las revoluciones de izquierdas. En Nicaragua, uno de los países más pobres de América Latina, un grupo de rebeldes de inspiración marxista habían tomado el poder en 1979 después de deponer a un dictador tremendamente impopular al que había apoyado Estados Unidos. El Frente Sandinista, como se hacían llamar los nuevos dirigentes de Nicaragua, tenía un programa radical de nacionalizaciones y reforma agraria. Deseaban estrechar relaciones con Cuba y el Bloque soviético, aunque Fidel Castro les advirtió de que no se apresurasen, no fuera a ser que Estados Unidos interviniera.[37] Los sandinistas trataron de impedir una confrontación directa con Washington, pero la administración de Reagan les tenía en el punto de mira desde el momento en que asumieron el poder. El motivo de Reagan para atacar era el apoyo nicaragüense a un movimiento rebelde en El Salvador. El presidente afirmaba que tenía pruebas de la participación de la «Unión Soviética, Cuba, la OLP, incluso Gadafi en Libia y otros países del Bloque comunista, en la introducción del terrorismo allí».[38] Pero para él, los principales culpables eran los sandinistas.

Para finales de 1981, Estados Unidos había ayudado a organizar en Nicaragua una fuerza contrarrevolucionaria, los llamados Contras, y había empezado a proporcionarles armas e instrucción. El objetivo inmediato era presionar al Gobierno sandinista para que dejara de intervenir en El Salvador, pero enseguida desplazaron el objetivo al derrocamiento del

propio Gobierno de Nicaragua. Los sandinistas recibían ayuda de voluntarios revolucionarios del resto de América Latina, de los cubanos y, solo hasta un cierto punto, de los soviéticos. Aunque no todas las reformas sandinistas gozaban de la misma popularidad entre los nicaragüenses, parece que gran parte de la población creía, al menos en principio, que sus nuevos dirigentes hacían frente a la intimidación estadounidense. La razón de fondo de este apoyo a la izquierda en América Central era, desde luego, la enorme pobreza en la que vivía la mayor parte de la gente. En la década de 1970, más de la mitad de los niños nicaragüenses sufrían malnutrición. El contraste con la vida unos cientos de kilómetros más al norte era asombroso. En un mundo donde el promedio de la población de América Central consumía menos carne que la que daba de comer a su mascota un estadounidense medio, las protestas contra la injusticia social se convirtieron en protestas contra la hegemonía estadounidense.

La distensión fracasó debido a determinadas circunstancias, algunas de las cuales estaban fuera del control de las superpotencias. Las revoluciones en el Tercer Mundo desestabilizaron el proceso de acercamiento y el rápido cambio económico contribuyó a debilitarlo. También está claro que desde el principio los dirigentes de Estados Unidos y la Unión Soviética interpretaron la distensión de distinta manera. Los soviéticos creían que habían logrado que se aceptara la verdadera igualdad entre las dos potencias. La mayoría de los dirigentes de Estados Unidos pensaban que los soviéticos habían firmado colaborar con un sistema mundial encabezado por ellos. Pero también los soviéticos estaban dispuestos conscientemente a asumir grandes riesgos en sus relaciones con Washington para poder ayudar a las revoluciones en otros lugares y expandir su propio poder.

En última instancia, sin embargo, fueron los políticos de Estados Unidos los que hicieron fracasar la distensión. Al intentar gestionar la Guerra Fría junto con la Unión Soviética, Nixon y Kissinger habían llegado más lejos de lo que la mayoría de los estadounidenses estaba dispuesto a aceptar. Después del caso Watergate, la desconfianza ciudadana en su Gobierno, en *todo* el Gobierno, llegó a su punto álgido. La distensión fue víctima de este proceso, aunque parece probable que el acercamiento se habría estancado

en algún momento aún sin la caída en desgracia de Nixon. Sencillamente, una buena parte de los estadounidenses no estaba dispuesta a tolerar que Estados Unidos pudiera tener un igual en asuntos internacionales, ni en la década de 1970 ni nunca. Y eligieron presidente a Ronald Reagan para asegurarse de que semejante devaluación de las aspiraciones estadounidenses no volvería a producirse.

19

Malos presagios en Europa

En 1982 mucha gente decía que la Guerra Fría había regresado al punto donde se encontraba antes de que comenzara el proceso de distensión. Algunos incluso sostenían que Reagan había iniciado una «nueva Guerra Fría», como si el conflicto hubiera desaparecido por completo alguna vez. Pero incluso para aquellos que en la década de 1970 habían observado los enfrentamientos de la Guerra Fría en Oriente Medio, África, América Latina y el sur y sudeste asiáticos, el conflicto pareció adquirir en la década siguiente una nueva dimensión más peligrosa. Se estaba produciendo una escalada militar incesante que había dado un nuevo y arriesgado giro. La amenaza de una guerra nuclear era cada vez más inmediata, sobre todo a medida que ambas partes desarrollaban nuevas armas, más ligeras y capaces de alcanzar el objetivo con más facilidad. Y estaba la retórica, que en 1982-1983 había llegado a su punto álgido. Reagan hablaba de la URSS como «el núcleo del mal en el mundo moderno». Los soviéticos hablaban de Reagan como un nuevo Hitler. «Los discursos vulgares de Reagan muestran el verdadero rostro de la industria militar. Durante mucho tiempo han buscado esa figura y ahora, finalmente, la han encontrado en Reagan», dijo Yuri Andrópov, que tras la muerte de Brézhnev en 1982 le sustituyó como líder soviético.[1]

A comienzos de la década de 1980, la Guerra Fría se encontraba en una situación muy difícil, más que en ningún otro momento desde la crisis de los misiles en Cuba de 1962. Pero hubo también otras corrientes. China empezó a alejarse de la excesiva centralización del poder económico que había sido su ideal bajo el mandato de Mao. Algunos países que se

identificaron como pertenecientes al Tercer Mundo empezaron a experimentar con reformas que les abrieron a las prácticas de mercado dentro y fuera del país. Pero ante todo se inició la transformación de Europa, en la que la integración europea occidental y la expansión económica constituyeron una fuente de atracción irresistible para los países al este del Telón de Acero. La influencia fue tan intensa que hasta la Guerra Fría de las superpotencias, que había cobrado un nuevo vigor, no pudo atajarla por completo, sobre todo porque una de ellas −la URSS− ya no estaba del todo segura de cuáles eran sus verdaderos objetivos en Europa.

Al igual que la intensificación del conflicto entre las superpotencias, la transformación de la Guerra Fría en Europa puede remontarse a la Revolución portuguesa de 1974. Para los europeos, mucho menos preocupados por lo que ocurría en África que las superpotencias, el problema no era tanto la índole de los regímenes en Luanda o Maputo como lo que pudiera surgir del cambio de Gobierno en Lisboa. Si bien la mayoría de los habitantes de Europa occidental celebraron que Portugal hubiera dado la espalda a una dictadura de corte fascista, también les preocupaba el efecto que pudiera tener sobre el futuro del continente que los comunistas tomaran el poder fuera de la zona de influencia soviética. El problema no era tanto la izquierda portuguesa en general; era sobre todo el renacer del Partido Comunista portugués que no escatimó esfuerzos en proclamar su respaldo a la URSS y a sus ideales en un momento en el que fuera del Bloque soviético la paciencia con estos ideales se estaba acabando.

La Revolución portuguesa tuvo lugar en un momento en el que algunos sectores significativos de la izquierda radical en Europa occidental empezaba a pensar que el legado de la Revolución de Octubre rusa estaba dejando de ser un referente para su propia práctica política. Por supuesto, la llamada Nueva Izquierda de la década de 1960 ya lo había proclamado, pero su alcance era limitado. Cuando el Partido Comunista italiano (PCI), seguido del español y el francés, empezaron a decir en aquella misma década que creían en una transición al socialismo solo por medio de

elecciones y parlamentos, el efecto fue mucho mayor. Pero el nuevo líder del PCI, el carismático y enérgico Enrico Berlinguer, no se detuvo ahí. Berlinguer deseaba volver a crear el comunismo europeo occidental como una alternativa democrática en Occidente. También quería presionar a los partidos de Europa oriental para que se reformaran y respetaran los derechos humanos y democráticos. Berlinguer abogaba por un «compromiso histórico» entre los partidos católicos y comunistas de Europa para salvaguardar la democracia, sobre todo después del golpe chileno de 1973 en el que la izquierda fue destruida. Su eurocomunismo resultó muy popular dentro y fuera de Italia.

A nivel europeo, la Revolución portuguesa enfrentó a los eurocomunistas de Berlinguer contra el apoyo soviético al doctrinario Partido Comunista portugués. En privado, ante otros comunistas y socialdemócratas de ideas afines, entre ellos Willy Brandt de la RFA y Olof Palme de Suecia, Berlinguer admitía que para la izquierda europea sería un desastre que los comunistas portugueses llegaran al poder. En un claro indicio de cómo estaba cambiando la política europea occidental, la oposición a un Gobierno comunista en Portugal agrupó a algunos extraños aliados: eurocomunistas, socialdemócratas, grupos católicos y la CIA, todos intentaban fortalecer de diferentes maneras las alternativas no comunistas. Cuando los socialistas portugueses de Mário Soares llegaron al poder en 1976 con un programa socialdemócrata radical, todas las capitales europeas occidentales, al igual que Washington, respiraron aliviadas.

A pesar de compartir su idea sobre Portugal, las sucesivas administraciones de Estados Unidos desconfiaban de los eurocomunistas y les temían. Los estadounidenses creían que el verdadero objetivo de Berlinguer era formar parte del Gobierno y luego tomar el poder desde dentro. Los soviéticos tenían aún más razones para mostrarse disgustados por el continuo hostigamiento de los italianos acerca de sus políticas. Brézhnev se quedó horrorizado cuando Berlinguer dijo abiertamente, en Moscú, que la democracia era «un valor históricamente universal sobre el que fundar una auténtica sociedad socialista» y se puso furioso cuando el italiano dijo que la OTAN era «un escudo útil para construir el socialismo en

libertad».[2] Aun así, Moscú no tenía más opción que seguir apoyando a los partidos comunistas de Europa occidental, tanto política como financieramente, por temor a perder toda influencia sobre ellos.

La principal preocupación de Estados Unidos concerniente a Europa era mantener unida la alianza de la OTAN mientras la Guerra Fría se iba enfriando a finales de la década de 1970. Desde los años 1940, algunos responsables políticos estadounidenses se mostraron preocupados por la tendencia de los europeos occidentales, sobre todo los alemanes, a pactar con los soviéticos en lugar de plantarles cara. Muchas veces tales sospechas habían sido infundadas. Al fin y al cabo, los países de Europa occidental habían creado la OTAN, junto con Estados Unidos, para defenderse de lo que consideraban una amenaza del este. Muy a menudo, las desavenencias entre Estados Unidos y sus principales aliados en asuntos fundamentales de defensa se habían producido por una cuestión de tono, no de contenido. Y aunque los estadounidenses cargaban con mucho el mayor peso militar y financiero en la defensa de Europa occidental, Washington se había mostrado dispuesta a dejar que los europeos participaran en la toma de decisiones. El proceso de deliberación en la toma de decisiones dentro de la OTAN contribuyó a convencer a todos los aliados de que estaban ahí en igualdad de condiciones y no solo de figurantes en una Guerra Fría global.

Pero cuando la distensión de las superpotencias empezó a venirse abajo, muchos dirigentes de Europa occidental se preocuparon por lo que vendría a continuación. Pensaban que la distensión había beneficiado a Europa y había abierto nuevas perspectivas de contacto al otro lado del Telón de Acero. Las medidas para crear confianza entre las alianzas militares hicieron que los europeos se sintieran más seguros, y esos mismos dirigentes tenían un interés directo en los procesos de distensión. Era *su* proyecto, no solo el de las superpotencias. No es de extrañar que buscaran maneras de mantener viva la distensión europea aun cuando las relaciones entre Moscú y Washington parecían haber entrado en caída libre.

El Proceso de Helsinki, como se denominaba a menudo la conferencia que se celebró allí en 1975, fue un modo de mantener abiertos los canales de comunicación con el este. La mayoría de los dirigentes de Europa

occidental pensaban que el derecho a enviar observadores a los ejercicios militares, la participación en conferencias académicas, el intercambio de ciencia y tecnología y el derecho de los ciudadanos europeos occidentales a viajar libremente a Europa oriental (pero en la práctica no a la inversa), debía mantenerse a pesar de los conflictos en otras zonas. Principalmente les preocupaban las relaciones recíprocas comerciales y económicas. Y puesto que el comercio entre los bloques tendía a ser unidireccional, con la exportación de bienes europeos occidentales al este, ambas partes estaban deseando encontrar productos que pudieran circular en la dirección opuesta. Los que destacaron fueron el petróleo y el gas soviéticos, y desde mediados de la década de 1970 se planificó la construcción de gaseoductos desde Siberia a Europa occidental. Como era de esperar, Reagan se opuso enérgicamente. Cuando los países de Europa occidental se negaron a cancelar el proyecto, Reagan, en 1981, impuso sanciones a todas las empresas, incluidas las europeas, que contribuyeron a construir las conducciones. Aunque más adelante los estadounidenses transigieron, la percepción de la unidad transatlántica salió muy perjudicada.

Por lo que se refiere al debate de la estrategia militar, los estadounidenses no tenían mucho que temer de sus aliados, aunque no siempre se daban cuenta de ello. Cuando en 1977 la administración de Carter quiso introducir en Europa armas nucleares de alta radiación para su uso en el campo de batalla (las llamadas bombas de neutrones), la mayoría de los dirigentes en Europa occidental estuvieron de acuerdo. Temían la ventaja soviética en fuerzas convencionales, sobre todo si se producían grandes recortes en los arsenales nucleares estratégicos, y creían que la bomba de neutrones contribuiría a compensar esa ventaja. La opinión pública en casi todos los países europeos occidentales tenía una opinión muy distinta. La bomba de neutrones fue censurada por ser un arma inhumana que mata personas sin dañar el entorno. La izquierda europea occidental sostenía que era el tipo de arma que los capitalistas estadounidenses querrían ver. Cuando un año después Carter canceló su utilización unilateralmente, los dirigentes europeos que habían apoyado la

propuesta se pusieron furiosos. Sentían que se habían arriesgado políticamente para nada.

El canciller alemán, Helmut Schmidt, estaba especialmente enfadado. Había sobrevivido a la opinión pública en el tema de la bomba de neutrones y se sentía traicionado. Schmidt se consideraba un experto en cuestiones estratégicas (y en muchas otras también) y ya se había formado una pobre opinión de Carter como líder. Pero al canciller de la República Federal de Alemania, con mucho el político más poderoso de Europa, le inquietaban también las intenciones soviéticas. Le preocupaba especialmente que una mezcla entre la ingenuidad de Carter y la fuerza militar soviética pudiera inducir a los estadounidenses a transigir con los soviéticos en detrimento de Europa. Schmidt creía que la posición de Estados Unidos en el mundo estaba decayendo y que los europeos tenían que prepararse para arreglárselas por sí mismos. Pero tenía también mucho interés en mantener a los estadounidenses en Europa al máximo nivel posible por razones estratégicas, siempre que el propio Schmidt pudiera influir en las decisiones clave de la OTAN.

Lo que preocupaba especialmente a los europeos occidentales que planificaban la estrategia era que la ventaja soviética y del Pacto de Varsovia en fuerzas convencionales iba en aumento debido a que Brézhnev estaba introduciendo nuevos misiles balísticos de mediano alcance y alta movilidad, los SS-20. Los soviéticos desplegaron las nuevas armas porque sabían que los misiles que reemplazaban eran de muy mala calidad y porque no existían tratados que les prohibieran hacerlo. Pero fue un error político porque los dirigentes de Europa occidental lo consideraron un intento de intimidación en momentos difíciles. Fue Helmut Schmidt, más que ningún otro, el que ideó la respuesta de la OTAN, la llamada doble decisión de diciembre de 1979. En ella, los socios de la OTAN decían que, en respuesta al despliegue soviético, en Europa occidental desplegarían misiles de mediano alcance Pershing-2 y misiles de crucero. Al mismo tiempo, la OTAN invitaba a negociar la limitación en Europa, en condiciones de igualdad, de todos los misiles nucleares de mediano alcance como parte de lo que serían las conversaciones SALT-III. Esta fue una decisión importante.

Mantuvo a la OTAN unida, envió un mensaje claro a los soviéticos y −acaso lo más importante− dejó patente que, más que nunca, los dirigentes europeos occidentales asumían la responsabilidad de su propia defensa.

Sin embargo, no hubo SALT-III. Dos semanas después de la doble decisión de la OTAN, los soviéticos invadieron Afganistán. La mayoría de los dirigentes europeos occidentales, excepto la nueva primera ministra británica Margaret Thatcher, pensó que la reacción de Carter ante la actuación soviética fue desproporcionada. «No permitiremos que se destruyan diez años de distensión y política de defensa», dijo Helmut Schmidt a sus colegas.[3] Schmidt, en lo esencial el canciller alemán más proamericano desde Konrad Adenauer, creía que Washington no estaba consultando a sus aliados. En realidad también empezó a temer que el mundo se dirigiera hacia una guerra de superpotencias. Le dijo a Carter que la RFA se uniría a las medidas de la OTAN contra la invasión, pero que él mantendría abiertas las líneas de comunicación con Moscú. En contra de los deseos de Estados Unidos, Schmidt viajó a Moscú en junio de 1980 para reunirse con Brézhnev. Con su franqueza habitual, Schmidt dijo al anciano dirigente soviético que pensaba que la invasión de Afganistán había sido una grave equivocación. Pero también solicitó, y obtuvo, concesiones soviéticas para debatir sobre armas nucleares en Europa. La URSS estaba dispuesta a hablar, dijo Brézhnev, siempre que *todas* las armas nucleares formaran parte del debate.

La buena disposición de Brézhnev para hablar indicaba su preocupación acerca de lo rápido que estaban aumentando las tensiones a escala mundial. Pero la forma que adoptó la iniciativa pretendía también poner al descubierto las diferencias en el seno de la OTAN. Francia y Gran Bretaña tenían sus propias armas nucleares sobre las cuales no deseaban negociar. La Real Fuerza Aérea británica (RAF), no. Los soviéticos aún tenían la esperanza de que la dependencia de la RAF de Estados Unidos y su posición como Estado en primera línea de la Guerra Fría pudiera ayudar a Moscú a apelar a los instintos nacionalistas alemanes. Pero las iniciativas de 1980 sobre los misiles de mediano alcance pronto se vieron superadas por un nuevo aumento de la tensión entre los dos grandes bloques. En 1983, la

ansiedad de la Guerra Fría en Europa había llegado a su máximo nivel desde principios de la década de 1960 a causa del enfrentamiento retórico entre Reagan y los dirigentes soviéticos. Más de la mitad de los europeos occidentales encuestados creían que en algún momento de su vida verían una guerra entre las superpotencias.

Leonid Brézhnev murió en noviembre de 1982 tras dieciocho años como líder soviético. Muchos no lo lamentaron. Incluso sus colegas más cercanos habían empezado a sentir que la Unión Soviética se había estancado durante la fase final de su liderazgo. Sin duda Brézhnev había mejorado la posición internacional de la Unión Soviética y la había convertido en una superpotencia militar a un nivel que sus predecesores solo podrían haber soñado. Pero la expansión exterior de la URSS había supuesto un gran coste económico y, en opinión de muchos comunistas, a expensas de resolver problemas internos. El sucesor de Brézhnev, Yuri Andrópov, fue elegido porque sus compañeros pensaron que podría manejar los asuntos exteriores e impulsar los ajustes internos necesarios. Habiendo sido presidente de la policía secreta, el KGB, durante quince años, sus ancianos compañeros del Politburó pensaron que Andrópov era lo bastante hábil e implacable para cambiar las cosas.

Pero aunque era consciente de la necesidad de realizar reformas internas, Andrópov ya era un hombre enfermo cuando le nombraron secretario general y, por lo tanto, incapaz de hacer mucho. Murió en febrero de 1984. Su sustituto, Konstantín Chernenko, miembro del aparato y amigo de Brézhnev, quería mantener la nave estable sin pensar mucho en reformas. Chernenko tampoco estaba bien de salud cuando fue elegido. Murió tras poco más de un año en el cargo. No era de extrañar que los cuadros del partido y la población general pensaran que el liderazgo del partido iba a la deriva. Un amigo mío que en aquella época vivía en Moscú afirmaba que su hijo de seis años estaba tan acostumbrado a escuchar la marcha fúnebre de Chopin en la televisión que creía que era el himno nacional soviético.

Y mientras un Politburó envejecido luchaba por sobrevivir física y políticamente, las tensiones de la Guerra Fría seguían aumentando. El

riesgo de un ataque nuclear estadounidense por sorpresa empezó a preocupar seriamente a los soviéticos, que tomaron medidas para incrementar la vigilancia de las instituciones occidentales más importantes. El KGB tenía orden de estar atento a los líderes políticos, financieros y religiosos que viajaran hacia refugios nucleares o zonas seguras, a cualquier aumento de la capacidad de los bancos de sangre y a hospitales que se estuvieran preparando. Es probable que esta operación de inteligencia, llamada RIaN (siglas rusas de «ataque con misiles nucleares»), contribuyera a convencer a los dirigentes soviéticos de que ningún ataque inmediato se había puesto en marcha. Pero el grado de tensión seguía siendo muy alto. En septiembre de 1983, la Fuerza Aérea soviética derribó un avión de pasajeros coreano que se había extraviado en el espacio aéreo soviético. Lo habían confundido con un avión espía estadounidense. Todo el pasaje, 269 personas, murió; en el avión viajaban 61 estadounidenses, entre ellos un congresista.

Al principio, los soviéticos empeoraron aún más este caso terrible de asesinato masivo en el marco de la Guerra Fría mintiendo sobre su intervención y afirmando que ellos no habían derribado el avión. Los halcones estadounidenses de la Guerra Fría hicieron su agosto. La embajadora de Reagan en las Naciones Unidas, la neoconservadora Jeane Kirkpatrick, reprodujo ante el Consejo de Seguridad de la ONU las grabaciones que la inteligencia estadounidense había realizado de las transmisiones entre los pilotos soviéticos y su mando de defensa aérea. El propio Reagan apareció en la televisión nacional llamándolo «la masacre de la compañía aérea coreana, el ataque de la Unión Soviética contra 269 hombres, mujeres y niños inocentes a bordo de un avión de pasajeros coreano desarmado. El crimen contra la humanidad no debe olvidarse nunca, ni aquí ni en el mundo entero».[4]

En noviembre de 1983, las cosas se pusieron realmente feas. Durante años la OTAN había realizado ejercicios militares, normalmente en otoño, a fin de poner a prueba la buena disposición de la Alianza para rechazar un ataque repentino del Pacto de Varsovia. La versión de 1983, cuyo nombre en clave era Able Archer 83, simulaba una escalada del conflicto hasta el

punto de lanzarse un ataque nuclear. Los soviéticos habían sido informados de antemano acerca del ejercicio y sabían bastante por sus propios servicios de inteligencia. Sin embargo, cuando Able Archer se puso en marcha, las tensiones aumentaron. La CIA informó más adelante que Moscú había situado «unidades aéreas soviéticas en la RDA y Polonia en estado de máxima preparación».[5] No hay motivos para creer que los dirigentes soviéticos pensaran que un ataque era inminente, pero la reacción de Moscú mostró lo volátil y peligrosa que era la situación en general. El mundo, y Europa en particular, estaba más cerca de una situación en la que una guerra nuclear podía estallar accidentalmente de lo que había estado durante mucho tiempo.

El miedo que envolvía a los dirigentes soviéticos no era solo producto de la presión a la que se veían sometidos desde Occidente; también por las dificultades del sistema económico y social que representaban. El crecimiento económico se estaba desacelerando. La disminución de los precios del petróleo redujo drásticamente los ingresos en divisas del Estado soviético. Andrópov y otros castigaban la desidia, la corrupción y la embriaguez. Si bien ningún líder soviético pensaba que el sistema que habían heredado requiriera un cambio fundamental, la mayoría era consciente de que la reforma era necesaria. Muchos dirigentes comunistas admitían que el Estado soviético era excesivamente grande. La planificación, centralizada en grado sumo, penalizaba la economía. El gasto militar crecía con demasiada rapidez y eran demasiados los países y movimientos del Tercer Mundo a los que prestaba apoyo y que estaban acostumbrándose a vivir de la generosidad de Moscú. Pero si bien abundaban las preguntas, pocos eran los que tenían respuestas. Y ni siquiera las preguntas podían hacerse en voz alta. La Unión Soviética era una dictadura y el precio para ascender era la lealtad.

Si las cosas no pintaban demasiado bien en la Unión Soviética, empezaban a ir aún peor en Europa oriental, aunque muchos europeos del Este, de Hungría y Checoslovaquia, por ejemplo, tenían un nivel de vida que los ciudadanos soviéticos solo podían soñar. Pero aun así, se extendió la sensación de que los dirigentes eran incapaces de resolver los problemas

más acuciantes, entre ellos el suministro seguro y estable de bienes de consumo. No era que los europeos del Este en su conjunto vivieran peor que antes. Lo que pasaba era que una gran cantidad de ellos sabía lo mucho mejor que vivía la población de Europa occidental y lo rápido que progresaba. El aumento de los contactos a través del Telón de Acero después de Helsinki había convencido a muchos europeos del Este, sobre todo profesionales, profesores y gerentes, de que sus vidas eran mucho peores que las de aquellos que vivían al otro lado de las fronteras de Occidente. Más que antes se comparaban no con su propio pasado, ni con la Unión Soviética, sino con los europeos cuyas vidas creían conocer mediante atisbos en televisión, películas y encuentros fortuitos.

Algo más había cambiado también. El temor al expansionismo y el revanchismo alemanes, tan pregonados por los soviéticos, había dejado de tener efecto en los jóvenes europeos del Este. Esto fue importante, sobre todo en Polonia. Antes de la guerra, más de un tercio del territorio polaco había sido alemán. Pero la *Ostpolitik* de Brandt y el alto grado de interacción con las dos Alemanias habían eliminado gran parte del malestar que había existido en el pasado. Ello dio libertad a los polacos para ocuparse de sus propios asuntos, y tenían mucho de lo que quejarse, sobre todo los trabajadores y sus familias. Polonia se había quedado atrás con respecto a otros países europeos del Este en términos de crecimiento. En 1970, cuando el Gobierno intentó subir los precios de los productos básicos, los trabajadores protestaron. «¿Qué es el comunismo? –decía un chiste en Varsovia–. Es cuando se encuentra de todo en las tiendas. Es decir, como antes de la revolución.»

Las protestas multitudinarias de trabajadores de 1970 asustaron al Gobierno polaco. Con permiso de los soviéticos, intentó salir de la crisis endeudándose. En la década de 1970, los polacos y otros gobiernos del Bloque oriental descubrieron, al igual que los países de América Latina, que los bancos e instituciones occidentales estaban deseando prestar dinero. Se consideraba que Polonia era un prestatario sólido: tenía un sistema de Gobierno estable y al menos algunos artículos exportables (carbón, barcos y productos agrícolas). En realidad, nadie tomaba en cuenta la ineficiencia de

la producción ni la mala calidad de los productos, lo que hacía que fuera del Bloque oriental nadie quisiera comprar sus mercancías. Los comunistas polacos solicitaron préstamos por importe de unos 20.000 millones de dólares hasta 1977, momento en el que la paciencia de sus acreedores occidentales empezó a agotarse. De nuevo, el régimen tuvo que incrementar los precios para devolver los préstamos.

Al igual que en 1970, los trabajadores polacos no aceptaron empeorar sus condiciones sin luchar; pensaban que las cosas ya estaban bastante mal. Y en 1978 tuvieron un nuevo estímulo para su lucha. La clase obrera polaca, profundamente católica, celebraba ese año la elección de un papa polaco, el Cardenal Karol Wojtyła, el primero no italiano desde el siglo XVI, que tomó el nombre de Juan Pablo II. Hombre enérgico y atlético de cincuenta y ocho años, había sido arzobispo de Cracovia, un teólogo conservador que siempre había estado cerca de los trabajadores en su país natal. Los dirigentes comunistas no se atrevieron a negarle el permiso para visitar Polonia después de su elección. Más de la cuarta parte de la población polaca le vio en persona celebrar misa durante su viaje por el país en 1979. «Si aceptamos todo lo que en este momento me he atrevido a afirmar, ¿cuántos grandes deberes y obligaciones nacen de ello? –preguntó el pontífice a sus compatriotas–. ¿Estamos capacitados? […] Es imposible entender sin Cristo a esta nación con un pasado tan lleno de esplendor y al mismo tiempo de terribles dificultades […] Que descienda tu Espíritu –rezaba Juan Pablo–, y renueve la faz de la tierra, la faz de esta tierra». Su audiencia cantaba: «Queremos a Dios, queremos a Dios».[6]

En agosto de 1980, los trabajadores de los Astilleros Lenin de Gdansk fueron a la huelga. Encabezados por el joven electricista Lech Wałęsa, los trabajadores ocuparon el astillero y pidieron una mejora de los salarios y de las condiciones laborales. Cuando otras fábricas se sumaron a la huelga se ampliaron las peticiones, entre ellas sindicatos libres, libertad de expresión y la liberación de los presos políticos. Dado que las huelgas se extendían y que otros grupos se unían a los trabajadores, el Partido Comunista polaco cedió a algunas de sus peticiones. Desesperado por lograr la colaboración de su clase obrera para aumentar la producción, el Gobierno entendió que

no le quedaba más opción que ceder. A final de mes, los negociadores comunistas habían aceptado un nuevo sindicato independiente, Solidaridad, así como la puesta en libertad de prisioneros y gran parte de las demandas salariales de los trabajadores. Las conversaciones en el interior del astillero, con Wałęsa y otros dirigentes obreros desafiando a los cuadros comunistas que sudaban profusamente dentro de sus trajes y corbatas, fueron vistas en directo en la televisión. Fue un espectáculo que la mayoría de los polacos nunca pensaron que vivirían para verlo.

En 1981, Solidaridad tenía casi diez millones de afiliados y sus propias publicaciones y editoriales. El Gobierno comunista trataba de mantener la censura, pero cada vez con menos éxito. El propio partido estaba muy dividido en cuanto al modo de manejar el desafío de Solidaridad. Algunos dirigentes, entre ellos el nuevo primer secretario, Stanisław Kania, querían llegar a un acuerdo de larga duración con Solidaridad y otros grupos no comunistas; también querían que todos los sectores de la sociedad polaca se responsabilizaran de la pésima situación económica en la que se encontraba el país y que el Partido Comunista se mantuviera en el Gobierno para evitar una intervención soviética. Pero todos los demás asuntos eran negociables, al menos con el tiempo. Como era de esperar, Moscú y las otras capitales del Pacto de Varsovia ejercieron una enorme presión sobre los polacos. Querían que Kania fuera sustituido; Solidaridad, prohibida, y la censura, ampliada. Dieron su apoyo al ministro de Defensa, Wojciech Jaruzelski, que en octubre de 1981 sustituyó a Kania como primer secretario.

El 13 de diciembre de 1981 Jaruzelski promulgó la ley marcial y tomó medidas muy duras contra Solidaridad. Unos 5.000 de sus dirigentes fueron arrestados. El nuevo régimen volvió a introducir una fuerte censura y las unidades militares patrullaban las calles. A los miembros descontentos del Partido Comunista Jaruzelski les dijo que había adoptado la ley marcial por el riesgo evidente e inmediato de una invasión del Ejército Rojo soviético. Casi con toda seguridad eso no era cierto. Cuando Jaruzelski elaboró el plan de ley marcial en colaboración con los soviéticos, estos le animaron a aplicarla, dejando claro al mismo tiempo que si la operación fracasaba el Ejército Rojo no intervendría para sacarle del apuro. Después de

Afganistán, con los problemas económicos en alza y la tensión entre las superpotencias en aumento, la Unión Soviética no podía correr el riesgo de desplazar sus fuerzas a Polonia. Andrópov lo dejó muy claro ante el Politburó de Moscú el 10 de diciembre:

> No podemos arriesgarnos a dar semejante paso. No nos proponemos introducir tropas en Polonia. Esta es la postura adecuada y debemos aferrarnos a ella hasta el final. No sé cómo saldrán las cosas en Polonia, pero si «Solidaridad» toma el control del país, que así sea. Y si los países capitalistas se lanzan sobre la Unión Soviética, y ya sabéis que han llegado a un acuerdo sobre diversas sanciones económicas y políticas, eso será de lo más oneroso para nosotros. Por encima de todo debemos preocuparnos por nuestro país y por el fortalecimiento de la Unión Soviética.[7]

Las perspectivas estaban empezando a cambiar también en otros países de Europa oriental, aunque más lentamente que en Polonia. Bajo el mandato de János Kádár, Hungría había tenido durante mucho tiempo el régimen político más liberal dentro del Pacto de Varsovia. En la década de 1980 su economía estaba sufriendo una desaceleración y, al igual que Polonia, había compensado el déficit mediante préstamos occidentales. Pero Hungría tenía también más relaciones económicas con Occidente que cualquier otro país del Bloque soviético. Desde 1976, los Altos de Buda, tan destruida en los combates de 1945, había tenido su propio hotel Budapest Hilton. Los visitantes de otros países europeos del Este solían trepar por las colinas para mirar embobados sus torreones. Los propios húngaros podían viajar con relativa libertad. En 1987, más de cinco millones de húngaros viajaron al extranjero, de los que casi una tercera parte lo hicieron a Europa occidental. De ellos, una mujer contó después sus experiencias: «Cuando fui a Occidente por primera vez estaba tan abrumada que ni siquiera pude procesar toda la información con la que me bombardearon durante aquellas tres semanas [...] En Europa oriental tenemos que luchar por los derechos que los occidentales dan por sentados [...] Había alimentos frescos en los supermercados, incluso los fines de semana, y no tenía que hacer una larga cola para comprar una rebanada de pan».[8]

Los húngaros y los checoslovacos se consideraban cada vez menos «europeos del Este» abandonados por los demás a la dominación soviética.

En cambio, empezaron a reconvertirse en centroeuropeos bajo la ocupación de una cultura soviética oriental y extraña. Si, digamos, Noruega o Portugal formaban parte de la cultura dominante europea, ¿por qué ellos no? En Hungría la oposición era principalmente intelectual o comercial. En Checoslovaquia, una dictadura mucho más dura después de 1968, la oposición exigía derechos políticos y la revocación del régimen impuesto tras la invasión soviética. La Carta 77 fue un manifiesto de disidentes políticos que abarcaba desde bandas de rock *underground* a figuras destacadas de la oposición tales como el dramaturgo Václav Havel. Condenaban la opresión política en Checoslovaquia: «El control centralizado de los medios de comunicación y las instituciones culturales y editoriales inhibe la libertad de expresión pública. Ninguna opinión filosófica, política o científica, o actividad artística que se salga mínimamente de los estrechos límites de la ideología o la estética oficiales puede ser publicada; no se pueden hacer críticas públicas de fenómenos sociales irregulares; no hay posibilidad de defensa pública contra calumnias e injurias vertidas en la propaganda oficial».[9]

El grupo de rock de Praga Plastic People of the Universe lo expresó de forma más sucinta: «Cualquiera que hoy tenga veinte años quiere vomitar de asco».[10] Los miembros de la banda fueron arrestados, Havel también. En 1979 fue condenado a cuatro años de cárcel.

Los ataques a los disidentes por parte de los soviéticos y europeos orientales contribuyeron a deslegitimar el marxismo-leninismo a ojos de gran parte de la gente de otros lugares. En la URSS, los pocos disidentes declarados que existían estaban encarcelados o en el exilio. En algunos casos eran enviados a hospitales psiquiátricos donde les inflaban a fármacos para hacer que se volvieran dóciles y colaborasen. El disidente soviético Vladímir Bukovski, que en 1976 fue «intercambiado» por el dirigente comunista chileno encarcelado Luis Corvalán, había pasado años en instituciones psiquiátricas. Lo mismo que el general Piotr Grigorenko, oficial del Ejército Rojo que protestaba contra la opresión política. El físico Andréi Sájarov, uno de los fundadores del Grupo Moscú Helsinki, órgano disidente creado para vigilar el (in)cumplimiento soviético de los Acuerdos

de Helsinki de 1976, se salvó de semejante humillación, pero solo porque era uno de los padres del programa nuclear soviético y había ganado el premio Nobel de la Paz en 1975. En cambio, Sájarov fue enviado a un exilio interno en la ciudad de Gorki (hoy Nizhni Nóvgorod) donde lo mantuvieron bajo estricta vigilancia y alejado de la prensa internacional. En su discurso de aceptación del premio Nobel, que leyó su esposa Elena Bonner, Sájarov subrayaba «el vínculo entre la defensa de la paz y la defensa de los derechos humanos [...] [solo] la defensa de los derechos humanos garantiza un terreno sólido para una auténtica cooperación internacional a largo plazo».[11]

Las autoridades de la República Democrática Alemana se enorgullecían del progreso económico y de la sofisticación de los métodos para controlar cualquier posible oposición. Pero a partir de finales de la década de 1970 en adelante quedó claro que al menos el primero de esos motivos de orgullo tenía problemas. Comparado con otros países del Bloque soviético, la RDA seguía prosperando. Sus habitantes tenían el nivel de vida más alto y la mayor productividad. Pero la Stasi (abreviatura de Ministerium für Staatssicherheit [Ministerio para la Seguridad del Estado]), la policía secreta omnipresente que guardaba archivos personales de una tercera parte de los habitantes de la RDA, informó de que no todo iba bien. Las curiosas escaseces a las que sometían a la población (el café desapareció de los anaqueles durante un tiempo en 1976, y los plátanos y las naranjas en 1979) provocaban el descontento en algunos ciudadanos, sobre todo porque muchos de ellos podían ver en televisión la abundancia de bienes en la RFA. La Stasi todavía podía reprimir cualquier tipo de oposición abierta y, en general, la población de la RDA obedecía al Gobierno. Pero sus dirigentes sabían que tenían que mejorar la economía. Mientras refunfuñaban entre ellos, el competidor de la RDA no era ni Polonia ni Bulgaria, sino la economía industrial más avanzada del mundo occidental que casualmente también era alemana.

Como buena parte de los demás países europeos del Este, la RDA trató de estimular su economía obteniendo préstamos de Occidente y en especial de la RFA. El problema de la RDA en la década de 1980 no era, por sí solo, el

nivel de endeudamiento, sino la disminución de las exportaciones en divisas convertibles que hubieran facilitado el pago de esta deuda. En las décadas de 1950 y 1960 la RDA tenía muchísimos productos, desde artículos de óptica a coches, que podían venderse fuera del Bloque soviético, pero estas exportaciones disminuyeron en la década de 1970 y en la de 1980 se vio totalmente superada por países del sur de Europa y Asia que podían fabricar productos mejores y más baratos. El intento de la RDA de utilizar sus conocimientos tecnológicos para fabricar ordenadores destinados a la exportación fue un completo fracaso. Nadie quería unas máquinas grandes y toscas que no eran compatibles con nada que se produjera fuera del Bloque soviético.

En opinión de los dirigentes de la RDA, mantener viva la distensión se convertía cada vez más en una forma de chantaje no demasiado compleja contra la RFA. Los alemanes de la RFA estaban autorizados a visitar la parte oriental solo si cambiaban una determinada suma de divisas fuertes en marcos de la RDA, que fuera de ahí no tenían ningún valor. Berlín Oriental amenazaba con interrumpir los contactos si la RFA no suministraba nuevos préstamos o aceptaba acuerdos económicos, siempre con ambas monedas cotizando a la par. El nuevo Gobierno conservador de Helmut Kohl en la RFA, que sustituyó a Helmut Schmidt en 1982, continuó estas concesiones a Berlín Oriental. Al igual que Schmidt, Kohl pensaba que algún tipo de contacto era mejor que ninguno. Lo más chocante era que el Gobierno de la RFA tenía que pagar en divisa fuerte por cada alemán de la RDA que dejaban irse a Occidente. No es de extrañar que para mediados de la década de 1980 algunos alemanes orientales empezaran a pensar que, como pueblo, habían sido rehenes de un Gobierno fracasado. Pero casi todos ellos restringían sus quejas exclusivamente al ámbito de la familia y los amigos íntimos.

El problema fundamental de la RDA era, sencillamente, que estaba demasiado cerca del caso de mayor éxito de Europa, la República Federal de Alemania. Y a través de la RFA, estaba demasiado cerca de los procesos de integración europea que a mediados de la década de 1970 habían aumentado su ritmo. Comparada con los países de la periferia de Europa o del exterior, podría parecer que la RDA iba bien. Pero comparada con el

motor industrial y financiero de Occidente, parecía casi como un Estado fallido. Y ahora la RFA estaba aprovechando su éxito para fomentar una mayor integración entre todos los estados capitalistas europeos, exactamente el tipo de sistema del que no podría formar parte la RDA.

Tras la ampliación de la Comunidad Europea (CE), con el ingreso de Gran Bretaña, Irlanda y Dinamarca en 1973, la Comisión Europea impulsó los planes para una mayor integración. Con la ayuda de los gobiernos de la RFA y Francia se aprobó el proyecto para elegir el Parlamento Europeo por sufragio directo. También se aprobaron los planes para crear un mercado único europeo en el que personas, bienes, servicios y capitales podrían circular libremente dentro de las fronteras de la CE. Muchos dirigentes europeos pensaban que era necesario dar estos pasos si no querían que sus países fueran a la zaga de Estados Unidos y Japón en desarrollo económico. Aunque poner en práctica estos planes requería su tiempo, el hecho de ir avanzando en esa dirección sin duda estimulaba las economías europeas, incluida la de la RFA, que de otro modo se habría considerado estancada (al menos en comparación con el crecimiento de las tres décadas anteriores). También fomentaba la competencia, aumentaba la eficiencia y facilitaba la difusión de la tecnología. Pero ante todo, la labor de crear una unión de estados europeos indicaba la fuerza de un conjunto de ideas comunes que no siempre se había visto antes en el marco de la cooperación europea. En la Declaración de Stuttgart de 1983 los dirigentes de Europa occidental resolvieron «crear una Europa unida, necesaria más que nunca para hacer frente a los peligros de la situación mundial y capaz de asumir las responsabilidades que le correspondan en virtud de su papel político, su potencial económico y sus múltiples lazos con otros pueblos».[12]

La sensación de que el recrudecimiento de la Guerra Fría presionaba para acelerar tanto la forma como el alcance de la integración era visible en todas las capitales europeas occidentales. Grecia avanzó rápidamente para convertirse en miembro de pleno derecho de la CE en 1981. España y Portugal se adhirieron en 1986. Estas fueron en gran medida decisiones tomadas en el marco de la Guerra Fría (que, por cierto, los dirigentes estadounidenses apoyaron firmemente). Al ofrecerles ser miembros de la

CE, los países del sur de Europa suscribían una forma de capitalismo socialmente responsable en la que recibirían ayuda si, y solo si, renunciaban a la alternativa revolucionaria. Y ayuda obtuvieron, tanto antes como después de convertirse en miembros de pleno derecho de la CE. A finales de la década de 1980, estos países más pobres de Europa vieron cómo aumentaban enormemente sus empresas, su bienestar y sus rentas medias. Recuerdo que un agricultor portugués de un Alentejo empobrecido me contó en 1988 por qué había dejado de apoyar al Partido Comunista: la ayuda europea, dijo, hacía posible la esperanza de una vida mejor.

La expansión de la CE para englobar a la Europa del Sur tuvo una importancia enorme para la Guerra Fría. Para los europeos del Este encerraba la promesa de que ellos también podrían adherirse a una comunidad europea. Para los ciudadanos de Praga o Budapest era difícil entender por qué los agricultores del Alentejo o los pescadores de Creta podían beneficiarse de la integración europea y ellos no. Esta percepción era una bomba de relojería para el dominio soviético de la Europa oriental. Señalaba que tal vez la alternativa a una división de Europa en bloques de poder no fuera la guerra ni el conflicto, sino un mundo en el que los países se unían para decidir su futuro sin el control de las superpotencias. El peor enemigo del control comunista no eran las maniobras militares de la OTAN, sino la promesa de riqueza cuando se eliminaran los muros en toda Europa.

Otra consecuencia de la aceleración del proceso de integración europea fue la expansión de las identidades regionales. En lugar de centrarse solo en el Estado en el que vivían, los europeos empezaron a pensar cada vez más que pertenecían a regiones que o bien trascendían las fronteras del Estado o destacaban dentro de dichas fronteras. Los italianos germanoparlantes de Tirol del Sur podían establecer vínculos más estrechos con los austriacos del otro lado de la frontera. Los valones francófonos de Bélgica conectaban con sus homólogos en Francia. En España, los catalanes y los vascos reclamaban que les reconocieran como nacionalidades aparte. Una parte de esto desembocó en conflicto, pero en la mayoría de los casos la existencia de un proceso de integración común en Europa dentro del cual las nacionalidades más pequeñas pudieran encontrar su lugar aun sin ser

plenamente independientes, contribuyó a rebajar la tensión entre regiones y estados.

La cuestión era, sin embargo, qué ocurriría allá donde las líneas divisorias de la Guerra Fría separaban distintas regiones europeas. A mediados de la década de 1980, los muchos vínculos que históricamente habían conectado Bratislava, Budapest y Viena, tres antiguas capitales en el corazón de Europa, se hicieron más visibles. Escritores de los tres países empezaron a aludir a su emplazamiento en Centroeuropa, si bien las fronteras de la Guerra Fría que los separaban seguían estando en su sitio. En los Balcanes, las cuestiones de identidad se complicaban cada vez más. Los húngaros de Rumanía se quejaban del maltrato que recibían del Gobierno de Ceauşescu. Los albanos de Yugoslavia habían empezado a pedir derechos propios. Y en otros lugares dentro de Yugoslavia, la agitación por los derechos de cada nación específica, sobre todo en Croacia y Eslovenia, se intensificó. Algunos creían que estos problemas solo se podrían resolver dentro de un marco más amplio de integración europea. Pero hasta ahora la Guerra Fría lo había impedido y las instituciones europeas no estaban en absoluto por la labor de derribar esas barreras por su cuenta.

No todos los gobiernos de Europa consideraban que una integración cada vez mayor en todas las áreas sirviera a sus intereses, tal como había pedido la Declaración de Stuttgart. Margaret Thatcher, la ideóloga del mercado libre convertida en primera ministra británica en 1979, era una firme partidaria de un mercado común en Europa occidental. También creía que la CE podría contribuir a «comprender nuestra fuerza común europea para garantizar una mayor difusión de la democracia, la libertad y la justicia», como dijo ante el Parlamento Europeo en 1986.[13] Pero era sumamente escéptica acerca de una mayor integración política y temía tanto por la soberanía británica como por su «especial relación» con Estados Unidos. Esta última se reflejaba en la estrecha relación personal que Thatcher mantenía con Ronald Reagan, a quien otros dirigentes europeos occidentales consideraban, al menos al principio, un bobo dogmático.

El prestigio de Thatcher se vio aumentado por su éxito en la guerra contra Argentina por el control de las islas Malvinas en el Atlántico Sur. Fue

un conflicto que al menos a ojos del resto del mundo surgió de la nada. Después de que en 1982 el régimen militar argentino se apoderase de las islas administradas por los británicos, de unos 1.800 habitantes, Thatcher envió una expedición naval a 13.000 kilómetros para reconquistarlas. La administración de Reagan, centrada en la Guerra Fría y preocupada por la estabilidad del régimen militar argentino frente a sus opositores de izquierdas, quería tiempo para la mediación. «Creo que un esfuerzo por mostrar que todos seguimos estando dispuestos a buscar un acuerdo –le dijo Reagan a la primera ministra británica por teléfono–, […] debilitaría el intento de […] los izquierdistas de Sudamérica que buscan activamente aprovechar la crisis.» Thatcher se negaría a aceptarlo. «Se trata de democracia y de nuestra isla, y lo peor para la democracia sería que fracasáramos ahora», dijo al presidente.[14] Los británicos recuperaron las islas pero se perdieron casi mil vidas, la mayoría argentinas. La guerra apenas dañó las relaciones británico-estadounidenses, pero le recordó a Reagan que existían otros conflictos que había que atender además de la Guerra Fría.

Lo que más preocupaba a los dirigentes franceses acerca de la integración europea era cómo impedir que la RFA tuviera demasiado predominio político y económico. Francia había sido uno de los impulsores de la integración europea y esta actitud continuó con François Mitterrand, el presidente socialista elegido en 1981. Al principio pareció que Mitterrand iba a trazar una trayectoria más de izquierdas para Francia, y para consternación de los estadounidenses incorporó a varios comunistas en su Gobierno. Pero tras el primer año y medio en el poder, y con la economía francesa en graves apuros, el nuevo presidente cambió el rumbo. En lugar de hablar de subidas de impuestos y nacionalizaciones, Mitterrand tomó el camino de la prudencia fiscal y monetaria con la intención de hacer más competitiva la industria francesa dentro de Europa. Los comunistas fueron cayendo poco a poco de su Gobierno y el concepto de una alternativa francesa de izquierdas al capitalismo «anglosajón» desapareció. El giro a la derecha de Mitterrand tuvo una gran importancia en toda Europa occidental. Significaba que un modelo de libre mercado social y económico tomaría el

mando en una CE ampliada, si bien seguían existiendo marcadas diferencias entre la Francia de Mitterrand y la Gran Bretaña de Thatcher.

Resulta tentador considerar que el aumento de las actividades terroristas a pequeña escala en Europa occidental a finales de la década de 1970 fue una reacción al fin de las fuertes divisiones entre la izquierda y la derecha en la política oficial. En la década de 1960, las pequeñas minorías de extrema izquierda o extrema derecha que creían que los estados europeos occidentales de posguerra eran ilegítimos y explotadores, se pasaron al terrorismo. Tan solo una década después se habían afianzado grupos como la Fracción del Ejército Rojo de la RFA, conocida también como la banda Baader-Meinhof, y las italianas Brigadas Rojas. Los impresionantes actos de terrorismo que ellos y sus rivales de la derecha llevaron a cabo hasta finales de la década de 1980 fueron probablemente un indicio de cómo esos grupos estaban perdiendo posiciones en la competición política normal y corriente. Pero aun así, el asesinato del presidente de la patronal Hanns Martin Schleyer en 1977 a manos de la Baader-Meinhof, y el del ex primer ministro italiano Aldo Moro un año después por las Brigadas Rojas, sacudieron la política en toda Europa.

Pero mucho peor para las relaciones este-oeste eran las sospechas que tenían en Bonn y en otros sitios de la colaboración entre los regímenes comunistas del este y los terroristas de Occidente. Varios terroristas de la Baader-Meinhof recibían instrucción militar en el este, y la Stasi de la RDA les suministraba información acerca de los intentos de la RFA de capturarlos. La RDA y Bulgaria también facilitaban los vínculos entre terroristas europeos occidentales y movimientos extremistas de Oriente Medio y Japón tales como el palestino FPLP-CG (el grupo de Abu Nidal) y el japonés Ejército Rojo, una organización terrorista muy pequeña que operaba en Oriente Medio. Este era un juego peligroso. Puede que algunos europeos del Este y funcionarios soviéticos creyeran que eso les ayudaría a desestabilizar las sociedades occidentales. En realidad recordaba a los dirigentes occidentales el carácter ilegítimo de los propios regímenes del este y contribuía a hacer más peligrosa la Guerra Fría.

El terrorismo europeo occidental también ayudó a los gobiernos a debilitar otros desafíos a sus políticas. Pero tratar de mancillar los movimientos de protesta juveniles de las décadas de 1970 y 1980 con calumnias de vínculos terroristas, resultó contraproducente a largo plazo. Algunos grupos que defendían el desarme nuclear, como los movimientos medioambientales, se pasaron a la corriente dominante sobre todo después de que Ronald Reagan se convirtiera en presidente de Estados Unidos. En octubre de 1983, más de tres millones de europeos occidentales participaron en concentraciones contra los despliegues de misiles de la OTAN. En Londres y en Bonn se manifestaron 250.000 personas bajo los lemas «Prohibir la bomba» y «No al suicidio nuclear». El Partido Verde de la RFA, fundado en 1980, vinculaba el desarme con el fin de la destrucción medioambiental a ambos lados del Telón de Acero. Sus posturas obtuvieron un apoyo considerable: en las encuestas de 1983, dos tercios de los alemanes de la RFA se mostraron contrarios a los nuevos misiles de la OTAN en Europa cualquiera que fuera la circunstancia.[15]

Lo novedoso dentro del movimiento de protesta europeo occidental en la década de 1980 era que se dirigía cada vez más contra el militarismo y la opresión tanto en el este como en el oeste. La Convención Europea por el Desarme Nuclear (END por sus siglas en inglés), constituida en 1980, exigía la retirada de los misiles soviéticos SS-20 y se oponía al nuevo armamento de la OTAN. Lo peor desde el punto de vista soviético era que muchos de los dirigentes de la END tenían estrechos contactos con disidentes de Europa oriental. E. P. Thompson, veterano militante por la paz y excomunista británico, declaró que «existe un vínculo directo entre el verdadero desarme y el desarrollo de movimientos democráticos en los estados socialistas. Además, la creación en ellos de movimientos democráticos es una condición previa para obligar a los estados socialistas al desarme».[16] En la década de 1980, la izquierda europea parecía haber redescubierto el lazo entre los derechos y libertades y la política de izquierdas. El Proceso de Helsinki dio a los activistas antinucleares la oportunidad de reunirse con disidentes como Havel en Checoslovaquia o con miembros desencantados

del Partido Comunista de Hungría. Descubrieron que tenían mucho en común en un vasto conjunto de intereses.

Uno de dichos asuntos era la degradación medioambiental a la que había contribuido la Guerra Fría en Europa. No solo eran las industrias militares las grandes contaminantes, sino que en la mente de muchas personas la energía nuclear, los residuos tóxicos y la deforestación estaban relacionados con la competencia de la Guerra Fría por la producción. Los partidos políticos como los Verdes y los movimientos como la END incluían estos vínculos en sus campañas, a veces criticando al este tanto como al oeste. Pero la crítica medioambiental a la Guerra Fría también acabó llegando a la corriente política mayoritaria. Las juventudes de los principales partidos de la RFA creían que los acuerdos este-oeste sobre «seguridad común» constituían una condición previa para resolver los graves problemas medioambientales. Incluso en su programa de 1984, los democratacristianos de la RFA, en el poder bajo el liderazgo de Helmut Kohl, consideraban que la reducción de las industrias contaminantes y el uso universal de convertidores catalíticos en los automóviles, formaban parte del núcleo de las políticas internacionales de Alemania.[17]

Pero los efectos generalizados de la Guerra Fría no solo inquietaban a los europeos. El hecho de que la guerra nuclear pudiera estallar accidentalmente, o que la Unión Soviética sintiera el impulso de lanzar un primer ataque sobre Occidente, había empezado a preocupar al presidente estadounidense Ronald Reagan hasta un punto que habría dejado atónitos a sus detractores europeos. Reagan creía que Estados Unidos estaba ganando la Guerra Fría. Optimista y risueño por naturaleza, el presidente estadounidense pensaba que su elección y su labor durante los dos primeros años de mandato, incluido el fortalecimiento militar, habían devuelto la grandeza a su país. Creía también que poco a poco el resto del mundo estaba tomando la dirección de Estados Unidos hacia los mercados libres y la democracia. Reagan pensaba que todo conflicto nuclear destruiría estos procesos naturales y, sobre todo después del asunto Able Archer, el presidente empezó a pensar más seriamente en cómo evitar el conflicto. «Creo que los soviéticos están tan a la defensiva y tan obsesionados por un

posible ataque –escribió Reagan en su diario–, que sin dar muestras de condescendencia deberíamos decirles que aquí nadie tiene intención de hacer una cosa así. ¿De dónde demonios han sacado que alguien querría hacerlo?»[18]

Desde que se convirtió en presidente, Reagan se había preocupado por encontrar formas para proteger a Estados Unidos de un ataque nuclear. Le parecía que los principios de destrucción mutua asegurada eran moralmente discutibles y personalmente repugnantes. La idea de que él mismo tuviera que utilizar alguna vez los códigos que activaban un ataque nuclear le horrorizaba, y siendo presidente evitó la mayoría de las sesiones informativas o las simulaciones en las que hubiera tenido que hacerlo. En cambio, en 1983 el presidente encargó una Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI por sus siglas en inglés) que se centrara en impedir que los misiles nucleares llegaran al territorio continental de Estados Unidos. Estos planes idearon la utilización de láseres espaciales para destruir los misiles que se aproximaran; sus detractores los apodaron «La guerra de las Galaxias». Incluso algunos de los asesores científicos del presidente insinuaron que eso no funcionaría, o como mínimo no en el plazo de una generación más o menos. Pero Reagan perseveró y asignó miles de millones a su nuevo programa favorito.

La SDI horrorizaba a los soviéticos. No solo rompía con los principios a los que se habían acostumbrado durante las negociaciones SALT y que, por consiguiente y en su opinión, hacía del mundo un lugar más peligroso, sino que también sabían que su bando no tenía la tecnología para competir y no podían permitirse nuevas y enormes inversiones en ciencia y tecnología para ponerse a la altura de Estados Unidos. Al igual que sus homólogos estadounidenses, muchos expertos soviéticos dudaban de que el SDI se pudiera poner en práctica, al menos en un futuro próximo. Pero los dirigentes soviéticos no podían arriesgarse a que Estados Unidos se hiciera con semejante armamento sin ningún tipo de respuesta por su parte. La mayoría de los expertos creían que tal resarcimiento solo se podría lograr mediante nuevas tecnologías ofensivas o aumentando enormemente el peso

de lanzamiento de los misiles soviéticos, mucho más de lo que permitirían los acuerdos SALT.

La reacción de Moscú al sueño de Reagan de un programa de interceptación espacial contra misiles nucleares ilustraba la creciente brecha tecnológica entre el este y el oeste. A mediados de la década de 1980 Occidente iba por delante en gran parte de los sectores, desde los satélites a los cables de fibra óptica para ordenadores. Estos avances fueron posibles gracias a las alianzas entre la financiación pública −a menudo militar− y las empresas comerciales que entregaban el material. Los ingenieros y científicos soviéticos no tenían problema para comprender el progreso que se realizaba en Occidente. Probablemente podrían haber obtenido los mismos resultados para la Unión Soviética de haber existido un sistema lo bastante flexible para empezar a producir dicha tecnología. Era en la etapa final de la producción donde la Unión Soviética se quedaba rezagada, por diseño tanto como por inercia.

Los satélites proporcionan un buen ejemplo. Hasta la década de 1970 la Unión Soviética iba por delante en tecnología de satélites. Sus satélites *Ekran* llevaban la televisión a millones de ciudadanos soviéticos de Siberia y las provincias del Pacífico mucho antes de que cualquier sistema de este tipo existiera en Occidente. Pero los soviéticos, intencionadamente, no consideraban la televisión por satélite un medio con fines comerciales, y lo más probable era que sus emisiones internacionales de propaganda hicieran que los espectadores, más que encender sus televisores, los apagaran. A comienzos de la década de 1980, las estaciones satélite estadounidenses empezaron a enviar noticias, deportes, series y películas a todo el mundo, en muchos casos accesibles para cualquiera que pudiera permitirse una antena parabólica. El mensaje de consumismo era una parte integral del atractivo de los nuevos canales de televisión. Y la mayoría de los que podían recibirlo lo hacían con entusiasmo.

Los éxitos de la televisión comercial indicaban que en muchas partes del mundo la prioridad de la población era empezar a cambiar. Este giro hacia el consumismo vino acompañado de cambios fundamentales en la economía mundial que se pusieron en marcha en la década de 1970. Como

hemos visto, el fracaso del sistema de tipos de interés fijos, regulación del comercio y controles de capital de Breton Woods, condujo a una sensación de crisis en Occidente y especialmente en Estados Unidos. Pero también reflejó una mejora relativa de la situación económica de otros, sobre todo en Asia. En todo el mundo, excepto en los países comunistas, la gente se reinventaba a sí misma como consumidora de productos que, o bien antes no existían, o estaban fuera del alcance de cualquiera excepto las capas altas de la sociedad. Desde la ropa a la electrónica, desde los cosméticos a los aparatos de aire acondicionado, los precios bajaban a medida que la competencia y el número de consumidores potenciales aumentaban. No es de extrañar que la capacidad de los barcos que transportaban contenedores casi se triplicara durante la década de 1980.

Buena parte de lo que sucedió en la economía mundial tras los primeros años de la década de 1980 favoreció a Estados Unidos. Aunque su situación económica con respecto a otros países continuaba decayendo, mantenía su posición en el centro del sistema financiero mundial. El dólar seguía siendo la divisa de referencia y, libre de las restricciones anteriores, el Gobierno estadounidense se aseguró de que su valor se mantuviera bajo a fin de estimular las exportaciones y las inversiones extranjeras en el país. Pero Estados Unidos también pudo beneficiarse de la globalización del comercio y las finanzas en la década de 1980. A partir de mediados de dicha década, los bancos y las sociedades de inversión estadounidenses pudieron invertir fácilmente en los mercados internacionales sabiendo que tenían acceso a la divisa objeto de deseo de la mayoría de la gente. Las nuevas tecnologías y los nuevos instrumentos financieros procedentes de Estados Unidos predominaban en todo el mundo.

La revolución financiera global de la década de 1980 transformó la economía mundial y, de ese modo, cambió el panorama de uno de los principales campos de batalla de la Guerra Fría. El enorme aumento de las inversiones, a menudo de un modo que nadie hubiera pensado antes de la década de 1970, fue posible gracias a una combinación de desregulaciones promovidas por el Gobierno y avances en la tecnología de la información. Mucho antes de que la información electrónica se convirtiera en un

producto de consumo básico, los servicios financieros la utilizaron para ofrecer a los inversores información en tiempo real sobre mercados y tendencias económicas. La combinación de telecomunicación y potencia informática −lo que hoy conocemos como internet− se desarrolló primero en Estados Unidos con fines militares. Pero resultó tan revolucionario para los servicios financieros como para las redes de defensa y asoció el mundo del capital con los inventos y los principios estadounidenses.

El giro hacia el consumismo fuera de Estados Unidos también ayudó a las empresas de este país. Los fabricantes de los artículos más habituales se quejaban de que no podían competir con las importaciones baratas, y que incluso muchas veces los aparatos electrónicos y los coches de gama alta se fabricaban más asequibles y mejores fuera de Estados Unidos. Pero las ideas, los diseños y las tecnologías sobre los que se construían eran a menudo estadounidenses. Los ordenadores personales, por ejemplo, utilizaban tecnología estadounidense (o al menos de propiedad estadounidense) dando lugar a empresas como Apple o Microsoft. Lo que parecía una revitalización de la avidez mundial por los productos estadounidenses, entre ellos su música y el cine, contribuyó a sostener la retórica de Reagan de que la libertad y la posibilidad de elegir eran valores estadounidenses por antonomasia. A mediados de la década de 1980, la política neoconservadora sustentaba la economía neoliberal, y viceversa.

Estados Unidos no creó la globalización, o para el caso el consumismo, como armas económicas de la Guerra Fría. Pero la administración de Reagan utilizó su influencia sobre las instituciones financieras más importantes para limitar el margen de maniobra económica de cualquiera, fuera de Europa, que fuese sospechoso de elegir un modelo de desarrollo socialista aliado con la Unión Soviética. El acceso al crédito de países como Cuba, Nicaragua, Angola o Vietnam era prácticamente inexistente, lo que les obligaba a depender de la ayuda de los soviéticos y los europeos del Este que llegaba cada vez menos. Sin embargo, para los opositores al capitalismo de todo el mundo, era aún más importante la sensación de que las tendencias y las normas globales iban en dirección contraria a ellos y sus ideales. El mantra de Margaret Thatcher de que «no existe alternativa» al

capitalismo neoliberal, era una profecía autocumplida incluso para aquellos que sufrían sus consecuencias.

Aun cuando estos sentimientos hubieran aparecido de manera bastante repentina y resultaran ser una etapa pasajera, al menos en su forma más doctrinaria, fueron extraordinariamente intensos a mediados de la década de 1980. Para empezar, tanto Reagan como Thatcher parecían luchar para tener el control de la economía, y sus remedios monetaristas fueron ridiculizados en grado sumo. La recesión de 1982-1983 fue la más profunda que había sufrido Estados Unidos desde finales de la década de 1950. Se podría aducir que lo que impulsó la recuperación no fueron tanto los principios monetaristas como el déficit provocado principalmente por el gasto militar, combinado con la creación de mercados globales, sobre todo en el ámbito financiero. Pero esto no tenía importancia para quienes creían que el monetarismo y otras formas de economía liberal salvarían al mundo de la amenaza del comunismo y la penetración insidiosa del socialismo en Occidente. Tampoco les importaba mucho que Reagan pidiera más dinero prestado que todos sus antecesores juntos, o que el precio de los servicios públicos aumentara significativamente durante el tiempo que Thatcher estuvo en el poder. Su mensaje eclipsó sus prácticas. Y ese mensaje −que la libertad individual era más importante que las necesidades de la sociedad− resonó mucho más allá de los que nunca habían oído hablar de políticas monetarias.

20

Gorbachov

A comienzos de la década de 1980 la Unión Soviética estaba más o menos donde se encontraba Estados Unidos una década antes. Daba la impresión de que su economía tomaba una deriva descendente y de que su política era disfuncional hasta el punto de dificultar la acción de Gobierno y el liderazgo. Y la población estaba abatida. Los ciudadanos que se habían sentido orgullosos de los logros soviéticos y al menos habían sido tolerantes con las imperfecciones del sistema, ahora empezaban a dudar del futuro del comunismo y de su papel dentro de él. Al igual que en Estados Unidos hacía una década, pocos soviéticos podían concebir formas alternativas de Estado y sociedad. Pero claramente existía la duda de si el régimen podría continuar como hasta entonces mucho más tiempo.

En la década de 1980 la Unión Soviética tuvo también dos problemas añadidos que Estados Unidos no había tenido que afrontar la década anterior. Al no haberse puesto nunca a prueba en las urnas, el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) tenía mucha menos legitimidad que el Gobierno de Estados Unidos, incluso bajo los mandatos de presidentes tan flojos como Gerald Ford o Jimmy Carter. Naturalmente, los comunistas habían creado el Estado soviético y los avances que lo acompañaron en ciencia, educación, bienestar y poder militar, pero desde la época de Stalin daba la impresión de que los dirigentes soviéticos temían a su propio pueblo y no parecían convencidos en modo alguno de que el PCUS fuera a obtener su apoyo en tiempos de crisis.

A nivel internacional, la Unión Soviética también tuvo problemas que Estados Unidos no había tenido, ni siquiera en la década de 1970. Hay que

admitir que las políticas de distensión de Brézhnev y la enorme expansión militar soviética que las acompañaron habían convertido a la Unión Soviética en la otra superpotencia. Tenía, de lejos, el Ejército más poderoso de Europa y Asia, y había demostrado su capacidad para intervenir globalmente cuando así lo deseaba. Pero la URSS estaba aislada del sistema económico mundial más incluso que sus aliados de Europa oriental. En 1985, solo el 4% del producto nacional bruto soviético estaba asociado al comercio exterior fuera del Bloque oriental. Las inversiones extranjeras eran insignificantes. Incluso las tan cacareadas exportaciones de gas a Europa occidental tardaron en consolidarse. En 1985, los soviéticos suministraron menos del 3% del gas natural de Europa occidental.

Este aislamiento se produjo en parte por propio designio de los soviéticos y en parte por imposición de otros. A los dirigentes soviéticos les preocupaba que las relaciones económicas con el mundo capitalista, y en especial la presencia extranjera dentro de la Unión Soviética, suscitara la propagación del pensamiento y las prácticas capitalistas. Este hecho podría venir acompañado de una perturbación política y con el tiempo fomentar una contrarrevolución contra los comunistas. El comercio exterior se aceptaba, naturalmente, y a los soviéticos les hubiera gustado expandirlo, pero solo a condición de que fueran iniciativas promovidas por el Estado y en estricta reciprocidad. Todo funcionario comunista encargado de gestionar las relaciones comerciales con el exterior debía ser doblemente cuidadoso. No solo había que mostrar rectitud política en todo momento sino que había que evitar cualquier indicio de corrupción debida a intereses extranjeros, o la KGB actuaría. No en balde algunos funcionarios soviéticos preferían la seguridad a la ambición, aunque ello significara tratar con empresas colectivizadas de Omsk y no con actividades extranjeras más atractivas.

Pero los aliados occidentales, y en especial Estados Unidos, también trataban de impedir que la Unión Soviética se beneficiara demasiado de las relaciones económicas con Occidente. Desde finales de la década de 1940, el Comité de Coordinación para el Control Multilateral de las Exportaciones (CoCom por sus siglas en inglés) había impuesto restricciones a los productos que los países aliados de Estados Unidos

estaban autorizados a exportar a la Unión Soviética. Esas listas eran bastante extensas e iban desde maquinaria agrícola avanzada a componentes de aviones y a ordenadores y software. Los soviéticos podían conseguir algunos de ellos por medio del espionaje industrial, pero ni mucho menos todos. Al mismo tiempo, el comercio directo con Estados Unidos cayó en picado con el fracaso de la distensión. Ya en 1974 el Congreso de Estados Unidos introdujo una ley (la enmienda Jackson-Vanik a la Ley del Comercio) que limitaba las relaciones comerciales normales con los países que no permitían la libre emigración (léase la URSS). En 1980, el presidente Carter embargó las ventas de grano estadounidense a la Unión Soviética en respuesta a la invasión de Afganistán. Aunque Ronald Reagan levantó el embargo el año siguiente al descubrir que hacía más daño a los agricultores estadounidenses que a los soviéticos, hizo mucho por socavar las relaciones comerciales soviéticas con Occidente.

Hasta finales de la década de 1970 los soviéticos pudieron pasar por alto las relaciones comerciales con el resto del mundo, aunque lo hicieron por su cuenta y riesgo. Podían afirmar que su forma de desarrollo moderno, una economía socialista de planificación centralizada, podría aportar un progreso económico al menos en la misma medida que el capitalismo occidental. Pero conforme crecía la globalización capitalista y cada vez más regiones entablaban relaciones gracias a ella, el aislamiento soviético empezaba a saltar a la vista. Al fin y al cabo, la URSS había sido diseñada para *sobrepasar* al capitalismo, no para quedarse cada vez más rezagada. Sobre todo a partir de 1984 en adelante, cuando la economía de Estados Unidos inició una gran expansión, parecía como si los estadounidenses se estuvieran beneficiando de tendencias de las que la Unión Soviética estaba excluida. Desde una perspectiva soviética era casi tan malo el crecimiento de las economías del este de Asia, donde incluso países pequeños que nunca habían preocupado mucho a los soviéticos tenían tasas de crecimiento tres o cuatro veces el promedio de la URSS.

En el ámbito nacional, los dirigentes del estilo de Andrópov creyeron que podían empeñarse en que la economía soviética funcionara mejor. Sin embargo, sus campañas contra la corrupción, la embriaguez y la dejadez

apenas mostraron resultados en materia de rendimiento. Antes de la revolución de 1917, Rusia exportaba grano. En 1985 era totalmente dependiente de las importaciones extranjeras y solamente ese año entraron más de 45 millones de toneladas. También importó 900.000 toneladas de carne solo para alimentar a la población.[1] Y la verdadera reforma no llegaba. Sencillamente, el envejecido Politburó rehusó experimentar con la economía. Incluso las pequeñas reformas como las llevadas a cabo en Europa oriental, y no digamos en China, estaban descartadas.

Lo irónico es que la economía soviética dependía cada vez más de las exportaciones de gas y petróleo para tener acceso a las divisas fuertes, y eso suponía un verdadero peligro. Como hemos visto, el volumen del comercio exterior soviético era pequeño, pero necesitaba ingresar divisas fuertes para pagar los intereses de los créditos a la importación. En tiempos de bonanza, los beneficios de las exportaciones de energía se utilizaron también para ampliar el plan de producción de bienes de consumo de alta gama para los que el propio plan no dejaba mucho espacio. Cuando en 1981 los precios del petróleo cayeron en picado, estos sectores de la economía soviética sufrieron un auténtico descalabro, aunque los burócratas de la planificación trataron de explicarlo como un revés temporal. Pero la población, sobre todo en las ciudades, se daba cuenta de que las tiendas se vaciaban aún más deprisa y que las colas para comprar productos de consumo eran más largas de lo que habían sido incluso en la década de 1950.

Y luego estaba la guerra en Afganistán. A Brézhnev le habían prometido una intervención corta, el envío de un «contingente limitado» de soldados del Ejército Rojo para ayudar a los «verdaderos comunistas» del partido afgano a poner las cosas en orden. Estarían fuera al cabo de unos meses según la documentación que discutió el Politburó en diciembre de 1979, cuando se tomó la decisión final de intervenir. Pero en 1985, los soldados soviéticos en Afganistán llevaban combatiendo allí cinco años, y las posibilidades de una retirada parecían remotas. Tanto a Brézhnev, en sus últimos años de vida, como a su sucesor, Yuri Andrópov, les hubiera gustado organizar una retirada negociada. Pero el rumbo general de la Guerra Fría iba en su contra. El régimen comunista afgano temía hundirse

sin la presencia de las tropas soviéticas en el país. Y los soviéticos solo se retirarían si los estadounidenses y los paquistaníes se avenían a dejar de abastecer a la resistencia islámica afgana. Las posibilidades de una retirada en poco tiempo parecían remotas.

En 1985 el Ejército Rojo tenía más de 100.000 soldados en Afganistán. La mayor parte del país parecía estar controlada por ellos y por el Ejército regular del Partido Comunista afgano encabezado por el vanidoso e inútil Babrak Karmal. Pero eso era solo durante el día y cuando las tropas comunistas estaban cerca. Por la noche, o cuando estas tropas tenían que concentrarse o reubicarse, la resistencia empezaba a avanzar hacia los pueblos de todo Afganistán. Parte de esta resistencia era local, tribal o de clanes. La población defendía sus propios territorios contra los extranjeros infieles y el régimen de Kabul, al que consideraban ateo y codicioso. Pero estos combatientes locales se afiliaban cada vez más a uno de los partidos islamistas con sede al otro lado de la frontera, en Peshawar, Pakistán, con el fin de obtener armas y suministros. A su vez, estos vínculos cambiaban el contenido de la ideología de la resistencia. En la década de 1970 nadie hubiera pensado que el islamismo al estilo de Oriente Medio hubiera tenido muchas posibilidades de resistir en la recóndita e idiosincrásica Afganistán. Pero en la década siguiente, grupos como Hizbi Islami (el Partido Islámico) −con eslóganes tomados de los Hermanos Musulmanes, de los predicadores extremistas de Arabia Saudí e incluso de la revolución chií iraní, por lo demás muy difamada− empezaron a dominar el discurso de la resistencia en Afganistán.

Una razón fundamental por la que los islamistas afganos se impusieron a otros grupos de la resistencia fue el apoyo que recibieron de los paquistaníes y los estadounidenses. Para la administración de Reagan el cálculo era sencillo: parecía que los grupos islamistas eran los mejor organizados y los más eficientes de la resistencia. Eran menos corruptos y menos propensos a participar en los mil compromisos locales que normalmente exigía la guerra en Afganistán. Sobre todo, mataban más soviéticos. «Veíamos las cosas con [...] mucha sangre fría –comentó Charles Cogan, el jefe de la CIA para el sur asiático a comienzos de la década de

1980–. Nuestro interés estaba en pagar a los rusos con la misma moneda, después de Vietnam.»[2]

El dictador militar paquistaní Muhammad Zia-ul-Haq animó al director de la CIA William Casey y a Ronald Reagan a que considerasen la lucha por la liberación afgana como una batalla de religión contra el ateísmo comunista. Zia utilizaba las autoridades religiosas conservadoras como instrumentos para gobernar Pakistán, sobre todo después de haber ahorcado en la cárcel a su predecesor, elegido democráticamente, Zulfikar Ali Bhutto en 1979. El año siguiente introdujo los tribunales islámicos, una novedad (por decirlo suavemente) en la jurisprudencia paquistaní. Zia era un militar formado en Estados Unidos y estaba obsesionado con la amenaza que suponía India para Pakistán; creía que solo un incremento de la ayuda de Washington podría mantener la independencia de su país. La invasión soviética de Afganistán fue un golpe de suerte para Zia. Presentó su caso a Reagan con gran éxito: el verdadero objetivo soviético, afirmaba Zia, era destruir Pakistán en colaboración con India. De este modo los soviéticos podrían dominar el océano Índico y controlar el transporte de petróleo desde el Golfo.

Aunque no aceptaron todas las afirmaciones presuntuosas de Zia sobre la importancia de su país, los estadounidenses sabían que sin la colaboración del dictador paquistaní no había manera de hacer llegar los suministros estadounidenses a la resistencia afgana. En 1985, estos suministros se habían convertido en una operación importante. Reagan creía que golpeando a Afganistán y otros regímenes apoyados por los soviéticos en Asia y África podría aumentar el precio que pagaban los soviéticos por sus intervenciones en el extranjero. Aunque no hay prueba de que el presidente pensara que Estados Unidos podía obligar a los soviéticos a retirarse del todo, Reagan esperaba que el armamento que suministraba a la guerrilla antiizquierdista desanimara a Moscú de futuras intervenciones.

La ayuda de la administración de Reagan a los muyahidines afganos se complicó enseguida por un aumento espectacular de la asistencia estadounidense a otros movimientos en todo el mundo. En 1985, esto se convirtió en una gran ofensiva contra la izquierda en el Tercer Mundo. En

Angola, Estados Unidos apoyaba, armaba y entrenaba a los guerrilleros de la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA), fundada por Jonas Savimbi, que luchaban contra el Gobierno respaldado por Cuba. En Camboya, los estadounidenses ayudaban a las fuerzas que luchaban contra el Gobierno apoyado por Vietnam, incluidos (al menos indirectamente) los restos de los infames Jemeres Rojos. En ambos países, la oposición no tenía la opción de una victoria militar clara. Pero su acceso a las armas y a la formación militar estadounidenses les garantizaba que los gobiernos de izquierdas no pudieran consolidar el dominio sobre la totalidad de su territorio. También impedía toda forma de crecimiento económico y aumentaba el precio que tenían que pagar soviéticos, cubanos y vietnamitas para mantener a sus aliados en el poder. Por el momento, al menos, eso era lo bastante bueno para Washington. Reagan creía que Estados Unidos estaba utilizando ahora los mismos métodos para presionar a los soviéticos que había empleado la URSS contra Estados Unidos en la década de 1970.

Centroamérica era un caso distinto y los objetivos de Estados Unidos eran más amplios. Puesto que Nicaragua y El Salvador estaban casi a las puertas de Estados Unidos, los deseos de Reagan iban desde asegurarse de que los sandinistas dejaban de apoyar a los rebeldes de izquierdas en El Salvador a derrocar al propio Gobierno de Nicaragua. En 1984, la CIA había minado en secreto los puertos nicaragüenses para aislar al país del mundo exterior. Pero el problema de Reagan era que el Congreso, cada vez más precavido ante un embrollo tipo Vietnam, se negó a financiar a los Contras, los aliados de Estados Unidos en Nicaragua. A pesar de su popularidad, Reagan no logró que el Congreso cediera. La enmienda Boland de 1984 prohibía toda medida del Gobierno que «suponga apoyar, directa o indirectamente, operaciones militares o paramilitares en Nicaragua por cualquier nación, grupo, organización, movimiento o individuo».[3] La CIA informó de que los Contras, «incluso con el apoyo de Estados Unidos, no pueden derrocar a los sandinistas». El analista jefe de la Agencia, Robert Gates, creía que la única solución era «reconocer abiertamente [...] que la existencia de un régimen marxista-leninista en Nicaragua [...] es inaceptable

para Estados Unidos y que Estados Unidos hará todo lo que esté en su mano menos invadir para echar a ese régimen».[4]

Con el estímulo tácito del presidente Reagan, la Casa Blanca y la CIA pusieron en marcha una red para aumentar el apoyo a los Contras que estaba mal diseñada y casi con toda seguridad era ilegal. El eje central del sistema eran las donaciones, y a veces las armas, que la administración había solicitado a países amigos tales como Arabia Saudí y Brunéi. Estos suministros podían utilizarse de manera encubierta para ayudar no solo a los Contras, sino también a la UNITA y a los muyahidines afganos. A finales de 1985, la Casa Blanca había ampliado este sistema al proyecto totalmente descabellado de vender armas al islamista Irán, que ahora luchaba por su supervivencia contra un ataque iraquí, y en secreto dar las ganancias a los Contras. El objetivo sería llegar hasta los «moderados» iraníes para que participaran en la Guerra Fría contra los soviéticos y lograr que les ayudaran a liberar a los rehenes estadounidenses en manos de grupos terroristas de Oriente Medio. Los planes fracasaron y las repercusiones políticas consiguientes llegaron a amenazar la supervivencia política de la presidencia de Reagan. Pero demostraron a las claras lo lejos que Reagan y sus ayudantes estaban dispuestos a llegar en su lucha contra los aliados soviéticos en todo el mundo.

Por lo tanto, el grupo de ancianos dirigentes de Moscú no solo temían la retórica de Reagan y los avances tecnológicos de Estados Unidos; también miraban con lupa lo que el presidente estadounidense hacía en Asia, África y Latinoamérica. Lo interpretaron como una ofensiva contrarrevolucionaria y la asociaron con una ruptura decisiva de la distensión por su parte. En este aspecto, el asunto también se había puesto patas arriba. En la década de 1970, Ford y Carter se habían quejado de que los soviéticos habían puesto en peligro la distensión por Angola o Etiopía. Ahora, el sucesor de Andrópov, Konstantín Chernenko, afirmaba que la agresión de Reagan podría suponer el riesgo de una guerra. Pero el dirigente soviético ni estaba ni parecía estar en posición de hacer frente a Estados Unidos. Chernenko −nacido en 1911, el mismo año que Ronald Reagan− se estaba apagando. Apenas podía leer en público los textos que le preparaban. El día que lo

nombraron secretario general del PCUS fue arrastrando los pies hasta la tumba de Andrópov, donde casi se cae y otros ancianos del Politburó tuvieron que sujetarle. Estos no eran hombres para encarar este desafío descomunal de Estados Unidos.

Chernenko falleció el 10 de marzo de 1985. Cuando los miembros del Politburó se reunieron para estudiar su sucesión, ya tenían claro que debían encontrar a una persona más joven. Andréi Gromyko, de setenta y siete años y ministro de Asuntos Exteriores desde 1957, propuso a Mijaíl Gorbachov, que con cincuenta y cinco años era el miembro más joven del Politburó. Cuando cada uno de los miembros, como de costumbre, habló para confirmar su apoyo a una decisión que ya habían tomado los altos dirigentes, Vladímir Dolgij, uno de los actores secundarios de la escena política soviética, ofreció el mejor resumen de una manera un tanto tragicómica. «Todos coincidimos –dijo–, en la opinión de que él [Gorbachov] no solo tiene una gran experiencia en el pasado, sino que también tiene un futuro. Nuestro país necesita hoy un líder enérgico que sea capaz de ahondar en el meollo de los problemas, un líder honesto, valiente y exigente.»[5] Y eso fue exactamente lo que el PCUS obtuvo de Gorbachov, hasta un punto que nadie en marzo de 1985 podría haberlo imaginado posible.

Mijaíl Serguéyevich Gorbachov nació en Stávropol, sur de Rusia, en una familia mixta rusa-ucraniana. Sus dos abuelos fueron depurados durante la época de Stalin y uno de ellos fue enviado al exilio en Siberia. Gorbachov estudió Derecho en la prestigiosa Universidad Estatal de Moscú, lo que hizo que fuera el primer dirigente soviético con un título universitario. Mientras estuvo allí se casó con la ucraniana Raísa Titarenko, licenciada en Filosofía que tuvo una gran influencia en la carrera de su marido. Y se afilió al Partido Comunista, que en 1970 le nombró jefe del partido en su ciudad natal y miembro del Comité Central del PCUS a la edad ridículamente joven de cuarenta años.

Diez años después, Gorbachov era miembro del Politburó gobernante. Su cartera era la de agricultura, y podría adivinarse que le dieron este cometido, a todas luces ingrato, al menos en parte para equilibrar el hecho

de que la rapidez de su ascenso como dirigente del partido no tenía precedentes. Pero entre etapa y etapa de su meteórica ascensión política, Gorbachov también encontró tiempo para hacer lo que los jóvenes de la URSS de las décadas de 1970 y 1980 anhelaban más que nada: ir al extranjero. En los veranos de 1977 y 1978, él y su esposa viajaron por Francia e Italia como turistas, visitando los lugares de interés pero también viéndose con gente corriente de un modo que pocos aspirantes a dirigente político habían hecho. Naturalmente, los Gorbachov pudieron hacer estos viajes porque el Estado confiaba en ellos; los soviéticos normales y corrientes solo en sueños podrían tener una oportunidad semejante. Pero aun así se preguntaban por lo que veían y por las razones por las que tenía tan poco impacto en la Unión Soviética. «Parecía –escribió Gorbachov más adelante–, que a nuestros ancianos dirigentes no les preocupaba especialmente nuestro nivel de vida innegablemente más bajo, nuestro modo de vivir poco satisfactorio y nuestro retraso en el campo de las tecnologías avanzadas.»[6]

Estas preocupaciones fueron precisamente las que los Gorbachov se propusieron abordar después de la elección de Mijaíl como secretario general. Gorbachov creía que la sociedad soviética necesitaba revitalizarse mediante la estricta supervisión del Partido Comunista. Era necesario restablecer la moral del pueblo y fortalecer su fe en el futuro. Al principio tenía pocas propuestas concretas y las que tenía las había tomado directamente del manual de estrategia de Andrópov: una campaña anticorrupción y una campaña contra el alcoholismo. Esta última, por cierto, no mejoró la popularidad del secretario general y le valió el apodo de «secretario general del Agua Mineral». «Había una cola muy larga para comprar vodka, y un tipo no pudo soportarlo más –decía uno de los chistes favoritos de Moscú–. "Me voy al Kremlin a matar a Gorbachov", dijo. Una hora después el tipo volvió. La cola seguía ahí y todos le preguntaron: "¿Mataste al secretario general?" "¿Matarlo?", respondió. "¡La cola para eso es mucho más larga que esta!"».

Para empezar, el estilo de Gorbachov era más importante que su sustancia. Era joven, enérgico y le gustaba que le vieran hablando con la

gente en la calle. Pero también era autoritario e impaciente. Cuando un representante del Ministerio de Finanzas señaló que una parte significativa de los impuestos procedían del consumo de alcohol, Gorbachov le interrumpió: «Lo que acabas de decir no es ninguna novedad. Todos nosotros sabemos que no hay nada que comprar con el dinero de la gente. Pero tu única propuesta es obligarla a beber. Así que date prisa en presentar tus ideas, que no estás en el Ministerio de Finanzas sino en la sesión del Politburó».[7]

Pero el Ministerio de Finanzas no era la única parte de la burocracia soviética que hacía perder la paciencia a Gorbachov. Los secretarios del partido y los ministros recibían multitud de cartas e instrucciones para que mejorasen su rendimiento y les amenazaban con sanciones severas si no lo hacían. Antes del Congreso del partido de 1986, depuró a muchos de los viejos dirigentes del Politburó y los sustituyó con su propia gente seleccionada entre la generación más joven. Gromyko, que al parecer había advertido de que Gorbachov tenía una sonrisa bonita pero dientes de acero, fue ascendido a presidente soviético, una función puramente formal. Su sustituto como ministro de Asuntos Exteriores fue el jefe del partido de la república soviética de Georgia, Eduard Shevardnadze, de orientación reformista. Shevardnadze compensaba su falta de experiencia en materia exterior con su dedicación a la organización del Partido Comunista. Para el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, como para muchos soviéticos que durante casi una generación habían esperado un líder dinámico y decisivo, el carácter autoritario del secretario general era fácil de aceptar. Y Shevardnadze aprendía rápido, era alguien a quien Gorbachov podía acudir con sus ideas para cambiar drásticamente la decadencia internacional de la Unión Soviética. Desde el mismo comienzo de su mandato, Gorbachov entendió que la URSS necesitaba reducir sus gastos en el marco de la carrera armamentista y del apoyo a los movimientos revolucionarios en el exterior. Pero quería hacerlo de un modo que no rebajara el estatus internacional de la Unión Soviética o su posición como superpotencia mundial. Gorbachov creía que la clave era lograr que la economía soviética volviera a funcionar. Y para que esto sucediera era inevitable algún tipo de cooperación con

Occidente. El secretario general dudaba de poder conseguir mucho con los estadounidenses. Ante sus colegas les calificaba de «nada serios». Pero tenía la esperanza de que los gobiernos europeos occidentales, tanto en su propio interés como en interés de la paz, se acercaran a la Unión Soviética. «La orientación europea de nuestras acciones diplomáticas, políticas y demás es sumamente importante para nosotros. En esto tenemos que ser mucho más coherentes y flexibles» que en el pasado, dijo Gorbachov.[8]

En Washington, Reagan esperaba reunirse con el nuevo secretario general. En una carta personal a Gorbachov, el presidente le invitaba a una primera cumbre y aludía, algo enigmáticamente, al «objetivo común de eliminar las armas nucleares».[9] Desde la operación Able Archer, Reagan había estado buscando formas concretas de conseguir que las negociaciones con los soviéticos sobre armas nucleares funcionaran. La amenaza de una guerra nuclear le preocupaba seriamente. Después de ver la ficción dramática de la cadena ABC, *El día después*, que representa la ciudad de Lawrence, Kansas, tras un ataque nuclear, Reagan mencionó que «le dejó muy deprimido».[10] En enero de 1984, en su discurso sobre el Estado de la Unión, Reagan se dirigió directamente a los soviéticos con este llamamiento: «Pueblo de la Unión Soviética, solo existe una política sensata, para vuestro país y el mío, para preservar nuestra civilización en esta era moderna: Una guerra nuclear no se puede ganar y nunca se debe hacer. El único valor de nuestras dos naciones al poseer armas nucleares es asegurarse de que nunca serán empleadas. Pero entonces, ¿no sería mejor eliminarlas del todo?».[11]

Gorbachov tenía algunas muy buenas razones para dudar de la sinceridad del llamamiento de Reagan. Pero le preocupaba el aumento de los gastos de defensa que el programa Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI, por sus siglas en inglés) provocaría en la Unión Soviética. También necesitaba tiempo para desarrollar sus iniciativas europeas, que, esperaba, separarían a Europa occidental de Estados Unidos por lo que consideraba una actitud bélica de Reagan hacia la Unión Soviética. Aunque apenas hubo avances en las negociaciones intermitentes que tuvieron lugar en Ginebra entre ambas partes sobre el tema de las armas nucleares, Gorbachov aceptó

una cumbre con el presidente estadounidense que se celebraría allí en noviembre de 1985. Sería la primera reunión entre los más altos dirigentes estadounidenses y soviéticos en seis años. Ninguna de las partes tenía grandes esperanzas en cuanto a resultados concretos.

La cumbre de Ginebra permitió a ambos dirigentes calibrarse mutuamente, si bien, como era de esperar, aportó muy poco en términos prácticos. Reagan, afable, alegre y a veces tedioso, hizo poco por impresionar a Gorbachov, que se fue con la impresión de que el presidente era rehén de sus asesores. La única vez que Reagan realmente se comunicó con él fue cuando se separaron. No se consiguió mucho en las cumbres anteriores, dijo Reagan. El presidente «insinuó que él y Gorbachov dijeran "Al diablo con el pasado" lo haremos a nuestra manera y algo lograremos».[12] Fue la expresión de las frustraciones de Reagan por el estilo negociador de los soviéticos que, en su opinión, era pesado y meticuloso en los detalles. Pero también era una indicación de que el presidente creía poder tratar con Gorbachov a nivel personal y obtener resultados.

Durante su primer año de mandato, Gorbachov se fue impacientando cada vez más porque no observaba ningún avance en la Unión Soviética. Había creído que al brindar un nuevo y estimulante liderazgo la población habría estado dispuesta a trabajar con más ahínco para conseguir resultados económicos con arreglo al plan. En cambio, el crecimiento económico soviético seguía atascado y la escasez era tan visible como antes. Preso de la impaciencia, Gorbachov la emprendió contra sus asesores. Si no podían darle resultados, les dijo, no solo le estaban fallando a él; le estaban fallando a la grandeza de la sociedad soviética. Durante el XXXVII Congreso del PCUS en la primavera de 1986, Gorbachov llamó a «un talante cualitativamente nuevo de la sociedad socialista soviética». Pero también advirtió a los delegados acerca de «los defectos de nuestras actividades políticas y prácticas, y de las tendencias poco favorables en la economía y en el ámbito social y moral».[13] Fue un modo de informar muy novedoso del secretario general del PCUS, que también utilizó el Congreso para subrayar su posición de liderazgo. Tras un año en el poder, Gorbachov había expresado, inequívocamente, sus planes a favor de la reforma.

Ya en sus primeras reuniones después de asumir la jefatura del partido, Gorbachov se refirió a la guerra de Afganistán como «una herida sangrante». Pero eso no significaba que hubiera renunciado a ganar la guerra asegurando el régimen comunista y haciendo regresar al Ejército Rojo victorioso. En las reuniones con sus generales durante el verano de 1985, Gorbachov les dijo que tenían un año para plantear una estrategia militar que funcionara de verdad para derrotar a la insurgencia islamista. Les autorizó a atacar a los muyahidines cerca de la frontera paquistaní, y a veces al otro lado, y acordó más apoyo aéreo y más armas para el Ejército comunista afgano. Pero también dejó muy claro que si la nueva estrategia más agresiva no funcionaba, entonces su propósito sería una retirada negociada de las tropas soviéticas, aunque los objetivos políticos de asegurar el régimen no se hubieran cumplido.

Un año después, la situación en Afganistán era tan confusa como cuando Gorbachov asumió el poder. La ofensiva soviética solo había llevado más sufrimiento a la población civil afgana, generado más refugiados para que los muyahidines los reclutaran y causado una gran cantidad de bajas en el Ejército Rojo. También provocó que Estados Unidos, China y Pakistán dieran un mayor apoyo a los insurgentes. En una jugada que dejó atónitos incluso a sus aliados británicos, la administración de Reagan suministró a los islamistas afganos unos sofisticados misiles portátiles tierra-aire, los Stinger, que tenían un alcance de 7.900 metros. Las operaciones aéreas soviéticas se habían vuelto más arriesgadas. Y no se vislumbraba una victoria del Gobierno sobre el terreno. En junio de 1986, Gorbachov dijo al Politburó que «tenemos que salir de allí».[14]

> GORBACHOV: Nosotros mismos nos metimos en este lío, no lo calculamos bien y nos expusimos en todos los aspectos. Ni siquiera éramos capaces de emplear nuestras fuerzas militares adecuadamente. Pero ha llegado el momento de irse... ¡Tenemos que salir de este lío!
>
> [MARISCAL SERGUÉI] AJROMÉYEV [jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo]: Después de siete años en Afganistán, no queda un solo kilómetro cuadrado que no haya pisado la bota de un soldado soviético. Pero en cuanto se van de un lugar, el enemigo regresa y lo restablece todo tal como estaba. Hemos perdido esta batalla. Ahora, la mayoría del pueblo afgano apoya

la contrarrevolución. Hemos perdido al campesinado, que no se ha beneficiado de la revolución en absoluto. El 80% del país está en manos de la contrarrevolución y la situación del campesino es mejor allí que en las zonas controladas por el Gobierno.[15]

En octubre de 1986, Gorbachov se reunió con Reagan en una cumbre en Reikiavik. Fueron los soviéticos quienes en un principio propusieron el encuentro como una reunión para preparar la visita de Gorbachov a Washington. Pero se convirtió en algo mucho más sustancial. Gorbachov había decidido hacer lo imposible por romper la dinámica de la carrera armamentista e impedir la militarización del espacio. Ofreció un acuerdo para eliminar de Europa *todas* las armas nucleares de alcance intermedio de las superpotencias, sin incluir las armas británicas y francesas. Propuso también un recorte del 50% en misiles intercontinentales. La condición era que los estadounidenses no pusieran en práctica de ninguna manera la SDI durante los siguientes diez años. Cogido de improviso, Reagan propuso, por propia iniciativa, un trato para eliminar todos los misiles balísticos en un plazo de diez años. Casi inmediatamente, Gorbachov sugirió eliminar todas las armas nucleares al cabo de una década.

Pero Reagan no cedería en lo tocante a la SDI.

[REAGAN:] Si hemos eliminado todas las armas nucleares, ¿por qué deberíamos preocuparnos del deseo de una de las partes de ponerse a salvo −por si acaso− de las armas que ya no tenemos ninguno de nosotros? Cualquier otro puede crear misiles [...] Puedo imaginarnos dentro de diez años reuniéndonos de nuevo en Islandia para destruir los últimos misiles soviéticos y estadounidenses [...] Para entonces seré tan viejo que ni siquiera me reconocerás. Y tú preguntarás sorprendido: «Oye, Ron, ¿eres tú de verdad? ¿Qué haces aquí?». Y lo celebraremos por todo lo alto...

GORBACHOV: No podemos aceptar lo que propones. Si accedes a prohibir las pruebas espaciales, firmaremos los documentos en dos minutos [...] Tengo la conciencia tranquila ante mi pueblo y ante ti. Hice todo lo que pude.

REAGAN: Es una lástima que tengamos que irnos así. Estábamos tan cerca de un acuerdo. Creo que de todas formas tú no querías alcanzar un acuerdo [...] No sé cuándo tendremos otra oportunidad como esta ni si nos reuniremos pronto.

GORBACHOV: Yo tampoco.[16]

Pero Reikiavik no fue un completo fracaso. El hecho de que los dirigentes soviéticos y estadounidenses pudieran negociar ahora fuera del marco establecido por una generación de conversaciones sobre control de armas, señalaba un futuro donde los conceptos más básicos de la Guerra Fría podían cambiar con mucha rapidez. La discusión, impulsada por la preocupación personal y política de ambos dirigentes de suprimir el riesgo de guerra nuclear, alertó también a sus ayudantes de que el conflicto soviético-estadounidense se estaba desplazando hacia una nueva fase con opciones reales de resolver puntos conflictivos importantes. Aunque la mayoría de los asesores de ambas partes se sintieron sumamente aliviados de que no se llegara a un desenlace nuclear tan radical, al menos no allí y en ese momento, todos entendieron que de ahí en adelante se encontraban en un territorio nuevo y totalmente desconocido sobre lo que podría ocurrir entre ambos bandos.

Parte de la razón del radicalismo de Gorbachov en Reikiavik era su deseo de una gran victoria en asuntos exteriores que sustentara sus iniciativas más radicales y novedosas en su país. A finales de 1986, Gorbachov y sus asesores habían estado trabajando en nuevas iniciativas de lo que llamaban la *perestroika* (reestructuración) y la *glásnost* (apertura). En el pleno del Comité Central de enero de 1987, el secretario general anunció que era necesaria una reestructuración fundamental de la economía soviética para superar los años de deterioro. La *perestroika*, dijo Gorbachov, era «una firme superación de los procesos de estancamiento, la eliminación de los factores que causan el atraso económico y la creación de una administración fiable y eficiente para acelerar el progreso social y económico de la sociedad soviética. El principal objetivo de nuestra estrategia es combinar los logros de la revolución científica y tecnológica con una economía planificada y poner en marcha todo el potencial del socialismo».[17]

Pero ¿en qué consistía exactamente la reestructuración? ¿Y cuánta apertura permitiría? En el Pleno de enero, Gorbachov habló de «libertad laboral y libertad de pensamiento en un país libre». Pero también defendió el pasado soviético y los logros del socialismo. Además, en el seno del

Partido Comunista, el Gobierno y en particular el sistema de planificación económica, había intransigencia y oposición directa a la reforma fundamental. Durante 1987 y 1988, Gorbachov y sus asesores más cercanos, Aleksandr Yakovlev −reformista y antiguo embajador en Canadá− Vadim Medvédev y Gueorgui Shajnazárov, empezaron a desarrollar una nueva estrategia para la economía soviética. En 1987, las empresas obtuvieron más autonomía para fijar sus propios objetivos de producción y para vender los excedentes directamente a los consumidores, pero también se hicieron responsables de equilibrar sus presupuestos. Al año siguiente, el Partido Comunista autorizó la propiedad privada de la industria en algunos sectores, alentó la fusión de empresas con compañías extranjeras y apoyó que el control sobre algunas empresas públicas pasara a los colectivos de trabajadores. Los críticos les acusaban de abandonar el comunismo. Gorbachov replicó que lo que hizo, y *solo* lo que hizo, salvaría el comunismo. Sencillamente, continuar como antes no era una opción.

Sin duda Gorbachov tenía algo de razón. Después de que los precios del petróleo cayeran dos tercios entre 1986 y 1987, la presión sobre la economía soviética aumentó. La apuesta de Gorbachov era que los nuevos tipos de empresas y las inversiones extranjeras harían crecer la economía, de modo que no fuera necesario recortar drásticamente el gasto público. Pero no era fácil evitar el pensamiento del pasado. Los elevados impuestos desanimaban a las empresas. La negativa de Gorbachov a aumentar los precios estipulados por el Estado de los alimentos y bienes de consumo fundamentales mantenía los anaqueles vacíos. El Banco Central seguía imprimiendo dinero para compensar la escasez en las finanzas públicas. Como consecuencia, la inflación aumentó y el mercado negro en las ciudades estaba cada vez más presente. Gorbachov se dio cuenta enseguida de que reformar el sistema soviético era una tarea descomunal.

Es probable que algunos de los planes de reforma debilitaran la economía soviética en lugar de fortalecerla. El Gosplán, el anterior y todopoderoso Comité Estatal de Planificación, fue reducido a solo «fijar las prioridades» en lugar de planificar la producción minuciosamente a nivel de fábrica. A finales de la década de 1980 esta era casi con toda seguridad una

reforma necesaria. Pero las prisas y la falta de preparación con la que se puso en práctica llevaron a la confusión y aumentaron la falta de interacción necesaria entre las unidades de producción para incrementar el rendimiento. A finales de 1988 la economía soviética estaba cambiando rápidamente. Pero no toda ella a mejor. Y nada de eso, hasta entonces, había contribuido a que los ciudadanos normales y corrientes se sintieran mejor de lo que se habían sentido antes.

La energía y el ansia de cambio de Gorbachov parecían no conocer límites. Su política de *glásnost* se proponía en un principio abrir a la crítica las prácticas anteriores a fin de estimular el apoyo a la *perestroika*. Pero pronto la disminución de la censura abrió las compuertas a las críticas de los principios comunistas y a las investigaciones de los crímenes del pasado soviético. Gorbachov seguía insistiendo en que las críticas tenían un límite y que solo deberían presentarse las ideas «constructivas». Pero en realidad hizo muy poco por limitar la avalancha de recriminaciones que los ciudadanos soviéticos tenían pendientes desde hacía muchos años. Creía que Jruschov había sido destituido porque no tuvo suficientes apoyos contra los conservadores del partido. Exponer las fechorías del pasado solo reforzaría su propia posición. Y para Gorbachov fue crucial pensar que era lo que había que hacer. Cuanto más aprendía acerca del verdadero contenido de la represión soviética, más le horrorizaba.

La prensa soviética se mostró prudente al principio, pero luego empezó a investigar a fondo los secretos del pasado. Se publicaron nuevos relatos de los horrores en los campos de prisioneros de la época de Stalin (ofreciendo a Gorbachov la ocasión de liberar a los últimos presos políticos que quedaban y de permitir que otros volvieran del exilio). Se habló abiertamente de las purgas de la década de 1930 como también de la lamentable falta de preparación de la URSS para resistir el ataque alemán de 1941. Pero algunos de los temas más delicados aún tardaron en aparecer. Los protocolos secretos del Pacto Mólotov-Ribbentrop, en el que los nazis y los soviéticos se repartían Europa oriental, no fueron reconocidos hasta 1989. Y hubo que esperar a 1990 para que se aceptara la responsabilidad soviética en la matanza de oficiales polacos en Katyn. El Gobierno

soviético, dijo entonces Gorbachov, «expresa su profundo pesar por la tragedia y la juzga una de las peores atrocidades estalinistas».[18] Pero para algunos soviéticos fue demasiado. En marzo de 1988, la profesora de química Nina Andreyeva escribió una carta a un periódico en la que deploraba las nuevas tendencias. «Hace poco –decía–, una de mis estudiantes me dejó perpleja al decir con toda franqueza que la lucha de clases era un concepto anticuado, al igual que el papel protagonista del proletariado.»[19] Andreyeva deseaba mantener los principios básicos del marxismo y muchos ciudadanos soviéticos, sobre todo en Rusia, estaban de acuerdo con ella.

Para Gorbachov era importante que él y el partido sirvieran a *todas* las repúblicas soviéticas y no solo a Rusia. Creyendo que algunas de sus reformas serían más populares en la periferia que en el centro, él y sus asesores más cercanos viajaron mucho por todo el país, incluido el Cáucaso y Asia central. Gorbachov también creía que la Unión Soviética debía transformarse en una verdadera unión federal de repúblicas iguales, y que esas repúblicas deberían tener el mayor autogobierno posible. Siguió diciendo a sus colegas de Moscú que la reforma, sobre todo la reforma política, solo podía garantizarse desde abajo, y que con el tipo de liderazgo adecuado se podría obtener mucho en las repúblicas y gracias a ellas. A finales de 1988 algunas de las repúblicas habían empezado a tener más protagonismo que en el pasado, tanto en apoyo a la reforma como respecto a sus propios intereses.

Dos sucesos totalmente imprevistos contribuyeron también a acelerar la reforma en la Unión Soviética. En abril de 1986 explotó el reactor número 4 de la central de energía nuclear de Chernóbil, en la frontera entre Ucrania y Bielorrusia, enviando cantidades ingentes de lluvia sumamente radioactiva a la atmósfera. El incendio consiguiente pudo controlarse gracias al esfuerzo heroico de los bomberos y del personal militar. Pero todo lo demás fue un fracaso. Las autoridades tardaron en evacuar a la población de la zona más afectada. Durante dos días los dirigentes soviéticos no dijeron nada sobre el accidente. Solo lo hicieron cuando se detectaron altos niveles de radiación en la lejana Suecia. El propio Gorbachov, que se había

mostrado extraordinariamente reticente al estallar la crisis, utilizó luego el ejemplo de Chernóbil como indicador de por qué la *glásnost* era necesaria en toda la burocracia soviética. Para los ciudadanos soviéticos, y para los europeos en general, fue un recordatorio brutal del terrible historial medioambiental de la URSS.

Un año después del desastre de Chernóbil, un adolescente alemán, Mathias Rust, se las ingenió para volar desde Helsinki a Moscú en una avioneta sin ser detectado y aterrizar en la plaza Roja sin encontrar resistencia. Para el Ejército soviético fue un desastre en materia de relaciones públicas. Gorbachov aprovechó la ocasión para jubilar a la mitad del Estado Mayor y ascender a personas de su confianza, como el mariscal Serguéi Ajroméyev, un general que pensaba, si es que hubo uno alguna vez. Pero la idea de que el Ejército Rojo había creado una fortaleza impenetrable perdió algo de lustre, sobre todo en Rusia. Más bien, los generales se convirtieron en el objetivo de un aluvión de chistes. Se decía que grupos de rusos merodeaban por los alrededores de la plaza Roja esperando el siguiente vuelo a Hamburgo. O que la plaza Roja debería cambiar de nombre y llamarse Sheremetevo 3, puesto que la nueva Terminal 2 del Aeropuerto Sheremetevo de Moscú ya se estaba desmoronando.

En Europa oriental la gente contemplaba incrédula el desarrollo del fenómeno Gorbachov. Para empezar, la mayoría de las personas dentro y fuera de los partidos comunistas creían que las reformas llevarían al fortalecimiento del poder soviético y por lo tanto a su influencia sobre otros países. Aun después de que el propio Gorbachov empezara a hablar abiertamente de la necesidad de que los dirigentes de Europa oriental reformaran sus propios países, indicando que dispondrían de un gran margen de actuación para elegir su propia senda, no le creyeron. Los europeos del Este ya habían visto antes periodos de liberalización soviética y sabían cómo habían acabado todos. Pero en 1987 se empezó a tomar conciencia, primero en los partidos comunistas, de que Gorbachov era algo completamente nuevo. Para los miembros del partido que querían la reforma, Gorbachov parecía la respuesta a sus sueños. Pero para los dirigentes que temían el cambio, la *perestroika* y la *glásnost* eran materia de

pesadillas. Cuando al secretario de prensa de Gorbachov, Gennadi Gerasimov, le preguntaron en Checoslovaquia cuál era la diferencia entre las reformas de Gorbachov y las de Dubček, en 1968, su repuesta fue «diecinueve años». Los comunistas contrarios a la reforma tenían mucho que temer.

Lo más importante para Gorbachov era integrar a los países de Europa oriental en una comunidad socialista europea más próspera que pudiera rivalizar con los logros que el secretario general veía en la Comunidad Europea occidental capitalista. Quería aprender de las prácticas de los países más avanzados, ante todo la RDA, en materia de tecnología y sus aplicaciones. Pero también era consciente de que todas las naciones de Europa oriental tenían un buen acuerdo económico fruto de la cooperación con la Unión Soviética, sobre todo en lo relativo a los precios de la energía y las materias primas fijados muy por debajo de los criterios internacionales. Gorbachov pensaba que la equidad suponía que los precios dentro de la comunidad económica comunista, COMECON, debían ser similares a los de los mercados internacionales y pagarse en divisas fuertes. Políticamente, los europeos del Este debían resolver sus problemas dentro del Pacto de Varsovia y el COMECON, si bien adhiriéndose a las políticas internacionales de la URSS. En 1986, Gorbachov dijo al dirigente de la RDA Erich Honecker que debía «hacer lo que considerase oportuno para ellos, al igual que nosotros hacemos lo que consideramos oportuno para nosotros. Lo mejor es que nos tengamos mutua confianza».[20] Pero el consejo del dirigente soviético era que los comunistas de Europa oriental necesitaban ampliar la base de su propio Gobierno, lo mismo que él intentaba hacer en su país.

Aunque todos los dirigentes del Bloque oriental defendían de boquilla las iniciativas soviéticas, en realidad la mayor parte de ellos trataban de aplazar cualquier cambio significativo el mayor tiempo posible. Sabían que no podían liberalizar sus regímenes sin arriesgarse a perder el control. Su esperanza era que la *perestroika* y la *glásnost* se postergaran o se controlaran en el interior de la URSS. La relación entre Gorbachov y Honecker se deterioró enseguida. Gorbachov estaba cansado de que el

dirigente germano oriental le recordara constantemente la necesidad de que la Unión Soviética apoyara a la RDA, y Honecker se quejaba también del tratamiento poco halagador a la RDA en los documentos soviéticos. Cuando Reagan, en un discurso en la Puerta de Brandeburgo en 1987, desafió al dirigente soviético a terminar con la división de Alemania −«Señor Gorbachov, derribe ese muro»−, Gorbachov se enfureció. Dijo a sus asesores que no permitiría que los estadounidenses fijaran su política europea. Pero aun así, su asistente más cercano en asuntos exteriores, Anatoli Chernyaev, escribió en su diario: «Siente en su corazón que el problema no se puede eliminar y que un día los alemanes se reunirán».[21]

Lo que realmente irritó a Gorbachov fue que la intransigencia germano oriental le impedía hacer lo que consideraba de verdad importante para la Unión Soviética, sobre todo en lo económico: acercarse más a la República Federal de Alemania y, a través de los alemanes, a Europa occidental. Gorbachov no había renunciado al viejo sueño soviético, en el seno de la Guerra Fría, de desvincular políticamente a los europeos de los estadounidenses. Pero a medida que aumentaban sus necesidades económicas, sobre todo comerciales y crediticias, sus prioridades empezaron a cambiar. Gorbachov era consciente de que la economía de la RFA era el motor de la Comunidad Europea y también el origen de buena parte del crédito que había llegado a Europa oriental. Como no creía que Estados Unidos fuera a ser fuente de asistencia económica, el pensamiento de Gorbachov se concentró cada vez más en la RFA y, tal vez a más largo plazo, en Japón.

Sin embargo, hubo que esperar hasta finales de 1988 para organizar un encuentro entre Gorbachov y el canciller alemán Helmut Kohl. La RDA fue un gran obstáculo; otro, que Kohl temía la influencia que pudiera tener Gorbachov en Europa occidental debido a su enorme popularidad allí. En 1986-1987, la «Gorbimanía» estaba en su apogeo. En la RFA, las encuestas de opinión mostraban que era, de lejos, la figura más popular de la política mundial, muy por delante de Reagan, Kohl y Thatcher. En 1986, Kohl había dicho que el dirigente soviético no era más que «un líder comunista moderno que entendía de relaciones públicas. Goebbels», añadió el

canciller sin tacto alguno, «[...] también era un experto en relaciones públicas»,[22] un comentario que no venía al caso y que enfadó mucho a Gorbachov.

Los contactos más estrechos que mantenía Gorbachov en Occidente era con los dos países que había visitado como turista hacía veinte años, Francia e Italia. Allí, los dirigentes habían experimentado la modernización y la integración política de sus propios partidos comunistas en la escena nacional y, por lo tanto, creían que podían contribuir a que la Unión Soviética participara también en el mundo de las relaciones internacionales. El dirigente italiano Giulio Andreotti y el presidente francés François Mitterrand estaban probablemente entre los políticos más cínicos de la Europa de posguerra, pero su experiencia y sus conocimientos se adaptaban al propósito de Gorbachov de aprender más sobre cómo funcionaba en realidad Occidente. También Margaret Thatcher era una interlocutora válida, aunque el secretario general no esperaba, en lo que se refiere a consejos útiles y apoyo, obtener mucho de la primera ministra, a quien la prensa soviética había apodado «la Dama de Hierro».

Sin embargo, Gorbachov era lo bastante realista como para entender que necesitaba concentrarse en las relaciones con Estados Unidos si tenía que lograr los dos avances que estaba buscando: el desarme nuclear y la reducción de la tensión militar, tanto en Europa como en el resto del mundo. A finales de 1987, el líder soviético viajó a Washington para asistir a su primera cumbre en suelo estadounidense. La finalidad oficial era firmar un tratado sobre la eliminación de la mayor parte de las fuerzas nucleares intermedias, los misiles SS-20 y Pershing, un grandísimo paso adelante en sí mismo para el control de armas. Pero la cumbre tuvo un alcance mucho mayor. Gorbachov contó a Reagan sus planes para democratizar el Gobierno de la URSS y le habló a las claras de sus dificultades. El presidente se quedó impresionado por su dedicación y su franqueza, y se sorprendió al oírle decir que la Unión Soviética esperaba retirarse totalmente de Afganistán en el plazo de doce meses (aunque los estadounidenses hicieron oídos sordos a la petición de Gorbachov de que dejaran de armar a los muyahidines). Ante todo logró la atención de Reagan cuando declaró que

«le gustaría trabajar codo con codo con el presidente para resolver los conflictos regionales». En sucesivas reuniones, los soviéticos y los estadounidenses se sentaron a discutir por primera vez sobre cómo podrían colaborar para reducir los conflictos en Indochina, en el sur de África y en Centroamérica.

Tras la cumbre de Washington, ambas partes empezaron a considerarse, al menos en cierta medida, socios en busca de soluciones para los problemas del mundo. No cabía ninguna duda de que los estadounidenses llevaban las riendas. Los soviéticos asumían a menudo las posturas de Estados Unidos o, como mucho, las mejoraban. Esto reflejaba un cambio auténtico del concepto soviético de los conflictos regionales así como un sentimiento de debilidad por su parte. Aunque al final de su presidencia estuvo sometido a una gran presión, Reagan no tenía nada parecido a los problemas a los que se enfrentaba Gorbachov en su país. Pero también el simple hecho de conocerse mejor dio resultados. Los contactos entre militares prosperaron y en ellos los generales descubrieron que algunos de sus peores temores no aparecían en la estrategia de la otra parte, o que algunos de sus procedimientos eran idénticos entre sí. Se empezaron a abandonar los estereotipos del enemigo, aunque seguía sin estar claro qué los sustituiría. En opinión de algunos aliados de ambos países, sobre todo los aliados soviéticos en África y Asia, parecía que el proceso se estaba desarrollando a una velocidad desconcertante y enervante.

Solo seis meses después de la cumbre de Washington, Ronald Reagan viajó a Moscú en lo que sería la primera visita de un presidente estadounidense a la capital soviética en sesenta años. Aunque ambas partes hicieron progresos en el control de armas y las relaciones bilaterales en general, el verdadero avance fue en el ámbito político. En un discurso en la Universidad Estatal de Moscú, retransmitido en directo por la televisión soviética, Reagan elogió la nueva relación entre las dos partes. Ahora eran socios y amigos, dijo. «La gente no declara las guerras –sostenía Reagan–, lo hacen los gobiernos. Y ninguna madre estaría dispuesta a sacrificar a sus hijos por ganar territorio, por beneficio económico, por ideología. Una persona que puede elegir libremente siempre elegirá la paz.»[23] Mientras

atravesaba la plaza Roja, un reportero le preguntó si seguía creyendo que la Unión Soviética era el imperio del mal. Reagan dijo: «No. Usted está hablando de otros tiempos, otra época».[24] Puso su brazo sobre el hombro de Gorbachov y anunció que «hay buena química entre nosotros».[25]

Sin embargo, la disposición de Reagan a aceptar el lado soviético no se extendió a los conflictos regionales. Cuando Gorbachov intentó explicarle que la política en los países musulmanes estaba pasando de las confrontaciones de la Guerra Fría al riesgo de los nuevos regímenes fundamentalistas, Reagan se negó a escuchar. Gorbachov destacaba los peligros que existían en Afganistán pero, siguió diciendo el secretario general con cierto alivio, «Afganistán es ahora cosa del pasado. Hemos alcanzado nuestro acuerdo. Deshagamos el nudo de Afganistán y usémoslo como base para deshacer otros nudos regionales». «La Unión Soviética –dijo Gorbachov–, estaba dispuesta a actuar con Estados Unidos, pero no parece que Estados Unidos tenga interés ni voluntad para trabajar en colaboración.»[26]

Gorbachov tenía razón en que Afganistán no sentó un buen precedente para la cooperación con Estados Unidos en el marco de los conflictos regionales. En abril de 1988, paquistaníes y afganos habían firmado los Acuerdos de Ginebra avalados por la URSS y Estados Unidos. Todas las partes prometían respetar los principios de soberanía y no interferencia, y los soviéticos declararon que retirarían sus tropas no más tarde de mayo de 1989. Cualquier arreglo interno se dejó al criterio de los propios afganos. Washington se negó a dejar de armar a los muyahidines y simplemente señaló que «si la Unión Soviética actúa con moderación a la hora de proporcionar asistencia militar a los partidos de Afganistán, Estados Unidos también actuará con moderación».[27] El acuerdo fue una farsa que permitió que la Guerra Civil afgana continuara como antes sin la presencia de las tropas soviéticas. Aun así, para Gorbachov fue una especie de victoria: le permitió traer a los soldados a casa y poner punto final al fiasco de Afganistán. La retirada se completó el 15 de febrero de 1989, tres meses antes de la fecha límite.

Los partidarios de Gorbachov esperaban que el acuerdo afgano, si pudiera llamarse así, y el abrazo público de Reagan al líder soviético en Moscú, darían al secretario general una cierta tranquilidad a la hora de tratar los asuntos internos. Ese no fue el caso. A finales de 1988 y comienzos de 1989 los problemas parecían estar alcanzando su máximo nivel en el ámbito interno, con escasez de alimentos en las ciudades y un malestar político creciente en algunas de las repúblicas. Gran parte de la insatisfacción se concentraba en el propio Gorbachov. Mucha gente pensaba que había prometido mucho y cumplido muy poco. Algunos ya se habían olvidado de que solo unos años antes expresar abiertamente tales sentimientos podría haberles costado la cárcel o algo peor. Ahora, las reformas parecían estar amenazadas porque el Estado soviético se estaba resquebrajando.

El único dirigente que parecía no dejarse desanimar por estas dificultades era el propio Gorbachov. Pasó una buena parte del invierno 1988-1989 pensando en la reforma política y la descentralización del poder hacia las repúblicas. En marzo de 1989, la Unión Soviética celebró sus primeras elecciones a un nuevo Parlamento, el Congreso de los Diputados del Pueblo, que resultaron muy reñidas. El PCUS ganó en la mayoría de las circunscripciones, muchas veces por métodos dudosos, pero los independientes obtuvieron más o menos el 20% de los escaños. Uno de ellos fue Andréi Sájarov, el físico disidente y ganador del premio Nobel de la Paz que había sido liberado del exilio interno hacía solo dos años. Otro fue Borís Yeltsin, un antiguo jefe del partido en Moscú y miembro del Politburó que en 1987 había amenazado con dimitir como protesta por la lentitud de las reformas y en consecuencia Gorbachov le había echado. El monopolio del partido en el poder se había roto. Y la ruptura la había diseñado el hombre que era secretario general del Partido Comunista y líder supremo del país.

Durante su primer año en el cargo, Mijaíl Gorbachov había intentado rediseñar el mapa político dentro y fuera de la Unión Soviética. En su opinión, la Guerra Fría ya no tenía sentido, al menos en su formato clásico de confrontación mundial y falta de interacción. Su punto de partida fue marxista-leninista, o más bien marxista *y* leninista. Creía en los análisis

materialistas pero también en la capacidad de una minoría determinada para actuar en nombre de la sociedad en su conjunto. Y le parecía que la URSS necesitaba adoptar algunas de las prácticas de Occidente para conservar y desarrollar el socialismo soviético. Gorbachov creía que aprender y adaptarse no era un signo de debilidad, sino una fuente de fortaleza. Sus dotes de liderazgo y la autoridad del Partido Comunista harían que la *perestroika* fuera un éxito.

Ocurrieron tres cosas a nivel interno que dieron al traste con el proyecto de Gorbachov. La economía soviética empeoró, en parte debido al trastorno producido por unas reformas inciertas. La gente de todo el país empezó a volverse en contra de las estructuras jerárquicas del partido, y un número considerable de dirigentes, entre ellos algunos de los asesores cercanos de Gorbachov, empezaron a perder la fe incluso en los principios básicos del socialismo. El secretario general estaba atrapado entre los conservadores del partido, que deseaban estabilidad y control político, y los que estaban dispuestos a abandonar el partido para seguir sus propios planes de futuro para sus países y para sí mismos. El propio Gorbachov deseaba reformas políticas, económicas y legales, pero sin tirar por la borda las conquistas del socialismo soviético. Su objetivo, expresado abiertamente, era un Estado gobernado por la ley en el que no se eliminaba el poder del partido sino que se limitaba. En octubre de 1988, Gorbachov dijo al Politburó que «la reorganización del aparato está asociada a la formación de un Estado de derecho [...] Toda la estructura de nuestra sociedad y nuestro Estado debe trabajar sobre una base legítima, es decir, dentro de los límites de la ley. Nadie tiene derecho a sobrepasar los límites de la ley, a infringir la ley. Y el infractor más importante [...] está aquí sentado, a esta mesa: el Politburó, y también el Secretariado, del Comité Central».[28]

En política internacional, Gorbachov se proponía superar la Guerra Fría y acercar la Unión Soviética a Europa occidental y en especial a la socialdemocracia europea. En conversaciones con el anterior canciller alemán Willy Brandt, entonces presidente de la Internacional Socialista, y con el presidente del Gobierno socialista español, Felipe González, reconoció que «hablar con vosotros es al mismo tiempo fácil y difícil para

nosotros. Fácil porque el nivel de comprensión mutua nos permite, hablando de cualquier tema, comunicarnos abiertamente como amigos. Pero es difícil porque no podemos tratar los problemas por encima con frases generales [...]». «Tal vez –dijo el secretario general a Willy Brandt en 1989– ha llegado el momento de considerar qué es preciso hacer para superar el cisma de 1914».[29] Gorbachov contemplaba sus políticas como parte de la antigua vinculación de Rusia con Europa, pero también como una reunión de socialistas que se habían dividido a causa de sus respuestas a la Primera Guerra Mundial en los albores del conflicto ideológico de la Guerra Fría.

Pero los planes de Gorbachov para una reordenación internacional iban más allá de Europa. En su opinión, desprenderse de la Guerra Fría significaba más que un regreso a los conceptos de los intereses de Estado, del tipo de los que habían existido a finales del siglo XIX antes de que la Guerra Fría quedase establecida. Su visión era la de un mundo mejor organizado en el que la ONU y los acuerdos internacionales generales regularan los asuntos globales e impidieran la clase de matanzas indiscriminadas en las que ambas partes habían participado con demasiada frecuencia en conflictos regionales durante la Guerra Fría. Dada la convicción de Estados Unidos de que el mundo en general se estaba orientando hacia los conceptos estadounidenses de libertad y prácticas de mercado libre, la visión de Gorbachov podría parecer ingenua. Pero constituía otro ejemplo llamativo de cómo, en el lapso de solo unos años, un dirigente enérgico había sido capaz de redefinir los ideales que representaban al Estado soviético y cómo debería entenderse su poder.

21

Transformaciones globales

En la década de 1970 y comienzos de la de 1980 el mundo había cambiado muchísimo, y al final de esta última década cambió aún más. Las nuevas tecnologías empezaron a transformar la manera de obtener información, hacer negocios o pensar en el futuro de mucha gente. Se divulgaron nuevas formas de prácticas económicas centradas en el capital y la inversión. Los nuevos centros de producción industrial, sobre todo en Asia, empezaron a adoptar algunas de las funciones que habían desarrollado Europa y Norteamérica durante más de un siglo. Y como ya hemos visto en la Unión Soviética, también las ideologías políticas empezaron a cambiar, primero lentamente pero después cada vez a mayor velocidad. Cuando la Guerra Fría llegó a su fin, el mundo ya había cambiado de un modo que el conflicto ideológico global dejó de ser relevante para mucha gente, mientras que otros conflictos −étnicos, religiosos, nacionalistas o económicos− adquirieron más importancia.

Estas transformaciones globales de finales del siglo XX entrañaron muchas cosas al mismo tiempo. En Norteamérica y Europa significaron la difusión de prácticas de mercado con menos cargas debidas a las prestaciones sociales. Por consiguiente, cuando aumentó la difusión de estas prácticas a países en los que hasta ahora habían desempeñado un papel menor a favor del individuo −Oriente Medio, India, China, el sudeste asiático− las presentaron como inflexibles e imparables: la línea más dura del capitalismo. La increíble difusión de la información a través del cine y la televisión, incluidas las retransmisiones de noticias internacionales y las conexiones vía satélite, ponían a la gente frente a vidas de alternativas y

opulencia de un modo que pocos habían visto antes. Obviamente, para la mayoría de la gente los estilos de vida de *Dinastía* y *Los vigilantes de la playa* eran literalmente inimaginables. Pero la difusión global de los programas matinales de televisión también ayudó a poner de relieve las vidas que vivían las personas de todo el mundo. Y en 1989 muchos deseaban una vida mejor para sí mismos y sus familias, más allá de lo que pudieran ofrecer los grandes proyectos socialistas y colectivistas.

La explosión de la información contribuyó significativamente a poner fin a la Guerra Fría, sobre todo en el sentido de que las prioridades de la gente cambiaron. Pero un público mejor informado no es siempre el más entendido. A veces, un brote súbito de información, que de manera inmediata y manifiesta contradice valores muy apreciados desde hace mucho tiempo, puede conducir al cinismo y a la insensibilidad. Asimismo, la ruptura de las estructuras sociales que los dirigentes autoritarios mantenían en su sitio, puede crear replanteamientos drásticos de objetivos tanto dentro de comunidades ya existentes como entre ellas. El mundo experimentaba todo esto −desde la Unión Soviética a Yugoslavia, a China y a Latinoamérica− mientras la Guerra Fría tocaba a su fin. Aunque el término de la Guerra Fría global facilitó la resolución de viejas confrontaciones, dio lugar también a nuevas formas de tensión a nivel mundial.

Los cambios globales de la década de 1980 contribuyeron a la crisis general de los países socialistas. No fue simplemente una crisis en Europa occidental, fue mundial, en el sentido de que los nuevos países socialistas como Nicaragua, Etiopía, Mozambique o Vietnam, también se vieron sometidos a una presión tremenda para que modificaran o abandonaran sus políticas. Como ya hemos visto, parte de esto fue el resultado de la ofensiva antirrevolucionaria internacional de la administración de Reagan. Pero la crisis era más profunda que eso. Y en muchos aspectos los cambios iniciales en los países socialistas del hemisferio sur *precedieron* a los cambios que tuvieron lugar en Europa oriental. China es, desde luego, el gran ejemplo. Pero incluso los países que estaban alineados con la Unión Soviética a comienzos de la década de 1980 empezaron a introducir incentivos y

mercados en sus economías. Mozambique es un caso ilustrativo. En 1982-1983 se autorizó la empresa privada a pequeña escala. En 1986, el país firmó un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional (FMI) y, a cambio de préstamos e inversiones, privatizó las industrias más importantes, redujo el gasto público y liberalizó el comercio así como la economía en general. Ya en 1981, el Gobierno de Vietnam había empezado a liberalizar el comercio y la producción agrícola. En 1986, antes de que se produjeran los cambios más importantes en la URSS y Europa oriental, Vietnam introdujo el programa *«Doi Moi»* (renovación) que llevó los principios del mercado a gran parte de la economía.

Estos cambios hacia el mercado se produjeron al mismo tiempo que el centro de la actividad económica mundial empezaba a desplazarse desde los países del Atlántico Norte a los del este de Asia. Esta transición es un proceso largo que aún sigue su curso. Pero sus orígenes, al menos a gran escala, se remontan a la década anterior al fin de la Guerra Fría. El desplazamiento tuvo muchas causas. Una fue la difusión mundial del capital y la tecnología; otras, la evolución del transporte y los hábitos de consumo. La fácil explotación en Asia de una mano de obra abundante y razonablemente bien cualificada bajo regímenes autoritarios y favorables al mercado, también estimularon el desarrollo del capitalismo. Pero lo más importante fue tal vez que el acceso sin precedentes a los mercados de los países occidentales hiciera posible los modelos de crecimiento basados en la exportación. Y esto último fue una consecuencia directa de cómo se había librado la Guerra Fría en su etapa final, cuando Estados Unidos construyó alianzas cruciales con países asiáticos para mantener a raya a la Unión Soviética y sus aliados.

La enorme expansión de los mercados internacionales coincidió con la expansión del poder estadounidense a nivel mundial. Al contrario de lo que muchos habían pensado en la década de 1970 (y volverían a pensar en la de 2010), la reorientación de sectores clave de la producción industrial mundial fuera de Estados Unidos apenas perjudicó su papel central en los asuntos internacionales. Puesto que muchas de las ideas, prácticas, tecnologías y productos que se extienden por todo el mundo tenían un

origen *estadounidense*, parecía que Estados Unidos era más importante que nunca. Y el enorme aumento del déficit presupuestario llevado a cabo por la administración de Reagan, principalmente con fines militares, impulsó tanto el consumo interno como las inversiones extranjeras en Estados Unidos. Naturalmente, también reforzó la posición estadounidense como el país más poderoso, con mucho, en el ámbito militar.

Visto en retrospectiva, los beneficios económicos de la globalización para Estados Unidos destacan por ser algo puntual y no una tendencia general. Pero fue sumamente significativo debido a la oportunidad del momento: la magnitud de la hegemonía global estadounidense estaba en su punto álgido cuando la Guerra Fría llegaba a su fin. Esto, desde luego, es distinto que sostener que el poder de Estados Unidos, pura y simplemente, puso fin a la Guerra Fría. Pero obviamente las dos afirmaciones están relacionadas. Los mismos acontecimientos internacionales que debilitaron a los países socialistas e hicieron del este asiático un centro de operaciones para la nueva difusión del capitalismo también facilitaron la expansión de Reagan. Y fue esta expansión la que convenció a muchos, entre ellos antiguos enemigos, de que valdría la pena imitar las prácticas económicas estadounidenses sobre gran parte de los asuntos, desde el marketing a la gestión empresarial y a la (des)regulación financiera. Por consiguiente, dio la impresión de que las transformaciones globales al final de la Guerra Fría favorecieron a Estados Unidos de un modo que los antiguos dirigentes estadounidenses apenas podían creer que fuera factible.

Por irónico que parezca, la prueba más notoria de la importancia crucial de Estados Unidos podría encontrarse en China. Después de que el régimen maoísta hubiera hecho del antiamericanismo el elemento principal de su política exterior y hubiera roto con los soviéticos en buena medida debido al intento de Jruschov de estabilizar las relaciones con los estadounidenses, el propio Mao, hacia el final de su vida, empezó a cooperar con Estados Unidos para mejorar la seguridad de China. El dirigente chino Deng Xiaoping, sucesor de Mao, llevó la cooperación con los estadounidenses

mucho más lejos de lo que Mao jamás hubiera podido imaginar. Los propósitos de Deng eran sobre todo económicos. Creía que el atraso tecnológico de China la debilitaba y la convertía en la víctima idónea de la agresión soviética. Pero también deseaba elevar el nivel de vida del pueblo chino. Mientras su avión despegaba con destino a su primera visita a Estados Unidos en 1979, Deng daba instrucciones a sus asesores sobre lo que consideraba la lección más importante del siglo XX: «Quienquiera que trabaje con los estadounidenses ganará, mientras que aquellos que intenten oponérseles fracasarán».[1]

Deng Xiaoping había nacido en 1904 en una aldea del norte de la provincia de Sichuán. En su juventud había trabajado en Francia donde se afilió al Partido Comunista y posteriormente prestó servicio en el Comintern en Moscú. De regreso a China trabajó fielmente con Mao Zedong, si bien reconocía que algunos de los planes más recónditos del presidente le parecían difíciles de entender. Depurado dos veces por «derechista» durante la Revolución Cultural, Deng regresó con fuerza tras la muerte de Mao en 1976. Deng era un hombre vehemente con una ética de trabajo férrea a quien sus compañeros de trabajo en Francia habían apodado «pequeña guindilla roja», no solo porque apenas medía 1,52 metros de estatura y le gustaba la cocina picante de su provincia, sino también porque siempre tenía prisa, para sí mismo y para su país. En 1978 fueron arrestados los dirigentes de la izquierda maoísta, incluida la esposa del presidente, Jiang Qing, y China inició una nueva senda hacia la reforma económica.

Para empezar, Deng y sus asesores tenían algunas ideas claras sobre cómo cambiar China. Lo que sabían era que el pasado había sido un desastre, y esa conciencia común de lo mal que estaban las cosas era en cierto modo su arma más importante. En las décadas de 1960 y 1970 China, en lugar de situarse a la altura de las economías avanzadas, se había quedado cada vez más rezagada. Era como si todos sus esfuerzos, toda la intensidad de las campañas políticas, toda la voluntad de sacrificio por el bien común, en especial entre los jóvenes, no hubiera conducido a nada. En su visita a Estados Unidos, Deng vio una opulencia y una abundancia que casi escapaban a toda comprensión. Contaba a sus compañeros que no

podía dormir por la noche. Pensar en lo mucho que China tenía que hacer para salir del atraso le quitaba el sueño.

El punto fuerte de Deng para que China avanzara era su voluntad de experimentar. Y a diferencia de Gorbachov en Moscú diez años después, el dirigente chino tenía algo en lo que basarse más allá del plan. Al fragmentarse la autoridad comunista durante la Revolución Cultural, algunas comunas y colectividades laborales de las provincias del sur empezaron a introducir clandestinamente mecanismos de mercado en sus prácticas comerciales. No lo hacían tanto por ganar mucho dinero sino por pura supervivencia. Pensaban que si las campañas maoístas iban a volver necesitaban tener algo de lo que vivir. En la década de 1960 sus hijos habían muerto de hambre y estaban decididos a que no volviera a suceder. En 1974 algunas de estas unidades habían establecido contratos de trueque y acuerdos de crédito indirecto, así como distintas formas de servicios gratuitos. En zonas fronterizas algunas unidades se dedicaban al contrabando y al fraude monetario. Algunas comunas agrícolas permitían a las familias vender los productos que ellas mismas habían cultivado y quedarse con los beneficios.

Este mercado era la rebelión consciente contra un sistema que sencillamente no cumplía; era a pequeña escala y se podía borrar con facilidad. En los casos en que los inspectores o los fanáticos pillaban a los responsables, podían ir a la cárcel durante años. Pero cuando después de 1978 el Gobierno central empezó a experimentar lenta y tentativamente con los conceptos del mercado, estas personas estaban preparadas. Con otros que tenían ideas similares, los *getihu* (comerciantes particulares o, quizá mejor, empresarios no convencionales) empezaron a diversificar y a invertir. Después de 1981 muchas de sus actividades fueron legalizadas, aunque durante años parte de lo que hacían se situaba en una zona de dudosa legalidad. A la mayoría de ellos no les importaba con tal de que pudieran ganar dinero sin verse amenazados con la cárcel o la ejecución.

En Pekín, los dirigentes reformistas no adoptaban políticas pensando en estas personas, aunque los *getihu* representaban la clase de dinamismo que a algunos de ellos les gustaría ver más. Los proyectos de reformas de Deng

tenían tres objetivos principales: acceder a la tecnología moderna, aumentar la producción y mantener al Partido Comunista en el poder sin oposición. Estos objetivos constaban de distintas subsecciones. Deng deseaba aumentar las exportaciones (para ganar divisas fuertes) y fortalecer el Ejército (para protegerse contra un ataque soviético y mantener al partido en el poder). También quería descentralizar la toma de decisiones económicas. Uno de los blancos de las burlas de Deng eran los funcionarios de Pekín que ahora, a salvo de las convulsiones de la Revolución Cultural, simplemente añadían medio punto porcentual a la producción anual planificada.

Pero la senda de la reforma no era en absoluto sencilla. El partido estaba lleno de facciones y dividido políticamente. Como cabía esperar, muchos de los compañeros de Deng pensaban que los modelos para una China socialista había que buscarlos en la Yugoslavia o la Hungría socialistas, no en el Occidente capitalista. Autorizar la empresa privada fue especialmente difícil. El nombre chino del Partido Comunista, *Gongchandang*, significa literalmente «el Partido de la Propiedad Común». Bajo el mandato de Mao, los dirigentes del partido habían pasado años denunciando experimentos de mercado en otros países socialistas. Cambiar ahora por completo y aprobar tales prácticas en China era complicado. Pero Deng las llevó adelante. «Permitimos que algunas personas y algunas regiones progresen primero con el propósito de lograr una prosperidad común más deprisa», dijo a Mike Wallace de la CBS en 1986.[2]

La primera medida de Deng, además de autorizar las empresas privadas a pequeña escala en el sector del comercio y los servicios, fue eliminar la colectivización de la agricultura. Disolvió las comunas populares e introdujo un sistema de responsabilidad familiar. Eso significaba que a las familias se les asignaba una parcela de tierra de cuya producción debían entregar determinada cantidad al Estado, pero eran libres de comerciar privadamente con el excedente. La producción agrícola se disparó. Los agricultores empezaron a ahorrar dinero y algunas veces hacían un fondo común para crear pequeñas empresas en sus pueblos o en la ciudad más cercana. Las empresas de propiedad estatal podían vender los productos

excedentes y fijar ellas mismas los precios. La inversión extranjera se fomentaba en zonas económicas especiales en las que las empresas podían invertir libremente y recuperar sus beneficios siempre que estuvieran dispuestas a compartir sus conocimientos tecnológicos con las empresas chinas.

Si bien Deng era un experimentador audaz en política económica, tenía mucha menos seguridad en asuntos internacionales. Sabía que necesitaba unas buenas relaciones con Estados Unidos y vinculaba la política exterior china a la de Washington. Deng había hecho suya la opinión de Mao de que la Unión Soviética era una amenaza letal para China y creía que trabajar con los estadounidenses proporcionaba protección y también oportunidades económicas. Y Estados Unidos estaba encantado de ayudar. En opinión tanto de Carter como de Reagan, China era el aliado fundamental en la Guerra Fría, tan importante o más que Europa occidental o Japón. Al principio los estadounidenses se habían quedado horrorizados ante la pobreza y el subdesarrollo en China y ayudaron al crecimiento mediante préstamos, transferencias tecnológicas y acceso a los mercados internacionales. Si China iba a trabajar con Estados Unidos para presionar a la Unión Soviética, entonces su situación interna debía mejorar.

Los inicios de la expansión económica china, que posteriormente tuvo unas consecuencias trascendentales para la economía mundial en su conjunto, estuvieron por lo tanto íntimamente relacionados con el modo en que se libraba la Guerra Fría. A medida que el mercado se afianzaba en China y la economía en general empezaba a expandirse, también aumentaba la atracción de China por los métodos de producción, la gestión y el marketing occidentales, y en especial estadounidenses. A finales de la década de 1980, la sociedad china era ya un lugar muy distinto del escenario tedioso y aterrorizado que había sido una década antes. Algunas personas sufrían mientras las prestaciones sociales desaparecían, pero eran más las que querían aprovechar las nuevas oportunidades que ofrecían las reformas de Deng. Aunque el control de la mayor parte de la economía seguía en manos del Estado, y el Partido Comunista se negaba a renunciar a su monopolio en el poder, China había iniciado una transformación que

marcó una ruptura definitiva con los modelos de planificación socialista. Sus decisiones iban a influir poderosamente en otros países socialistas que deseaban un mayor crecimiento a través de su participación en la economía mundial.

Sin embargo, China no constituía el centro de atención principal de aquellos que en la década de 1980 buscaban modelos económicos para el futuro. En Japón, el país vecino, una economía ya desarrollada estaba experimentando unas tasas de crecimiento continuo de alrededor del 5%. A comienzos de la década, el científico social de Harvard, Ezra Vogel, sostenía que, en muchos aspectos, Japón ya era el país número 1 a nivel mundial. Japón, afirmaba, «se ha enfrentado a muchos de los problemas básicos de la sociedad postindustrial con más éxito que ningún otro país».[3] Comparando la influencia de los poderes mundiales ocho años después, el historiador de Yale, Paul Kennedy, veía a Japón «enormemente productivo y próspero, y cada vez más lo es más».[4] No costaba mucho deducir que, al menos en cierto modo, el futuro era de Japón.

El argumento de que Japón había logrado su extraordinaria posición a pesar de (algunos dirían debido a) no dar prioridad a los asuntos militares tuvo un peso enorme en los debates de la década de 1980. Daba a entender que lo que hacía progresar a los países a finales del siglo XX no era el poder militar sino los logros económicos. Suponía también que un proceso de crecimiento económico impulsado por las exportaciones no solo podría sacar a los países de la pobreza sino que podría ayudarles a superar a las principales potencias del mundo. En 1990, el PIB per cápita de Japón era mayor que el de Estados Unidos y casi siete veces superior al de la URSS. No es de extrañar que otros países quisieran aprender del modelo japonés.

Una de las razones principales por las que Japón podía concentrarse en su propio crecimiento económico era, por supuesto, que Estados Unidos no solo le protegía a nivel militar sino que también le había facilitado su acceso a los mercados internacionales, sobre todo al suyo propio. Y aunque la administración de Reagan había expresado públicamente su descontento con las prácticas comerciales de Japón, tenía mucho cuidado en no dejar que los temas económicos pusieran en peligro la estrecha alianza entre los

dos países. Esto se dio especialmente después de que Nakasone Yasuhiro se convirtiera en primer ministro japonés en 1982. Nakasone deseaba mantener la alianza con los estadounidenses, pero era más nacionalista tanto en materia política como económica que sus antecesores del Partido Liberal Democrático. Quería mejorar las relaciones de Japón con China y el resto de Asia continental entre otras razones para mejorar también las perspectivas de las exportaciones japonesas si el mercado de Estados Unidos resultara ser menos abierto en el futuro. En 1987 Japón era el socio comercial más importante de China y el segundo mayor inversor extranjero después de Estados Unidos. Japón tenía también una importancia extraordinaria para China por su condición de proveedor de préstamos y tecnología. No es de extrañar que Deng Xiaoping subrayara la importancia de las relaciones cuando se reunió con Nakasone. «Las relaciones de amistad históricas entre Japón y China deben continuar en el siglo XXI y luego en los siglos XXII, XXIII, XXXIII y XLIII –dijo Deng–. En la actualidad, Japón y China no tienen problemas urgentes. El desarrollo de las relaciones entre Japón y China en el siglo XXI es más importante que todos los demás asuntos.»[5]

Pero en la década de 1980 Japón y China no fueron las únicas economías que crecieron. Lo más impresionante fue el crecimiento de los «pequeños tigres» del este y el sudeste asiáticos. En 1987, el PIB per cápita de Hong Kong creció un 12,1%; el de Corea del Sur, un 11,2%; el de Taiwán, un 11%, y el de Singapur, un 9,1%. Todos ellos tenían economías de mercado y un crecimiento industrial basado en las exportaciones, con un fuerte elemento de intervencionismo estatal. Dicho de otro modo, se parecían un poco a Japón (aunque todos ellos eran diferentes a su manera), pero eran muy distintos a las economías de planificación centralizada del mundo socialista. Los economistas no esperaban que los pequeños tigres tuvieran buenos resultados en el marco de la competencia internacional; tenían pocos recursos y estaban muy lejos de la mayoría de sus mercados. Sin embargo, en la década de 1970 se hallaban en posición de aprovechar los cambios que se iban a operar en la economía global la década siguiente. Todos tenían poblaciones bien instruidas, costes de producción bajos y

empresas ambiciosas y bien gestionadas. Sus empresarios ya tenían contactos comerciales en Estados Unidos y Europa occidental, con los que sus países se habían aliado en la Guerra Fría. Los pequeños tigres estaban bien situados para expandirse.

Los pequeños tigres grandes, Corea del Sur y Taiwán, también se beneficiaron en gran medida del clima de estabilidad social y política que el éxito de las transiciones a la democracia había creado. Hasta el final de la Guerra Fría ambos habían sido dictaduras militares apoyadas, al menos indirectamente, por Estados Unidos. Miles de personas habían muerto en la lucha por los derechos democráticos. Pero a medida que la Guerra Fría declinaba y la tensión internacional en la región disminuía, tanto Corea del Sur como Taiwán avanzaron hacia gobiernos democráticos, la primera en 1987 y la segunda cuatro años después. Los propios regímenes iniciaron las transiciones, en parte porque creían que sus países serían más fuertes si eran más democráticos. Su apuesta de que la democracia crearía leyes e instituciones mejores dio buenos resultados. Ambos países están hoy día entre los más ricos del mundo.

A excepción de la ciudad-Estado de Singapur, el sudeste asiático no obtuvo demasiados beneficios de los cambios globales de la década de 1970. Una de las razones fueron las guerras que se estaban librando en Indochina, donde Vietnam pasó directamente de una guerra contra Estados Unidos a una guerra contra los Jemeres Rojos de Camboya. Ninguna otra parte del mundo sufrió más ni durante más tiempo como consecuencia de los conflictos de la Guerra Fría. Y su sufrimiento continuó en la década de 1980 debido principalmente a la estrategia de Reagan en el Tercer Mundo. En uno de los giros más perversos de la Guerra Fría, los vestigios del régimen genocida de los Jemeres Rojos, que luchaban contra el Gobierno de Camboya apoyado por Vietnam, sobrevivieron hasta 1991 gracias al respaldo de Estados Unidos y China. El principal objetivo de esta vil colaboración era devolver el golpe a Vietnam por su alianza con la Unión Soviética, pero para Reagan fue también un modo de decir a los chinos que lo de reprimir a los soviéticos sobre el terreno lo decía en serio. El resultado fue más miseria para los camboyanos y una guerra fronteriza no declarada

entre Vietnam y Tailandia desde donde operaba una buena parte de la oposición camboyana.

La amenaza que representaba un Vietnam fuertemente militarizado hizo que los países anticomunistas del sudeste asiático aunaran esfuerzos. La Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN por sus siglas en inglés), había sido creada en 1967 con el propósito de garantizar «su estabilidad y seguridad contra las interferencias externas de cualquier forma o manifestación a fin de preservar sus identidades nacionales de acuerdo con los ideales y aspiraciones de sus pueblos».[6] Pero en realidad esto supuso trabajar en estrecha colaboración con Estados Unidos contra lo que los dirigentes de estos países consideraban amenazas soviéticas y chinas. Sin embargo, en la década de 1980, Deng Xiaoping se las ingenió para dar un vuelco a los años de desconfianza entre China y los dirigentes conservadores del sudeste asiático. A medida que la interacción económica entre China y el sudeste asiático crecía, las relaciones diplomáticas también se hicieron más estrechas. En 1985 quedó claro que Vietnam se enfrentaba a una presión coordinada desde el norte y el sur para que se retirase de Camboya.

La respuesta de las autoridades vietnamitas a este desafío fue profundizar en las reformas internas y prepararse para poner fin a su presencia militar en los países vecinos. Incluso antes de que Gorbachov fuese elegido en la URSS, la nueva generación de dirigentes en Hanói se dio cuenta de que la Unión Soviética no sería de mucha utilidad a la hora de plantar cara a la presión extranjera. Las reformas *Doi Moi,* basadas en los experimentos de Deng en China pero más aún en la experiencia de los principales países de la ASEAN, liberalizaron la economía vietnamita a finales de la década de 1980 y dieron cabida a la empresa privada. En una jugada sin precedentes para un país comunista, Vietnam basó sus negociaciones para retirarse de Camboya en la necesidad de acercarse a la ASEAN. Las primeras reuniones se celebraron en Yakarta, y en 1989 los vietnamitas habían dejado claro que se retirarían unilateralmente con independencia de las disputas entre las diversas facciones camboyanas. En septiembre de 1989 todas las fuerzas vietnamitas se habían marchado. En

1992, Vietnam tenía un Tratado de Amistad y Cooperación con la ASEAN y había normalizado sus relaciones con China.

A comienzos de la década de 1980, India empezó a alejarse más de la Guerra Fría. Hay que admitir que siempre había sido un cliente incómodo en la mesa de la Guerra Fría, decidida a establecer sus propias reglas para sus relaciones internacionales. Pero desde la década de 1960 fue comprendiendo cada vez más que sus vínculos con la Unión Soviética eran importantes para su seguridad nacional. Cuando Indira Gandhi regresó al poder en 1980 empezó a aflojar poco a poco los lazos con Moscú. En parte fue una respuesta a la renovada intensidad de la Guerra Fría. Gandhi no quería que se considerase que India tenía demasiadas ataduras con la URSS cuando las cosas se caldearan. A pesar de su aversión al islamismo y de su simpatía por los propósitos de reforma seglar del Gobierno comunista afgano, le inquietaban los efectos de la invasión soviética. En particular, la primera ministra india mostraba su preocupación por el apoyo sin precedentes de Estados Unidos a Pakistán que provocó la invasión. En sus encuentros con el presidente Reagan en 1982, Gandhi se esforzó en subrayar que India anhelaba unas buenas relaciones con Estados Unidos y que deseaba que los soviéticos se retiraran de Afganistán.

Pero el nuevo reequilibrio de las relaciones exteriores de India tropezó con la insistencia de Reagan en suministrar una ayuda militar cada vez más avanzada a Pakistán. Tras el asesinato de Indira Gandhi en 1984, el nuevo primer ministro, su hijo Rajiv Gandhi, empezó a considerar que Gorbachov era la respuesta a los dilemas de la política exterior india. Aquí había un nuevo dirigente soviético que restaba importancia a las estrictas cuestiones ideológicas y situaba el desarrollo económico en el centro de su programa de política exterior. Rajiv Gandhi vio antes que la mayoría algunas de las transformaciones que se estaban produciendo en la economía mundial y quería que India pasara por su propia *perestroika*, dejando más espacio a los mercados, la iniciativa privada y la globalización económica. Creía que Gorbachov era un espíritu afín. La Declaración de Nueva Delhi que ambos firmaron en 1986 muestra que la influencia india era mayor que la soviética:

1. En la era nuclear, la humanidad debe desarrollar un nuevo pensamiento político y un concepto nuevo del mundo que proporcione garantías firmes para su supervivencia.

2. El mundo que hemos heredado pertenece a las generaciones presentes y futuras por igual −por eso debemos dar prioridad a los valores humanos universales.

3. La vida humana debe ser reconocida [como] el valor supremo.

4. La no violencia debe llegar a ser la base de la coexistencia humana.[7]

Aunque puede que Gorbachov y Gandhi tuvieran razón en que la abolición de la Guerra Fría habría conducido a un mundo más pacífico, otros sucesos en Asia no apuntaban en esa dirección. La guerra que estalló entre Irán e Irak en 1980 fue denominada la primera guerra posGuerra Fría, y esto es correcto por lo que se refiere a la falta de motivos ideológicos. El motivo del ataque iraquí sobre Irán fue en gran medida la perspectiva de una anexión territorial y el temor a una confabulación iraní con la minoría chií musulmana de Irak. Los soviéticos, que habían sido un gran apoyo de Sadam Husein, dijeron a los iraquíes que ellos no veían mucho sentido ni significado a la guerra. Moscú temía que el ataque iraquí empujara a Irán nuevamente a los brazos de Estados Unidos. Por otra parte, ninguno de los dos contendientes entusiasmaba a la administración de Reagan, si bien le preocupaban más las perspectivas de la expansión iraní que cualquier cosa que estuviera haciendo Saddam. Se dice que un funcionario de la administración dijo bromeando que era una pena que ambas partes no pudieran perder. Entretanto, la guerra se convirtió en una especie de conflicto religioso en el que los árabes suníes luchaban contra los persas chiíes. Casi un millón de personas murieron en un combate innecesario y sin propósito, en el que ambas partes se turnaban para llevar la ventaja y los únicos que prosperaban eran los fabricantes de armas europeos y asiáticos.

El lento final de la Guerra Fría no llevó más que miseria a Oriente Medio. En un principio, la situación en África era muy similar, pero finalizó con algunos rayos de esperanza. Desde la década de 1960 el intervencionismo de las superpotencias, los proyectos de la supremacía racial europea y los conceptos erróneos del desarrollo moderno, habían causado estragos en el continente. Esta situación continuó durante buena parte de la década de 1980. En África meridional el régimen supremacista

de Sudáfrica seguía luchando contra sus vecinos y oprimiendo a la mayoría negra. Estados Unidos ayudaba al régimen a sobrevivir gracias al comercio y las inversiones, y oponiéndose a las sanciones internacionales. En Zaire (actual República Democrática del Congo), Mobutu continuaba la explotación desenfrenada de su pueblo, apoyado por Washington, en una alianza típica de la Guerra Fría. Y en Etiopía, los militares del Dergue se aferraban a su proyecto de transformación socialista ayudados por la URSS, mientras lentamente su país se hacía pedazos a su alrededor. Las dictaduras militares abundaban en otras partes. En 1979, el teniente Jerry Rawlings tomó el poder en Ghana a la edad de treinta y dos años. Doce meses después, el sargento mayor Samuel Doe hizo lo propio en Liberia a los treinta y nueve años. No era un bonito panorama.

En África meridional la situación era especialmente grave. Después de su debacle en Angola en 1975-1976, donde fue derrotado por una combinación de fuerzas locales y cubanas, el régimen del *apartheid* de Sudáfrica se retiró a las zonas que controlaba militarmente. El nuevo primer ministro, P. W. Botha, era un ideólogo racista que creía que la Sudáfrica blanca estaba mejor cuanto menos contacto tenía con el resto del continente. En su opinión, el *vesting Suid-Afrika* (la fortaleza de Sudáfrica) era lo importante, no lo que sus defensores denominaban despectivamente «civilizar a los negros de otras partes». En 1979, Botha ayudó a los británicos y los estadounidenses a instar al régimen de los colonos blancos de Rodesia a aceptar el Acuerdo de Lancaster House, por medio del cual el país se convirtió, en 1980, en Zimbabue con un Gobierno de la mayoría. Supusieron que el ganador de las elecciones, Robert Mugabe, estaba más decidido a instaurar su propio poder que a ponerlo en peligro a causa de cualquier tipo de cooperación con la Unión Soviética. El tiempo les dio la razón.

En la década de 1980, y en otro orden de cosas internas y externas, la Guerra Fría cobró cada vez más importancia en África meridional. Botha consideraba su Gobierno esencialmente anticomunista. Su argumento para aferrarse a la ficción de las tierras natales «independientes» para los negros dentro de Sudáfrica era que un Gobierno de la mayoría supondría una

victoria del Congreso Nacional Africano (CNA) de Nelson Mandela, en coalición con el Partido Comunista sudafricano. Sudáfrica seguía ocupando el país vecino, Namibia (conocido también como África del Sudoeste) a pesar de las innumerables resoluciones de las Naciones Unidas exigiendo su retirada. Mientras tanto, Botha intensificaba su política de desestabilización en los países vecinos de Angola y Mozambique con el pretexto de que estaban aliados con la Unión Soviética y daban refugio a los exiliados del CNA. El Ejército sudafricano llevó a cabo cientos de incursiones dentro del territorio de los países vecinos con el propósito explícito de matar a los líderes de la resistencia del CNA y a los soldados de la Organización Popular de África del Sudoeste (SWAPO por sus siglas en inglés). El sur de África parecía un polvorín a punto de estallar.

Además de la propia Sudáfrica, Angola era el punto central de la Guerra Fría en África. El Gobierno del Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA), que en 1975 había tomado el poder con ayuda de Cuba, tenía una estrecha relación con La Habana y Moscú. Aunque el régimen sudafricano parecía preparado para vivir con esa realidad, el apoyo de la administración de Reagan a la oposición angoleña hizo que estallara allí la Guerra Civil. El líder de la oposición, Jonas Savimbi, del movimiento UNITA (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola), era uno de los paradigmas de la ofensiva antirrevolucionaria de Reagan en el mundo poscolonial. En 1984, los guerrilleros de Savimbi recibían dinero, armas y entrenamiento de la CIA. Un año después Reagan decía esto a sus asesores: «Queremos que Savimbi sepa que se acerca el calvario».[8] En 1986, los estadounidenses suministraron al UNITA cincuenta misiles tierra-aire Stinger. El hecho de que el UNITA estuviera aliado con los sudafricanos y fuera responsable de violaciones masivas de los derechos humanos en las zonas que controlaba, no era de la incumbencia de Reagan. Lo importante era utilizar el conflicto para instar aún más a los soviéticos y cubanos a abandonar África.

P. W. Botha se había mostrado reacio a participar en la renovada Guerra Civil. Abrigaba la idea de desestabilizar el régimen de Luanda, pero le preocupaba confiar en los estadounidenses o involucrar a muchas de sus

tropas. Lo que inclinó la balanza fue el aumento del conflicto en la Namibia controlada por Sudáfrica. Para aliviar la presión que soportaba, el Gobierno de Angola había autorizado a los guerrilleros de la SWAPO a aumentar los ataques sobre su país desde territorio angoleño. En 1987, Botha decidió dar una lección al MPLA, mientras ayudaba al UNITA, que estaba a la defensiva a pesar de la reciente asistencia de Estados Unidos. La invasión sudafricana se convirtió pronto en un callejón sin salida. En la batalla de Cuito Cuanavale −la mayor intervención militar desde la Segunda Guerra Mundial− las tropas cubanas y angoleñas mantuvieron su posición ante el avance de las fuerzas sudafricanas. Dentro de Sudáfrica la opinión pública se volvió en contra de la guerra, sobre todo después de que Botha tuviera que llamar a las reservas a principios de 1988. Incluso los sudafricanos blancos opinaban cada vez más que el régimen de Botha no ofrecía más que guerra, inestabilidad interna y un aislamiento internacional continuo.

A muchos observadores, tanto en África como en otros sitios, les extrañaba que la administración de Reagan siguiera avivando las llamas de la guerra en el sur de África mientras hablaba de paz en Moscú con los soviéticos. En cierta medida, esta diferencia de políticas era el resultado de auténticas divisiones en el seno de la administración, donde funcionarios clave del Departamento de Estado presionaban para emprender negociaciones y acabar con los conflictos regionales mientras los miembros del personal del Consejo de Seguridad Nacional (NSC, por sus siglas en inglés) seguían dando mucha importancia a las operaciones encubiertas en apoyo de los anticomunistas. Pero es poco probable que el presidente mismo lo percibiera como una división política. Obligar a los soviéticos y cubanos a salir de África había sido siempre un objetivo fundamental. En su opinión, Gorbachov solo podría ser socio de Estados Unidos si aceptaba retirarse completamente de África, Asia y América Latina. El planteamiento de Reagan era maximalista: quería beneficiarse lo más posible de la debilidad soviética cuando se presentara la oportunidad.

Después de Cuito Cuanavale, todas las partes del conflicto de Angola empezaron a acercarse poco a poco a una solución negociada. La mejora de las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética desempeñó un

papel decisivo. Ambas partes incitaron a sus aliados a lograr un acuerdo. En el lado estadounidense, el Congreso presionaba cada vez más a Reagan y ya había impuesto sanciones generales a Sudáfrica en contra de los deseos del presidente. Los dos diplomáticos encargados de coordinar la cooperación soviético-estadounidense en África, Chester Crocker y Anatoli Adamishin, también se llevaban bien personalmente. Según Adamishin, Crocker jugó «un papel brillante».[9] En diciembre de 1988 las partes alcanzaron un acuerdo vinculado a la retirada cubana de Angola y la independencia de Namibia.

El acuerdo para África meridional fue un punto decisivo para acabar con el conflicto de la Guerra Fría en el Tercer Mundo. Desde luego, no hubiera sido posible sin los años de esmerada labor a través de la ONU y en la opinión pública internacional de aquellos que se oponían al régimen del *apartheid*. También hubiera sido poco probable de no ser porque los poderes militares cubano y sudafricano en Cuito Cuanavale eran equiparables. Pero en esencia simbolizaba el compromiso de Gorbachov de retirarse del Tercer Mundo. «Personalmente no creo que vayan a implantar el socialismo en esta parte del mundo», reconocía Adamishin en la firma de los acuerdos. Fidel Castro estuvo de acuerdo con el proceso, en parte porque creía que Cuba había logrado lo que había buscado todo el tiempo en África meridional: seguridad para Angola e independencia para Namibia. Pero le molestaba el modo en que los soviéticos habían actuado sin contar con él, y expresó su inquietud en unas cartas a Gorbachov. El asesor principal de política exterior del líder soviético, Anatoli Chernyaev, fue mordaz:

> «El Barbas» [Castro] echó a perder la revolución y ahora está arruinando al país, que ha entrado en una espiral de desastre total. Es cierto que no cejará en su demagogia acerca del marxismo-leninismo ortodoxo e irá «hasta el final», ya que es lo último que puede utilizar para conservar su «halo revolucionario». Pero este halo ya es un mito [...] Nadie tiene en cuenta a Cuba en Sudamérica, ya no es un ejemplo de ninguna clase. El factor cubano ha decaído. ¿Una ruptura de las relaciones? […] solo le va a perjudicar a él. Solo ganaríamos nosotros y ahorraríamos 5.000 millones. ¿Alguien se va a quejar por eso? Sí, algunos sí: los dogmáticos y los disidentes del

«campo revolucionario» y de los partidos comunistas que se están extinguiendo y cuyo tiempo ha pasado.[10]

En contra del consejo de Chernyaev, Gorbachov decidió ir a Cuba a visitar a Castro en abril de 1989. Con el acuerdo del sur de África cerrado, ninguna de las partes encontraba útil reanudar sus diferencias sobre aquel acontecimiento. En cambio Castro, que sabía cuánto dependía su régimen de la ayuda soviética, tomó la iniciativa de hablar de una solución a la crisis de Centroamérica. Sabía que a Gorbachov le gustaría ver dicha solución, que era una de las preocupaciones fundamentales de la nueva administración de George H. W. Bush. Pero Castro también esperaba que Cuba pudiera desvincularse antes de que le dejaran solo apoyando a los sandinistas nicaragüenses y a sus aliados revolucionarios de Centroamérica mientras la ayuda soviética disminuía. Castro siempre se había mostrado escéptico acerca de las posibilidades de supervivencia de los regímenes de izquierda en Centroamérica sin algún tipo de acuerdo con Estados Unidos. A medida que la Guerra Fría retrocedía, el dirigente cubano tenía la esperanza de que pudiera alcanzarse un acuerdo semejante.

Desde los primeros años de la revolución, el Gobierno sandinista de Nicaragua había estado luchando por su supervivencia contra un ataque dirigido por Estados Unidos, que no solo armó, entrenó y equipó a los contrarrevolucionarios nicaragüenses (los Contras), sino que también intentó asfixiar económicamente al país impidiendo sus exportaciones. La razón aparente de la hostilidad estadounidense, tal como la presentó Reagan, fue el apoyo que prestaba Nicaragua a los guerrilleros de izquierdas del vecino El Salvador que luchaban contra los grupos militares y paramilitares de derechas. El Salvador −uno de los países más desiguales en lo social y más inestables en lo político de América Latina− probablemente habría conocido importantes disturbios aunque Nicaragua no hubiera apoyado a la izquierda. Pero Reagan utilizó la crisis de El Salvador para aumentar la presión sobre los sandinistas.

El problema de Reagan era que la intervención de Estados Unidos en Centroamérica distaba mucho de gustar a los estadounidenses, que estaban

cansados de tener un escenario similar al de Vietnam más cerca de su país. Una encuesta de 1984 mostraba que solo un 30% apoyaba la política de Reagan allí.[11] Las violaciones masivas de derechos humanos del Ejército salvadoreño también perjudicaban los intentos de la administración de apoyarles contra los guerrilleros de izquierdas. El asesinato en 1980 del arzobispo salvadoreño contrario al régimen, monseñor Óscar Romero, mientras celebraba misa en la catedral de San Salvador, fue algo demasiado atroz para muchos estadounidenses, como lo fue la matanza por disparos de francotiradores de 35 personas que asistían a su funeral. Durante toda la década de 1980, Reagan tuvo que luchar contra los intentos del Congreso de cortar toda ayuda estadounidense a los Contras y al Gobierno salvadoreño. Cuando en el otoño de 1986 estalló el escándalo Irán-Contra, quedó claro que el presidente no podría financiar su campaña centroamericana mucho más tiempo sin entrar en serio conflicto con los legisladores estadounidenses. Reagan siguió insistiendo, pero sus esfuerzos eran cada vez menos efectivos, tanto de cara a la opinión pública estadounidense como a las partes en conflicto en Centroamérica.

Señal de cómo acabó la Guerra Fría es que fueron las iniciativas de grupos de países de la región las que al final empezaron a resolver las guerras civiles en Centroamérica. Como país más grande de la zona, México desempeñó un papel crucial, pero fue el presidente de Costa Rica, Óscar Arias, quien en 1988 presentó el plan de paz que respaldaría las soluciones negociadas. Cuando Castro y Gorbachov se reunieron en La Habana en febrero de 1989, ese fue, en efecto, el plan que eligieron apoyar. Los sandinistas no tuvieron más remedio que pasar por el aro, al igual que los Contras, a quienes el Congreso amenazó con perder todo su apoyo si no aceptaban deponer las armas a cambio de unas elecciones libres y justas que se celebrarían en 1990.

Si bien el fin de la década llevó cierta esperanza a los pueblos de Centroamérica, la situación en el conjunto de Latinoamérica durante la década de 1980 fue contradictoria y confusa. Toda la región contempló una serie de finales dramáticos a años de dictaduras militares y un regreso gradual a los gobiernos civiles. Se eligieron nuevos gobiernos en Perú en

1980, en Bolivia en 1982, en Uruguay en 1984 y en Brasil en 1985. En Argentina, la junta militar, culpable de innumerables violaciones de los derechos humanos en nombre del anticomunismo y la Guerra Fría, se vino abajo a raíz de su intento de apoderarse de las islas Malvinas en 1982. Incluso Chile, donde un Gobierno militar implacable al mando de Augusto Pinochet se había mantenido desde el golpe de 1973, se transformó en 1988 cuando el dictador perdió lo que estaba previsto que fuera un plebiscito sobre la continuidad de su Gobierno. La retórica de Guerra Fría de Pinochet contra la izquierda ya no impresionaba a las clases medias chilenas. Al igual que las clases medias de otros sitios, buscaban estabilidad, legalidad y reconocimiento internacional. El régimen de Pinochet no podía brindar ninguno de estos valores.

La caída de Pinochet sorprendió a sus partidarios de Washington. Creían que a pesar de la brutalidad del régimen, la mayoría perdonaría a Pinochet gracias a las reformas económicas orientadas al mercado llevadas a cabo por sus asesores. Pero como casi todos los países latinoamericanos, independientemente de su orientación económica, Chile resultó ser enormemente susceptible a la crisis internacional de la deuda de principios de la década de 1980. Durante la década anterior, los gobiernos de Latinoamérica se habían endeudado mucho para financiar la expansión económica y las inversiones públicas, en especial en infraestructuras y educación. Muchos países de diferentes ideologías, como la dictadura militar de derechas en Brasil, la dictadura nacionalista radical en Perú y el Gobierno semidemocrático en México, se proponían unos procesos de industrialización impulsados y planificados por el Estado. Las empresas públicas estaban a la vanguardia de esta expansión. A comienzos de la década de 1980 había en Brasil más de seiscientas empresas públicas que componían casi la mitad de las compañías más grandes. En México había más de mil, cinco veces más que a principios de la década de 1970. Si bien estas empresas tuvieron un éxito razonable en términos comerciales (en especial, naturalmente, los monopolios o cuasimonopolios), su expansión dependía de cantidades enormes de capital según los planes establecidos por los gobiernos.

Hasta los primeros años de la década de 1980, el mercado crediticio internacional se expandió continuamente. La entrada de depósitos de divisas fuertes desde los países de Oriente Medio ricos en petróleo a los bancos occidentales y japoneses, los llamados petrodólares, contribuyó al dinero fácil. Y durante buena parte de la década la rentabilidad de las inversiones en Europa o Estados Unidos fue baja, favoreciendo así los préstamos más arriesgados pero también potencialmente más rentables para los países en vías de desarrollo, sobre todo en América Latina. Sin embargo, en 1979, los tipos de interés en Estados Unidos aumentaron drásticamente, en algunos casos hasta el 20%; en menos de dos años se habían cuadruplicado. Al mismo tiempo, la inestabilidad de los precios de las materias primas, de las que todavía dependía la mayor parte de las economías latinoamericanas, aumentó aún más. Estas fluctuaciones, dentro de una tendencia a la baja a largo plazo, dificultaron la devolución de los créditos o la obtención de nuevos. En 1982, muchos grandes bancos se negaron a prestar más. En agosto de ese año, México incurrió en el impago de su deuda, lo que provocó una reacción en cadena en la que el Gobierno de Estados Unidos luchó por respaldar a la banca mientras presionaba para que los países deudores, los bancos y las instituciones financieras internacionales, en concreto el FMI, negociaran la deuda.

Para la administración de Reagan, las suspensiones de pago en América Latina no solo fueron fruto del despilfarro y el derroche; fueron también oportunidades propicias para difundir el evangelio del libre mercado y la economía neoliberal. El precio que exigía el FMI por ayudar a los países latinoamericanos a reestructurar su deuda se llamaba «ajuste estructural», lo que suponía que los países receptores aceptaban elementos neoliberales en sus economías nacionales tales como la privatización, la liberalización de las importaciones y la supresión de los subsidios y el gasto social. Los resultados a corto plazo fueron catastróficos para las economías latinoamericanas. El crecimiento económico se estancó, los ingresos disminuyeron, en especial en las zonas urbanas, y el desempleo aumentó hasta niveles muy altos. La inflación golpeó a las clases media y obrera por igual. El único resultado bueno de lo que los latinoamericanos llamaron la

Década Perdida fue la caída de las dictaduras militares que, de común acuerdo, habían contribuido a la debacle económica y no tuvieron la fuerza de plantar cara a las exigencias estadounidenses.

Al final de la Guerra Fría, el nuevo ímpetu de los debates internacionales sobre derechos y normas contribuyó en gran medida a que muchas partes del mundo se alejaran de las dictaduras y avanzaran hacia formas de Gobierno más sensatas. Muchos de aquellos debates ponían en duda el destacado, y a veces casi agobiante, papel del Estado en la política de la Guerra Fría. La Guerra Fría había contribuido a que los estados extendieran su poder sobre las personas y las comunidades casi en todo el mundo. Incluso en Estados Unidos, donde tantas posturas ideológicas daban prioridad a los derechos y libertades individuales, la práctica se dirigió hacia un aumento de la capacidad del Gobierno federal. En todas partes, las necesidades conjuntas de la preparación militar y la mejora social ganaron el debate. La primera era para repeler la expansión enemiga. La segunda, para organizar mejor la sociedad y presentarla como el modelo a seguir en el futuro. Pero en la década de 1980, estas formas de pensar estaban sometidas a presión tanto en Oriente como en Occidente. En la Unión Soviética, Gorbachov empezó a reconsiderar la creencia arraigada de que la solución a todos los problemas era aumentar el poder del Estado. En Estados Unidos y Gran Bretaña, los neoliberales cuestionaron el fundamento mismo en el que se basó el intervencionismo estatal de posguerra: que el capitalismo funcionaba mejor si lo regulaban los gobiernos. Si bien parecía que en otro tiempo el Estado era la respuesta (o al menos parte de ella), ahora, para algunos, era la madre de todos los males.

Pero el cambio de pensamiento no solo estaba relacionado con los temas económicos y sociales. También trataba de los derechos humanos y de la protección legal del individuo. Y quizá sorprendentemente, las organizaciones no gubernamentales y los grupos de presión tomaban muchas veces la iniciativa de instar a los estados, de ambos signos ideológicos, a respetar tales derechos y normas. Amnistía Internacional se creó en 1961 y desde finales de la década de 1970 en adelante ha visto

aumentar sus adhesiones de manera espectacular. Otros grupos tales como Human Rights Watch (Observatorio de derechos humanos) y Helsinki Watch (Comité de Vigilancia de Helsinki) surgieron a raíz de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa de 1975. Las campañas contra las violaciones de los derechos humanos por las dictaduras latinoamericanas, como las de Chile y Argentina, aumentaron en la propia región así como en Europa occidental y Norteamérica. En algunos casos, los activistas eran los mismos jóvenes que habían protestado contra el intento soviético de silenciar a su oposición interna. Rendían homenaje al físico Andréi Sájarov y a su mujer Elena Bonner, que en 1976 habían ayudado a crear un grupo en Moscú para controlar que su país cumplía los Acuerdos de Helsinki. Estas eran señales importantes de que la división en la Guerra Fría tenía, al menos para algunos, menos importancia que los derechos y las obligaciones internacionales. En Checoslovaquia y Polonia, los disidentes podían contar con el apoyo cada vez mayor de todo el espectro político occidental. Mientras tanto, otras instituciones se manifestaban a favor de los derechos fundamentales. En la Polonia católica, así como en la RDA protestante, las iglesias cristianas reivindicaban los derechos de sus compatriotas como ciudadanos. En los países musulmanes los clérigos empezaron a denunciar los encarcelamientos ilegales. «El debate sobre los derechos» pareció dejar atrás, al menos por un tiempo, la insistencia sobre la rectitud ideológica de la Guerra Fría.

Nada ejemplifica tan bien los cambios en el terreno político como el éxito de las campañas internacionales para acabar con el *apartheid* en Sudáfrica. Durante años, los principales países occidentales, y en especial Estados Unidos y Gran Bretaña, habían hecho oídos sordos a las protestas contra el racismo descarado con el que allí gobernaba la minoría blanca. Sudáfrica era demasiado importante desde el punto de vista estratégico y demasiado rica en minerales para considerar que había sobrepasado los límites de lo aceptable. La mayoría de las veces, los dirigentes occidentales habían sentido una cierta empatía hacia los sudafricanos blancos, aun cuando se oponían a los métodos que utilizaban para dominar a la mayoría negra. Pero a mediados de la década de 1980, a medida que se extendían las

protestas globales contra la injusticia imperante en Sudáfrica, la política del «compromiso constructivo» con los blancos de ese país sufrió cada vez más presiones. Mientras las Naciones Unidas exigían sanciones económicas y un embargo contra Sudáfrica, el movimiento internacional anti*apartheid* recibía una creciente atención a favor de su causa. El concierto de música pop que se celebró en 1988 en el estadio Wembley de Londres para festejar el setenta cumpleaños del líder del CNA encarcelado, Nelson Mandela, fue un éxito mundial que vieron en directo más de seiscientos millones de personas en todo el mundo. Al contar con las actuaciones de un impresionante elenco de artistas, desde los Bee Gees a Whitney Houston y Eric Clapton, el acontecimiento hizo más difícil condenar a Mandela por «comunista» como en su día hicieron Ronald Reagan y Margaret Thatcher. A finales de la década de 1980, incluso los que en el pasado habían mostrado simpatía por el Gobierno sudafricano se volvieron contra él y aceptaron que la abolición del *apartheid* era una tarea común a un lado y otro de las fronteras de la Guerra Fría.

«El debate sobre los derechos» de la década de 1980 estaba relacionado con el otro discurso global incipiente que podría llamarse «el debate identitario». Con la división ideológica de la Guerra Fría en retroceso, cada vez más grupos reaccionaban contra los estados que habían cerrado los ojos ante las identidades individuales y de grupo, ya fueran religiosas, lingüísticas o étnicas. Mientras que los activistas por los derechos humanos hablaban de principios universales, los nacionalistas o los activistas religiosos hablaban en nombre de sus comunidades de los derechos y obligaciones intrínsecos a ellos. El Estado en el que vivían había suprimido estas comunidades, decían, y ahora necesitaban reafirmarse. En algunos casos, como entre los vascos y los catalanes en España, o en las repúblicas bálticas en la URSS, se consideraba que la Guerra Fría había constituido un argumento para su eliminación. En otros casos, la Guerra Fría se contempló como una especie de emergencia, un mundo paralizado que mantenía unidos a los estados más allá de su fecha de «caducidad». El ejemplo más llamativo fue la República Federal de Yugoslavia, en donde las fuerzas centrífugas iban a causar muy pronto resultados desastrosos. Incluso los

serbios, el grupo de población más grande de Yugoslavia, estaban preocupados por su futuro. En un memorándum de 1986, la Academia Serbia de Artes y Ciencias decía:

> A diferencia de las minorías nacionales, los segmentos de población serbia, que viven en gran cantidad en otras repúblicas, no tienen derecho a utilizar su lengua ni su alfabeto, a organizarse política ni culturalmente, ni a desarrollar la cultura propia de su país. Teniendo en cuenta las formas de discriminación nacional que existen hoy día, la actual Yugoslavia no puede considerarse un Estado democrático […] El principio rector que servía de base a esta política ha sido «una Serbia débil, una Yugoslavia fuerte» y eso ha derivado en una mentalidad influyente: si se permitía a los serbios un crecimiento económico rápido siendo la nación más grande, ello supondría un peligro para las otras naciones yugoslavas. Y así se aprovechan todas las posibilidades de colocar cada vez más obstáculos en el camino de su desarrollo económico y su consolidación política.[12]

Pero la región que experimentó un enorme cambio desde una división izquierda-derecha a una nueva forma de política estaba en Oriente Medio. Allí, la revolución islamista en Irán inspiró a nuevos grupos que basaban sus ideas en la identidad religiosa y en una nueva interpretación política y fundamentalista del Corán. Hasta comienzos de la década de 1980, las interpretaciones políticas del islam, tanto suní como chií, se habían identificado principalmente con la derecha política de la Guerra Fría. Los Hermanos Musulmanes, por ejemplo, era una organización profundamente conservadora que luchaba contra la izquierda en Oriente Medio, ya fuera comunista, socialista o baazista. Pero durante la década de 1980 los islamistas se volvieron más y más en contra del socialismo y el capitalismo, y en contra de la Unión Soviética y Estados Unidos. Los extremistas egipcios y saudíes desempeñaron un papel importante en este giro. Para ellos, Estados Unidos era al menos tan culpable como la Unión Soviética de ayudar a los regímenes árabes infieles a eliminar a los verdaderos musulmanes. Querían hacer la guerra contra Israel y sus aliados estadounidenses. Pero también querían luchar contra la ocupación soviética de Afganistán. Uno de ellos, Abdullah Azzam, islamista palestino que encabezaba una red de apoyo al muyahidín afgano con sede en Pakistán,

afirmaba que «quien de entre los árabes pueda combatir la yihad en Palestina, debe empezar allí. Y si no es capaz, entonces debe emprender la marcha hacia Afganistán. Creo que el resto de los musulmanes debería iniciar su yihad en Afganistán […] El pecado que recae sobre la generación actual por no avanzar hacia Afganistán, Palestina, Filipinas, Cachemira, Líbano, Chad, Eritrea, etc., es mayor que el pecado heredado por la pérdida de las tierras que previamente habían caído en poder de los kafires [los infieles]».[13]

Cuando los soviéticos estaban emprendiendo la retirada de Afganistán, se formaron redes de islamistas internacionalistas allí y en la vecina Pakistán. Osama Bin Laden, un saudí a ratos colaborador y a ratos rival de Azzam, organizó su propio grupo al que llamó Al Qaeda (La Base). Bin Laden se había aliado con los radicales islamistas afganos Abdul Rasul Sayyaf y Gulbudin Hekmatiar, quienes −al tiempo que recibían abundantes armas y suministros de Estados Unidos− se volvían cada vez más antiestadounidenses. Al igual que Azzam, Bin Laden y sus valedores consideraban que Afganistán era simplemente una batalla en la guerra para liberar a los musulmanes del control extranjero. Pero la toma de Kabul, la capital, era la primera de sus prioridades, y con la salida de los soviéticos en 1989 pensaron que había llegado su momento.

Incluso sin el Ejército Rojo, la conquista islamista de Afganistán resultó ser más complicada de lo que los yihadistas, algo ingenuos, creyeron en un principio. Llegado el momento de la verdad, el Gobierno comunista afgano combatió mejor que sus oponentes. Aunque Washington y los paquistaníes continuaban apoyando a los muyahidines, y la Unión Soviética poco a poco daba por finalizada su intervención, la oposición no era capaz de tomar Kabul. No es de extrañar que algunos dirigentes locales afganos temieran a los islamistas más radicales y a sus amigos yihadistas extranjeros más de lo que temían al Gobierno de Najibullah. Al fracasar sus ofensivas, los muyahidines comenzaron a fragmentarse. En 1991, cuando al final los comunistas empezaron a quedarse sin suministros, ya existía una verdadera guerra civil entre algunos de los grupos de la oposición. Cuando en abril de 1992 los muyahidines emprendieron su carrera final hacia Kabul,

Afganistán se hundía en el caos total. Hekmatiar quería tomar la ciudad por su cuenta, pero chocó con una coalición de otras facciones, entre los que se encontraban algunos de sus antiguos amigos islamistas, y perdió. Su respuesta fue bombardear la capital utilizando la artillería pesada que le había arrebatado a las fuerzas gubernamentales anteriores. Fue un espectáculo poco edificante que llevó a que Estados Unidos se desentendiera y a la desesperación de los islamistas extranjeros. Para Osama Bin Laden la debacle afgana fue una lección importante. Creía que solo mediante la formación ideológica, la adhesión al internacionalismo y una estricta organización, la causa de la yihad podría verse favorecida en el futuro. Bin Laden partió hacia Sudán pero hubo de regresar a Afganistán, y a la historia, cinco años después.

Los procesos que dieron fin a la Guerra Fría fueron múltiples y complejos, igual que lo fueron sus orígenes. El fin del conflicto global creó enormes y definitivas oportunidades, como se vio en el sur de África o en el sudeste asiático. Pero no todos los problemas se resolvieron y algunos legados regionales perduraron, como en Corea, en Oriente Medio o en los Balcanes. A veces el resultado fue contradictorio. Las privaciones económicas impuestas a muchos latinoamericanos pesaban a menudo más que las celebraciones por el regreso a formas de Gobierno más democráticas y abiertas. Y algunas ideologías que superaron la dicotomía de la Guerra Fría, entre ellas el fanatismo religioso o la obsesión nacionalista, eran tan peligrosas para las personas atrapadas en ellas como lo fueron las luchas ideológicas entre el capitalismo y el socialismo. Sin embargo, el fin de la Guerra Fría abrió nuevas posibilidades para todos. En algunos casos se utilizaron para hacer un mundo mejor. Esto sucedió sobre todo en Europa, el continente en el que podría decirse que empezó y finalizó la Guerra Fría.

22

Realidades europeas

La Guerra Fría en Europa finalizó porque los años de estrecha relación entre el este y el oeste habían reducido el miedo que ambos lados se tenían y porque Europa occidental demostró que supo integrar con éxito a países periféricos en una Comunidad Europea. Finalizó en 1989 porque los pueblos de Europa oriental se rebelaron y Gorbachov no hizo nada por salvar a los regímenes comunistas. Al contrario, el dirigente soviético insistía en que la soberanía popular era inevitable tanto en Europa oriental como en la propia Unión Soviética. Los regímenes del este habían demostrado que no podían reformarse. Por lo tanto, la dirección del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) no encontró que su caída fuera antinatural. El giro de los acontecimientos fue extraordinario, pero las transformaciones iniciales de la era de la distensión ya lo presagiaban. El fin del comunismo pudo ocurrir con tanta rapidez en Europa porque el terreno ya estaba abonado y el apoyo de los regímenes del este ya era mínimo. A menos que los soviéticos hubieran actuado para rescatarles, ellos no podían defenderse debidamente.

En 1989, Gorbachov insistía en que, en su opinión, la Guerra Fría había terminado. Cada vez prestaba más atención a cómo profundizar en las reformas dentro de la propia Unión Soviética. Su mayor preocupación eran los cambios políticos. Gorbachov quería hacer de la URSS un Estado federal democrático y arrastrar en el proceso al Partido Comunista, del que era todavía presidente. Pero pronto sus nobles propósitos se vieron superados por las penurias económicas, los nacionalismos y las burocracias rivales. Con Gorbachov negándose a cambiar de opinión y sin una ayuda sustancial

del exterior, el Estado soviético pronto se vio en serias dificultades. En 1991, su mera existencia estaba amenazada. Esto constituyó un giro excepcional para el pueblo soviético y para el mundo, y todo ello sucedió en menos de una década.

En general, las revoluciones populares en Europa oriental fueron asombrosamente pacíficas y carentes de violencia. La única excepción fue Yugoslavia, en donde los demagogos nacionalistas, con las prisas por acabar con el Estado federal, desataron olas de violencia que iban a durar una década y que infligieron un sufrimiento terrible a la mayoría de los yugoslavos. Yugoslavia es el mejor ejemplo de país al que la Guerra Fría contribuyó a mantener unido. Enfrentados al poder soviético desde 1948, gran parte de los yugoslavos prefirieron seguir unidos en su propio Estado federal natal aunque no siempre estuvieran a gusto con sus vecinos. Pero a medida que la Guerra Fría retrocedía, algunos miembros de las nacionalidades yugoslavas empezaron a preocuparse por las consecuencias de que uno o más de los otros grupos que formaban ese Estado federal obtuvieran ventaja sobre ellos. Yugoslavia se había mantenido unida no por confianza sino por miedo, y con el objeto de cambiar ese miedo cayó en la destrucción y el fratricidio.

Otros tenían mucho por lo que estar agradecidos. El año 1989 comenzó en Estados Unidos con una nota de alegría. Después de ocho años, Ronald Reagan iba a dejar su cargo de presidente y le elogiaban mucho sus logros. La elección del vicepresidente George H.W. Bush como su sucesor confirmaba que la mayoría de los estadounidenses había perdonado a Reagan su participación en el escándalo Irán-Contra así como el estilo cada vez menos intervencionista de sus últimos años en el cargo. Lo que recordaban era a un presidente que había arreglado la economía y eliminado la amenaza de la destrucción nuclear. Ningún presidente desde Woodrow Wilson había cambiado más sus ideas sobre política exterior durante su mandato. En su discurso de despedida, Reagan habló de los soviéticos como

interlocutores. «Mi opinión», dijo el presidente saliente al pueblo estadounidense,

> es que el presidente Gorbachov es distinto a los anteriores dirigentes soviéticos. Conoce los problemas de su sociedad y trata de corregirlos. Le deseamos suerte. Y seguiremos trabajando para asegurarnos de que la Unión Soviética que surja al final de este proceso no suponga una amenaza. Todo se reduce a esto: deseo que este acercamiento continúe. Y continuará, siempre que dejemos claro que en cierto modo seguiremos actuando siempre que ellos sigan actuando de manera provechosa.[1]

El presidente Bush no estaba tan seguro. Al principio de su presidencia deseaba tiempo para meditar cómo debería desarrollarse la política estadounidense respecto a los soviéticos en las nuevas circunstancias. Mucho más partidario de la Guerra Fría que Reagan, Bush no estaba seguro de que el «nuevo acercamiento» fuera a continuar. Al contrario, como indicó al comienzo de su presidencia, la Unión Soviética «presenta para nosotros un nuevo y complicado desafío político en Europa y otras partes. Mi impresión es que posiblemente el desafío soviético sea aún mayor que antes porque es más diverso».[2] «La Guerra Fría no ha terminado –advertía el asesor de seguridad nacional Brent Scowcroft–. Puede que haya luz al final del túnel, pero creo que depende en parte de cómo nos comportemos, si es la luz del sol o una locomotora que entra.»[3] Bush y Scowcroft temían que la *perestroika* y la *glásnost* pudieran tener *excesivo* éxito de modo que las alianzas occidentales bajaran demasiado la guardia.

La «pausa estratégica» de Bush decepcionó a Gorbachov. Se preguntaba por qué los estadounidenses dudaban ahora cuando más los necesitaba. En Europa occidental le seguían considerando un héroe y en todas partes le acogían como a tal. Incluso la primera ministra británica Margaret Thatcher no escatimó esfuerzos en alabar a Gorbachov durante sus encuentros en Londres en abril de 1989. Cuando Gorbachov se quejó de Bush, Thatcher le respondió que «vuestro éxito va en beneficio nuestro. Nos conviene que la Unión Soviética se pacifique, se enriquezca, se abra más al cambio, de modo que eso vaya acompañado de libertades personales, de más apertura e intercambios. Seguid vuestro rumbo y os apoyaremos. La recompensa será

enorme».[4] El asesor jefe en materia de política exterior de Gorbachov, Anatoli Chernyaev, confió a su diario que «Rusia no tiene más remedio que ser como todos los demás. Si esto ocurre, entonces los síndromes de Octubre y Stalin desaparecerán del mundo de la política. El mundo será verdadera y completamente distinto».[5]

Pero Gorbachov necesitaba el apoyo exterior para cambiar su suerte en casa, una suerte que estaba flaqueando. El PCUS seguía manteniendo una posición predominante en el Congreso de los Diputados del Pueblo. Gorbachov quería avanzar lo antes posible en la creación de una Unión Soviética más democrática, incluso en las repúblicas. También quería reformar la economía, dar cierta cabida a la empresa privada. Pero al tiempo que los préstamos y las inversiones del extranjero llegaban con cuentagotas, la economía nacional se deterioraba aún más. La elevada inflación y una creciente dependencia del mercado negro dificultaban el desarrollo del consumismo nacional. El déficit público aumentaba, sobre todo a nivel federal, debido al fraude fiscal o a la retención de impuestos por las repúblicas. Y mientras, crecía la resistencia al liderazgo de Gorbachov, tanto por parte de los dirigentes de las repúblicas, que querían ver aumentado su poder, como desde el interior del Partido Comunista a nivel central, donde los tradicionalistas le acusaban de echar a perder los logros del régimen soviético.

Los disturbios nacionalistas en algunas de las repúblicas soviéticas también empezaron a debilitar la posición de Gorbachov. En los estados bálticos, obligados a unirse a la Unión Soviética después de la Segunda Guerra Mundial, la mayoría de las protestas fueron pacíficas pero decididas. Ya en 1988, el Soviet Supremo de Estonia, controlado por los comunistas, había declarado que las leyes de su república prevalecían sobre las leyes soviéticas. Durante las elecciones a la nueva asamblea federal, más del 80% de los escaños en la vecina Lituania fueron para los candidatos no comunistas. Un indicio más de que incluso dentro de la Unión Soviética el nacionalismo se imponía a la ideología es que las dos repúblicas comunistas de Armenia y Azerbaiyán empezaron a enfrentarse entre sí por el control del enclave de Nagorno Karabaj, en el interior de Azerbaiyán pero de población

armenia. Decenas de miles de personas huyeron de sus casas y cientos de ellas fueron asesinadas, algunas a manos del Ejército Rojo que había enviado Gorbachov para imponer la paz. La represión hizo ganar algo de tiempo a Moscú, pero a costa de que ambas partes acusaran a Gorbachov de ponerse del lado de sus enemigos.[6]

Mientras Gorbachov trataba de avanzar con sus reformas en la Unión Soviética, sus colegas comunistas de Europa oriental tenían cada vez menos margen de maniobra. Sus economías tenían dificultades, con un elevado servicio de la deuda y una producción estancada. En 1987 casi no hubo crecimiento en todo el Bloque oriental, de Polonia a Bulgaria. Aunque los niveles de vida variaban mucho y a los habitantes de la RDA, a los checoslovacos y a los húngaros les iba mejor que, digamos, a los países más pobres de la Comunidad Europea, la tendencia era a la baja. Obtener más préstamos de Occidente era difícil y los soviéticos habían dejado claro que primero se ocuparían de sus necesidades más urgentes. A finales de la década de 1980 la situación económica empezó a extenderse a la política. Algunos dirigentes comunistas, muchas veces de una generación más joven, empezaron a sentir que si había que evitar que la economía se viniera abajo necesitaban movilizar a toda la población. Y la única forma de que se produjera semejante movilización era a través de la integración política. Como siempre, Polonia fue la primera en acudir. Los dirigentes del Partido Comunista polaco se encontraban en una situación económica desesperada, no podían devolver los préstamos extranjeros y pagaban aún más en salarios y servicios sociales para evitar que los trabajadores se rebelaran contra ellos. En 1987, alentados por Moscú, organizaron un referéndum en el que solicitaban a la población votar sí a dos preguntas: ¿Está usted a favor de una reforma económica radical? ¿Es usted partidario de una auténtica democratización de la vida política? Pero los polacos desconfiaban tanto de su Gobierno que ni siquiera habrían contestado afirmativamente a semejantes preguntas. Desesperado, el presidente de Polonia, el general Jaruzelski, nombró un nuevo Gobierno que introduciría reformas económicas basadas en el mercado. Pero en 1988, los trabajadores polacos

recibieron al Gobierno con una oleada de huelgas. Estaba claro que incluso la política de comprar a la clase trabajadora fracasaba.

La última apuesta de Jaruzelski fue negociar con la oposición para convencer al menos a algunos grupos de la necesidad de actuar de forma responsable frente a la crisis económica. Creía que aunque las protestas de los trabajadores continuaban, los antiguos dirigentes de Solidaridad −muchos de los cuales habían estado en la cárcel desde 1981− ya no serían los líderes más importantes. En noviembre de 1988, el Gobierno autorizó incluso un debate televisado entre el dirigente de su sindicato oficial y Lech Wałesa, el antiguo líder de Solidaridad. El resultado fue otro desastre. Wałesa aplastó a su oponente.

> OFICIAL: ¿Es el pluralismo sindical la única solución a todos los problemas polacos? También es necesario contemplar oportunidades en el partido, donde se están produciendo transformaciones significativas y se producirán [...]
>
> WAŁESA: Cuando hablo de pluralismo, tengo en mente tres ámbitos: la economía, los sindicatos y la política. Tenemos que entender esto, porque tarde o temprano estos ideales triunfarán. Una organización nunca tendrá el derecho de propiedad sobre el conocimiento. Por eso luchamos por el pluralismo, tanto si le gusta como si no [...]
>
> OFICIAL: Pero usted entiende que, dado el carácter impulsivo de los polacos, la diversidad debe encontrarse en la unidad. De lo contrario, nos desgarraremos mutuamente.
>
> WAŁESA: No haremos feliz a la gente a la fuerza. Denle libertad y dejaremos de tropezar en su lugar [...]
>
> OFICIAL: ¿No ve usted aquí cambios estructurales fundamentales dirigidos a la democracia?
>
> WAŁESA: Lo que veo es que nosotros vamos a pie mientras otros van en coche.[7]

Obligado por la opinión pública, alentado por los soviéticos y a petición de sus máximos dirigentes, el Comité Central del Partido Comunista polaco aceptó iniciar negociaciones formales con la oposición en febrero de 1989. Como Solidaridad todavía estaba prohibida, el movimiento nombró a destacados intelectuales polacos y al clero católico para que lo representara. Wałesa codirigió las mesas redondas con el general Czesław Kiszczak, el ministro comunista del Interior que le había encarcelado en 1981. Al principio las negociaciones iban despacio. Los comunistas trataban de impedir que se discutiera la reforma constitucional. Solidaridad estaba

dividida entre la corriente mayoritaria de Wałesa y las facciones más radicales que denunciaban cualquier compromiso con las autoridades. Pero poco a poco se llegó a un acuerdo: la legalización de Solidaridad y la libre elección del 35% de los escaños de la cámara baja del Parlamento (la Sejm) y todos los escaños del nuevo Senado. Era una empresa arriesgada, tanto para los comunistas como para Solidaridad. Jaruzelski esperaba legitimar a los comunistas en el poder. Wałesa quería demostrar la fuerza de Solidaridad en las elecciones, fijadas para el 4 de junio de 1989.

Mientras los comunistas y sus rivales luchaban por el poder en Polonia, el Partido Comunista húngaro iba poco a poco tanteando el terreno para llegar a un acuerdo con la población. Durante mucho tiempo Hungría había sido el país más liberal del Bloque oriental, pero incluso allí se había fijado un límite que no se discutía: el monopolio en el poder del Partido Comunista. Sin embargo, en 1988, los dirigentes jóvenes del partido húngaro, inspirados por Gorbachov, querían ir más lejos en materia de liberalización. Pensaban que transformando el partido tendrían más posibilidades de conservar el poder, aun cuando dejaran que la oposición se organizase. En mayo de 1988, el anciano dirigente János Kádár, que había estado al frente del país desde la invasión soviética ocurrida hacía más de treinta años, fue sustituido por el reformista Károly Grósz. El nuevo líder del partido elogió las reformas de Gorbachov. En febrero de 1989, Hungría introdujo la libertad de expresión y legalizó algunos grupos no comunistas. En mayo se levantaron las restricciones para viajar a Austria, lo que supuso que los húngaros fueron los primeros ciudadanos del Pacto de Varsovia que pudieron cruzar libremente las fronteras a un país no comunista.

En junio de 1989, las autoridades comunistas húngaras dieron un paso que indicaba de manera terminante su ruptura con el pasado. En Budapest, bajo una gran fanfarria oficial, volvieron a enterrar al líder de la revolución de 1956, Imre Nagy. Nagy había sido ejecutado después de la invasión soviética y para muchos representaba el símbolo del nacionalismo húngaro y la resistencia contra la dominación de Moscú. Gorbachov había aceptado reevaluar poco a poco los acontecimientos de 1956, e hizo saber a los húngaros que los soviéticos no tenían nada que objetar. Ya en febrero de

1989 dejó claro que la URSS se proponía «una reestructuración de sus relaciones con los países socialistas» que hiciera hincapié en «la independencia incondicional, la plena igualdad, la no injerencia estricta en los asuntos internos y la rectificación de los defectos y errores vinculados a los primeros periodos de la historia del socialismo».[8] Los jóvenes húngaros estaban decididos a comprobar estas intenciones. Viktor Orbán, de veinticinco años, habló en el funeral de Nagy en nombre de los jóvenes y acusó a los comunistas de haberles robado el futuro por su «obediencia ciega al Imperio ruso y [a] la dictadura de un partido único».[9]

En el verano de 1989, Gorbachov aún seguía convencido de que su propósito de formar una alianza cualitativamente nueva entre las naciones socialistas podía hacerse realidad. Deseaba una comunidad socialista reconstituida en la que pudieran encontrar un lugar no solo los países de Europa oriental (incluida Yugoslavia), sino también China. Aunque las relaciones chino-soviéticas habían mejorado durante su permanencia en el poder, Gorbachov, como de costumbre, se impacientó y quiso más avances con los escépticos chinos de los que sus ayudantes podían ofrecerle. En 1989 decidió ir él mismo a China a fin de normalizar las relaciones e iniciar una nueva etapa reuniéndose con Deng Xiaoping. «Hay que entender a los chinos –dijo Gorbachov al Politburó–. Tienen derecho a convertirse en una gran potencia.» Los chinos son «cada vez más fuertes», dijo el dirigente soviético. «Todo el mundo puede verlo.»[10]

Sin duda Gorbachov tenía razón en que China se había fortalecido a raíz de las reformas económicas de Deng. Pero muchos de los problemas más básicos de la sociedad china seguían siendo similares a los que los soviéticos trataban de resolver en su país. Después de todo, la República Popular China se había promulgado casi como una copia exacta de la URSS. A finales de la década de 1980 muchos chinos jóvenes esperaban impacientes la clase de reformas políticas y sociales que Gorbachov intentaba llevar a cabo en la Unión Soviética. Pedían libertad de expresión y asociación, y lamentaban la corrupción y la desigualdad que habían llegado con el nuevo rumbo de la economía. Deng no haría caso. Para él, la reforma significaba fortalecer el control del poder del Partido Comunista, no

debilitarlo. En 1986 había despedido sin contemplaciones al secretario general del partido, el popular Hu Yaobang, por haber ido demasiado lejos al permitir un debate público sobre los problemas de China. Los estudiantes que protestaron fueron encarcelados y los trabajadores que trataron de organizarse al margen del partido, perseguidos.

Cuando Hu Yaobang murió repentinamente en abril de 1989, el activismo estudiantil aprovechó la ocasión de su muerte para lamentar la falta de democracia en China. Pero las pequeñas asambleas que organizaron en su memoria se convirtieron enseguida en una protesta general contra la dictadura del partido único. En mayo, estudiantes, trabajadores y jóvenes profesionales organizaron grandes concentraciones en las principales ciudades, y en Beijing los manifestantes ocuparon la céntrica plaza de Tiananmén. Sus eslóganes no hubieran estado fuera de lugar en Europa oriental: ¡Viva la democracia! ¡El patriotismo no es un crimen! ¡Fuera la corrupción! ¡Somos el pueblo! La dirección del Partido Comunista dudaba qué hacer. Deng quería aplicar medidas severas inmediatas, pero el nuevo secretario general, su protegido Zhao Ziyang, esperaba encontrar una vía de compromiso con los manifestantes. Mientras tanto, Mijaíl Gorbachov llegó a Beijing en la primera visita de un dirigente soviético desde hacía más de treinta años.

En lugar de ser un triunfo internacional imponente, la visita de mayo de 1989 se convirtió en un dilema para los invitados. Ante la imposibilidad de acceder a Tiananmén, la delegación soviética tuvo que entrar a escondidas en el Gran Salón del Pueblo por una puerta trasera. Desde allí pudo oír Gorbachov a los manifestantes coreando su nombre. Simpatizaba con ellos pero no podía correr el riesgo de criticar a sus anfitriones. En vez de eso se refugiaba en banalidades hablando de la amistad entre los pueblos soviético y chino. En privado se preguntaba cuánto tiempo se mantendrían en el poder los comunistas chinos. «Algunos de los aquí presentes –dijo a sus colegas en una reunión en la embajada soviética el 15 de mayo–, han fomentado la idea de tomar el camino chino. Hoy sabemos adónde conduce ese camino. No quiero que la plaza Roja se parezca a la plaza de Tiananmén.»[11] Por suerte para Gorbachov, su anfitrión estaba decidido a

transigir. Los asuntos del pasado, dijo Deng sin demasiada convicción, no eran «desacuerdos ideológicos. También estábamos equivocados […] La Unión Soviética no percibía correctamente el lugar de China en el mundo […] La esencia de todos los problemas es que éramos distintos, que estábamos sometidos a coacciones y presiones».[12]

Con el regreso apresurado de Gorbachov a Moscú, Deng Xiaoping tenía despejado el terreno para atacar. Debido a sus dudas, el dirigente del partido Zhao Ziyang fue despachado de la misma forma que su antecesor: iba a pasar los siguientes quince años en arresto domiciliario. Aprovechando sus contactos militares, Deng tomó todas las decisiones. El 4 de junio los tanques avanzaron para desalojar la plaza de Tiananmén. Cientos de manifestantes a favor de la democracia fueron asesinados mientras las tropas ocupaban el centro de Beijing. Miles fueron encarcelados o se exiliaron. Deng y sus cómplices seleccionaron cuidadosamente a los nuevos dirigentes del partido. La posición internacional de China cayó considerablemente, pero el país era demasiado importante para aislarlo del todo, sobre todo para la administración de Bush que seguía creyendo que necesitaba a China para contrarrestar a la Unión Soviética. Y lo que era más importante para los estadounidenses, Deng podía haber aplastado las aspiraciones democráticas de sus compatriotas, pero no estaba dispuesto a renunciar a las reformas orientadas a una economía de mercado. Un par de años después, a la edad de ochenta y ocho años, emprendió una gira por las provincias del sur y exaltó su fervor reformista. «Cosas como las acciones y los bonos, ¿son buenas? ¿Son peligrosas? ¿Son exclusivas del capitalismo? ¿Puede utilizarlas el socialismo? –reflexionaba–. Es lícito juzgar, pero debemos mostrarnos decididos a intentarlo.»[13]

Sin embargo, en Europa oriental la reforma económica ya no era suficiente para conservar el dominio comunista. Las primeras elecciones pluripartidistas en Polonia desde el inicio de la Guerra Fría se celebraron el mismo día de la represión en Beijing. El resultado fue desastroso para los comunistas, mucho más de lo que ellos o Moscú imaginaron. De los 161 escaños del Sejm en liza, Solidaridad se adjudicó 160. En el Senado, donde todos los escaños entraban en pugna, ganaron 99 de cien. El último escaño

fue para un candidato independiente. El Partido Comunista polaco, en el poder desde 1945, no solo fue derrotado, sino humillado. Intentó formar un nuevo Gobierno a resultas de su mayoría absoluta en el Sejm, pero los aliados e incluso miembros del partido empezaron a abandonar el barco en pleno naufragio. El 24 de agosto de 1989 los comunistas claudicaron y el Sejm votó un Gobierno no comunista encabezado por el activista de Solidaridad Tadeusz Mazowiecki. Todos contuvieron el aliento ante la posible reacción soviética por la pérdida del poder de los comunistas.

Pero la postura de Gorbachov ya estaba clara. En un discurso ante el Consejo de Europa tras las elecciones polacas, el dirigente soviético recordó a su asombrada audiencia que «los órdenes sociales y políticos de determinados países [de Europa] cambiaron en el pasado y pueden volver a cambiar en el futuro. Sin embargo, esto es algo que deben decidir exclusivamente los ciudadanos. La elección depende de ellos. Cualquier interferencia en los asuntos internos, o cualquier intento de limitar la soberanía de los estados −incluidos amigos y aliados, o cualquier otro– es inadmisible».[14] Su jefe de prensa, Gennadi Gerasimov, fue aún más claro: «Mantendremos lazos con cualquier Gobierno polaco que surja de las recientes elecciones. Esto es puramente un asunto interno polaco. Aceptaremos toda solución que adopten nuestros amigos polacos».[15] El asesor jefe para política exterior de Gorbachov, Anatoli Chernyaev, anotó en su diario que pensaba que «se ha puesto en marcha el desmantelamiento total del socialismo como elemento del desarrollo mundial. Tal vez esto es inevitable y bueno porque es una cuestión de unión de la humanidad basada en el sentido común. Y este proceso lo inició un tipo normal y corriente de Stávropol».[16]

En Europa occidental y Estados Unidos hubo una reacción de incredulidad ante los acontecimientos en Polonia. Nadie hubiera esperado que los comunistas polacos claudicaran del todo o que Gorbachov ayudara a crear una Polonia no comunista. La actitud de la administración de Bush fue, como de costumbre, prudente. Al presidente le preocupaba más el posible malestar que pudiera ocasionar un contragolpe del Ejército Rojo en Polonia, o contra Gorbachov en la URSS, que la ayuda al nuevo Gobierno

polaco por la que tanto insistían los europeos occidentales. Durante su visita a Polonia y Hungría en julio de 1989, Bush no dejó de hacer hincapié en la necesidad de unos objetivos moderados y realistas, subrayando que lo que Estados Unidos podía hacer para ayudar era limitado, y más desde el punto de vista financiero. Para algunos europeos, lo mismo orientales que occidentales, había demasiada cautela. «Como presidente, Bush tiene un grandísimo inconveniente –le confió Mitterrand a Gorbachov–, carece por completo de un pensamiento original.»[17]

Pero en ciertos asuntos los propios europeos occidentales eran cautelosos. Esto se daba especialmente en todo aquello que afectara a la situación de Alemania. Algunos dirigentes creían que la creación de las fronteras en Europa a resultas de la Segunda Guerra Mundial, entre ellas las que dividieron Alemania, había mantenido la paz. El hecho de que el tamaño de población de la RFA fuera semejante al de Francia, Gran Bretaña e Italia, aun cuando su economía fuera mayor, también sirvió para que Europa occidental se sintiera una comunidad de iguales. Mientras que a comienzos de septiembre de 1989 el malestar aumentaba en la RDA, tanto los dirigentes de Europa occidental como oriental, entre ellos Thatcher y Mitterrand, recalcaron ante Gorbachov que la unificación alemana no estaba encima de la mesa. Gorbachov aceptó, pero su principal problema era la estabilidad de la RDA. Su presidente, Erich Honecker, se había negado obstinadamente a aceptar cualquier sugerencia moderada de los dirigentes soviéticos sobre la necesidad de las reformas. A finales del verano de 1989 la paciencia de Gorbachov con Honecker y su constante afán de criticar sus políticas se estaba agotando. La RDA incluso había empezado a prohibir la entrada de publicaciones soviéticas en el país. Gorbachov quería que Honecker fuera sustituido, pero no podía expresar públicamente este deseo por temor a desestabilizar todo el Estado germano oriental.

Como se vio después, los ciudadanos de la RDA estaban aún más impacientes con su presidente. Durante todo el verano de 1989 algunos grupos de alemanes de la RDA habían viajado a otros países de Europa oriental para entrar desde allí en la RFA. El 19 de agosto las autoridades húngaras, actuando en parte por razones humanitarias y en parte para

obtener préstamos de la RFA, permitieron que novecientos de estos refugiados cruzasen la frontera a Austria. Honecker estaba furioso y acusó a los húngaros de traición al socialismo. Pero no podía hacer nada al respecto. En la RDA se había empezado a extender un claro desafío al régimen. Las manifestaciones empezaron a primeros de septiembre en Leipzig, donde las iglesias habían organizado grupos sobre los derechos humanos y el desarme. Al principio el eslogan era «Queremos salir», pero luego, casi de forma imperceptible, cambió a «Abajo la Stasi», «No vamos a ninguna parte» y, con firmeza y decisión, «Nosotros somos el pueblo». Muchos manifestantes fueron arrestados y algunos golpeados, pero las protestas continuaron.

El régimen de la RDA no tenía a quién recurrir. Gorbachov despreciaba a la mayoría de sus dirigentes y Occidente, incluida la RFA, no acudiría a su rescate pese a que el canciller Helmut Kohl temía que Honecker pudiera usar la fuerza para permanecer en el poder. De hecho, en Berlín Oriental contemplaron una «solución china» durante un cierto tiempo, pero la abandonaron ante la postura conocida de Gorbachov y la preocupación de los dirigentes comunistas más jóvenes de que se les pudiera responsabilizar de cualquier derramamiento de sangre. Honecker seguía creyendo que podría capear el temporal. Pero la inminencia del 40.º aniversario de la RDA, que había planeado celebrar con toda la pompa posible, le puso en un aprieto y dio a la oposición un motivo para movilizarse. Y lo que es peor, traería a Gorbachov a Berlín como invitado de honor en medio de los intentos de Honecker de aplastar la disidencia.

Como era habitual en él, Gorbachov evitó criticar abiertamente a sus anfitriones. A lo más que llegó fue a decir a un reportero de televisión el 6 de octubre que «el único peligro es no reaccionar a la vida misma». Pero todos los que asistieron a las reuniones a puerta cerrada vieron claro que Honecker no tenía la confianza del líder soviético. Después de la visita de Gorbachov, la policía y los militares de la RDA abandonaron la intención de detener a los manifestantes. Al menos 70.000 personas se manifestaron en Leipzig el 9 de octubre. Una semana después fueron 120.000 y la semana siguiente a esta más de 300.000. Para entonces Honecker se había ido,

derrotado por votación del Comité Central de su propio partido. El nuevo jefe del partido, Egon Krenz, prometió entablar negociaciones con la oposición. También dejó claro que las autoridades de la RDA estaban preparando nuevas disposiciones de viaje más liberales para que sus ciudadanos pudieran visitar la RFA, incluida Berlín Occidental. El 9 de noviembre, Günter Schabowski, portavoz del Gobierno de la RDA, dijo en rueda de prensa que ya se había decidido que las personas con un permiso adecuado podrían cruzar la frontera. Preguntado reiteradamente cuándo entrarían en vigor las nuevas regulaciones, al final Schabowski dijo que pensaba que sería «inmediatamente, enseguida».

Esa tarde, miles de exultantes berlineses orientales se trasladaron a los puestos de control del muro olvidando la necesidad de solicitar un permiso. Al principio, los guardias fronterizos de la RDA, al no tener instrucciones de cómo manejar la situación, trataron de rechazarlos, amenazando con disparar si la muchedumbre seguía avanzando. Entonces empezaron a dejar pasar a los manifestantes más ruidosos, uno a uno y muy despacio, con la esperanza de que eso redujera la tensión. Pero la multitud crecía y se veía empujada contra la Zona Prohibida que rodeaba los puestos de control. Alrededor de las once de la noche, y temiendo por su propia seguridad, los oficiales de la RDA cedieron y levantaron las barreras.[18] Grandes grupos de personas empezaron a cruzar de la parte oriental a la occidental sin ningún documento ni cosa parecida. Esa noche abrazaron a sus sorprendidos compatriotas occidentales por las principales avenidas de Berlín Occidental. «Lo que nunca olvidaré es esto –recuerda un berlinés oriental–. ¡El sabor de mi primer yogur de fresa! ¡Sabía tan bien que durante una semana viví de eso!».[19] Ya a la mañana siguiente algunos berlineses audaces empezaron a destruir el muro. Los guardias de la RDA trataron de ahuyentarles durante algunos días más, pero al final de la semana siguiente los guardias fueron vistos derribando ellos mismos partes del muro. Uno de los símbolos más vergonzosos de la Guerra Fría llegaba a su fin.

La apertura imprevista del Muro de Berlín fue, literalmente, la conquista principal del año milagroso de 1989. Con la caída del muro lo cierto era que las relaciones entre las dos Alemanias se iban a transformar.

Hasta dónde y a qué ritmo nadie podía decirlo, pero de ningún modo las cosas podían seguir como antes. La población y los responsables políticos de ambos lados del Telón de Acero empezaron a imaginar tipos de futuros muy distintos. Casi todos celebraban las oportunidades, pero también existían preocupaciones. A pesar de todos sus inconvenientes y costes humanos, el sistema internacional de la Guerra Fría mantuvo la paz en Europa durante casi cincuenta años. Las personas nacidas en 1900 contemplaron dos guerras catastróficas en las que murieron más de sesenta millones de europeos. Las nacidas cincuenta años después no han visto ninguna.

El final de la Guerra Fría en Europa supuso antes que nada una oportunidad para acabar con el problema alemán. La Guerra Fría mantuvo a Alemania dividida en contra de los deseos de la mayor parte de la población. La apertura del Muro de Berlín fue el presagio del fin de esa situación anormal, pero los dirigentes europeos recelaban del tamaño de Alemania y de su poder económico, sobre todo si se unificaba. En opinión de los líderes de la Comunidad Europea, excepto Thatcher, que se mostraba muy escéptica sobre la reunificación de Alemania, la solución pasaba por una mayor integración europea. Dentro de una clase de comunidad más amplia, que haría que los estados-nación formaran parte de una unión política, económica y monetaria europea, la fortaleza de Alemania sería la fortaleza de Europa. Helmut Kohl estaba de acuerdo. En un discurso ante el Bundestag en noviembre de 1989, donde presentó un plan de diez puntos para la unidad de Alemania, Kohl subrayó la esencia europea de Alemania. «La arquitectura futura de Alemania debe encajar en la arquitectura futura de Europa [...] Vincular la cuestión alemana al desarrollo de Europa en su conjunto [...] hace posible un desarrollo orgánico que tenga en cuenta los intereses de todas las partes implicadas.»[20]

El Acta Única Europea había entrado en vigor en 1987 y constituyó la expansión más ambiciosa del proceso de integración durante treinta años. El acuerdo comprometía a los miembros a avanzar hacia una Unión Europea plena, con la eliminación de todos los aranceles y controles fronterizos y la implantación de la libre circulación de bienes, personas, servicios y

capitales. La Unión aspiraba también a adoptar una política monetaria común y a ayudar a coordinar las políticas comunes de exterior y de defensa. Fue un gran paso que contribuyó a reducir la preocupación por una Alemania excesivamente poderosa con un pie en cada lado de Europa y señalaba el camino hacia el acuerdo de Maastricht de 1992. «La unión económica y monetaria será el elemento clave a favor de la integración política –insistía el presidente de Francia François Mitterrand–. Significará que se habrá dado un paso decisivo para lograr una verdadera unión, es decir, una unión política europea.»[21]

El presidente francés estaba probablemente entre los primeros dirigentes europeos en darse cuenta de que una cierta unificación alemana sería inevitable. Pero a cambio de aceptar semejante reordenamiento quería lo máximo para él y para Francia. Por eso, aprovechó las dudas de Thatcher acerca de la reunificación alemana para, después, actuar de mediador en nombre de los alemanes. Este ardid, pensaba Mitterrand, estrecharía aún más los lazos entre la Alemania unificada y Francia, y ayudaría a cumplir objetivos franceses tales como la unión monetaria y una integración política más sólida. «La perspectiva repentina de una reunificación asestó a los alemanes una especie de sacudida mental que tuvo el efecto de convertirles una vez más en los alemanes "malos" que solían ser –dijo el presidente francés a Thatcher en enero de 1990–. Le había dicho [a Kohl] que sin duda Alemania podría si quisiera lograr la reunificación, integrar a Austria en la Comunidad Europea e incluso recuperar otros territorios que había perdido como consecuencia de la guerra. Podrían lograr aún más aceptación, recuperar aún más terreno que Hitler. Pero tendrían que tener presente las repercusiones.»[22]

Naturalmente, el taimado Mitterrand no había dicho semejante cosa. En público, como en privado ante los dirigentes de la RFA, había insistido desde el primer momento en el derecho de Alemania a la autodeterminación.[23] Sin embargo, lo que en realidad restó importancia a los tejemanejes del presidente francés fue el apoyo sorprendentemente manifiesto e inmediato de George Bush a las políticas de Kohl. Ya en noviembre de 1989 Bush dijo al líder alemán que «brindo todo mi apoyo a tu planteamiento general […]

Estamos en la misma longitud de onda. Valoro tus diez puntos y tu exposición sobre el futuro de Alemania».[24] Lo más importante es que Bush dijo al público estadounidense y a los miembros de su propia administración que no temieran la unificación alemana. Y ya en febrero de 1990 dio instrucciones a su secretario de Estado, James Baker, de que el objetivo de Estados Unidos era «una Alemania unificada en la alianza occidental».[25] La postura del presidente estadounidense dejó a Thatcher al margen echando humo y a Kohl la libertad para desarrollar su política a favor de la unificación. El gran interrogante era cómo reaccionaría Gorbachov ante los planes alemanes.

Mientras la RDA se hundía, las arremetidas contra los demás regímenes comunistas de Europa oriental continuaban. El régimen húngaro había sido uno de los precursores de la reforma y evitó ulteriores protestas simplemente disolviendo el Partido Comunista y la República Popular ya en octubre de 1989. El partido resurgió como Partido Socialista dentro de una República de Hungría reconstituida. El nuevo Gobierno fijó el mes de mayo de 1990 para celebrar las primeras elecciones libres húngaras después de más de cuarenta años. La reacción del Kremlin, tan distinta de la de 1956, fue sencillamente felicitar al partido húngaro por su valor y su previsión. El ministro de Asuntos Exteriores soviético Shevardnadze declaró que «todos los países tienen derecho a una libertad de elección absoluta».[26]

En Checoslovaquia, el régimen se había resistido a la reforma todo el tiempo que pudo y el final fue distinto pero sincrónico. El Partido Comunista había cargado con la responsabilidad de la represión después de la invasión soviética de 1968 y era todavía más impopular en Checoslovaquia que en otros países del este europeo. El hombre que había estado a cargo de las persecuciones, Gustáv Husák, fue obligado a dimitir como líder del partido en 1987, en parte porque personalmente Gorbachov no le podía ni ver. Pero los dirigentes que le sustituyeron eran unos completos desgraciados, sobre todo Miloš Jakeš, el nuevo secretario general, cuyos discursos balbucientes fueron motivo de gran regocijo en todo el país. Una semana después de la caída del Muro de Berlín se produjeron en Praga manifestaciones en contra del Gobierno que enseguida

se extendieron a otras partes del país. Destacados intelectuales, entre los que se encontraba el dramaturgo Václav Havel que había sido encarcelado varias veces por disidente, crearon un Foro Cívico que exigía conversaciones con el régimen. Los periodistas ocuparon algunos de los periódicos y empezaron a difundir el mensaje de la oposición, incluido un llamamiento a la huelga general. Jakeš y algunos miembros de la dirección del partido quisieron utilizar a la policía y los militares contra los manifestantes, pero descubrieron que no podían confiar en ellos. El 24 de noviembre, Jakeš y todo el *presídium* del partido dimitieron, y los nuevos dirigentes iniciaron negociaciones con la oposición.

Al día siguiente se puso de manifiesto que el equilibrio de poder en Checoslovaquia había cambiado para siempre. Solo en Praga 800.000 personas se manifestaron contra el Partido Comunista coreando eslóganes como «Queremos Democracia», «Volver a Europa» y «Havel presidente». Alexander Dubček, el líder del partido expulsado por los soviéticos tras la invasión de 1968, se unió a los manifestantes. En sendos discursos en su Eslovaquia natal y en Praga, Dubček llamó al cambio y la no violencia. «Si una vez hubo luz, ¿por qué debería haber oscuridad de nuevo? –dijo a la muchedumbre–. Actuemos [...] para volver a traer la luz.»[27] El 29 de noviembre, la Asamblea Federal Checoslovaca, todavía dominada por los comunistas, votó para introducir la democracia pluripartidista. Un mes después la misma asamblea eligió nuevo presidente del país por votación al antiguo disidente Václav Havel. Toda una generación de funcionarios comunistas se escabulló en las sombras. En su primer discurso como presidente, Havel ofreció su crudo veredicto sobre lo que había heredado la «Revolución de Terciopelo» checoslovaca. «Nuestro país no es próspero. El enorme potencial creativo y espiritual de nuestras naciones no se está utilizando con buen juicio. Ramas enteras de la industria están produciendo artículos que no interesan a nadie mientras carecemos de las cosas necesarias. Un Estado que se autodenomina Estado de los trabajadores los humilla y los explota. Nuestra economía obsoleta derrocha la poca energía que tenemos [...] Hemos contaminado el suelo, los ríos y los bosques que nos legaron nuestros antepasados y hoy día tenemos el medio ambiente con

más polución de Europa.» La única solución, dijo Havel, era crear «una república de personas íntegras, porque sin ellas es imposible resolver ninguno de nuestros problemas, ya sean humanos, económicos, ecológicos, sociales o políticos».[28]

El fin del comunismo llegó a Bulgaria de un modo distinto y más despacio. Siendo el país más pobre del Bloque oriental, Bulgaria se había beneficiado más que ninguno de los intercambios mutuos. Incluso en la década de 1980, muchos búlgaros consideraban que el comunismo constituía un programa de desarrollo relativamente fructífero a pesar de que les molestaban el autoritarismo y la opresión del Gobierno. La mayoría de ellos sentía una clara afinidad con los rusos por razones históricas y culturales. Sin embargo, con Gorbachov en el poder en Moscú, este sentimiento de proximidad podía conducir a resultados inesperados. El 10 de noviembre, un día después de la caída del Muro de Berlín, los dirigentes comunistas más jóvenes destituyeron al líder del partido Todor Zhivkov por fracasar a la hora de promover reformas al estilo de Gorbachov. Zhivkov había dirigido el partido durante más de treinta y cinco años. Era una figura paterna para muchos búlgaros y en general no le odiaban como a un Husak o un Jaruzelski. Los nuevos dirigentes querían aprovechar los éxitos del socialismo búlgaro al tiempo que se acercaban a la Comunidad Europea y se situaban para mantenerse en el poder después de que se hubiera introducido un sistema pluripartidista.

Los comunistas búlgaros lograron un éxito notable con sus planes, pero lo hicieron por métodos infames. Con el inicio de negociaciones en una mesa redonda según el modelo polaco, ganaron tiempo de forma que el partido pudo reconstituirse en un Partido Socialista a tiempo para las primeras elecciones libres de junio de 1990. Los excomunistas búlgaros no solo ganaron dichas elecciones sino que ayudaron a supervisar la transición a un nuevo sistema orientado a la economía de mercado, algo sin parangón en el antiguo Bloque soviético. Pero una de las principales razones de su éxito fue una campaña comunista sin precedentes para obligar a los musulmanes búlgaros a abandonar su identidad y tomar nombres cristianos. A partir de 1984, el régimen de Zhivkov había prohibido el uso del turco en

público y cerrado muchas mezquitas. En 1989, al verse presionado, el Partido Comunista empezó a deportar a Turquía a los activistas musulmanes. Murieron varias personas en enfrentamientos con la policía. En medio del pánico consiguiente, al menos 300.000 musulmanes búlgaros fueron expulsados o huyeron al otro lado de la frontera. Ello vinculó al Parido Comunista con el nacionalismo búlgaro y fue el presagio de los crímenes terribles que se producirían algunos años después más al oeste, en los Balcanes.

Una violencia aún peor tuvo lugar en Rumanía mientras allí el Partido Comunista trataba de aferrarse al poder. El dirigente rumano Nicolae Ceauşescu se jactaba de la independencia de su país respecto a Moscú. Aunque nominalmente era miembro del Pacto de Varsovia, Rumanía había condenado la invasión de Checoslovaquia en 1968 y posteriormente criticó la intervención soviética en el Cuerno de África y en Oriente Medio. Naturalmente, la insubordinación rumana era vista con buenos ojos en Occidente y Ceauşescu se vio recompensado con el acceso a la tecnología occidental e invitaciones a capitales extranjeras. En 1978, al dictador, cada vez más errático, le dieron permiso para visitar a la reina Isabel en el palacio de Buckingham −se dice que el personal de palacio, que ya había sido advertido con antelación, había retirado todos los objetos de valor de las habitaciones de invitados para que Ceauşescu y su esposa Elena no se los llevaran a su país golpeado por la pobreza. Porque mientras en el extranjero agasajaban a Ceauşescu, Rumanía se hundía más y más en la miseria, sobre todo porque su líder insistía en gastar cantidades ingentes en proyectos descomunales y ostentosos como la construcción en Bucarest, la capital, de la sede parlamentaria más grande del mundo.

Ceauşescu creía que estaba a salvo de las convulsiones que habían tenido lugar en otras partes de Europa oriental en el otoño de 1989 ya que su régimen no dependía de la ayuda soviética. Pero a los rumanos se les estaba acabando la paciencia. Las condiciones de vida habían ido empeorando durante más de una década y la escasez era tremenda. Quitando a Albania, el PIB de Rumanía era el más bajo de Europa, casi a la par que Jordania y Jamaica. Y la insistencia de Ceauşescu en ser tratado

como una figura divina incluso por otros dirigentes del Partido Comunista hizo que algunos de ellos desearan librarse de él. Por eso, cuando el fin llegó, lo hizo rápidamente. Después de una semana de disturbios en la ciudad de Timişoara, Ceauşescu se dirigió a los habitantes de Bucarest delante de su nuevo edificio del Parlamento. Al principio, todo parecía normal. Cientos de personas sostenían en alto retratos de Ceauşescu como habían hecho siempre en semejantes acontecimientos. El líder del partido elogió el valor revolucionario de la población capitalina. Entonces,

CEAUŞESCU: También quiero agradecer a los promotores y organizadores de este gran evento de Bucarest que considero un..., un...
MULTITUD: ¡Ti-mi-şo-ara! ¡Ti-mi-şo-ara!
GUARDAESPALDAS: Regrese a la oficina, señor.
CEAUŞESCU: ¿Qué? No, espera.
GUARDAESPALDAS: ¿Por qué están gritando?
MULTITUD: ¡Queremos pan!
ELENA CEAUŞESCU A LA MULTITUD: ¡Silencio!
CEAUŞESCU: ¡Hola!
MULTITUD: ¡Abajo Ceauşescu!
ELENA: ¡Silencio!
CEAUŞESCU A ELENA: ¡Cállate, cierra la boca!
CEAUŞESCU: ¡Camaradas! ¡Sentaos tranquilamente![29]

Todo esto ocurrió delante de micrófonos y fue retransmitido en directo a todo el país.

Se produjeron enfrentamientos en la plaza y la ciudad se vio envuelta en ellos durante la noche. Nadie pudo decir con exactitud quién luchaba contra quién porque algunas unidades militares se sumaron a los manifestantes. Murieron cientos de personas. Corrieron rumores de que algunos francotiradores de la temible policía secreta de Ceauşescu, la Securitate, disparaban a la gente desde los tejados. A la mañana siguiente la multitud asaltó el edificio del Comité Central donde los Ceauşescu se habían escondido. Pero ya habían huido en helicóptero. Cuando aterrizaron en una pequeña ciudad a 75 kilómetros al noroeste de Bucarest, el presidente y su esposa fueron hechos prisioneros por los militares locales. Les fusilaron el

día de Navidad de 1989 después de un juicio sumarísimo. La película del juicio es un espectáculo lamentable: una pareja de ancianos desconcertados que no comprenden del todo lo que les está pasando. Cuando se lee el veredicto, piden ser ejecutados juntos. La Rumanía comunista acabó como había empezado, con sangre.

Mientras Europa oriental se liberaba, los dirigentes soviéticos y estadounidenses se reunían por fin en una cumbre que se celebró en barcos anclados en Malta, en el Mediterráneo, en diciembre de 1989. En su primera reunión a bordo del barco soviético *Maksim Gorki*, Bush y Gorbachov convinieron en que la Guerra Fría había terminado. Pero sacaron conclusiones distintas en cuanto a su significado. A Bush le parecía que no tener a la URSS de adversario dejaba más libertad a Estados Unidos para obtener lo que quería en otros sitios. Para sorpresa de Gorbachov, y a la vista de los grandes cambios históricos que se producían en Europa, uno de los principales objetivos de Bush era poner fin al apoyo soviético a Nicaragua (y con un poco de suerte también a Cuba). Parecía como si para el presidente estadounidense la Guerra Fría hubiera regresado donde estuvo antes de la Segunda Guerra Mundial −una lucha ideológica global y no un conflicto entre dos superpotencias. Para el presidente soviético había mucho más en juego, principalmente porque se enfrentaba a una lucha por la reforma dentro de la URSS, pero también porque creía que el mundo estaba volviendo la espalda a lo que había producido la Guerra Fría. «Hoy día vemos que la confianza en la fuerza, en la superioridad militar, fue un error», dijo Gorbachov a Bush.

> No se justificaba [...] El énfasis en la confrontación basada en nuestras diferentes ideologías es un error. Alcanzamos un punto peligroso y está bien que nos detuviéramos para llegar a un entendimiento. La confianza en un intercambio desigual entre los países desarrollados y el mundo en vías de desarrollo no puede continuar. Se ha venido abajo. Fíjate cuántos problemas hay en el mundo en vías de desarrollo que nos afectan a todos. En general, mi conclusión es que desde el punto de vista estratégico y filosófico, los métodos de la Guerra Fría fracasaron [...] [aunque] nos enfrentamos a problemas de supervivencia, incluido el medio ambiente y los problemas de recursos.[30]

En Malta, ambas partes acordaron redoblar las negociaciones sobre control de armas, celebrar consultas sobre las cuestiones alemanas y abrirse a un aumento de los intercambios comerciales y tecnológicos. La cumbre salió bien, pero también quedó claro que los dos hombres tenían menos de qué hablar que en anteriores cumbres soviético-estadounidenses. El sistema internacional de la Guerra Fría se desvanecía rápido. Gorbachov se enfrentaba a la batalla de su vida: reformar y unir la Unión Soviética mientras realizaba su transición a una forma de Gobierno democrática. No hay duda de que Bush le deseaba lo mejor en esa empresa. Bush creía que Estados Unidos había ganado la Guerra Fría interestatal, y su prudencia innata hizo que no quisiera creer que en esa etapa una elevada conflictividad dentro de la URSS beneficiara necesariamente a Estados Unidos. Algunos de sus asesores pensaban que solo la desintegración de la Unión Soviética supondría el fin último de la Guerra Fría. Pero el presidente no estaba de acuerdo. Como siempre, Bush prefería la estabilidad a la asunción de cualquier tipo de riesgos.

Cuando Gorbachov regresó a Moscú, los problemas se acumularon. En el Cáucaso, la república soviética de Azerbaiyán sometía a bloqueo a la república soviética de Armenia creando un trastorno económico enorme. En los estados bálticos, las demandas de independencia se hacían oír cada vez más. En agosto de 1989, las poblaciones de Estonia, Letonia y Lituania unieron las manos literalmente y formaron la cadena humana más larga de la historia. Cantaban canciones de libertad e independencia y contaban la verdad de la historia. «Tres hermanas se despertaron de su sueño, ahora vienen a defenderse», decía una de ellas.[31] En Moscú, el Comité Central del PCUS condenó lo que denominaron un nacionalismo sin sentido. Pero incluso los comunistas de los estados bálticos entendieron en qué dirección soplaba el viento. En diciembre de 1989, justo después de que Gorbachov regresara de la cumbre de Malta, el Partido Comunista de Lituania rompió con el PCUS y declaró su independencia plena. Como en Europa oriental, los comunistas bálticos empezaron a creer que la única manera de seguir siendo relevantes era sumándose a la revolución nacional.

Dado el alto nivel de agitación nacionalista que tuvo lugar en algunas de las repúblicas europeas y caucásicas, muchos dirigentes del PCUS aconsejaron a Gorbachov que pospusiera las elecciones libres que había prometido celebrar en 1990. Pero Gorbachov se mantuvo firme. Temía que dar ahora un paso atrás le llevara a perder el control del PCUS. Gorbachov explicó a sus asesores que solo si pudiera enfrentar a los demócratas con el aparato del partido tendría una oportunidad de éxito. Estaba claro que ya no confiaba del todo en su propio partido. En las repúblicas bálticas las elecciones fueron como era de esperar; en todas ellas ganaron los partidos no comunistas. Luego, estos partidos hicieron lo que habían prometido a su electorado: declarar la independencia nacional. Lituania fue la primera y la que llegó más lejos. En marzo de 1990 el Soviet Supremo electo se constituyó en Consejo Supremo, que declaró sin demora que «los poderes soberanos del Estado de Lituania, abolidos en 1940 por fuerzas extranjeras, se han restablecido, y a partir de ahora Lituania es de nuevo un Estado independiente».[32] Ningún miembro del consejo votó en contra de la declaración de independencia. Dos semanas después, la asamblea estonia declaró ilegal la ocupación soviética de su país, y los letones hicieron lo propio en mayo de 1990. Gorbachov tenía ante sí un gran desafío.

El propósito de Gorbachov en 1990 era obligar al PCUS, partido del que seguía siendo secretario general, a renunciar a su monopolio en el poder. En muchos sentidos, el dirigente soviético se inspiraba en los acontecimientos ocurridos en Europa oriental. Quería democracia, pero también quería un Partido Comunista fuerte capaz de ganar elecciones y defender los logros de la era socialista. Quería delegar el poder en las repúblicas, pero mantener la URSS unida como Estado único. En el marco de la economía, quería préstamos extranjeros que ayudaran al país a recuperarse y la introducción paulatina de reformas de mercado. Es de destacar que Gorbachov parecía políticamente sordo al enorme daño que el deterioro económico ocasionaba a su capacidad para gobernar la Unión Soviética. Creía que la reforma política y la nueva sensación de libertad en toda la URSS compensarían la falta de bienes de consumo, al menos a corto plazo.

En esto, el líder soviético estaba sin duda equivocado. Cuanto más conscientes eran los ciudadanos soviéticos de su retraso respecto a otros países sobre lo que podían comprar en sus tiendas y mercados, más culpaban de ello a Gorbachov y a la dirección del PCUS. Las encuestas de opinión, llevadas a cabo libremente por primera vez en la URSS, mostraban que una gran mayoría de ciudadanos creían que las cosas se estaban poniendo más difíciles y que los más débiles estaban sufriendo las consecuencias. Fuera de las ciudades, muy poca gente se sumaba a la agitación política. «No prestábamos mucha atención –decía un aldeano de Volgoda–. El director de nuestro koljós nos diría que la *perestroika* y la *glásnost* eran importantes, pero ¿por qué habríamos de creerle? Veíamos las manifestaciones y los discursos en televisión, pero no tenían nada que ver con nuestras vidas.»[33]

Mientras tanto, en Moscú, Gorbachov se enfrentaba cada vez a más problemas, incluso después de que el Congreso de los Diputados del Pueblo le eligiera presidente de la URSS en marzo de 1990. En la nueva Asamblea existía una gran división de opiniones entre los liberales, que creían que Gorbachov iba demasiado despacio, y los conservadores, que pensaban que iba demasiado rápido. Dentro del aparato del Partido Comunista muchos estaban horrorizados por la facilidad con la que Gorbachov había dejado irse a Europa oriental y temían que también renunciara a mantener unida la Unión Soviética. En Rusia, una de las quince repúblicas que constituían la URSS, los reformistas liberales dominaban la Asamblea de la república tras las elecciones de la primavera de 1990, pero en vez de apoyar a Gorbachov eligieron presidente a Borís Yeltsin. El nuevo mandatario diseñó una declaración rusa de soberanía en la que la mayor de las repúblicas, que abarca tres cuartas partes del territorio soviético, manifestaba que las leyes de la república de Rusia prevalecían sobre las leyes soviéticas. Luego, en un discurso de gran efecto, Yeltsin dimitió del Partido Comunista de la URSS. En aquel momento, muchos pensaron que todo eso no era más que puro teatro por parte del extravagante Yeltsin. Pero durante los meses siguientes, en los que otras repúblicas siguieron el ejemplo de Rusia, la cuestión de la legitimidad soviética se volvió cada vez más complicada.

Al principio Gorbachov se mantuvo firme. Se negó a aceptar la independencia de Lituania o las reivindicaciones de plena soberanía de las demás repúblicas. En 1989, el Ejército Rojo había empleado la fuerza para disolver las manifestaciones nacionalistas en Georgia. Murieron veinte personas. En enero de 1990, tras meses de disturbios y enfrentamientos entre azeríes y armenios, fuerzas especiales soviéticas tomaron el control de Bakú, la capital de Azerbaiyán, en contra de una fuerte oposición nacionalista azerí. El ministro de Defensa soviético, Dmitri Yázov, dirigió personalmente las operaciones. Al menos murieron 130 civiles, además de treinta soldados del Ejército Rojo. Esta represión sangrienta apenas detuvo la deriva de Azerbaiyán hacia una declaración de soberanía nacional. Pero sí fortaleció la postura de Gorbachov ante los miembros del partido que apoyaban la línea dura del Kremlin.

La imagen de Gorbachov en plan víctima desafortunada de los acontecimientos tras el hundimiento del comunismo en Europa oriental no resiste un análisis riguroso. Gorbachov *quiso* la democratización de los países del este de Europa y la eliminación del Telón de Acero. También quiso la democratización de la Unión Soviética al estilo de lo que había sucedido más al oeste. En el verano de 1990 expuso claramente sus ideas en un discurso ante el XXVIII Congreso del Partido Comunista:

> En lugar del modelo estalinista de socialismo, vamos hacia una sociedad de ciudadanos libres. El sistema político se está transformando radicalmente, se están instaurando la auténtica democracia con elecciones libres, la existencia de muchos partidos y los derechos humanos, y se está recuperando el verdadero poder del pueblo [...] Ha comenzado la transformación del Estado supercentralizado en una auténtica unión de estados basada en la autodeterminación y la unidad voluntaria de los pueblos. En lugar de un clima de dictadura ideológica, hemos llegado a la libertad de pensamiento, la *glásnost* y la transparencia informativa en la sociedad.[34]

Pero Gorbachov no solo tenía confianza en sus ideales. Como demostraron los acontecimientos en Georgia y Azerbaiyán, seguía teniendo la lealtad del Ejército Rojo, tanto cuando quería usar la fuerza como cuando no quería. La sumisión a la dirección política del país estaba tan arraigada en los militares soviéticos que no discutían las órdenes ni asumían

responsabilidades políticas por su cuenta. Lo mismo ocurría en el KGB, pero esta organización estaba cada vez más dividida. Algunos ancianos veteranos, como el presidente del KGB Vladímir Kriuchkov, ponían la pervivencia de la URSS por encima de todas las demás obligaciones. Una generación más joven de oficiales de la policía secreta se dio cuenta de que el cambio era inevitable y de que tenían destrezas e información que les serían muy útiles personalmente cualquiera que fuese el resultado de las luchas políticas en la cúspide. A finales de 1990, algunos de ellos se pusieron en contacto con directores de empresas que planeaban privatizarlas o con extranjeros que tenían la esperanza de invertir en una nueva economía.

Por lo tanto, el principal problema de Gorbachov no era la deslealtad en los «ministerios del poder» sino la pugna política que tenía lugar dentro de la jefatura soviética. Como secretario general del PCUS estaba cada vez más atrapado entre dos grupos. Sus asesores liberales −Aleksandr Yakovlev, Gueorgui Shajnazárov, Anatoli Chernyaev y demás− querían que dejara el Partido Comunista, convocara elecciones presidenciales en toda la unión y las disputara como socialista demócrata. Los miembros más importantes de su Gobierno, el ministro de Defensa y el KGB querían que volviera a instalar la disciplina en el Partido Comunista y aplastara los movimientos nacionales de independencia. Gorbachov estaba atrapado en medio. No quería abandonar el PCUS porque creía que este seguía siendo clave para mantener la unión cohesionada. Si no es el PCUS, ¿qué tenemos?, espetó a sus acólitos más impacientes. Al mismo tiempo se negó a dar permiso para llevar a cabo un ataque generalizado contra los nacionalistas de las repúblicas. Estaba dispuesto a autorizar medidas enérgicas, pero solo cuando lo exigieran la violencia étnica o una posibilidad real de secesión. El derramamiento de sangre masivo no estaba en el programa.

En asuntos internacionales, la estrategia principal de Gorbachov desde 1990 en adelante era vincular la Unión Soviética más estrechamente a Europa. Al igual que sus asesores liberales, siempre había contemplado el futuro soviético en Europa, y la liberación de Europa oriental facilitó una mayor conexión con los principales países europeos. Gorbachov hablaba a

menudo, y bien, de «una casa europea común, desde el Atlántico a los Urales», una frase gaullista que se proponía apelar al interés propio europeo para ayudar a la transformación soviética. Pero el dirigente soviético sabía que llevar a cabo esa idea era impensable sin una solución para el problema alemán. No solo la RFA era la mayor potencia económica de Europa, sino que la RDA seguía siendo un recordatorio permanente del fracaso de una política soviética para Europa que se había encargado de construir muros por todo el continente en vez de derribarlos.

En febrero de 1990, Mijaíl Gorbachov había llegado a la conclusión de que una cierta unificación de Alemania era inevitable y que lo que más beneficiaría a la URSS sería desempeñar un papel positivo en el proceso. Lo que aceleró la empresa más allá de lo que la mayoría de los observadores, entre ellos los alemanes, habían podido imaginar, fue el efecto combinado de la crisis económica en la RDA y las elecciones celebradas allí en marzo de 1990. Como podía acceder a los productos de la RFA que consideraba superiores, poca gente quería comprar ya los artículos orientales. La producción se estancó. Sin embargo, para los habitantes de la RDA los bienes de consumo occidentales, más caros, eran imposibles de conseguir porque su dinero apenas tenía valor cuando lo cambiaban por marcos alemanes. En las elecciones, más del 40% de los ciudadanos de la RDA votaron por la Unión Demócrata Cristina (CDU por sus siglas en alemán) de Kohl −un partido que apenas tenía base en el este sencillamente porque pensaron que así se aceleraría la unificación. El resultado dejó atónita a Europa. Como el mismo partido gobernaba ya las dos Alemanias, estaba claro que la unificación no era una cuestión de futuro, sino de aquí y ahora.

Con la británica Margaret Thatcher indignada y al margen, todos los dirigentes europeos occidentales aceptaron la propuesta del presidente Bush y el *Bundeskanzler* alemán Helmut Kohl de iniciar un proceso internacional para acordar las condiciones de la plena reunificación de Alemania. Las llamadas negociaciones «Dos más Cuatro» (entre las dos Alemanias y las cuatro potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial) comenzaron en mayo de 1990; los auténticos puntos de conflicto eran si una Alemania unida podía ser miembro de la OTAN, y el ritmo y el formato de los

procedimientos de unificación. Para sorpresa de las potencias occidentales (y para consternación de los británicos, y en cierta medida de los franceses), Gorbachov aceptó no solo que la Alemania unificada perteneciera a la OTAN sino que el proceso se completara ese mismo año. Las promesas de la RFA de proporcionar más ayuda económica a la URSS contribuyeron a allanar el camino. Pero aún más significativo fue que Gorbachov estaba convencido de que la OTAN o Alemania ya no eran enemigas de la Unión Soviética. Eran amigas y socias. En la reunión que mantuvieron en julio de 1990 cerca de Stávropol, donde Gorbachov había nacido, Kohl lo expresó bien: «No se puede olvidar la historia. Porque sin un conocimiento de la historia no se puede entender el presente ni determinar el futuro. La mayoría de los presentes en esta mesa pertenecían a esta generación; aun así, de niños habían sufrido la guerra, demasiado jóvenes para ser culpables pero lo bastante mayores para comprender. Era tarea de esta generación arreglar algunas cosas antes de entregar el testigo a la generación siguiente».[35]

Aunque estaba emocionado con la unificación y las nuevas relaciones germano-rusas, Kohl no descuidaba la política de hechos consumados sobre el terreno para hacer que el proceso de unificación fuera irreversible. En el verano de 1990, el marco alemán se convirtió en la moneda oficial de la RDA y así nació una «unión monetaria, económica y social» entre los dos estados. Las leyes germano-occidentales se introdujeron poco a poco en la RDA y en agosto el Parlamento de esta última hizo una solicitud formal de adhesión al Gobierno de la República Federal de Alemania. Kohl sabía que semejantes movimientos levantarían críticas incluso entre sus aliados occidentales. Pero tenía la impresión de que era un riesgo que valía la pena asumir. Aún había cientos de miles de soldados soviéticos apostados en la RDA. Si algo le ocurría a Gorbachov, Kohl necesitaba poder tratar con cualquier Gobierno que le sustituyera en Moscú.

Hasta el final de las negociaciones celebradas en Moscú en septiembre de 1990 no estuvo claro que toda Alemania fuera territorio de la OTAN ni si Alemania recuperaría su plena soberanía inmediatamente después de la reunificación. Los británicos, agresivos hasta el final, insistían en el derecho de las tropas aliadas de la OTAN a entrar en lo que pronto sería la antigua

RDA sabiendo que los soviéticos lo rechazarían. El veterano ministro de Asuntos Exteriores Hans-Dietrich Genscher se negó a aceptar estas tácticas. Oriundo de la RDA, Genscher no deseaba que la unificación se retrasara. Insistía en un acuerdo inmediato y en una plena soberanía alemana. Trabajando con los soviéticos y los franceses, Genscher echó atrás las exigencias de los británicos. Al final, las partes acordaron un apaño de último minuto: las tropas no alemanas no se apostarían ni desplegarían permanentemente en el este, pero la definición del término «desplegar» la decidiría el Gobierno alemán de un «modo razonable y responsable, tomando en consideración los intereses de seguridad» de cada una de las potencias.[36] El 12 de septiembre de 1990 se firmó el Tratado Dos más Cuatro, que abrió el camino a la unificación alemana tres semanas después. Incluso el curtido diplomático Genscher se emocionó al firmar: «Este es un momento histórico para toda Europa y feliz para los alemanes. Juntos hemos recorrido un largo camino en un corto espacio de tiempo [...] El 3 de octubre los alemanes estaremos viviendo de nuevo en un Estado democrático por primera vez en cincuenta y siete años [...] [Ahora] solo deseamos vivir en libertad, democracia y paz con las demás naciones».[37]

Pero si la unificación alemana parecía casi un milagro de simplicidad y suavidad, algo se estaba tramando en otra parte de Europa. Un poco como en la Unión Soviética, las repúblicas de la federación yugoslava se habían estado distanciando durante varios años. Pero incluso dentro de las repúblicas más importantes existían tensiones étnicas. En Kosovo, de mayoría albanesa y por entonces parte de la república yugoslava de Serbia, los mineros albaneses fueron a la huelga para exigir más derechos para su comunidad. Los mineros de Kosovo estaban apoyados por grupos nacionalistas no comunistas de las repúblicas yugoslavas de Eslovenia y Croacia. En Serbia, el líder del Partido Comunista, Slobodan Milošević, consideraba las exigencias de Kosovo como otro intento de socavar la posición de Serbia dentro de Yugoslavia. En un discurso de 1989 condenó a aquellos que querían dividir Yugoslavia y afirmó que los serbios se habían sacrificado más que los otros para mantener el país libre y unido. «Ninguna nación del mundo podría aceptar ni histórica ni éticamente las concesiones

que los dirigentes serbios hicieron en detrimento de su pueblo, sobre todo porque nunca en toda su historia los serbios han conquistado ni explotado a otros.»[38]

Pero Milošević no podía detener las fuerzas centrífugas de Yugoslavia. Por el contrario, su propia retórica nacionalista contribuyó a ellas. En enero de 1990, los partidos comunistas esloveno y croata se separaron del Partido Comunista de Yugoslavia. En abril, las elecciones libres condujeron a mayorías no comunistas en ambas repúblicas. En Serbia, por el contrario, Milošević y lo que ahora quedaba del Partido Comunista se consolidaron en el poder. El escenario para los enfrentamientos estaba listo. En Eslovenia, el referéndum de diciembre de 1990 por la independencia se saldó con un 95% de votos a favor. En Croacia, los nacionalistas también ganaron el referéndum por la independencia, pero las importantes minorías no croatas, entre ellas la quinta parte de la población de origen serbio, boicotearon la votación. Cuando Eslovenia y Croacia, animadas por una Alemania recién unida, declararon la independencia al año siguiente, quedó preparado el escenario para las guerras yugoslavas, que durante los siguientes diez años arrasaron la antigua república federal. Hubo al menos 140.000 muertos y varios millones de desplazados en el peor conflicto armado desde la Segunda Guerra Mundial, unas guerras que las nuevas instituciones europeas no lograron detener.

En Moscú, Gorbachov seguía luchando por evitar un destino similar a la Unión Soviética. Después del acuerdo sobre Alemania, tenía la esperanza de que los créditos alemanes y el apoyo político internacional le ayudaran a estabilizar la situación interna. Pero hasta que la economía se estabilizara, el plan de Gorbachov era mantener unido al Partido Comunista mediante compromisos con los tradicionalistas y los nacionalistas moderados de las repúblicas. El nuevo Politburó del PCUS, elegido en el XXVIII Congreso del Partido en el verano de 1990, era una mezcla de los dos grupos en la que apenas había aliados reformistas del secretario general. En diciembre de 1990, después de que Gorbachov eligiera de vicepresidente al don nadie conservador Guennadi Yanáyev, el ministro de Asuntos Exteriores Shevardnadze dimitió, acusando a Gorbachov públicamente de conducir de

nuevo al país a una dictadura. En un discurso farragoso, Shevardnadze afirmó que «nadie sabe cómo será esta dictadura, qué clase de dictador llegará al poder y qué clase de orden se establecerá».[39] La dimisión de Sheverdnadze fue un golpe duro para Gorbachov. Ambos habían trabajado juntos para poner en práctica la *perestroika* desde su elección en 1985. Y lo que es peor, a principios de 1991 muchos otros reformistas siguieron los pasos del ministro de Asuntos Exteriores que, o bien dimitieron, o fueron expulsados por la nueva dirección del partido.

En la República de Rusia, el cada vez más populista Borís Yeltsin prometía mejorar los servicios y la economía si, y solo si, Rusia adquiría más poder dentro de la unión. Libre de las presiones de compromisos y obligaciones que acosaban a Gorbachov, Yeltsin podía prometer de todo a todos, pero también era un político sagaz que sabía que tenía que consolidar su posición dentro de Rusia para estar preparado para cualquier turbulencia que pudiera producirse en el Estado soviético. En la vecina Ucrania, la segunda de las repúblicas eslavas más grandes de la URSS, el líder de su Parlamento Leonid Kravchuk pensaba lo mismo. Seguía siendo miembro del Partido Comunista y estaba mucho menos dispuesto que Yeltsin a atacar a la Unión Soviética. Pero en el verano de 1990 aceptó la declaración de plena soberanía de Ucrania, un mes después que Rusia. En noviembre, ambos firmaron un pacto de ayuda mutua y amistad. Y cuando en enero de 1991 Gorbachov intentó de nuevo usar la fuerza en los países bálticos, los dirigentes de Rusia y Ucrania protestaron conjuntamente. Yeltsin fue a Tallin, capital de Estonia, donde en su habitual estilo dramático reconoció la independencia de las repúblicas bálticas y exhortó a los soldados del Ejército Rojo ruso a desobedecer las órdenes del Kremlin. En Moscú, más de 100.000 personas se manifestaron a favor de la independencia de los bálticos.

Además de usar el Ejército Rojo, Gorbachov tenía otro método definitivo mediante el cual esperaba mantener la cohesión de la Unión. Se trataba de convocar al pueblo a un referéndum. En marzo de 1991 y a pesar de la resistencia de sus asesores tanto liberales como conservadores, dirigió al país la siguiente pregunta: «¿Considera usted necesario preservar la

Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas como una federación renovada de repúblicas en igualdad de soberanía en la que se garanticen plenamente los derechos y libertades del individuo cualquiera que sea su nacionalidad?». Fue, por decirlo suavemente, una pregunta capciosa, y no es de extrañar que los bálticos, los georgianos y los armenios se negaran a participar. Pero los resultados en las demás repúblicas fueron mayoritariamente a favor de la unión con más de un 75% de votos afirmativos. En Rusia, el 73% votó a favor de la unión, lo que quizá no resulta sorprendente dado que había formado parte de la URSS desde el principio. Pero los votos en Ucrania (71% de síes) y en Asia central (entre el 95 % y el 98 % de síes) fueron una sorpresa y dieron esperanzas a Gorbachov mientras ese verano revisaba el Tratado de la Unión de acuerdo con la pregunta del referéndum.

La lógica primordial de la Guerra Fría había sido que una de las superpotencias tenía que perder para que la otra ganara. En opinión de muchos dirigentes estadounidenses eso significó en realidad que no podría haber una paz duradera en la Guerra Fría hasta que la Unión Soviética hubiera dejado de existir. Pero en 1991, cuando el escenario de un hundimiento soviético dejó de ser improbable, el prudente George H.W. Bush abandonó la creencia de que el fin de la URSS fuera, de hecho, conveniente para Estados Unidos. La Unión Soviética de Gorbachov era ya, desde luego, un Estado muy distinto al de Stalin. Pero el verdadero problema era que surgían nuevos desafíos, también para Estados Unidos, a medida que la Guerra Fría retrocedía. En enero de 1991, los estadounidenses fueron a la guerra contra Irak en respuesta a la invasión de Kuwait ordenada por Sadam Husein. Si bien se esforzó mucho para que Irak se retirase y evitar la guerra −al fin y al cabo Irak era un viejo aliado soviético−, Gorbachov se puso casi completamente del lado de Estados Unidos tan pronto como empezaron las operaciones estadounidenses en el Golfo. «Nuestras dudas, las tuyas y las mías, sobre Sadam Husein, se han demostrado ciertas –dijo al presidente Bush–. Es la clase de persona contra la cual es necesaria la fuerza. Comprendo perfectamente que es una carga para las naciones del mundo.»[40]

Tras la victoria estadounidense en la guerra del Golfo, Bush puso aún más interés en la necesidad de un cierto grado de estabilidad soviética que ayudara a Estados Unidos a encarar las crisis internacionales e impidiera la propagación de las armas de destrucción masiva. Bush empezó a considerar seriamente lo que podría ocurrirles a los arsenales nucleares soviéticos si el conflicto se extendiera dentro de la URSS. Por eso ignoraba a Yeltsin y a algunos de los rivales de Gorbachov más extremistas aún después de que la población de la República de Rusia hubiera elegido presidente a Yeltsin en junio de 1991. Durante una visita a Kiev, capital de Ucrania, a principios de agosto, Bush habló ante el Parlamento ucraniano que un año antes había declarado a Ucrania una república soberana. «Mantendremos las relaciones más sólidas posibles con el Gobierno soviético del presidente Gorbachov –dijo Bush a los ucranianos–. La libertad no es lo mismo que la independencia. Los estadounidenses no apoyarán a los que pretenden la independencia para sustituir una tiranía lejana por un despotismo local.» Bush tenía la esperanza de que «las repúblicas soviéticas combinarán una mayor autonomía con una mayor interacción voluntaria −política, social, cultural y económica− y no seguirán el desgraciado rumbo del aislamiento».[41] Los nacionalistas ucranianos estaban estupefactos y enfadados, y en Washington los conservadores se refirieron a las palabras de Bush como el «discurso del Pollo a la Kiev». Pero en ese momento, la disolución soviética le parecía al presidente de Estados Unidos más peligrosa que el poder soviético, con la posibilidad de que estallaran guerras civiles e interestatales a gran escala por toda Eurasia. Que estos temores no se cumplieran es algo que ahora damos por hecho, pero no se trataba necesariamente de que el Bloque soviético impidiera el destino final de Yugoslavia.

Mientras Gorbachov se preparaba para estampar su firma en el nuevo Tratado de la Unión, tenía motivos para mostrar un optimismo cauto sobre el futuro de su ejercicio de malabarismo. Gorbachov pensaba que todo se reduciría a la economía: como la unión estaba garantizada dentro de un nuevo marco, las reformas económicas avanzarían poco a poco ayudadas por las inversiones europeas, estadounidenses y asiáticas. Gorbachov

preveía una futura división en el Partido Comunista, tanto a nivel de la unión como de las repúblicas, y a él mismo encabezando un Partido Socialista de toda la unión que compitiera con éxito, así lo esperaba, dentro de un sistema democrático. El 4 de agosto de 1991, el secretario general se fue de vacaciones a Crimea como había hecho todos los años desde que asumiera el cargo. Esperaba acabar su trabajo sobre el nuevo Tratado de la Unión mientras estuviera allí.

Dos semanas después, Moscú despertó con la noticia de que se había declarado el estado de emergencia en todo el país. Los boletines de noticias decían que Gorbachov estaba de baja por enfermedad. Su lugar lo ocupaba una comisión gubernamental encabezada por el vicepresidente Yanáyev. A los moscovitas y a todo el país no les cabía la menor duda de que había sido un golpe de Estado. En Moscú, los ciudadanos se echaron a la calle y se concentraron delante del Parlamento ruso donde Yeltsin y sus asesores se habían atrincherado. Se volvió a imponer la censura y los líderes de la oposición fueron arrestados por el KGB. Los paracaidistas tomaron posiciones en los principales nudos.

La realidad era que Gorbachov había sido hecho prisionero en su dacha de Crimea. El día antes de anunciar el golpe, los conspiradores enviaron una delegación, en la que se encontraba su jefe de gabinete, para exigirle que aceptara sus planes. Gorbachov se negó. Se había enterado de que el KGB y los militares estaban planeando acabar con los disturbios en las repúblicas, pero nunca pensó que actuarían contra él. Con la negativa de Gorbachov, los planes de los conspiradores empezaron a salir mal aún antes de haberse anunciado. A la caída de la tarde del día del golpe, el jefe de un batallón de tanques enviado para dispersar a la muchedumbre delante del Parlamento declaró su lealtad a la República rusa. Yeltsin subió a lo alto de uno de los tanques y denunció la toma de poder. «Nos enfrentamos a un golpe derechista, reaccionario y anticonstitucional –gritó Yeltsin–. Estos métodos de fuerza son inaceptables. Nos [...] devuelven a los tiempos de la Guerra Fría y al aislamiento de la Unión Soviética en la comunidad internacional [...] Apelo a todos los rusos a dar una respuesta digna a los golpistas y a exigir que el país regrese al orden constitucional.»[42] Fue su

mejor momento. Algunos de sus ayudantes comentaron, con razón, que Yeltsin había nacido para desempeñar ese papel.

A partir de entonces todo les fue mal a los golpistas. El toque de queda que intentaron imponer en Moscú no se respetaba. Cada vez se levantaban más barricadas. Las unidades militares se mostraban reacias a obedecer las órdenes. El KGB dudaba. Los dirigentes de las repúblicas no devolvían sus llamadas. Desde el interior del Parlamento −el *Belyi Dom,* o Casa Blanca, como lo llamaban en ruso− Borís Yeltsin organizaba la resistencia. Anunció la creación de unas Fuerzas Armadas rusas, para distinguirlas de las soviéticas, y se nombró a sí mismo comandante en jefe. Al tercer día, los miembros de la comisión gubernamental se rindieron. Algunos viajaron a Crimea para reunirse con Gorbachov, que les saludó con un desprecio gélido. Otros simplemente se escabulleron y después fueron arrestados por la policía. El ministro del Interior Borís Pugo y su mujer se suicidaron, al igual que el asistente militar de Gorbachov, el mariscal Serguéi Ajroméyev, que se había puesto al servicio de la comisión.

Gorbachov regresó a Moscú en un avión enviado por los dirigentes rusos. Su estado de ánimo era sombrío. Su esposa Raísa, su mejor amiga y aliada, se había venido abajo durante su encarcelación y sufría de hipertensión. Pensaba en todos aquellos a los que había nombrado para ocupar altos cargos y le habían traicionado. Al llegar se dirigió a su casa para comprobar que Raísa estaba bien cuidada. Hizo algo muy humano, pero fue un error político gravísimo. Decepcionó a sus partidarios que habían arriesgado sus vidas por él y dejó que Yeltsin tomara el control de Moscú. El presidente ruso trabajó toda la noche. Cuando al día siguiente Gorbachov acudió al trabajo, Rusia ya había tomado el mando de la URSS.

La primera orden de Yeltsin fue suspender todas las actividades del PCUS en territorio ruso. Las oficinas del partido se cerraron y el edificio del Comité Central en Moscú fue sellado. Los leales a Yeltsin se apoderaron de sus archivos y documentos. El jefe del KGB, Vladímir Kriuchkov, uno de los golpistas, fue arrestado y el KGB disuelto posteriormente. Los cientos de funcionarios del cuartel general del KGB en Lubianka creyeron en un principio que la multitud enfurecida asaltaría el edificio. En cambio, los

moscovitas se divertían mirando las grúas que por orden de Yeltsin descuartizaban la estatua de Feliks Dzerdzhinski, el fundador de la policía secreta, fuera en la plaza. En el Kremlin Yeltsin obligó a Gorbachov a rescindir los nombramientos de los nuevos jefes militares y de los servicios de seguridad soviéticos y en su lugar nombrar a oficiales cercanos a él. Cuando Gorbachov apareció ante el Parlamento ruso para agradecerles su valor, los representantes le interrumpieron y Yeltsin se burló de él abiertamente; además, firmó más órdenes para ilegalizar las actividades del PCUS en presencia del secretario general. Cuando Gorbachov afirmó desde la tribuna que no podía determinar el grado de culpabilidad del PCUS en el golpe porque no se había leído todavía la documentación oportuna, Yeltsin fue hasta el podio con transcripciones de reuniones del partido. «¡Lea esto!», dijo el presidente ruso, y obligó a Gorbachov a leer en voz alta a la asamblea las pruebas de cómo le habían traicionado sus colegas comunistas.[43] El poder en la URSS estaba cambiando a todas luces.

El drama final de la Guerra Fría se convirtió en una tragedia puramente soviética. Mientras Yeltsin trabajaba con los demás dirigentes de las repúblicas para constituir una comunidad de estados soberanos, ignorando por completo a la URSS, el poder de Gorbachov decayó. Después del golpe, dimitió como secretario general y no cuestionó a Yeltsin la expropiación total de los fondos y propiedades del PCUS en Rusia. En septiembre de 1991, el Congreso de los Diputados del Pueblo, la asamblea electa de la Unión en la que Gorbachov había puesto tanta fe como nuevo Parlamento democrático de la URSS, se autodisolvió. La política de las repúblicas tenía prioridad, también para los políticos. Los estados bálticos ya se habían restablecido como países plenamente independientes durante el golpe de agosto. En las repúblicas de Asia central, que tan poco dispuestas se mostraron en marzo a ver desaparecer la Unión Soviética, las élites nacionales salidas del Partido Comunista declararon la plena soberanía durante el otoño de 1991. Su situación era parecida a los efectos de la descolonización inglesa o francesa treinta años antes: el centro imperial dejó de gobernar y, por lo tanto, las élites locales constituyeron nuevos estados en base principalmente a las lecciones aprendidas durante el final de

la era imperial. El último clavo del ataúd soviético fue el referéndum del 1 de diciembre en Ucrania, en el que la población votó abrumadoramente a favor de la plena independencia.

Gorbachov pudo haber intentado usar la fuerza para mantener unida la unión. Seguía siendo el presidente de la URSS. Él creía que el Ejército Rojo le habría obedecido, como lo habrían hecho, al menos hasta un cierto punto, los servicios de seguridad. Pero se negó rotundamente a hacerlo. Para él, una unión involuntaria no era alternativa a una Unión Soviética. En reiteradas ocasiones dijo a su grupo cada vez menor de asesores −ahora de nuevo sobre todo sus antiguos amigos liberales− que el uso de la fuerza pondría en peligro todo lo que había defendido. No presidiría una dictadura; preferiría ver desaparecer la unión y que la sustituyera una especie de confederación, lo que Gorbachov pensaba que era el objetivo de Yeltsin. Tal vez podría impedir que la URSS se convirtiera en otra Yugoslavia, donde las guerras civiles se estaban recrudeciendo. Además, Gorbachov estaba exhausto. Después de la traición de personas a las que había estado muy unido y con su amada esposa enferma, no tenía fuerzas para seguir luchando.

El 8 de diciembre de 1991, los máximos dirigentes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia tuvieron una reunión secreta en una residencia del Gobierno en el bosque de Belavezha, cerca de la frontera polaco-bielorrusa. Se reunieron allí porque todos ellos temían aún que los servicios de seguridad, a las órdenes de Gorbachov, se presentaran para detenerles. En una cláusula del documento que firmaron apresuradamente y que disolvía la Unión Soviética, los tres determinaron «que la URSS deja de existir como sujeto de derecho internacional y realidad geopolítica». En su lugar establecieron una Comunidad de Estados Independientes a la que podrían unirse otras repúblicas soviéticas cuando quisieran. Se comprometieron a cooperar política y económicamente, conceder los mismos derechos a todos los residentes en sus respectivas repúblicas cualquiera que fuese su origen nacional, y respetar plenamente la integridad territorial de todos y cada uno de los países.[44] Rusia ratificó el tratado el 12 de diciembre, el mismo día que abandonaba la Unión Soviética. Al cabo de unas semanas, Armenia,

Azerbaiyán, Kazajistán, Kirguistán, Moldavia, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán se habían unido a la nueva comunidad.

Después de algunas dudas de última hora, Gorbachov decidió dimitir como presidente soviético. El 25 de diciembre, en su discurso de dimisión televisado, el presidente dijo al pueblo soviético que había luchado por «la conservación de la Unión de Estados y la integridad de este país». Pero

> los acontecimientos tomaron un rumbo distinto. La política que prevaleció fue la de desintegrar este país y desunir el Estado, lo cual es algo que no puedo suscribir […] El destino quiso que cuando me encontraba a la cabeza del Estado ya estaba claro que algo no iba bien […] [el país] no iba a ninguna parte y no podíamos vivir como solíamos. Todo tenía que cambiar radicalmente […] Se ha llevado a cabo un esfuerzo de importancia histórica. Se ha eliminado el sistema totalitario, el cual hace mucho tiempo impidió a este país ser próspero y rico […] Estoy convencido de que tarde o temprano, algún día, nuestros esfuerzos comunes darán sus frutos y nuestras naciones vivirán en una sociedad próspera y democrática. A todos ustedes les deseo lo mejor.[45]

Antes de la retransmisión de su discurso, Gorbachov llamó al presidente Bush y le contó lo que sucedería. Las armas nucleares soviéticas estaban a salvo, le dijo. La autoridad le sería transferida a Yeltsin inmediatamente. Con sus evasivas habituales, Bush respondió a la llamada emocionada de Gorbachov el día de Navidad hablando de generalidades, como si estuvieran en una reunión pública: «Así que en esta época del año y en este momento histórico te saludamos y te agradecemos lo que has hecho por la paz mundial. Muchas gracias».[46]

Cuando Gorbachov terminó su discurso televisado, sus asistentes militares se escabulleron en silencio llevando las maletas con los códigos nucleares y buscando a su nuevo jefe en otra parte del Kremlin. Gorbachov fue solo al Salón Nogal, donde muchas veces se habían reunido los miembros del Politburó soviético, a tomar una copa con cinco de sus ayudantes más cercanos. Luego, antes de la medianoche, se marchó a su casa como expresidente de un antiguo país.[47]

La disolución de la Unión Soviética eliminó el último vestigio de la Guerra Fría como sistema internacional. Durante dos generaciones dominó los asuntos internacionales, y la lucha ideológica que la precedió y de la que se alimentó aún más. Como sucede en buena parte de los cambios que se producen en la política mundial, el final fue repentino pero los antecedentes fueron largos. Como un elemento dominante en los asuntos humanos, la Guerra Fría fue mal durante algún tiempo, al menos desde que empezaron a producirse profundos cambios económicos y políticos globales a mediados de la década de 1970. Pero el hundimiento soviético le puso término definitivamente. No quedó un país que desafiara a Estados Unidos en nombre de una ideología radicalmente distinta. Los conflictos y las tensiones que habían surgido de la Guerra Fría permanecerían, como también sus armas horrendas y estrategias controladas, pero había pasado el tiempo y unas nuevas formas de interacción global habían ocupado el sitio de las antiguas.

El mundo que nos dejó la Guerra Fría

La Guerra Fría, como sistema internacional de estados, finalizó ese día frío y gris de diciembre cuando Mijaíl Gorbachov firmó en Moscú la muerte de la Unión Soviética. Pero la Guerra Fría ideológica, que ya existía casi dos generaciones antes, solo desapareció en parte. Hay que admitir que el comunismo, en su versión marxista-leninista, había dejado de existir como ideal práctico para organizar la sociedad. Pero en el lado estadounidense no cambiaron mucho las cosas aquel día de diciembre de 1991. La política exterior siguió su curso sin dejarse alterar por ningún ajuste significativo en la visión estratégica o los objetivos políticos. La Guerra Fría había terminado y Estados Unidos la había ganado, pero la mayoría de los estadounidenses seguían creyendo que solo podrían estar a salvo si el mundo se pareciera mucho más a su país y si los gobiernos del mundo se atuvieran a la voluntad de Estados Unidos. Se mire por donde se mire, las ideas y los supuestos acumulados durante generaciones permanecieron inalterables, a pesar de que había desaparecido una importante amenaza externa. En lugar de una política exterior estadounidense más restringida y por lo tanto más factible, la mayoría de los responsables políticos de los partidos creían que este era un momento unipolar, en el que Estados Unidos podría actuar según sus deseos con un coste mínimo.

El triunfalismo de Estados Unidos después de la Guerra Fría tuvo dos versiones. Una podría denominarse la versión Clinton, que hacía hincapié en la prosperidad capitalista al estilo estadounidense y los valores de mercado a escala mundial. Era llamativa su falta de un propósito específico en los asuntos internacionales, así como su ausencia de disciplina para

alcanzar incluso sus objetivos económicos. En vez de crear marcos generales y estables para conducir la política exterior, a través de las Naciones Unidas, las instituciones monetarias internacionales y los acuerdos a largo plazo con otras grandes potencias (en general China y Rusia), la administración de Clinton se concentró en su programa de prosperidad. Obrar de acuerdo con sus instintos políticos, al menos en su propio país, fue lo acertado: los estadounidenses estaban hartos de las campañas internacionales del pasado y querían disfrutar de lo que alguien llamó «el dividendo de la paz». Pero desde una perspectiva internacional, la década de 1990 constituyó una ocasión perdida para institucionalizar la cooperación así como para utilizar el dividendo de la paz para combatir las enfermedades, la pobreza y la desigualdad a nivel mundial. Los ejemplos más patentes de estas omisiones fueron los antiguos campos de batalla de la Guerra Fría, como Afganistán, Congo o Nicaragua, de los que Estados Unidos −y en realidad muchos otros− no pudieron haberse preocupado menos una vez finalizada la Guerra Fría.

La segunda forma de triunfalismo estadounidense tras la Guerra Fría podría denominarse la versión Bush. Donde Clinton hacía hincapié en la prosperidad, Bush ponía el acento en el predominio. En medio, naturalmente, se encuentra el 11 de septiembre. Es posible que la versión de Bush nunca hubiera existido si no fuera por los ataques terroristas de Nueva York y Washington perpetrados por fanáticos islamistas, en realidad por una facción traidora de una de las alianzas de Estados Unidos durante la Guerra Fría. Lo que está claro es que la experiencia de la Guerra Fría condicionó la respuesta de Estados Unidos a estas atrocidades. En lugar de una combinación de ataques militares selectivos y cooperación policial mundial, lo que hubiera sido la reacción más sensata, la administración de Bush optó por utilizar el momento unipolar para arremeter contra sus enemigos y ocupar Afganistán e Irak. Desde un punto de vista estratégico, estas acciones no tenían sentido, ya que en realidad creaban en el siglo XXI dos colonias bajo el dominio de una gran potencia que ni anhelaba ni le interesaba el régimen colonial. Gran parte de los observadores independientes con algo de experiencia en los dos países dijeron a

Washington que las ocupaciones llevarían a una mayor actividad islamista, no menor. Pero Estados Unidos no actuó por razones estratégicas. Actuó porque sus ciudadanos estaban enfadados y asustados. Y actuó porque podía. La orientación de las actuaciones la decidieron los asesores de política exterior de Bush, gente como Dick Cheney, Donald Rumsfeld y Paul Wolfowitz, que siempre pensaban en el mundo en función de la Guerra Fría. Daban especial importancia a la proyección del poder, el control territorial y el cambio de régimen en casos en los que una combinación de construcción de alianzas regionales, embargos económicos estrictos, vigilancia policial internacional y ataques aéreos de castigo, habría hecho el trabajo de un modo más eficaz.

En las décadas de 1990 y 2000 fue como si Estados Unidos hubiera perdido un objetivo global −la Guerra Fría− y no hubiera encontrado uno nuevo todavía. Mientras tanto, las viejas costumbres y formas de pensar se mantenían más o menos sin cambios. Hay, desde luego, quienes insistirían en que Estados Unidos no puede comportarse a nivel internacional de ninguna otra manera. Debido a que es una nación de índole claramente ideológica, fundamentada en valores y principios políticos y no en una larga historia de cultura y lengua comunes, es en sí misma una especie de Guerra Fría permanente contra todos los adversarios. Se dice que Estados Unidos no puede tener un momento de introspección y duda a lo Gorbachov porque cuestionar el objetivo de la nación iría en contra del verdadero ser de Estados Unidos. El periodo posterior a la Guerra Fría no fue por lo tanto una aberración, sino la confirmación de un objetivo histórico absoluto de Estados Unidos, en el que la Guerra Fría fue solo un episodio y donde la hegemonía global o la derrota eran los dos únicos resultados posibles.

Es indudable que los que reivindican esta coherencia en el papel internacional de Estados Unidos están equivocados. Al fin y al cabo, sus políticas exteriores han cambiado con el tiempo dependiendo de los conceptos internos de objetivo político, capacidad militar y amenazas externas reales. Podría decirse, y yo estaría de acuerdo, que la promesa democrática de Estados Unidos −incumplida como ha sido el caso a menudo− niega tal determinismo. Pero la falta de reflexión y debate

específico que propició el triunfalismo de la Guerra Fría supuso que llevar a cabo los cambios de política necesarios después de finalizada fuera más difícil. Esta idea no cuestiona la importancia a largo plazo de la ideología en la política exterior estadounidense, sobre lo cual he escrito largo y tendido en este libro y otras publicaciones. Pero la falta de rumbo de Estados Unidos después de la Guerra Fría hay que verla como una consecuencia de la falta de liderazgo imaginativo, no como algo intrínseco o predeterminado.

Algunos dirían que pedir una reorientación de la política exterior estadounidense después de la Guerra Fría era pedir demasiado, y que criticar el triunfalismo es demasiado fácil. Después de todo, Estados Unidos salió vencedora y por lo tanto no tendría muchas demandas para modificar su trayectoria. La URSS necesitaba las reformas de Gorbachov y se hundió cuando estas fracasaron. Pero Estados Unidos no necesitaba semejantes cambios drásticos. No hay que complicarse la vida sin necesidad.

Pero esta postura adopta una visión demasiado estrecha de la experiencia estadounidense de la Guerra Fría. Al igual que su enemigo, Estados Unidos tuvo su ración de éxitos y fracasos. Solo que el balance general fue distinto, y mejor, que el de la otra parte. Las mitologías de la Posguerra Fría, utilizadas a menudo, por ejemplo, con relación a Irak y Afganistán, y estoy seguro de que a otros conflictos en el futuro, subrayan la escalada militar de Reagan y su empeño en hacer frente a la URSS como causa principal de la victoria estadounidense en la Guerra Fría. Este libro ha hecho hincapié en que las alianzas a largo plazo, los avances tecnológicos, el crecimiento económico y la voluntad de negociar, fueron las armas más importantes del arsenal estadounidense, incluso (o tal vez en especial) durante la época de Reagan. Se piense lo que se piense, está claro que Estados Unidos no logró aplicar las mejores enseñanzas de cómo dirigió la Guerra Fría con objeto de controlar su papel en la etapa posterior a la misma.

Lo que enseña este libro es que la razón principal del fin de la Guerra Fría fue que el mundo en su conjunto estaba cambiando. A partir de la década de 1970 tuvieron lugar transformaciones económicas globales que,

primero, favorecieron a Estados Unidos pero luego beneficiaron cada vez más a China y a otros países asiáticos. Poco a poco, a lo largo de la generación transcurrida desde la Guerra Fría, Estados Unidos tenía más y más difícil mantener el predominio global. Cada vez con más frecuencia tenía que ponerse a trabajar con otros dentro de una constelación multipolar de naciones. La autocomplacencia de la década de 1990 y los intentos fallidos de reordenar el mundo islámico por la fuerza en la década de 2000 pusieron de relieve que Estados Unidos desaprovechó muchas oportunidades para prepararse para el nuevo siglo en el que su poder relativo se vería reducido. Las lecciones de la Guerra Fría indican que su principal objetivo debería haber sido vincular a los demás a la clase de principios de conducta internacional que Estados Unidos quisiera que perduraran, sobre todo a medida que su poder disminuye.

En cambio, Estados Unidos hizo lo que hacen a menudo las superpotencias en declive: meterse en guerras inútiles e innecesarias lejos de sus fronteras, en las que la seguridad a corto plazo (o incluso la conveniencia) se confunden con los objetivos estratégicos a largo plazo. Su preocupación por la seguridad absoluta (que no se puede tener) y el petróleo barato, que en el mejor de los casos era un convenio limitado, le llevó a pasar por alto un panorama más amplio, sobre todo en lo que se refería a Asia. La consecuencia es que Estados Unidos está menos preparado de lo que podría haber estado para lidiar con los grandes desafíos del futuro: el auge de China e India, el traspaso del poder económico de Occidente a Oriente y las pruebas sistémicas tales como el cambio climático y las epidemias.

Si Estados Unidos ganó la Guerra Fría, como creo que hizo, entonces la Unión Soviética, o más bien Rusia, la perdió, y la perdió por mucho. Y esto ocurrió principalmente porque sus dirigentes políticos, del Partido Comunista, no ofrecieron a la población un sistema político, económico ni social adecuado para sus propósitos. Los soviéticos se sacrificaron enormemente durante el siglo XX para intentar construir una nación y una sociedad de las que pudieran sentirse orgullosos. La gran mayoría de los ciudadanos creyeron que su esfuerzo y la defensa de sus logros habían

creado una superpotencia de alcance mundial y un futuro mejor para sí mismos. La capacidad para creer en la mejora bajo el dominio soviético, que sería también el punto álgido del éxito ruso, alejó las dudas de la mayoría, incluso de aquellos que deberían saberlo mejor. Los gobernantes ignoraron los crímenes del Estado soviético y gobernaron igual, en una mutua conspiración de silencio.

Luego, en la década de 1980, todo se vino abajo. Las condiciones en el país fueron a peor, no a mejor. El Estado que muchos creyeron que era casi omnipotente no lograba cumplir ni con las tareas más sencillas. Afganistán y el coste del aislamiento internacional privaron a los jóvenes del futuro que deseaban. Y cuando las reformas necesarias se iniciaron bajo el mando de Gorbachov tampoco aportaron los avances que anhelaban los ciudadanos. Aunque muchos soviéticos acogieron con entusiasmo la libertad de expresión, de voto, de asociación, de práctica religiosa o de poder ver las películas y leer la literatura que habían sido prohibidas, había un vacío enorme en el meollo de la *perestroika*. Sin pan, ¿hay libertad?, preguntaban cada vez con más frecuencia algunos de ellos.[1]

Y entonces el Partido Comunista se autodestruyó y de repente el Gobierno soviético desapareció. A excepción de los estados bálticos, la independencia llegó a las repúblicas soviéticas no como una exigencia desde abajo que ya existía, sino más como un efecto del progresivo hundimiento soviético. Después de diciembre de 1991, quince repúblicas que anteriormente formaban parte de la URSS tuvieron de repente que buscar su propio camino en el mundo. El nacionalismo llegó a la mayoría de ellas para justificar la independencia de la nación y no a la inversa. En este sentido, el hundimiento de la Unión Soviética fue en realidad un caso de descolonización que recuerda lo que sucedió con los imperios británico y francés. No es de extrañar que una generación después de lograda la soberanía, casi todos los estados postsoviéticos se enfrenten aún a altos niveles de tensión étnica y política.

Fue peor para la propia Rusia. El desplome hizo que los rusos se sintieran *declassés,*[*] privados de su posición, tanto si vivían en Rusia como si se encontraban entre los muchos que habitaban otros nuevos estados

postsoviéticos. Un día habían sido la élite de una superpotencia y al siguiente no tenían ni meta ni rango. Las cosas también iban mal en lo material. Las personas mayores no tenían pensión y algunos morían de hambre. La malnutrición y el alcoholismo redujeron la vida media del hombre ruso de los sesenta y seis años en 1985 a menos de cincuenta y cinco diez años después. A los rusos, acostumbrados a un grado notable de estabilidad (a veces deprimente), les parecía que el robo, la violencia y las películas pornográficas eran los mayores logros de la libertad postsoviética.

Entre los robos está el que con toda seguridad se puede calificar como el asalto del siglo. Se trata de la privatización de la industria rusa y de sus recursos naturales. La privatización tenía que llegar, dicen algunos de sus defensores. Tras el desplome de la URSS, su economía planificada agonizaba. Pero aun si se acepta este argumento, la forma en que tuvo lugar la privatización es inadmisible. Mientras el Estado socialista se desmantelaba, una nueva oligarquía surgida de las instituciones del partido, oficinas de planificación y centros de ciencia y tecnología, controlaba la propiedad de las riquezas de Rusia. En lugar de utilizarlos para remediar algunos de los muchos males del país, los recursos se concedían a los amigos y partidarios del presidente Borís Yeltsin que estaban bien relacionados. El valor creado por generaciones se cedía a personas que no tenían relación con la comunidad local (pero sí muchas con los que estaban en el poder). Muchas veces los nuevos propietarios despojaban sus posesiones de lo que podían vender y cerraban lo que quedaba de la producción. En el plazo de tres años, el desempleo pasó del 0 % al 30 %. Y todo esto ocurría mientras Occidente aplaudía la reforma económica de Yeltsin.

Al menos visto en retrospectiva, está claro que la transición económica al capitalismo fue una catástrofe para la mayoría de los rusos; también está claro que después de la Guerra Fría Occidente debería haberse ocupado de Rusia mejor de lo que lo hizo. Sin embargo, es difícil precisar cuáles hubieran sido las vías alternativas. Creo que la clave habría estado en darse cuenta, cosa no muy frecuente en la década de 1990, de que debido a su tamaño Rusia seguiría siendo en cualquier caso un Estado crucial en

cualquier sistema internacional. Por lo tanto, después de 1991 hubiera sido beneficioso para Occidente, y sobre todo para los europeos, empezar a integrar al país en los acuerdos comerciales y de seguridad europeos lo antes posible. Semejante planteamiento habría exigido mucho dinero, e incluso mucha paciencia, dado el caos reinante en Rusia. Algunos sostienen que hubiera sido políticamente imposible, tanto en Occidente como en la propia Rusia. Desde luego no había a la vista una iniciativa de la magnitud del Plan Marshall. Occidente y Rusia serían hoy día mucho más seguros si la posibilidad de Rusia de ingresar en la Unión Europea y acaso también en la OTAN se hubiera, al menos en cierto modo, mantenido abierta en la década de 1990.

En cambio, Rusia se quedó fuera de los procesos de integración económica y militar que con el tiempo se extendieron hasta sus fronteras. Esto produjo en los rusos el sentimiento de ser unos marginados y dejó al país furioso a las puertas de Europa. A su vez, dio credibilidad a los patrioteros y los intolerantes, como es el caso de su actual presidente Vladímir Putin, que considera que todos los desastres que han acaecido al país durante la última generación forman parte de un plan estadounidense preconcebido para reducirlo y aislarlo. El autoritarismo y la belicosidad de Putin se han visto sustentados por un auténtico respaldo popular. La mayoría de los rusos desearía creer que todo lo que les ha pasado es culpa de otro, en vez de resolver los enormes problemas de su sociedad y su Estado. Las convulsiones de la década de 1990 han dado paso a una especie peculiar de cinismo desinhibido que no solo engloba una profunda desconfianza en sus conciudadanos, sino que ve conspiraciones contra ellos por todas partes del mundo, muchas veces contrarias a los hechos y la razón. Más de la mitad de los rusos creen ahora que Leonid Brézhnev fue su mejor dirigente del siglo XX, seguido de Lenin y Stalin. Gorbachov se encuentra al final de la lista.[2]

Para otros países del mundo, el fin de la Guerra Fría fue sin duda un alivio. La desaparición de la amenaza nuclear de aniquilación mundial eliminó, o al menos aplazó, uno de los grandes desafíos para la existencia humana. Había también razones para esperar, en especial durante la década

de 1990, que el intervencionismo de las grandes potencias disminuyera y se respetaran los principios de soberanía y autodeterminación. Europa y Japón habían obtenido muchos beneficios de la Guerra Fría, al igual que China en su última fase. La división de Europa, y de Alemania, fue una tragedia como asimismo la imposición de regímenes dictatoriales en el este. Pero el sistema internacional había ofrecido a Europa casi cincuenta años de paz, algo desconocido allí durante la primera parte del siglo. Y protegidas por esta paz, se desarrollaron sociedades con capacidad de adaptación que supieron enfrentar notablemente bien las transformaciones posteriores a la Guerra Fría, entre ellas la despiadada transición al capitalismo de los países del este y la unificación de Alemania, el mayor proyecto del periodo de la Posguerra Fría. Japón, despojado de las claras ventajas económicas internacionales de las que había disfrutado durante la Guerra Fría, entró en un periodo de crecimiento bajo. Pero lo hizo desde un nivel de desarrollo muy alto, ya que en 1995 el PIB per cápita del país seguía siendo un 30% mayor que el de Estados Unidos. «Si esto es una recesión –comentó un amigo mío africano que vivía en Tokio–, ¡yo también quiero una!».

A menudo se considera que China es una de las principales beneficiarias de la Guerra Fría. Naturalmente, esto no es del todo cierto. Al país le impusieron una dictadura marxista-leninista de corte europeo que en gran parte chocaba con sus necesidades. El resultado, durante la época maoísta, constituyó uno de los crímenes más terribles de la Guerra Fría, en el que murieron millones de personas. Pero durante las décadas de 1970 y 1980, la China de Deng Xiaoping se benefició enormemente de su alianza de facto con Estados Unidos, tanto en materia de seguridad como de programas de desarrollo. El fin de la Guerra Fría supuso una conmoción total para los dirigentes chinos, que de repente se dieron cuenta de que −en parte debido a su propio empeño en combatir a los soviéticos− se habían quedado solos frente a los estadounidenses en un mundo unipolar. Desde la perspectiva china se había derrumbado la superpotencia equivocada: habían creído que, al menos a largo plazo, la URSS iba en ascenso mientras que Estados Unidos decaía. Desde la década de 1990, al Partido Comunista de China le aterrorizaba que la influencia estadounidense alterase su dominio en el

interior del país y le acorralara en el exterior, incluso entre sus vecinos asiáticos.

En el mundo multipolar que desde entonces se está afianzando, parece probable que Estados Unidos y China sean las potencias más fuertes. A no ser que tropiecen en su propio país, y eso puede darse fácilmente en ambos casos, su rivalidad por influir en Asia definirá el panorama mundial. Pero no es probable que las relaciones de Estados Unidos con China o, para el caso, con Rusia, se conviertan en un tipo de Guerra Fría. Ambas tienen sistemas políticos muy distintos al de Estados Unidos (o entre una y otra). Pero tanto China como Rusia están bien integradas en el sistema capitalista mundial y muchos de los intereses de sus dirigentes están vinculados a una mayor integración. A diferencia de la URSS, no es probable que estos pueblos pretendan el aislamiento o la confrontación global. Intentarán reducir poco a poco los intereses estadounidenses y dominar en sus regiones. Pero ninguno, por sí mismo, está dispuesto o es capaz de iniciar un conflicto ideológico global o unos sistemas de alianzas militarizados. Rivalidades que, con toda seguridad, pueden provocar conflictos, o incluso guerras localizadas, pero no del tipo de la Guerra Fría.

Durante toda la Guerra Fría, las regiones que constituyeron el campo de batalla fueron las que más sufrieron. Corea, Indochina, Afganistán, gran parte de África y Centroamérica quedaron arrasadas. Algunas se recuperaron, pero en otras la destrucción dejó cinismo a su paso. Puede que a los protegidos de Estados Unidos durante la Guerra Fría se les diera bien el puro saqueo. Dictadores cuyos nombres empiezan por M −Mobutu (Congo), Marcos (Filipinas) y Mubarak (Egipto)– amasaron solo entre ellos una fortuna que se calcula en 17.000 millones de dólares según estimaciones recientes. Pero los protegidos soviéticos no se quedaron atrás. Angola, uno de los países en los que la Guerra Fría causó más estragos, pudo haber estado entre los más ricos del mundo gracias a sus recursos minerales y energéticos. Pero en la actualidad, la población en su mayor parte sigue siendo tremendamente pobre. Mientras, se dice que la hija del presidente es la mujer más rica de África, con una fortuna que se calcula en unos 3.000 millones de dólares.

La facilidad con la que muchos antiguos marxistas se adaptaron al sistema de mercado posterior a la Guerra Fría lleva a preguntarse si en un principio se hubiera podido evitar el conflicto. Lo que está claro es que el resultado no mereció el sacrificio, no en Angola, pero probablemente ni en Vietnam, Nicaragua, ni de hecho tampoco en Rusia. «Si tuviera que hacerlo una vez más –confesó Todor Zhivkov, jefe de los comunistas búlgaros durante mucho tiempo–, ni siquiera sería comunista, y si Lenin viviera hoy diría lo mismo [...] Debo admitir ahora que partimos de una base equivocada, de una premisa errónea. Los fundamentos del socialismo estaban equivocados. Creo que en el momento mismo de su concepción, la idea del socialismo estaba malograda.»[3] Incluso a los que estaban en el bando ganador les parecía que los costes y los riesgos eran demasiado elevados: en vidas, en gastos y en la amenaza de la guerra nuclear.

Pero ¿pudo evitarse en la década de 1940, cuando la Guerra Fría pasó de ser un conflicto ideológico a convertirse en una confrontación militar permanente? Si bien los enfrentamientos y rivalidades posteriores a la Segunda Guerra Mundial fueron sin duda inevitables −solo las políticas de Stalin se bastaban para producirlos− es difícil sostener que una Guerra Fría global que iba a durar casi cincuenta años y amenazaba con la destrucción del mundo no pudiera haberse evitado de ninguna manera. Hubo algunos momentos en que los líderes pudieron haberse contenido, sobre todo en lo tocante a la rivalidad militar y la carrera armamentista. Pero el conflicto ideológico que se hallaba en el fondo de las tensiones tras la Segunda Guerra Mundial hizo que resultara muy difícil adoptar una actitud razonable. En ese sentido, fueron los orígenes ideológicos de la Guerra Fría los que la hicieron especial y excesivamente peligrosa. Las personas de buena voluntad de ambos lados creían que representaban una idea cuya mera existencia estaba amenazada, y eso les llevó a arriesgar su propia vida y la de otros, cosa que, de lo contrario, se hubiera evitado.

Otro gran interrogante es si la Guerra Fría fue en realidad, como reza el título de un libro fundamental, «la división del mundo».[4] Algunos afirman que durante un periodo de la historia, los líderes nacionales (y los historiadores) estuvieron demasiado cegados por la Guerra Fría como

principio organizador para ver la diversidad y el hibridismo que se producía a su lado. Este libro ha sostenido que aunque la Guerra Fría entre el capitalismo y el socialismo tuvo una enorme influencia en el siglo XX, no lo decidió todo. Las dos guerras mundiales, la Gran Depresión, la descolonización y la transferencia de la riqueza y el poder de Occidente a Oriente, bien pudieron haber sucedido incluso sin la Guerra Fría (pero obviamente no en la forma que adquirió al final). Asimismo, algunos gobiernos se negaron a tomar parte, al menos plenamente. India, por ejemplo, se afianzó en muchos aspectos como un Estado contrario a la Guerra Fría. Otros tenían sistemas que permitían niveles significativos de control estatal si bien seguían siendo capitalistas a todos los efectos, como en Escandinavia. La Noruega capitalista tiene más empresas públicas que la China socialista. Y en términos de PIB, el porcentaje de gasto público de Suecia es el doble que el de China.

Y sin embargo, la gran influencia de la Guerra Fría se debió al papel central de sus ideologías y la vehemencia de sus partidarios. En el siglo XX, varios países y movimientos fueron a la guerra contra el capitalismo liderado por Estados Unidos. En 1945 fueron derrotados, Alemania y Japón los primeros. En su búnker de Berlín, justo antes de suicidarse, hasta Hitler admitió que en el futuro «solo quedarían en el mundo dos grandes potencias capaces de enfrentarse mutuamente: Estados Unidos y la Rusia soviética».[5] La razón de que todos lo tuvieran tan claro no se debía solo a las capacidades estratégicas de ambos estados, sino también a que cada uno simbolizaba una forma de organización de la sociedad y el Estado distinta. En 1945, y durante toda la Guerra Fría, Estados Unidos fue la más poderosa de las dos. Pero la URSS fue una amenaza digna de tenerse en cuenta hasta el final.

La razón más importante de por qué la Guerra Fría afectó a todo el mundo fue la amenaza de destrucción nuclear que entrañaba. En este sentido, nadie estaba a salvo de la Guerra Fría. La mayor victoria de la generación de Gorbachov fue que se evitó la guerra nuclear. Desde una perspectiva histórica, gran parte de las rivalidades entre grandes potencias acabaron en catástrofe. La Guerra Fría, no (que es la razón por la que ahora

puedo escribir sobre estos acontecimientos desde la seguridad relativa de mi despacho de Harvard). Aun así, no cabe duda de que la carrera armamentista nuclear era tremendamente peligrosa. En un par de ocasiones estuvimos mucho más cerca de la destrucción nuclear de lo que nadie, salvo unos pocos, se dio cuenta. La guerra nuclear pudo haber estallado de manera fortuita o como resultado de un fallo de los servicios secretos. Cuando le concedieron el premio Nobel de la Paz en 1985, la Asociación Internacional de Médicos para la Prevención de la Guerra Nuclear explicó a grandes rasgos las consecuencias médicas: «Una Tierra horrorizada y cubierta de polvo, muertos y heridos con el cuerpo quemado, y gente muriendo lentamente a causa de la enfermedad por radiación».[6] O en la cultura pop, Depeche Mode cantaba sobre los dos minutos de advertencia antes de la destrucción y del mundo posteriormente: «El amanecer de otro año […] uno de cada cuatro sigue aquí».[7]

¿Por qué estaban dispuestos los líderes a arriesgar de modo tan inadmisible el destino de la Tierra? ¿Por qué tanta gente creía en ideologías que en otro momento se habría dado cuenta de que no ofrecían todas las soluciones que buscaba? La respuesta, creo, es que el mundo de la Guerra Fría, como el de hoy, tenía obviamente muchos males. Como en el siglo XX la injusticia y la opresión se hicieron más visibles, la gente −y sobre todo los jóvenes– sintió la necesidad de remediar esos males. Las ideologías de la Guerra Fría ofrecían soluciones inmediatas a problemas complejos. Para la mayoría, era un poco como comprar un coche (lo que casualmente estoy haciendo en este momento). Lo que de verdad quisiera es un poco de Volvo, un poco de Ford y un poco de Toyota, pero no lo puedo tener, ya que los fabricantes se niegan a vender los coches nuevos por piezas. Y aunque lo hicieran, no soy un mecánico experto, pero confío (o espero) en que los mecánicos de la fábrica de coches sean de primerísimo orden. La Guerra Fría fue algo así. La mayoría de la gente tuvo que coger lo que había disponible, aunque estuviera reñido con las necesidades específicas o incluso con el sentido común.

Lo que no cambió con el fin de la Guerra Fría fueron los conflictos entre ricos y pobres en asuntos internacionales. Hoy día estos conflictos se

han intensificado en algunas partes del mundo debido al aumento considerable de movimientos religiosos y étnicos que amenazan con destruir comunidades enteras. Descontrolados por los universalismos de la Guerra Fría, que al menos pretendían que todos los hombres pudieran entrar en su paraíso prometido, estos grupos son manifiestamente excluyentes o racistas. Algunos, en Oriente Medio, Europa, Asia meridional o en Estados Unidos, nos recuerdan un poco cómo era el mundo antes de que la Guerra Fría se convirtiera en un sistema internacional. Ahora, los riesgos son mucho mayores, entre otras cosas por las armas de destrucción masiva. Y es aún más difícil encontrar soluciones, aunque la mayoría comprende que en algún momento tendrán que entrar en juego las negociaciones y el compromiso. Pero el compromiso es difícil porque los seguidores de estos grupos creen que se han cometido grandes injusticias contra ellos en el pasado y eso en cierto modo justifica sus actuales atrocidades.

Antes, durante y después de la Guerra Fría, todos quieren su lugar bajo el sol, una oportunidad para ser tenidos en cuenta, respeto para lo que consideran suyo, ya sea en materia de religión, tradiciones o territorio. Muchas veces la gente, y sobre todo los jóvenes, necesitan formar parte de algo más grande que ellos mismos, o incluso sus familias, una idea grandiosa a la que dedicar su vida. La Guerra Fría muestra lo que ocurre cuando tales conceptos se pervierten en aras del poder, la influencia y el control. Pero esto no significa que estos deseos muy humanos no tengan valor en sí mismos. Al contrario, si el plan hubiera sido sanar al enfermo, eliminar la pobreza o dar a todos una oportunidad en la vida *sin* amenazar al mundo con la aniquilación nuclear, entonces probablemente habríamos valorado muchos de los esfuerzos que se dedicaron a la Guerra Fría como algo positivo. La historia es compleja. Nunca sabemos adónde nos van a llevar las ideas. Por lo tanto lo mejor es examinar detenidamente los riesgos que estemos dispuestos a asumir para lograr buenos resultados y no volver a pagar el terrible precio que se cobró el siglo XX en su búsqueda de la perfección.

* En francés en el original. Significa degradados, venidos a menos. *(N. de los T.)*

Criterios y agradecimientos

Escribir la historia del mundo nunca es fácil, incluso cuando lo que se aborda es una serie de hechos limitados en tiempo y efectos. Aunque el autor es sin duda responsable de las conclusiones, el trabajo depende por fuerza de las investigaciones de aquellos que saben infinitamente más sobre fragmentos de la historia que cualquiera que pueda aspirar a investigar toda su vida. Por lo tanto, la historia del mundo es, implícita o explícitamente, un proyecto colectivo. Todo aquel que crea que él solo puede juzgar todos los detalles de la gran historia es un necio. Pero asimismo, aquellos expertos que crean que la historia no podría o no debería ser escrita, salen perdiendo con ello. Limitan sus propios conocimientos al igual que restringen el uso de la historia a los lectores potenciales.

En mi opinión, esta utilidad es fundamental para lo que hago. Naturalmente se puede conseguir por medio de muchas clases de escritos de historia, grandes y pequeños, amplios y estrechos, con diferentes puntos centrales por lo que se refiere a individuos, comunidades, estados o clases sociales. Pero la historia mundial, como sus parientes las historias internacional y transnacional, tiene una importancia especial porque permite que el historiador y el lector sitúen las cosas en su contexto más allá de países específicos o incluso regiones. Esto es lo que aspiro a hacer en este libro: contar la historia de la Guerra Fría global en todos los continentes y conforme a una amplia cronología, de modo que queden claras las diferencias de cómo vivieron el conflicto los diversos grupos de gente. Ha sido una tarea ardua y ahora les toca a los lectores juzgar si está bien hecha.

He contabilizado una gran cantidad de deudas intelectuales durante el tiempo que he tardado en escribir este libro. Mi primera deuda, como siempre, es para con mis profesores y mentores: Michael Hunt en Chapel Hill, Geir Lundestad y Helge Pharo en Oslo, y Mick Cox en Londres. Mis compañeros de la London School of Economics and Political Science (LSE) y de Harvard me han ayudado a desarrollar diferentes aspectos del libro (a veces de un modo que cuesta reconocer). Estoy especialmente agradecido al extraordinario grupo de personas que, junto con Mick y yo mismo, crearon LSE IDEAS: Svetozar Rajak, Emilia Knight, Tiha Franulovic, Gordon Barrass y muchos, muchos más. Trabajar en IDEAS fue uno de los momentos cumbre de mi carrera académica, sobre todo porque el estudio de la Guerra Fría como sistema internacional fue uno de los principios fundamentales de IDEAS. La mayoría de mis compañeros del Departamento de Historia Internacional de la LSE aportaron su granito de arena a este libro, especialmente Piers Ludlow, Tanya Harmer, Antony Best, Vladislav Zubok, Kirsten Schulze, Nigel Ashton, MacGregor Knox, David Stevenson, Steven Casey, Kristina Spohr, Gagan Sood y Roham Alvandi.

Muchos de mis conocimientos sobre la Guerra Fría proceden de dos extraordinarios proyectos en los que he tenido la suerte de participar. Uno fue la creación de la revista *Cold War History,* que empezó a publicarse en 2000. He aprendido mucho de todos los miembros del consejo editorial y de generaciones de directores editoriales que han hecho un trabajo excepcional consolidando la revista. Naturalmente, también he aprendido mucho de los colaboradores (entre los que se cuentan algunos que finalmente no llegaron a publicar). La difunta Saki Dockrill impulsó la revista. Siempre la recordaré con cariño.

Asimismo, tuve la enorme fortuna de coeditar con Melvyn Leffer la grandiosa *Cambridge History of the Cold War.* Trabajar junto a más de setenta autores fue una experiencia de aprendizaje muy intensa, tanto en el plano del conocimiento como (debo confesar) de la paciencia. El trabajo de coedición con Mel fue un placer de principio a fin. Es uno de mis compañeros favoritos: erudito, meticuloso y siempre dispuesto a ayudar.

Estoy también en deuda con todos los alumnos de la LSE y ahora de Harvard que han asistido a mis clases sobre la Guerra Fría. El aprendizaje siempre es una obligación compartida. Muchos de los puntos de vista que han ayudado a escribir este libro han llegado hasta mí a través de los estudiantes o licenciados durante los animados debates en clase, o supervisando a estudiantes de doctorado. Me encuentro entre aquellos a quienes cuesta escribir sin enseñar: estar en un aula es una manera de poner a prueba las ideas, los esquemas y la estructura, lo cual es beneficioso para muchas de las cosas que hago, y más este libro.

Durante el tiempo que pasé en LSE IDEAS tuve la suerte (gracias a la generosidad de Emmanuel Roman) de estar en contacto con una serie de destacados profesores visitantes que tuvieron una gran influencia en la forma en que está escrito este libro: Paul Kennedy (más que ninguno), Chen Jian, Gilles Kepel, Niall Ferguson, Ramachandra Guha, Anne Applebaum y Matthew Connelly.

Mis nuevos compañeros de Harvard han sido de gran ayuda durante las últimas etapas del proceso. Tony Saich y el Centro Ash de la Escuela de Gobierno John F. Kennedy han creado un clima cordial y creativo en el que trabajar. Incluso antes de trasladarme a Harvard en 2015, eché mano de la extraordinaria sabiduría y perspicacia de Mark Kramer y del proyecto que lleva a cabo aquí sobre la Guerra Fría.

Me he beneficiado enormemente de la ayuda de mis colegas de todo el mundo que han facilitado mi investigación, muchas veces dejando a un lado su propio trabajo para echarme una mano durante mis visitas. Estoy especialmente agradecido a Niu Jun, Zhang Baijia y Niu Ke en Beijing, Alexander Chubarian y Vladímir Pechatnov en Moscú, Silvio Pons en Roma, Jordan Baev en Sofía, Nguyen Vu Tung en Hanói, Ljubodrag Dimic y Miladin Milosevic en Belgrado, Srinath Raghavan en Nueva Delhi, Khaled Fahmy en El Cairo y Matias Spektor en Río de Janeiro.

Varios compañeros y amigos tuvieron la amabilidad de leer y comentar partes del manuscrito mientras lo escribía. Me han ayudado a hacer un libro mejor y a evitar (eso espero) demasiados errores en el texto. Les debo muchísimo a Vladislav Zubok, Serhii Plokhy, Csaba Békés, Stephen Walt,

Christopher Goscha, Chen Jian, Piers Ludlow, Fred Logevall, Mary Sarotte, Daniel Sargent, Vanni Pettinà, Anton Harder, David Engerman, Niu Jun, Mark Kramer, Sulmaan Khan, Tanya Harmer y Tarek Masoud.

Para algunas partes del libro he contado con la ayuda de unos ayudantes de investigación fantásticos. Estoy muy agradecido a Sandeep Bhardwaj (en Nueva Delhi), Khadiga Omar (en El Cairo) y Maria Terzieva (en Sofía). Los dos últimos también ayudaron con las traducciones, al igual que Laszlo Horvath (húngaro) y Jan Cornelius (afrikáans). Trung Chi Tran colaboró en Harvard durante las etapas finales. La investigación sobre la parte del libro sobre Corea recibió una generosa subvención de la Academia de Estudios Coreanos (AKS-2010-DZZ-3104).

Cuando más lo necesité, los amigos me ofrecieron lugares maravillosos en los que escribir: Sue y Mike Potts en Saint-Marcel, Cathie y Enrique Pani en México y Hina y Nilesh Patel en Norfolk. Les estoy muy agradecido.

Uno de los aspectos más divertidos de escribir sobre la historia mundial de la Guerra Fría durante los últimos veinte años ha sido que en gran parte es un trabajo de colaboración. Esto es gracias sobre todo a dos extraordinarias instituciones de Washington DC: el Proyecto de la Historia Internacional de la Guerra Fría (CWIHP por sus siglas en inglés) en el Centro Woodrow Wilson y el Archivo de Seguridad Nacional. Otros innumerables historiadores y yo nos hemos beneficiado muchísimo de la ayuda y diligencia de ambas instituciones, que han hecho tanto para poner a disposición del público documentos estadounidenses y extranjeros sobre la Guerra Fría. Estoy especialmente agradecido a Christian Ostermann y (antes de él) a James Hershberg del Centro Wilson y a Thomas Blanton, Malcolm Byrne y Svetlana Savranskaya del archivo.

Mi agente literaria, Sarah Chalfant de la Agencia Wylie ha hecho realidad este libro de más formas de las que yo creo ella misma es consciente. Durante las últimas etapas de producción, he tenido la gran suerte de trabajar con dos magníficos editores, Lara Heimert de Basic Books en Nueva York y Simon Winder de Penguin en Londres. A la hora de corregir, Bill Warhop ha hecho un trabajo de experto.

Finalmente, trabajar con unos auxiliares administrativos tan magníficos durante toda la investigación para este libro ha sido una bendición. Tiha Franulovic, en la LSE, fue el pilar de mi existencia profesional durante más de una década. En Harvard, primero Lia Tjahjana y ahora Samantha Gammons han ayudado con maestría y dedicación. Son las coordinadoras de las que dependen los investigadores para lograr que se hagan las cosas.

Déjenme terminar con unos cuantos comentarios sobre normas y criterios a lo largo del libro. En las notas he optado por la precisión y la sencillez. Tenía que evitar hacer un libro, ya de por sí largo, aún más largo debido a cantidades ingentes de citas de archivo, pero también tenía que facilitar que otros investigadores recuperasen documentos donde yo los había encontrado. Los materiales a los que tuve acceso en los archivos se citan según su ubicación original en los mismos. Los documentos a los que accedí a través de otras entidades depositarias, como colecciones de bibliotecas, el CWIHP, el Archivo de Seguridad Nacional y otras páginas web, se han citado según su actual ubicación física o digital (noviembre de 2016).

Las traducciones de las fuentes originales son mías, salvo cuando se menciona. No obstante, en alguna ocasión he consultado otras traducciones o he solicitado la ayuda de algunos nativos para mayor precisión y comprensión.

No siempre he podido reconocer suficientemente el mérito cuando ese mérito les pertenece a todos los que han reunido, editado o traducido colecciones de documentos. Son los trabajadores de los que depende todo el mundo en este negocio. Yo mismo he formado parte de ellos, así que lo sé. De nuevo, mi pobre excusa es que no pude hacer este libro aún más largo. Así que, dicho esto, quiero expresar mi gratitud y lealtad a todos aquellos que, ya sea en Washington, Beijing o Moscú, están trabajando duro y

desinteresadamente para conseguir que la otrora información secreta del Gobierno se haga pública.

O. A. WESTAD
Cambridge, Massachusetts
Enero de 2017

Notas

UN MUNDO POR HACER

1. Véase por ejemplo John Lewis Gaddis, *The Long Peace: Inquiries into the History of the Cold War*, Nueva York, Oxford University Press, 1987. Aunque estoy de acuerdo con muchas de las observaciones de Gaddis sobre lo que impidió que estallara una guerra entre las superpotencias, discrepo absolutamente de la denominación «larga paz».

2. Odd Arne Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.

3. *Marx/Engels Selected Works*, Moscú, Progress, 1969, 1, p. 26 [disponible en castellano en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm>].

4. Karl Marx, entrevista en el *Chicago Tribune*, diciembre de 1878, *Karl Marx, Friedrich Engels: Collected Works*, Nueva York, International Publishers, 1989, 24, p. 578.

5. *Protokoll des Parteitages der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands: Abgehalten zu Erfurt vom 14. bis 20. Oktober 1891* [Actas del Congreso del Partido Socialdemócrata de Alemania, celebrado en Erfurt entre el 14 y el 20 de octubre de 1891], Berlín, Verlag der Expedition des «Vorwärts», 1891, pp. 3-6.

6. Friedrich Engels, «A Critique of the Draft Social-Democratic Program of 1891», en *Karl Marx, Friedrich Engels: Collected Works*, Nueva York, International Publishers, 1990, 27, p. 227 [«Contribución a la crítica del proyecto de programa socialdemócrata de 1891», disponible en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1890s/1891criti.htm>].

7. Para una visión general desde un punto de vista estadounidense, véase Andrew Preston, *Sword of the Spirit, Shield of Faith: Religion in American War and Diplomacy*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2012.

8. Henry James, «The American», *Atlantic Monthly,* n.º 37, junio de 1876, p. 667.

CAPÍTULO 1: PUNTOS DE PARTIDA

1. Citado en Robert W. Tucker, *Woodrow Wilson and the Great War: Reconsidering America's Neutrality, 1914-1917*, Charlottesville, University of Virginia Press, 2007, p. 213.

2. Vladímir Ilich Lenin, *What Is to Be Done?: Burning Questions of Our Movement*, Nueva York, International Publishers, 1929 (original en ruso: 1902), p. 1 [«¿Qué hacer?», *Obras escogidas en tres tomos*, Moscú, Progreso, 1961, 1, p. 65].

3. Citado en John Ellis, *Eye-Deep in Hell: Trench Warfare in World War I*, Baltimore, JHU Press, 1976, p. 102.

4. Karl Liebknecht, «Begründung der Ablehnung der Kriegskredite» [Razones para el rechazo de los créditos de guerra], *Vorwärts*, 3 de diciembre de 1914.

5. Wilson citado en Robert L. Willett, *Russian Sideshow: America's Undeclared War, 1918-1920*, Washington, Brassey's, 2003, p. xxxi.

6. El fordismo, comentaba en 1934 desde la cárcel el comunista italiano Antonio Gramsci, es en última instancia un desafío de Estados Unidos a Europa. «Europa quiere jugar a dos barajas, disfrutar de todos los beneficios que aporta el fordismo a su poder competitivo y al tiempo conservar su ejército de parásitos [sociales] que, al consumir enormes sumas de plusvalía, agravan los costes iniciales y reducen el poder competitivo en el mercado internacional», David Forgacs, ed., *The Gramsci Reader: Selected Writings 1916-1935*, Nueva York, New York University Press, 2000, p. 277. Para un análisis ulterior, véase Charles S. Maier, «Between Taylorism and Technocracy: European Ideologies and the Vision of Industrial Productivity in the 1920s», *Journal of Contemporary History,* 5, n.º 2 (1970), pp. 27-61.

7. Ole Hanson, *Americanism versus Bolshevism*, Garden City, Doubleday, 1920, p. viii.

8. Churchill, «Bolshevism and Imperial Sedition», *Winston S. Churchill: His Complete Speeches, 1897-1963*, ed. Robert Rhodes James, Nueva York, Chelsea House, 1974, 3, p. 3026.

9. Bertrand Russell, *Bolshevism: Practice and Theory*, Nueva York, Harcourt, Brace and Howe, 1920, p. 4 [*Viaje a la revolución: práctica y teoría del bolchevismo y otros escritos*, Barcelona, Ariel, 2017].

10. Hồ Chí Minh, «The Path Which Led Me to Leninism», Edward Miller, ed., *The Vietnam War: A Documentary Reader*, Malden, John Wiley & Sons, 2016, p. 8.

11. Rudolf Nilsen, «Voice of the Revolution», trad. al inglés Anthony Thompson, en *Modern Scandinavian Poetry*, Oslo, Dreyer, 1982, p. 185. Reproducido con permiso del propietario de los derechos de autor, Jens Allwood. Volumen editado y publicado por su padre, Martin Allwood, ya fallecido.

12. «Manifesto of the Communist Party of South Africa, adopted at the inaugural conference of the Party, Cape Town, 30 July 1921», disponible en <http://www.sahistory.org.za/article/manifesto-communist-party-south-africa>.

13. W. Bruce Lincoln, *Red Victory: A History of the Russian Civil War*, Nueva York, Da Capo Press, 1989, p. 384.

14. Dimitry Manuilsky, *The Communist Parties and the Crisis of Capitalism: Speech Delivered on the First Item of the Agenda of the XI Plenum of the E.C.C.I. held in March-April 1931*, Londres, Modern Books, 1931, p. 37. Manuilsky fue presidente del Comintern entre 1929 y 1934.

15. *Report of Court Proceedings in the Case of the Anti-Soviet «Bloc of Rights and Trotskyites» Heard before the Military Collegium of the Supreme Court of the U.S.S.R. Moscow, March 2-13, 1938*, Moscú, Comisariado del Pueblo de Justicia, 1938, p. 775.

16. Steven Casey, *Cautious Crusade: Franklin D. Roosevelt, American Public Opinion, and the War Against Nazi Germany*, Oxford, Oxford University Press, 2001, p. 23.

17. Editorial, *The New York Times*, 24 de agosto de 1939.

18. Anotación del 7 de septiembre de 1939, Georgi Dimitrov, *The Diary of Georgi Dimitrov, 1933-1949*, ed. Ivo Banac, New Haven, Yale University Press, 2008, p. 115.

19. Will Kaufman, *Woody Guthrie, American Radical*, Champaign, University of Illinois Press, 2011, p. 1.

20. Declaración de las organizaciones obreras del 21 de julio de 1940, en Torgrim Titlestad, *Stalin midt imot: Peder Furubotn 1938-41* [Contra Stalin: Peder Furubotn, 1938-1941], Oslo, Gyldendal, 1977, p. 42.

21. Fridrikh Firsov, ed., *Secret Cables of the Comintern, 1933-1943*, New Haven, Yale University Press, 2014, p. 152.

22. Por ejemplo, la comunista alemana Margarete Buber-Neumann fue arrestada por primera vez en las purgas de Stalin en 1938, pasó dos años en el campo de trabajo soviético de Karagandá, y finalmente fue extraditada a la Alemania nazi, donde pasó cinco años en el campo de concentración de Ravensbrück.

23. Dmitrii Volkogonov, *Triumf i tragediia: politicheskii portret I.V. Stalina* [Triunfo y tragedia: un retrato político de I. V. Stalin], Moscú, Novosti, 1989, 2, p. 169.

24. Rodric Braithwaite, *Moscow 1941: A City and Its People at War*, Nueva York, Vintage, 2007, p. 82 [*Moscú 1941: una ciudad y su pueblo en guerra*, Barcelona, Crítica, 2006].

CAPÍTULO 2: LAS PRUEBAS DE LA GUERRA

1. Discurso por radio de Churchill al pueblo británico, 22 de junio de 1941, en Winston Churchill, *Never Give In!: The Best of Winston Churchill's Speeches*, Nueva York, Hyperion, 2003, p. 289.

2. Winston Churchill, *The Second World War. Volume III: The Grand Alliance*, Boston, Houghton Mifflin, 1950, p. 370.

3. Ibíd., p. 330.

4. Ibíd., p. 394.

5. Woody Guthrie, «All You Fascists» (1944), Woody Guthrie Publications, <http://woodyguthrie.org/Lyrics/All_You_Fascists.htm>.

6. Vladimir Pechatnov, «How Stalin and Molotov Wrote Messages to Churchill», *Russia in International Affairs,* 7, n.º 3 (2009), pp. 162-173.

7. Actas de la reunión en el Kremlin, 23:15, 13 de agosto de 1942, CAB127/23, Cabinet Papers, National Archives of the United Kingdom.

8. En comparación con Churchill, Roosevelt era más realista en su forma de entender las pretensiones de Stalin. Da la impresión de que el primer ministro británico creyó, por lo menos durante un tiempo, que había llegado a un acuerdo en los porcentajes de influencia de las grandes potencias en Europa oriental durante una borrachera en Moscú en octubre de 1944.

9. Actas de Bohlen, Stalin-FDR, 1 de diciembre de 1943, *Tehran, Foreign Relations of the United States* (en adelante, *FRUS*): *The Conferences at Cairo and Tehran*, p. 594.

10. Comunicado emitido al final de la Conferencia de Yalta, 11 de febrero de 1945, *FRUS: The Conference of Berlin (the Potsdam Conference), 1945*, 2, p. 1578.

11. William D. Leahy, *I Was There*, Nueva York, Whittlesey House, 1950, pp. 315-316.

12. Citado en Rick Atkinson, *The Guns at Last Light: The War in Western Europe, 1944-1945*, Nueva York, Picador, 2013, p. 521 [*Los cañones del atardecer: la guerra en Europa, 1944-1945*, Barcelona, Crítica, 2016].

13. Milovan Djilas, *Conversations with Stalin*, Nueva York, Harcourt, Brace & World, 1962, p. 114.

14. Mandelstam fue uno de los más grandes poetas rusos de su generación. Murió en un campo de prisioneros de Siberia en 1938. Antes de su detención, le había dicho a su esposa que «solo en Rusia se respeta la poesía. Por ella matan a la gente. ¿Hay algún otro lugar donde la poesía sea un móvil tan común para el asesinato?». Nadezhda Mandelstam, *Hope Against Hope: A Memoir*, Nueva York, Atheneum, 1970, p. 159 [*Contra toda esperanza: memorias*, Barcelona, Acantilado, 2013].

15. Citado en Steven Merritt Miner, *Stalin's Holy War: Religion, Nationalism and Alliance Politics, 1941-1945*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2003, p. 51. El patriarca Alexis I, jefe de la Iglesia ortodoxa rusa entre 1945 y 1970, colaboró estrechamente con las autoridades soviéticas.

16. Resolución «Quit India» original redactada por Gandhi, abril de 1942, *The New York Times*, 5 de agosto de 1942.

17. Declaración conjunta del presidente Roosevelt y del primer ministro Churchill, emitida por radio el 14 de agosto de 1941, <https://fdrlibrary.org/atlantic-charter>.

18. Diario, 17 de julio de 1945, caja 333, President's Secretary's Files, Truman Papers, Harry S. Truman Library, Independence (en adelante, Truman Library).

19. Acta de la conversación Truman-Mólotov, 23 de abril de 1945, *FRUS* 1945, 5, p. 258.

20. Citado en Arnold Offner, *Another Such Victory: President Truman and the Cold War, 1945-1953,* Stanford*,* Stanford University Press, 2002, p. 34.

21. Del primer ministro al presidente Truman, 12 de mayo de 1945, CHAR 20/218/109, Churchill Papers, Churchill College Archives, Cambridge, Reino Unido.

22. Memorándum del asesor y ayudante del presidente (Hopkins) de una conversación durante la cena en el Kremlin, en *FRUS: The Conference of Berlin (The Potsdam Conference), 1945,* 1, pp. 57-59.

23. Pechatnov, «How Stalin and Molotov Wrote Messages to Churchill», p. 172.

24. Anotación del 28 de enero de 1945, en Georgi Dimitrov, *The Diary of Georgi Dimitrov, 1933-1949*, ed. Ivo Banac, New Haven, Yale University Press, 2008, p. 358.

25. Hugh Dalton, *High Tide and After: Memoirs, 1945-1960*, Londres, F. Muller, 1962, p. 157.

26. Richard N. Gardner, *Sterling-Dollar Diplomacy; the Origins and the Prospects of Our International Economic Order, new and expanded,* Nueva York, McGraw-Hill, 1969, p. xvii [*La diplomacia del dólar y la esterlina: orígenes y futuro del sistema de Bretton Woods-GATT*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1994].

27. Ritchie Ovendale, *The English-Speaking Alliance: Britain, the United States, the Dominions and the Cold War 1945-1951*, Londres, Routledge, 1985, p. 43.

CAPÍTULO 3: LAS ASIMETRÍAS DE EUROPA

1. John Vachon, *Poland, 1946: The Photographs and Letters of John Vachon*, Washington, Smithsonian Institution Press, 1995, p. 5.

2. Citado en Keith Lowe, *Savage Continent: Europe in the Aftermath of World War II*, Londres, St. Martin's Press, 2012, p. 31 [*Continente salvaje: Europa después de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015].

3. Henri Van der Zee, *The Hunger Winter: Occupied Holland 1944-5*, Londres, J. Norman & Hobhouse, 1982, pp. 304-305.

4. Discurso en el Vélodrome d'hiver, 2 de octubre de 1945, en Maurice Thorez, *Oeuvres*, libro 5, tomo 21, París, Éditions sociales, 1959, p. 203.

5. Lowe, *Savage Continent*, p. 283.

6. Citado en William I. Hitchcock, *The Bitter Road to Freedom: The Human Cost of Allied Victory in World War II Europe*, Nueva York, Free Press, 2009, p. 163.

7. Acta de la conversación, Stalin-Hebrang, 9 de enero de 1945, G. P. Murashko *et al.,* eds., *Vostochnaia Evropa v dokumentakh rossiiskikh arkhivov, 1944-1953* [Europa oriental en los documentos de los archivos rusos, 1944-1953], Novosibirsk, Sibirskii khronograf, 1997, 1, pp. 118-133.

8. Mark Kramer, «Stalin, Soviet Policy, and the Consolidation of a Communist Bloc in Eastern Europe, 1944-53», en *Stalinism Revisited: The Establishment of Communist Regimes in East-Central Europe*, ed. Vladimir Tismaneanu, Budapest, Central European University Press, 2009, p. 69.

9. Citado en Adam Ulam, *Understanding the Cold War: A Historian's Personal Reflections*, Nueva York, Transaction Publishers, 2002, p. 277.

10. Michael Dobbs, *Six Months in 1945: FDR, Stalin, Churchill, and Truman, from World War to Cold War*, Nueva York, Random House, 2012, p. 121.

11. Del embajador alemán en la Unión Soviética (Schulenburg) al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, 10 de septiembre de 1939, fotogramas 69811-69813, serial 127, Microfilm Publication T120, Records of the German Foreign Office Received by the Department of State, US National Archives.

12. William D. Leahy, *I Was There*, Nueva York, Whittlesey House, 1950, pp. 315-316.

13. Patryk Babiracki, *Soviet Soft Power in Poland: Culture and the Making of Stalin's New Empire, 1943-1957*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2015, p. 56.

14. Conversación entre Władysław Gomułka y Stalin el 14 de noviembre de 1945, *Cold War International History Project Bulletin*, 11 (1998), p. 135.

15. Citado en Tony Judt, *Postwar: A History of Europe Since 1945,* Londres, Penguin, 2006, p. 200 [*Postguerra*, Madrid, Taurus, 2006].

16. Babiracki, *Soviet Soft Power in Poland*, p. 61.

17. Citado en László Borhi, *Hungary in the Cold War, 1945-1956: Between the United States and the Soviet Union*, Budapest, Central European University Press, 2004, p. 35.

18. Citado en István Vida, «K. J. Vorosilov marsall jelentései a Tildy kormány megalakulsásáról» [El mariscal K. J. Voroshílov informa sobre la formación del Gobierno de Tildy], *Társadalmi Szemle*, 1996, 2, p. 86.

19. Consejo de ministros de Asuntos Exteriores, 13.ª reunión informal, Palais du Luxembourg, París, 26 de junio de 1946, *FRUS 1946*, 2, p. 646.

20. Harry S. Truman, *Memoirs*, Garden City, Doubleday, 1955, 1, p. 493 [*Memorias*, Cerdanyola, Argos Vergara, 1956].

21. Winston Churchill, *Never Give In!: The Best of Winston Churchill's Speeches*, Nueva York, Hyperion, 2003, p. 413.

22. El texto completo del telegrama original de Kennan está en Kenneth M. Jensen, ed., *Origins of the Cold War: The Novikov, Kennan, and Roberts «Long Telegrams» of 1946*, edición revisada, Washington, United States Institute of Peace, 1993, pp. 17-32.

23. Ibíd.

24. Mensaje especial al Congreso sobre Grecia y Turquía, 12 de marzo de 1947, en *Public Papers of the Presidents* (en adelante, *PPP*) *Truman 1947*, p. 179.

25. Resumen de la reunión entre el presidente y una delegación del Congreso, 28 de febrero de 1947, caja 1, Joseph M. Jones Papers, Truman Library.

26. Memorándum del subsecretario de Estado para Asuntos Económicos (Clayton), 27 de mayo de 1947, *FRUS 1947*, 3, pp. 230-232.

27. Citado en Edward Taborsky, *Communism in Czechoslovakia, 1948-1960*, Princeton, Princeton University Press, 1961, p. 20.

28. Citado en Olaf Solumsmoen y Olav Larssen, eds., *Med Einar Gerhardsen gjennom 20 år* [Con Einar Gerhardsen a lo largo de veinte años], Oslo, Tiden, 1967, pp. 61-62.

29. Zhdánov sobre la fundación del Cominform, septiembre de 1947, en Jussi M. Hanhimäki y Odd Arne Westad, eds., *The Cold War: A History in Documents and Eyewitness Accounts*, Oxford, Oxford University Press, 2003, pp. 51-52.

30. Citado en Philip J. Jaffe, «The Rise and Fall of Earl Browder», *Survey,* 18, n.º 12 (1972), p. 56.

CAPÍTULO 4: RECONSTRUCCIONES

1. Acta resumen de la 91.ª reunión del Tercer Comité, 2 de octubre de 1948, en William Schabas, ed., *The Universal Declaration of Human Rights: The Travaux Préparatoires*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, 3, p. 2058.

2. Citado en John C. Culver y John Hyde, *American Dreamer: The Life and Times of Henry A. Wallace*, Nueva York, Norton, 2001, p. 457.

3. Sobre Nitze, véase David Milne, *Worldmaking: The Art and Science of American Diplomacy*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2015, pp. 268-325.

4. NSC-68: «United States Objectives and Programs for National Security: A Report to the President» (7 de abril de 1950). *FRUS 1950*, 1, pp. 235-311.

5. Ibíd.

6. La mejor visión general es David Kynaston, *Austerity Britain, 1945-51*, Londres, Bloomsbury, 2007.

7. Citado en Michael Dobbs, *Six Months in 1945: FDR, Stalin, Churchill, and Truman-from World War to Cold War*, Nueva York, Knopf, 2012, p. 205.

8. *Hansard*, serie 5, vol. 452, House of Commons Debates, 30 de junio de 1948, p. 2226.

9. Barry Eichengreen, *The European Economy Since 1945: Coordinated Capitalism and Beyond*, Princeton, Princeton University Press, 2007, especialmente pp. 52-84.

10. Alessandro Brogi, *Confronting America: The Cold War Between the United States and the Communists in France and Italy*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2011, p. 116.

11. Raymond Aron, *The Opium of the Intellectuals*, Nueva York, Transaction, 2011 [1955], p. 55 [*El opio de los intelectuales*, Barcelona, Página Indómita, 2018].

12. Anotación del 8 de agosto de 1947, en Georgi Dimitrov, *The Diary of Georgi Dimitrov, 1933-1949*, ed. Ivo Banac, New Haven, Yale University Press, 2008, p. 422.

13. «The Situation of the Writer in 1947», en Jean-Paul Sartre, *What Is Literature?*, Charleston, Nabu Press, 2011 [1947], p. 225.

14. Thomas Assheuer y Hans Sarkowicz, *Rechtsradikale in Deutschland: die alte und die neue Rechte* [Los radicales de derechas en Alemania: la vieja y la nueva derecha], Múnich, Beck, 1990, p. 112.

15. Willy Brandt, *My Road to Berlin*, Garden City, Doubleday, 1960, pp. 184-198 [*Mi camino hacia Berlín*, Barcelona, Plaza & Janés, 1970].

16. Citado en Lawrence S. Kaplan, *NATO 1948: The Birth of the Transatlantic Alliance*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2007, p. 208.

17. Discurso de Togliatti, 12 de marzo de 1949, Royal Institute of International Affairs, ed., Documents on International Affairs 1949-50, pp. 254-256.

18. *The Papers of General Lucius D. Clay: Germany, 1945-1949*, ed. Jean Edward Smith, Bloomington, Indiana University Press, 1974, pp. 568-569.

19. Discurso del senador Joseph McCarthy, 9 de febrero de 1950, en William T. Walker, ed., *McCarthyism and the Red Scare: A Reference Guide*, Santa Barbara, ABC-CLIO, 2011, pp. 137-142.

20. Amir Weiner, «Saving Private Ivan: From What, Why, and How?», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History,* 1, n.º 2 (2000), pp. 305-336; Amir Weiner, «The Empires Pay a Visit: Gulag Returnees, East European Rebellions, and Soviet Frontier Politics», *Journal of Modern History,* 78, n.º 2 (2006), pp. 333-376; y Elena Zubkova, *Russia After the War: Hopes, Illusions and Disappointments, 1945-1957*, Armonk, M. E. Sharpe, 1998, p. 106.

21. Dimitrov, *Diary of Georgi Dimitrov, 1933-1949*, p. 414.

22. Ibíd., p. 437.

23. Mark Harrison, «The Soviet Union after 1945: Economic Recovery and Political Repression», *Past & Present,* 210, n.º 6 (2011), pp. 103-120; Vladimir Popov, «Life Cycle of the Centrally Planned Economy: Why Soviet Growth Rates Peaked in the 1950s», CEFIR/NES Working

Paper Series, Moscú, Centre for Economic and Financial Research at the New Economic School, 2010.

CAPÍTULO 5: LA NUEVA ASIA

1. Citado en Mark Gayn, *Japan Diary*, Nueva York, W. Sloane Associates, 1948, p. 227.

2. «Basic Initial Post-Surrender Directive», agosto de 1945, *Political Reorientation of Japan. Report of the Government Section, Supreme Commander for the Allied Powers*, vol. 2, Washington, U.S. Government Printing Office, 1949, appendix A, pp. 423-426.

3. Citado en Gayn, *Japan Diary*, p. 231.

4. George Kennan, «Recommendations with Respect to U.S. Policy Toward Japan», 25 de marzo de 1948, *FRUS 1948*, 6, p. 692.

5. *Security Treaty Between the United States of America and Japan*. Treaties and Other International Acts Series, 2491 N, Washington, US Government Printing Office, 1952.

6. Citado en Odd Arne Westad, *Decisive Encounters: The Chinese Civil War, 1946-1950,* Stanford*,* Stanford University Press, 2003, p. 160.

7. Acta de la conversación, Mikoyán-Mao Zedong, 5 de febrero de 1949 (Xibaipo), Arkhiv Prezidenta Rossiiskoi Federatsii [Archivos del presidente de la Federación Rusa] (en adelante, APRF), fond 39, opis 1, delo 39, p. 71.

8. Frank Dikötter, *The Tragedy of Liberation: A History of the Chinese Revolution, 1945-57*, Londres, Bloomsbury, 2014, p. 100.

9. Entre ellos estaba el empresario y filántropo de setenta y cuatro años Tan Kah Kee (Chen Jiageng), cuyas plantaciones de caucho y sus plantas siderúrgicas le habían convertido en el hombre más rico del sudeste asiático. Véase Lim Jin Li, «New China and Its *Qiaowu:* The Political Economy of Overseas Chinese Policy in the People's Republic of China, 1949-1959», tesis doctoral, London School of Economics, 2016.

10. Citado en V. N. Khanna, *Foreign Policy of India*, 6.ª ed., Nueva Delhi, Vikas, 2007, p. 112.

11. *Le Figaro*, 5 de enero de 1950.

12. E. E. Spalding, *The First Cold Warrior: Harry Truman, Containment, and the Remaking of Liberal Internationalism*, Lexington, University Press of Kentucky, 2007, p. 181.

13. NSC-68: «United States Objectives and Programs for National Security: A Report to the President», 7 de abril de 1950, *FRUS 1950*, 1, p. 260.

14. Jonathan Bell, *The Liberal State on Trial: The Cold War and American Politics in the Truman Years*, Nueva York, Columbia University Press, 2013, p. 92.

15. *The Wall Street Journal*, 8 de agosto de 1949.

16. La mejor visión general es Fredrik Logevall, *Embers of War: The Fall of an Empire and the Making of America's Vietnam*, Nueva York, Random House, 2012.

17. Eisenhower a Hazlett, 27 de abril de 1954, en *The Papers of Dwight D. Eisenhower*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1996, 15, p. 1044.

18. Rueda de prensa de Eisenhower, 7 de abril de 1954, en *FRUS 1952-1954*, vol. 8, 1.ª parte, p. 1281.

19. Citado en Robert Beisner, *Dean Acheson: A Life in the Cold War*, Oxford, Oxford University Press, 2009, p. 217.

20. Berry a Matthews, 8 de febrero de 1952, *FRUS 1952-1954*, vol. 11, 2.ª parte, p. 1634.

21. Anotación del 21 de julio de 1947, diario de Harry S. Truman, Truman Library, disponible en <http://www.trumanlibrary.org/diary/page21.htm>.

22. Citado en J. Philipp Rosenberg, «The Cheshire Ultimatum: Truman's Message to Stalin in the 1946 Azerbaijan Crisis», *Journal of Politics,* 41, n.º 3 (1979), pp. 933-940.

23. Stalin a Pishevari (Partido Democrático de Azerbaiyán), 8 de mayo de 1946, Arkhiv vneshnei politiki Rossiiskoi Federatsii [Archivo de Política Exterior de la Federación Rusa] (en adelante, AVPRF), f. 06, op. 7, pa. 34, d. 544, pp. 8-9.

24. Gabriel Gorodetsky, «The Soviet Union's Role in the Creation of the State of Israel», *Journal of Israeli History,* 22, n.º 1 (2003), pp. 4-20.

25. Jawaharlal Nehru, *The Discovery of India*, Calcuta, Signet Press, 1948, pp. 12-13.

26. Ibíd.

27. Notas de Eisenhower, 29 de abril de 1950, *The Papers of Dwight D. Eisenhower*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1981), 11, p. 1092.

CAPÍTULO 6: TRAGEDIA COREANA

1. Citado en Young Ick Lew, *The Making of the First Korean President: Syngman Rhee's Quest for Independence, 1875-1948*, Honolulú, University of Hawai'i Press, 2014, p. 194.

2. Rhee al Departamento de Estado de Estados Unidos, 5 de junio de 1945, citado en Young Ick Lew, *The Making of the First Korean President*, p. 232.

3. Citado en Vladímir Tijonov, *Modern Korea and Its Others: Perceptions of the Neighbouring Countries and Korean Modernity*, Londres, Routledge, 2015, p. 21.

4. Instrucciones para el embajador en Corea (Shtykov), 24 de septiembre de 1949, AVPRF, f. 059a, op. 5a, pa. 11, d. 3, p. 76.

5. La mejor visión general sigue siendo Chen Jian, *China's Road to the Korean War: The Making of the Sino-American Confrontation*, Nueva York, Columbia University Press, 1994.

6. Shen Zhihua, *Mao Zedong, Sidalin yu Han zhan: ZhongSu zuigao jimi dangan* [Mao Zedong, Stalin y la guerra de Corea: los archivos secretos chinos y soviéticos], Hong Kong, Tiandi, 1998, p. 130.

7. Stalin a Mao Zedong, 1 de octubre de 1950, APRF, f. 45, op. 1, d. 334, pp. 99-103.

8. Mao Zedong a Stalin, 2 de octubre de 1950, APRF, f. 45, op. 1, d. 334, pp. 105-106.

9. Stalin a Mao Zedong, 5 de octubre de 1950, citado en Stalin a Kim Il-sung, 7 de octubre de 1950, APRF, f. 45, op. 1, d. 347, pp. 65-67.

10. Citado en «Historical Notes: Giving Them More Hell», *Time*, 3 de diciembre de 1973.

11. Stalin a Mao Zedong, 5 de junio de 1951, APRF, f. 45, op. 1, d. 339, pp. 17-18.

12. Citado en Hajimu Masuda, *Cold War Crucible: The Korean Conflict and the Postwar World*, Cambridge, Harvard University Press, 2015, p. 85.

13. Mensaje por radio y televisión al pueblo estadounidense por emergencia nacional, 15 de diciembre de 1950, *Public Papers of the Presidents of the United States. Harry S. Truman. Containing the Public Messages, Speeches, and Statements of the President, January 1 to December 31, 1950*, Washington, United States Government Printing Office, 1965) (en adelante, solo PPP [presidente, año]), p. 741.

14. De Gaulle en *Le Monde*, 13 de julio de 1950.

15. Citado de Richard Peters y Xiaobing Li, eds., *Voices from the Korean War: Personal Stories of American, Korean, and Chinese Soldiers*, Lexington, University Press of Kentucky, 2014, p. 184.

16. Marguerite Higgins, «Reds in Seoul Forcing G.I.s to Blast City Apart», *New York Herald Tribune*, 25 de septiembre de 1950.

17. Citado de Peters y Li, *Voices from the Korean War*, p. 245.

18. Steven Casey, *Selling the Korean War: Propaganda, Politics, and Public Opinion in the United States, 1950-1953*, Oxford, Oxford University Press, 2010, pp. 205-206.

19. Jim G. Lucas, «One Misstep Spells Death in Korea», *New York World-Telegram*, 7 de enero de 1953.

20. Véase Byoung-Lo Philo Kim, *Two Koreas in Development: A Comparative Study of Principles and Strategies of Capitalist and Communist Third World Development*, Nueva York, Transaction, 1995, p. 168.

CAPÍTULO 7: ESFERAS ORIENTALES

1. Por motivos de espacio no he podido examinar en este libro el destino del comunismo albanés. A los lectores que estén interesados les remito al excelente libro de Elidor Mëhilli, *From Stalin to Mao: Albania and the Socialist World*, Ithaca, Cornell University Press, 2017.

2. Martin Mevius, *Agents of Moscow: The Hungarian Communist Party and the Origins of Socialist Patriotism 1941-1953*, Oxford, Oxford University Press, 2005, p. 81.

3. Isaiah Berlin, el filósofo británico, comentaba: «Y después a la destrucción, la sangre –se rompen huevos, pero la tortilla no aparece, solo hay un número infinito de huevos, de vidas humanas, listas para romper. Y al final los idealistas apasionados se olvidan de la tortilla, y simplemente siguen rompiendo huevos». «A Message to the 21st Century», *The New York Review of Books*, 23 de octubre de 2014.

4. La gran excepción fue Polonia, donde la cifra nunca superó el 63 %.

5. Otto Grotewohl, *Im Kampf um die einige Deutsche Demokratische Republik. Reden und Aufsätze* [En la lucha por la República Democrática Alemana unida, discursos y publicaciones], vol. 1, Berlín, Dietz, 1954, p. 510.

6. Stefan Doernberg y el Deutsches Institut für Zeitgeschichte, *Kurze Geschichte der DDR* [Breve historia de la RDA], Berlín, Dietz, 1968, pp. 239, 241.

7. «Die Lösung» [La solución], Bertolt Brecht, en *Gedichte* [Poemas], vol. 7, Fráncfort, Suhrkamp, 1964, p. 9.

8. Michael Parrish, *The Lesser Terror: Soviet State Security, 1939-1953*, Westport, Greenwood Publishing Group, 1996, p. 270.

9. Citado en Miriam Dobson, *Khrushchev's Cold Summer: Gulag Returnees, Crime, and the Fate of Reform After Stalin*, Ithaca, Cornell University Press, 2009, p. 30.

10. Citado en William Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, Nueva York, Norton, 2003, p. 242 [*Kruschev: el hombre y su época*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005].

11. Citado en Alexander V. Pantsov y Steven I. Levine, *Mao: The Real Story*, Nueva York, Simon & Schuster, 2012, p. 409.

12. Véase Csaba Békés, «East Central Europe, 1953-1956», en *The Cambridge History of the Cold War*, ed. Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad, vol. 1, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 334-352.

13. Véase Laurien Crump, *The Warsaw Pact Reconsidered: International Relations in Eastern Europe, 1955-1969*, Nueva York, Routledge, 2015.

14. Las mejores visiones generales de la política exterior soviética son Vladislav Zubok, *A Failed Empire: The Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2007 [*Un imperio fallido: la Unión Soviética durante la Guerra Fría*, Barcelona, Crítica, 2008]; y Jonathan Haslam, *Russia's Cold War: From the October Revolution to the Fall of the Wall*, New Haven, Yale University Press, 2011.

15. *For a Lasting Peace, for a People's Democracy!*, n.º 41 (1951), pp. 1-4.

16. Informe de fondo de Radio Europa Libre, 6 de junio de 1958, que citaba el periódico yugoslavo *Slovenski poročevalec*, 72-4-242, RFE Collection, Open Society Archives, Budapest.

17. Véase Svetozar Rajak, *Yugoslavia and the Soviet Union in the Early Cold War: Reconciliation, Comradeship, Confrontation, 1953-57*, Londres, Routledge, 2011.

18. Transcripción del pleno del Comité Central del PCUS, 12 de julio de 1955, f.2, op.1, d.176, pp. 282-295, Russian State Archive of Contemporary History (en adelante, RGANI).

19. El discurso completo de Jruschov figura en [US] *Congressional Record: Proceedings and Debates of the 84th Congress, 2nd Session (May 22, 1956-June 11, 1956)*, C11, Part 7 (4 de junio de 1956), pp. 9389-9403 [la traducción del ruso al castellano está disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/khrushchev/1956/febrero25.htm>].

20. Acta de la conversación, Mao Zedong-Pavel Iudin, 31 de marzo de 1956, AVPRF, f. 0100, op. 49, pa. 410, d. 9, pp. 87-98.

21. «Gomułka's Notes from the 19-20 October [1956] Polish-Soviet Talks», 19 de octubre de 1956, Cold War International History Project Digital Archives, Woodrow Wilson International Center for Scholars (en adelante, CWIHP-DA), <http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/116002>.

22. Sándor Petőfi, «The Nemzeti Dal» [Canción nacional], 1848, trad. al inglés Laszlo Korossy, <http://laszlokorossy.net/magyar/nemzetidal.html>.

23. «Account of a Meeting at the CPSU CC, on the Situation in Poland and Hungary», 24 de octubre de 1956, CWIHP-DA, <http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/112196>.

24. Citado en Békés, «East Central Europe, 1953-1956», p. 350.

25. John Sadovy, citado en Carl Mydans y Shelley Mydans, *The Violent Peace*, Nueva York, Atheneum, 1968, p. 194.

26. Ibíd.

27. Csaba Békés, «The 1956 Hungarian Revolution and the Declaration of Neutrality», *Cold War History,* 6, n.º 4 (2006), pp. 477-500.

28. Citado en Paul Lendvai, *One Day That Shook the Communist World: The 1956 Hungarian Uprising and Its Legacy*, Princeton, Princeton University Press, 2010, p. 152.

29. Leonid Brézhnev, *Tselina* [Tierras vírgenes], Moscú, Politizdat, 1978, p. 12.

30. Roald Sagdeev, *The Making of a Soviet Scientist: My Adventures in Nuclear Fusion and Space from Stalin to Star Wars*, Nueva York, Wiley, 1994, p. 286 [*Aventuras y desventuras de un científico soviético: desde Stalin a la guerra de las galaxias*, Madrid, Alianza, 1996].

CAPÍTULO 8: LA CREACIÓN DE OCCIDENTE

1. Tom Lehrer, «MLF Lullaby», en *That Was the Year That Was*, grabación de 1965, disponible en <http://www.metrolyrics.com/mlf-lullaby-lyrics-tom-lehrer.html>.

2. *The Schuman Declaration*, Bruselas, Comisión Europea, 2015, p. 17 [versión en castellano disponible en <https://europa.eu/european-union/about-eu/symbols/europe-day/schuman-declaration_es>].

3. «20 September 1949: Regierungserklärung des Bundeskanzlers vor dem Deutschen Bundestag» [Explicación del Gobierno del canciller federal ante el Parlamento alemán], <http://www.konrad-adenauer.de/dokumente/erklarungen/regierungserklarung>.

4. De Gaulle, discurso transmitido por radio, 19 de abril de 1963, en Charles de Gaulle, *Discours et messages*, París, Plon, 1970, 4, p. 95.

5. Citado en Giovanni Arrighi, «The World Economy and the Cold War, 1970-1990», en *The Cambridge History of the Cold War*, ed. Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, 3, pp. 23-44.

6. Discurso de John Foster Dulles en el Consejo de Relaciones Exteriores, en State Department Bulletin, vol. 30, n.º 761, 25 de enero de 1954, pp. 107-110.

7. James C. Hagerty, anotación en su diario del 25 de febrero de 1954, James C. Hagerty Papers, caja 1, 1 de enero-6 de abril de 1954, Dwight D. Eisenhower Library, Abilene, Kansas (en adelante, Eisenhower Library).

8. Citado en Thomas Borstelmann*, The Cold War and the Color Line: American Race Relations in the Global Arena*, Cambridge, Harvard University Press, 2009, p. 90.

9. Comentarios del senador John F. Kennedy en el senado, 14 de agosto de 1958, John F. Kennedy Library, Boston (en adelante, Kennedy Library), <https://www.jfklibrary.org/Research/Research-Aids/JFK-Speeches/United-States-Senate-Military-Power_19580814.aspx>.

10. Churchill a Eisenhower, 13 de abril de 1953, *FRUS 1952-54*, vol. 6, 1.ª parte, p. 973.

11. Memorándum para el registro de la cena del presidente, villa del presidente, Ginebra, 18 de julio de 1955, *FRUS 1955-1957*, 5, p. 376.

12. Memorándum de la conferencia con el presidente Eisenhower, 3 de enero de 1961, *FRUS 1961-1963*, 24, p. 5.

13. Citado en Fred I. Greenstein y Richard H. Immerman, «What Did Eisenhower Tell Kennedy about Indochina? The Politics of Misperception», *Journal of American History,* 79, n.º 2 (1992), p. 576.

14. Memorándum del Consejo de ministros, 19 de enero de 1961, *FRUS 1961-1963*, 24, p. 21.

CAPÍTULO 9: EL AZOTE DE CHINA

1. Véase R. J. Rummel, *Death by Government*, disponible en <http://www.hawaii.edu/powerkills/NOTE1.HTM>.

2. La mejor visión general es Niu Jun, *LengZhan yu xin Zhongguo waijiao de yuanqi (1949-1955)* [La Guerra Fría y los orígenes de la política exterior de la nueva China, 1949-1955], Beijing, Shehui kexue wenxian, 2012.

3. Véase Frederick C. Teiwes y Warren Sun, *The Politics of Agricultural Cooperativization in China: Mao, Deng Zihui, and the «High Tide» of 1955*, Armonk, M. E. Sharpe, 1993.

4. Citado en Zhu Dandan, «The Double Crisis: China and the Hungarian Revolution of 1956», (tesis doctoral, LSE, 2009, p. 181. Véase también su libro *1956: Mao's China and the Hungarian Crisis*, Cornell East Asia Series, vol. 170, Ithaca, East Asia Program, Cornell University, 2013.

5. Zhihua Shen y Yafeng Xia, «The Great Leap Forward, the People's Commune and the Sino-Soviet Split», *Journal of Contemporary China,* 20, n.º 72 (2011), p. 865.

6. Véanse los desgarradores relatos de Yang Jisheng, *Tombstone: The Great Chinese Famine, 1958-1962*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2012.

7. Citado en Zhihua Shen y Yafeng Xia, *Mao and the Sino-Soviet Partnership, 1945-1959: A New History*, Lanham, Lexington Books, 2015, p. 289.

8. Shen y Xia, «The Great Leap Forward, the People's Commune and the Sino-Soviet Split», pp. 868, 874.

9. Acta de la conversación, Mao Zedong-Pável Iudin, 22 de julio de 1958, en Odd Arne Westad, ed., *Brothers in Arms: The Rise and Fall of the Sino-Soviet Alliance, 1945-1963,* Stanford, Stanford University Press, 2000, p. 348.

10. Mao citado en Westad, *Brothers in Arms*, p. 23.

11. Acta de la conversación, Mao Zedong-N. S. Jruschov, 2 de julio de 1959, APRF, f. 52, op. 1, d. 499, pp. 1-33.

12. Notas de Mao, citado en Westad, *Brothers in Arms*, p. 24.

13. Mao Zedong, «A lu shih» [Nubes de invierno], 26 de diciembre de 1962, disponible en Marxist Internet Archive, <https://www.marxists.org/reference/archive/mao/selected-works/poems/poems33.htm>.

14. Citado en Jeremy Friedman, *Shadow Cold War: The Sino-Soviet Competition for the Third World*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2015, p. 170.

15. Acta de la conversación, Mao-Jruschov, 2 de octubre de 1959, CWIHP-DA, <http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/112088>.

16. Niu Jun, *1962: The Eve of the Left Turn in China's Foreign Policy*, Cold War International History Project Working Paper 48, Washington, Woodrow Wilson Center, 2005, p. 33.

17. Citado en Dong Wang, «From Enmity to Rapprochement: Grand Strategy, Power Politics, and U.S.-China Relations, 1961-1974», disertación de doctorado, Universidad de California, Los Ángeles, 2007, p. 201.

18. «Mao zhuxi de tanhua 21/12/1965 yu Hangzhou» [Discurso del presidente Mao en Hangzhou 21 de diciembre de 1965], copia mimeografiada propiedad del autor.

19. Citado en Roderick MacFarquhar y Michael Schoenhals, *Mao's Last Revolution*, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press, 2006, p. 47 [*La revolución cultural china*, Barcelona, Crítica 2009].

20. Citado en Michael Schoenhals, ed., *China's Cultural Revolution, 1966-1969: Not a Dinner Party*, Armonk, M. E. Sharpe, 1996, p. 106.

21. Véase Donald S. Sutton, «Consuming Counterrevolution: The Ritual and Culture of Cannibalism in Wuxuan, Guangxi, China, May to July 1968», *Comparative Studies in Society and History,* 37, n.º 1 (1995), pp 136-172.

22. «The DPRK Attitude Toward the So-Called 'Cultural Revolution' in China», 7 de marzo de 1967, CWIHP-DA, <http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/114570>.

23. Citado en Yang Kuisong, «The Sino-Soviet Border Clash of 1969: From Zhenbao Island to Sino-American Rapprochement», *Cold War History,* 1, n.º 1 (2000), p. 23.

24. Citado en MacFarquhar y Schoenhals, *Mao's Last Revolution*, p. 335.

25. *Klassekampen* [periódico], 19 de septiembre de 1973.

CAPÍTULO 10: IMPERIOS ROTOS

1. Citado en William Roger Louis y Judith Brown, *The Oxford History of the British Empire, Volume IV: The Twentieth Century*, Oxford, Oxford University Press, 1999, p. 331.

2. Citado en Louis y Brown, *Oxford History of the British Empire*, 4, p. 350.

3. Citado en Ebrahim Norouzi, The Mossadegh Project, 11 de octubre de 2011, <http://www.mohammadmossadegh.com/biography/tudeh/>.

4. *Africa-Asia Speaks from Bandung*, Yakarta, Indonesian Ministry of Foreign Affairs, 1955, pp. 19-29.

5. «Discours de Gamal Abdel Nasser, 26 juillet 1956», en La Documentation française, eds., «Notes et études documentaires: Écrits et Discours du colonel Nasser», 20.08.1956, n.º 2.206, París, La Documentation française, 1956, pp. 16-21.

6. Citado en Donald Neff, *Warriors at Suez: Eisenhower Takes America into the Middle East*, Nueva York, Simon and Schuster, 1981, p. 376.

7. La embajada de Egipto en Washington se había mantenido bien informada sobre lo que pensaba Estados Unidos; véase embajada de Egipto en Washington a Ministerio de Asuntos Exteriores, 17 de agosto de 1956, 0078-032203-0034, National Archives of Egypt, El Cairo.

8. Discurso televisado de Eisenhower, 20 de febrero de 1957, *Public Papers of the Presidents: Dwight D. Eisenhower, 1957*, pp. 151-152.

9. Discurso del primer ministro Lok Sabha, 19 de noviembre de 1956, *Selected Works of Jawaharlal Nehru*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2006, 2.ª serie, 35, p. 362.

10. Discurso del primer ministro Lok Sabha, 20 de noviembre de 1956, *Selected Works of Jawaharlal Nehru*, 2.ª serie, 35, p. 372.

11. Citado en Jean-Pierre Vernant, *Passé et présent: contributions à une psychologie historique*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1995, 1, p. 112.

12. Carta de Aimé Césaire a Maurice Thorez, 24 de octubre de 1956, *Social Text,* 103, vol. 28, n.º 2 (2010), p. 148.

13. NSC 5910/1, «Statement of U.S. policy on France», 4 de noviembre de 1959, *FRUS 1958-1960*, volumen 7, 2.ª parte.

14. Citado en J. Ayodele Langley, *Ideologies of Liberation in Black Africa, 1856-1970: Documents on Modern African Political Thought from Colonial Times to the Present*, Londres, R. Collings, 1979, pp. 25-26.

15. Nota de Lenin, 30 de diciembre de 1922, *Lenin: Collected Works*, Moscú, Progress, 1970, 36, pp. 593-611 [traducción del ruso al español, *Obras escogidas en tres tomos*, Moscú, Progreso, 1961, tomo 3, p. 407].

16. «Khrushchev Report on Moscow Conference, 6 January 1961», USSR: Khrushchev reports, 1961, Countries, President's Office Files, Presidential Papers, Papers of John F. Kennedy, Kennedy Library.

17. KPS Menon al Ministerio de Asuntos Exteriores, 24 de febrero de 1956, MEA 26(22) Eur/56(Secret), p. 8, National Archives of India, Nueva Delhi.

18. Memorándum del Debate en la 452.ª Reunión del Consejo de Seguridad Nacional, 21 de julio de 1960, *FRUS 1958-1960*, vol. 14, p. 339.

19. Discurso en la Inauguración de la Conferencia Panafricana de Leopoldville, 25 de agosto de 1960, *Patrice Lumumba: Fighter for Africa's Freedom*, Moscú, Progress Publishers, 1961, pp. 19-25.

20. Jruschov a Lumumba, 15 de julio de 1960, en Vladimir Brykin, ed., *SSSR i strany Afriki, 1946-1962 gg.: dokumenty i materialy* [La URSS y los países africanos, 1946-1962: documentos y materiales], Moscú, Gosudarstvennoe izdatel'stvo politicheskoi i nauchnoi literatury, 1963, 1, p. 562.

21. «Sukarno, 1 September 1961», Cumbre de los Países No Alineados, Belgrado, 1961, Subjects, President's Office Files, Presidential Papers, Papers of John F. Kennedy, Kennedy Library.

CAPÍTULO 11: LAS CONTINGENCIAS DE KENNEDY

1. Discurso televisado de Eisenhower, 17 de enero de 1961, *Public Papers of the Presidents: Dwight D. Eisenhower 1960-1961*, p. 421.

2. Discurso de investidura de John F. Kennedy, 20 de enero de 1961, *Public Papers of the Presidents: John F. Kennedy 1961*, pp. 1-2.

3. Robert F. Kennedy Oral History Interview, JFK n.º 1, John F. Kennedy Library.

4. James A. Yunker, *Common Progress: The Case for a World Economic Equalization Program*, Westport, Greenwood Publishing Group, 2000, p. 37.

5. Declaración del presidente, 1 de marzo de 1961, *Public Papers of the Presidents: John F. Kennedy 1961*, p. 135.

6. Memorándum de la conferencia con el presidente Kennedy, 25 de enero de 1961, *FRUS 1961-1963*, 24, p. 43.

7. Acta de la reunión del camarada N. S. Jruschov con el camarada W. Ulbricht, 30 de noviembre de 1960, CWIHP-DA, <http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/112352>.

8. Citado en William Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, Nueva York, Norton, 2003, p. 488.

9. Reunión Kennedy-Jruschov, Viena, 3 de junio de 1961, *FRUS 1961-1963*, 5, p. 184.

10. Reunión Kennedy-Jruschov, Viena, 4 de junio de 1961, *FRUS 1961-1963*, 5, p. 230.

11. Citado en Taubman, *Khrushchev*, p. 500.

12. Ibíd., p. 503.

13. Ibíd., p. 505.

14. Citado en Helen Pidd, «Berlin Wall 50 Years on: Families Divided, Loved Ones Lost», *The Guardian*, 12 de agosto de 2011.

15. Discurso de Brandt, 13 de agosto de 1961, Chronik der Mauer, <http://www.chronik-der-mauer.de>.

16. «Rough Notes from a Conversation (Gromyko, Khrushchev and Gomulka) on the International Situation [October 1961]», CWIHP-DA, <http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/112004>.

17. 16 de octubre de 1961 (emisoras móviles de megafonía), Chronik der Mauer, <http://www.chronik-der-mauer.de>.

18. Citado en Michael Beschloss, *The Crisis Years: Kennedy and Khrushchev, 1960-1963*, Nueva York, Edward Burlingame Books, 1991, p. 278.

19. Citado en Marc Trachtenberg, *A Constructed Peace: The Making of the European Settlement, 1945-1963*, Princeton, Princeton University Press, 1999, p. 334.

20. Citado en Leycester Coltman, *The Real Fidel Castro*, New Haven, Yale University Press, 2003, p. 39.

21. Ed Cony, «A Chat on a Train: Dr. Castro Describes His Plans for Cuba», *The Wall Street Journal*, 22 de abril de 1959.

22. Discurso del primer ministro Fidel Castro en un mitin multitudinario en La Habana, 27 de octubre de 1959, Castro Speech Database, <http://lanic.utexas.edu/project/castro/db/1959/19591027.html> [original en castellano disponible en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f261059e.html>].

23. Citado en Christopher M. Andrew y Vasili Mitrokhin, *The World Was Going Our Way: The KGB and the Battle for the Third World*, Nueva York, Basic Books, 2005, p. 36.

24. Transcripción del debate del 7 de octubre de 1960, Commission on Presidential Debates, <http://www.debates.org/index.php?page=october-7-1960-debate-transcript>.

25. Citado en Christopher M. Andrew, *For the President's Eyes Only: Secret Intelligence and the American Presidency from Washington to Bush*, Nueva York, HarperCollins, 1995, p. 259.

26. Castro interroga a los prisioneros de la invasión, 27 de abril de 1961, Castro Speeches Database, <http://lanic.utexas.edu/project/castro/db/1961/19610427.html>.

27. Conversación con el comandante Ernesto Guevara, 22 de agosto de 1961, National Security Archive Digital Archive (en adelante, NSA-DA), <https://nsarchive.wordpress.com/2012/02/03/document-friday-che-guevara-thanks-the-united-states-for-the-bay-of-pigs-invasion/>.

28. Castro denuncia la agresión de Estados Unidos, 23 de abril de 1961, Castro Speeches Database, <http://lanic.utexas.edu/project/castro/db/1961/19610423.html>.

29. Hugh Sidey, «The Lesson John Kennedy Learned from the Bay of Pigs», *Time*, 16 de abril de 2001.

30. Memorándum del Fiscal General (Kennedy) al presidente Kennedy, 19 de abril de 1961, *FRUS 1961-1963*, 10, p. 304.

31. Citado en Muhammad Haykal, *The Sphinx and the Commissar: The Rise and Fall of Soviet Influence in the Middle East*, Nueva York, Harper & Row, 1978, p. 98.

32. Citado en Taubman, *Khrushchev*, p. 541.

33. Acta de la conversación, Kennedy-Gromyko, 18 de octubre de 1962, *FRUS 1961-1963*, 11, p. 112.

34. Discurso televisado de Kennedy, 22 de octubre de 1962, *Public Papers of the Presidents: John F. Kennedy 1962*, p. 808.

35. Discurso de Adlai Stevenson al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, 22 de octubre de 1962, <https://www.youtube.com/watch?v=xgR8NjNw__I>.

36. Entrevista con Walter Cronkite, CNN, serie *Cold War*, episodio 10 («Cuba 1959-1962»), <http://nsarchive.gwu.edu/coldwar/interviews/episode-10/cronkite1.html>.

37. Castro a Jruschov, citado en la página web de la John F. Kennedy Library, <http://microsites.jfklibrary.org/cmc/oct26/doc2.html> [original en castellano disponible en <http://www.cubanet.org/htdocs/ref/dis/10140201.htm>].

38. McNamara, CNN, serie *Cold War*, episodio 10 («Cuba 1959-1962»).

39. Castro, CNN, serie *Cold War*, episodio 10 («Cuba 1959-1962»).

40. En otras partes del mundo, incluso los radicales del Tercer Mundo deseaban unas relaciones más estables entre la URSS y Estados Unidos tras la crisis de los misiles. Véase, por ejemplo, Ministerio de Asuntos Exteriores, informe del 18 de diciembre de 1962, 078-048418 -0010, National Archives of Egypt, El Cairo.

41. Discurso de Kennedy en la Universidad de Maine, 19 de octubre de 1963, *Public Papers of the Presidents: John F. Kennedy 1963*, p. 797.

42. Material desclasificado Penkovskii, CIA Library, <http://www.foia.cia.gov/sites/default/files/document_conversions/89801/DOC_0000012267.pdf>.

43. Grimes, CNN, serie *Cold War*, episodio 21 («Spies 1944-1994»).

44. Acta de la 508.ª reunión del Consejo de Seguridad Nacional, 22 de enero de 1963, *FRUS 1961-1963*, 8, p. 462.

CAPÍTULO 12: ENCUENTRO CON VIETNAM

1. La mejor visión general es Christopher Goscha, *Vietnam: A New History*, Nueva York, Basic Books, 2016.

2. Le Duan, «Duong loi cach mang mien Nam» [La senda de la revolución en el sur], *circa* 1956, <http://vi.uh.edu/pages/buzzmat/southrevo.htm>.

3. Citado en Robert D. Dean, «An Assertion of Manhood», en *Light at the End of the Tunnel: A Vietnam War Anthology*, ed. Andrew J. Rotter, 3.ª ed., Rowman & Littlefield, 2010, p. 367.

4. Citado en Michael Beschloss, ed., *Taking Charge: The Johnson White House Tapes, 1963-1964*, Nueva York, Simon & Schuster, 1998, pp. 401-403.

5. Citado en Andrew Preston, *The War Council: McGeorge Bundy, the NSC, and Vietnam*, Cambridge, Harvard University Press, 2006, p. 163.

6. Citado en David E. Kaiser, *American Tragedy: Kennedy, Johnson, and the Origins of the Vietnam War*, Cambridge, Belknap Press of Harvard University Press, 2000, p. 361.

7. Resolución conjunta del Congreso, H.J. RES 1145, 7 de agosto de 1964, <http://avalon.law.yale.edu/20th_century/tonkin-g.asp>.

8. Acta de la conversación, Zhou Enlai y Pham Van Dong *et al*., 23 de agosto de 1966, Odd Arne Westad *et al.,* eds., *77 Conversations Between Chinese and Foreign Leaders on the Wars in Indochina, 1964-1977*, Ponencia de Trabajo 22, Washington, Cold War International History Project, Woodrow Wilson International Center for Scholars, 1998, p. 97.

9. Mensaje especial al Congreso sobre la ayuda extranjera, 19 de marzo de 1964, *Public Papers of the Presidents: Lyndon B. Johnson 1963-1964*, p. 393.

10. Kwame Nkrumah, *Neo-Colonialism: The Last Stage of Imperialism*, Nueva York, International Publishers, 1965, p. 247.

11. «Intelligence Memorandum Prepared in the Central Intelligence Agency», 19 de junio de 1965, *FRUS 1964-1968*, 24, p. 42.

12. Acta de la conversación telefónica, Johnson y Walter Reuther (presidente del sindicato UAW), 24 de noviembre de 1964, cinta n.º 6474, Lyndon B. Johnson Presidential Library, Austin, Texas (en adelante, Johnson Library).

13. Robert Komer, «Talking Points (Preparation for McGeorge Bundy talk with Senator Dodds)», 31 de agosto de 1965, caja 85, Congo, África, Country File, NSC, Presidential Papers, Johnson Library.

14. Citado en Matthew Jones, «"Maximum Disavowable Aid": Britain, the United States and the Indonesian Rebellion, 1957-58», *The English Historical Review,* 114, n.º 459 (1999), p. 1192.

15. Citado en Robert Cribb, «The Indonesian Massacres», en *Century of Genocide: Critical Essays and Eyewitness Accounts*, ed. Samuel Totten, William S. Parsons, e Israel W. Charny, 2.ª ed., Nueva York, Routledge, 2004, p. 252.

16. Véase Michael Wines, «CIA Tie Asserted in Indonesia Purge», *The New York Times*, 12 de julio de 1990; y John Prados, *Lost Crusader: The Secret Wars of CIA Director William Colby*, Oxford, Oxford University Press, 2003, p. 156.

17. Memorándum del subayudante especial del presidente para asuntos de seguridad nacional (Komer) al presidente Johnson, 12 de marzo de 1966, *FRUS 1964-1968*, 26, p. 418.

18. Citado en Taomo Zhou, «China and the Thirtieth of September Movement», *Indonesia,* 98, n.º 1 (2014), pp. 29-58, cita en pp. 53-54.

19. Eric Gettig, «"Trouble Ahead in Afro-Asia": The United States, the Second Bandung Conference, and the Struggle for the Third World, 1964-1965», *Diplomatic History,* 39, n.º 1 (2015), pp. 126-156, cita en p. 150.

20. Memorándum del ayudante especial en funciones del presidente para asuntos de seguridad nacional (Komer) al presidente Johnson, 12 de marzo de 1966, *FRUS 1964-1968*, 26, pp. 457-458.

21. Memorándum del secretario de Estado Rusk al presidente Johnson, abril de 1966, *FRUS 1964-1968*, vol. 4, p. 365.

22. Acta de la conversación, Mao Zedong y Pham Van Dong, Vo Nguyen Giap, 11 de abril de 1967, Westad *et al*., *77 Conversations Between Chinese and Foreign Leaders on the Wars in Indochina, 1964-1977*, p. 102.

23. Nicholas Khoo, *Collateral Damage: Sino-Soviet Rivalry and the Termination of the Sino-Vietnamese Alliance*, Nueva York, Columbia University Press, 2011, p. 87.

24. Editorial de Cronkite sobre la guerra de Vietnam, febrero de 1968, CBS News, <http://www.cbsnews.com/news/highlights-of-some-cronkite-broadcasts/>.

25. Citado en Krishnadev Calamur, «Muhammad Ali and Vietnam», *The Atlantic*, 4 de junio de 2016.

26. Martin Luther King Jr., «Beyond Vietnam», 4 de abril de 1967, en *A Call to Conscience: The Landmark Speeches of Dr. Martin Luther King, Jr.*, eds. Clayborne Carson y Kris Shepard, Nueva York, Warner Books, 2001, pp. 133-140.

27. Charles de Gaulle, discurso en Phnom Penh, 1 de septiembre de 1966, Fondation Charles de Gaulle, <http://www.charles-de-gaulle.org/pages/l-homme/accueil/discours/le-president-de-la-cinquieme-republique-1958-1969/discours-de-phnom-penh-1er-septembre-1966.php>.

28. Citado en Robert David Johnson, *Lyndon Johnson and Israel: The Secret Presidential Recordings*, ponencia de investigación n.º 3, Tel Aviv, S. Daniel Abraham Center for International and Regional Studies, Universidad de Tel Aviv, 2008, p. 33.

29. Citado en Thomas Borstelmann, *The Cold War and the Color Line: American Race Relations in the Global Arena*, Cambridge, Harvard University Press, 2009, p. 182.

30. Citado en Borstelmann, *The Cold War and the Color Line*, p. 173.

CAPÍTULO 13: LA GUERRA FRÍA Y AMÉRICA LATINA

1. Christina Godoy-Navarrete, citada en Kim Sengupta, «Victims of Pinochet's Police Prepare to Reveal Details of Rape and Torture», *The Independent* (Londres), 9 de noviembre de 1998.

2. Citado en Walter LaFeber, *The American Search for Opportunity, 1815-1913*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, p. 9.

3. Véase Gilbert M. Joseph y Daniela Spenser, eds., *In From the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War*, Durham, Duke University Press, 2007, p. 20.

4. Véase Eric Zolov, «Expanding Our Conceptual Horizons: The Shift from an Old to a New Left in Latin America», *A Contra Corriente,* 5, n.º 2 (s.f.), pp. 47-73.

5. *La Prensa*, 13 de enero de 1927.

6. Memorándum del consejero del Departamento (Kennan) al secretario de Estado, 29 de marzo de 1950, *FRUS 1950*, 2, pp. 598-624. Como señala John Lewis Gaddis en *George F. Kennan: An American Life*, Nueva York, Penguin, 2011, p. 386, no hay muchos indicios de que las recomendaciones de Kennan sobre América Latina influyeran en la política de Estados Unidos. Pero indudablemente su resumen de la situación reflejaba una gran parte de las consideraciones de Washington en aquellos momentos.

7. Extracto del diario de James C. Hagerty, secretario de Prensa del presidente, 26 de abril de 1954, *FRUS 1952-1954*, 4, p. 1102.

8. Citado en Piero Gleijeses, *Shattered Hope: The Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954*, Princeton University Press, 1992, p. 4.

9. Citado en Max Paul Friedman, «Fracas in Caracas: Latin American Diplomatic Resistance to United States Intervention in Guatemala in 1954», *Diplomacy & Statecraft,* 21, n.º 4 (2010), p. 681.

10. Citado en Friedman, «Fracas in Caracas», p. 679.

11. «Interamerican Tension Mounting at Caracas», *The New York Times*, 7 de marzo de 1954.

12. Citado en Friedman, «Fracas in Caracas», p. 672.

13. Diario de James C. Hagerty, 24 de junio de 1954, caja 1, Hagerty Papers, Dwight D. Eisenhower Library, Abilene, Kansas.

14. Discurso con motivo de la recepción para el cuerpo diplomático de las Repúblicas latinoamericanas, 13 de marzo de 1961, *Public Papers of the Presidents: John F. Kennedy 1961*, p. 172.

15. Véase Francisco H. G. Ferreira y Julie A. Litchfield, «The Rise and Fall of Brazilian Inequality, 1981-2004», Policy Research Working Paper Series, The World Bank, 2006.

16. Citado en Robert M. Levine, *The History of Brazil*, Londres, Palgrave Macmillan, 2003, p. 126.

17. Grabación de una conversación telefónica entre Lyndon B. Johnson, George Ball, y Thomas Mann, 31 de marzo de 1964, cinta n.º 2718, Johnson Library.

18. Citado en James Dunkerley, *Warriors and Scribes: Essays on the History and Politics of Latin America*, Londres, Verso, 2000, p. 4.

19. Citado en Jon Lee Anderson, *Che Guevara: A Revolutionary Life*, Nueva York, Grove Press, 1997, p. 768 [*Che Guevara: una vida revolucionaria*, Barcelona, Anagrama, 2015].

20. Citado en David Rock, *Authoritarian Argentina: The Nationalist Movement, Its History and Its Impact*, Berkeley, University of California Press, 1993, p. 218.

21. Citado en Paul H. Lewis, *Guerrillas and Generals: The «Dirty War» in Argentina*, Westport, Praeger, 2001, p. 51.

22. Salvador Allende, «Primer mensaje al Congreso Pleno de Salvador Allende» (21 de mayo de 1971), James D. Cockcroft y Jane Canning, eds., *Salvador Allende Reader*, Nueva York, Ocean Press, 2000, p. 96.

23. Acuerdo de la Cámara de Diputados del 22 de agosto de 1973, *La Nación* (Santiago), 25 de agosto de 1973 [disponible en <https://es.wikisource.org/wiki/Acuerdo_de_la_C%C3%A1mara_de_Diputados_sobre_el_grave_quebrantamiento_del_orden_constitucional_y_legal_de_la_Rep%C3%BAblica>].

24. Citado en Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2011, p. 63.

25. Notas de la reunión con el presidente sobre Chile, 15 de septiembre de 1970, NSA-DA, <http://nsarchive.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB8/nsaebb8i.htm>.

26. Comisión Nacional Sobre Prisón Politica y Tortura, <http://www.indh.cl/informacion-comision-valech>.

27. Róbinson Rojas Sandford, *The Murder of Allende and the End of the Chilean Way to Socialism*, Nueva York, Harper & Row, 1976, p. 208.

28. Federico Finchelstein, *The Ideological Origins of the Dirty War: Fascism, Populism, and Dictatorship in Twentieth Century Argentina*, Oxford, Oxford University Press, 2014, p. 152.

29. Christopher M. Andrew y Vasili Mitrokhin, *The World Was Going Our Way: The KGB and the Battle for the Third World*, Nueva York, Basic Books, 2005, p. 78.

30. Citado en Renata Keller, *Mexico's Cold War: Cuba, the United States, and the Legacy of the Mexican Revolution*, Cambridge Studies in US Foreign Relations, Cambridge, Cambridge University Press, 2015, p. 211.

31. Citado en Keller, *Mexico's Cold War*, p. 223.

32. Algunos sí cambiaron de postura. José Mujica, un antiguo guerrillero urbano que más tarde llegó a ser presidente de Uruguay, concluía que «una cosa es derrocar un Gobierno o cortar las calles. Pero otra cosa totalmente distinta es crear y construir una sociedad mejor, una sociedad que necesita organización, disciplina y trabajo a largo plazo. No confundamos las dos cosas». Krishna Andavolu, «Uruguay and Its Ex-Terrorist Head of State May Hold the Key to Ending the Global Drug War», *Vice*, 9 de mayo de 2014, <http://www.vice.com/read/president-chill-jose-pepe-mujica-uruguay-0000323-v21n5>.

CAPÍTULO 14: LA ERA DE BRÉZHNEV

1. Citado en Melvyn P. Leffler, *For the Soul of Mankind: The United States, the Soviet Union, and the Cold War*, Nueva York, Hill & Wang, 2008, p. 247.

2. Acta de la conversación, Brézhnev y Kissinger, 24 de octubre de 1974, William Burr, ed., *Kissinger Transcripts: The Top Secret Talks with Beijing and Moscow*, Nueva York, New Press, 1998, pp. 327-342.

3. *Pravda*, 25 de septiembre de 1968.

4. Citado en William Taubman, *Khrushchev: The Man and His Era*, Nueva York, Norton, 2003, p. 16.

5. Citado en David Holloway, «Nuclear Weapons and the Escalation of the Cold War, 1945-1962», en The Cambridge History of the Cold War, eds. Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 376-397.

6. Véase Henry Phelps Brown, *The Inequality of Pay*, Oxford, Oxford University Press, 1977, pp. 38-51 [*Las desigualdades de salarios*, Madrid, Ministerio de Empleo y Seguridad Social, 1990].

7. Citado en *Marxism Today*, julio de 1968, pp. 205-217.

8. Negotiations en Čierna nad Tisou, 29 de julio de 1968, Jaromír Navrátil, ed., *The Prague Spring 1968: A National Security Archive Documents Reader*, Budapest, Central European University Press, 1998.

9. Transcripción de la conversación telefónica entre Leonid Brézhnev y Alexander Dubček, 13 de agosto de 1968, ibíd., pp. 345-356.

10. Vladimir Tismaneanu, ed., *Promises of 1968: Crisis, Illusion, and Utopia*, Budapest, Central European University Press, 2011, p. 394.

11. Nicolae Ceaușescu, *Romania on the Way of Completing Socialist Construction: Reports, Speeches, Articles*, Bucarest, Meridiane, 1969, 3, pp. 415-418.

12. SDS, «The Port Huron Statement», en Timothy Patrick McCarthy y John Campbell McMillian, eds., *The Radical Reader: A Documentary History of the American Radical Tradition*, Nueva York, The New Press, 2003, pp. 468-476.

13. Betty Friedan, *The Feminine Mystique*, Nueva York, Norton, 1963, p. 1 [*La mística de la feminidad*, Madrid, Cátedra, 2017].

14. Maurice Vaïsse, *La grandeur: politique étrangère du général de Gaulle, 1958-1969* [La grandeza: política exterior del general de Gaulle, 1958-1969], París, Fayard, 1998, pp. 360-361.

15. Citado en Thomas Alan Schwartz, *Lyndon Johnson and Europe: In the Shadow of Vietnam*, Cambridge, Harvard University Press, 2003, p. 123.

16. Discurso de Brandt a los diputados del SPD en el Bundestag, 11 de abril de 1967, en Willy Brandt, *Berliner Ausgabe*, ed. Helga Grebing *et al*., Bonn, Dietz, 2000, 6, p. 129.

17. Citado en Willy Brandt, *People and Politics: The Years 1960-75*, Londres, HarperCollins, 1978, p. 238.

18. Discurso de Brandt ante la Asamblea General de Naciones Unidas, 26 de septiembre de 1973, en Brandt, *Berliner Ausgabe*, vol. 6, pp. 498-511.

19. Acta de la conversación, Mielke-Kriuchkov, 19 de septiembre de 1983, CWIHP-DA, <http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/115718>.

20. «Conference on Security and Co-Operation in Europe: Final Act», *American Journal of International Law,* 70, n.º 2 (1976), pp. 417-421 [disponible en castellano en <https://www.osce.org/es/mc/39506>].

21. Carta de Argel, 25 de octubre de 1967, en Mourad Ahmia, ed., *The Collected Documents of the Group of 77*, Oxford, Oxford University Press, 2015, 6, pp. 22-39.

22. Citado en Nils Gilman, «The New International Economic Order: A Reintroduction», *Humanity,* 6, n.º 1 (2015), pp. 1-16.

CAPÍTULO 15: NIXON EN BEIJING

1. Discurso de Richard Nixon aceptando la nominación como candidato a la presidencia en la Convención Nacional Republicana, Miami Beach, 8 de agosto de 1968, The American Presidency Project, <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=25968>.

2. Richard Nixon, «Asia After Viet Nam», *Foreign Affairs,* 46, n.º 1 (1967), pp. 113-125.

3. Informe del Consejo de Seguridad Nacional, «United States Policy toward Japan», junio de 1960, *FRUS 1958-1960*, 18, p. 347.

4. Véase Gilbert Cette *et al*., «A Comparison of Productivity in France, Japan, the United Kingdom, and the United States over the Past Century», ponencia presentada en el 14e Colloque de l'Association de comptabilité nationale (6-8 de junio de 2012), París, France, <www.insee.fr/en/insee-statistique-publique/connaitre/colloques/acn/pdf14/acn14-session1-3-diaporama.pdf>.

5. Mark Tran, «South Korea: A Model of Development?», *The Guardian*, 28 de noviembre de 2011.

6. Young-Iob Chung, *South Korea in the Fast Lane: Economic Development and Capital Formation*, Oxford, Oxford University Press, 2007, p. 30.

7. Ang Cheng Guan, «Singapore and the Vietnam War», *Journal of Southeast Asian Studies,* 40, n.º 2 (junio de 2009), p. 365.

8. Odd Arne Westad *et al*., eds., *77 Conversations Between Chinese and Foreign Leaders on the Wars in Indochina, 1964-1977*, ponencia de trabajo 22, Washington, Cold War International History Project, Woodrow Wilson Center, 1998, pp. 132-133.

9. Xiong Xianghui, «Dakai ZhongMei guanxi de qianzou» [Preludio a la apertura de relacioines Estados Unidos-China], *Zhonggong dangshi ziliao*, n.º 42 (1992), pp. 72-75.

10. Actas de la reunión del Consejo de Seguridad Nacional, San Clemente, 14 de agosto de 1969, *FRUS 1969-1976*, 12, p. 226.

11. Acta de la conversación, Nixon-Dobrynin, 20 de octubre de 1969, *FRUS 1969-1976*, 12, p. 285.

12. Acta de la conversación, Leonid Brézhnev y otros dirigentes comunistas, Crimea, 2 de agosto de 1971, SAPMO-BArch, DY 30 J IV 2/20, p. 9.

13. Conversación telefónica Nixon-Kissinger, 12 de marzo de 1971, en Luke Nichter y Douglas Brinkley, eds., *The Nixon Tapes, 1971-1972*, Boston, Houghton Mifflin Harcourt, 2014, p. 41.

14. Conversación telefónica Nixon-Kissinger, 27 de abril de 1971, ibíd., p. 108.

15. Documento del Comité Central del PCCh, 24 de julio de 1971, en James T. Myers, Jürgen Domes, y Erik von Groeling, *Chinese Politics: Ninth Party Congress (1969) to the Death of Mao (1976)*, Columbia, University of South Carolina Press, 1986, p. 171.

16. Acta de la conversación, Mao-Ceaușescu, 3 de junio de 1971, CWIHP-DA, <http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/117763>.

17. Acta de la conversación, Mao-Nixon, 21 de febrero de 1972, *FRUS 1969-1976,* 17, pp. 680-681.

18. Acta de la conversación, Nixon-Zhou Enlai, 22 de febrero de 1972, *FRUS 1969-1976*, 17, p. 362.

19. Ibíd., pp. 812-813.

20. Acta de la conversación, Mao Zedong-Pham Van Dong, 23 de septiembre de 1970, Westad *et al*., eds., *77 Conversations Between Chinese and Foreign Leaders on the Wars in Indochina, 1964-1977*, p. 175.

21. Acta de la conversación, Mao Zedong-Kissinger, 21 de octubre de 1975, *FRUS 1969-1976*, 18, p. 789.

22. Michael Schaller, «The Nixon 'Shocks' and U.S.-Japan Strategic Relations, 1969-74», National Security Archive Working Paper No. 2 (1996), <http://nsarchive.gwu.edu/japan/schaller.htm>.

23. *PPP Nixon 1972*, p. 633.

24. John Kenneth Galbraith, «Reith Lectures 1966: The New Industrial State. Lecture 6: The Cultural Impact», emitido el 18 de diciembre de 1966, <downloads.bbc.co.uk/rmhttp/radio4/transcripts/1966_reith6.pdf>.

25. «19th Pugwash Conference on Science and World Affairs», en *Science and Public Affairs*, abril de 1970, pp. 21-24.

26. Aleksandr Solzhenitsyn, *One Day in the Life of Ivan Denisovitch*, trad. al inglés de Ralph Parker, Nueva York, Dutton, 1963, p. 42 [*Un día en la vida de Iván Denísovich*, Barcelona, Tusquets, 2008].

27. Andréi Amalrik, *Will the Soviet Union Survive Until 1984?*, Nueva York, Harper & Row, 1970, pp. 41, 5-6.

28. Tom W. Smith, «The Polls: American Attitudes Toward the Soviet Union and Communism», *Public Opinion Quarterly,* 47, n.º 2 (1983), pp. 277-292.

29. Véase Werner D. Lippert, «Richard Nixon's Détente and Willy Brandt's Ostpolitik: The Politics and Economic Diplomacy of Engaging the East», tesis doctoral, Universidad Vanderbilt, 2005, apéndice.

30. Acta de la conversación, Brézhnev-Ford, 23 de noviembre de 1974, *FRUS 1969-1976*, 16, p. 325.

CAPÍTULO 16: LA GUERRA FRÍA E INDIA

1. Citado en Jag Mohan, «Jawaharlal Nehru and His Socialism», *India International Centre Quarterly;* 2, n.º 3 (1975), pp. 183-192.

2. Citado ibíd.

3. Citado en Karl Ernest Meyer y Shareen Blair Brysac, *Pax Ethnica: Where and How Diversity Succeeds*, Nueva York, PublicAffairs, 2012, p. 52.

4. Discurso de Nehru ante el Congreso de Estados Unidos, 13 de octubre de 1949, *Selected Works of Jawaharlal Nehru*, 2.ª serie, Nueva Delhi, Jawaharlal Nehru Memorial Fund, 1992, 13, p. 304.

5. Citado en Robert J. McMahon, *The Cold War on the Periphery: The United States, India, and Pakistan*, Nueva York, Columbia University Press, 1994, p. 57.

6. Citado en Andrew J. Rotter, *Comrades at Odds: The United States and India, 1947-1964*, Ithaca, Cornell University Press, 2000, p. 214.

7. Acta de la conversación, Nehru-Dulles, 9 de marzo de 1956, *FRUS 1955-1957*, 8, p. 307.

8. Indian Planning Commission, *Second Five Year Plan: A Draft Outline*, Nueva Delhi, The Commission, 1956, p. 1.

9. Véase David C. Engerman, «Learning from the East: Soviet Experts and India in the Era of Competitive Coexistence», *Comparative Studies of South Asia, Africa and the Middle East,* 33, n.º 2 (2013), pp. 227-238.

10. Ratnam a Dutt, 22 de diciembre de 1955, Ministerio de Asuntos Exteriores (en adelante, MEA), P(98)-Eur/55, pp. 4-5, National Archives of India, Nueva Delhi (en adelante, NAI).

11. Jawaharlal Nehru, *Letters to Chief Ministers, 1947-1964*, ed. G. Parthasarathi, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1985, 4, p. 86. Para una visión general, véase Anton Harder, «Defining Independence in Cold War South Asia: Sino-Indian Relations, 1949-1962», tesis doctoral, LSE, 2016.

12. Legación de India, Lhasa, «Annual Report for 1950», MEA 3(18)-R&I/51, NAI.

13. Ibíd.

14. La mejor visión general de la fase inicial de la rivalidad entre China e India por el control de la región es Sulmaan Wasif Khan, *Muslim, Trader, Nomad, Spy: China's Cold War and the People of the Tibetan Borderlands*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2015.

15. «Treaty 4307: Agreement on Trade and Intercourse between Tibet Region of China and India, 29 de abril de 1954», *UN Treaty Series*, 229 (1958), p. 70.

16. Citado en Jovan Čavoški, «Between Great Powers and Third World Neutralists: Yugoslavia and the Belgrade Conference of the Non-Aligned Movement, 1961», en *The Non-Aligned Movement and the Cold War: Delhi-Bandung-Belgrade*, eds. Natasa Miskovic *et al*., Londres, Routledge, 2014, p. 187.

17. Nehru, *Letters to Chief Ministers, 1947-1964*, 4, pp. 197, 240.

18. Embajada India en Moscú al Ministerio de Asuntos Exteriores, 24 de febrero de 1956, MEA, 26(22)Eur/56(Secret), NAI.

19. «Non-Aligned Countries Declaration, 1961», Edmund Jan Osmańczyk, ed., *Encyclopedia of the United Nations and International Agreements*, 3.ª ed., Londres, Taylor & Francis, 2003, 3, p. 1572.

20. Ibíd.

21. Rusk a Harriman, 25 de noviembre de 1962, *FRUS 1961-1963*, 19, p. 406.

22. Nehru, *Letters to Chief Ministers, 1947-1964*, 5, p. 537.

23. División de Asia oriental al ministro de Asuntos Exteriores, 6 de febrero de 1967, MEA WII/104/3/67, NAI.

24. Citado en Renu Srivastava*, India and the Nonaligned Summits: Belgrade to Jakarta*, Nueva Delhi, Northern Book Centre, 1995, p. 85.

25. Acta de la conversación, T.N. Kaul-A. A. Fomin, 8 de marzo de 1969, MEA WI/101(39) 69 vol. 2, p. 84, NAI.

26. Ministro de Asuntos Exteriores a la Embajada [india] en Washington, «Summary Record of Prime Minister's talks with Vice President Humphrey», 17 de febrero de 1966, MEA WII/121(21)/66, p. 60, NAI.

27. Embajada india en Washington al ministro de Asuntos Exteriores, s.f. (octubre de 1969), «Internal Developments in the United States», MEA WII/104(14)/69 vol. 2, NAI.

28. Citado en Oriana Fallaci, «Indira's Coup», *New York Review of Books*, 18 de septiembre de 1975.

29. Acta de la conversación, ministro de Asuntos Exteriores-General Adams, 12 de noviembre de 1963, MEA 101(34)-WII/63, p. 34, NAI.

30. Acta de la conversación, Singh-Kissinger, 7 de julio de 1971, MEA, WII/121(54)71, p. 55, NAI.

31. «Treaty of Peace, Friendship and Cooperation Between the Government of India and the Government of the Union of Soviet Socialist Republics», 9 de agosto de 1971, <http://mea.gov.in/bilateral-documents.htm?dtl/5139/Treaty+of+>.

32. Informe del Ministerio de Asuntos Políticos, 18 de agosto de 1971, MEA, WII/104/34/71, NAI.

33. Acta de la conversación, Kissinger-Huang, 10 de diciembre de 1971, *FRUS 1969-1976*, 11, p. 756.

34. Actas de la reunión del Grupo de Acciones Especiales de Washington, 4 de diciembre de 1971, *FRUS 1969-1976*, 11, pp. 620-626.

35. Acta de la conversación telefónica, Nixon-Kissinger, 5 de diciembre de 1971, *FRUS 1969-1976*, 11, p. 638.

36. «Indo-Pakistan Relations», s.f. (¿marzo de 1972?), WII/103/17/72, p. 8, NAI.

37. «Sino-US Relations and Implications», 6 de marzo de 1972, ibíd., p. 14.

38. «Impact of Sino-American, Indo-Soviet, and Indo-Pakistan Relations on Indo-US Relations», s.f. (¿marzo de 1972?), ibíd., p. 31.

39. División de Europa oriental, Ministerio de Asuntos Exteriores, «Annual Report» (3 de febrero de 1975), MEA WI/103/5/75-EE vol. 1, NAI.

40. Citado en Vojtech Mastny, «The Soviet Union's Partnership with India», *Journal of Cold War Studies,* 12, n.º 3 (2010), pp. 73-74.

41. «Indo-Soviet Relations-A Critical Analysis», 12 de abril de 1977, MEA, WI/103/10/77/EE, p. 53, NAI.

42. Acta de la conversación, Mehta-Sudarikov (jefe de la División de Asia meridional, Ministerio de Asuntos Exteriores Soviético), 21 de abril de 1977, MEA WI/103/10/77/EE, p. 45, NAI.

43. Acta de la conversación, Brézhnev-Desai, 12 de junio de 1979, MEA WI/103/4/79(EE) vol. 1, pp. 234-249, NAI.

44. Acta de la conversación, Mehta-Vorontsov, 20 de marzo de 1979, MEA WI/103/4/79(EE) vol. 1, pp. 98-102, NAI.

45. Discurso de Indira Gandhi en Nueva Delhi, 1 de abril de 1980, ante el Congreso Nacional Indio, <http://inc.in/resources/speeches/298-What-Makes-an-Indian>.

CAPÍTULO 17: VORÁGINES EN ORIENTE MEDIO

1. Nasser, «Falsafat al-Thawra» [La filosofía de la revolución], citado en Reem Abou-El-Fadl, «Early Pan-Arabism in Egypt's July Revolution: The Free Officers' Political Formation and Policy-Making, 1946-54», *Nations and Nationalism,* 21, n.º 2 (2015), p. 296.

2. Citado ibíd., p. 295.

3. Discurso de Nasser, 23 de diciembre de 1962, en <https://www.youtube.com/watch?v=voUNkFuhg1E>.

4. Discurso de Aflaq, 1 de febrero de 1950, Michel Aflaq, *Choice of Texts from the Ba'th Party Founder's Thought*, Baghdad: Arab Ba'th Socialist Party, 1977, p. 86.

5. Citado en Douglas Little, «His Finest Hour? Eisenhower, Lebanon, and the 1958 Middle East Crisis», en *Empire and Revolution: The United States and the Third World Since 1945*, eds. Peter L. Hahn y Mary Ann Heiss, Columbus, Ohio State University Press, 2001, p. 32.

6. Citado en Aleksandr Fursenko y Timothy Naftali, *Khrushchev's Cold War: The Inside Story of an American Adversary*, Nueva York, Norton, 2006, p. 164.

7. Declaración del presidente, 15 de julio de 1958, *Public Papers of the Presidents: Dwight D. Eisenhower 1958*, p. 553.

8. Citado en Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, p. 159.

9. Citado ibíd., p. 169.

10. Citado en Sharman Kadish, *Bolsheviks and British Jews: The Anglo-Jewish Community, Britain, and the Russian Revolution*, Londres, Psychology Press, 1992, p. 135.

11. Citado en Avi Shlaim, «Israel, the Great Powers, and the Middle East Crisis of 1958», *Journal of Imperial and Commonwealth History,* 27, n.º 2 (1999), pp. 177-192.

12. Sobre las prioridades de Egipto en términos de la ayuda soviética, véase M. Khalil (viceprimer ministro egipcio) a S. Skatchkov (presidente del Comité Estatal Soviético para las Relaciones Económicas Exteriores), mayo de 1966, 3022-000557, National Archives of Egypt, El Cairo.

13. Sobre las relaciones de Egipto con los países africanos en 1963-1965, véanse los informes del Ministerio de Asuntos Exteriores 0078-048408, National Archives of Egypt, El Cairo, y sobre la ayuda militar, véase informe del 18 de septiembre de 1965, 0078-048418-408, ibíd.

14. Citado en Ghassan Khatib, *Palestinian Politics and the Middle East Peace Process: Consensus and Competition in the Palestinian Negotiating Team*, Londres, Routledge, 2010, p. 27.

15. Notas de una reunión del Comité Especial del Consejo de Seguridad Nacional, 9 de junio de 1967, *FRUS* 1964-1968, 19, p. 399.

16. «On Soviet Policy Following the Israeli Aggression in the Middle East», 20 de junio de 1967, CWIHP-DA, <http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/112654>.

17. Declaracióni al Knesset de la primera ministra Golda Meir, 5 de mayo de 1969, Israel Foreign Ministry, <http://www.mfa.gov.il/mfa/foreignpolicy/mfadocuments/yearbook1/pages/8%20statement%20to%20the%20knesset%20by%20prime%20minister%20golda.aspx>.

18. «On Soviet Policy Following the Israeli Aggression in the Middle East», 20 de junio de 1967, CWIHP-DA, <http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/113381>.

19. Citado en Isabella Ginor, «"Under the Yellow Arab Helmet Gleamed Blue Russian Eyes": Operation Kavkaz and the War of Attrition, 1969-70», *Cold War History,* 3, n.º 1 (2002), p. 138.

20. Actas de una reunión del Consejo de Seguridad Nacional, 25 de abril de 1969, *FRUS 1969-1976*, 23, p. 92.

21. Acta de la conversación, Kissinger, Schlesinger, Colby, 13 de octubre de 1973, *FRUS 1969-1976*, 25, p. 483.

22. Memorándum para el registro, 24/25 de octubre de 1973, *FRUS 1969-1976*, 25, p. 741.

23. Citado en Victor Israelyan, *Inside the Kremlin During the Yom Kippur War*, Filadelfia, Penn State Press, 2010, p. 180.

24. Rueda de prensa del presidente, 26 de octubre de 1973, *Public Papers of the Presidents: Richard Nixon 1973*, pp. 902-903.

25. Memorándum de la conversación, 9 de octubre de 1973, *FRUS 1969-1976*, 25, p. 413.

26. Memorándum de la conversación, 12 de agosto de 1974, *FRUS 1969-1976*, 26, p. 406.

27. Carta del presidente Ford al primer ministro israelí Rabin, 21 de marzo de 1975, ibíd., p. 553.

28. Carta al presidente Ford de 76 miembros del Senado estadounidense, 22 de mayo de 1975, Israeli Foreign Ministry, <http://mfa.gov.il/MFA/ForeignPolicy/MFADocuments/Yearbook2/Pages/84%20Letter%20to%20President%20Ford%20by%2076%20Members%20of%20the%20U.aspx>.

29. Citado en Efraim Karsh, *Israel: The First Hundred Years*, Londres, Frank Cass, 2002, 3, p. 103.

30. Igual que muchas organizaciones palestinas; para un punto de vista desde dentro, véase actas de las conversaciones, George Habash (FPLP)-Chudomir Aleksandrov (Politburó del PCB), 17 de noviembre de 1981, Sofía, f. 1b, op. 60, an. 287, pp. 1-60, Archivos Centrales del Estado, Sofía, Bulgaria (en adelante, CDA, Sofia).

31. Massimiliano Trentin, «La République démocratique allemande et la Syrie du parti Baas», *Les cahiers Irice*, n.º 10 (2013), p. 19.

32. «Saddam Hussein's political portrait-compiled for Foreign Minister Frigyes Puja prior to the Iraqi leader's visit to Hungary in May 1975», 26 de marzo de 1975, CWIHP-DA, <http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/122524>.

33. «Policy Statement on the Bulgarian Relations with Angola, Ethiopia, Mozambique, and PDR of Yemen», 1 de octubre de 1978, CWIHP-DA, <http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/113582>.

34. Citado por Joanne Jay Meyerowitz, *History and September 11th*, Filadelfia, Temple University Press, 2003, p. 231.

CAPÍTULO 18: EL FRACASO DE LA DISTENSIÓN

1. Hedrick Smith, *New York Times*, 13 de junio de 1973.

2. Discurso de Reagan ante la segunda convención anual de la CAPC, 1 de marzo de 1975, <http://reagan2020.us/speeches/Let_Them_Go_Their_Way.asp>.

3. Discurso electoral de Reagan, 31 de marzo de 1976, Biblioteca Ronald Reagan, <https://reaganlibrary.gov/curriculum-smenu?catid=0&id=7>.

4. Véase Daniel J. Sargent, *A Superpower Transformed: The Remaking of American Foreign Relations in the 1970,* Oxford, Oxford University Press, 2015.

5. Citado en George J. Church, «Saigon», *Time*, 24 de junio de 2001.

6. Discurso ante una Asamblea de la Universidad de Tulane, 23 de abril de 1975, *PPP: Ford 1975*, p. 568.

7. Para esto, véase el registro de la conversación, Todor Zhivkov-Le Duan, 8-9 de octubre de 1975, Sofía, pp. 1-45, a.n. 186, op. 60, f. 1, CDA, Sofía.

8. Véase R. J. Rummel, «Statistics of Cambodian Democide: Estimates, Calculations, and Sources*»,* en <https://www.hawaii.edu/powerkills/SOD.CHAP4.HTM>.

9. Misión de las Naciones Unidas en Sudáfrica al ministro de Asuntos Exteriores, 15 de mayo de 1976, Registro de la conversación con Kissinger y Scowcroft, 1/33/3, vol. 33, Archivos del Departamento Sudafricano de Asuntos Exteriores, Pretoria.

10. Para el resumen cubano de estas relaciones, véase el registro de las conversaciones, Fidel Castro-Todor Zhivkov, 11 de marzo de 1976, Sofía, f. 1b. op. 60, an. 194, pp. 1-38, CDA, Sofía.

11. «US-Soviet Relations and Soviet Foreign Policy toward the Middle East and Africa in the 1970s», transcripción de las Actas de la Primera Conferencia Lysebu del Programa Carter-Brézhnev, Oslo, Noruega, 1-3 de octubre de 1994, p. 45 (en lo sucesivo Lysebu I).

12. Ibíd., p. 47.

13. Comisión de los Debates Presidenciales: Segundo Debate Presidencial Carter-Ford, 6 de octubre de 1976, <http://www.debates.org/index.php?page=october-6-1976-debate-transcript>.

14. Carter a Brézhnev, 26 de enero de 1977, *FRUS 1977-1980, 6,* p. *2.*

15. Citado en «SALT II and the Growth of Mistrust» transcripción de las Actas de la Conferencia Musgrove del Programa Carter-Brézhnev. Plantación Musgrove, Isla de San Simón, Georgia, 7-9 de mayo de 1994», p. 62.

16. Carter a Sájarov, 5 de febrero de 1977, *FRUS 1977-1980, 6,* p. 17.

17. Citado en «The Collapse of Detente», transcripción de las Actas de la Conferencia Pocantico del Programa Carter-Brézhnev. Finca Rockefeller, Pocantico Hills, Nueva York, 22-24 de octubre de 1992, p. 13.

18. Hamilton Jordan a Carter, junio de 1977, Contenedor 34a, Memorando Política Exterior/Política Interior, Archivos Confidenciales de Hamilton Jordan, Archivos de la Oficina del Jefe de Personal, Biblioteca Jimmy Carter, Atlanta, Georgia.

19. Tom W. Smith, «The Polls–American Attitudes Toward the Soviet Union and Communism», *Public Opinion Quarterly,* 47, n.º 2, pp. 277-292.

20. Registro de la conversación, Markovski-Ponomariov, 10 de febrero de 1978, CWIHP-DA, <http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/110967>.

21. Rueda de prensa del presidente, 2 de marzo de 1978, *PPP Carter 1978*, 1, p. 442.

22. Reunión del Comité de Coordinación Especial del Consejo de Seguridad Nacional, 2 de marzo de 1978, citado en Jussi M. Hanhimäki y Odd Arne Westad, eds., *The Cold War: A History in Documents and Eyewitness Accounts,* Oxford, Oxford University Press, 2003, pp. 542-544.

23. Registro de la conversación, Carter-Deng Xiaoping, 29 de enero de 1979, *FRUS 1977-1980*, 8, p. 768.

24. Ibíd., 8, p. 747.

25. Ibíd., 8, p. 770.

26. Registro de la conversación, Carter-Brézhnev, 15 de junio de 1979, *FRUS 1977-1980*, 6, p. 551.

27. Registro de la conversación, Carter-Brézhnev, 16 de junio de 1979, *FRUS 1977-1980*, 6, pp. 581, 578.

28. Hamid Algar, ed., *Islam and Revolution: Writings and Declarations of Iman Khomeini*, Berkeley, CA, Mizan Press, 1981, pp. 300-306.

29. Lysebu I, p. 34.

30. Discurso televisado de Jimmy Carter, 4 de enero de 1980, *PPP Carter 1980-81*, 1, p. 22.

31. Jimmy Carter, «Discurso sobre el estado de la Unión», 23 de enero de 1980, *PPP Carter 1980*, 1, p. 196.

32. Discurso televisado de Jimmy Carter, 4 de enero de 1980, *PPP Carter 1980-81*, 1, p. 24.

33. Véase la base de datos del gasto militar del IIEPE <http://www.sipri.org/research/armaments/milex/milex_database>.

34. Ronald Reagan, «Discurso de Aceptación de la Candidatura Presidencial en la Convención Nacional Republicana de Detroit», 17 de julio de 1980, El Proyecto Presidencial Estadounidense, en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=25970>.

35. «Brindis del presidente y de la primera ministra del Reino Unido Margaret Thatcher en la cena en honor del presidente», 27 de febrero de 1981, El Proyecto Presidencial Estadounidense, en <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=43471>. Para la reacción inicial soviética a la elección de Reagan, véase registro de la conversación, Todor Zhivkov-Andréi Gromyko, 23 de diciembre de 1980, f. 1b, op. 60, an. 277, pp. 1-22, CDA, Sofía.

36. Citado en Steve Coll, *Ghost Wars: The Secret History of the CIA, Afghanistan, and Bin Laden, from the Soviet Invasion to September 10, 2001,* (Nueva York, Penguin, 2004, p. 99.

37. Para un resumen de lo que los sandinistas querían de los soviéticos y de los europeos del Este, véase registro de las conversaciones, Henry Ruiz (ministro de Ayuda Exterior de Nicaragua)-Aleksandr Lilov (secretario general adjunto del Partido Comunista búlgaro), 18-19 de octubre de 1979, f. 1b, op. 60, an. 257, pp. 1-83, CDA, Sofía. Para las opiniones de Castro, véase resumen de las conversaciones, Fidel Castro-Todor Zhivkov, La Habana, 7-11 de abril de 1979, f. 1b, op. 66, an. 1674, pp. 23-35, CDA, Sofía.

38. Extracto de una entrevista con Walter Cronkite en CBS News, 3 de marzo de 1981, *PPP Reagan 1981*, p. 191.

CAPÍTULO 19: MALOS PRESAGIOS EN EUROPA

1. «Nota de la Stasi sobre la reunión entre el ministro Mielke y el presidente del KGB Andrópov», 11 de julio de 1981, CWIHP-DA, <http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/115717>.

2. Citado en Silvio Pons, «The Rise and Fall of Eurocommunism», en *The Cambridge History of the Cold War*», eds. Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, 2, p. 55.

3. Citado en Kristina Spohr, *The Global Chancellor: Helmut Schmidt and the Reshaping of the International Order*, Oxford, Oxford University Press, 2016, p. 111.

4. Ronald Reagan, discurso televisado, 5 de septiembre de 1983, *PPP Reagan 1983*, p. 1227.

5. Citado en Nate Jones, «First Page of Paramount Able Archer 83 Report Declassified by British Archive», 27 de octubre de 2014, <https://nsarchive.wordpress.com/2014/10/27/first-page-of-paramount-able-archer-83-report-declassified-by-british-archive-remainder-of-the-detection-of-soviet-preparations-for-war-against-nato-withheld/>. Véase también Nate Jones, ed., *Able Archer 83: The Secret History of the NATO Exercise That Almost Triggered Nuclear War*, Nueva York, New Press, 2016.

6. Homilía de Su Santidad Juan Pablo II, Varsovia, 2 de junio de 1979, <https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/en.html>.

7. «Sesión del Politburó del CC del PCUS», 10 de diciembre de 1981, CWIHP-DA, <http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/110482>.

8. Entrevistas, <http://www.academia.edu/7966890/Interviews_about_travelling_to_West_under_communism_Hungary_in_Europe_Divided_Then_and_Now>.

9. Declaración de la Carta 77, 1 de enero de 1977, <https://chnm.gmu.edu/1989/archive/files/declaration-of-charter-77_4346bae392.pdf>.

10. Plastic People of the Universe, «Komu je dnes dvacet» [Los que ahora tienen veinte años], <http://www.karaoketexty.cz/texty-pisni/plastic-people-of-the-universe-the/komu-je-dnes-dvacet-188129>.

11. Discurso de aceptación, 10 de diciembre de 1975, Oslo, <http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/peace/laureates/1975/sakharov-acceptance.html>.

12. «Declaración Solemne sobre la Unión Europea (Stuttgart, 19 de junio de 1983)», *Bulletin of the European Communities*, n.º 6 (junio de 1983): pp. 24-29. Un resumen de los acontecimientos de finales de la década de 1970 se encuentra en N. Piers Ludlow, *Roy Jenkins and the European Commission Presidency, 1976-1980: At the Heart of Europe,* Londres, Palgrave Macmillan, 2016.

13. Discurso de Thatcher ante el Parlamento Europeo, 9 de diciembre de 1986, <http://www.margaretthatcher.org/document/106534>.

14. Citado en Ian Glover-James, «Falklands: Reagan Phone Call to Thatcher», *Sunday Times*, 8 de marzo de 1992.

15. James M. Markham, «Germans Enlist Poll-Takers in Missile Debate», *New York Times*, 23 de septiembre de 1983.

16. Citado en Christopher Flockton, Eva Kolinsky, y Rosalind M. O. Pritchard, *The New Germany in the East: Policy Agendas and Social Developments Since Unification*, Londres, Taylor & Francis, 2000, p. 178.

17. «Tagesprotokoll, 32. Bundesparteitag, Mai 1984, Stuttgart, CDU», en <www.kas.de/Protokolle_Bundesparteitage>.

18. Entrada del 18 de noviembre de 1983, Ronald Reagan, *The Reagan Diaries*, Nueva York, HarperCollins, 2007, p. 199.

CAPÍTULO 20: GORBACHOV

1. Véase Yegor Gaidar, *Collapse of an Empire: Lessons for Modern Russia,* Washington, DC, Brookings Institution Press, 2010.

2. Entrevista con el doctor Charles Cogan, agosto de 1997, Archivo de Seguridad Nacional, <http://nsarchive.gwu.edu/coldwar/interviews/episode-20/cogan1.html>.

3. Enmienda Boland, Public Law 98-473, 12 de octubre de 1984, <uscode.house.gov/statutes/pl/98/473.pdf>.

4. Citado en Malcolm Byrne*, Iran-Contra: Reagan's Scandal and the Un- checked Abuse of Presidential Power,* Lawrence, University Press of Kansas, 2014, p. 45.

5. Sesión del Politburó del CC PCUS, 11 de marzo de 1985, <http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/120771>.

6. Mijaíl Gorbachov, *Memorias,* Barcelona, Círculo de Lectores, 1996.

7. Sesión del Politburó del CC del PCUS, 4 de abril de 1985, NSA-DA, <nsarchive.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB172/Doc8.pdf>.

8. «Conferencia de secretarios del CC del PCUS», 15 de marzo de 1985, CWIHP-DA, <http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/121966>.

9. Reagan a Gorbachov, 11 de marzo de 1985, NSA-DA, <http://nsarchive.gwu.edu/dc.html?doc=2755702-Document-02>.

10. Entrada del 10 de octubre de 1983, Ronald Reagan, *The Reagan Diaries*, Nueva York, HarperCollins, 2007, p. 186.

11. Discurso sobre el Estado de la Unión de Reagan, 25 de enero de 1984, *PPP Reagan 1984*, 1, p. 93.

12. Registro de la conversación, Reagan-Gorbachov, 20 de noviembre de 1985, Ginebra, en Svetlana Savranskaya y Thomas Blanton, eds., *The Last Superpower Summits. Gorbachev, Reagan, and Bush. Conversations That Ended the Cold War*, Budapest, Central European Press, 2016, p. 112.

13. Mijaíl Gorbachov, *Informe Político del Comité Central del PCUS ante el 27.º Congreso del Partido*, Moscú, Novosti, 1986, 5, p. 6.

14. Sesión del Politburó del CC del PCUS, 26 de junio de 1986, Notas de Anatoly S. Chernyaev, NSA-DA, <http://nsarchive.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB272/Doc%204%201986-06-

26%20Politburo%20Session%20on%20Afganistan.pdf>. Cuatro meses después, Gorbachov dijo a los demás dirigentes que la URSS debía «retirar nuestras tropas en uno o, a lo sumo, dos años».

15. Sesión del Politburó, 13 de noviembre de 1986, Notas de Anatoly S. Chernyaev, NSA-DA, <http://nsarchive.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB272/Doc%205%201986-11-13%20Politburo%20on%20Afghanistan.pdf>.

16. Transcripción rusa de la Cumbre Reagan-Gorbachov en Reikiavik, 12 de octubre de 1986 (por la tarde), publicada en FBIS-USR-93-121, 20 de septiembre de 1993.

17. «Extractos de un discurso de Mijaíl Gorbachov ante el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética», <http://chnm.gmu.edu/tah-loudoun/blog/psas/end-of-the-cold-war/>.

18. «Soviets Admit Blame in Massacre of Polish Officers in World War II», *New York Times*, 13 de abril de 1990.

19. N. Andreeva, «Ne mogu postupatsia printsipami» [No puedo renunciar a mis principios], *Sovetskaia Rossiia*, 13 de marzo de 1988.

20. Registro de la conversación, Gorbachov-Honecker, 3 de octubre de 1986 (en alemán), *Chronik der Mauer*, <http://www.chronik-der-mauer.de/material/178876/niederschrift-ueber-ein-gespraech-zwischen-erich-honecker-und-michail-gorbatschow-3-oktober-1986>.

21. «The Diary of Anatoly S. Chernyaev, 1987-1988», traducido y editado por Svetlana Savranskaya [en adelante Diarios de Chernyaev], NSA-DA, <http://nsarchive.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB250/index.htm>.

22. Citado en David H. Shumaker, *Gorbachev and the German Question: Soviet-West German Relations, 1985-1990*, Westport, CT, Greenwood Publishing Group, 1995, p. 36.

23. Reagan, «Comentarios y Sesión de preguntas y respuestas con los estudiantes y el profesorado en la Universidad Estatal de Moscú», 31 de mayo de 1988, *PPP Reagan 1988*, 1, p. 687.

24. Citado en Stanley Meisner, «Reagan Recants "Evil Empire" Description», *Los Angeles Times*, 1 de junio de 1988.

25. Citado en Igor Korchilov, *Translating History: 30 Years on the Front Lines of Diplomacy with a Top Russian Interpreter*, Nueva York, Simon and Schuster, 1999, p. 167.

26. Registro de la conversación, Gorbachov-Reagan, 1 de junio de 1988, NSA-DA, <http://nsarchive.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB251/>.

27. Citado de Amin Saikal y William Maley, eds., *The Soviet Withdrawal from Afghanistan*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, p. 19.

28. Citado en Archie Brown, «Did Gorbachev as General Secretary Become a Social Democrat?», *Europe-Asia Studies,* 65, n.º 2 (2013): p. 209.

29. Registro de la conversación, Gorbachov-Brandt, 17 de octubre de 1989, NSA-DA, <nsarchive.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB293/doc06.pdf>.

CAPÍTULO 21: TRANSFORMACIONES GLOBALES

1. El embajador Wu Jianmin conversa con el autor, Londres, octubre de 2013.

2. *Selected Works of Deng Xiaoping, 1982-1992*, Beijing, Foreign Languages Press, 1994, p. 174.

3. Ezra F. Vogel, *Japan as Number One: Lessons for America* (Cambridge, MA, Harvard University Press, 1979, p. vii.

4. Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Nueva York, Random House, 1987, pp. 467-468.

5. «Telegrama del embajador Katori al ministro de Asuntos Exteriores, "Visita del primer ministro a China (Conversación con el presidente Deng Xiaoping)"», 25 de marzo 1984, CWIHP-DA, <http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/118849>.

6. Declaración de la ASEAN en Bangkok, 8 de agosto de 1967, en Michael Leifer, ed., *Dictionary of the Modern Politics of Southeast Asia*, 3.ª ed., Londres, Routledge, 2001, p. 69.

7. Citado en K. Natwar Singh, «Revisiting Russia», *Business Standard*, 5 de marzo de 2011.

8. John Prados, *Safe for Democracy: The Secret Wars of the CIA*, Chicago, IL, Ivan R. Dee, 2006, p. 503.

9. Citado en *The Philadelphia Inquirer*, 19 de diciembre de 1988.

10. Diarios de Chernyaev, 1989, <http://nsarchive.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB275/>.

11. Véase Kevin J. Middlebrook y Carlos Rico, *The United States and Latin America in the 1980s*, Pittsburgh, PA, University of Pittsburgh Press, 1986, p. 50.

12. «Memorando de la Academia de las Artes y las Ciencias de Serbia (AACS) 1986», Making the History of 1989, <https://chnm.gmu.edu/1989/items/show/674>.

13. Abdullah Azzam, «Defensa de las tierras musulmanas», <https://archive.org/stream/Defense_of_the_Muslim_Lands/Defense_of_the_Muslim_Lands_djvu.txt>.

CAPÍTULO 22: REALIDADES EUROPEAS

1. Reagan, «Discurso de despedida a la nación», 11 de enero de 1989, *PPP Reagan 1988-89*, 2, p. 1720.

2. Análisis de Seguridad Nacional 3, 15 de febrero de 1989, GHW Bush Library, <https://bush41library.tamu.edu/archives/nsr>.

3. Citado en Sarah B. Snyder, «Beyond Containment? The First Bush Administration's Sceptical Approach to the CSCE», *Cold War History,* 13, n.º 4 (2013), p. 466.

4. Registro de la conversación, Gorbachov-Thatcher, 5 de abril de 1989, NSA-DA, <http://nsarchive.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB422/>.

5. Diarios de Chernyaev, 1989, <http://nsarchive.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB275/>.

6. La mejor visión de conjunto es Serhii Plokhy, *Last Empire: The Final Days of the Soviet Union*, Nueva York, Basic Books, 2014.

7. «Extractos del debate entre Lech Wałesa y Alfred Miodowicz, 30 de noviembre de 1988», Making the History of 1989, <https://chnm.gmu.edu/1989/items/show/540>.

8. Citado en Mark Kramer, «The Demise of the Soviet Bloc», *Journal of Modern History,* 83, n.º 4 (2011), p. 804.

9. Viktor Orbán, «The Reburial of Imre Nagy», en *The Democracy Reader*, eds. Diane Ravitch y Abigail Thernstrom, Nueva York, HarperCollins, 1992, p. 249.

10. Citado en Sergey Radchenko, *Unwanted Visionaries: The Soviet Failure in Asia at the End of the Cold War*, Oxford, Oxford University Press, 2014, p. 161.

11. Citado en ibíd., p. 163.

12. Citado en ibíd., p. 167.

13. Citado en Odd Arne Westad, «Deng Xiaoping and the China He Made», en *Makers of Modern Asia*, ed. Ramachandra Guha, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2014, pp. 199-214.

14. Citado en Kramer, «The Demise of the Soviet Bloc», p. 827.

15. Ibíd., p. 828.

16. Diarios de Chernyaev, 1989, <http://nsarchive.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB275/>.

17. «De la conversación entre M. S. Gorbachov y François Mitterrand», 5 de julio de 1989, Making the History of 1989, <https://chnm.gmu.edu/1989/items/show/380>.

18. Véase Mary Elise Sarotte, *The Collapse: The Accidental Opening of the Berlin Wall*, Nueva York, Basic Books, 2014, pp. 146-149.

19. Petra Ruder, citado en Kai Diekmann y Ralf Georg Reuth, eds., *Die längste Nacht, der grösste Tag: Deutschland am 9 de noviembre de 1989* [La noche más larga, el día más hermoso: Alemania, el 9 de noviembre de 1989], Múnich, Piper, 2009, p. 167.

20. El plan de diez puntos de Helmut Kohl para la Unidad Alemana (28 de noviembre de 1989), la historia alemana en documentos e imágenes, <http://germanhistorydocs.ghi-dc.org/docpage.cfm?docpage_id=118>.

21. Citado en R.C. Longworth, «France Stepping Up Pressure for a United States of Europe», *Chicago Tribune*, 30 de octubre de 1989.

22. Charles Powell a Stephen Wall, 20 de enero de 1990, Fundación Margaret Thatcher, <http://www.margaretthatcher.org/document/113883>.

23. Véase Frédéric Bozo, *Mitterrand, the End of the Cold War and German Unification*, Nueva York, Berghahn Books, 2009.

24. Registro de la conversación telefónica, Bush-Kohl, 29 de noviembre de 1989, Memcons (Memorando de conversación cara a cara) y Telcons (Memorando de conversación telefónica), <https://bush41library.tamu.edu/archives/memcons-telcons> (en adelante Memcons de Bush), Biblioteca Bush.

25. Citado en Mary Sarotte, *1989: The Struggle to Create Post-Cold War Europe*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2009, p. 111.

26. Citado en «Hungary Declares Independence», *Chicago Tribune*, 25 de octubre de 1989.

27. Citado en Steven Greenhouse, «350,000 at Rally Cheer Dubcek», *New York Times*, 25 de noviembre de 1989.

28. «Mensaje de Año Nuevo a la nación, 1990», Selección de discursos y escritos de Havel, <http://old.hrad.cz/president/Havel/speeches/index_uk.html>.

29. Transcrito de una grabación de vídeo, 21 de diciembre de 1989, <https://www.youtube.com/watch?v=wWIbCtz_Xwk>.

30. Registro de conversación, 2 de diciembre de 1989, primer encuentro, Memcons Bush, Biblioteca Bush.

31. Grabación de vídeo transcrita <https://www.youtube.com/watch?v=UKtdBAJGK9I>.

32. Consejo Supremo de la República de Lituania, «Ley del Restablecimiento del Estado Independiente de Lituania», 11 de marzo de 1990, <http://www.lrkt.lt/en/legal-information/lithuanias-independence-acts/act-of-11-march/366>.

33. Citado en Bridget Kendall, «Foreword», Irina Prokhorova, ed., *1990: Russians Remember a Turning Point*, Londres, MacLehose, 2013, p. 12.

34. Citado en Archie Brown, «Did Gorbachev as General Secretary Become a Social Democrat?», *Europe-Asia Studies,* 65, n.º 2 (2013), pp.198-220.

35. Citado en Hanns Jürgen Küsters, «The Kohl-Gorbachev Meetings in Moscow and in the Caucasus, 1990», *Cold War History,* 2, n.º 2 (2002), pp. 195-235.

36. Tratado sobre el Acuerdo Final respecto a Alemania, *United Nations Treaty Series*, vol. 1696, I-29226.

37. Discurso pronunciado por Hans-Dietrich Genscher en la firma del Tratado Dos más Cuatro, 12 de septiembre de 1990, sitio web del CVCE, <http://www.cvce.eu/obj/address_given_by_hans_dietrich_genscher_at_the_signing_of_the_two_plus_four_treaty_moscow_12_september_1990-en-e14baf8d-c613-4c0d-9816-8830a7f233e6.html>.

38. Discurso de Milošević, Campo de Kosovo, 28 de junio de 1989, <http://www.slobodan-milosevic.org/spch-kosovo1989.htm>.

39. Citado en David Thomas Twining, *Beyond Glasnost: Soviet Reform and Security Issues*, Westport, CT, Greenwood, 1992, p. 26.

40. Registro de conversación telefónica, 18 de enero de 1991, Memcons de Bush, Biblioteca Bush.

41. Bush, «Comentarios al Soviet Supremo de la República de Ucrania», 1 de agosto de 1991, *PPP Bush 1991*, 2, p. 1007.

42. Discurso de Yeltsin al pueblo ruso, 19 de agosto de 1991, <https://web.viu.ca/davies/H102/Yelstin.speech.1991.htm>.

43. Cita de *The New York Times*, 24 de agosto de 1991.

44. Soglashenie o Sozdanii Sodruzhestva Nezavisimykh Gosudarstv [Acuerdo sobre la creación de la Comunidad de Estados Independientes], 8 de diciembre de 1991, <http://www.worldcourts.com/eccis/rus/conventions/1991.12.08_Agreement_CIS.htm>.

45. «Fin de la Unión Soviética; texto del discurso de despedida de Gorbachov», *New York Times*, 26 de diciembre de 1991.

46. Registro de la conversación telefónica, Gorbachov-Bush, 25 de diciembre de 1991, Memcons de Bush, Biblioteca Bush.

47. Andréi S. Grachev, *Final Days: The Inside Story of the Collapse of the Soviet Union*, Boulder, CO, Westview, 1995, p. 192.

1. Constantine Pleshakov, *There Is No Freedom Without Bread!: 1989 and the Civil War That Brought Down Communism*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2009.

2. «Los rusos nombran a Brézhnev mejor líder del siglo XX, a Gorbachov el peor», 22 de mayo de 2013, *Russia Today*, <https://www.rt.com/politics/Brézhnev-stalin-gorbachev-soviet-638/>.

3. Citado en Chuck Sudetic, «Evolution in Europe: Bulgarian Communist Stalwart Says He'd Do It All Differently», *New York Times*, 28 de noviembre de 1990.

4. Wilfried Loth, *Die Teilung der Welt: Geschichte des Kalten Krieges 1941-1955* [La división del mundo: historia de la Guerra Fría, 1941-1955], Múnich, Deutscher Taschenbuch-Verlag, 1980.

5. François Genoud, ed., *The Testament of Adolf Hitler; the Hitler-Bormann Documents, February-April 1945*, Londres, Cassell, 1961, p. 103.

6. Yevgeny Chazov, Discurso de aceptación del premio Nobel, 11 de diciembre de 1985, <https://www.nobelprize.org/nobel_prizes/peace/laureates/1985/physicians-lecture.html>.

7. Depeche Mode (Alan Wilder), «Two Minute Warning», canción incluida en el album *Construction Time Again*, Mute Records, 1983.